

GEORGE R. R.
MARTIN

UN CORAZÓN ATRIBULADO

AUTOBIOGRAFÍA LITERARIA / 3



Lectulandia

La madurez artística de una carrera fraguada en el corazón de un niño pequeño.

Con la experiencia adquirida en Hollywood como guionista, la narrativa de George R. R. Martin ganó en audiencia y complejidad al tiempo que transgredía las fronteras del fantástico y daba vida a personajes que han arraigado con fuerza en el imaginario del siglo XXI. Pero siempre con una constante: son personajes vinculados a escenarios muy específicos y, ya sean futuristas, fantásticos o terroríficos, codifican en sí mismos sus conflictos internos al tiempo que permean cada aspecto de su carácter.

El colofón de esta completísima recopilación recoge, para disfrute de lectores antiguos y nuevos, una muestra del trabajo de Martin en la serie *Wild Cards*, su personalísima reelaboración del mito de la licantropía en *Tráfico de piel*, un juego diabólico en *La flor de cristal*, y la novela corta *El caballero errante*, con las primeras andanzas de Dunk y Egg en los Siete Reinos, años antes del inicio de Juego de tronos.

Lectulandia

George R. R. Martin

Un corazón atribulado

Autobiografía literaria - 3

ePub r1.0

Titivillus 22.03.16

Título original: *GRRM: A RRetrospective*
George R. R. Martin, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Antes que nada, una confesión. Cuando me ofrecieron escribir esta presentación y repasé el contenido del volumen tercero y último de la llamada autobiografía literaria de George R. R. Martin, me encontré con que el único relato que había leído era «El caballero errante», y hacía ya años. Como supongo que ocurre con muchos de vosotros, mi toma de contacto con el autor fue a partir de la saga en la que se basa la serie *Juego de tronos* y que publica Esta Santa Casa.

Algunos opinaréis que es una blasfemia, pero me da una pereza inmensa leer relatos... ¿Cómo os lo explicaría? Una vez leí, no sé dónde ni cuándo, que la diferencia entre el cuento y la novela es que los cuentos se centran en sucesos, anécdotas, mientras que las novelas se centran en los personajes que los viven. Ya sé que se pueden dar contraejemplos, pero por ahí van los tiros. Un cuento de ciencia ficción típico puede revelarnos un descubrimiento científico; por ejemplo, el botijo de tres pitorros. Tras una explicación de las implicaciones de tamaño descubrimiento (se conoce que refresca tanto el agua que permite viajar por el tiempo, ir más deprisa que la luz y qué sé yo cuántas cosas más), el cuento nos dejaría inmersos en pensamientos muy profundos (si es bueno; si no, no). Por su parte, la novela, además de todo lo anterior, podría introducirnos en la cabeza de uno o más personajes (el científico visionario que lo crea; el empresario malvado que lo codicia; el soldado curtido en mil batallas que solo quiere beber pero que se pone perdido...); podría relatarnos peripecias antes, durante y después del descubrimiento, y podría llevarnos de la mano por este mundo P3P (post tres pitorros) con una trama entretenida llena de intriga y giros inesperados varios.

¿Qué conclusiones saco de todo esto? Primera, que no tengo mucho futuro escribiendo ciencia ficción (ni escribiendo presentaciones, probablemente). Pero segunda y más importante, que, si bien leer un mal cuento o una mala novela puede resultar, a lo sumo, una pérdida de tiempo, leer un buen cuento implica un verdadero drama: quedarse con la miel en los labios.

«Tráfico de piel» es el ejemplo perfecto. La historia más larga del volumen es una novela corta o, más específicamente, una novela demasiado corta. No me entendáis mal: la historia no cojea por ningún lado, pero deja con ganas de más. Los personajes principales, la detective Randi Wade y el cobrador de morosos Willie Flambeaux, piden a gritos más espacio para tomar vuelo. Y no cuesta ver cómo podría ponerse más chicha en la investigación policial para dar más lances a los protagonistas, desarrollar más a los secundarios, ambientar más la ciudad en la que se desarrolla la acción, etc., sin que se resintiera la trama. Al contrario, es fácil imaginar la novela resultante como una de las mejores del género, un *Sueño del Fevre* de la licantropía. Pero no: en su lugar tenemos que conformarnos con un cuento diez.

Por otra parte, tenemos «El caballero errante». Es el otro plato fuerte del

volumen, y no solo por su conexión con *Juego de tronos* (se trata de una historia situada en el mismo mundo, pero unos cien años antes), sino porque es una novela corta excelente. ¿Recordáis lo que decía al principio de los cuentos cortos y la pereza? Pues pasó más de un año en una estantería sin que me animara a cogerla. Como he dicho antes, esta es la única historia de la colección que había leído y, al releerla para refrescar la memoria, me sigue pareciendo tan excelente como entonces. La buena noticia es que, a diferencia de «Tráfico de piel», ya tiene un par de continuaciones escritas, y vienen más de camino.

«Variantes sin salida» y «Retratos de sus hijos» son probablemente las historias más introspectivas de esta recopilación. En ambos casos, los protagonistas son escritores: fracasado el primero, de éxito el segundo. Curiosamente, también en ambos casos, se trata de autores de ambiciosas novelas *mainstream*, de esas de literatura «seria». ¿Tal vez la manera del autor de digerir algo que le resultaba demasiado cercano? Porque, aunque la primera es un cuento de ciencia ficción más que competente, con una premisa interesante y una resolución satisfactoria, la segunda es mucho más difícil de encasillar... ¿Fantasía? ¿Terror? Qué más da. Después de leer esta negrísima historia sobre la parte más fea de la labor literaria, que es la que ha elegido Martin para cerrar esta retrospectiva, paraos a pensar qué debía rondarle por la cabeza cuando se encontró por primera vez en el set de rodaje de *Juego de tronos* con los actores caracterizados como sus personajes...

Aunque estas cuatro historias son las que me han gustado más, hay otros cuatro cuentos, y no son nada desdeñables. «En el caparazón» y «Del diario de Xavier Desmond», escritos para el universo de superhéroes de las «Wild Cards», abren el volumen. «Asedio» es una historia de viajes en el tiempo y «La flor de cristal» está ambientada en su universo de los mil mundos (el mismo de *Muerte de la luz. Los viajes de Tuf*, «Los reyes de la arena» y otras historias).

Leer esta recopilación no me ha curado de mi pereza por la ficción corta; sé que la próxima vez volverá a costarme horrores. Por otra parte, también es cierto que en ningún caso ha resultado ser una pérdida de tiempo y sí, en más de uno, un drama. Aunque me ha costado ponerme a ello, no me arrepiento de haberlos leído.

Estoy seguro de que vosotros tampoco os arrepentiréis.

Ramón Peña

OCHO

Barajando las Wild Cards

El niño puede irse de Bayonne, pero Bayonne seguirá en el niño. Lo mismo puede decirse de los tebeos. Por mis venas corre tinta a todo color.

De acuerdo, no sé cómo se llama el Linterna Verde actual, pero aún me sé de memoria el juramento de Hal Jordán y las diferencias con el de Alan Scott cuando recargó el anillo. Sé quiénes eran Los Temerarios y los miembros originales de Los Vengadores, la Patrulla X y la Liga de la Justicia. —¿De verdad Snapper Carr cuenta? —. No me cabe duda de que, en una realidad alternativa, la Marvel aceptó una solicitud de trabajo que le presenté en 1971 y, en este momento, en ese mundo, estoy en casa echando pestes y tirándome de los pelos al ver como mis historias y personajes se convierten en éxitos de taquilla con recaudaciones millonadas de las que no recibo un céntimo.

En este mundo no he sufrido un destino tan cruel. En este mundo he escrito cuentos, relatos y novelas en lugar de tebeos, y también guiones de cine y televisión. Pero nunca, ni siquiera cuando me convertí en un profesional de prestigio, dejé de adorar a los superhéroes. Supongo que aún me quedaba una historia de cómic que contar. O más de una, pero una segura: una historia cruda y sombría sobre cómo sería la vida de un superhéroe en el mundo real. El germen de la idea es muy antiguo, pero no prosperó más allá de unas breves líneas en mis notas: a un chaval como yo, que creció entre historietas, le cae del cielo (¿o del infierno?) un superpoder. ¿Qué hace con él? ¿Lo usa o no le hace ni caso? ¿Se pone un pijama y se va por ahí a combatir el crimen? ¿Qué impacto tendría en su vida? ¿Cómo reaccionaría el mundo real ante alguien con poderes y habilidades sobrehumanas?

(Ese era el título de trabajo que tenía: «Con poderes y habilidades sobrehumanas». Estaba sacado de la antigua serie de televisión de *Superman*, y más tarde supe de que la DC lo tenía registrado; menos mal que no llegué a usarlo).

Nunca llegué a concretar tales poderes y habilidades, y puede que por eso no escribiera la historia. Durante mucho tiempo me tentó la piroquinesis, pero Stephen King publicó *Ojos de fuego*^[1] en 1980, en la que describía a una niña capaz de provocar fuego con la mente y donde, además, le atribuía otro superpoder al padre, una especie de control mental. Yo tenía pensado otro enfoque para el tema, pero me quedé con la sensación de que King me había ganado por la mano.

De todas formas, en 1980, tenía asuntos más importantes de los que ocuparme. A finales de 1979 dejé mi plaza de ayudante en la Universidad Clarke y me trasladé de Iowa a Nuevo México para tratar de dedicarme profesionalmente a escribir. Durante la mudanza terminó también mi matrimonio, de manera que llegué soltero a «la tierra

del encanto», como llaman a Nuevo México. Santa Fe ha sido mi hogar desde entonces. Vale, pasé unos años en Los Ángeles, trabajando en cine y televisión, pero no llegué a mudarme allí; cogía un piso en alquiler en alguna urbanización de Oakwood o me instalaba en el cuarto de invitados del patio de alguien, y en cuanto terminaba el proyecto en el que estaba trabajando, hacía las maletas y me volvía a Nuevo México. Santa Fe era donde colgaba la gorra y pagaba los impuestos; donde tenía los libros, los tebeos y la chaqueta cruzada de raya diplomática color mostaza que no me entraba desde hacía una década.

Y en Santa Fe era donde estaba Parris, que se quedaba defendiendo el fuerte. Nos conocimos en una convención, en 1975, pocos meses antes de mi irreflexivo matrimonio. Supe que aquella chica me gustaba cuando me dijo que había llorado leyendo «Una canción para Lya» (bueno, y además estaba como un tren, y cuando nos conocimos íbamos desnudos los dos, pero eso no viene a cuento; no es asunto vuestro, cotillas). Después de aquella convención, Parris y yo seguimos en contacto. Nos escribíamos de vez en cuando mientras yo daba clase a chicas católicas y ella vendía helados y limpiaba mierda de elefante con una pala para los hermanos Ringling. En 1981 coincidimos en otra convención, y de allí se vino a Santa Fe para pasar una temporada conmigo. Y esa temporada todavía dura. Cada tanto, alguno de mis lectores pregunta por qué ya no escribo historias de amor no correspondido como hacía en los setenta. La culpa la tiene Parris; son cuentos que solo se pueden escribir con el corazón roto.

Cuando me mudé a Santa Fe recién divorciado, al único al que conocía allí era a Roger Zelazny, y no demasiado, pero me cobijó bajo su ala. El primer viernes de cada mes íbamos a Albuquerque a comer con Tony Hillerman, Norm Zoller, Fred Saberhagen y otros escritores de Nuevo México. También me dejaba caer por el club de Ciencia Ficción de Albuquerque, donde conocí a los aficionados locales y a más escritores y aspirantes a escritores. No tardé mucho en entrar en el mundo de los juegos de mesa.

Había jugado competitivamente al ajedrez desde séptimo hasta la universidad, y también me gustaban el *Risk*, el *Diplomacy* y cosas así, pero nunca había participado en ninguna partida de *Dungeons & Dragons* ni de juegos de rol. Parris sí, y me convenció para que probara. Nos unimos a un grupillo de aficionados irredentos, muchos de ellos también escritores, que estaban en plena partida de *La llamada de Cthulhu*, el juego de rol de Chaosium basado en las novelas de H. P. Lovecraft, así que me sentí como en casa. Los demás jugadores eran intrépidos aventureros decididos a salvar el mundo del culto a Cthulhu, así que elegí como personaje a un periodista cobarde y sensacionalista a partes iguales. Mientras ellos morían entre alaridos o se volvían locos, yo salía corriendo a enviar un telegrama al *Herald* para contar la historia. Nuestras sesiones eran como obras de teatro desquiciadas e improvisadas, pero con shoggoths.

Antes de que terminara el año me había enganchado al mundo de los juegos de tal

manera que ya dirigía mi propia campaña de *La llamada de Cthulhu*. Me gustaba más dirigir que jugar.

Y así llegamos a septiembre de 1983, que fue cuando Vic Milán me regaló un juego por mi cumpleaños: *Superworld*. El juego despertó al guionista de cómics frustrado que llevaba dentro y se convirtió enseguida en el nuevo favorito del grupo, desplazando a *La llamada de Cthulhu*. Estuvimos jugando a él de forma compulsiva dos o tres veces por semana durante más de un año, y el más obsesivo de todos era yo. Como director de juego, tuve que desempolvar personajes olvidados como Manta Raya e inventarme otros, sobre todo villanos..., además de un héroe que iba por ahí volando en su caparazón de hierro y que se hacía llamar la Gran y Poderosa Tortuga. La mitad de mis jugadores eran escritores y también crearon personajes inolvidables: Alabardero, Revientacriptas, Peregrina, la Chica Elefante, el Hombre Modular, el Capitán Viajes, Flecha Certera, la Sombra Negra, Sombrero de Copa o el Martillo de Harlem son una simple muestra de los seres extraños y asombrosos que hicieron su primera aparición en nuestras partidas de *Superworld*.

Ya he contado muchas veces, sobre todo en los prólogos de las reediciones en *e-book* de los primeros volúmenes de la serie *Wild Cards*, que su origen fue *Superworld*. No voy a repetirme aquí, que las reediciones están ahí disponibles para los interesados en ese tipo de detalles. Me limitaré a decir que algunos de nosotros nos enamoramos de nuestros personajes y nos dio por pensar que podían tener posibilidades más allá del juego.

Los mundos compartidos estaban en boga a principios de la década de los ochenta gracias al increíble éxito de las antologías de «Thieves' World», coordinadas por Bob Asprin y Lynn Abbey^[2]. Era el formato perfecto para lo que queríamos hacer con nuestros personajes de *Superworld*, así que les expuse la idea a mis compañeros de juego. Recluté a Roger Zelazny, Howard Waldrop, Lew Shiner, Stephen Leigh y otra media docena de autores de todo el país y redacté una propuesta formal para una antología en tres volúmenes titulada *Wild Cards*. Fue la primera adquisición de Shawna McCarthy cuando empezó a trabajar de directora editorial en Bantam Books.

En mayor o menor medida, todos los mundos compartidos son fruto de una colaboración. Estudié «Thieves' World» y sus imitaciones, y llegué a la conclusión de que los mundos compartidos que mejor funcionaban eran los que tenían más cosas en común, aquellos con más referencias cruzadas en las tramas y los personajes. Por eso decidimos desde el principio que las «Wild Cards» no serían una mera recopilación de historias más o menos relacionadas con un trasfondo común. Queríamos elevar el arte de la colaboración a una nueva categoría. Como expresión de nuestros objetivos, nos referíamos a los libros como «novelas mosaico» en vez de antologías.

Conseguimos casi todo lo que nos habíamos propuesto, pero, como sucede con los formatos nuevos, hubo tropiezos y aprendimos algunas cosas por las malas. Coordinar la serie era como dirigir un circo de nueve pistas con un espagueti a modo de látigo. A veces era divertido, a veces frustrante, pero nunca se hizo tedioso.

Cuando todo iba bien, éramos como una orquesta, conmigo de director..., aunque sería más acertado compararnos con una pandilla de gatos. Porque todos sabemos cuánto les gusta a los gatos ir en grupo, ¿verdad?

Así que brindo por todos los miembros de la Cofradía de las Wild Cards, la caterva de gatos más estrafalaria y llena de talento que se pueda soñar: Roger Zelazny, Howard Waldrop, Walter Jon Williams, Stephen Leigh, Gail Gerstner Miller, Lewis Shiner, John J. Miller, Victor Milán, Walton (Bud). Simons, Arthur Byron Cover, William F. Wu, Laura J. Mixon, Michael Cassutt, Sage Walker, Edward Bryant, Leanne C. Harper, Kevin Andrew Murphy, Steve Perrin, Parris, Royce Wideman, Pat Cadigan, Chris Claremont, Bob Wayne y Daniel Abraham. Y brindo sobre todo por Melinda M. Snodgrass, mi incansable ayudante, sin cuyas diplomáticas mediaciones habría matado y descuartizado a más de uno y a más de dos.

«Wild Cards» fue un bombazo desde el principio, y no solo en comparación con otras antologías. El primer volumen se vendió mejor que cualquiera de las novelas que llevaba publicadas (salvo el *Sueño del Fevre*) y los siguientes tuvieron un éxito parecido. La inmensa mayoría de las críticas fueron excelentes, y el relato de Walter Jon Williams del primer tomo fue candidato al Nébulas, convirtiéndose así en uno de los pocos relatos de un mundo compartido que tuvo ese honor. La serie se contó entre las finalistas del Hugo celebrado en Nueva Orleans en 1988, pero ganó la maravillosa novela gráfica de Alan Moore, *Watchmen*.

Por supuesto, Bantam no tuvo ningún inconveniente en encargar otros tres volúmenes después de los tres primeros, y los anticipos fueron subiendo cada vez más. La serie se convirtió en tema recurrente de mesas redondas en las convenciones mundiales, y al menos dos convenciones regionales eligieron temas relacionados con las «Wild Cards» y tuvieron como invitados de honor a todos sus autores. La Marvel publicó una miniserie de Wild Cards en su sello Epic, y Steve Jackson Games sacó el juego de rol, con lo que se cerró el círculo. También llegó a interesarse Hollywood, y los estudios Disney contrataron una opción, así que Melinda Snodgrass y yo escribimos varios guiones a principios de los noventa.

Los libros empezaron a publicarse casi al mismo tiempo que yo empezaba a trabajar en *En los límites de la realidad*, y se siguieron publicando durante mis tres temporadas en *La bella y la bestia*; es decir, mientras estuve escribiendo guiones y programas piloto para la televisión. Aquel goteo incesante de libros con mi nombre en la cubierta sirvió para mantenerme vivo en el ámbito de la fantasía y la ciencia ficción. Del mismo modo que, mientras trabajaba en Hollywood, volvía a Santa Fe de vez en cuando para recordarme a mí mismo quién era y dónde vivía, también seguía publicando libros y relatos. De no haberlo hecho... En fin, el público tiene mala memoria, y mucho me temo que cada vez les falla más.

En Hollywood, los que trabajan en producción para televisión tienen jornadas de trabajo eternas y el estrés por las nubes, así que un segundo empleo es lo último que

necesitan; pero, por obra y gracia de las «Wild Cards», eso era justo lo que yo tenía. Y no solo coordinaba los libros, sino que, si conseguía arañar tiempo, también escribía relatos.

Los antecedentes de «En el caparazón^[3]», mi principal aportación al primer volumen, datan de un pasado lejano. Llevaba años rumiando la historia, desde antes incluso de haber oído hablar de *Superworld*: era aquello de «con poderes y habilidades sobrehumanas» remozado para que encajara en el nuevo universo compartido (no se tira nada). Antes de que se publicara *Ojos de fuego* quería que mi héroe dominara la piroquinesis, pero la telequinesis también me valía. La Gran y Poderosa Tortuga nació como secundario en una campaña de *Superworld*, pero no tardó en convertirse en un peso pesado de «Wild Cards». Pero los juegos y los relatos necesitan cosas muy diferentes, claro, y lo que funciona para unos puede no servir para otros, así que la Tortuga tuvo que cambiar mucho antes de llegar al papel impreso.

No era la única estrella de «En el caparazón»; compartía protagonismo con el doctor Taquión, un personaje creado por Melinda Snodgrass. Trabajar con personajes ajenos es uno de los desafíos de los mundos compartidos: a veces es divertido, pero a menudo se convierte en un dolor de cabeza. Y, en ocasiones, ambas cosas a la vez. En el relato «Ritos de degradación», que precedía al mío en *Wild Cards I*, Melinda contaba que el doctor Taquión había destruido sin querer la mente de la mujer que amaba al intentar proteger la identidad de sus pacientes ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses. El doctor Taquión quedó destrozado después de aquello y se pasó una década regodeándose en la culpa, los reproches y el alcohol. Mi misión en «En el caparazón» consistía en sacarlo de esa situación... y de paso presentar a mis personajes.

Si el lector me ha seguido hasta aquí, no tardará en darse cuenta de que Thomas Tudbury es, con mucho, el personaje más autobiográfico que he diseñado jamás. Dicho esto, que quede claro que hay diferencias notables entre ambos. Aproveché muchos elementos de mi infancia para la de Tom, pero cambié hechos cruciales de mi vida. Yo nunca tuve un amigo como DiAngelis; ya me habría gustado —sobre todo como el del guion, a quien Melinda y yo transformamos en chica—. Yo tenía dos hermanas geniales, mientras que Tom era hijo único. Ah, y nunca llegué a desarrollar unos poderes telequinéticos tan molones, me temo.

No todos los personajes de «Wild Cards» nacieron de nuestras partidas de *Superworld*. Hay muchos originales, como el Jetboy de Howard Waldrop; Fortunato, el heroico macarra de Lew Shiner; el siniestro Titiritero de Steve Leigh, y el Durmiente de Roger Zelazny, Croyd Crenson, al que un día le cayeron triunfos cuando volvía del colegio y nunca aprendió álgebra. Jay Ackroyd, alias Fantoche, mi otro personaje importante en la serie, también fue de esos. La primera vez que se menciona a Jay es en *Ases en lo alto*^[4] el segundo volumen, pero no hizo su aparición hasta el tercero, *Jokers salvajes*^[5], en el que se alía con Hiram Worchester durante

casi toda la trama. Ackroyd fue cobrando más y más importancia conforme avanzaba la serie y acabó protagonizando varios relatos. Cuando finalizó nuestra colaboración con Bantam, Jay era ya casi tan famoso como la Tortuga.

Pero Tom y Jay no eran mis únicas bazas, y de vez en cuando me daba por contar una historia desde el punto de vista de alguno de mis muchísimos personajes secundarios. Escribí un cuento intersticial en *Ases en lo alto* desde el punto de vista de Jube la Morsa, un alienígena con camisa hawaiana y sombrero a lo Buster Keaton. Y en mi contribución a *Jokers salvajes* aparecía Hiram Worchester, el refinado propietario del restaurante que había en la última planta del Empire State. En *Dealer's Choice* utilicé un personaje de Bud Simons, Zelda, la ladrona de cuerpos, con el fin de que los lectores conocieran las intenciones de los villanos de la Roca.

«Del diario de Xavier Desmond» es la historia de otro de mis secundarios, un activista joker que apareció por primera vez en «En el caparazón» como *maître* del Castillo Encantado. Des había prosperado desde entonces y, como alcalde de facto de Ciudad Joker, era el candidato ideal para ser uno de los delegados joker en la gira mundial que hacía de hilo conductor del cuarto volumen, *El viaje de los ases*^[6]. La Tortuga no podía ir porque nunca salía del caparazón, y a Jay Ackroyd no lo iba a invitar nadie. Hiram Worchester era mucho más adecuado y podría haber sido el protagonista, pero ya lo había utilizado en el tercer volumen y me apetecía probar el punto de vista joker.

Escribir cuentos intersticiales es uno de los trabajos más difíciles de las «Wild Cards». Una novela mosaico es más que la suma de las partes, y si las historias son los ladrillos, los cuentos intersticiales son la argamasa que aguanta la pared. Para escribir uno había que esperar a que los demás estuvieran terminados, leerse las primeras versiones en busca de agujeros y tratar de rellenarlos..., pero contando una buena historia a la vez. Si la narrativa intersticial se limitara a tapar agujeros, el libro se vendría abajo.

En los volúmenes posteriores de las «Wild Cards» hubo otros autores que se encargaron de los elementos intersticiales, como Bud Simons y Steve Leigh en más de una ocasión. Pero en los primeros lo hacía yo, dado que era el coordinador. «Del diario de Xavier Desmond» es mi relato intersticial favorito, y creo que uno de los mejores que escribí para las «Wild Cards». Es la primera vez que lo presento solo, sin los relatos con los que se entrelazaba originalmente.

Pero nada es eterno. Tras una larga travesía, la serie Wild Cards empezó a perder fuelle. Los libros se fueron volviendo más negros (y ya lo eran bastante de entrada) y, con cada nuevo volumen, las ventas bajaban lentas pero indefectibles. Algunos de los mejores autores la abandonaron para embarcarse en otros proyectos, y hubo personajes populares que murieron o se retiraron. Los libros seguían vendiéndose muy por encima de la media en bolsillo, pero era obvio que iban cuesta abajo. Cuando tocó renovar el contrato para la siguiente trilogía, Bantam se limitó a ofrecer las mismas condiciones que las de las dos anteriores.

Quizá fuese una tontería, pero rechazamos la oferta y le vendimos la serie a una editorial más pequeña a cambio de un adelanto mayor. Craso error. A corto plazo ganamos más, pero la nueva editorial no tenía los recursos de Bantam ni su grado de compromiso con las «Wild Cards». Como no publicaba nuevas entregas, Bantam no tardó en descatalogar los doce primeros libros, así que no solo perdimos el dinero que ganábamos con ellos, sino que los lectores ya no pudieron acceder a nuestro universo con facilidad y desde el principio. Tratamos de solucionarlo reiniciando la numeración y vendiendo el libro decimotercero como «el primero de una nueva serie», pero *Card Sharks* era demasiado complicado para los lectores que no estaban familiarizados con todo lo anterior. Las ventas cayeron en picado y, tras la publicación del libro decimoquinto, en 1995, nos quedamos sin editorial.

Y ahí se acabó la cosa.

¿O no? «Con el transcurso de extraños eones, incluso la muerte puede morir», que dijo Lovecraft. En el 2002, una nueva editorial, iBooks, publicó el decimosexto libro de la serie, *Wild Cards. Deuces Down* tras un lapso de siete años. La decimoséptima entrega está a punto de aparecer, y las nuevas generaciones de lectores disponen de reediciones de las antiguas. Además, vuelven a sonar campanas de juegos, cómics y películas.

¿Se hará realidad alguna de esas posibilidades? ¿Habrá un decimoctavo volumen? ¿Un decimonoveno? ¿Llegaremos a veinte? Ni puñetera idea.

Pero yo no lo descartaría. Me sé de una tortuga que ya ha tenido más vidas que un gato.

EN EL CAPARAZÓN

Lo primero que hizo Thomas Tudbury al instalarse en la residencia, en septiembre, fue colgar en la pared la fotografía firmada del presidente Kennedy y la descolorida portada que la revista *Time* dedicó a Jetboy en 1944, cuando lo eligió hombre del año.

En noviembre, la foto de Kennedy estaba acribillada por los dardos de Rodney. Rod, que tenía decorado su lado de la habitación con una bandera confederada y una docena de pósteres de *Playboy*, odiaba a los judíos, a los negros, a los jokers y a Kennedy. Tom tampoco le caía demasiado bien. Se había pasado todo el primer semestre haciéndole la puñeta: le ensuciaba la cama con espuma de afeitar, le hacía la petaca, le escondía las gafas o le metía zurullos de perro en el cajón del escritorio.

El día que asesinaron a Kennedy en Dallas, Tom volvió a su habitación conteniendo las lágrimas y se encontró con el regalito que le había dejado Rod, valiéndose solo de un rotulador rojo. Kennedy tenía media cabeza llena de sangre, los ojos tachados con pequeñas equis rojas y la lengua fuera.

Thomas Tudbury se quedó mirando la foto largo rato, pero no lloró; no se permitiría llorar. Empezó a hacer las maletas.

El aparcamiento de los estudiantes de primero estaba en el centro del campus. Su Mercury del 54 tenía la cerradura del maletero rota, así que echó las bolsas en el asiento trasero. Esperó un buen rato a que el coche se calentara en el frío de noviembre. Debía de ofrecer un aspecto curioso allí sentado: un chaval bajito y gordo, con el pelo cortado al rape y gafas de concha, que apretaba la cabeza contra el volante como si estuviera a punto de vomitar.

Mientras se dirigía a la salida del aparcamiento, divisó el nuevo y reluciente Olds Cutlass de Rodney.

Tom puso punto muerto y se detuvo un momento con el motor al ralentí, dudando. Echó un vistazo a su alrededor. No había un alma; todo el mundo estaba viendo las noticias. Se humedeció los labios, nervioso, y volvió a centrarse en el Oldsmobile. Aferró el volante con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. Clavó los ojos en el vehículo, frunció el ceño y... apretó.

Primero cedieron las portezuelas, que empezaron a doblarse hacia dentro por la presión. Los faros reventaron suavemente, uno tras otro. Los embellecedores de cromo se cayeron al suelo; el parabrisas trasero se hizo añicos y los cristales volaron en todas direcciones. Los guardabarros se combaron y se desprendieron entre chirridos metálicos. Los dos neumáticos traseros reventaron al mismo tiempo, los laterales se hundieron y se desmoronó el capó. El parabrisas se desintegró por completo. Se rajaron primero el cárter y luego las paredes del depósito; el aceite, la gasolina y el líquido de transmisión empezaron a formar un charco bajo el coche.

Tom Tudbury iba ganando confianza. Se imaginó que tenía el Olds apesado en un enorme puño invisible, un puño poderoso, y lo estrujó con todas sus fuerzas. El sonido de cristales resquebrajados y los chillidos del metal se propagaron por todo el aparcamiento, pero no había nadie para oírlos. Machacó metódicamente el Oldsmobile hasta que quedó reducido a una bola de metal prensado.

Cuando terminó, empujó el cambio de marchas y dejó atrás la universidad, a Rodney y a su infancia para siempre.

Un gigante lloraba.

Taquión se despertó desorientado e indispuerto, con una resaca que le latía al ritmo de aquellos sollozos titánicos. Las formas de la habitación oscura le resultaban extrañas y desconocidas. ¿Habían vuelto los asesinos en mitad de la noche? ¿Estaban atacando a su familia? Debía encontrar a su padre. Se puso en pie con torpeza, mareado; la cabeza le daba vueltas y tuvo que apoyar una mano en la pared para mantener el equilibrio.

Pero la pared estaba demasiado cerca. Aquel no era su dormitorio, nada encajaba; el olor... Y entonces regresaron los recuerdos. Habría preferido los asesinos.

Comprendió que había soñado de nuevo con Takis. Le dolía la cabeza, tenía la garganta seca e irritada. Buscó a tientas el cordón de la lámpara del techo, tiró de él, y la bombilla se balanceó con furia y las sombras danzaron. Cerró los ojos para calmar las náuseas; notaba un gusto repugnante en la boca. Tenía el pelo apelmazado y sucio, y la ropa, arrugada. Y lo peor de todo era que la botella estaba vacía. Taquión miró alrededor con impotencia: un cuartucho de dos metros por tres en el primer piso de un edificio de la calle Bowery llamado **PENSIÓN**. El vecindario también había recibido el nombre de Bowery en otra época; se lo había contado Carita de Ángel. Pero la zona ya no se llamaba así. Se acercó a la ventana, subió la persiana, y la luz amarilla de una farola inundó la habitación. Al otro lado de la calle, el gigante alargaba el brazo hacia la luna y lloraba porque no podía alcanzarla.

Lo llamaban Pequeñín. Taquión suponía que se trataba de una muestra más del ingenio humano. Pequeñín mediría más de cuatro metros si fuera capaz de ponerse de pie. Tenía el rostro terso e inocente, coronado por una maraña de pelo suave y oscuro, y unas piernas delgadas y perfectamente proporcionadas. Y ahí estaba la guasa: unas piernas delgadas y perfectamente proporcionadas no eran capaces, ni de lejos, de sostener el peso de un hombre de más de cuatro metros de altura. Pequeñín se desplazaba en una silla de ruedas de madera, un armatoste mecanizado que rodaba por las calles de Ciudad Joker sobre cuatro neumáticos gastados procedentes de los restos de un remolque. Cuando divisó a Taquión en la ventana, profirió un grito incoherente, casi como si lo hubiera reconocido. Tac se apartó de la ventana, temblando. Una noche más en Ciudad Joker. Necesitaba una copa.

El cuarto olía a moho y a vómito, y hacía mucho frío. La calefacción de la

PENSIÓN dejaba mucho que desear comparada con la de los hoteles que frecuentaba en los viejos tiempos. Sin previo aviso, lo asaltó el recuerdo del Mayflower de Washington, donde Blythe y él... Pero no, mejor no pensar en aquello. Por cierto, ¿qué hora era? Muy tarde ya. El sol se había puesto, y era entonces, por la noche, cuando Ciudad Joker cobraba vida.

Recogió el abrigo del suelo y se lo echó sobre los hombros. A pesar de la mugre, seguía siendo una prenda magnífica, de un rosa intenso precioso, adornada con charreteras doradas de flecos en los hombros y una larga hilera de presillas también doradas. El abrigo de un músico, le había asegurado el hombre de la beneficencia. Se sentó en el filo del vencido colchón a calzarse las botas.

El cuarto de baño estaba al final del pasillo. Le temblaban tanto las manos que era incapaz de apuntar y el chorro de orina humeante salpicó el borde de la taza. Se lavó la cara con agua fría teñida de óxido y se secó las manos en una toalla mugrienta.

Ya en la calle, Tac se detuvo un momento bajo el letrero chirriante de **PENSIÓN** para contemplar a Pequeñín. Se sintió amargado y avergonzado. Y demasiado sobrio. No podía hacer nada por Pequeñín, pero sí poner remedio a su sobriedad. Le volvió la espalda al gigante llorón, hundió las manos en los bolsillos del abrigo y echó a andar a paso rápido por la calle Bowery.

En los callejones, jokers y borrachines se pasaban bolsas de papel marrón de mano en mano y observaban con ojos apagados a los transeúntes. Tabernas, prestamistas y tiendas de máscaras bullían de actividad. El Maravilloso y Muy Móxico Museo del Comodín de Bowery (todavía lo llamaban así, aunque el precio de la entrada ya no era tan módico) había acabado la jornada y estaba cerrando. Taquión había estado allí una vez, dos años atrás, un día que se sentía especialmente atormentado por los remordimientos. Además de media docena de jokers de singular extravagancia, veinte tarros con «monstruosos bebés joker» en formaldehído y un documental sensacionalista sobre el Día del Reparto, el museo contaba con una exposición de figuras de cera cuyos dioramas representaban a Jetboy, a los Cuatro Ases, una orgía en Ciudad Joker... y a él.

Pasó un autobús turístico con una hilera de caras rosas pegadas a los cristales. Bajo las luces de neón de una pizzería cercana, cuatro jóvenes con cazadoras de cuero negras y máscaras de goma observaban a Taquión con abierta hostilidad. Lo incomodaron, de modo que evitó las miradas y se sumergió en la mente del que estaba más cerca: *será marica finolis pero mira cómo se ha teñido el pelo este se cree que está en una banda de música como si fuera a tocar la batería pero bah a la mierda los hay mejores esta noche vamos a encontrar a uno bueno quiero pillar a uno que se despachurre cuando lo hinchemos a hostias*. Hastiado, Tac rompió el contacto y se alejó a toda prisa. No es que fuera un deporte nuevo, pero se había puesto de moda: ir al Bowery, comprar unas máscaras y darle una paliza a un joker. A la policía, por lo visto, le traía sin cuidado.

Las famosas variedades del Club Caos, en las que solo actuaban jokers,

congregaban a la multitud de siempre. Mientras Taqui6n se acercaba, una larga limusina gris se detuvo junto al bordillo. El portero, vestido con una levita negra sobre un exuberante pelaje blanco, abri6 la puerta con la cola y ayud6 a apearse a un hombre gordo con esmoquin. Su acompa6ante era una adolescente pechugona, con el cabello rubio recogido en un mo6o alto y cardado, que lucía un vestido de fiesta palabra de honor y un collar de perlas.

Una manzana m6s adelante, una mujer serpiente ofrecía sus servicios desde lo alto de una escalinata. Sus escamas relucían con los colores del arcoiris.

—No tengas miedo, Pelirrojo —le grit6—. Por dentro sigo siendo suave. — Taqui6n rehus6 con la cabeza.

El Castillo Encantado se encontraba en un edificio largo con gigantescos ventanales, pero habían sustituido los cristales por espejos. Randall, vestido de frac y domin6, tiritaba delante de la puerta. Parecía completamente normal hasta que uno reparaba en que nunca sacaba la mano derecha del bolsillo.

—Buenas, Taqui —dijo el portero—. ¿Qu6 opinas de lo de Ruby?

—Lo siento, no la conozco —respondi6 Taqui6n.

—No, el que ha matado a Oswald —explic6 Randall, frunciendo el ce6o.

—¿Oswald? ¿Qu6 Oswald? —pregunt6 Tac, confundido.

—Lee Oswald, el tío que ha disparado a Kennedy. Lo han matado en la tele esta tarde.

—¿Kennedy ha muerto? —Taqui6n se sorprendi6. Fue Kennedy quien le había permitido regresar a los Estados Unidos. Admiraba a los Kennedy; casi parecían takisios. No obstante, el asesinato formaba parte del liderazgo—. Sus hermanos lo vengarán.

Entonces record6 que en la Tierra las cosas no funcionaban de esa manera; adem6s, por lo visto ese tal Ruby ya se había encargado de vengarlo. Vaya, qu6 raro que hubiera so6ado con asesinos.

—Han metido a Ruby en la c6rcel. Si fuera yo, le daba una medalla —continu6 Randall. Tras una pausa, a6adi6—: Una vez me dio la mano. Cuando estaba en campa6a en las elecciones contra Nixon, vino a dar un mitin al Club Caos. Al acabar, antes de irse, le dio la mano a todo el mundo. —El portero sac6 la mano derecha del bolsillo. Era dura y quitinosa, insectil, y en el centro crecía un racimo de ojos ciegos y tumefactos—. Ni pesta6e6. Me sonri6 y dijo que esperaba que no me olvidara de votar.

Taqui6n conocía a Randall desde hacía un a6o, pero era la primera vez que le veía la mano. Deseaba imitar a Kennedy y asir esa garra retorcida, estrecharla, sacudirla. Trat6 de sacar la mano del bolsillo del abrigo, pero un reflujo de bilis le subi6 por la garganta y desvi6 la mirada.

—Era un buen hombre —fue lo ú6nico que atin6 a decir.

Randall volvi6 a esconder la garra.

—Entra, Taqui —le indic6, sin aspereza—. Carita de 6ngel ha tenido que salir,

pero le ha dicho a Des que te guardara tu mesa.

Taqui3n asintió y dejó que Randall le abriera la puerta. Dentro, le dio el abrigo y los zapatos a la chica del guardarropa, una joker menuda y grácil cuya máscara de búho festoneada de plumas ocultaba lo que fuera que el comodín le hubiera provocado en la cara. Luego franqueó las puertas interiores, deslizándose sobre los calcetines con suavidad por el familiar suelo de espejos. Al bajar la vista, otro Taqui3n le devolvió la mirada, enmarcado entre los pies; un Taqui3n exageradamente obeso con un balón de playa por cabeza.

Suspendida del techo espejado, una araña de cristal desprendía un centenar de destellos que reverberaban en las baldosas del suelo, en las paredes y las hornacinas de espejo, en las jarras y las copas plateadas, e incluso en las bandejas de los camareros.

Algunos espejos proyectaban una imagen fiel; el resto eran espejos deformantes, espejos de la risa. En el Castillo Encantado, uno no sabía con qué se encontraría al girar la cabeza. Era el único establecimiento de Ciudad Joker que atraía a jokers y a normales por igual. Allí los normales podían verse a sí mismos retorcidos y deformes, reírse y jugar a ser jokers; y un joker, si tenía mucha suerte, podía dar con el espejo adecuado y verse como una vez había sido.

—Su mesa está lista, doctor Taqui3n —lo informó Desmond, el *maître*, un hombre corpulento y rubicundo. Sostenía la carta de vinos con la trompa gruesa, rosa y arrugada; la levantó y, con uno de los dedos que la remataban, le indicó a Taqui3n que lo siguiera—. ¿Tomará su coñac habitual?

—Sí —respondió Tac, deseando tener algo de dinero para darle propina.

Esa noche se tomó la primera copa en memoria de Blythe, como siempre, pero la segunda fue por John Fitzgerald Kennedy.

Las demás fueron todas a su salud. A la suya propia.

Al final del camino Hook, más allá de la refinería abandonada y los almacenes de importación y exportación, de las vías muertas y los desamparados vagones rojos, del paso subterráneo de la autopista, de los solares vacíos sembrados de hierbajos y basura y de los gigantescos depósitos de aceite de soja, Tom encontró refugio. Se hacía de noche cuando llegó, y el traqueteo del motor del Mercury no presagiaba nada bueno. Pero seguro que Joey tendría una solución para eso.

El desguace se encontraba a orillas de las aguas oleaginosas de la bahía de Nueva York. Detrás de una valla de tres metros rematada por tres alambres de espino enroscados, una jauría de perros ladraba alrededor del coche, ofreciéndole una estruendosa bienvenida que habría aterrorizado a cualquiera que no los conociera. El crepúsculo confería un extraño matiz cobrizo a las montañas de automóviles herrumbrosos, destrozados y retorcidos, a las hectáreas de chatarra, a los valles y colinas de cacharros y basura. Por fin llegó a la gran verja, cerrada con cadenas y

candado. Había dos carteles, uno en cada batiente, que rezaban: «**PROHIBIDO EL PASO**» y «**CUIDADO CON LOS PERROS**».

Tom se detuvo y tocó el claxon. Al otro lado de la valla se veía la chabola de cuatro habitaciones a la que Joey llamaba hogar. Montado sobre el tejado de chapa ondulada, un rótulo enorme con varios focos amarillos para iluminar las letras anunciaba: «**CHATARRA Y RECAMBIOS DIANGELIS**». Dos décadas de sol y lluvia habían decolorado y ampollado la pintura; la madera estaba agrietada y un foco se había fundido. Al lado de la casa reposaban un viejo volquete amarillo, una grúa y el orgullo de Joey: un Cadillac cupé de 1959 rojo sangre, con aletas de tiburón en la cola y un monstruoso motor trucado que asomaba por un boquete en el capó.

Tom volvió a tocar el claxon. Esa vez interpretó a bocinazos su señal especial, la tonadilla de los dibujos de Súper Ratón que veían de niños.

Un cuadrado de luz amarilla se derramó por el desguace cuando Joey salió con una cerveza en cada mano.

Joey y él no se parecían en nada. Provenían de castas diferentes, vivían en mundos distintos, pero habían sido amigos íntimos desde el día de la muestra de mascotas de tercer curso, el día en que descubrió que las tortugas no podían volar, el día en que comprendió qué era y qué era capaz de hacer.

Stevie Bruder y Josh Jones habían pillado a Tommy en el patio del colegio. Se pusieron a jugar a pasarse sus tortugas, lanzándoselas uno al otro mientras él corría entre ambos sofocado y llorando. Cuando se aburrieron, las lanzaron contra el cuadrado dibujado con tiza en la pared que usaban para jugar al béisbol sin bate. El pastor alemán de Stevie se comió una. Cuando Tommy intentó agarrar al perro, Stevie la emprendió a golpes con él y lo dejó tendido con las gafas rotas y un labio partido.

La cosa podría haber acabado peor si no hubiera intervenido Joey el Chatarras, un muchacho flaco de pelo negro y desgredado, dos años mayor que sus compañeros de clase, pues había repetido un par de cursos; apenas sabía leer, y todo el mundo decía que olía mal porque su padre, Dom, era el dueño de la chatarrería. Joey no era tan grande como Bruder, pero no le importó, ni aquel día ni ningún otro. Agarró a Stevie por la espalda de la camisa, lo giró de un tirón y le pegó una patada en los huevos. Después le dio otra al perro, y también habría zurrado a Josh si este no hubiera salido corriendo. Mientras Josh huía, una tortuga muerta se elevó del suelo y atravesó volando el patio hasta estrellarse contra su nuca roja y rolliza.

Joey se quedó de piedra al verlo.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó. Hasta aquel momento, Tommy no se había dado cuenta de que era él el responsable de que sus tortugas volaran.

Se convirtió en su secreto, en el pegamento que mantendría unida aquella extraña amistad. Tommy ayudaba a Joey con los deberes y le preguntaba la lección antes de los exámenes. Joey se convirtió en el protector de Tommy ante la aleatoria brutalidad del patio del recreo. Tommy le leía cómics a Joey, hasta que este aprendió y dejó de

necesitarlo. Dom, un hombre de barba y pelo entrecanos, barriga cervecera y corazón amable, se sintió orgulloso; él no sabía leer ni siquiera italiano. La amistad de los dos chicos perduró durante la primaria, el instituto y después de que Joey abandonara los estudios. Sobrevivió al descubrimiento de las chicas, capeó la muerte de Dom DiAngelis y el traslado de la familia de Tom a Perth Amboy. Joey DiAngelis seguía siendo la única persona que conocía la verdad sobre Tom.

Joey destapó otro botellín de Rheingold con el abridor que llevaba colgado al cuello. Bajo la camiseta blanca de tirantes se le estaba formando una barriga cervecera como la de su padre.

—Eres demasiado listo para trabajar en una mierda de taller arreglando teles.

—Es un trabajo —replicó Tom—. Ya lo hice el verano pasado; bien puedo estar ahora a jornada completa. No importa en qué trabaje. Lo que importa es lo que hago con mi..., bueno, mi poder.

—¿Tu poder? —se mofó Joey.

—Ya sabes lo que quiero decir, espagueti. —Tom dejó la botella vacía encima del cajón de naranjas que había junto al sillón. La mayoría de los muebles de Joey no eran precisamente lujosos; los rescataba del desguace—. He estado pensando en lo que dijo Jetboy al final, intentando entender qué significa. Me imagino que se refería a que todavía le quedaban cosas por hacer. Bueno, pues yo no he hecho una puta mierda. ¿Sabías que llevo mucho tiempo preguntándome qué podría hacer yo por el país? Joder, los dos conocemos la respuesta.

Joey se recostó en el sillón, bebió un poco de Rheingold y meneó la cabeza. La pared de detrás estaba revestida con las estanterías que Dom había construido para los chicos casi diez años antes. La balda inferior la ocupaban por entero revistas para hombres. El resto eran cómics. De los dos. *Superman* y *Batman*, *Action Cómics* y *Detective*, los *Clásicos Ilustrados* que Joey había explotado para sus comentarios de texto, cómics de terror, cómics policíacos, cómics de combates aéreos, y lo mejor de todo, su tesoro: la serie casi completa de *Jetboy Cómics*.

Joey se percató de que estaba mirándolos.

—Ni se te ocurra —le advirtió—. Tú no eres el puto Jetboy, Tuds.

—No, yo soy más de lo que fue él. Soy...

—¿Un zumbado? —sugirió Joey.

—Un as —repuso Tom con gravedad—. Como los Cuatro Ases.

—¿Esos no eran un grupo de cantantes negros?

—No eran cantantes, espagueti, eran... —replicó Tom, sonrojándose.

Joey lo cortó con un gesto brusco.

—Ya sé quiénes eran, coño. No me toques los huevos. Eran tontos del culo, como tú. Acabaron en la cárcel, les pegaron un tiro o qué sé yo. Menos el chivato de mierda... ¿Cómo se llamaba? —Chasqueó los dedos—. Coño, ese qué hacía de Tarzán...

—Jack Braun —apuntó Tom. Una vez había escrito un trabajo sobre los Cuatro

Ases—. Y seguro que hay otros que están escondidos por ahí. Como yo. He estado escondiéndome, pero se acabó.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Ir al *Bayonne Times* y hacerles una demostración? ¡Serás gilipollas! Ya puestos, de paso diles que eres comunista. Te obligarán a mudarte a Ciudad Joker y romperán todas las ventanas de casa de tus padres. Y puede que hasta te llamen a filas, capullo.

—No. Lo tengo todo controlado. Los Cuatro Ases eran blancos fáciles. Yo no voy a dejar que sepan quién soy ni dónde vivo —replicó Tom. Con la botella de cerveza apuntó a las estanterías—. Voy a mantener mi identidad en secreto. Como en los cómics.

Joey estalló en carcajadas.

—Cojonudo. ¿Y también vas a ponerte mallas, tonto del culo?

—Vete a la mierda —le espetó Tom. Estaba cabreándose—. Calla de una puta vez.

Joey se limitó a quedarse donde estaba, desternillándose.

—Venga, bocazas —saltó Tom, incorporándose—. Arrastra el puto culo afuera y te enseñaré lo tonto que soy. Venga, sabelotodo de mierda.

Joey DiAngelis se puso en pie.

—Esto no me lo pierdo.

Fuera, Tom esperó impaciente, cargando el peso de un pie a otro y exhalando bocanadas de vaho en el aire frío de noviembre, mientras Joey se dirigía hasta la gran caja de metal situada en un costado de la casa y accionaba un interruptor. En lo alto de los postes, las luces del desguace cobraron vida. Los perros acudieron, olfatearon alrededor de los dos hombres y los siguieron cuando echaron a andar. Un botellín de cerveza asomaba de un bolsillo de la chaqueta de cuero negra de Joey.

Tan solo era un desguace atestado de basura, chatarra y coches destrozados, pero esa noche parecía tan mágico como cuando Tommy tenía diez años. En un promontorio que se cernía sobre las negras aguas de la bahía de Nueva York, un Packard antiguo de color blanco emergía como una fortaleza espectral. Y eso era precisamente lo que había sido cuando Joey y él eran niños: su bastión y su santuario, su puesto avanzado de caballería, su castillo y su estación espacial, todo en uno. Brillaba bajo la luz de la luna, y las aguas que se extendían al otro lado se mecían llenas de promesas en la orilla. La oscuridad y las sombras poblaban el recinto y transformaban los montones de metal y basura en colinas negras y misteriosas entre las que se abría un dédalo de callejones grises. Tom se internó en el laberinto, más allá del gran montículo de basura en el que habían jugado al rey de la montaña y se habían batido en duelo con improvisadas espadas de chatarra; más allá de los tesoros ocultos entre los que habían hallado tantos juguetes rotos, cristales de colores y botellas, y una vez incluso una caja entera de cartón llena de cómics.

Recorrieron las hileras de vehículos herrumbrosos y retorcidos apilados unos encima de otros: Fords y Chevys, Hudsons y DeSotos, un Corvette con el capó

destrozado y arrugado como un acordeón, un cementerio de Escarabajos, un solemne coche fúnebre tan muerto como los pasajeros que había transportado. Tom los estudiaba con atención mientras caminaba, y finalmente se detuvo.

—Ese —sentenció, señalando los restos de un viejo Studebaker Hawk destripado. Le faltaban el motor y las ruedas, el parabrisas era una telaraña de vidrio resquebrajado e incluso en la oscuridad se distinguían los mordiscos del óxido en los guardabarros y los paneles laterales—. No vale nada, ¿verdad?

Joey abrió la cerveza.

—Adelante, todo tuyo.

Tom respiró hondo y se plantó frente al Studebaker. Con los brazos rígidos y los puños apretados, clavó los ojos en el coche y se concentró. El vehículo se estremeció de forma suave. La rejilla del radiador se elevó unos centímetros del suelo, vacilante.

—¡Haaalaaa! —exclamó Joey con soma mientras le propinaba un puñetazo amistoso en el hombro. El Studebaker se desplomó con estruendo y el parachoques se desprendió—. ¡Oooh, estoy impresionado!

—Quédate callado y no molestes, coño —espetó Tom—. Ahora verás lo que puedo hacer, pero cierra la boca un minuto. He estado practicando. No tienes ni idea de lo que soy capaz.

—No diré ni una palabra —prometió Joey con una sonrisa burlona, y tomó un trago de cerveza.

Tom se volvió hacia el Studebaker. Procuró bloquear los pensamientos, olvidarse de Joey, de los perros, del desguace; el Studebaker llenó su mundo. Sentía el estómago duro como una bola de acero. Intentó relajarse, respiró hondo varias veces, abrió los puños.

«Venga, vamos, cálmate, no te alteres, hazlo y punto, has podido con mucho más que esto, esto es fácil, es fácil».

El vehículo se despegó del suelo, despacio, y empezó a levitar en medio de una lluvia de óxido. Tom se puso a girarlo, a darle vueltas cada vez más rápido. A continuación, con una sonrisa triunfal, lo lanzó a quince metros de distancia. Acabó estrellándose contra un montón de Chevys muertos y derribó la pila entera en una avalancha de metal.

—No está mal —comentó Joey después de terminarse la Rheingold—. Hace unos años ni siquiera podías levantarme por encima de la valla.

—Cada día que pasa me hago más fuerte —repuso Tom.

Joey DiAngelis asintió y arrojó la botella vacía a un lado.

—Bueno, entonces no tendrás problemas conmigo, ¿a que no? —Y le propinó un fuerte empujón con las dos manos. Tom se tambaleó y reculó un paso con el ceño fruncido.

—Para ya, Joey.

—Párame tú. —Joey volvió a empujarlo, esa vez con más fuerza, y Tom estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Déjalo ya, coño —protestó Tom—. No tiene gracia, Joey.

—¿No? Yo creo que es la hostia de gracioso. Pero, oye, tú puedes pararme, ¿no? Usa tus malditos poderes —insistió Joey con una sonrisa burlona. Avanzó hasta encararse con Tom y le dio un cachete en la mejilla—. Párame, as. —Lo abofeteó de nuevo—. Vamos, Jetboy, párame. —El tercer manotazo fue más fuerte—. Venga, superhéroe, ¿a qué estás esperando?

La cuarta bofetada le dejó un intenso ardor; la quinta le cruzó la cara. Joey ya no sonreía; Tom percibía el olor de cerveza en su aliento. Trató de agarrarle la mano, pero Joey era demasiado fuerte, demasiado rápido; esquivó el movimiento de Tom y descargó otro golpe.

—¿Quieres pelea, as? Te haré picadillo. Zumbado. Gilipollas. —El siguiente golpe casi le arrancó la cabeza y le anegó los ojos de lágrimas ardientes—. ¡Te he dicho que me pares, soplapollas! —gritó Joey. Cerró la mano y le dio un puñetazo tan fuerte que lo dobló por la cintura y le cortó la respiración.

Tom intentó recobrar la concentración, apresar y empujar, pero era como estar otra vez en el patio del colegio: Joey parecía multiplicarse, le llovían los puñetazos, y lo único que podía hacer era escudarse con las manos y tratar de detener los golpes. Aunque no le sirvió de nada, claro, porque Joey era mucho más fuerte; lo aporreaba y lo empujaba sin cesar de gritar, y Tom era incapaz de pensar, incapaz de concentrarse, incapaz de hacer nada salvo aguantar el dolor y retroceder a trompicones. Joey se lanzó a por él con los puños levantados y le arreó un gancho que le acertó de lleno en la boca y le hizo crujir los dientes. De repente, Tom se encontró de espaldas en el suelo con la boca llena de sangre.

Joey, plantado a su lado, lo observaba con el ceño fruncido.

—Joder. No quería reventarte el labio —se disculpó.

Se agachó, cogió a Tom de la mano y le dio un brusco tirón para ponerlo en pie.

Tom se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano. También le había manchado la camisa.

—Mírame, estoy hecho un asco —protestó. Fulminó a Joey con la mirada—. No ha sido justo. No puedes esperar que haga algo si me das una paliza, maldita sea.

—No me jodas, ¿es que te crees que los malos van a dejar que cierres los ojos y te concentres tranquilito? —replicó Joey, y le dio una palmada en la espalda—. Te romperán todos los dientes a hostias. Y eso si tienes suerte y no te pegan un tiro. Tú no eres Jetboy, Tuds. —Le entró una tiritona—. Anda, vamos adentro. Hace un frío de cojones.

Cuando despertó en una cálida oscuridad, Tac apenas recordaba la borrachera, pero era mejor así. Le costó incorporarse. Las sábanas que lo envolvían, suaves y sensuales, eran de satén, y por debajo del olor a vómito rancio se percibía el rastro de algún perfume floral.

Con movimientos inseguros, apartó las sábanas y se arrastró hasta el borde de la majestuosa cama. Notó el suelo enmoquetado bajo los pies descalzos, y el calor le resultó desagradable en el cuerpo desnudo. Estiró el brazo en busca del interruptor y encendió la luz; el resplandor le arrancó un gemido. La habitación era un caos rosa y blanco de muebles Victorianos y paredes gruesas e insonorizadas. Una pintura al óleo de John F. Kennedy le sonreía desde encima de la chimenea; en un rincón se erigía una estatua de yeso de la Virgen María de casi un metro.

Carita de Ángel, sentada en un sillón orejero rosa junto al hogar apagado, lo miró adormilada, parpadeando, y disimuló un bostezo con la mano.

Tac se sintió disgustado y avergonzado.

—He vuelto a echarme de tu propia cama, ¿no? —preguntó.

—No pasa nada —respondió ella.

Reposaba los pies en un diminuto escabel. Las plantas se le veían feas y amoratadas, negras e hinchadas a pesar de que calzaba zapatos especiales con almohadillas. Por lo demás, era preciosa. Una cascada de cabello negro le caía hasta la cintura y tenía la piel radiante y sonrosada, un rubor que resplandecía de vida. Sus ojos eran oscuros y líquidos, pero lo más asombroso de todo, lo que nunca dejaba de maravillarle a Tac, era la calidez que contenían, ese afecto del que él se consideraba tan poco digno. A pesar de todas las molestias que le había acarreado, a ella y a todos los demás, de algún modo esa mujer llamada Carita de Ángel lo había perdonado y se preocupaba por él.

Tac se llevó una mano a la sien. Estaban intentando rebanarle el cráneo con una sierra circular.

—Mi cabeza —gimió—. Con lo que cobráis, al menos podríais extraer las resinas y los venenos de las bebidas que vendéis. En Takis...

—Lo sé —lo interrumpió Carita de Ángel—. En Takis habéis fermentado vinos que no provocan resaca. Ya me lo contaste una vez.

Taquión le dedicó una sonrisa cansada. Ella estaba radiante como una rosa, vestida nada más que con un corto camisón de satén de un intenso color vino, que le dejaba las piernas al descubierto hasta los muslos y ofrecía un precioso contraste con la piel. Sin embargo, cuando la chica se levantó, vio la mejilla que había tenido apoyada en el sillón mientras dormía. El cardenal ya estaba oscureciéndose, una flor púrpura en el rostro.

—Carita... —balbuceó Taquión.

—No es nada —lo cortó ella. Se echó el cabello hacia delante para ocultar la mácula—. Tenías la ropa muy sucia. Mal se la ha llevado para que la laven, así que eres mi prisionero por un rato.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Todo el día. Pero no te preocupes. Una vez tuve un cliente tan borracho que se tiró cinco meses durmiendo. —Se sentó ante el tocador, descolgó el teléfono y pidió el desayuno: tostadas y té para ella; huevos, beicon y café cargado con brandy para

Taqui3n. Y todo ello acompa1ado de una aspirina.

—No —protest3 el—. Tanta comida me sentar3 mal.

—Tienes que comer. Ni siquiera los extraterrestres pueden vivir solo de co1nac.

—Por favor...

—Si no comes, no hay bebida —sentenci3 ella con brusquedad—. Ese es el trato, ¿te acuerdas?

El trato, s3. Lo recordaba. Carita de 1ngel le proporcionaba dinero para el alquiler, comida y barra libre ilimitada: tanta bebida como necesitara para nublar la memoria. A cambio, la 3nica obligaci3n de 3l consist3a en comer y contarle historias. A ella le encantaba 3irlo hablar. Taqui3n le narraba an3cdotas familiares, le ense1aba las costumbres takisias; la colmaba de historia, leyendas y romances, de relatos sobre bailes, intrigas y bellezas ya desaparecidas de la sordidez de Ciudad Joker.

A veces, despu3s de cerrar, bailaba para ella, describiendo las antiguas e intrincadas pavanas de Takis en el suelo espejado del club mientras ella observaba y lo animaba. Un d3a en que los dos hab3an bebido demasiado vino, ella lo convenc3 para que bailara el Paso Nupcial, una danza er3tica que la mayor3a de takisios bailaba solo en una ocasi3n: en su noche de bodas. Esa fue la 3nica vez que ella bail3 con 3l, calcando los movimientos, al principio vacilante, luego m3s y m3s r3pido, balance3ndose y girando hasta que sus pies descalzos quedaron agrietados y en carne viva y dejaron un reguero de manchas rojas en las baldosas de espejo. En el Paso Nupcial, al final la pareja se juntaba y se fund3a en un largo y triunfal abrazo. Pero aquello era en Takis; all3, cuando lleg3 el momento, ella rompi3 el ritual y se apart3, y Taqui3n volvi3 a recordar, una vez m3s, que Takis se encontraba muy lejos.

Dos a1os antes, Desmond lo hab3a encontrado inconsciente y desnudo en un callej3n de Ciudad Joker. Le hab3an robado la ropa mientras dorm3a; estaba febril y deliraba. Des hab3a pedido ayuda para trasladarlo al Castillo Encantado. Recobr3 el conocimiento en un catre en la trastienda, rodeado de barriles de cerveza y botelleros de vino.

—¿Sabe qu3 ha estado bebiendo? —le hab3a preguntado Carita de 1ngel cuando lo llevaron a su despacho.

Tac no lo sab3a; solo se acordaba de la acuciante necesidad de beber que lo corro3a por dentro y del viejo negro del callej3n que se hab3a ofrecido generosamente a compartir su botella con 3l. Carita de 1ngel le explic3 que se llamaba Stemo y pidi3 a Des que trajera una botella de su mejor brandy.

—Si un hombre quiere beber, es su problema, pero al menos que se mate con un poco de clase —sentenci3 Carita de 1ngel.

El brandy le despleg3 finos zarcillos de calor por el pecho y le detuvo el temblor de las manos. Cuando hubo vaciado la copa quiso darle las gracias efusivamente, pero ella retroced3 cuando intent3 tocarla. Le pregunt3 por qu3.

—Se lo ense1ar3 —respondi3 ella tendi3ndole la mano—. Con suavidad —rog3.

El beso que le dio Tac fue apenas un roce de los labios; no en el dorso de la mano,

sino en la cara interior de la muñeca, para sentir su pulso, la comente de vida que fluía dentro de su cuerpo; porque era preciosa y amable, y porque la deseaba.

Al segundo siguiente, observó con consternación cómo la piel de ella se oscurecía hasta ponerse morada y luego negra. «Otra de mis criaturas», pensó.

Sin embargo, se hicieron amigos. No amantes, por supuesto, excepto a veces en los sueños de Taquión; los capilares de ella se rompían a la menor presión y a su hipersensible sistema nervioso hasta el contacto más leve le causaba dolor. Una caricia suave la teñía de negro y azul; hacer el amor probablemente la mataría. Pero ¿ser amigos? Eso sí. Ella nunca le pedía nada que él no pudiera darle, por eso nunca había podido decepcionarla.

El desayuno lo sirvió una mujer negra con chepa llamada Ruth que tenía plumas de color azul claro en lugar de pelo.

—El hombre le ha traído esto esta mañana —informó a Carita de Ángel tras poner la mesa, y le entregó un grueso paquete cuadrado envuelto en papel marrón.

Carita de Ángel lo aceptó sin comentarios mientras Taquión se bebía el café animado con brandy y cogía el cuchillo y el tenedor para contemplar con consternación los implacables huevos con beicon.

—No pongas esa cara de disgusto —le reprochó Carita de Ángel.

—Creo que no te he hablado de cuando la nave estelar de la Red vino a Takis y lo que mi bisabuela Amurath le soltó al emisario de Ly'bahr —empezó a contar.

—No —confirmó ella—. Continúa. Me cae bien tu bisabuela.

—Es una de los míos. A mí me aterra —confesó Taquión, y se embarcó en la historia.

Tom se despertó bastante antes del amanecer. Joey roncaba en el cuarto de atrás. Preparó una jarra de café en una cafetera eléctrica abollada y metió un panecillo en la tostadora. Mientras se filtraba el café, recogió el sofá cama. Untó el panecillo con mantequilla y mermelada de fresa y paseó la mirada por la habitación en busca de algo que leer. Los cómics parecían llamarlo.

Recordó el día en que los habían rescatado. La mayoría habían sido suyos, entre ellos, la serie de *Jetboy* que le había dado su padre. Le encantaban. Pero, un día de 1954, Tom llegó del colegio y ya no estaban; toda una estantería y dos cajones llenos de tebeos habían desaparecido. Su madre le contó que varias mujeres de la asociación de padres de alumnos la habían ido a ver para explicarle lo horribles que eran los cómics. Le habían enseñado un libro de un tal doctor Wertham que afirmaba que esas historietas convertían a los chicos en delincuentes juveniles y en homosexuales y que glorificaban a los ases y a los jokers, y su madre había permitido que se llevaran la colección de Tom. El gritó y berreó y se enzarzó en una pataleta, pero no sirvió de nada.

La asociación de padres había confiscado los cómics de todos los chicos del

colegio y se disponía a quemarlos aquel sábado en el patio de la escuela. Lo mismo sucedía en el resto del país; se hablaba incluso de promulgar una ley que los prohibiera; si no todos, al menos los de terror, los policiacos y los que trataban de personas con poderes extraños.

Resultó que Wertham y la asociación de padres tenían razón: aquel viernes por la noche, por culpa de los cómics, Tommy Tudbury y Joey DiAngelis se convirtieron en delincuentes.

Tom tenía nueve años y Joey, once, pero este llevaba conduciendo la camioneta de su padre desde los siete. Aquella noche la cogió sin permiso y pasó a buscar a Tom, que se escabulló de su casa. Cuando llegaron al colegio, Joey forzó una ventana con una palanca. Tom se aupó a sus hombros, buscó con la mirada y, concentrándose, apresó la caja que contenía su colección. La levantó y la trasladó por el aire hasta la camioneta. Luego hurtó cuatro o cinco cajas más de propina.

La asociación de padres nunca se enteró; al fin y al cabo, aún quedaban muchísimos títulos para la hoguera. Si Dom DiAngelis se preguntó alguna vez de dónde habían salido tantos cómics, jamás dijo una palabra; se limitó a construir unas estanterías para guardarlos, orgulloso como el que más de que su hijo supiera leer. A partir de aquel día compartieron la colección.

Tom dejó el café y el bollo encima del cajón de naranjas, se acercó a la estantería y sacó dos o tres números de *Jetboy*. Los releyó mientras comía: *Jetboy en la isla del Dinosaurio*, *Jetboy y el Cuarto Reich* y su favorito, el número final, el real: *Jetboy y los alienígenas*. En el interior, el título del capítulo rezaba: «Treinta minutos sobre Broadway». Tom lo leyó dos veces mientras se tomaba el café, que se había enfriado. En las mejores viñetas se demoraba un poco más. La última página mostraba al alienígena, Taquión, llorando. Tom ignoraba si aquello había sucedido de verdad o no. Cerró el cómic, se terminó el bollo y se quedó allí sentado un buen rato, meditando.

Jetboy era un héroe. ¿Y él? Nada. Un mequetrefe, un gallina. El poder que le había tocado cuando se repartieron los malditos comodines no hacía bien a nadie. No valía para nada, igual que él.

Desanimado, se enfundó el abrigo y salió afuera. El desguace ofrecía un aspecto feo y crudo al amanecer, y soplaban un viento gélido. A un centenar de metros al este, la bahía se extendía verde y agitada. Tom trepó por la pequeña colina hasta el viejo Packard. La puerta chirrió al abrirla. Dentro, la tapicería estaba rajada y olía a podredumbre, pero al menos estaría resguardado del viento. Tom se recostó en el asiento con las rodillas apoyadas en el salpicadero y contempló la salida del sol, inmóvil; mientras, tapacubos y neumáticos viejos flotaban por el patio y salían disparados, cortando el aire, hasta estrellarse en las aguas verdes y picadas de la bahía de Nueva York. Divisó la Estatua de la Libertad, allá en su isla, y los borrosos perfiles de las torres de Manhattan al noreste.

Casi a las siete y media, cuando ya sentía los miembros agarrotados y había

perdido la cuenta de los tapacubos que había hecho volar, Tom Tudbury se incorporó con una expresión extraña. El congelador con el que había estado practicando malabarismos cayó con estrépito desde una altura de doce metros. Se pasó los dedos por el pelo y volvió a levantar el trasto, lo desplazó unos veinte metros y lo soltó en el tejado de chapa ondulada de Joey. Después repitió la operación con un neumático, una bicicleta retorcida, seis tapacubos y un pequeño furgón rojo.

La puerta de la casa se abrió de golpe y Joey se abalanzó al frío en calzoncillos y camiseta de tirantes. Parecía cabreado de verdad. Tom lo agarró por los pies descalzos y dio un tirón. Joey cayó de culo y profirió una maldición, y Tom lo apresó y lo izó en el aire cabeza abajo.

—¿Dónde cojones estás, Tudbury? —chilló Joey—. Para ya, gilipollas. Bájame.

Tom se imaginó dos enormes manos invisibles y se pasó a Joey de la una a la otra.

—Cuando baje, te voy a meter tantas hostias que tendrás que comer con pajita el resto de tu vida —le amenazó Joey.

La manivela estaba dura tras años de desuso, pero al fin Tom consiguió bajar la ventanilla del Packard y asomó la cabeza.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —graznó entre risas.

Suspendido a casi cuatro metros del suelo, Joey oscilaba y blandía el puño.

—Te voy a meter la puta zanahoria por el culo —gritó. Tom le arrancó los calzoncillos de un tirón y los colgó de un poste de teléfono—. Vas a morir, Tudbury.

Tom tomó aire y depositó a Joey en el suelo con cuidado. La hora de la verdad. Joey echó a correr hacia él mientras soltaba obscenidades a voz en cuello. Tom cerró los ojos, plantó las manos en el volante y empujó hacia arriba. El Packard vibró. El sudor le perlaba la frente. Se aisló del mundo, se concentró y contó atrás desde diez, despacio.

Cuando abrió los ojos, esperaba encontrarse con el puño de Joey a punto de machacarle la nariz, pero lo único que vio fue una gaviota posada en el capó del Packard que ladeaba la cabeza como si lo mirara a través del parabrisas agrietado. Tom estaba flotando. Estaba volando.

Sacó la cabeza por la ventanilla. Joey se encontraba seis metros más abajo, con los ojos clavados en él, las manos en las caderas y expresión indignada.

—Esto... ¿Qué era lo que decías anoche? —preguntó Tom a gritos, sonriendo.

—Espero por tu bien que puedas aguantar ahí arriba todo el día, hijo de puta —respondió Joey. Cerró un puño y lo agitó inútilmente. El cabello, negro y lacio, le caía sobre los ojos—. Bah, muy bien, ¿y qué? No te sirve de una mierda. Si tuviera una pistola, ya serías fiambre.

—Si tuvieras una pistola, no asomaría la cabeza por la ventana —repuso Tom—. De hecho, sería mejor que no hubiera ninguna ventana.

Reflexionó un segundo sobre ese detalle, pero allí arriba le resultaba difícil pensar. El Packard pesaba mucho.

—Voy a bajar —le anunció a Joey—. Tú... Esto... ¿Ya estás más tranquilo?

—Prueba a ver, Tuds —respondió Joey con una sonrisa.

—Quítate de en medio. No quiero espachurrarte con este cacharro.

Joey, con el culo al aire y la piel de gallina, se hizo a un lado, y Tom dejó que el Packard se posara en el suelo con la suavidad de una hoja de otoño en un día en calma. Nada más entreabrir la puerta, Joey alargó la mano, lo agarró, lo sacó de un tirón y lo empujó contra el costado del coche con la otra mano levantada en un puño.

—Tendría que... —empezó a decir, pero sacudió la cabeza, resopló y le dio a Tom un puñetazo amistoso en el hombro—. Devuélveme mis calzoncillos, as.

De vuelta en la casa, Tom recalentó el café que había sobrado.

—Voy a necesitarte —le dijo mientras se preparaba unos huevos revueltos con jamón y otro par de bollos. Usar la teke siempre le abría un apetito canino—. Tú encárgate de la mecánica, la soldadura y todo eso. Yo me ocuparé del cableado.

—¿Cableado? ¿Para qué coño lo quieres? —preguntó Joey, calentándose las manos encima de la taza.

—Para las luces y las cámaras de televisión. Y quiero tapar las ventanillas, para que no me disparen. Sé dónde podemos conseguir cámaras baratas, y tú tienes un montón de aparatos viejos por aquí. Los repararé. —Se sentó y atacó los huevos con voracidad—. También necesitaré altavoces y un sistema de megafonía. Y un generador. No sé si quedará sitio para una nevera.

—Ese Packard es un pedazo de bicho —comentó Joey—. Saca los asientos y tendrás espacio para tres neveras.

—El Packard, no —rechazó Tom—. Quiero un coche más ligero. Podemos cubrir las ventanillas con chapas de carrocería o algo así.

Joey se apartó el pelo de los ojos.

—Nada de chapa. Tengo planchas blindadas. De la guerra. Desmantelaron un montón de barcos de la base naval en el cuarenta y seis y el cuarenta y siete, Dom pujó por el metal y compró veinte toneladas. Qué desperdicio de dinero. ¿Quién cojones va a querer comprar el blindaje de un acorazado? Todavía lo tengo todo, oxidándose ahí atrás. Haría falta un cañón para atravesarlo, Tuds. Estarás igual de seguro que..., joder, no sé... Bueno, estarás seguro.

Pero Tom sí lo sabía.

—Igual de seguro que... ¡una tortuga en el caparazón!

Solo quedaban diez días de compras hasta Navidad. Tac, sentado en el alféizar de una ventana, contemplaba el Bowery por el cristal espejado mientras se guarecía del frío de diciembre con un café irlandés. El Castillo Encantado no abriría hasta pasada una hora, pero la puerta de atrás nunca estaba cerrada para los amigos de Carita de Ángel. En el escenario, un par de jokers malabaristas que se hacían llamar Cosmos y Caos se lanzaban bolas de bolera. Cosmos flotaba a un metro del suelo, en la posición

del loto, con una expresión serena en el rostro sin ojos. Era totalmente ciego, pero nunca fallaba un tiro ni dejaba caer una bola. Su compañero, Chaos, que tenía seis brazos, hacía cabriolas como un demente, se reía y contaba chistes malos, al tiempo que mantenía a la espalda una cascada de antorchas llameantes con dos brazos y con los otros cuatro le lanzaba bolas a Cosmos. Tac tan solo les dedicó una mirada. Aunque tenían talento, sus deformidades lo apenaban.

Mal se coló en el reservado.

—¿Cuántos te has tomado? —preguntó el gorila, señalando con la mirada el café irlandés. Los zarcillos que le pendían del labio inferior se alargaban y se contraían como gusanos ciegos palpitantes, y la mandíbula, grande, deforme y de un color azul negruzco, confería al rostro una expresión de desprecio beligerante.

—No me parece que sea asunto tuyo.

—Eres un condenado inútil, ya lo sabes.

—Nunca lo he negado.

Mal lanzó un bufido.

—No vales una mierda. No entiendo para qué coño necesita Carita tener por aquí a un maldito marica del espacio que no hace más que pimplarse su bebida...

—No lo necesita. Se lo he dicho.

—Ya, esa mujer no escucha —convino Mal.

El gorila cerró el puño. Un puño muy grande. Antes del Día del Reparto ocupaba la octava posición en la clasificación de los pesos pesados. Después ascendió a la tercera posición... hasta que expulsaron a los comodines de los deportes profesionales y le arrebataron los sueños de un plumazo. La medida iba dirigida a los ases, explicaron, con el propósito de mantener la competencia, pero no hicieron excepciones con los jokers. Mal, ya viejo, tenía el cabello ralo, gris acero, pero aún parecía lo bastante fuerte para partir en dos a Floyd Patterson y lo bastante duro para obligar a Sonny Listón a postrar la mirada.

—Fíjate en eso —gruñó indignado, y clavó los ojos en la ventana. Pequeñín estaba fuera, en su silla—. ¿Qué cojones está haciendo ese? Le advertí que no volviera por aquí.

Mal echó a andar hacia la puerta.

—¿Por qué no lo dejas en paz? —preguntó Taquión a su espalda—. Es inofensivo.

—¿Inofensivo? —Mal se Volvió hacia él—. Con esos putos berridos espanta a los turistas, y así ¿quién cojones va a pagar tu bebida?

Pero entonces se abrió la puerta y apareció Desmond, con el abrigo doblado en un brazo y la trompa levantada a medias.

—Déjalo, Mal, y vete ya —ordenó el *maître* en tono cansado.

Mal se marchó mascullando algo. Desmond se acercó y se sentó en el reservado de Taquión.

—Buenos días, doctor —saludó.

Taquión contestó con una inclinación de cabeza y apuró la taza. El whisky, que había ido depositándose en el fondo, le calentó las entrañas.

Se descubrió mirándose en el reflejo de la mesa: un semblante tosco, ajado y disoluto; los ojos enrojecidos e hinchados; el pelo rojo largo, grasiento y enmarañado; los rasgos distorsionados por el exceso de alcohol. Ese no era él, ese no podía ser él; él era guapo, de facciones bien definidas, distinguido; tenía una cara...

Desmond extendió la trompa con un serpenteo. Agarró a Taquión bruscamente de la muñeca y tiró de él.

—No ha oído una sola palabra de lo que le he dicho, ¿verdad? —le recriminó Des en voz baja, apremiante y furioso. Adormilado, Tac se dio cuenta de que el *maître* le había estado hablando y empezó a farfullar una disculpa—. No se preocupe —dijo Desmond, soltándole la mano—. Escúcheme, doctor. Le estaba pidiendo ayuda. Seré un joker, pero soy un hombre instruido. Por lo que he leído, usted tiene ciertas... habilidades, podríamos decir.

—No —lo interrumpió Tac—. No de la clase que piensa.

—Sus poderes están bien documentados —repuso Des.

—Yo no... —balbuceó Tac con torpeza. Extendió las manos—. Eso fue entonces. He perdido... Quiero decir... No puedo, ya no.

Bajó la vista y se perdió en sus propios rasgos atrofiados, deseoso de mirar a Des a los ojos y hacérselo entender, pero incapaz de soportar la visión de la deformidad del joker.

—Querrá decir que no quiere —concluyó Des. Se levantó—. Pensé que si hablaba con usted antes de abrir, a lo mejor lo encontraba sobrio. Veo que me equivocaba. Olvide lo que le he dicho.

—Lo ayudaría si pudiera —empezó a disculparse Tac.

—No le pedía ayuda para mí —replicó Des con aspereza.

Cuando se marchó, Taquión fue hasta la larga barra cromada y cogió una botella de coñac llena. La primera copa lo hizo sentir mejor; la segunda le atajó el temblor de las manos. Tras la tercera rompió a llorar. Mal se acercó y lo miró con cara de asco.

—Nunca he conocido a ningún hombre que llorase tanto como tú —comentó, y le arrojó un pañuelo sucio antes de irse. Era hora de abrir.

Llevaba cuatro horas y media en el aire cuando escuchó, entre interferencias, la noticia del incendio. La radio, situada bajo su pie derecho, estaba sintonizada en la frecuencia de la policía. No había ascendido demasiado, cierto, solo unos dos metros, pero con eso bastaba. Tom había descubierto que daba igual que fueran dos o veinte. Cuatro horas y media, y no estaba ni pizca de cansado. De hecho, se sentía la mar de bien.

Estaba sujeto con correas a un asiento ergonómico que Joey había arrancado de un Triumph TR-3 hecho puré e instalado luego en un pequeño pivote justo en el

centro del Volkswagen. La única luz era el tenue brillo fosforescente de un grupo variopinto de pantallas de televisión que lo envolvía por completo. Entre las cámaras y sus motores de seguimiento, el generador, el sistema de ventilación, el equipo de sonido, los paneles de control, la caja de válvulas de vacío de recambio y la pequeña nevera, apenas le quedaba espacio para girar en el asiento. Pero no importaba. Tom era más claustrofílico que claustrofóbico; le gustaba estar ahí dentro. En el exterior del destripado Escarabajo, Joey había acoplado dos capas solapadas del grueso blindaje del acorazado. El resultado era mejor que un tanque. Joey ya le había descerrajado varios tiros con la Luger que Dom le había arrebatado a un oficial alemán durante la guerra, y las balas habían repiqueteado contra la armadura. Un disparo afortunado quizá le apagara una cámara o un foco, pero no había forma de que alcanzara a Tom dentro del caparazón. No solo estaba a salvo: era invulnerable, y cuando se sentía así de seguro y confiado, sus posibilidades no tenían límite.

Una vez terminado, el caparazón pesaba más que el Packard, pero no parecía importar. Cuatro horas y media sin tocar el suelo en ningún momento, deslizándose en silencio y casi sin esfuerzo por el desguace, y ni siquiera sudaba.

Cuando oyó por la radio el informe de la policía, una descarga de emoción lo recorrió de arriba abajo.

«¡Es el momento!», pensó. Debía esperar a Joey, pero su amigo había ido a la pizzería Pompeii a buscar la cena (pizza de *pepperoni* y cebolla con extra de queso) y no tenía tiempo que perder: era su oportunidad.

En la parte inferior, el anillo de luces proyectó inhóspitas sombras en las montañas de basura y metal retorcido a medida que Tom impulsaba el caparazón hacia arriba: dos metros y medio, tres, tres y medio... Tom pasaba la mirada de un monitor a otro, nervioso, observando cómo quedaba atrás el suelo. En una pantalla de rayos catódicos que había recuperado de un viejo televisor Sylvania aparecieron unas lentas ondulaciones verticales. Tom giró una ruedecilla y la sincronizó. Le sudaban las manos. Cuando estuvo a cuatro metros y medio de altura, empezó a avanzar hasta que llegó a la orilla. Ante él se abría la oscuridad; la espesura de la noche le impedía divisar Nueva York, pero sabía que la encontraría allí si lograba alcanzarla. En las pequeñas pantallas en blanco y negro, las aguas de la bahía se veían aún más negras de lo habitual: un agitado e interminable océano de tinta que lo acechaba. Tendría que cruzarlo a ciegas hasta que aparecieran las luces de la ciudad. Y si perdía el control ahí fuera, encima del agua, se reuniría con Jetboy y JFK mucho antes de lo previsto; aunque pudiera desatornillar la escotilla antes de hundirse, no sabía nadar.

Pero no iba a perderlo, pensó Tom de repente. ¿A qué venían esas malditas dudas? No iba a perderlo nunca más, ¿verdad que no? Tenía que creérselo.

Apretó los labios, empujó con la mente, y el caparazón se deslizó con suavidad sobre el agua. Debajo, las olas saladas subían y bajaban. Nunca había empujado contra el agua; la sensación era diferente. Tom experimentó un momento de pánico; el caparazón se sacudió y se hundió un metro antes de que recuperara el control. Se

obligó a calmarse, presionó hacia arriba y ascendió. Alto, pensó, llegaría desde lo alto, volando, como Jetboy, como Águila Negra, como un puto as. El caparazón avanzaba cada vez más rápido, planeando sobre la bahía con serenidad al tiempo que Tom ganaba confianza. Jamás se había sentido tan increíblemente poderoso, tan bien, tan cojonudo.

La brújula no falló; en menos de diez minutos, las luces del Battery y de Wall Street surgieron ante él. Tom se elevó aún más y continuó hacia el norte, arrimado a la orilla del Hudson. Alcanzó la Tumba de Jetboy y la sobrevoló; se había parado a contemplar el rostro de la gran escultura de metal una docena de veces. Se preguntó qué pensaría la estatua si pudiera alzar la mirada y verlo.

Llevaba un callejero de Nueva York, pero no lo necesitó: las llamas se divisaban a más de un kilómetro de distancia. Incluso dentro de la armadura, Tom sintió las oleadas de calor que lamieron el casco cuando sobrevoló el incendio. Empezó el descenso con cuidado. Los ventiladores zumbaron y las cámaras rastrearon el entorno a una orden suya: debajo había caos y barullo, gritos y sirenas, mirones, bomberos que corrían, ambulancias y barricadas de la policía, camiones cisterna que rociaban con agua ese infierno. Nadie se fijó en él, que sobrevolaba la escena a quince metros del suelo, pero después descendió hasta que sus luces danzaron en las paredes del edificio. Entonces vio que levantaban la mirada y lo señalaban; se sintió embriagado de entusiasmo.

Sin embargo, solo saboreó la sensación un instante. Por el rabillo del ojo vio a una mujer en la pantalla. Había aparecido de repente en una ventana del cuarto piso, con medio cuerpo fuera, tosiendo, y el vestido en llamas. Antes de que Tom pudiera actuar, una lengua de fuego la acarició; la mujer soltó un grito y se arrojó al vacío.

La atrapó en plena caída, sin pensar, sin vacilar, sin preguntarse si podría hacerlo. Simplemente se lanzó a agarrarla, la sujetó y la bajó con delicadeza hasta el suelo. Los bomberos la rodearon, sofocaron las llamas del vestido y se apresuraron a meterla en una ambulancia. Y Tom vio que todo el mundo levantaba la mirada hacia él, hacia la extraña figura negra con un anillo de luces brillantes que flotaba en la noche. La radio de la policía crepitó; oyó que informaban de un platillo volante. Sonrió.

Un policía armado con un megáfono se subió al techo del coche patrulla y lo interpelló. Tom apagó la radio para oír la voz en medio del rugido de las llamas. Le exigía a Tom que aterrizara y se identificara, le preguntaba quién era, qué era. Eso era fácil. Tom encendió el micrófono.

—Soy la Tortuga —anunció.

El Volkswagen no tenía neumáticos; en el hueco de las ruedas, Joey había instalado los altavoces más gigantescos que habían encontrado, conectados al amplificador más grande del mercado. La voz de la Tortuga se oyó por primera vez: un estentóreo «SOY LA TORTUGA», un trueno crepitante y distorsionado que retumbó por calles y callejuelas. Sin embargo, no sonó del todo bien. Tom subió el

volumen e inyectó más graves a su voz.

—SOY LA GRAN Y PODEROSA TORTUGA —proclamó a los cuatro vientos.

Después voló una manzana al oeste, hasta las aguas oscuras y contaminadas del Hudson, e imaginó dos enormes manos invisibles de más de diez metros. Las sumergió ahuecadas en el río y las sacó llenas. En el camino de vuelta, se derramaron riachuelos de agua por la calle. Cuando dejó caer la primera cascada sobre las llamas, una ovación confusa se elevó de la multitud.

—Feliz Navidad —farfulló Tac, borracho, cuando el reloj marcó la medianoche y la populosa clientela reunida para celebrar la Nochebuena rompió a gritar, lanzar vítores y aporrear las mesas.

En el escenario, Humphrey Bogart contó un chiste sin gracia con una voz irreconocible. Las luces del local se atenuaron un momento; cuando recuperaron el brillo, un hombre corpulento de cara redonda y nariz roja había sustituido a Bogart.

—¿Y este quién es? —preguntó Tac a la gemela de la izquierda.

—W. C. Fields —susurró ella.

La chica le deslizó la lengua por la oreja. La gemela de la derecha estaba ocupada en una actividad aún más interesante bajo la mesa, donde su mano había encontrado el camino hacia el interior de los pantalones de Tac. Las gemelas eran el regalo de Navidad de Carita de Ángel. «Puedes imaginar que son yo», le había sugerido, aunque, desde luego, no se le parecían en nada. Eran buenas chicas las dos; pechugonas, alegres y totalmente desinhibidas, solo que un poco simplonas. Le recordaban a los juguetes sexuales de Takis. A la de la derecha le había tocado el comodín, pero llevaba una máscara de gato que no se quitaba ni en la cama y no tenía ninguna deformidad visible que privara a Tac del dulce placer de la erección.

W. C. Fields, quienquiera que fuese, profería cínicas observaciones sobre la Navidad y los niños pequeños. El público lo abucheó hasta echarlo del escenario. El Proyeccionista poseía una asombrosa colección de rostros, pero no sabía contar chistes. A Tac le daba igual; ya tenía toda la diversión que necesitaba.

—¿El periódico, doctor? —El vendedor arrojó un ejemplar del *Herald Tribune* en la mesa con una gruesa mano de tres dedos, grasienta, de un color azul negruzco—. Todas las noticias de Navidad —anunció, colocándose el desordenado montón de periódicos bajo el brazo. Por las comisuras de los labios, anchos y sonrientes, le asomaban dos pequeños colmillos curvos, y mechones hirsutos de pelo rojo le cubrían la enorme cabeza, tocada con un sombrero plano. Lo llamaban la Morsa.

—No, gracias, Jube —rehusó Tac con ebria dignidad—. Esta noche no tengo ganas de revolearme en la insensatez humana.

—¡Anda, mira! ¡La Tortuga! —exclamó la gemela de la derecha.

Taquión echó un vistazo alrededor, momentáneamente aturdido, preguntándose cómo podría haber entrado en el Castillo Encantado aquel enorme caparazón

blindado, pero, claro, ella se refería al periódico.

—Más vale que se lo compres, Taqui —le aconsejó la gemela de la izquierda entre risitas—. Si no, se pondrá a hacer pucheros.

—Dame uno, Jube —accedió Taqui con un suspiro—. Pero solo si no me obligas a escuchar ninguno de tus chistes.

—Tengo uno nuevo sobre un joker, un polaco y un irlandés atrapados en una isla desierta, pero te lo vas a perder, por listo —replicó la Morsa con una sonrisa gomosa.

Taqui hurgó en los bolsillos en busca de algunas monedas, pero no encontró nada más que una mano pequeña y femenina. Jube le guiñó un ojo.

—Ya me lo pagará Des.

Taqui desplegó el periódico en la mesa mientras el club estallaba en aplausos con la entrada de Cosmos y Caos.

Una fotografía granulada de la Tortuga abarcaba dos columnas. Taqui pensó que parecía un pepinillo volante cubierto de bultitos grumosos. La Tortuga había capturado a un conductor que se había dado a la fuga tras atropellar y matar a un niño de nueve años en Harlem; interceptó la huida y levantó el vehículo a seis metros del suelo, donde quedó suspendido con el motor rugiendo y las ruedas girando como locas hasta que llegó la policía y lo detuvo. En una nota relacionada, un portavoz de las Fuerzas Aéreas negaba el rumor de que el caparazón fuera un tanque robótico experimental capaz de volar.

—Parece que todavía no han encontrado nada mejor sobre lo que escribir —comentó Taqui.

Era la tercera gran noticia sobre la Tortuga de aquella semana. Las columnas de opinión, los editoriales: todo giraba en torno a la Tortuga. La Tortuga aquí, la Tortuga allá. Hasta la televisión hervía de conjeturas sobre la Tortuga. ¿Quién era? ¿Qué era? ¿Cómo lo hacía?

Hasta un periodista había buscado a Tac para formularle la pregunta.

—Telequinesis. No es nada nuevo. De hecho, es casi común —había respondido. La teke había sido la habilidad individual más manifestada por las víctimas del virus allá en el cuarenta y seis. Había visto docenas de pacientes que podían mover clips y lapiceros, y una mujer que era capaz de sostener su propio peso durante diez minutos seguidos. Incluso el vuelo de Earl Sanderson había sido telequinético en un origen. Lo que no les contó fue que la teke a esa escala no tenía precedentes. Por supuesto, cuando se publicó el artículo, la mitad estaba mal.

—¿Sabías que es un joker? —susurró la gemela de la derecha, la que llevaba la máscara de gato de color plata. Se había apoyado en su hombro para leer la noticia de la Tortuga.

—¿Un joker? —replicó Taqui.

—¿No ves que se esconde en un caparazón? Si no tuviera una pinta horrible, ¿por qué iba a esconderse? —preguntó la chica. Había sacado la mano de los pantalones. Y añadió—: ¿Puedo quedarme el periódico?

Tac se lo acercó.

—Lo están aclamando —refunfuñó en tono seco—. Como hicieron con los Cuatro Ases.

... —Eran unos cantantes de color, ¿verdad? —preguntó la gemela, y volvió a centrarse en los titulares.

—Está haciendo un álbum de recortes —explicó su hermana—. Todos los jokers piensan que es uno de ellos. Vaya estupidez. Seguro que solo es una máquina, una especie de platillo volante del ejército.

—No. Aquí lo pone —replicó la otra, que señaló la columna lateral con una uña larga pintada de rojo.

—No le hagas caso —le aconsejó la gemela de la izquierda. Se arrimó un poco más a Taquión y le mordisqueó el cuello al tiempo que su mano desaparecía bajo la mesa—. Eh, ¿qué te pasa? Se te ha puesto blanda.

—Mis disculpas —repuso Taquión con tristeza.

Cosmos y Caos estaban lanzando hachas, machetes y cuchillos de un lado a otro del escenario; los espejos multiplicaban hasta el infinito la cascada centelleante. Taquión tenía una botella de un coñac excelente a mano y sendas mujeres dispuestas y encantadoras a cada lado, pero de pronto, por alguna razón que no supo determinar, no le pareció una noche tan buena. Se llenó el vaso casi hasta rebosar y aspiró los vapores embriagadores del alcohol.

—Feliz Navidad —musitó a nadie en particular.

Recuperó la conciencia con el tono furioso de la voz de Mal. Tac levantó la cabeza de la mesa aturdido, parpadeando ante su propio reflejo, rojizo e hinchado. Los malabaristas, las gemelas y el público se habían ido hacía rato. Tenía la mejilla pegajosa de haberla apoyado en un charco de licor. Las gemelas lo habían animado y acariciado, y una de ellas incluso se había metido debajo de la mesa, aunque sirvió de poco. Carita de Ángel las había echado después. «Vete a dormir, Taqui», había dicho. Mal se había acercado a preguntar si tendría que llevarlo a cuestas a la cama. «Hoy no, ya sabes qué día es. Deja que duerma aquí». No se acordaba de cuándo se había quedado dormido.

Tenía la cabeza a punto de estallar y los gritos de Mal no ayudaban a mejorar la situación.

—Me importa tres cojones qué te hayan prometido, cabrón: no vas a verla —bramó el gorila.

Una voz más queda respondió algo.

—Tendrás tu puto dinero, pero es lo único que vas a conseguir —espetó Mal.

Tac alzó los ojos. En los espejos vio reflejadas siluetas amenazantes: extrañas figuras retorcidas perfiladas por la tenue luz del amanecer; reflejos de reflejos, cientos de ellos, hermosos, monstruosos, en multitud; sus hijos, sus herederos, los

vástagos de sus fracasos; un mar viviente de jokers.

La voz queda volvió a decir algo.

—Come este culo de joker —replicó Mal. Su cuerpo era un palo retorcido; su cabeza, una calabaza. Consiguió arrancarle una sonrisa a Tac.

Mal empujó a alguien y se llevó la mano a la espalda para sacar la pistola.

Los reflejos y los reflejos de los reflejos, las sombras demacradas y las hinchadas, las de cara redonda y las afiladas como cuchillos, las blancas y las negras, se movieron todas a la vez e inundaron el club de ruido; un grito ronco de Mal, el estruendo de un disparo. Tac se echó al suelo instintivamente para ponerse a cubierto y se golpeó en la frente con el borde de la mesa. Reprimió unas lágrimas de dolor, se encogió en el suelo y escudriñó los reflejos mientras el mundo se desintegraba en una algarabía de cantos afilados. Los cristales se hacían añicos y caían; los espejos se rompían por todas partes; dagas plateadas volaban por los aires, tantas que ni siquiera Cosmos y Caos habrían podido atraparlas; las esquirlas oscuras devoraban los reflejos y daban dentelladas a las sombras retorcidas; la sangre salpicaba los espejos agrietados.

Terminó tan de improviso como había empezado. La voz suave dijo algo, a lo que siguió un ruido de pasos y el crujido del cristal al ser pisado. Al cabo de un momento, oyó un grito sofocado a su espalda. Tac permaneció bajo la mesa, borracho y aterrado. Le dolía el dedo: se había cortado con un trozo de espejo y sangraba. Lo único que le vino a la mente fueron las estúpidas supersticiones humanas sobre los espejos rotos y la mala suerte. Enterró la cabeza entre los brazos para que se desvaneciera esa horrible pesadilla.

Cuando volvió a despertar, un policía lo zarandeaba con rudeza.

Un agente le dijo que Mal había muerto; le enseñaron una foto del gorila, que yacía en un charco de sangre y un mar de cristales rotos. También habían matado a Ruth y al conserje, un cíclope un tanto lerdo que nunca le había hecho daño a nadie. Le enseñaron un periódico. «La Matanza de Santa Claus», la habían bautizado. La noticia de cabecera trataba sobre los tres jokers que habían encontrado la muerte aguardando bajo el árbol la mañana de Navidad.

La señorita Fascetti había desaparecido, informó otro agente. ¿Sabía él algo al respecto? ¿Creía que estaba implicada? ¿Era culpable o era una víctima? ¿Qué podía contarles sobre ella? Tac respondió que no conocía a nadie que se llamara así, hasta que le explicaron que preguntaban por Angela Fascetti y que a lo mejor la conocía como Carita de Ángel. Ella había desaparecido y Mal estaba muerto, pero para Tac lo más aterrador era que no sabía dónde conseguiría la próxima copa.

Lo retuvieron cuatro días y lo interrogaron sin descanso, volviendo una y otra vez sobre lo mismo, hasta que Taquión empezó a gritarles, a suplicarles, a exigir sus derechos, a exigir un abogado, a exigir un trago. Solo le concedieron el abogado. Este

alegó que no podían retenerlo sin presentar cargos, así que adujeron que lo requerían como testigo, lo acusaron de mendicidad y resistencia a la autoridad y volvieron a interrogarlo.

Al tercer día le temblaban las manos y tenía alucinaciones. Un detective, el poli bueno, le prometió una botella si cooperaba, pero sus respuestas nunca conseguían satisfacerlo. El poli malo lo amenazó con retenerlo indefinidamente si no confesaba la verdad. Creía que era una pesadilla, le explicó Tac, llorando. Estaba borracho, me había quedado dormido. No, no los vi; solo los reflejos, distorsionados y multiplicados. No sé cuántos había. No sé de qué iba la cosa. No, ella no tenía enemigos, todo el mundo quería a Carita de Ángel. No, ella no mató a Mal, eso no tendría sentido; Mal la quería. Uno tenía la voz queda. No, no sé cuál de ellos. No, no recuerdo qué dijeron. No, no sé si eran jokers o no; parecían jokers, pero los espejos distorsionan; bueno, solo algunos, no todos, ¿entienden? No, seguramente no podría identificarlos en una rueda de reconocimiento, en realidad no llegué a verlos. Tuve que esconderme debajo de la mesa, ¿entienden? Los asesinos habían llegado, eso es lo que siempre me decía mi padre; no podía hacer nada.

Cuando comprendieron que les estaba contando todo lo que sabía, retiraron los cargos y lo soltaron. A las oscuras calles de Ciudad Joker y al frío de la noche.

Caminaba por el Bowery solo, tiritando. La Morsa pregonaba el periódico de la tarde en el quiosco de la esquina de la calle Hester.

—La Tortuga siembra el terror en Ciudad Joker, léanlo todo aquí —voceaba.

Taquión se detuvo a mirar los titulares con desgana. «LA POLICÍA BUSCA A LA TORTUGA», informaba el *Post*. «LA TORTUGA, ACUSADA DE ASALTO», anunciaba el *World Telegram*. De modo que los aplausos ya habían cesado. Echó una ojeada al texto. La Tortuga llevaba dos noches rondando Ciudad Joker. Levantaba a la gente varias decenas de metros en el aire para interrogarla y amenazaba con dejarla caer si las respuestas no lo satisfacían. La noche anterior, mientras la policía intentaba efectuar un arresto, la Tortuga había depositado dos coches patrulla en el tejado del Monstruitos, en la plaza Chatham. «HAY QUE FRENAR A LA TORTUGA», clamaba el editorial del *World Telegram*.

—¿Se encuentra bien, doctor? —preguntó la Morsa.

—No —respondió Taquión, dejando el periódico. De todas formas, no podía permitirse comprarlo.

La policía había acordonado la entrada al Castillo Encantado y un candado aseguraba la puerta. «CERRADO INDEFINIDAMENTE», rezaba el letrero. Necesitaba una copa, pero los bolsillos del abrigo de director de orquesta estaban vacíos. Pensó en Des y en Randall, y se dio cuenta de que no tenía la menor idea ni de dónde vivían ni de cómo se apellidaban.

Regresó a la PENSIÓN con paso cansado. Subió las escaleras con dificultad y, al

entrar en la habitación a oscuras, notó un frío horrible; la ventana estaba abierta y un viento glacial barría los olores rancios del moho, la orina y el alcohol. ¿La había dejado así? Turbado, dio un paso hacia la ventana, y en ese momento alguien surgió de detrás de la puerta y lo sujetó.

Ocurrió tan deprisa que apenas tuvo tiempo de reaccionar. El antebrazo que le oprimió la tráquea era una barra de hierro que ahogó su grito, y una mano le retorció el brazo derecho y se lo inmovilizó a la espalda. Empezaba a asfixiarse y sentía el brazo a punto de romperse. Lo condujeron hacia la ventana abierta, corriendo, y solo pudo revolverse débilmente entre aquellos brazos mucho más fuertes que los suyos. Se dio de lleno en el estómago con el alféizar, se le cortó el poco aliento que le quedaba y de repente se encontró cayendo de cabeza hacia la acera, encerrado en el abrazo de acero de su atacante.

Se detuvieron a metro y medio del pavimento con una sacudida que le arrancó un gruñido a su agresor. Tac había cerrado los ojos antes del inminente impacto, pero los abrió cuando empezaron a flotar hacia arriba. Por encima del halo amarillo de la farola brillaba un anillo de luces mucho más intensas, engarzadas en una oscuridad que se cernía sobre ellos y ocultaba las estrellas invernales.

El brazo que le rodeaba la garganta se había aflojado, y Tac soltó un gemido.

—Tú... —pronunció con voz ronca mientras describían una curva alrededor del caparazón y aterrizaban encima de él con suavidad. El metal estaba helado y el frío atravesó la tela de los pantalones de Taquión con un gélido mordisco. Cuando la Tortuga empezó a elevarse hacia la noche, su captor lo soltó. Taquión inspiró una bocanada de aire frío que lo hizo estremecer y se dio la vuelta para encarar a un hombre vestido con chupa de cuero, téjanos negros y una máscara verde de rana.

—¿Quién...?

—Soy el Escudero Cabrón de la Gran y Poderosa Tortuga —respondió el hombre de la máscara en tono dicharachero.

—EL DOCTOR TAQUIÓN, SUPONGO —tronaron los altavoces del caparazón muy por encima de los callejones de Ciudad Joker—. SIEMPRE HABÍA QUERIDO CONOCERLO. DE NIÑO LEÍA SOBRE USTED.

—Baje el volumen —graznó débilmente Tac.

—OH, FALTARÍA MÁS. ¿Así está mejor? —El volumen se redujo de forma brusca—. Aquí dentro hay mucho ruido, y con toda esta armadura no siempre percibo la potencia de mi voz. Perdóne si lo hemos asustado, pero no podíamos correr el riesgo de que se negara. Lo necesitamos.

Tac no se movió de su sitio. Estaba agitado y tiritaba.

—¿Qué quiere? —preguntó, cansado.

—Ayuda —declaró la Tortuga.

Seguían ascendiendo. Las luces de Manhattan se extendían a su alrededor y las agujas del Empire State y del edificio Chrysler se erigían al norte, pero ellos se encontraban más arriba. El viento gélido soplaba racheado; Tac se aferró a la coraza

con todas sus fuerzas.

—Déjeme en paz. No puedo ayudarlo. No puedo ayudar a nadie —balbuceó Taquión.

—¡No me jodas, pero si está llorando! —exclamó el hombre de la máscara de rana.

—Usted no lo entiende —expuso la Tortuga. El caparazón viró hacia el oeste con un movimiento silencioso y constante. Había algo imponente y sobrecogedor en su vuelo—. Tiene que ayudar. Lo he intentado solo, pero no llego a ninguna parte. Pero usted... Sus poderes pueden cambiar las tomas.

Taquión estaba perdido en su propia autocompasión, demasiado helado, exhausto y desesperado para contestar.

—Quiero una copa —pidió.

—Que le den por culo —soltó el de la cara de rana—. Dumbo tenía razón: este tío no es más que un borracho de mierda.

—Porque no lo entiende —señaló la Tortuga—. En cuanto se lo expliquemos, lo entenderá. —Y, dirigiéndose al alienígena, añadió—: Doctor Taquión, nos referimos a su amiga Carita de Ángel.

La necesidad de un trago era tan acuciante que hasta le provocaba dolor.

—Ella era buena conmigo —admitió, recordando el suave perfume de las sábanas de satén y las huellas ensangrentadas en las baldosas de espejo—. Pero no puedo hacer nada. Ya le conté a la policía todo lo que sé.

—Gilipollas cobarde —le espetó Carasapo.

—Cuando era niño, leí sobre usted en los cómics de *Jetboy* —explicó la Tortuga—. ¿Se acuerda de «Treinta minutos sobre Broadway»? Se creía que era tan inteligente como Einstein. Tal vez yo pueda salvar a su amiga Carita de Ángel, pero me será imposible sin sus poderes.

—Ya no hago esas cosas. No puedo. Hice daño a una persona, a una persona que me importaba. Me apoderé de su mente. Fue solo un instante y por una buena razón, o al menos eso creía yo, pero... la destruyó. No puedo volver a hacerlo.

—¡Buuu! ¡Fuera! —lo abucheó Carasapo—. Vamos a tirarlo, Tortuga, no vale para un carajo. —Sacó un objeto del bolsillo de la chupa, y Tac se quedó de piedra al ver que era un botellín de cerveza.

—Por favor... Un sorbo —rogó Tac mientras el hombre quitaba el tapón con un abridor que llevaba colgado del cuello—. Solo un sorbito. Por favor. —Detestaba el sabor de la cerveza, pero necesitaba algo, lo que fuera. Llevaba días sin beber.

—Que te follen —le contestó Carasapo.

—Si quiere, puede convencerlo —intervino la Tortuga.

—No, no puedo. —Carasapo se llevó la botella a los labios verdes de goma—. No puedo —repitió Tac. Carasapo siguió bebiendo—. No. —Oía gorgotear el líquido—. Por favor, solo un poco.

El hombre bajó el botellín de cerveza y lo agitó pensativo.

—Solo queda un trago.

—Por favor —suplicó. Alargó las manos temblorosas.

—No. —Carasapo empezó a inclinar el botellín—. Claro que, si de verdad tienes tanta sed, podrías congelarme la mente, ¿no? Y obligarme a darte la puta botella. — Lo inclinó un poco más—. Venga, prueba a ver. No te atreves, ¿eh?

Tac observó cómo las últimas gotas de cerveza se derramaban sobre el caparazón de la Tortuga y se perdían en el vacío.

—Joder, qué chungo estás —constató el hombre de la máscara de rana.

Se sacó otro botellín del bolsillo, lo abrió y se lo tendió. Tac lo agarró con ambas manos. La cerveza estaba fría y amarga, pero jamás había probado algo tan delicioso. Vacío el botellín de un largo trago.

—¿Alguna otra idea brillante? —preguntó Carasapo a la Tortuga.

Al frente se extendía la negrura del río Hudson, flanqueado al oeste por las luces de Jersey. Comenzaron a descender. Debajo, dominando el Hudson, se alzaba un edificio irregular de acero, cristal y mármol que Taquión reconoció al momento aunque nunca había puesto un pie en el interior: la Tumba de Jetboy.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—Vamos a ver a un tipo para hablar sobre un rescate —explicó la Tortuga.

La Tumba de Jetboy, erigida en el lugar donde se habían desplomado los pedazos de su avión, ocupaba toda la manzana. También ocupaba todas las pantallas de Tom, que las miraba sentado en la cálida oscuridad del caparazón, bañado en un resplandor fosforescente. Los motores de las cámaras ronroneaban al moverse por las guías. Las enormes alas de la tumba se curvaban hacia arriba, como si el edificio estuviese a punto de levantar el vuelo. Por las ventanas altas y estrechas se vislumbraba la réplica a tamaño natural del JB-1, suspendida del techo, con las alas escarlatas iluminadas por focos ocultos. Encima de las puertas estaban grabadas las últimas palabras del héroe en mármol italiano negro, con letras cinceladas y rellenas con acero inoxidable. El metal centelleó cuando las luces incandescentes del caparazón se deslizaron por la leyenda:

NO PUEDO MORIR TODAVÍA,
NO HE VISTO LA HISTORIA DE JOLSON

Tom descendió de cara al monumento. El caparazón quedó suspendido a metro y medio del amplio suelo de mármol en el que culminaba la escalinata. Al lado, un Jetboy de acero de seis metros de alto observaba con los puños levantados la autopista del West Side y, más allá, el Hudson. Tom sabía que el metal usado para la escultura procedía de restos de aviones estrellados. Conocía mejor el rostro de esa estatua que el de su propio padre.

El hombre con el que habían quedado emergió de las sombras de la base de la estatua, una figura oscura y fornida arrebujada en un grueso abrigo, con las manos

hundidas en los bolsillos. Tom lo alumbró con un foco y una cámara se desplazó para encuadrar la imagen. El joker era un hombre corpulento y cargado de espaldas. Vestía bien, con abrigo de cuello de piel y sombrero fedora calado hasta los ojos. En lugar de nariz tenía una trompa de elefante que terminaba en unos deditos, enfundados en un pequeño guante de cuero.

El doctor Taquión se dejó caer desde el caparazón, perdió el equilibrio y aterrizó de culo. Tom oyó reírse a Joey, que saltó al suelo y ayudó a Taquión a ponerse en pie.

El joker echó una ojeada al alienígena.

—Así que al final lo habéis convencido para que venga. Casi no me lo creo.

—Somos la hostia de persuasivos —se mofó Joey.

—Des, ¿qué está haciendo usted aquí? —preguntó Taquión, confundido—. ¿Los conoce?

El hombre con cara de elefante agitó la trompa.

—Desde anteaer, sí; es una forma de decirlo. Vinieron a verme. Ya era tarde, pero una llamada telefónica de la Gran y Poderosa Tortuga le despertó a uno el interés. Me ofreció su ayuda y la acepté. Incluso les dije dónde vivía usted.

Taquión se pasó una mano por el pelo sucio y enmarañado.

—Lamento lo de Mal. ¿Sabe algo de Carita de Ángel? Ya sabe cuánto la aprecio.

—Lo sé todo con pelos y señales —respondió Des.

Taquión se quedó boquiabierto. Parecía dolido, y Tom sintió lástima de él.

—Quise ir a verlo, pero no sabía dónde encontrarlo —replicó el alienígena.

—Está en la guía de teléfono, so palurdo —se burló Joey con una carcajada—. No hay tantos tíos que se llamen Xavier Desmond. —Dirigió la mirada al caparazón—. ¿Cómo cojones va a encontrar a la mujer si ni siquiera ha podido encontrar a su colega?

Desmond le dio la razón.

—Un argumento excelente. Esto no va a funcionar. —Lo apuntó con la trompa—. ¡Mírenlo! ¿De qué va a servirnos? Estamos malgastando un tiempo precioso.

—Lo hemos hecho a su manera y no hemos conseguido nada —replicó Tom—. Nadie suelta prenda, y él puede obtener la información que necesitamos.

—No entiendo nada —los interrumpió Taquión.

Joey soltó un ruido desagradable. Había sacado una cerveza no se sabía de dónde y estaba abriéndola.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tac.

—Si hubiera mostrado el más mínimo interés en algo que no fuera el coñac y las putas baratas, lo sabría —repuso Des con frialdad.

—Cuéntele lo que nos contó a nosotros —le ordenó Tom. Estaba casi seguro de que, cuando supiera lo que ocurría, Taquión los ayudaría. Tenía que hacerlo.

Desmond lanzó un profundo suspiro y comenzó a hablar.

—Carita de Ángel era adicta a la heroína. Por el dolor, ¿sabe? Ah, pero igual usted no se había dado cuenta, doctor. La droga era lo único que le servía para

sobrellevar los días. Sin ella, el dolor la habría vuelto loca. Pero su adicción no era la de un yonqui corriente. Consumía heroína sin cortar en cantidades que habrían matado a cualquiera. Pero ya ha visto que apenas la afectaba. El metabolismo de un joker es algo curioso. ¿Tiene idea de lo cara que es la heroína, doctor Taquión? Da igual, ya veo que no. Carita de Ángel ganaba bastante con el Castillo Encantado, pero nunca era suficiente. Su proveedor le dio crédito hasta que ella no pudo hacer frente a los pagos, y entonces le pidió... llamémoslo un pagaré. O un regalo de Navidad. No tuvo elección. Era eso o que le cerrara el grifo. Como es una eterna optimista, tenía la esperanza de poder reunir el dinero, pero no lo consiguió. La mañana de Navidad, el proveedor fue a cobrar. Mal no tenía la menor intención de dejar que la cogieran, pero se pusieron tercós.

Taquión lo miraba con los ojos entrecerrados por las luces. En la pantalla de Tom, su imagen empezó a desplazarse hacia arriba.

—¿Por qué no me lo contó? —preguntó Tac.

—Supongo que no quería agobiarlo con sus problemas, doctor. Podría haberle quitado toda la gracia a sus borracheras de autocompasión.

—¿Ha informado a la policía?

—¿A la policía? Sí, claro. La perla de Nueva York. Esos que parecen mostrar un curioso desinterés cuando le dan una paliza a un joker o lo matan, pero que siempre actúan con tanta diligencia si le roban a un turista. Esos que cada dos por tres arrestan, acosan y maltratan a cualquier joker que tenga el mal gusto de vivir fuera de Ciudad Joker. Tal vez podríamos acudir al agente que comentó aquello de que violar a una mujer joker era más una falta de mal gusto que un crimen. —Des resopló—, Doctor Taquión, ¿dónde cree usted que compraba la droga Carita de Ángel? ¿Cree que un vulgar camello tendría acceso a las cantidades de heroína pura que necesitaba? Su proveedor era la policía; el jefe de la brigada de Narcóticos de Ciudad Joker, para ser exactos. Bueno, le concederé que es bastante improbable que todo el cuerpo esté involucrado. Puede que el Departamento de Homicidios esté realizando una investigación legítima. ¿Cómo cree que reaccionarían si les contáramos que Bannister es el asesino? ¿Cree que arrestarían a uno de los suyos? ¿Basándose en mi testimonio o en el de cualquier joker?

—Pagaremos la deuda —espetó Taquión—. Le daremos a ese hombre el dinero, el Castillo Encantado, o lo que sea que quiera.

—El pagaré no era por el Castillo Encantado —repuso Desmond con desaliento.

—¡Pues dele lo que sea!

—Le prometió lo único que le quedaba que él quisiera —explicó Desmond—: a sí misma. Le ofreció su belleza y su dolor. Corren rumores, si uno sabe escuchar. Va a celebrarse una fiesta de Nochevieja muy especial en algún sitio de la ciudad. Solo con invitación. Carísima. Una experiencia única. Primero la poseerá Bannister. Lleva deseándolo mucho tiempo. Pero los demás invitados también tendrán su turno. Es la hospitalidad de Ciudad Joker.

Taquión abrió la boca, pero no consiguió emitir sonido alguno.

—¿La policía? —articuló al fin. Tenía la misma expresión aturdida que se le había quedado a Tom cuando Desmond se lo contó a Joey y a él.

—¿Cree que nos tienen aprecio, doctor? Somos unos monstruos de feria. Unos enfermos. Ciudad Joker es un infierno, una vía muerta, y la policía de Ciudad Joker es la más brutal, corrupta e incompetente de Nueva York. No creo que lo que ocurrió en el Castillo Encantado estuviera planeado, pero ocurrió, y Carita de Ángel sabe demasiado. No pueden dejar que viva, pero antes van a divertirse un rato con un chochito de joker.

Tom Tudbury se inclinó hacia el micrófono.

—Yo puedo rescatarla —aseguró—. Esos cabrones no han visto nada parecido a la Gran y Poderosa Tortuga. Pero no logro encontrarla.

—Tiene muchos amigos, pero ninguno de nosotros sabe leer la mente ni obligar a nadie a hacer algo que no quiere —añadió Des.

—No puedo —protestó Taquión. Daba la impresión de que se encogía sobre sí mismo, de que se separaba poco a poco de ellos, y Tom pensó que el hombrecillo saldría corriendo—. No lo entendéis.

—¡Qué puta nenaza! —espetó Joey.

Ver desmoronarse a Taquión en los monitores agotó la paciencia de Tom Tudbury.

—Si fracasa, fracasa; pero, si no lo intenta, también fracasará, así que ¿qué más le da? Jetboy fracasó, pero al menos lo intentó. Y no era un as ni un condenado takisio; solo era un tío con un avión, pero hizo lo que pudo.

—Yo quiero hacerlo... Solo es que... no puedo.

Des lanzó un barrito de disgusto. Joey se encogió de hombros.

Dentro del caparazón, Tom no salía de su asombro. Taquión no iba a ayudar. No había querido creerlo, no de verdad. Joey se lo había advertido, y también Desmond, pero Tom había insistido, había estado seguro: era el doctor Taquión, claro que ayudaría; quizá tuviera algunos problemas, pero una vez que le explicaran la situación, una vez que dejaran claro lo que estaba en juego y lo mucho que lo necesitaban, tendría que acceder. Pero estaba negándose. Era el colmo.

Giró el regulador del volumen hasta el tope.

—ES USTED UN HIJO DE PUTA —estalló, y el sonido golpeó el aire como un martillo. Taquión retrocedió, acobardado—. ¡UN ALIENÍGENA DE MIERDA, INÚTIL, COBARDE!

Taquión trastabilló mientras bajaba hacia atrás las escaleras, pero la Tortuga lo perseguía; los altavoces rugían.

—ERA TODO MENTIRA, ¿NO? TODO LO QUE SALÍA EN LOS CÓMICS, EN LOS PERIÓDICOS, ERA TODO UNA MENTIRA DE MIERDA. TODA LA VIDA PEGÁNDOME Y LLAMÁNDOME MARICÓN Y COBARDE, PERO EL COBARDE ES USTED. ES UN GÍLIPOLLAS, UN QUEJICA ASQUEROSO QUE NI SIQUIERA VA A INTENTARLO, NO LE IMPORTA UN COMINO NADIE, NI

SU AMIGA CARITA DE ÁNGEL, NI KENNEDY, NI JETBOY, NI NADIE, TIENE TODOS ESOS PUTOS PODERES Y NO ES NADIE, ES UN CERO A LA IZQUIERDA, NO VA A HACER NADA, ES PEOR QUE OSWALD Y BRAUN Y CUALQUIERA DE ELLOS.

Taqui3n baj3 tambaleándose por las escaleras, tapándose los oídos con las manos, gritando algo ininteligible, pero Tom ya no escuchaba. Su ira había cobrado vida propia. Arremetió contra él y le torció la cara con un golpe que le dejó la mejilla roja.

—¡GILIPOLLAS! ¡TÚ ERES EL QUE SE ESCONDE DENTRO DE UN CAPARAZÓN! —gritó Tom.

A Taqui3n le llovían los golpes, invisibles y furiosos. Tropezó, cayó y rodó un tercio de las escaleras; intentó ponerse de pie, pero la Tortuga lo derribó de nuevo y bajó de cabeza hasta la acera.

—¡GÍLIPOLLAS! —tronó la Tortuga—. ¡CORRE, TONTO DEL CULO! ¡LÁRGATE DE AQUÍ O TE TIRARÉ AL PUTO RÍO! ¡CORRE, MARICÓN, ANTES DE QUE LA GRAN Y PODEROSA TORTUGA SE ENFADE DE VERDAD! ¡CORRE, DESGRACIADO! ¡TÚ ERES EL DEL CAPARAZÓN! ¡TÚ ERES EL DEL CAPARAZÓN!

Y corrió, lanzándose a ciegas de una farola a la siguiente, hasta que se perdió en las sombras. Tom Tudbury lo vio desvanecerse en el sistema de pantallas. Se sintió agotado y derrotado, y la cabeza le palpitaba. Necesitaba una cerveza, o una aspirina, o las dos cosas. Cuando oyó que se aproximaban las sirenas, recogió a Joey y a Desmond y los posó en el techo del caparazón. Apagó las luces y se elevó en la noche, alto, muy alto, en la oscuridad, el frío y el silencio.

Esa noche Tac durmió el sueño de los condenados, revolviéndose como presa de un delirio febril, gritando, llorando, despertando de una pesadilla tras otra solo para volver a hundirse en ellas.

S3on3 que se encontraba de regreso en Takis. Su odioso primo Zabb alardeaba de un nuevo juguete sexual, pero cuando lo sacó resultó ser Blythe, y la violaba allí mismo, delante de sus narices. Tac lo presenciaba todo, incapaz de intervenir; el cuerpo de ella se retorció debajo de él y la sangre le brotaba de la boca, de las orejas, de la vagina. Y ella empezaba a transformarse, adoptaba mil formas de joker, cada cual más horrible, y Zabb las violaba a todas mientras gritaban y forcejeaban. Pero después, cuando Zabb se incorporaba cubierto de sangre, el rostro que veía no era el de su primo, sino el suyo propio, ajado y disoluto, un rostro vulgar, con los ojos hinchados y enrojecidos; el pelo rojo largo, grasiento y enmarañado; los rasgos distorsionados por el exceso de alcohol o quizá por un espejo del Castillo Encantado.

Despertó a mediodía con el llanto terrible de Pequeñín bajo la ventana. No podía soportarlo. No podía soportarlo más. Se arrastró a la ventana, la abrió de par en par y le gritó al gigante que se callara, que parara, que lo dejara tranquilo, que le diera un

respiro, por favor, pero Pequeñín siguió y siguió, tanto dolor, tanta culpa, tanta vergüenza, por qué no lo dejaban en paz, ya no podía aguantarlo más, no, cállate, cállate, por favor, cállate, y de pronto Tac chilló y expandió la mente y se sumergió en la cabeza de Pequeñín y lo obligó a callar.

El silencio fue atronador.

La cabina de teléfono más cercana se encontraba en una tienda de golosinas, una manzana más abajo. La guía estaba hecha jirones, así que marcó el número de información y consiguió la dirección de Xavier Desmond. Vivía a cinco minutos de allí, en la calle Christie, en un tercer piso sin ascensor, encima de una tienda de máscaras. Taquión llegó arriba sin resuello.

Des abrió la puerta a la quinta llamada.

—Ah, es usted —dijo.

—La Tortuga. —Tenía la garganta seca—. ¿Averiguó algo anoche?

—No —contestó Desmond. Agitó la trompa—. La historia de siempre. Ya lo tienen calado, saben que no los soltará. Le han pillado el farol. Salvo matar a alguien de verdad, no hay nada que hacer.

—Dígame a quién tengo que preguntar.

—¿Usted? —preguntó Des.

Tac no pudo mirarlo a los ojos, pero asintió.

—Deje que coja el abrigo.

El joker salió del piso bien pertrechado contra el frío, con un gorro de piel y una raída gabardina beige.

—Recójase el pelo dentro del sombrero y deje aquí ese abrigo tan ridículo —ordenó Des—. No deben reconocerlo.

Taquión obedeció. Al salir, el joker entró en la tienda de máscaras para ponerle la guinda.

—¿Una gallina? —preguntó Tac cuando Des le tendió la máscara. Tenía plumas amarillo chillón, un prominente pico naranja y una cresta roja caída.

—Ha sido verla y saber que estaba hecha para usted. Póngasela.

En la plaza Chatham, una gran grúa estaba tomando posición para bajar los coches de policía del tejado del Monstruitos. El club estaba abierto. El portero, un joker de más de dos metros, pelón y con colmillos, agarró a Des por el brazo cuando intentaron pasar bajo los muslos de neón de la bailarina de seis senos que se contorsionaba en la marquesina.

—No se permite la entrada a los jokers —advirtió, tajante—. Piérdete, Elefante.

«Localízale la mente y apodérate de ella», pensó Taquión. En otro tiempo, antes de lo de Blythe, lo habría hecho de forma instintiva. Pero en ese momento dudó y, al dudar, estuvo perdido.

Des echó mano a la cartera en el bolsillo de atrás y extrajo un billete de cincuenta

dólares.

—Estabas mirando cómo bajaban los coches de policía. No me has visto pasar — le indicó.

—Ah, claro. —El billete desapareció en la mano apretada—. Son muy interesantes estas grúas.

—A veces el dinero es el poder más fuerte de todos —comentó Des mientras se adentraban en la cavernosa penumbra.

La escasa clientela del mediodía daba buena cuenta de la comida gratis. Una *stripper* bailaba en una larga pasarela tras una barrera de alambre de espino. Estaba cubierta de un sedoso pelo gris excepto en los pechos desnudos, que se había depilado. Desmond recorrió con la mirada los reservados de la pared del fondo. Asió a Tac por el codo y lo condujo a un rincón oscuro donde se encontraba un hombre con chaquetón marinero sentado ante una jarra de cerveza.

—¿Ahora dejan entrar a los jokers? —les preguntó con rudeza cuando se aproximaron. Tenía una expresión amargada y marcas de viruela.

Tac se coló en su mente. *Joder y ahora qué pasa el hombre elefante del Castillo Encantado quién es el otro malditos jokers hay que echarle valor.*

—¿Dónde tiene Bannister a Carita de Ángel? —preguntó Des.

—Carita de Ángel es la fulana esa del Castillo Encantado, ¿verdad? No conozco a ningún Bannister. ¿Esto qué es? ¿Un juego? Pues que te den por culo, joker, yo paso de jugar.

Las imágenes acudieron a la mente de Tac en tropel: vio espejos haciéndose añicos y cuchillos plateados volando por el aire, sintió el empujón de Mal y vio como se llevaba la mano a la pistola; lo vio sacudirse y girar cuando lo alcanzaron las balas; oyó la voz suave de Bannister dando la orden de matar a Ruth; vio el almacén junto al Hudson donde la retenían, los lívidos moratones que le habían dejado en el brazo cuando la agarraron; saboreó el miedo del hombre, el miedo a los jokers, el miedo a ser descubierto, el miedo a Bannister, el miedo que les tenía a ellos. Tac alargó la mano para darle un toque a Desmond, y este se volvió para marcharse.

—Eh, quietos ahí —ordenó el hombre de la cara picada. Les mostró una placa mientras salía del reservado—. Agente de narcóticos. ¿Ha estado usted consumiendo, señor? Porque unas preguntas tan estúpidas son dignas de un yonqui.

Desmond permaneció inmóvil mientras el hombre lo cacheaba.

—Vaya, vaya, qué tenemos aquí —comentó al sacar una bolsa de polvo blanco del abrigo del joker—. Me pregunto qué será. Queda usted detenido, cara rara.

—Eso no es mío —repuso Desmond con tranquilidad.

—Mis cojones que no —replicó el hombre, y en su mente los pensamientos se sucedieron uno tras otro: *un pequeño accidente se resistió a que lo arrestara qué iba a hacer ¿eh? Los jokers pondrán el grito en el cielo pero quién hace caso a un puto joker lo único es qué voy a hacer con el otro.* Echó una ojeada a Taquión. *Joder mira qué tembleque tiene este pollo a lo mejor el cabronazo está colocado eso sería la*

hostia.

Temblando, Tac comprendió que había llegado el momento de la verdad.

No estaba seguro de que pudiera lograrlo. Era diferente que con Pequeñín; aquello había sido una cuestión de instinto ciego, pero en ese momento estaba despierto y era consciente de sus actos. En otro tiempo había sido fácil, igual de fácil que usar las manos, pero en ese instante las manos le temblaban y estaban manchadas de sangre, al igual que su poder... Pensó en Blythe y en cómo le había resquebrajado la mente al tocarla, igual que los espejos del Castillo Encantado, y por un terrible e interminable segundo no ocurrió nada, hasta que el miedo nauseabundo le rebasó la garganta y el sabor familiar del fracaso le inundó la boca.

Y entonces el hombre de la cara picada esbozó una sonrisa de idiota, volvió a sentarse en el reservado, apoyó la cabeza en la mesa y se quedó dormido como un bebé. Desmond no se inmutó.

—¿Es cosa suya?

Taquión asintió.

—Está temblando. ¿Se encuentra bien, doctor? —preguntó el joker.

—Creo que sí —respondió Taquión. El policía había empezado a roncar ruidosamente—. Creo que me encuentro bien. Por primera vez en años. —Miró al joker a la cara, al hombre que existía tras la deformidad—. Sé dónde está.

Se encaminaron hacia la salida. En la jaula, una hermafrodita barbuda dotada de grandes pechos había empezado a contonearse obscenamente.

—Tenemos que darnos prisa.

—En una hora puedo reunir a veinte hombres...

—No. No la tienen en Ciudad Joker —dijo Taquión.

Des se detuvo con la mano en la puerta.

—Entiendo. Y fuera de Ciudad Joker, los jokers y los hombres enmascarados llaman demasiado la atención, ¿verdad?

—Exacto. —Tac no manifestó su otro temor: las represalias que se tomarían contra cualquier joker que se atreviera a plantarle cara a la policía, por muy corruptos que fueran Bannister y sus secuaces. Correría el riesgo él solo, no le quedaba nada que perder; pero no permitiría que ellos se expusieran—. ¿Sabe cómo contactar con la Tortuga?

—Puedo llevarlo hasta él —respondió Des—. ¿Cuándo?

—Ahora.

El policía durmiente se despertaría en un par de horas e iría derecho a Bannister. Pero ¿qué le diría? ¿Que Desmond y un hombre con una máscara de gallina habían estado fisgoneando? ¿Que iba a arrestarlos pero que le había entrado sueño? ¿Tendría agallas de admitirlo? Y en ese caso, ¿qué haría Bannister? ¿Trasladar a Carita de Ángel? ¿Matarla? No podían arriesgarse.

Cuando emergieron de la penumbra del Monstritos, la grúa acababa de dejar en la acera el segundo coche patrulla. Soplaba un viento frío, pero, bajo las plumas de

gallina, el doctor Taqui3n haba empezado a sudar.

A Tom Tudbury lo despert3 el sonido opaco y amortiguado de alguien que aporreaba el caparaz3n.

Ech3 a un lado la manta deshilachada y se golpe3 en la cabeza al incorporarse.

—¡Ay, coño! —mascull3 mientras buscaba a tientas el cuadro de luces.

El martilleo en la coraza continuaba, un pum-pum-pum hueco que resonaba en el interior. Lo acometi3 una punzada de pánico.

«Es la policia, me han encontrado, han venido a por m3, me sacarán a patadas y me llevarán al juez», pens3.

Le dolía la cabeza. All3 dentro hac3a frío y el aire estaba viciado. Encendi3 el calefactor, los ventiladores, las cámaras. Las pantallas cobraron vida.

En el exterior, el día haba amanecido frío y despejado, y el sol de diciembre teñía los ladrillos de cruda claridad. Joey haba tomado el tren de vuelta a Bayonne, en Nueva Jersey, pero Tom decidi3 quedarse; no haba tenido más remedio, porque se les estaba agotando el tiempo. Des le haba encontrado un refugio seguro en las entrañas de Ciudad Joker, un patio interior adoquinado que apesta a aguas residuales, rodeado de edificios ruinosos de cinco plantas y totalmente invisible desde la calle. Cuando aterriz3, justo antes del amanecer, en algunas ventanas se encendieron las luces y aparecieron unas pocas caras para escudriñar las sombras con cautela: caras recelosas, asustadas, no del todo humanas, que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, cuando resolvieron que la cosa de ah3 fuera no era de su incumbencia.

Bostezando, Tom se acomod3 en el asiento y movió las cámaras hasta que encontr3 el origen del alboroto. Des estaba apostado en la puerta de un s3tano de brazos cruzados, mientras que el doctor Taqui3n aporreaba el caparaz3n con el mango partido de una escoba.

At3nito, Tom conect3 los micrófonos.

—¿USTED?

—Por favor —gimi3 Taqui3n con una mueca de dolor.

Tom baj3 el volumen.

—Lo siento. Me ha pillado por sorpresa. Pensaba que no volvería a verlo. Bueno, después de lo de anoche. No le hice daño, ¿verdad? No era mi intenci3n, yo solo...

—Lo entiendo —dijo Taqui3n—. Pero ahora no tenemos tiempo para recriminaciones ni disculpas.

La imagen de Des empez3 a desplazarse hacia arriba. Otra vez el puñetero barrido vertical.

—Sabemos d3nde la tienen —inform3 el joker mientras su imagen saltaba—. Vaya, siempre y cuando sea verdad que el doctor Taqui3n sabe leer mentes, como tanto se ha pregonado.

—¿Dónde? —preguntó Tom. Desmond continuaba saltando por el borde superior de la pantalla y reapareciendo por el inferior sin cesar.

—En un almacén en el Hudson, cerca de un muelle —explicó Taquión—. No tengo la dirección, pero lo vi claramente en sus pensamientos. Lo reconoceré.

—¡Estupendo! —exclamó entusiasmado Tom. Renunció a los esfuerzos de sincronizar el barrido vertical y dio un manotazo a la pantalla. La imagen se estabilizó—. Pues ya los tenemos. Vamos. —Se quedó helado al contemplar la expresión de Taquión—. Usted también viene, ¿no?

Taquión tragó saliva.

—Sí —acabó por responder, y se puso la máscara que sostenía en la mano.

Tom se sintió aliviado; por un momento había creído que tendría que ir solo.

—Suba —le indicó.

Tras un suspiro de resignación, el alienígena se encaramó como pudo al caparazón, clavando las botas en el metal. Tom se aferró a los reposabrazos, empujó hacia arriba, y el caparazón se elevó sin dificultad, como una burbuja de jabón. Estaba eufórico. Ese era su destino, pensó; Jetboy debía de haberse sentido igual.

Joey había instalado una bocina monstruosa en el caparazón, y Tom la aporreó mientras planeaba por encima de las azoteas. La sintonía de Súper Ratón sobresaltó a una bandada de palomas, a varios borrachos y a Taquión.

—La prudencia aconsejaría que fuéramos ligeramente más sutiles —sugirió Taquión con diplomacia.

—No me lo puedo creer —exclamó Tom con una carcajada—. Llevo a cuestas a un extraterrestre vestido de Pinky Lee y me dice que debería ser sutil.

Siguió riendo mientras las calles de Ciudad Joker se extendían a su alrededor.

El recorrido terminó en los muelles, a través de un laberinto de callejones. El último no tenía salida y terminaba en un muro de ladrillos garabateado con nombres de pandillas y jóvenes amantes. La Tortuga lo sobrevoló y salieron al área de carga y descarga de detrás del almacén. Un hombre con cazadora de cuero estaba sentado en el borde del muelle de carga. Al divisar el caparazón suspendido en el aire se puso en pie de un brinco, pero el salto lo llevó mucho más alto de lo que había previsto: unos tres metros más arriba. Abrió la boca, pero antes de que tuviera oportunidad de gritar, Tac ya le había apresado la mente; el hombre se durmió en el aire y la Tortuga lo posó en un tejado cercano.

En el muelle de carga se abrían cuatro amplias dársenas, todas ellas con cadenas y candados. Las puertas de metal corrugado estaban veteadas de óxido. Al lado de una entrada estrecha, un cartel rezaba: «NO PASAR». Tac bajó de un salto y aterrizó con soltura sobre las almohadillas de los pies; tenía los nervios a flor de piel.

—Entraré yo primero —le indicó a la Tortuga—. Deme un minuto y sígame.

—Un minuto. Hecho —respondieron los altavoces.

Tac se quitó las botas, entreabrió la puerta y se deslizó en el almacén con sus calcetines de color púrpura, haciendo acopio de todo el sigilo y la gracilidad que en otro tiempo le enseñaran en Takis. En el interior había pilas de fardos de papel triturado de hasta nueve metros de altura, atados con alambre fino. Se oían voces. Taquión avanzó hacia ellas sin hacer ruido por un pasillo sinuoso. Una enorme carretilla elevadora amarilla le cerraba el paso. Se tendió en el suelo y se arrastró por debajo para espiar desde detrás de uno de sus inmensos neumáticos.

Contó cinco hombres en total. Dos estaban sentados en sillas plegables y jugaban a las cartas usando como mesa una montaña de libros de bolsillo sin cubierta. En la pared del fondo, un hombre exageradamente gordo ponía a punto una trituradora de papel gigantesca. Los dos últimos se encontraban junto a una larga mesa cubierta con filas ordenadas de bolsas de polvo blanco. El más alto, vestido con una camisa de franela, pesaba algo en una pequeña balanza. A su lado, un hombre calvo y delgado, enfundado en una gabardina cara y con un cigarrillo en la mano, supervisaba la operación. Su voz era suave y sin estridencias. Taquión no logró entender qué decía.

Ni rastro de Carita de Ángel.

Se sumergió en la cloaca de la mente de Bannister y la localizó: entre la trituradora y la máquina de enfardado. No podía verla desde debajo de la carretilla elevadora; la maquinaria le tapaba la visión, pero estaba allí. Yacía en el suelo de cemento, encima de un colchón mugriento, con los tobillos hinchados y en carne viva por el roce de las esposas contra la piel.

—... cincuenta y ocho hipopótamos, cincuenta y nueve hipopótamos y sesenta hipopótamos —contó Tom.

Las dárseñas eran bastante grandes. Tom apretó, y el candado se desintegró en fragmentos de óxido y metal retorcido. Las cadenas cayeron tintineando y la puerta se levantó con un ruido de carracas entre las protestas de los rieles oxidados. Tom encendió todas las luces del caparazón y se deslizó hacia delante. Dentro, altas torres de papel le cerraban el paso y no había espacio para sortearlas. Las empujó con fuerza, pero en el mismo momento en que empezaron a derrumbarse se le ocurrió que podía pasar por encima. Se elevó hasta el techo.

—¿Qué cojones ha sido eso? —exclamó uno de los jugadores de cartas al oír el chirrido de la puerta de carga.

En menos que canta un gallo, todos se pusieron en movimiento. Los dos jugadores de cartas se levantaron, y uno sacó una pistola. El hombre de la camisa de franela alzó la vista de la balanza. El tipo gordo se apartó de la trituradora, gritando algo, pero resultaba imposible discernir sus palabras. En la pared del fondo, los fardos de papel se vinieron abajo, derribando las pilas vecinas, lo que originó una

reacción en cadena que se propagó por todo el almacén.

Sin un instante de vacilación, Bannister fue a por Carita de Ángel. Tac se apoderó de su mente y lo detuvo en medio de una zancada con el revólver a medio desenfundar.

Pero, entonces, una docena de fardos de papel triturado se desplomaron sobre la parte posterior de la carretilla. El vehículo se movió, solo un poco, y el enorme neumático negro le aplastó la mano izquierda. Soltó un grito de sorpresa y dolor y perdió a Bannister.

Abajo, dos hombrecillos abrieron fuego contra él. El primer disparo sobresaltó a Tom de tal forma que perdió la concentración durante una fracción de segundo, y el caparazón descendió un metro antes de que recobrara el control. Las balas repiqueteaban inofensivas contra la coraza y rebotaban por todo el almacén. Tom sonrió.

—SOY LA GRAN Y PODEROSA TORTUGA —anunció a todo volumen mientras las columnas de papel se desplomaban a su alrededor—. Y ESTÁIS DE MIERDA HASTA EL CUELLO, GILIPOLLAS. RENDIOS AHORA MISMO.

El gilipollas que estaba más cerca no se rindió. Volvió a disparar y una pantalla se quedó en negro.

—ME CAGO EN LA PUTA —masculló Tom, olvidando apagar el micro.

Agarró al capullo del brazo y le arrancó la pistola; por el modo en que gritó, probablemente le acababa de dislocar el hombro. Maldición, tendría que cuidar esas cosas. El otro tipo arrancó a correr y saltó sobre un montón caído de papel. Tom lo capturó en mitad del salto, lo elevó hasta el techo y lo colgó de una viga. Desplazó la mirada a toda velocidad de una pantalla a otra, pero una estaba negra y en la contigua había empezado otra vez el puñetero barrido vertical, por lo que no podía ver una puta mierda de ese lado. Pero no tenía tiempo para arreglarlo. En la pantalla grande vio que un tipo con camisa de franela estaba metiendo bolsas en una maleta y por el rabillo del ojo captó la imagen de un hombre gordo que se montaba en una carretilla elevadora...

Con la mano aplastada bajo la rueda, Taquión se retorció de dolor y procuraba no gritar. Bannister, tenía que detener a Bannister antes de que llegara hasta Carita de Ángel. Apretó los dientes y trató de desterrar el insoportable dolor, de aglutinarlo en una bola y expulsarlo, según le habían enseñado, pero era difícil, había perdido la disciplina; sentía los huesos triturados de la mano y tenía los ojos empañados de lágrimas. Entonces oyó arrancar el motor y de repente la carretilla se abalanzó hacia delante; le rodó por encima del brazo, directa a la cabeza, y el enorme neumático se convirtió en una pared de muerte que se le venía encima..., pero que le pasó a unos centímetros de la coronilla cuando se elevó en el aire.

La carretilla cruzó volando grácilmente el almacén y se incrustó en la pared del

otro extremo con un empujoncito de la Gran y Poderosa Tortuga. El gordo cayó en picado y aterrizó en un montón de libros sin cubierta. Fue entonces cuando Tom vio a Taquión, tirado en el suelo donde antes había estado la carretilla. Observó que se sujetaba la mano de un modo curioso y que tenía la máscara de gallina sucia y destrozada. Gritaba algo mientras se ponía de pie y salía corriendo a trompicones. ¿Adonde cojones iba con tanta prisa?

Con el ceño fruncido, Tom dio un guantazo a la pantalla estropeada y de pronto el desplazamiento vertical se detuvo. La imagen en el televisor se volvió clara y nítida. Un hombre con gabardina estaba junto a una mujer tendida en un colchón. Era preciosa, y en el rostro se le dibujó una curiosa sonrisa, triste pero casi de aceptación, cuando el hombre presionó el revólver contra su frente.

Tambaleándose como si tuviera los tobillos de goma, Tac rodeó la máquina trituradora, sintiendo los pinchazos de los huesos fracturados a cada paso y viendo el mundo como un borrón rojo. Allí estaban. Bannister empuñaba la pistola, rozándole la frente, y la piel de ella ya se había oscurecido en el punto por donde penetraría la bala. Entre lágrimas y miedos, en una bruma de dolor, buscó la mente de Bannister y la capturó... justo en el momento en el que apretaba el gatillo; Tac sintió el retroceso del arma en su mente y dio un respingo. Percibió el estallido con dos pares de oídos.

—¡Noooooooooooooooooooo! —chilló.

Cerró los ojos y cayó de rodillas. Obligó a Bannister a arrojar lejos la pistola, pero ¿de qué serviría ya? De nada en absoluto, era demasiado tarde; otra vez había llegado demasiado tarde, había fracasado de nuevo, ¡fracasado! Carita de Ángel, Blythe, su hermana, todos aquellos a los que amaba, todos muertos. Se dobló en dos y la mente se le llenó de imágenes de espejos rotos, del Paso Nupcial bailado con sangre y dolor, y fue lo último que vio antes de que lo engullera la oscuridad.

Al despertar notó el olor acre de una habitación de hospital y la frescura de una almohada almidonada bajo la cabeza. Abrió los ojos.

—Des —musitó con voz débil. Intentó incorporarse, pero parecía estar atado. Veía el mundo borroso y desenfocado.

—Lo han puesto en tracción, doctor —le explicó Desmond—. Tenía el brazo roto por dos sitios y la mano está todavía peor.

—Lo siento —balbuceó Tac. Habría llorado, pero ya no le quedaban lágrimas—. Lo siento mucho. Lo intentamos, pero... Lo siento mucho, lo...

—Taqui —susurró una voz suave y ronca.

Y allí estaba, inclinada sobre él, vestida con una bata de hospital, con una sonrisa torcida enmarcada por el cabello negro. Lo llevaba peinado hacia delante para taparse la frente; bajo el flequillo se adivinaba un espantoso cardenal verduzco y la piel en

torno a los ojos estaba en carne viva. Creyó estar muerto, o loco, o soñando.

—No pasa nada, Taqui. Estoy bien. Estoy aquí.

—Estás muerta —declaró con desánimo, mirándola atontado—. Llegué demasiado tarde. Oí el disparo, ya lo tenía cogido, pero fue demasiado tarde: sentí la pistola recular en su mano.

—¿No sentiste el tirón? —le preguntó ella.

—¿El tirón?

—Cuatro o cinco centímetros, no más. Justo cuando disparó. Fue suficiente. Tengo algunas quemaduras de pólvora bastante feas, pero la bala fue a parar al colchón a un palmo de mi cabeza.

—La Tortuga —adivinó Tac con voz ronca, y ella asintió.

—Empujó el cañón justo cuando ese hijo de puta apretaba el gatillo. Y tú le hiciste tirar el revólver antes de que pudiera disparar otra vez.

—Logró usted atraparlos —intervino Desmond—. Un par de hombres escaparon aprovechando la confusión, pero la Tortuga entregó a tres, Bannister incluido, más una maleta cargada con diez kilos de heroína pura. Y resulta que ese almacén es propiedad de la mafia.

—¿De la mafia?

—Del crimen organizado, doctor Taqui —explicó Des.

—Uno de los hombres capturados en el almacén ya ha llegado a un pacto con el fiscal —informó Carita de Ángel—. Lo testificará todo: los sobornos, las operaciones de droga, los asesinatos en el Castillo Encantado.

—A lo mejor hasta conseguimos que haya algún policía decente en Ciudad Joker —añadió Des.

La avalancha de sentimientos que asaltó a Taqui iba mucho más allá del alivio. Quería darles las gracias, llorar por ellos, pero ni las lágrimas ni las palabras acudieron. Estaba débil, pero se sentía feliz.

—No fracasé —consiguió articular.

—No —le aseguró Carita de Ángel Volvió la mirada hacia Des—. ¿Puedes esperar fuera un momento?

Cuando estuvieron a solas, ella se sentó en el borde de la cama.

—Me gustaría enseñarte una cosa. Querría habértelo enseñado hace mucho tiempo. —Le tendió un relicario de oro—. Ábrelo.

Era difícil con una sola mano, pero se las apañó. En el interior había una pequeña fotografía redonda de una anciana acostada en una cama. Tenía los miembros esqueléticos y atrofiados, como escobajos envueltos en carne manchada, y la cara horriblemente deforme.

—¿Qué le pasa? —preguntó Tac con miedo a la respuesta. «Otra joker, otra víctima de mis fracasos».

Carita de Ángel posó los ojos en la anciana desfigurada, suspiró y cedió el relicario.

—La atropellaron cuando tenía cuatro años, en Little Italy, mientras jugaba en la calle. Un caballo le pisoteó la cara y la rueda de la carreta le aplastó la columna. Eso fue en... A ver, en 1886. Quedó completamente paralítica, pero vivió..., si es que se le puede llamar vida a eso. Aquella niña pasó los siguientes sesenta años en una cama; tenían que darle de comer, lavarla, leerle historias, y no tenía más compañía que la de las monjas. A veces lo único que quería era morir. Soñaba con cómo sería ser hermosa, sentirse amada y deseada, ser capaz de bailar, ser capaz de sentir. Oh, cuánto deseaba poder sentir cosas. —Esbozó una sonrisa—. Tendría que haberte dado las gracias hace mucho tiempo, Taqui, pero me resulta muy duro enseñar esta foto. Pero te estoy agradecida y ahora estoy en deuda contigo por partida doble. Nunca más pagarás una copa en el Castillo Encantado.

—No quiero más copas —repuso Taqui, mirándola fijamente—. Ya no. Eso se ha acabado.

Y sabía que era cierto; si ella podía vivir con el dolor, ¿qué excusa tenía él para desperdiciar su vida y su talento?

—Carita de Ángel. —Se le ocurrió de repente—. Yo puedo prepararte algo mejor que la heroína. Yo era... Soy bioquímico, y en Takis hay fármacos, analgésicos, anestésicos... Puedo sintetizarlos. Si me dejas que te haga algunas pruebas, quizá pueda obtener algo que se adapte a tu metabolismo. Necesitaré un laboratorio, claro, y la instalación del equipo será cara, pero la fabricación de la droga solo costará unos peniques.

—Conseguiré el dinero —aseguró ella—. Voy a venderle el Castillo Encantado a Des. Pero estás hablando de hacer algo ilegal...

—A la mierda las estúpidas leyes —espetó Tac—. No se lo contaré a nadie si tú no lo cuentas.

Las palabras brotaron entonces atropellándose, como un torrente: planes, sueños, esperanzas, todas las cosas que Taqui había perdido o ahogado en coñac y Stemo. Carita de Ángel lo miraba asombrada, sonriendo, y cuando los fármacos que le habían suministrado comenzaron a perder efecto y el brazo empezó a palparle de nuevo, el doctor Taqui recordó las antiguas disciplinas y expulsó el dolor, y pareció como si una parte de la culpa y la pena se marcharan con él, y volvió a sentirse completo... y vivo.

El titular rezaba: «LA TORTUGA Y TAQUIÓN DESARTICULAN UNA RED DE HEROÍNA». Tom estaba pegando el artículo en el álbum de recortes cuando Joey regresó con las cervezas.

—Se han olvidado de lo de «Gran y Poderosa» —observó Joey tras dejar un botellín junto al codo de Tom.

—Al menos me mencionan primero —repuso Tom.

Se limpió con una servilleta el espeso pegamento blanco de los dedos y empujó el

álbum a un lado. Debajo quedaron al descubierto algunos bocetos que había dibujado del caparazón.

—Y entonces —preguntó—, ¿dónde coño ponemos el tocadiscos?

DEL DIARIO DE XAVIER DESMOND

Ciudad Joker, 30 de noviembre

Me llamo Xavier Desmond y soy joker.

Los jokers somos siempre forasteros, incluso en la calle donde nacimos, y este forastero está a punto de partir a tierra extraña. Los próximos cinco meses veré mesetas sudafricanas y montañas, El Cairo y Río de Janeiro, el paso de Jáiber y el estrecho de Gibraltar, los Campos Elíseos y el desierto australiano: parajes que se hallan muy lejos del hogar de un hombre al que suelen llamar alcalde de Ciudad Joker. Por supuesto. Ciudad Joker no tiene alcalde. Se asemeja más a un barrio, a un gueto o a un pueblo. Aunque Ciudad Joker no es solo un sitio; es también un modo de ser, un estado mental. En ese sentido, quizá sí que merezca el título.

He sido joker desde que empezó todo. Hace cuatro décadas, cuando la muerte de Jetboy en los cielos de Manhattan desató el comodín en el mundo, yo trabajaba como agente de inversiones, tenía veintinueve años, una esposa encantadora, una hija de dos años y un futuro prometedor. Un mes más tarde, cuando me dieron el alta en el hospital, me había convertido en un monstruo con una trompa rosa de elefante por nariz. Tiene siete dedos perfectamente funcionales en la punta y con los años me he vuelto un experto en el manejo de esta tercera mano. Si ahora de repente me devolvieran a la normalidad, me resultaría igual de traumático que si me amputaran un miembro. Es irónico, pero la trompa me vuelve de algún modo más que humano... y también infinitamente menos.

Mi encantadora esposa me plantó a las dos semanas de salir del hospital, más o menos al mismo tiempo que el Chase Manhattan me comunicaba que ya no requeriría mis servicios. Me mudé a Ciudad Joker nueve meses después, cuando me desahuciaron del piso de la avenida Riverside por «motivos sanitarios». La última vez que vi a mi hija fue en 1948. Se casó en junio de 1964, se divorció en 1969 y volvió a casarse en junio de 1972. Por lo visto siente debilidad por las bodas en junio. No me invitó a ninguna de las dos, pero, según los informes del detective que he contratado, ella y su marido viven en Salem (Oregón) y tengo dos nietos, un niño y una niña, uno de cada matrimonio. Sinceramente, dudo que ninguno de los dos sepa que su abuelo es el alcalde de Ciudad Joker.

Soy el fundador y presidente emérito de la Liga Antiagravios Joker, la LAJ, la organización más antigua e importante dedicada a la defensa de los derechos civiles de las víctimas del comodín. La LAJ ha tenido sus fracasos, pero en conjunto ha conseguido grandes logros. Soy también un empresario moderadamente próspero, ya que tengo uno de los locales nocturnos más elegantes y con más tradición de Nueva York, el Castillo Encantado, donde jokers, naturales y ases llevan más de dos décadas

disfrutando de las mejores actuaciones de cabaré joker. El Castillo Encantado pierde dinero a buen ritmo desde hace cinco años, pero eso, aparte de mi contable y de mí, no lo sabe nadie. Lo mantengo abierto porque al fin y al cabo es el Castillo Encantado, y si cerrara, Ciudad Joker se volvería un lugar más triste.

El mes que viene cumpliré los setenta.

El médico dice que no llegaré a los setenta y uno. El tumor tenía ya metástasis cuando me lo diagnosticaron. Los jokers también nos aferramos a la vida, y yo llevo medio año a base de radio y quimio, pero el cáncer no da muestras de remitir.

El médico dice que es más que probable que el viaje me quite meses de vida, pero me llevo las recetas y me tomaré religiosamente las pastillas. Eso sí: si te vas por ahí de trotamundos, ya puedes olvidarte de la radio. Qué remedio.

Mary y yo hablábamos a menudo de hacer turismo y ver mundo, pero eso fue antes del comodín, cuando éramos jóvenes y estábamos enamorados. Jamás habría imaginado que al final emprendería un viaje así sin ella, en el ocaso de la vida y a expensas del Gobierno, como delegado de una misión de reconocimiento organizada y financiada por la COSECHA (la Comisión del Senado para la Captación y Habilitación de Ases) y con el respaldo oficial de la ONU y la OMS. Visitaremos todos los continentes menos la Antártida, treinta y nueve países en total (aunque en algunos solo estaremos unas horas). Nuestro cometido es documentar el trato que reciben las víctimas del comodín en las diversas culturas del mundo.

Se han nombrado veintiún delegados, y solo cinco somos jokers. Supongo que debería sentirme halagado porque me hayan elegido, que es un reconocimiento a mis logros y a mi condición de líder de la comunidad. Intuyo que tengo que agradecerse a mi buen amigo el doctor Taquión.

Aunque, bien mirado, tengo muchas cosas que agradecerle a mi buen amigo el doctor Taquión.

Nueva York, 1 de diciembre

El viaje empieza con mal pie. Llevamos una hora en pista en el aeropuerto internacional Robert Tomlin esperando a que autoricen el despegue. El problema, dicen, no está aquí, sino en La Habana. Y aquí seguimos. El avión es un 747 especial que la prensa llama la *Baraja Trucada*. Le han remodelado la cabina central para ajustarla a nuestras necesidades, y en lugar de asientos hay un pequeño laboratorio médico, una sala de prensa para los medios impresos y un minúsculo estudio de televisión para sus homólogos digitales. Los periodistas se han instalado a sus anchas en la cola del avión; hace veinte minutos estaban jugando al póquer. La clase *business* bulle de asesores, ayudantes, secretarías, publicistas y personal de seguridad, y la primera clase, en principio, está reservada a los delegados. Como solo somos veintiuno, vamos cambiándonos de asiento para charlar, ora con uno, ora con otro. Pero incluso aquí persisten los guetos: los jokers con los jokers, los naturales con los

naturales, y los ases con los ases.

El senador Hartmann es el único a bordo que da la impresión de encontrarse cómodo en los tres grupos. Me ha saludado efusivamente en la rueda de prensa y, después de embarcar, se ha sentado un rato con Howard Mueller y conmigo para contarnos con toda franqueza cuánto espera del viaje. Es difícil no sentir aprecio por el senador. En Ciudad Joker ha cosechado siempre amplias mayorías, ya incluso desde su época de alcalde, y no es de extrañar: ningún otro político ha trabajado tanto y tan duro por los derechos de los jokers. Hartmann transmite esperanza; es la prueba viviente de que pueden existir confianza y respeto mutuo entre jokers y naturales, y es un hombre decente y honrado. En estos tiempos en los que fanáticos como Leo Bamett avivan antiguos odios y prejuicios, los jokers necesitan todos los amigos que puedan conseguir en las altas esferas.

El doctor Taquión y el senador Hartmann copresiden la delegación. Taquión se ha presentado vestido como un periodista salido de una película de cine negro, con una gabardina llena de botones, cinturones y charreteras, y un sombrero de ala ancha ladeado con desenfado. Sin embargo, en el sombrero luce una pluma roja de unos treinta centímetros, y no quiero ni imaginar dónde habrá tenido que ir para comprarse una gabardina de terciopelo azul pastel... Es una pena que a los periodistas de las películas antiguas se los viera solo en blanco y negro.

A Taquión le gusta creer que comparte la falta de prejuicios de Hartmann hacia los *jokers*, pero no es tan cierto como piensa. Se pasa la vida trabajando en la clínica, y es indudable que se preocupa por nosotros, y mucho. Muchos jokers creen que es un santo, o un héroe, pero los que lo conocemos desde hace tanto sabemos la verdad: sus buenas obras en Ciudad Joker son como una penitencia. No lo reconocerá nunca y lo disimula cuanto puede, pero incluso después de tantos años se le nota el asco en los ojos. En cierto sentido, el doctor Taquión y yo podríamos considerarnos amigos: nos conocemos desde hace décadas y creo que me tiene afecto de verdad. Sin embargo, nunca me ha tratado como a un igual, y Hartmann sí. El senador me trata como a un hombre, incluso como a un hombre importante; me corteja como lo haría con cualquier otro líder político para ganar su voto. Para Taquión, en cambio, siempre seré un joker.

Pero, en realidad, ¿es su problema o el mío?

Taquión no sabe nada del cáncer. ¿Quiere eso decir que nuestra amistad está tan enferma como yo? Puede. Dejé de ir a su consulta hace años. Ahora tengo un médico joker, igual que lo son mi contable, mi abogado, mi asesor financiero y hasta mi banquero; el mundo ha cambiado mucho desde que el Chase me despidió, y como alcalde de Ciudad Joker, me siento en la obligación moral de practicar mi propia política de discriminación positiva.

Acaban de autorizar el despegue. Se ha terminado el baile de asientos y los pasajeros se abrochan los cinturones. Parece que llevo Ciudad Joker conmigo

adondequiera que voy: mi vecino más cercano es Howard Mueller, a quien le han adaptado el asiento para sus casi tres metros de altura y sus larguísimos brazos. Lo apodan Trol y es el jefe de seguridad de la clínica de Taquión, pero no se sienta con él y los ases. Los otros tres delegados jokers (el padre Calamar, Crisálida y el poeta Dorian Wilde) también están por aquí, en los asientos centrales de primera clase. ¿Es coincidencia, prejuicio o vergüenza que nos hayan sentado aquí, en las butacas más apartadas de las ventanillas? Me temo que los jokers somos un poco paranoicos. Los políticos, tanto los locales como los de las Naciones Unidas, están a nuestra derecha, y los ases, delante (los ases primero, por supuesto, por supuesto) y a nuestra izquierda. Tengo que parar, que la azafata me ha pedido que pliegue la mesilla.

Estamos en el aire. Nueva York y el aeropuerto Robert Tomlin han quedado atrás. Cuba nos espera. Por lo que he oído, esta primera parada será cómoda y agradable. La Habana está tan americanizada como Las Vegas o Miami, aunque es bastante más inmoral y decadente. Puede que me tope con algún conocido, pues los mejores artistas jokers suelen saltar a los casinos de La Habana después de empezar en el Castillo Encantado y el Club Caos. Pero tengo que mantenerme apartado de las mesas de juego, que los jokers tenemos mala suerte.

En cuanto se ha apagado la señal de los cinturones, varios ases han subido al bar de primera clase. Oigo sus risas por la escalera de caracol: Peregrina, la joven y atractiva Mistral (que parece la universitaria que es cuando no se enfunda el uniforme de piloto), el bullicioso Hiram Worchester y Asta Lenser, la bailarina del American Ballet Theatre cuyo apodo de as es Fantasía. Forman una estrecha camarilla, una pandilla a la que nada puede salir mal. Son los niños mimados, y Taquión está siempre en medio. Me pregunto si lo que lo atrae son los ases o las mujeres. Incluso mi querida Angela, que lo sigue amando profundamente después de veintitantos años, reconoce que piensa con la entropierna cuando hay mujeres de por medio.

No obstante, hasta entre los ases se excluye a los raritos. Jones, el hombretón negro de Harlem (que, como Trol, Hiram W. y Peregrina, también necesita asiento especial, en este caso por su extraordinario peso), saborea una cerveza y lee el *Sports Illustrated*. Radha O'Reilly, igual de sola, mira por la ventanilla. Parece una mujer muy reservada. Billy Ray y Joanne Jefferson, los dos ases del Departamento de Justicia que dirigen el contingente de seguridad, no son delegados y, por tanto, se sientan más atrás, en *business*.

Y luego está Jack Braun. La tensión que flota siempre a su alrededor es casi palpable. Con él, la mayoría de los delegados se muestra educada, pero ninguno es verdaderamente amable, y algunos, como Hiram Worchester, lo evitan abiertamente. El doctor Taquión actúa como si no existiera. Me pregunto a quién se le ocurriría traerlo. Sin duda, a Taquión no, y políticamente es demasiado peligroso para que haya sido cosa de Hartmann. ¿Un gesto para apaciguar a los conservadores de la

comisión, tal vez? ¿O hay algo que se me escapa?

Braun mira la escalera de vez en cuando, como si deseara unirse al bullicioso grupo de arriba, pero no se mueve. Es difícil creer que ese rubiales barbilampiño vestido con una sahariana entallada sea en realidad el famoso As Judas de los años cincuenta. Tiene mi edad, o casi, pero apenas aparenta los veinte: el tipo de chico que años atrás habría invitado a la encantadora Mistral al baile de graduación y la habría acompañado a casa temprano.

Hace un rato, un tal Downs, un periodista de la revista *Ases*, ha intentado convencer a Braun de que le concediera una entrevista. Le ha insistido a base de bien, pero Braun ni se ha inmutado y Downs ha acabado rindiéndose. Luego se ha puesto a repartir ejemplares del último número de *Ases* y ha subido al bar como si nada, sin duda para importunar a otro. No soy un lector asiduo de *Ases*, pero le he cogido un ejemplar y le he preguntado que por qué no se planteaban también una revista hermana con el título de *Jokers*. La idea no le ha hecho demasiada gracia.

La portada luce una llamativa fotografía del caparazón de la Tortuga recortado contra los tonos naranjas y rojizos del atardecer, acompañada del titular: «LA TORTUGA: ¿VIVA O MUERTA?». Nadie ha vuelto a verla desde el último Día del Comodín, en septiembre, cuando la rociaron con napalm y se estrelló en el Hudson. Encontraron los restos quemados y deformados del caparazón en la orilla, pero ningún cadáver. Cientos de personas afirman haber visto a la Tortuga al amanecer del día siguiente sobrevolando Ciudad Joker en un caparazón viejo, pero, dado que no ha reaparecido desde entonces, hay quien cree que esos avistamientos fueron pura histeria e ilusiones.

Yo no sé qué pensar, pero no acabo de creermelo que la Tortuga haya muerto. Muchos *jokers* piensan que es uno de los nuestros, y que el caparazón oculta deformidades indescriptibles. Sea como sea, ha sido un gran aliado de Ciudad Joker durante muchísimo tiempo.

Hay un aspecto del viaje del que nadie habla y que me ha recordado el artículo de *Ases*. Tal vez me corresponda a mí decir en voz alta lo que nadie más se atreve a decir. La verdad es que las risas del bar están teñidas de nerviosismo, y no es casualidad que la expedición se haya organizado en apenas dos meses, de prisa y corriendo, después de años discutiendo si hacerla o no. Quieren echamos de la ciudad una temporada, y no solo a los *jokers*, sino también a los *ases*. Sobre todo a los *ases*, me atrevería a decir.

El último Día del Comodín fue una catástrofe, para la ciudad y para las víctimas del virus de todas partes. La violencia alcanzó cotas alarmantes y copó las primeras planas de todo el país. El asesinato de Aullador, que aún no se ha resuelto; el desmembramiento de un niño as a manos de una turba en la Tumba de Jetboy; el ataque al Pareja de *Ases*; la destrucción de la Tortuga (o, al menos, de su caparazón); la carnicería en el Cloisters, de donde sacaron una docena de cadáveres despedazados; la batalla aérea que iluminó todo el East Side antes del amanecer...

Pasaron semanas antes de que las autoridades pudiesen facilitar cifras fiables de la cantidad de muertos.

Hallaron a un anciano incrustado literalmente en una pared de ladrillos y, cuando quisieron sacarlo, descubrieron que era imposible distinguir dónde terminaba la carne y empezaba la pared. La autopsia reveló una espantosa amalgama dentro del cuerpo: los órganos se habían fundido con los ladrillos que los atravesaban.

Un fotógrafo del *Post* publicó una foto del anciano atrapado en el muro. Parecía un hombre simpático y educado, pero la policía dijo que era un as y, además, un famoso criminal; que era el responsable de las muertes de Aullador y el Niñosaurio, del intento de asesinato de la Tortuga, del ataque al Pareja de Ases, de la batalla del East Side, de los macabros y sangrientos rituales del Cloisters y de toda una serie de delitos menores. Varios ases subieron a la palestra para corroborar la explicación, pero el público no pareció convencido. Según las encuestas, mucha gente se cree la teoría conspiratoria que propuso el *National Informen*: que las muertes no guardaban relación entre sí, sino que fueron obra de diversos ases, conocidos o desconocidos, que consumaron venganzas personales usando sus poderes sin respetar la ley ni el orden público; esos ases se pusieron primero de acuerdo entre sí y luego con la policía para ocultar sus atrocidades y culpar de todo a un viejo lisiado convenientemente muerto, al que sin duda habría matado algún as. Hay ya libros anunciados que pretenden esclarecer lo ocurrido; el inmoral oportunismo de la industria editorial no conoce límites. Koch, siempre pendiente de por dónde sopla el viento, ha ordenado la reapertura de varios casos y ha encargado a Asuntos Internos que investigue la actuación policial.

Los jokers inspiramos odio y lástima. Los ases son muy poderosos, pero, por primera vez en un montón de años, una parte muy importante de la sociedad empieza a desconfiar de ellos y a temerlos. No es de extrañar que demagogos como Leo Barnett se hayan vuelto tan populares en los últimos tiempos.

Así que estoy convencido de que el viaje tiene un propósito oculto: enjuagar la sangre en tinta, como dicen, para apaciguar el miedo; ganarse de nuevo la confianza de la gente y lograr que se olviden del Día del Comodín.

Reconozco que albergó sentimientos encontrados hacia los ases; algunos, sin duda, abusan de su poder. No obstante, como joker, confío tan desesperadamente en nuestro éxito como me aterran las consecuencias de nuestro posible fracaso.

Ciudad de México, 8 de diciembre de 1986

Hoy teníamos otra cena de Estado, pero me he ausentado alegando una indisposición. Prefiero descansar unas horas en la habitación del hotel y escribir el diario. Y la excusa era cualquier cosa menos inventada: me temo que la apretada agenda y las presiones del viaje empiezan a pasarme factura. He vomitado algunas comidas, aunque he procurado que no se den cuenta de que estoy enfermo. Si

Taqui3n llegara a sospecharlo, querr3a examinarme, y si descubrieran la verdad, seguramente me enviar3an a casa.

No pienso permitirlo. Quiero ver todas esas tierras lejanas y legendarias con las que soñ3bamos Mary y yo, aunque ya ha quedado establecido que el trabajo va antes que el placer. Cuba no era precisamente Miami Beach, o no lo era para quien se molestara en echar un vistazo m3s all3 de La Habana; hay muchos m3s jokers muriendo en los cañaverales que brincando en los escenarios de los cabar3s. Y la situaci3n en Hait3 y la Rep3blica Dominicana era infinitamente peor, como ya he relatado en estas p3ginas.

La presencia de un joker, un portavoz joker, es crucial para conseguir algo. No me dejar3 inhabilitar por motivos m3dicos.

Nuestro grupo ya ha sufrido una baja: Dorian Wilde se volvi3 a Nueva York en vez de continuar hasta M3xico. Debo reconocer que su partida me produce sentimientos encontrados. Cuando empezamos, no me tomaba demasiado en serio al «poeta laureado de Ciudad Joker», cuyo t3tulo es tan discutible como mi propia alcald3a, por mucho que su Pulitzer no lo sea. Parece que disfrute restreg3ndole a la gente por la cara sus viscosos zarcillos y que alardee de su deformidad con la intenci3n de incomodar. Pero sospecho que esa mezcla de indiferencia y agresividad refleja en realidad el mismo autodesprecio que empuja a tantos jokers a llevar m3scara y, en algunos casos tr3gicos, incluso a amputarse miembros. Encima viste casi tan mal como Taqui3n, con ese estilo eduardiano, rid3culo y afectado, y su predilecci3n por el perfume en lugar del baño convierte su presencia en una prueba para cualquiera con un m3nimo de olfato. Y yo, por desgracia, tengo el olfato muy fino.

De no ser por el Pulitzer, dudo que nadie lo hubiera elegido para la gira, pero hay muy pocos jokers con su nivel de reconocimiento mundial. Sus poemas no me dicen gran cosa y aborrezco sus amanerados e interminables recitales.

Dicho esto, debo confesar tambi3n que me sorprendi3 muy favorablemente su improvisada actuaci3n ante los Duvalier. Seguro que le vali3 un rapapolvo pol3tico. Cuando part3bamos de Hait3, Hartmann se llev3 al divino Wilde a hablar con 3l y nos devolvi3 a un Dorian mucho m3s comedido.

Aunque no siempre est3 de acuerdo con lo que dice, creo que tiene derecho a expresar su opini3n. Lo echaremos de menos. Ojal3 supiera por qu3 se ha ido. Se lo pregunt3 a 3l y le ped3 que se quedara por el bien de los jokers. Su respuesta fue una rimilla soez que suger3a ciertos usos sexuales, bastante ofensivos, que podr3a darle a mi trompa. Un hombre curioso.

Sin Wilde, tengo la impresi3n de que el padre Calamar y yo somos los 3nicos representantes de verdad del punto de vista joker. Howard M. (Trol para el mundo) es un tipo imponente, de casi tres metros de altura, que tiene una fuerza incre3ble y la piel verdosa, dura y 3spera como un cuerno. S3 que es honrado y competente, y muy listo, pero... es un segund3n por naturaleza, no un l3der, y la timidez, o alg3n tipo de

reticencia, lo cohibe a la hora de decir lo que piensa. La estatura le impide pasar desapercibido, y a veces creo que eso es lo que más desea en el mundo.

En cuanto a Crisálida, no se le parece en nada y posee un carisma único. No puedo negar que se ha ganado el respeto como líder de nuestra comunidad y que es una de las *jokers* más notorias (no va con segundas) y poderosas. Pero nunca me ha gustado. Tal vez tenga prejuicios o sea subjetivo, pues el auge del Palacio de Cristal ha tenido mucho que ver con el declive del Castillo Encantado. Al margen de esa cuestión, Crisálida tiene mucho poder en Ciudad Joker, pero nunca lo ha usado para nada que no fuera su beneficio. Se muestra beligerantemente apolítica y siempre se ha mantenido al margen de la LAJ y del movimiento por los derechos de los *jokers*. Cuando lo que pedían los tiempos era entusiasmo y compromiso, ella se mantenía fría y distante, oculta tras la boquilla de su cigarrillo, los licores y un refinado acento británico.

Crisálida solo habla en nombre de Crisálida, y Trol casi nunca habla, lo cual nos deja al padre Calamar y a mí como únicos portavoces. Yo lo soy encantado, pero estoy tan cansado...

Ayer me retiré a dormir temprano, pero me despertó el ruido que hizo el resto de los delegados al volver de la cena. Al parecer fue muy bien. Excelente. Necesitamos logros. Howard me ha contado que Hartmann dio un discurso magnífico y que cautivó al presidente De la Madrid Hurtado durante la velada. Y por su parte, Peregrina se encargó de cautivar al resto de los hombres. Me pregunto si las demás mujeres sentirán envidia. Mistral es muy guapa, Fantasía es fascinante cuando baila y Radha O'Reilly resulta deslumbrante gracias a esa mezcla tan exótica de india e irlandesa. Pero Peregrina las eclipsa a todas. ¿Cómo la verán ellas?

Desde luego, los ases masculinos la ven con muy buenos ojos. El espacio en la *Baraja Trucada* es limitado y los chismorreos circulan rápido por los pasillos. Dicen que el doctor Taquiión y Jack Braun han intentado abordarla y que ella los ha rechazado con firmeza. En todo caso, Peregrina parece llevarse muy bien con su cámara, un natural que viaja atrás con el resto de los periodistas. Está rodando un documental del viaje.

Hiram también es amigo de Peregrina, pero, aunque a veces pretenda flirtear con su cháchara incesante, la naturaleza de su amistad es más bien platónica. Worcester tiene un único amor verdadero, y es la comida. Su compromiso con ella es completo. Siempre conoce los mejores restaurantes de las ciudades que visitamos. Los chefs locales se pasan el día atosigándolo; hasta se cuelan en su hotel a cualquier hora para llevarle sus especialidades y rogarle solo un momento, solo un bocado, solo una pequeña aprobación. Lejos de protestar, Hiram está encantado.

En Haití descubrió a un cocinero que le gustó tanto que lo contrató en el acto, y persuadió a Hartmann de que llamara al Servicio de Inmigración para que le expidieran un visado y le concedieran un permiso de trabajo. En el aeropuerto de

Puerto Príncipe lo vimos peleándose con un enorme baúl repleto de cacharros de cocina de hierro colado. Hiram aligeró el baúl lo suficiente para que su nuevo empleado (que no habla inglés, pero Hiram dice que las especias son un lenguaje universal) pudiera cargarlo al hombro. Howard me contó que, en la cena de anoche, Worchester se empeñó en entrar en la cocina para pedirle la receta del mole de polio al chef y acabó improvisando una especie de postre flambeado en honor de nuestros anfitriones. Hiram Worchester no debería gustarme por una cuestión de principios, pues se recrea en su condición de as más que nadie que conozca, pero es difícil sentir antipatía por alguien que disfruta tanto de la vida y transmite tanto entusiasmo a quienes lo rodean. Además, sé que hace donaciones benéficas en Ciudad Joker, aunque intenta mantenerlas en secreto. Hiram no se siente más cómodo con los de mi condición que Taquión, pero tiene un corazón tan grande como el resto de su cuerpo.

Mañana el grupo se dividirá una vez más. Los senadores Hartmann y Lyons, el congresista Rabinowitz y Ericsson, de la OMS, se reunirán con los líderes del PRI, el partido gobernante en México, mientras que Taquión y el personal médico visitarán una clínica que afirma haber conseguido grandes avances en el tratamiento del virus con amigdalina. Nuestros ases tienen programada una comida con tres de sus homólogos mexicanos. Me alegra que hayan invitado también a Trol. Al menos, hay algunos que consideran que su fuerza sobrehumana y su invulnerabilidad casi total lo equiparan con un as. Es un pequeño avance, por supuesto, pero un avance al fin y al cabo.

El resto viajaremos a Yucatán y a Quintana Roo para echar un vistazo a las ruinas mayas y a los escenarios de varias atrocidades perpetradas contra jokers. El México rural, por lo visto, es bastante menos civilizado que Ciudad de México. Los demás se reunirán con nosotros en Chichén Itzá pasado mañana y dedicaremos el último día en México al turismo.

Y luego continuaremos hasta Guatemala. Quizá. La prensa informa a diario de una insurrección guatemalteca, un levantamiento indio contra el Gobierno central, y varios de nuestros periodistas se han adelantado, olfateando una noticia más explosiva que la gira. Si la situación se vuelve inestable, puede que tengamos que saltarnos la parada.

De camino a Lima (Perú), 15 de diciembre de 1986

No llevo el diario al día: ayer no escribí nada y anteayer tampoco. Solo puedo alegar cansancio y cierto desaliento.

Guatemala me ha pasado factura, me temo. Por supuesto, somos estrictamente neutrales, pero cuando vi las noticias de la revuelta y escuché algunas de las declaraciones que atribuían a los revolucionarios mayas me atreví a abrigar esperanzas. En la reunión con los líderes indios llegué incluso a emocionarme. Para ellos era un honor que yo estuviera allí, y lo consideraron un buen augurio; me

hablaban con la misma deferencia (o ausencia de ella) que a Hartmann y a Taqui6n, y el modo en que trataban a sus jokers me alegr6 el 6nimo.

Bueno, soy perro viejo (o mejor dicho, joker viejo) y me agarro a un clavo ardiendo. Los revolucionarios mayas han proclamado una nueva naci6n, una patria amerindia en la que sus jokers son bien recibidos. Los dem6s estamos excluidos, aunque dudo que me gustara vivir en la selva de Guatemala. Por muy naci6n aut6noma joker que sea, apenas le importar6 a nadie de Ciudad Joker y ni mucho menos provocar6 6xodos significativos. Pero hay tan pocos lugares en el mundo donde los jokers seamos bienvenidos, donde podamos vivir en paz... Cuanto m6s viajamos, cuanto m6s vemos, m6s me convenzo de que Ciudad Joker es el mejor lugar que tenemos, nuestro 6nico hogar. No me siento capaz de expresar hasta qu6 punto me aterra y entristece esta conclusi6n.

¿Por qu6 siempre establecemos l6neas, finas distinciones, etiquetas y barreras que nos separan? Ases, naturales y jokers; capitalistas y comunistas; cat6licos y protestantes; 6rabes y jud6os; indios, latinos, y as6 hasta la saciedad y en todas partes. Y por supuesto, la verdadera humanidad est6 siempre en nuestro lado de la l6nea, y nos sentimos libres para oprimir, violar o matar al contrario, quienquiera que sea.

En la *Baraja Trucada* alguien aduce que los guatemaltecos hab6an perpetrado un genocidio consciente contra la poblaci6n india y que la nueva naci6n es un gran triunfo. Yo tengo mis dudas.

Los mayas creen que los jokers hemos sido tocados por los dioses, que nos han concedido una bendici6n especial. Desde luego es mejor recibir respeto que ser vilipendiado por nuestras deformidades y discapacidades. Desde luego.

Pero...

A6n no hemos visto los pa6ses isl6micos. Una tercera parte del mundo, seg6n ha dicho alguien. Hay musulmanes m6s tolerantes que otros, pero casi todos consideran las deformidades se6as del desagrado de Al6. La actitud de los m6s fan6ticos, como los chiitas de ir6n y la secta Nur, de Siria, es aterradora, digna de nazis. ¿Cu6ntos jokers fueron masacrados cuando el ayatol6 derroc6 al sah? Para ciertos iran6es, la tolerancia que mostraba con los jokers y las mujeres constitu6a el peor pecado del monarca.

Pero ¿acaso estamos mejor en los civilizados Estados Unidos, donde hay fundamentalistas como Leo Barnett que predicen que los jokers estamos recibiendo el castigo de nuestros pecados? Ah, si, es verdad, se me olvidaba: Barnett dice que odia los pecados, pero que ama a los pecadores, y que, si nos arrepentimos, tenemos fe y amamos a Jes6s, seguramente nos curaremos.

No, me temo que, en 6ltima instancia, Barnett, el ayatol6 y los sacerdotes mayas predicen todos lo mismo: que nuestro cuerpo, en cierto sentido, es el espejo de nuestra alma; que alg6n ser divino ha intervenido y nos ha deformado para expresar su bendici6n (los mayas), o su desagrado (Nur al-Allah, el ayatol6, el Ciza6ero). En

definitiva, lo que vienen todos a decir es que los jokers somos diferentes.

Mi propio evangelio es de una sencillez lastimosa: creo que los jokers, los ases y los naturales somos solo hombres y mujeres y deberíamos ser tratados como tales. Durante las noches más oscuras de mi alma me pregunto si soy el único que todavía lo cree.

Sigo dándole vueltas a lo de Guatemala y los mayas. Un detalle que me olvidé de apuntar antes: me he fijado en que su tan cacareada revolución está liderada por dos ases y un natural. Incluso en estas latitudes, donde se supone que los dioses han besado a los jokers, los ases mandan y los jokers obedecen.

Hace unos días, creo que durante la visita al canal de Panamá, Escarba Downs me preguntó si pensaba que algún día los Estados Unidos tendrían un presidente joker. Le respondí que me conformaría con un congresista joker (me temo que Nathan Rabinowitz, cuyo distrito incluye Ciudad Joker, oyó el comentario y se lo tomó a mal). Luego quiso saber si, en mi opinión, un as podría llegar a presidente. Esa pregunta era mucho más interesante, desde luego. Downs siempre parece medio atontado, pero es mucho más perspicaz de lo que aparenta, aunque no juegue en la misma liga que otros reporteros de la *Baraja Trucada*, como Herrmann, de la Associated Press, o Morgenstern, del *Washington Post*.

Le dije a Downs que quizá antes del último Día del Comodín había existido alguna posibilidad, aunque remota. Ciertos ases, como la Tortuga (que sigue desaparecida según los periódicos de Nueva York), Peregrina, Ciclón y un puñado más son celebridades de primer orden y la gente los adora. Cuánto de ese afecto podría trasladarse a la escena política y en qué condiciones los dejaría el duro toma y daca de una campaña presidencial son cuestiones difíciles de evaluar. El heroísmo es un valor perecedero.

Jack Braun se encontraba lo bastante cerca como para oír la pregunta de Escarba y mi respuesta. Sin darme tiempo a concluir (quería añadir que la ecuación había cambiado por completo en septiembre, que la primera víctima del Día del Comodín había sido la posibilidad de que un as llegara a candidato), Braun me interrumpió:

—Lo destrozarían.

—¿Y si fuera alguien a quien apreciaran? —quiso saber Escarba.

—También apreciaban a los Cuatro Ases —replicó Braun.

Braun ya no es el marginado del principio del viaje. Para Taquión sigue sin existir, y Hiram se muestra desagradable con él, pero los demás ases no parecen saber quién es, o no les importa. En Panamá no se separó de Fantasía, acompañándola aquí y allá, y he oído rumores de una aventura entre el Chico de Oro y la secretaria de prensa del senador Lyon, una rubia joven y bonita. Sin duda, de los ases masculinos, Braun es con mucho el más guapo en el sentido convencional, aunque Mordecai Jones tiene cierto atractivo misterioso. Estos dos también han impresionado a Downs. Me ha comentado que el próximo número de **Ases** incluirá un artículo comparativo

del Chico de Oro y el Martillo de Harlem.

Buenos Aires, 29 de diciembre

No llores por Jack, Argentina...

La maldición de Evita ha vuelto a Buenos Aires. Me pregunto qué debió de pensar Jack Braun cuando el musical se estrenó en Broadway, al escuchar a Lupone cantando sobre los Cuatro Ases. Ahora esa cuestión es aún más conmovedora. Braun ha afrontado con tranquilidad, casi con estoicismo, la recepción que le han hecho aquí, pero ¿cómo lo estará pasando?

Perón murió; Evita, también. Y hasta Isabelita no es más que un recuerdo, pero aun así los peronistas siguen siendo una fuerza de peso en la política argentina. Y no han olvidado. Por todas partes, los carteles hostigan a Braun y lo invitan a largarse. Es el gringo supremo (¿utilizan la palabra *gringo* en Argentina?), el yanqui feo pero increíblemente poderoso que se plantó en la Argentina sin que nadie lo invitara y derrocó a un gobierno soberano porque desaprobaba su política. Estados Unidos lleva usando esas tácticas desde que existe América Latina, y no me cabe duda de que ese tipo de resentimiento se encona también en otros muchos lugares. Los Estados Unidos e incluso los pavorosos ases secretos de la CIA son, sin embargo, conceptos abstractos, anónimos, difíciles de identificar. El Chico de Oro es de carne y hueso, muy real y muy visible, y está aquí.

Alguien del hotel filtró nuestros números de habitación, y cuando Jack salió al balcón el primer día, lo acribillaron con boñigas y fruta podrida. Desde entonces no ha salido, salvo para asistir a los actos oficiales, pero ni siquiera ahí está a salvo. Anoche, durante la recepción en la Casa Rosada, la esposa de un representante sindical (una belleza de rostro tostado, enmarcado por una mata de pelo negro y lustroso) se plantó frente a él con una sonrisa, lo miró a los ojos y le escupió en la cara.

Causó bastante revuelo. Los senadores Hartmann y Lyons han presentado una queja, creo. Braun se mostró comedido, casi cortés. Escarba estuvo azuzándolo sin misericordia después de la recepción; iba a telegrafiar una nota sobre el incidente para Ases y quería alguna declaración.

—He hecho cosas de las que no me siento orgulloso, pero eliminar a Juan Perón no es una de ellas —dijo por fin Braun.

—Sí, sí —oí que le contestaba Escarba—, pero ¿qué le ha parecido que esa mujer le escupiera?

—Yo no pego a las mujeres —declaró con cara de hastío. Luego se marchó a sentarse a solas.

Downs se volvió hacia mí cuando Braun se hubo ido.

—«Yo no pego a las mujeres» —repitió, imitando al Chico de Oro con voz cantarína—. Qué cagón...

El mundo está predispuesto a interpretar cualquier cosa que diga o haga Braun como traición y cobardía, pero yo diría que la verdad es más complicada. Con esa pinta juvenil, es fácil perder de vista lo viejo que es el Chico de Oro en realidad; vivió la Depresión y la Segunda Guerra Mundial de niño y creció escuchando la Blue NetWork de la NBC, no la MTV. No me sorprende que algunos de sus valores parezcan caducos y anticuados.

En algunos aspectos, el As Judas parece casi indefenso, un poco perdido en un mundo demasiado complicado para él. Creo que la recepción argentina lo ha turbado más de lo que reconoce. Braun es el último representante de un sueño perdido que floreció fugazmente tras la Segunda Guerra Mundial y murió en Corea, en las vistas del Comité de Actividades Antiestadounidenses y en la Guerra Fría. Archibald Holmes y los Cuatro Ases creyeron que podrían cambiar el mundo. Estaban convencidos, igual que su país. El poder existía para usarlo, y poseían una confianza notoria en su capacidad para distinguir a los buenos de los malos. Sus ideales democráticos y la deslumbrante pureza de sus intenciones eran toda la justificación que necesitaban. Para aquellos primeros ases debió de ser una edad de oro; qué oportuno, por cierto, que el Chico de Oro estuviera entre ellos.

Sin embargo, todas las edades doradas dan paso a edades oscuras, como sabe cualquier estudiante de historia y poco a poco vamos descubriendo los demás.

Braun y sus compañeros eran capaces de cosas que nadie había logrado antes: volaban, levantaban tanques, absorbían mentes y recuerdos. Por eso se hicieron la ilusión de que podrían cambiar el mundo a escala global, pero, cuando esa ilusión se desvaneció, cayeron desde muy alto. Desde entonces ningún otro as se ha atrevido a soñar a lo grande.

A pesar del encarcelamiento, la desesperación, la locura, la desgracia y la muerte, los Cuatro Ases tuvieron triunfos a los que aferrarse, y tal vez Argentina sea el ejemplo más notorio. Qué amargo ha tenido que ser el regreso para Jack Braun.

Para rematar, nos llegó el correo justo antes de salir de Brasil; la saca incluía una docena de ejemplares del último número de Ases con el reportaje de Escarba. En la portada aparecen Jack Braun y Mordecai Jones de perfil, mirándose con el ceño fruncido. (Todo hábilmente manipulado, por supuesto. No creo que se conocieran antes de que nos reunieran en el aeropuerto Tomlin). El titular reza: «EL HOMBRE MÁS FUERTE DEL MUNDO».

El artículo es una extensa exposición de la vida y la carrera pública de los dos hombres, amenizada con numerosas anécdotas sobre sus proezas de fuerza y muchas conjeturas sobre cuál de los dos es, efectivamente, el hombre más fuerte del mundo. Los dos protagonistas parecen avergonzados por el artículo, tal vez Braun en mayor medida. Ninguno tiene muchas ganas de hablar del asunto, y desde luego no parece probable que la cuestión se vaya a dirimir en un futuro cercano. Ha habido un debate considerable y hasta apuestas en la sección de prensa (por una vez, parece que Escarba ha causado sensación entre sus colegas), pero dudo mucho que las apuestas

vayan a pagarse ni siquiera a la larga.

Tan pronto como lo leí, le señalé a Downs que el texto era espurio y ofensivo. Puso cara de asombro.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué problema hay?

Mi queja era muy simple, y se la expliqué. Braun y Jones no son ni mucho menos los únicos que tienen fuerza sobrehumana tras el advenimiento del comodín; de hecho, ese poder es bastante común: según las estadísticas de Taquión, va a la zaga de la telequinesis y la telepatía. Tiene que ver con maximizar la potencia contráctil de los músculos, creo. A lo que iba: una serie de jokers destacados tiene también una fuerza superior. De memoria cité a Elmo (el gorila enano del Palacio de Cristal), a Emie (del Ernie's Bar&Grill), a la Rareza, al Cuasihombre... y, muy en particular, a Howard Mueller. La fuerza de Trol tal vez no llegue a la del Chico de Oro ni a la del Martillo de Harlem, pero no cabe duda de que se aproxima. Escarba no menciona a ninguno de estos jokers en el reportaje, ni siquiera de pasada, pero los nombres de una docena de ases superfuertes salpican el texto aquí y allá. ¿Por qué? Quería saberlo.

Por desgracia, no puedo decir que la crítica le afectara demasiado. Cuando terminé, Downs se limitó a poner los ojos en blanco y sentenciar:

—Hay que joderse con lo susceptibles que son algunos.

Trató de contentarme diciendo que, si el artículo tenía repercusión, a lo mejor escribía una continuación sobre el joker más fuerte del mundo, y no entendió por qué esa concesión me enfureció todavía más. Luego se quejan de que seamos susceptibles...

A Howard la discusión le pareció la mar de graciosa. A veces no sé qué pensar de él.

Lo cierto es que mi arrebato no fue nada en comparación con la reacción de Billy Ray, nuestro jefe de seguridad. Ray es uno de los ases que menciona de pasada y lo descartaba porque su fuerza no era de «primera división». Se lo oyó en todo el avión retando a Downs a acompañarlo afuera para enseñarle cómo era la segunda división. Escarba declinó. Por la sonrisa que puso, dudo que Carnifex tenga buena prensa en Ases durante un tiempo. Ray ha estado despotricando sobre el artículo con cualquiera que quisiera escuchar. Predica que la fuerza no lo es todo; que, aunque él no sea tan fuerte como Braun o Jones, podría plantarles cara sin problema y está dispuesto a demostrarlo.

Personalmente he obtenido cierta satisfacción perversa con ese naufragio en un vaso de agua. Resulta irónico que discutan sobre quién posee el mayor de lo que, en esencia, es un poder menor. Recuerdo que hubo una demostración, a principios de los setenta si no me equivoco, cuando el acorazado *Nueva Jersey* estuvo de reparaciones en el Centro de Suministros Navales de Bayonne (en Nueva Jersey). La Tortuga levantó el buque con telequinesis y lo mantuvo varios metros encima del agua casi medio minuto. Braun y Jones levantan tanques y lanzan automóviles de un lado para

otro, pero ninguno podría acercarse ni remotamente a lo que logró aquel día la Tortuga.

La verdad llana y simple es que la potencia contráctil de la musculatura humana solo puede incrementarse hasta cierto punto. Hay limitaciones físicas. El doctor Taquiión dice que tal vez haya también barreras para la mente, pero hasta ahora no las han encontrado.

Si resulta que la Tortuga es un joker, como muchos creen, me reiré de lo lindo.

Supongo que, en el fondo, soy un hombre tan mezquino como cualquier otro.

Adís Ebeba (Etiopía), 16 de Enero

Un día duro en una tierra devastada. Los representantes locales de la Cruz Roja han acompañado a un grupo de los nuestros a ver algunas de sus labores humanitarias. Por supuesto, sabíamos que había sequía y hambruna antes de llegar, pero verlo en televisión es una cosa y presenciarlo, otra muy distinta.

En días como este me doy plena cuenta de mis defectos y fracasos. Desde que el cáncer se adueñó de mi cuerpo he perdido mucho peso (algunas amistades que no sospechan nada han llegado a elogiar mi buen aspecto), pero al andar entre esta gente me he sentido cohibido aun con la poca barriga que me queda. Morían de hambre ante mis ojos, mientras el avión aguardaba para trasladarnos de vuelta a Adís Abeba... Al hotel, a otra recepción y, sin duda, a una comida etíope abundante. El sentimiento de culpa se vuelve abrumador, igual que el de impotencia.

Creo que todos hemos sentido lo mismo. No puedo ni imaginarme cómo lo habrá vivido Hiram Worchester. He de decir en su descargo que no tenía muy buena cara mientras caminaba entre las víctimas y en cierto momento temblaba tanto que ha tenido que sentarse un rato a la sombra. Sudaba a mares, pero enseguida ha vuelto a ponerse en pie, pálido y adusto, y ha usado su poder sobre la gravedad para ayudar a descargar las provisiones.

Aunque muchos hayan contribuido en las labores humanitarias y hayan trabajado duro, sobre el terreno no parece nada. La única realidad de los campamentos de asistencia son los cuerpos esqueléticos con el vientre hinchado, los ojos muertos de los niños y el calor incesante que se abate sobre la tierra cocida y reseca. Ha habido momentos de este día que me quedarán grabados a fuego en la memoria mucho tiempo (o, al menos, tanto como me quede). El padre Calamar le ha dado la extremaunción a una mujer moribunda que llevaba una cruz copta al cuello. Peregrina y el cámara han filmado muchas escenas para el documental, pero ella ha aguantado poco y ha regresado al avión a esperar. He oído que se ha puesto tan mala que ha vomitado el desayuno.

Y había una madre joven, de no más de diecisiete o dieciocho años, con ojos de anciana y tan flaca que se le podían contar las costillas mientras acunaba a un bebé contra un pecho vacío y marchito. El niño llevaba varios días muerto y empezaba a

oler, pero la madre no permitía que se lo quitaran. El doctor Taqui6n le ha controlado la mente y la ha mantenido inm6vil mientras le quitaba el cad6ver con delicadeza y se lo llevaba. Se lo ha entregado a un voluntario, luego se ha sentado en el suelo y ha roto a llorar; se estremecía con cada sollozo.

Mistral tambi6n ha terminado el día entre l6grimas. De camino al campo de refugiados se había enfundado el uniforme de vuelo azul y blanco. La chica as es joven y muy poderosa, y sin duda pensaba que podría ayudar. Cuando ha invocado los vientos, la enorme capa que lleva atada a los tobillos y las muñecas se ha hinchado como un paracaídas y se la ha llevado volando. Ni el más extraño de los *jokers* había despertado ningún interés en los ojos ensimismados de los refugiados, pero, cuando Mistral ha alzado el vuelo, muchos (no todos, pero sí la mayoría) se han girado para observarla y la han seguido con la mirada hacia lo alto del azul ardiente para a continuación volver a hundirse en el letargo de su desesperación. Creo que Mistral pensaba que, de alg6n modo, su poder sobre el viento podría atraer las nubes y que podría conseguir que lloviera para sanar la tierra. Un sueño de gloria bonito...

Ha volado casi dos horas, a veces tan alto y tan lejos que se perdía de vista, pero, con todo su poder, solo ha logrado levantar vendavales de polvo. Cuando ha desistido, exhausta, tenía la lozana cara cubierta de polvo y arena, y los ojos, rojos e hinchados.

Justo antes de irnos, otro drama ha acentuado la atm6sfera de desesperación que se respira aquí. Un joven alto con cicatrices de acné en las mejillas ha atacado a una refugiada y, en un arrebato de locura, le ha sacado un ojo y se lo ha comido mientras la gente miraba incrédula. Curiosamente, conocíamos al muchacho desde que llegamos. Ha pasado un año en una escuela cristiana y sabe algunas palabras de inglés. Parece más fuerte y sano que la mayoría. Cuando Mistral ha echado a volar, se ha puesto en pie de un salto y ha empezado a llamarla.

—¡Jetboy! —gritaba con voz fuerte y clara.

El padre Calamar y el senador Hartmann han intentado hablar con él, pero su inglés se limitaba a unos pocos sustantivos como *chocolate*, *televisión* y *Jesucristo*. Aun así, el chico es más vivo que la mayoría; ha puesto unos ojos como platos al ver al padre Calamar, ha intentado tocarle los tentáculos de la cara y ha sonreído cuando el senador le ha dado una palmadita en el hombro y le ha explicado que estábamos allí para ayudar, aunque dudo que haya entendido una palabra.

Nos hemos quedado mirando horrorizados mientras se lo llevaban en medio de un griterío con las mejillas oscuras y cadavéricas embadurnadas de sangre.

Un día espantoso de principio a fin. Ya por la noche, de vuelta en Adís Abeba, el conductor nos ha mostrado los muelles, donde hay cargamentos de ayuda humanitaria de dos pisos de altura. Hartmann se ha puesto furioso; si hay alguien que puede obligar a ese Gobierno criminal a actuar y a alimentar a su pueblo famélico, es él. Rezo para que lo consiga, o lo haría si creyera en algo... Pero ¿qué clase de dios permitiría las obscenidades que hemos presenciado en este viaje?

África es el lugar más hermoso de la faz de la Tierra. Debería loar toda esa belleza que llevamos un mes contemplando. Las cataratas Victoria, las nieves del Kilimanjaro, un millar de cebras galopando por la hierba como si el viento tuviera rayas. He caminado entre las ruinas de reinos antiguos y orgullosos cuyos nombres ignoro, he tenido en mis manos piezas de artesanos pigmeos, he visto el rostro de un bosquimano invadido por la curiosidad y no por el horror al verme por primera vez. Un día, durante una visita a una reserva de caza, me desperté temprano y, cuando me asomé a la ventana, me encontré dos enormes elefantes africanos delante de la casa. Radha estaba entre ambos, desnuda a la luz del alba, y la tocaban con la trompa. Desvié la mirada; me pareció que invadía su intimidad.

Belleza, sí: en la tierra y en muchas personas cuyos rostros desbordan empatía y calidez.

Y pese a la belleza, África me ha entristecido, y lo celebraré cuando la dejemos. Lo del campo de refugiados ha sido solo una parte; antes de Etiopía estuvimos en Kenia y en Sudáfrica. No es Acción de Gracias, pero, después de todo lo visto estas semanas, durante esa petulante celebración otoñal basada en el fútbol y la glotonería he tenido más ganas de dar las gracias que nunca. Incluso los jokers tenemos cosas que agradecer. Ya lo sabía, pero África me lo ha dejado aún más claro.

Empezar por Sudáfrica fue una decisión nefasta. En casa existen los mismos odios y prejuicios, desde luego, pero, sean cuales sean nuestros defectos, al menos somos lo bastante civilizados para mantener una fachada de tolerancia, fraternidad e igualdad ante la ley. En otros tiempos me habría parecido un sofisma pero eso fue antes de ver por mí mismo la realidad de Pretoria y Ciudad del Cabo, donde la miseria está institucionalizada y consagrada ante la ley, que se aplica con mano de hierro, sin visos del guante de terciopelo. Dicen que al menos, en Sudáfrica, el odio es sincero, mientras que en Estados Unidos se oculta tras una fachada de hipocresía. Tal vez, tal vez... Pero, si ese es el caso, me quedo con la hipocresía y la agradezco.

Supongo que ha sido la primera lección que nos ha dado África: que existen lugares peores que Ciudad Joker. La segunda sería que hay cosas peores que la represión. Esa nos la enseñó Kenia.

Como buena parte de los países del este y el centro de África, Kenia se libró de lo peor del comodín. Algunas esporas alcanzaron estas latitudes por difusión aérea, pero la mayoría llegó seguramente por los puertos, en cargamentos contaminados transportados en bodegas sin esterilizar. Los envíos de ayuda humanitaria se inspeccionan a conciencia en buena parte del mundo, por muy buenas razones, así que muchos capitanes se han convertido en expertos en ocultar que han atracado en Nueva York. Tierra adentro casi no hay casos de comodín. Hay quien dice que el difunto Idi Amin era una especie de híbrido demente de as y joker tan fuerte como Trol o el Martillo de Harlem y con la capacidad de transformarse en una criatura mitad hombre, mitad leopardo, león o halcón. El propio Amin alardeaba de poder sonsacar la verdad a sus enemigos telepáticamente, y los escasos supervivientes dicen

que era un caníbal convencido de que necesitaba carne humana para alimentar sus poderes. Pero eso no son más que rumores y maledicencias. Me da igual si Amin era joker, así o un natural patético y chiflado; lo único seguro es que ha muerto y que, en este rincón del mundo, los casos documentados de comodín son raros.

Pero Kenia y los países vecinos sufren su propia pesadilla viral. Si aquí el comodín resulta ilusorio, el sida es una verdadera epidemia. Mientras el presidente ejercía de anfitrión ante el senador Hartmann y buena parte del grupo, unos pocos hicimos una visita agotadora a media docena de hospitales rurales, saltando de aldea en aldea con un helicóptero desvencijado que nos cedieron a insistencia de Taquión. El Gobierno habría preferido que diéramos charlas en la universidad, nos reuniéramos con educadores y líderes políticos y visitáramos museos y reservas de caza. Casi todos los delegados se limitaron a ello encantados. El comodín tiene cuarenta años y estamos acostumbrados a él, pero el sida es una amenaza global nueva que apenas empezamos a entender. En casa la consideran una enfermedad de homosexuales, y yo mismo soy culpable de haberla contemplado así, pero aquí, en África, esa idea no se sostiene. Solo en este continente, las víctimas del sida superan ya a todos los que han pillado el xenovirus takisio desde que lo soltaron en Manhattan hace cuarenta años.

Sin embargo, el sida es una dolencia mucho más cruel. Las víctimas del comodín tienen un índice de mortandad del noventa por ciento, y su muerte suele ser terrible y dolorosa, pero la diferencia entre el noventa por ciento y el ciento por ciento no es nada insignificante si estás en el diez por ciento que logra sobrevivir. Es la diferencia entre la vida y la muerte, entre la esperanza y la desesperación. Algunos afirman que es mejor morir que vivir siendo joker, pero no me cuento entre ellos. Si bien no siempre he sido feliz, atesoro buenos recuerdos y hay logros de los que me siento orgulloso. Me alegra haber vivido y no querría morir. He llegado a aceptar la muerte, pero eso no significa que me guste. Aún me queda mucho por hacer. Como Robert Tomlin, yo tampoco he visto *La historia de Jolson*. Ninguno de nosotros la ha visto.

En Kenia vimos aldeas enteras moribundas: personas que están vivas, sonrían, hablan, comen y defecan; que hacen el amor y engendran niños; personas vivas a todos los efectos y que, sin embargo, están muertas. A los que las cartas les vienen mal dadas pueden sufrir una transformación agónica e inenarrable, pero hay paliativos para el dolor y, al menos, mueren rápido. El sida es menos misericordioso.

Los jokers tenemos mucho en común con los aquejados de sida.

Antes de salir de Ciudad Joker, a finales de mayo, habíamos programado una función benéfica en el Castillo Encantado para recaudar fondos para la LAJ, un espectáculo con tantas actuaciones de renombre como pudiéramos contratar. Después de visitar Kenia, envié un telegrama dando instrucciones para que la recaudación se repartiera con una asociación de ayuda a los enfermos de sida. Los parias tenemos que estar unidos. Tal vez todavía pueda tender algunos puentes antes de que me toque a mí en suerte la reina negra.

Jerusalén, 30 de enero

Jerusalén, ciudad abierta la llaman. Una capital de rango internacional gobernada conjuntamente por comisarios de Israel, Jordania, Palestina y Gran Bretaña bajo el mandato de la ONU, sagrada para tres de las grandes religiones del mundo.

Pero ¡ay!, más que *ciudad abierta*, la aposición debería ser *herida abierta*. Jerusalén lleva cuatro décadas sangrando. Si así son las ciudades sagradas, no quiero imaginarme cómo serán las profanas.

Hoy, los senadores Hartmann y Lyons y demás delegados políticos han ido a comer con los comisarios de la ciudad, pero el resto hemos pasado la tarde viendo esta ciudad libre... metidos en limusinas con cristales antibalas y bajos blindados a prueba de bombas. Por lo visto, en Jerusalén les gusta recibir a las visitas más distinguidas haciéndolas saltar por los aires. Da igual quiénes sean, de dónde procedan, la religión que practiquen o su orientación política; en la ciudad conviven tantas facciones que hay odios para todos los gustos.

Hace dos días estuvimos en Beirut, y Beirut y Jerusalén se parecen como la noche al día. El Líbano es un país hermoso, y Beirut, una ciudad tan bonita y pacífica que rezuma serenidad. Parece que sus provincias han conseguido establecer una cierta armonía, aunque a veces se produzcan incidentes; no hay ninguna zona de Oriente Próximo (ni del mundo, de hecho) que sea completamente segura.

Pero, en Jerusalén, los brotes de violencia son endémicos desde hace treinta años y van cada vez a peor. Hay bloques de edificios que parecen salidos del bombardeo de Londres, y la poca población que queda se ha habituado tanto al ruido de fondo de las ametralladoras que apenas le presta atención.

Hemos ido a ver los restos del Muro de las Lamentaciones (destruido por terroristas palestinos en 1967, en represalia por el asesinato de Al-Haziz a manos de terroristas israelíes el año anterior) y hasta nos hemos bajado de los vehículos. Hiram ha lanzado una mirada desafiante alrededor con los puños apretados, como esperando que alguien quisiera creamos problemas. Últimamente está raro, de mal humor y a la que salta. Lo de África nos dejó a todos tocados. Aunque solo quede un vestigio, el muro sigue siendo imponente. Lo he tocado con la esperanza de sentir la historia, pero solo he notado las cicatrices de las balas en la piedra.

Tras la parada, el grupo ha regresado al hotel, pero el padre Calamar y yo hemos ido de visita al barrio joker. Tengo entendido que es la segunda comunidad joker más grande del mundo, después de Ciudad Joker. Es mucho más pequeña, pero la segunda al fin y al cabo. No me extraña. El islam no ve a los nuestros con buenos ojos, y por eso los jokers de todo Oriente Próximo vienen aquí atraídos por la exigua protección que les ofrecen la ONU y una pequeña fuerza de paz internacional, tan insuficiente como mal pertrechada y con la moral por los suelos.

No tengo palabras para describir lo sórdido que es el barrio y lo palpable que puede llegar a ser la miseria. Y, paradójicamente, sus calles tienen fama de ser las

más seguras de Jerusalén. Está rodeado por su propio muro, que se construyó en principio para ocultar a esas criaturas ofensivas de los ojos impresionables de las personas decentes y que acabó guareciendo a sus moradores. Dentro no he visto naturales, solo jokers: jokers de todos los credos y razas conviviendo más o menos en paz. Puede que antes fueran musulmanes, judíos, cristianos, zelotes, sionistas o seguidores de Nur, pero, después de que repartieran las cartas, solo eran jokers. Volverse joker es como pasar un rasero por encima de los demás odios y prejuicios para unirse al resto de la humanidad en una nueva hermandad de dolor. Ser joker es ser joker, y lo demás son tonterías.

Ojalá fuera igual con los ases.

La iglesia de Jesucristo Joker tiene un templo en Jerusalén y el padre Calamar me ha llevado a verlo. El edificio parece más una mezquita que una iglesia cristiana, al menos por fuera, pero por dentro es como la iglesia de Ciudad Joker, aunque más vieja y deteriorada. El padre Calamar ha encendido una vela y ha rezado una oración, y luego, en la estrecha y ruinosa rectoría, ha conversado con el pastor en un latín vacilante mientras compartíamos con él una botella de vino rancio. Mientras hablaban, he oído ráfagas de automáticas desgarrando la noche a unas manzanas de distancia. Un anochecer típico en Jerusalén, supongo.

Nadie leerá estas líneas hasta que haya muerto, y para entonces todo me dará igual. He pensado largo y tendido sobre si debería dejar constancia de lo sucedido esta noche y al final he decidido que sí. El mundo no debe olvidar la lección del setenta y seis y necesita que le recuerden de vez en cuando que la LAJ no representa a todos los jokers.

Una anciana joker me ha pasado una nota disimuladamente cuando el padre Calamar y yo salíamos de la iglesia. Supongo que alguien me habrá reconocido.

Después de leer el mensaje me he excusado de la recepción oficial, de nuevo con el pretexto de una indisposición, que en esta ocasión era mentira. He cenado en la habitación con un criminal que está en busca y captura, alguien a quien solo puedo describir como un conocido terrorista internacional joker, aunque en el barrio joker lo consideran un héroe. No desvelaré su nombre, ni siquiera aquí, pues tiene familia en Tel Aviv. Se pone una máscara de perro negra para el trabajo sucio; la prensa, la Interpol y las mil y una facciones que patrullan Jerusalén lo conocen como Perro Negro y Sabueso del Infierno. Esta noche llevaba otra máscara, una capucha con forma de mariposa cubierta de purpurina, y no ha tenido problemas para cruzar la ciudad.

—No olvide que los naturales son tirando a tontos —me ha explicado—. Llevas la misma máscara un par de veces, te dejas hacer una foto, y se piensan que es tu cara.

El Sabueso, que es como me referiré a él, nació en Brooklyn, pero emigró a Israel con su familia a los nueve años y le concedieron la ciudadanía israelí. Tenía veinte

años cuando se convirtió en joker.

—He cruzado medio mundo para sacar el comodín —me dice—. Para eso podría haberme quedado en Brooklyn.

Hemos pasado varias horas hablando de Jerusalén, Oriente Próximo y política de comodines. El Sabueso lidera lo que, en honor a la verdad, debo calificar de organización terrorista joker: los Puños Deformes. Ha sido ilegalizada tanto en Israel como en Palestina, y no es para tomársela a broma. Recurre a evasivas a la hora de revelar cuántos miembros la componen, pero no tiene reparos en confesar que casi toda su financiación procede de Nueva York, de Ciudad Joker.

—Usted quizá no sea como nosotros, señor alcalde, pero su gente sí. —Hasta ha dejado caer que un delegado joker de la gira se cuenta entre sus partidarios, aunque desde luego se ha negado a decirme quién.

El Sabueso está convencido de que pronto estallará la guerra en Oriente Próximo.

—Lo raro es que no haya estallado ya. Israel y Palestina nunca han tenido fronteras defendibles, y ninguno de los dos países es económicamente viable. Cada uno acusa al otro de toda clase de atrocidades, y los dos tienen razón. Israel quiere el Néguev y la Ribera Occidental; Palestina quiere un puerto en el Mediterráneo, y los dos países están llenos de refugiados que quieren recuperar los hogares que abandonaron tras la partición de 1948. Todo el mundo quiere Jerusalén, todos menos la ONU, que es quien la tiene. Vaya si necesitan una guerra. En 1948 parecía que los israelíes iban ganando, hasta que los Nasr les hicieron morder el polvo. Sé que le dieron el Nobel de la Paz a Bemadotte por el Tratado de Jerusalén, pero, entre nosotros, tal vez habría sido mejor que lucharan hasta el final... El que fuera.

Cuando le recuerdo toda la gente que habría muerto, se limita a encogerse de hombros.

—Estarían muertos, sí. Pero puede que, si el conflicto hubiera acabado, pero acabado de verdad, las heridas habrían empezado ya a sanar. En lugar de eso, ahora tenemos dos medio países cabreados que comparten un trozo de desierto y no se reconocen mutuamente; llevamos cuatro décadas de odio, miedo y terrorismo, y no nos hemos librado de la guerra, que llegará pronto. De todas formas, sigo sin entender cómo Bemadotte consiguió la Paz de Jerusalén, aunque no me sorprende que lo asesinaran. Los únicos que odian los acuerdos más que los israelíes son los propios palestinos.

Le contesto que, por impopular que fuera, la Paz de Jerusalén duraba desde hace casi cuarenta años. Pero me lo rebate.

—Llevamos cuarenta años en punto muerto, no de paz real. El miedo mutuo es lo que la mantiene. Los israelíes han tenido siempre la superioridad militar, pero los árabes tienen a los ases de Puerto Saíd. ¿Cree que los israelíes no lo tienen en cuenta? Cada vez que los árabes levantan un monumento a los Nasr en cualquier sitio entre Bagdad y Marruecos, los israelíes lo hacen saltar por los aires. Créame, se acuerdan. Pero ahora se está desequilibrando la balanza. Según mis fuentes, Israel ha empezado

a experimentar con el comodín en voluntarios de las fuerzas armadas y ha conseguido crear sus propios ases. Eso sí es fanatismo, presentarse voluntario para contagiarse del comodín. Y en el lado árabe está Nur al-Allah, que califica a Israel de «guarida ilegal de jokers» y que ha jurado destruirlo. Los ases de Puerto Saíd eran nenazas al lado de este grupo, incluso el viejo Khófi No, la guerra estallará, y pronto.

—¿Y cuando estalle? —le pregunto.

El Sabueso lleva una semiautomática pequeña pero de nombre ruso muy largo. La saca y la pone encima de la mesa entre nosotros.

—Cuando estalle, que se maten entre sí todo lo que quieran —contesta—, pero, si no dejan el barrio en paz, tendrán que vérselas con nosotros. Ya le hemos dado más de una lección a Nur. Cada vez que matan a un joker, nosotros matamos a cinco. Cualquiera habría entendido ya el mensaje, pero Nur es un poco lento.

Le comenté que el senador Hartmann quería reunirse con Nur al-Allah para entablar negociaciones que pudiesen conducir a una solución pacífica del conflicto en la región. Le entró la risa.

Hablamos largo y tendido sobre jokers, ases y naturales; sobre violencia y no violencia, guerra y paz; sobre fraternidad y venganza; sobre poner la otra mejilla y el derecho a defenderse, sin llegar a ninguna parte.

—¿Por qué ha venido? —le pregunto finalmente.

—Quería conocerlo. Nos vendría bien su ayuda, sus conocimientos de Ciudad Joker, sus contactos en la sociedad natural, el dinero que podría recaudar.

—No pienso ayudar —le digo—. He visto adonde lleva ese camino. Tom Miller lo siguió hace diez años.

—¿Gimli? —Se encoge de hombros—. Para empezar, Gimli estaba como una cabra, y yo no. Lo que pretendía Gimli era darle un besito al mundo, cura sana, y se pondría bien. Yo quiero proteger a los míos. A usted también, Desmond. Rezo para que Ciudad Joker no necesite a los Puños Torcidos, pero, si llega el caso, allí estaremos. Leí el artículo sobre Leo Barnett en el *Time*. Puede que Nur no sea el único un poco lento. Si es así, tal vez el Perro Negro vuelva a casa y busque ese árbol de Brooklyn, ¿eh? No voy a un partido de los Dodger desde que tenía ocho años.

Miro la pistola encima de la mesa y se me forma un nudo en la garganta, pero le señalo el teléfono.

—Podría llamar a seguridad e impedirselo, para que no mate a más personas inocentes.

—Pero no lo hará —replica el Sabueso—. Tenemos mucho en común.

Le digo que no tenemos nada en común.

—Los dos somos jokers —dice—. ¿Hay algo más importante que eso?

A continuación ha enfundado la pistola, se ha puesto la máscara y se ha ido tranquilamente de la habitación.

Y, que Dios me asista, me he quedado ahí helado minutos interminables, hasta que he oído las puertas del ascensor y... he apartado la mano del teléfono.

Kabul (Afganistán), 7 de febrero

Hoy me duele todo. La mayoría de los delegados se ha escapado a ver los lugares de interés histórico, pero yo he optado una vez más por quedarme en el hotel.

Sobre el viaje... ¿qué puedo decir? Siria ha sido primera plana en todo el mundo. Nuestro contingente de prensa se ha duplicado, y todos están ansiosos por averiguar qué ocurrió en el desierto. Por una vez me alegro de que me excluyeran. Peri me lo ha contado todo.

Siria nos ha dejado tocados a todos, a mí incluido. El cáncer no es lo único que me tortura. Hay momentos en los que me siento agotado, en los que repaso mi vida y me pregunto si habré hecho algo bien, si mis esfuerzos habrán servido de algo. He intentado proteger a los míos, apelar a la razón, a la decencia, a la humanidad que compartimos todos, y siempre he creído que a la larga son más productivas la resistencia pacífica, la perseverancia y la no violencia. Pero Siria me obliga a replanteármelo... ¿Cómo se razona con un hombre como Nur al-Aliah? ¿Cómo se negocia con él? ¿O cómo se habla siquiera? ¿Cómo apelar a la humanidad de quien no te considera siquiera humano? Si existe un Dios, que me perdone, pero desearía que hubieran liquidado a Nur.

Hiram ha abandonado la comitiva, aunque de manera temporal; ha dicho que se reunirá con nosotros en la India. A estas horas ya habrá llegado a Nueva York, vía Roma desde Damasco y luego con el Concorde a Estados Unidos. Nos dijo que una emergencia en el Pareja de Ases requería su atención, pero intuyo que en realidad el incidente de Siria le ha afectado más de lo que quiere reconocer. En el avión corre el rumor de que Hiram perdió la cabeza en el desierto, que detuvo al general Sayyid haciendo un uso excesivo de la fuerza. Billy Ray, por supuesto, no cree que Hiram se excediera.

—Si hubiese dependido de mí, lo habría machacado hasta dejar una mancha roja en el suelo —me aseguró.

Worchester se negaba a hablar de ello e insistió en tomarse un descanso porque estaba «hartado de hojas de parra rellenas», pero, mientras soltaba la gracia, vi que tenía la calva perlada de sudor y que le temblaban un poco las manos. Espero que le siente bien desconectar; durante el viaje, el respeto que me merece Hiram Worchester no ha dejado de aumentar.

Si es cierto que no hay mal que por bien no venga, quizá salga algo positivo del escabroso incidente de Siria: la proyección de Gregg Hartmann ha ganado un nuevo impulso tras este roce con la muerte. En el último decenio, su trayectoria política se ha visto acechada por el espectro de la Gran Revuelta de Ciudad Joker del setenta y seis, cuando perdió el control en público. A mí, su reacción me pareció simplemente humana; a fin de cuentas, una turba acababa de despedazar a una mujer. Pero los candidatos a la presidencia no pueden llorar, quejarse ni cabrearse como el resto de los mortales; la prueba de ello fue Muskie en el setenta y dos, y Hartmann lo

confirmó en el setenta y seis.

Siria quizá haya acallado el trágico incidente. Todos los que estaban allí coinciden en que la actuación de Hartmann fue ejemplar: se mantuvo firme y valiente, con la cabeza fría; un pilar sólido ante las bárbaras amenazas de Nur. La prensa estadounidense ha publicado la foto de AP que se tomó mientras se iban de allí: se ve a Hiram ayudando a Taquión a subir al helicóptero de fondo, mientras Hartmann espera en primer plano, con el rostro manchado de polvo, fuerte y severo, y la manga de la camisa blanca empapada de sangre.

Gregg sigue afirmando que no se presentará como candidato a la presidencia en el ochenta y ocho. Si bien, de acuerdo con las encuestas, Gary Hart parte como favorito demócrata, está claro que los sucesos de Siria y esa fotografía obrarán milagros para su reputación y sus posibilidades. Yo deseo con todas mis fuerzas que lo reconsidere, y no es que tenga nada en contra de Gary Hart, pero Gregg Hartmann es especial y, para los afectados por el comodín, tal vez sea nuestra última esperanza.

Si Hartmann fracasa, mis esperanzas caerán con él, y entonces ¿qué opción nos quedará, como no sea recurrir al Perro Negro?

Debería escribir algo sobre Afganistán, pero hay poco que contar. No tengo fuerzas para ver qué ofrece Kabul. La presencia de los soviéticos es manifiesta, pero se muestran correctos y educados. La guerra se libra a lo lejos durante nuestra corta estancia. Nos presentaron a dos jokers afganos para que les diéramos el visto bueno; los dos juraban (en palabras de los intérpretes soviéticos) que aquí la vida de los jokers es idílica. No sé, pero no me convence. Si no he entendido mal, son los dos únicos jokers de Afganistán.

La *Baraja Trucada* voló directa de Bagdad a Kabul. A Irán no se puede ir. El ayatolá abraza muchas de las ideas de Nur sobre los comodines y gobierna el país tanto con ideas como con hechos, y ni siquiera la ONU pudo conseguimos permiso para aterrizar. El ayatolá por lo menos no distingue entre ases y jokers; según él, todos somos hijos demoníacos del mismísimo Satán. Está claro que no se olvida del malhadado intento de liberación de rehenes de Jimmy Cárter, cuando enviaron a media docena de ases del Gobierno en una misión secreta que fue una chapuza espantosa. Dicen que Camifex era uno de los ases involucrados, pero Billy Ray lo niega tajantemente.

—Si yo hubiera estado allí, habríamos sacado del lugar a los nuestros y le habríamos dado lo suyo al viejo —alega.

Su colega de justicia, la Dama Negra, se ciñe la capa negra y esboza una sonrisa enigmática. A Ciclón, el padre de Mistral, también han querido involucrarlo con esa funesta misión, pero nunca habla de ello.

Por la mañana sobrevolaremos el paso de Jáiber y llegaremos a la India, un mundo completamente diferente, un subcontinente en rápido crecimiento que tiene la mayor población de jokers fuera de los Estados Unidos.

Calcuta, 12 de febrero

La India es el país más extraño y fabuloso de los que hemos visto en este viaje, si es que se lo puede llamar país. Da más la impresión de ser cien países en uno. Es difícil encontrar nada en común entre el Himalaya, los palacios de los mogoles, las selvas bengalíes y los suburbios de Calcuta. Los hindúes viven en muchos mundos diferentes, desde los ancianos británicos, que fingen que el virrey aún gobierna en los reducidos enclaves del Raj, hasta los nababs y los marajás, que son reyes en todo menos en el nombre, pasando por todos los mendigos de esta sucia e inmensa ciudad. La India es inabarcable...

En las calles de Calcuta ves jokers por dondequiera que vayas. Son tan comunes como los mendigos, los niños desnudos y los cadáveres, y a menudo son las tres cosas a la vez. En este pseudopaís de sijes, hinduistas y musulmanes, casi todos los jokers parecen hinduistas; no es de extrañar, vista la actitud del islam. El hinduismo ortodoxo se ha inventado una nueva casta para los jokers, muy por debajo de la de los intocables, pero al menos les permite vivir.

Resulta interesante que no hayamos encontrado ninguna Ciudad Joker en la India. Su cultura está estrictamente estratificada por razas y etnias, y las animadversiones están muy enquistadas, como pusieron en evidencia las revueltas del comodín de Calcuta de 1947 y la carnicería nacional que supuso la partición del subcontinente ese año. Y pese a todo, hoy en día sijes, hinduistas y musulmanes son todos vecinos, y los jokers, naturales y hasta un puñado de patéticos doses comparten los mismos suburbios miserables. Por desgracia, nada de ello ha contribuido a que se tengan más aprecio.

La India también presume de contar con ases nativos, algunos de poderes considerables. Escarba se lo pasa en grande recorriendo el país y entrevistándolos a todos, o a los que se dejan.

Radha O'Reilly no se encuentra tan a gusto aquí. Por lo visto su madre pertenecía a la realeza india, mientras que su padre era un aventurero irlandés. Su pueblo practica una variedad del hinduismo erigida en torno a la figura de Ganesha (el dios elefante) y la madre negra Kali, y el don del comodín la convirtió en la novia predestinada de Ganesha o algo por el estilo. En cualquier caso, está convencida de que corre peligro de secuestro y deportación, de modo que, excepto para las recepciones de Bombay y Nueva Delhi, se enclaustra en los hoteles, con Camifex, la Dama Negra y el resto del equipo de seguridad cerca. No será la primera vez que se alegre de abandonar la India.

El doctor Taquiión, Peregrina, Mistral, Fantasía, Trol y el Martillo de Harlem acaban de volver de una cacería de tigres en Bengala. El anfitrión ha sido un as indio, un marajá bendecido con una variante del toque de Midas. El oro que crea es inestable y revierte a su estado original a las veinticuatro horas, pero el proceso de transmutación basta para matar a quien sea que toque. Al margen de eso, tiene un palacio espectacular, y ha resuelto el antiguo problema del mito con criados que le

dan de comer.

Taquión ha regresado de la cacería de un buen humor que no le había visto desde Siria, ataviado con una chaqueta nehru dorada y un turbante a juego, abrochado con un rubí del tamaño de un pulgar. El marajá no ha escatimado regalos, por lo visto, y ni siquiera la perspectiva de que la chaqueta y el turbante vuelvan a ser prendas corrientes dentro de unas horas mitiga el entusiasmo de nuestro alienígena por las actividades del día. Da la impresión de que el fastuoso espectáculo de la caza, los esplendores del palacio y el harén del marajá le han recordado a Tac los placeres y los privilegios de los que disfrutaba como príncipe de Ilkazam en su mundo natal. Ha dicho que ni siquiera en Takis había visto nada comparable al final de la cacería, cuando han acorralado a la fiera y el marajá se ha acercado despacio a ella, se ha despojado del guante dorado y, con un roce, ha transmutado a la enorme bestia en oro.

Mientras los ases recibían regalos de oro encantado y cazaban tigres, yo invertía el día en ocupaciones más humildes en la inesperada compañía de Jack Braun, que también ha rehusado la invitación a ir de cacería. Braun y yo hemos ido a ver el monumento a Earl Sanderson erguido en el lugar donde evitó el asesinato de Mahatma Gandhi.

La construcción recuerda un templo hinduista, y la estatua del interior se parece más a una deidad hindú menor que a un jugador afroamericano de los Rutgers. De hecho, Sanderson es como un dios para esta gente; los pies de la estatua están llenos de ofrendas. El recinto estaba abarrotado y hemos tenido que esperar mucho para poder entrar. Toda la India venera aún al Mahatma, y parte de esa popularidad parece haberse contagiado al recuerdo del as americano que se interpuso entre él y la bala del asesino.

Dentro, Braun apenas ha dicho nada; se ha limitado a contemplar la estatua como si deseara que cobrara vida. Ha sido una visita emotiva, pero no del todo cómoda. Mi deformidad ha atraído duras miradas de hindúes de castas superiores que había en el gentío. Y cada vez que alguien se arrimaba demasiado a Braun (cosa que sucedía con frecuencia en la aglomeración), su campo de fuerza biológico empezaba a brillar y lo envolvía en un resplandor dorado fantasmal. Me temo que al final me han perdido los nervios: he interrumpido las ensoñaciones de Braun y lo he sacado de allí a toda prisa. Puede que haya sido una reacción exagerada, pero habría bastado con que una sola persona entre aquella multitud reconociera a Jack Braun para desencadenar un percance. Braun, malhumorado, no ha dicho nada en todo el camino de vuelta al hotel.

Gandhi es uno de mis ídolos personales y, a pesar de los sentimientos encontrados que me producen los ases, yo también soy de los que le agradecen a Sanderson que le salvara la vida. Que el profeta de la no violencia cayera ante la bala de un asesino habría sido demasiado penoso, y creo que una muerte como esa habría desgarrado a la India y la habría sumido en un baño de sangre fratricida jamás visto.

Si Gandhi no hubiera vivido para liderar la reunificación del subcontinente tras la muerte de Jinnah en 1948, ¿habría podido perdurar ese extraño país bicéfalo que llaman Pakistán? ¿El Congreso Nacional Indio se habría anexionado los territorios menores, como amenazó? El carácter descentralizado del país y su infinita diversidad son reflejos de los sueños del Mahatma. Me resulta inconcebible imaginar qué camino habría tomado la historia de la India sin él. Al menos en ese aspecto, los Cuatro Ases dejaron una huella palpable en el mundo y demostraron que, en ocasiones, un único hombre decidido puede cambiar el curso de la historia.

Se lo he comentado a Jack Braun en el trayecto de vuelta, al verlo tan retraído. Me temo que no ha servido de mucho. Se ha limitado a escucharme con paciencia mientras soltaba el discurso.

—Fue Earl quien lo salvó, no yo —ha sido todo lo que ha dicho antes de sumirse de nuevo en el silencio.

Fiel a su palabra, Hiram Worchester se ha reincorporado hoy al grupo tras llegar desde Londres en Concorde. Su escapada a Nueva York le ha sentado estupendamente. Ha recuperado la vivacidad y enseguida ha convencido a Taquión, Fantasía y Mordecai Jones para salir en busca del *vindaloo* más picante de Calcuta. Ha intentado convencer a Peregrina para que se uniera, pero se ha puesto blanca solo de pensarlo.

Mañana por la mañana, el padre Calamar, Trol y yo visitaremos el Ganges; cuenta la leyenda que, si un joker se baña en las aguas sagradas, puede librarse de su mal. Los guías aseguran que existen cientos de casos documentados, pero, francamente, lo dudo, por mucho que el padre Calamar diga que también se producen curas milagrosas de jokers en Lourdes. Aunque tal vez debería transigir y sumergirme en las aguas sagradas. A un hombre que se muere de cáncer, flaco favor le hace el escepticismo.

Hemos invitado a Crisálida a acompañarnos, pero ha rehusado. Estos días parece más cómoda en los bares de los hoteles, bebiendo *amaretto* y jugando solitarios interminables. Se ha hecho amiga de dos periodistas, Sara Morgenstem y el ubicuo Escarba Downs, y hasta corre la voz de que Escarba y ella se acuestan.

Ya he vuelto del Ganges. Debo dejar testimonio. Me he quitado el zapato y el calcetín de un pie, me he remangado y lo he metido en las aguas sagradas. Después de sacarlo seguía siendo un joker. Un joker con el pie mojado, me temo.

Las aguas sagradas son inmundas y, por cierto, mientras intentaba pescar un milagro con el pie, me han robado el zapato.

Hong Kong, 14 de marzo

Me satisface poder escribir que llevo un tiempo mejor. Tal vez se deba a las

breves estancias en Australia y Nueva Zelanda. Después de Singapur y Yakarta, llegar a Sídney fue casi como volver a casa, y me quedé prendado de Auckland y de la relativa limpieza y prosperidad de su Ciudad Joker en miniatura. Aparte de una inquietante tendencia a llamarse a sí mismos *feos*, un término más ofensivo que *joker*, nuestros hermanos neozelandeses parecen disfrutar de una vida más decente que en ningún otro lugar. Pude incluso comprar un ejemplar atrasado de *La Voz de Ciudad Joker* en el hotel. Leer noticias de casa me levantó el ánimo, pese a que muchos titulares hablaban de una guerra de bandas en nuestras calles.

Hong Kong también tiene su Ciudad Joker, con una actividad mercantil tan incesante como la del resto de la ciudad. Parece que la China continental exilia aquí a la mayoría de sus jokers. De hecho, una delegación de destacados empresarios jokers nos ha invitado a Crisálida y a mí a comer mañana con ellos y considerar «posibles vínculos comerciales entre jokers de Hong Kong y Nueva York». Tengo muchas ganas de ir.

Francamente, me vendrá bien desconectar de mis compañeros delegados unas horas. Los ánimos a bordo de la *Baraja Trucada* están cuanto menos caldeados, sobre todo gracias a Thomas Downs y su instinto periodístico hiperdesarrollado.

En Christchurch, justo cuando íbamos a despegar con destino a Hong Kong, nos llegó un paquete por correo con copias promocionales del último número de *Ases*. Ya en el aire, Escarba recorrió los pasillos para repartir ejemplares de cortesía, como de costumbre. Debería habersele ocurrido leerlo primero. Me temo que su execrable revista y él han caído más bajo que nunca.

La portada está dedicada al embarazo de Peregrina. Me pareció cómico que, para la revista, la gran noticia del viaje sea que Peri esté embarazada: le dedican el doble de espacio que a los anteriores artículos de Escarba, incluido el del espantoso incidente de Siria. O puede que solo sea un intento de justificar las cuatro páginas satinadas de fotos de Peregrina, antiguas y actuales, con diversos atuendos y grados de desnudez.

Los cuchicheos sobre el embarazo empezaron en la India y se confirmaron en Tailandia, por lo que no se puede responsabilizar a Escarba de destapar la historia: es la clase de chismes de los que se alimenta *Ases*. Por desgracia para su salud y para el ambiente de camaradería a bordo de la *Baraja Trucada*, Escarba dejó claro que discrepaba de Peri en que su «delicado estado» fuera una cuestión privada. Escarba escarbó demasiado.

La portada pregunta: «¿QUIÉN HA DEJADO EMBARAZADA A PERI?». En el interior, el artículo se abre con una ilustración a doble página de Peregrina con un niño en brazos, pero el bebé es una silueta negra con un signo de interrogación en lugar de cara. «El padre es un as, declara Taquión», reza el subtítulo, que da paso a un titular mucho más grande de color naranja que afirma: «LOS AMIGOS LE SUPPLICAN QUE ABORTE AL MONSTRUOSO BEBÉ JOKER». Los chismorreos dicen que Escarba no paró de pedir brandy para Taquión mientras exploraban el lado

más lujurioso de la noche de Singapur y que le sonsacó ciertas indiscreciones. No consiguió que le dijera el nombre del padre, pero, ya borracho, Taquión no mostró ninguna reticencia a la hora de exponer las razones por las que cree que Peregrina debería abortar; entre ellas, y la más importante, el nueve por ciento de probabilidades de que el bebé salga joker.

Confieso que al leer el artículo me invadió una furia glacial, y me alegré por partida doble de que Taquión haya dejado de ser mi médico. En momentos así me sorprende preguntándome cómo es posible que finja ser mi amigo... o de ningún joker. *In vino varitas*, dicen. Los comentarios de Taquión dejan bien claro que cree que lo único que puede hacer una mujer en la posición de Peregrina es abortar. Los takisios aborrecen las deformidades y tienen por costumbre sacrificar (qué palabra tan cortés) a sus hijos deformes poco después de nacer (un número muy reducido, pues ellos no han sido bendecidos con el virus que tan generosamente decidieron compartir con la Tierra). Llámenme susceptible si quieren, pero la conclusión evidente de las palabras de Taquión es que la muerte es preferible a ser joker, que es mejor que el niño no Viva a que viva la vida de un joker.

Cuando dejé la revista estaba tan furioso que sabía que no podría hablar con Taquión de manera racional, así que me levanté y me dirigí al compartimento de prensa para soltarle cuatro frescas a Downs. Como mínimo, quería dejar claro que el adjetivo *monstruoso* era perfectamente omisible delante del sintagma *bebé joker*, aunque era evidente que los editores de *Ases* no contemplaron esa posibilidad.

Sin embargo, Escarba se lo vio venir y me abordó a mitad de camino. Al menos he logrado despertarle la conciencia lo suficiente para que intuyera mi enfado, porque se lanzó de inmediato a proferir excusas:

—Oiga, yo solo escribí el artículo. Los titulares los ponen en Nueva York, y también las ilustraciones; esas cosas no las decido yo. Mire, Desmond, la próxima vez les diré que...

Fuera lo que fuera lo que estaba a punto de prometer, no tuvo ocasión, porque justo entonces Josh McCoy apareció detrás de él y le dio un golpecito en el hombro con un ejemplar enrollado de *Ases*. Cuando Downs se volvió, McCoy le soltó un puñetazo que le rompió la nariz con un crujido escalofriante. El siguiente puñetazo le partió el labio y le aflojó varios dientes. Agarré a McCoy y le enrosqué la trompa alrededor del cuello para inmovilizarlo, pero estaba loco de furia y se zafó con facilidad. Nunca he sido un tipo duro y, en mi estado actual, me temo que doy más bien pena. Por suerte, Billy Ray llegó a tiempo para separarlos antes de que McCoy pudiera hacerle daño de verdad.

Escarba se pasó el resto del vuelo en la cola del avión, atiborrado de analgésicos. También hizo enfadar a Billy Ray, que se manchó de sangre la pechera de su traje blanco de Carnifex. Si algo tiene Billy es que le obsesiona la apariencia.

—Estas putas manchas de sangre no salen —no paraba de repetir.

McCoy fue adelante, donde se unió a Hiram, Mistral y al señor Jayewardene para

consolar a Peri, muy alterada por el artículo. Mientras McCoy le estaba arreando a Escarba en la parte trasera del avión, ella arremetía contra el doctor Taquión en la delantera. Su enfrentamiento fue menos físico pero igual de espectacular, me ha contado Howard. Taquión se disculpaba una y otra vez, pero nada parecía aplacar la furia de Peregrina. Howard dice que fue una suerte que sus garras estuvieran guardadas con el resto del equipaje.

Taquión terminó el vuelo solo en el bar de primera con una botella de Rémy Martin y la expresión desolada de un cachorro que acabara de mearse en una alfombra persa. Si yo fuera más cruel, habría subido allí y le habría dicho a la cara por qué estaba tan resentido con él, pero descubrí que no tenía valor. No sé qué tiene el doctor Taquión, pero es imposible estar enfadado con él mucho tiempo, por muy torpe e insensible que sea su comportamiento.

Da igual. Estaba deseando emprender esta parte del viaje. Después de Hong Kong nos adentraremos en el continente para visitar Cantón, Shanghái, Pekín y otras paradas igualmente exóticas. Quiero pasearme por la Gran Muralla y ver la Ciudad Prohibida. En la Segunda Guerra Mundial me alisté en la Marina con la esperanza de ver mundo, y siempre me había parecido que el Lejano Oriente encierra un encanto especial, pero me destinaron a una mesa de despacho en Bayonne, en Nueva Jersey. Mary y yo teníamos intención de compensarlo más adelante, cuando la niña hubiera crecido y tuviésemos más estabilidad económica.

En fin, que nosotros hicimos nuestros planes, y los takisios, los suyos. Con los años, China ha acabado representando todo lo que nunca he hecho, todos los lugares lejanos que quise visitar y a los que nunca he ido, mi propia historia de Jolson. Y ahora, por fin, se vislumbra en el horizonte. Por otra parte, me da pie a pensar que el final se acerca.

De camino a Seúl, 21 de marzo

En Tokio me he encontrado con un rostro del pasado que me tiene obsesionado. Hace dos días decidí que lo omitiría y no lo mencionaría en el diario, a él ni a las cuestiones que ha suscitado su presencia.

Tengo pensado ofrecer el diario para que lo publiquen después de mi muerte. No creo que sea ningún éxito de ventas, pero supongo que el número de celebridades a bordo de la *Baraja Trucada* y todos los sucesos de relevancia periodística del viaje suscitarán al menos un poco de curiosidad en el mercado estadounidense, así que puede que el libro encuentre su nicho. Y, por modestas que sean las regalías, serán bienvenidas por la LAJ, a la que legaré todas mis propiedades.

No obstante, aunque esté muerto y enterrado cuando alguien lea estas líneas y, por tanto, ninguna confesión personal pueda dañarme, me resisto a escribir sobre Fortunato. Llámenlo cobardía, si quieren. Los jokers tenemos fama de cobardes, si uno atiende a esos chistes crueles que no se cuentan por televisión. Sería fácil

justificar por qué no quiero hablar de Fortunato. Mis tratos con él a lo largo de los años han sido siempre de naturaleza privada y no guardan relación alguna con la política, con cuestiones de interés general ni con los temas que he abordado en el diario; y, desde luego, no tienen nada que ver con el viaje.

Pero en estas páginas también me he tomado la libertad de repetir algunos de los chismorreos que circulaban por el avión, de escribir sobre las manías y tonterías del doctor Taquiión, Peregrina, Jack Braun, Escarba Downs y los demás. ¿De verdad puedo afirmar que sus defectos son de interés público y los míos no? Tal vez... Al público siempre le han fascinado los ases y le han repugnado los jokers. No lo pretendo. Quiero que el diario sea fiel y sincero. Y quiero que los lectores entiendan un poco qué significa vivir cuarenta años siendo joker. Y para eso debo hablar de Fortunato, por mucho que me avergüence.

Fortunato, que ahora vive en Japón, prestó cierto tipo de ayuda a Hiram después de que abandonara repentina y misteriosamente el viaje en Tokio. No conozco los detalles; se han cuidado bien de tapar el asunto. Hiram era el de siempre cuando volvió a reunirse con nosotros en Calcuta, pero no ha tardado en desmoronarse otra vez, y cada día está peor. Su estado de ánimo es cada vez más volátil y desagradable, y se ha vuelto más reservado. Pero no quería hablar de Hiram, que no sé nada de sus problemas. La cuestión es que Fortunato estaba involucrado en el asunto y vino al hotel, y hablé un momento con él en el pasillo. Eso fue todo... Salvo que ya nos conocíamos.

Perdón. Esto me está costando. Soy un joker viejo, y tanto la edad como la deformidad me vuelven particularmente sensible. La dignidad es lo único que me queda y estoy a punto de perderla. Estaba escribiendo sobre el autodesprecio.

Ha llegado la hora de decir las verdades incómodas: la primera, que a muchos naturales les repugnan los jokers. Algunos llegan al fanatismo, siempre dispuestos a odiar cualquier cosa que sea distinta. Pero, en ese aspecto, los jokers no somos muy diferentes de cualquier otra minoría oprimida: los que están predispuestos a odiar nos odian a todos por igual con el mismo veneno sincero.

Hay otros naturales, sin embargo, más predispuestos a la tolerancia; que tratan de ver, más allá de la superficie, al ser humano que hay debajo. Gente de buena voluntad, que no odia; personas generosas y bienintencionadas como..., bueno, como el doctor Taquiión y Hiram Worchester, por tirar de dos ejemplos que tengo a mano. Estos dos caballeros han demostrado sobradamente a lo largo de los años lo mucho que se preocupan por los jokers: Hiram, con sus obras de caridad anónimas, y Taquiión, con su trabajo en la clínica. Pero estoy convencido de que a ambos les da asco la deformidad física de la mayoría de nosotros, igual que a Nur al-Allah o que a Leo Barnett. Se les nota en los ojos, por muy desenfadados y cosmopolitas que sean. Algunos de sus mejores amigos son jokers, pero no querrían que su hermana se casara con uno.

Esa es la primera verdad inconfesable de la condición de joker.

Sería muy fácil alzar la voz, condenar a hombres como Tac y Hiram por su hipocresía y su formismo (un término espantoso acuñado por un activista joker particularmente idiota y que luego adoptaron los Jokers por una Sociedad Justa, liderados por Tom Miller, cuando estaban en su apogeo). Fácil y erróneo. Son hombres decentes, pero solo hombres, al fin y al cabo, y no podemos denigrarlos por experimentar sentimientos humanos normales.

Porque, verán, la segunda verdad inconfesable sobre los jokers es que da igual cuánto podamos ofender a los naturales: los jokers siempre somos los primeros en sentirnos ofendidos por nosotros mismos. El auto-desprecio quizá sea lo que define la singular plaga psicológica de Ciudad Joker, una dolencia a menudo letal. La principal causa de muerte entre los jokers menores de cincuenta años es, y ha sido siempre, el suicidio. Y eso a pesar de que casi todas las enfermedades conocidas son más peligrosas para un joker que para un natural, porque la química e incluso la forma de nuestro cuerpo divergen tanto y tan impredeciblemente que ningún tratamiento garantiza su idoneidad. Hay que buscar en los rincones más escondidos de Ciudad Joker para encontrar un sitio donde vendan espejos, pero hay una tienda de máscaras en cada esquina.

Si no fuera suficiente evidencia, piensen un momento en lo de los nombres. Alias, los llaman. Pero son más que eso, son focos que muestran la verdadera magnitud del desprecio de los jokers hacia sí mismos.

Si este diario llega a publicarse, insistiré en que se titule *El diario de Xavier Desmond*, y no *El diario de un joker* ni nada similar. Soy una persona con nombre y apellido, no un joker genérico. Los nombres son muy importantes, son más que simples palabras: confieren color y forma a lo que nombran. Las feministas lo entendieron hace tiempo, pero los jokers aún no lo pillan. Todos estos años me he mantenido firme en no responder a ningún nombre que no fuera el mío, pero conozco a un dentista joker que se hace llamar Carapez, a un pianista de *ragtime* que se hace llamar Arena de Gato y a un matemático joker que firma sus artículos como Moquete. Sin ir más lejos, en este viaje me acompaña gente con nombres como Crisálida, Trol y padre Calamar.

No somos, por supuesto, la primera minoría que experimenta esta forma de opresión. No cabe duda de que los negros pasaron por lo mismo: educaron a generaciones enteras en la creencia de que las chicas negras más guapas eran las que tenían la piel más clara y unos rasgos más cercanos al ideal caucásico. Al final algunos comprendieron el engaño y proclamaron que lo negro era hermoso.

De vez en cuando, algunos jokers bienintencionados pero idiotas han intentado hacer lo mismo. Monstruitos, una de las instituciones más libertinas de Ciudad Joker, celebra todos los años un certamen de San Valentín al que llama Miss Desfigurada. Sean cínicos o sinceros, lo cierto es que son intentos torpes. Nuestros amigos los íakisios se encargaron de ello dando una pequeña vuelta de tuerca a la broma que nos

gastaron.

El problema es que cada joker es único.

Nunca he sido un hombre atractivo, tampoco antes de la transformación. Con el cambio, tampoco soy horroroso. Mi nariz es una trompa de unos sesenta centímetros de largo con dedos al final. Según mi experiencia, la mayoría se acostumbra a mi aspecto al cabo de unos pocos días. Me gusta decirme a mí mismo que después de una semana o así apenas notan que soy distinto, y quizá no sea del todo falso.

Si el virus hubiera tenido la amabilidad de conceder trompas a todos los jokers donde tenían la nariz, la transición habría sido muchísimo más fácil, y una campaña con el lema «Las trompas son bellas» podría haber servido de algo.

Pero, por lo que sé, soy el único joker con trompa. Con un esfuerzo podría hacer caso omiso de la estética natural de la cultura en la que vivo, convencerme de que soy un tío guapo y de que los bichos raros son los demás, pero no servirá de nada la próxima vez que me cruce con esa patética criatura a la que llaman el Hombre Moco durmiendo en el contenedor de detrás del Castillo Encantado. La terrible realidad es que a mí también se me revuelve el estómago ante los casos más extremos de deformidad, como debe de ocurrirle al doctor Taquión, y eso me hace sentir aún más culpable.

Lo que me lleva, después de todo este rodeo, de vuelta a Fortunato. Es un proxeneta. O lo era, al menos. Dirigía una red de prostitutas de nivel alto. Todas sus chicas eran exquisitas: bellas, sensuales, expertas en todas las variantes del erotismo y, en líneas generales, personas agradables, una delicia tanto en la cama como fuera de ella. Las llamaba *geishas*.

Fui uno de sus mejores clientes durante más de dos décadas. Me consta que hacía buenos negocios en Ciudad Joker. Crisálida trafica a menudo con sexo e información en el piso superior del Palacio de Cristal, siempre que encuentre atractivo al hombre que requiera sus servicios. Conozco a un puñado de jokers ricos y, aunque ninguno está casado, muchos tienen amantes naturales. Los periódicos de casa que hemos hojeado cuentan que las Cinco Familias y los Puños Sombríos están luchando en las calles, y sé perfectamente por qué: en Ciudad Joker, la prostitución, junto con el juego y las drogas, es un gran negocio.

Lo primero que pierden los jokers es la sexualidad. Algunos la pierden del todo y quedan impotentes o se vuelven asexuados. Pero incluso aquellos a los que el comodín no les afectó los genitales o la libido se encuentran despojados de identidad sexual. Dejan de ser hombres o mujeres en el momento mismo en el que se estabilizan; a partir de entonces, solo son jokers.

Una libido normal, con porciones generosas de autodesprecio y una pizca de nostalgia por lo que se ha perdido (hombría, feminidad, belleza, lo que sea), son ingredientes habituales en Ciudad Joker, y los conozco muy bien. La aparición del cáncer y la quimio se han confabulado para quitarme el interés por el sexo, pero mi memoria y mi vergüenza siguen intactas, y el recuerdo de Fortunato me produce

mucha. Pero no por haberme relacionado con prostitutas ni por haber infringido nuestras estúpidas leyes sobre prostitución (leyes que desprecio), sino porque, por mucho que lleve años probando, nunca he conseguido excitarme con mujeres joker. He conocido a unas cuantas que merecían ser amadas: mujeres dulces, agradables y cariñosas que necesitaban una relación, un poco de ternura y, sí, también sexo, tanto como yo. Algunas acabaron siendo grandes amigas mías. Pero nunca pude corresponderías sexualmente. A mis ojos tenían tan poco atractivo como yo debía de tener para ellas.

Así son las cosas en Ciudad Joker.

Acaba de encenderse la señal de abrocharse el cinturón y no me encuentro demasiado bien ahora mismo, así que corto aquí.

Estocolmo, 10 de abril

Estoy muy cansado. Temo que el médico tuviera razón y el viaje haya sido muy mala idea en lo que a mi salud se refiere. Resistí de fábula los primeros meses, supongo que porque todo era nuevo y emocionante, pero en el último mes me ha caído encima todo el cansancio acumulado, y la rutina del día a día se me hace cada vez más cuesta arriba. Los vuelos, las cenas, las interminables recepciones, los hospitales, los guetos de jokers y los centros de investigación: todo ello amenaza con convertirse en un mero batiburrillo de dignatarios, aeropuertos, intérpretes, autobuses y restaurantes de hotel.

No retengo la comida y sé que he perdido peso. El cáncer, el estrés del viaje, la edad... Vete a saber la causa, aunque sospecho que es la suma de todo.

Por suerte, el viaje acabará pronto. Está previsto que regresemos a Tomlin el 29 de abril, y solo queda un puñado de escalas. Ardo en deseos de volver a casa, y no me parece que sea el único. Todos estamos agotados.

Aun así, pese a la factura que me ha pasado el viaje, no me lo habría perdido por nada. He visto las pirámides y la Gran Muralla, he paseado por Moscú, Marrakech y Río de Janeiro, y pronto se sumarán a la lista Londres, París y Roma. He podido ver y palpar la materia de los sueños y la de las pesadillas, y creo haber aprendido mucho. Solo rezo para vivir lo suficiente para poner en práctica algunos de esos conocimientos.

Suecia supone un cambio vigorizante comparada con la Unión Soviética y los países del Pacto de Varsovia. No tenía ninguna opinión formada sobre el socialismo, ni en un sentido ni en otro, pero he acabado hasta las narices de las modélicas residencias médicas para jokers que no paraban de enseñarnos y de los modélicos jokers que las ocupaban. La ciencia y la medicina socialistas sin duda derrotarán al comodín, y ya han hecho grandes avances, nos repiten machaconamente, pero, aunque diera crédito a esas afirmaciones, el precio que pagan los pocos jokers que dicen tener los soviéticos es pasarse la vida sometidos a tratamiento.

Billy Ray dice que los rusos tienen en realidad miles de jokers escondidos, hacinados en «almacenes de jokers» grises y enormes, hospitales nominalmente, pero prisiones en los demás sentidos, con muchos guardias y poco personal médico. Ray asegura que hay también una docena de ases soviéticos, todos trabajando en secreto para el Gobierno, el Ejército, la Policía o el Partido. Si es verdad (la Unión Soviética lo niega, por supuesto), ni siquiera llegamos a olerlos, pues el Inturist y la KGB se cuidaron mucho de controlar todos los detalles de nuestra visita, a pesar de que el Gobierno aseguró en las Naciones Unidas que ofrecería «toda su cooperación».

Decir que el doctor Taqui6n no congeni6 con sus colegas socialistas ser6a el eufemismo del siglo. El desd6n que siente por la medicina sovi6tica solo rivaliza con el desd6n de Hiram por la cocina sovi6tica. Sin embargo, a los dos les gusta el vodka y lo han consumido en grandes cantidades.

Hubo un debate gracioso en el Palacio de invierno, cuando uno de nuestros anfitriones le expuso la dial6ctica de la historia al doctor Taqui6n y le explic6 que, conforme madur6 la civilizaci6n, fue inevitable que el feudalismo diera paso al capitalismo, y el capitalismo, al socialismo. Taqui6n escuch6 con notable educaci6n y replic6:

—Querido amigo, existen dos grandes civilizaciones interestelares en este min6sculo sector de la galaxia. Mi pueblo, de acuerdo con su modelo, deber6a considerarse un sistema feudal, mientras que la Red ser6a el capitalismo m6s voraz y virulento que hayan so6ado jam6s. Y ni la una ni la otra tenemos intenci6n de madurar hacia el socialismo, gracias. —Guard6 un momento de silencio y despu6s a6adi6—: Aunque, desde la perspectiva adecuada, tal vez el Enjambre podr6a considerarse comunista, si bien a duras penas civilizado.

Fue un discurso ocurrente, lo reconozco, aunque quiz6a a los sovi6ticos les habr6a sonado m6s convincente si Taqui6n no lo hubiese soltado vestido con un traje cosaco de gala. ¿De d6nde saca semejantes atuendos?

Del resto de los pa6ses del Bloque de Varsovia poco hay que mencionar. Yugoslavia era el m6s c6ldido; Polonia, el m6s l6gubre, y Checoslovaquia, el que m6s me hizo sentir como en casa. Downs escribi6 un art6culo fascinante para *Ases* en el que barajaba la posibilidad de que la actual incidencia de casos de vampirismo en la Hungr6a y Rumania rurales fuera en realidad una secuela del comod6n. Es su mejor art6culo, un trabajo excelente y muy bien escrito, todav6a m6s meritorio cuando uno tiene en cuenta que lo inspir6 una conversaci6n de cinco minutos con un pastelero de Budapest. En Varsovia encontramos un peque6o gueto de jokers y una creencia muy popular en un «as solidario» oculto que saldr6a pronto a la luz y liderar6a el sindicato a la victoria. Por desgracia, no sucedi6 durante los dos d6as que pasamos en Polonia. El senador Hartmann, tras grandes dificultades, consigui6 entrevistarse con Lech Walesa, y creo que la foto del encuentro que public6 AP lo ha popularizado en nuestra patria. Hiram nos abandon6 brevemente en Hungr6a (otra «emergencia» en

Nueva York, dijo), y regresó cuando llegamos a Suecia, más animado.

Estocolmo es una ciudad acogedora, a diferencia de muchas de las que hemos visitado. Prácticamente todos los suecos que hemos conocido hablan un inglés excelente, somos libres de ir y venir por donde nos plazca (dentro de los límites de nuestro inmisericorde calendario, claro) y el rey nos agasajó a todos con su cortesía. Los jokers son infrecuentes aquí, tan al norte, pero nos trató con ecuanimidad, como si llevara toda la vida acogiendo a jokers.

Aun así, por placentera que haya sido la visita, hubo un incidente digno de registrar. Creo que hemos dado con algo que hará que los historiadores de todo el mundo levanten las orejas y presten atención, un hecho desconocido hasta la fecha que pone en entredicho buena parte de la historia oficial reciente de Oriente Próximo y abre nuevas y alarmantes perspectivas.

Ocurrió un día que, por lo demás, no habría tenido nada de particular. Varios delegados pasamos la tarde con miembros del Comité del Nobel, aunque me parece que ellos solo pretendían reunirse con el senador Hartmann. Aunque el intento de negociar en Siria con Nur al-Allah terminó violentamente, aquí lo han interpretado correctamente como lo que fue: un esfuerzo sincero y valiente que buscaba la paz y la tolerancia, y eso, a mi juicio, lo convierte en un sólido candidato para el Nobel de la Paz del próximo año.

En cualquier caso, varios delegados acompañamos a Gregg a la reunión, que fue cordial pero tampoco demasiado interesante. Resultó que uno de nuestros anfitriones había sido secretario del conde Folke Bernadotte cuando negociaba la Paz de Jerusalén y también, por desgracia, estaba con Bemadotte cuando los terroristas israelíes lo abatieron a tiros dos años después. Nos contó anécdotas fascinantes sobre el conde, por quien sentía una evidente admiración, y nos enseñó algunos recuerdos personales de las negociaciones. Entre los apuntes, diarios y borradores provisionales había un álbum de fotos.

Le eché una ojeada superficial y se lo pasé al siguiente, como la mayoría de mis compañeros. El doctor Taquión, sentado a mi lado, parecía aburrido y se entretuvo ojeando las fotografías con detenimiento. Bemadotte salía en la mayoría, por supuesto con el equipo de negociación, hablando con David Ben-Gurion en una foto y con el rey Faisal en la siguiente. Los ayudantes, incluido nuestro anfitrión, tenían gestos menos formales: estrechaban la mano a soldados israelíes, comían con beduinos en una tienda, cosas así. Lo habitual. La imagen más llamativa, de lejos, mostraba a Bemadotte rodeado por los Nasr, los ases de Puerto Saíd, que invirtieron el curso de la batalla de forma tan drástica cuando se unieron a la Legión Árabe de Jordania. Khóf está sentado con Bemadotte en el centro de la fotografía, vestido de negro de pies a cabeza, como si fuera la encamación de la muerte, y rodeado por los ases más jóvenes. Por irónico que parezca, de todos los rostros de esa foto, solo tres siguen vivos, entre ellos el eterno Khóf. Las guerras no declaradas también se cobran

víctimas.

Pero esa no fue la fotografía que atrajo la atención de Taquión. Fue otra, una instantánea informal que mostraba a Bemadotte con personal de su equipo en una habitación de hotel, frente a una mesa abarrotada de papeles. En un lado había un joven en el que no había reparado antes: delgado, de pelo oscuro, mirada firme y sonrisa aduladora. Estaba sirviendo café. La escena era bien inocente, pero Taquión la contempló largo y tendido y llamó a nuestro anfitrión.

—Discúlpeme por poner a prueba su memoria, pero me interesaría mucho saber si recuerda a este hombre. —Lo señaló—. ¿Formaba parte del equipo?

Nuestro amigo sueco se inclinó, estudió la fotografía y soltó una risita.

—Oh, él —respondió en un inglés excelente—. Era... ¿qué palabra usan ustedes para un chico que lleva mensajes y hace pequeños encargos?

—Un recadero —apunté.

—Sí, eso es, un recadero. En realidad era estudiante de periodismo. Joshua, se llamaba. Joshua... no sé qué. Decía que quería ser testigo de las negociaciones porque pensaba escribir sobre ellas. Cuando se lo plantearon a Bemadotte, este dijo que era absurdo y lo rechazó sin pensarlo, pero el joven insistió. Al final consiguió hablar con el conde para exponerle el caso, y lo convenció. Así que no era un miembro oficial del equipo, pero no se separó de nosotros desde ese momento. No era un recadero muy eficiente, por lo que recuerdo, pero era un joven muy educado que le caía bien a todo el mundo. No creo que llegara a escribir ningún artículo.

—No. Lo dudo mucho —confirmó Taquión—. Era jugador de ajedrez, no escritor.

El recuerdo iluminó el rostro de nuestro anfitrión.

—¡Pues claro, es verdad! Siempre estaba jugando, ahora me acuerdo. Era muy bueno. ¿Lo conoce, doctor Taquión? Me he preguntado a menudo qué habrá sido de él.

—Yo también —contestó Taquión con sencillez y mucha tristeza. Cerró el álbum y cambió de tema.

Conozco al doctor Taquión desde hace muchísimos años. Esa noche, espoleado por la curiosidad, me las ingenié para sentarme al lado de Jack Braun y hacerle algunas preguntas durante la cena. Estoy seguro de que no sospechó nada, y parecía dispuesto a rememorar los tiempos de los Cuatro Ases, lo que lograron y lo que intentaron, los lugares a los que fueron y, lo más importante, los lugares a los que no. Al menos de acuerdo con la versión oficial.

Después de la cena fui a ver al doctor Taquión a su habitación. Me invitó a entrar. Estaba bebiendo solo y saltaba a la vista que se sentía melancólico, perdido a saber en qué terroríficos recuerdos. Vive más atado al pasado que ningún hombre que conozca. Le pregunté directamente quién era el joven de la fotografía.

—Nadie —respondió Taquión—. Un joven con el que solía jugar al ajedrez.

No sé por qué quería mentirme.

—No se llamaba Joshua —repuse, y pareció sobresaltarse. ¿Qué se cree, que la deformidad me afecta a la mente, a la memoria?—. Se llamaba David y no debía estar ahí. Los Cuatro Ases nunca intervinieron oficialmente en Oriente Próximo, y Jack Braun dice que se separaron a finales de 1948. Braun se dedicaba a hacer películas.

—Películas malas —matizó Taquión con cierto veneno.

—Mientras el Enviado negociaba la paz.

—Se fue dos meses. Nos dijo a Blythe y a mí que se iba de vacaciones. Me acuerdo. Nunca se me pasó por la cabeza que estuviera involucrado.

Tampoco se le había ocurrido al resto del mundo, aunque tal vez alguien debería haberse dado cuenta. Por lo poco que sé de él, David Harstein no era particularmente religioso, pero era judío y, cuando los ases de Puerto Saíd y el Ejército árabe amenazaron la existencia del nuevo Estado de Israel, actuó por su cuenta.

El suyo era un poder de paz, no de guerra; no daba miedo, no provocaba tormentas de arena ni invocaba relámpagos en un cielo despejado, sino que producía unas feromonas que lograban que le cayera bien a todo el mundo y que todos desearan con toda su alma complacerlo y congeniar con él; feromonas que convertían la mera presencia del Enviado en una virtual garantía de éxito en cualquier negociación. Sin embargo, aquellos que sabían quién y qué era exhibían una tendencia alarmante a repudiar los acuerdos después de que Harstein y sus feromonas abandonaran la estancia. Después de pensarlo, y dado lo mucho que estaba en juego, se preguntaría qué podría suceder si mantenía su papel en secreto. La Paz de Jerusalén fue la respuesta.

Me pregunto si Folke Bemadotte llegó a saber quién era en realidad su recadero. Me pregunto dónde está Harstein ahora y qué pensará de esa paz que fraguó con tanto cuidado y secreto. Y me descubro pensando en lo que dijo el Perro Negro en Jerusalén.

¿Qué sucedería con la frágil Paz de Jerusalén si su origen se revelara al mundo? Cuantas más vueltas le doy, más me convenzo de que debería arrancar estas páginas del diario antes de entregarlo para su publicación. Si nadie emborracha al doctor Taquión, el secreto podría seguir a salvo.

¿Habrá vuelto a las andadas? Después del Comité de Actividades Antiestadounidenses, después de la cárcel, de la deshonra, de su celebrado reclutamiento para el servicio militar y de su igualmente celebrada desaparición, ¿pudo el Enviado sentarse en otras mesas de negociaciones de espaldas al mundo? ¿Lo sabremos alguna vez?

No lo veo probable, pero ojalá lo fuera. Por lo que he visto en este viaje, en Guatemala y Sudáfrica; en Siria, Etiopía y Jerusalén; en la India, Polonia e Indonesia, hoy el mundo necesita al Enviado más que nunca.

En algún lugar sobre el Atlántico, 27 Abril

Hace horas que se han apagado las luces de la cabina y casi todos mis compañeros de viaje llevan rato dormidos, pero el dolor me impide conciliar el sueño. Me he tomado las pastillas y me han hecho algo de efecto, pero sigo sin poder dormir. No obstante, me embarga una curiosa sensación de euforia, casi de paz. Se acerca el final del viaje en ambos sentidos, el largo y el corto. Llevo recorrido un largo camino, sí, y por una vez me siento bien al respecto.

Aún nos queda una escala: una breve estancia en Canadá, con visitas relámpago a Montreal y Toronto, y una recepción del Gobierno en Ottawa. Y luego, a casa. Aeropuerto internacional Tomlin, Manhattan y Ciudad Joker. Estará bien volver al Castillo Encantado.

Ojalá pudiera decir que el viaje ha servido para todo lo que pretendíamos, pero no es ni mucho menos el caso. O puede que empezáramos bien, pero los violentos incidentes de Siria, Alemania Occidental y Francia desbarataron nuestro sueño inconfeso de conseguir que el público se olvidase de la carnicería del Día del Comodín. Solo me queda la esperanza de que la mayoría comprenda que el terrorismo es una parte sombría y repugnante del mundo en que vivimos, y que existiría con el comodín o sin él. El baño de sangre de Berlín fue instigado por un grupo que incluía jokers, ases y naturales, y es tan conveniente recordarlo como recordárselo al mundo. Culpar de la carnicería a Gimli y sus patéticos seguidores, o a los dos ases fugitivos que siguen en busca y captura en Alemania, es hacerles el juego a hombres como Leo Bamett y Nur al-Allah. Aunque los takisios no nos hubieran traído nunca la maldición, en el mundo no faltarían hombres desesperados, locos y villanos.

Resulta triste e irónico que el valor y la tolerancia de Gregg lo pusieran en peligro y que fuera el odio lo que lo salvara, cuando enfrentó a sus captores en aquel holocausto fratricida.

De verdad, qué mundo extraño este.

Espero que no volvamos a ver a Gimli nunca más, pero de momento estoy animado. Tras el incidente de Siria dudo que quede nadie que ponga en entredicho la sangre fría de Gregg Hartmann ante el fuego enemigo, pero, si fuera el caso, las dudas se disiparon en Berlín. Tengo entendido que, después de la entrevista que le hicieron a Sara Morgenstem para el *Post*, Hartmann subió diez puntos en las encuestas, y que está casi empatado con Hart. La sensación que tenemos en el avión es que Gregg, al final, se presentará como candidato.

Se lo comenté a Escarba en Dublín mientras tomábamos una Guinness y un sabroso pan de soda irlandés en el hotel, y estuvo de acuerdo conmigo. De hecho, fue incluso más lejos y pronosticó que Hartmann lograría la candidatura. Yo no lo tenía tan claro y le recordé que Gary Hart sigue siendo un escollo importante, pero Downs esbozó esa sonrisa críptica y exasperante debajo de su nariz rota y comentó:

—Sí, bueno, pero tengo el curioso presentimiento de que Gary está a punto de cagarla y hacer alguna tontería. No me pregunte por qué.

Salud mediante, haré todo lo que esté en mis manos por apoyar la candidatura de Hartmann desde Ciudad Joker. Y no creo que me encuentre solo. Después de todo lo que hemos visto, tanto fuera como dentro de nuestro país, es muy posible que aumente el número de ases y jokers notorios que apoyen al senador. Hiram Worchester, Peregrina, Mistral, el padre Calamar, Jack Braun..., tal vez hasta el doctor Taquión, pese a su aversión por la política y los políticos.

Si dejamos a un lado el terrorismo y la sangre derramada, creo de verdad que hemos conseguido algo con este viaje. Solo hay que esperar a que nuestro informe abra algunos ojos en los estamentos oficiales, pues el foco con el que nos ha alumbrado la prensa en todas partes ya ha concienciado a la opinión pública de la dramática situación de los jokers en el tercer mundo.

En el terreno personal, Jack Braun ha hecho serios esfuerzos por redimirse y poner punto final a treinta años de rencillas con Taquión; Peri parece radiante con el embarazo, y, aunque con retraso, logramos liberar al pobre Jeremiah Strauss de veinte años de cautiverio simiesco. Recuerdo a Strauss de los viejos tiempos, cuando Angela era la propietaria del Castillo Encantado, y yo, el *maître*. Tiene un puesto reservado para cuando quiera reanudar su carrera teatral como el Proyeccionista, pero, aparte de agradecerlo, nunca ha aceptado la oferta. No envidio su periodo de aclimatación. A todos los efectos, es como un viajero del tiempo.

Y el doctor Taquión... Bueno, su nuevo corte de pelo punk es feo hasta decir basta, sigue sin forzar la pierna herida y todo el avión se ha enterado de su disfunción sexual, pero nada parece afectarlo desde que el joven Blaise embarcó en Francia. Taquión se ha mostrado evasivo ante la prensa, pero todo el mundo sabe la verdad. Los años que pasó en París no son ni de lejos secreto de Estado y, si el pelo del chico no fuera pista suficiente, sus poderes mentales dejan el linaje diáfanoamente claro.

Blaise es un poco raro. Cuando llegó, daba la impresión de sentirse un poco intimidado por los jokers, en particular por Crisálida, cuya piel transparente le tenía fascinado. Por otro lado, posee la crueldad natural de un niño sin educación (y, créanme, los jokers sabemos perfectamente lo crueles que pueden llegar a ser los niños). Un día, en Londres, Taquión recibió una llamada y tuvo que marcharse unas horas. Cuando se fue, Blaise empezó a aburrirse, así que, como entretenimiento, tomó el control de Mordecai Jones y lo obligó a subirse a una mesa y cantar «Soy una taza», que acababa de aprender en clase. El mueble cedió bajo el peso del Martillo, y dudo que este olvide la humillación. Ya de antes, el doctor Taquión no le caía muy bien.

Claro que no todos recordarán el viaje con cariño. Para algunos de nosotros ha sido muy duro, sobra decirlo. Sara Morgenstem ha cubierto varias historias importantes y ha escrito algunos de los mejores artículos de su carrera, pero cada día que pasa está más tensa e histérica. En cuanto a sus colegas de la cola del avión, Josh McCoy pasa en segundos de estar locamente enamorado de Peregrina a estar furioso

con ella, y no debe de resultarle cómodo que el mundo entero sepa que él no es el padre. Entretanto, la cara de Escarba no volverá a ser la misma.

Downs es tan impulsivo como irresponsable. El otro día le soltó a Taquión que, si le concedía una exclusiva sobre Blaise, a lo mejor mantenía su impotencia en secreto. El gambito no le sentó nada bien. Por otro lado, Escarba y Crisálida son uña y carne últimamente. Una noche en Londres oí una conversación muy curiosa en un bar.

—Sé que es él —decía Escarba.

Crisálida le respondió que saberlo y probarlo eran cosas muy distintas. Escarba dijo algo acerca de que lo olía y que lo supo desde que se conocieron, y Crisálida se echó a reír y repuso que de acuerdo, pero que los olores que no huele nadie más no valían mucho como prueba y que, aunque sirvieran, para hacerlo público tendría que sacrificar su tapadera. Seguían enzarzados en la conversación cuando salí del bar.

Creo que hasta Crisálida se alegrará de regresar a Ciudad Joker. Salta a la vista que adora Inglaterra, pero, teniendo en cuenta su anglofilia, no era de extrañar. Hubo un momento de tensión cuando le presentaron a Churchill en una recepción y él le preguntó un poco hosco que qué pretendía demostrar con ese acento tan afectado. Resulta muy difícil leer un rostro tan atípico, pero por un momento pensé que mataría al viejo allí mismo, delante de la reina, el primer ministro y una docena de ases británicos. Por suerte, se mordió la lengua y lo atribuyó a la avanzada edad de lord Winston, que nunca tuvo reparos en decir lo que piensa, ni siquiera de joven.

Hiram Worchester tal vez sea quien más haya padecido en el viaje. Las pocas fuerzas que le quedaban las consumió en Alemania, y sigue agotado desde entonces. Destrozó el asiento especial cuando íbamos a despegar de París (algún error de cálculo con su control de gravedad, creo, pero tardaron casi tres horas en repararlo) y está muy irascible. A raíz de lo del asiento, Billy Ray empezó a pasarse con los chistes de gordos, y al final Hiram estalló. Se encaró con él, blanco de ira, y lo tildó de «inútil malhablado», entre otros improperios. Bastó con eso.

—Te has ganado una patada en el culo, gordo —soltó Carnifex con esa fea sonrisilla suya, y empezó a levantarse del asiento.

—No te he dado permiso para que te levantes —replicó Hiram. Apretó el puño y triplicó el peso de Billy, con lo que lo estampó en el asiento. Billy intentaba levantarse, pero Hiram lo hacía cada vez más pesado, y no sé cómo habría acabado todo si el doctor Taquión no los hubiera dormido a los dos con su poder mental.

No sé si el espectáculo de ver a estos ases de fama mundial peleando como niños me contraria o me divierte, pero, en el caso de Hiram, él tiene la excusa de la mala salud. Tiene un aspecto espantoso estos días: pálido, hinchado, sudoroso y jadeante. Le ha salido una costra repulsiva bajo el cuello de la camisa, que se rasca cuando piensa que no miran. Me gustaría convencerlo de que fuera al médico, pero está tan arisco que dudo que se tomara a bien el consejo. Las escapadas a Nueva York que hizo durante el viaje parecían sentarle siempre muy bien, así que habrá que confiar en que el regreso a casa le restaure los ánimos y la salud.

Y luego estoy yo.

Es muy fácil hacer de mirón y comentar las andanzas de mis compañeros de viaje y sus éxitos y fracasos. Pero resumir mi propia experiencia es más complicado. Soy algo más viejo y espero que más sabio que cuando salimos del aeropuerto Tomlin, y desde luego no puedo negar que estoy cinco meses más cerca de la muerte.

Tanto si se publica el diario cuando fallezca como si no, el señor Ackroyd me ha asegurado que se encargará personalmente de entregar una copia a mis nietos y que hará todo lo que esté en sus manos para cerciorarse de que lleguen a leerlo. Así que a lo mejor he acabado escribiendo una larga despedida para ellos... Para ellos y para todos los que son como ellos.

Robert, Cassie: no hemos podido conoceros, y la culpa es tanto mía como de vuestra madre y de la abuela. Si os preguntáis por qué, recordad lo que dije sobre el autodesprecio y entended, por favor, que yo también soy víctima de él. No seáis muy duros conmigo..., ni con vuestra madre y la abuela. Joanna era demasiado joven para entender qué pasaba cuando cambió su papá. En cuanto a Mary... Bueno, hubo una época en la que nos quisimos, y no quiero irme a la tumba odiándola. La verdad es que, si nos cambiaran los papeles, a lo mejor yo habría actuado igual. Somos simples personas que hacen lo que pueden con la mano que les ha dado el destino.

Vuestro abuelo era un joker, sí. Pero espero que al leer este libro comprendáis que no solo era eso; que tuvo sus logros, defendió a su gente e hizo cosas buenas. Tal vez la JLA sea un legado tan bueno como cualquier otro; al menos para mí es un monumento mayor que las pirámides, el Taj Mahal o la Tumba de Jetboy. Creo que en conjunto no lo he hecho tan mal. Dejaré atrás amigos que me aprecian, muchos buenos recuerdos... y algunos asuntos inacabados. Me he remojado los pies en el Ganges, he oído al Big Ben dar la hora y me he dado un paseo por la Gran Muralla. He visto nacer a mi hija y la he sostenido en mis brazos, y he cenado con ases y estrellas mediáticas, con reyes y presidentes.

Pero lo más importante es que creo que dejo detrás de mí un mundo un poquito mejor por el hecho de haber vivido en él. Y eso es lo único que se le puede pedir a cualquiera.

Habladles de mí a vuestros hijos, si os parece bien.

Decidles que me llamaba Xavier Desmond y que fui un hombre.

NUEVE

Un corazón atribulado

Los más viejos del lugar y los aficionados más irredentos recordarán con afecto a Bat Durston, el temible azote de las rutas espaciales, cuyas aventuras se publicaban en *Galaxy* a principios de los cincuenta.

En aquellos tiempos, Bat siempre salía en portada. En la contraportada, bajo el titular «NO LO VERÁS EN GALAXY», había un texto a dos columnas:

Con el caballo al galope, Bat Durston recorrió el angosto paso hasta Eagle Gulch, una minúscula colonia de buscadores de oro seiscientos kilómetros al norte de Tombstone. Picó espuelas, enfiló hacia un saliente de roca y..., en aquel momento, un bandolero alto y flaco salió de detrás de un peñasco empuñando el revólver con una mano curtida por el sol.

—Retrocede y desmonta, Bat Durston —dijo el desconocido con voz sibilante—. Aún no lo sabes, pero es la última vez que cabalgas...

Con los propulsores a toda potencia, Bat Durston descendió por la atmósfera de Bbllzznaj, un minúsculo planeta a siete mil millones de años luz del Sol. Desconectó el hiperimpulso tras aterrizar y..., en aquel momento, un astronauta alto y flaco salió del compartimento de cola empuñando el bláster de protones con una mano curtida por las estrellas.

—Apártate de los controles, Bat Durston —dijo el desconocido con voz sibilante—. Aún no lo sabes, pero es la última vez que surcas el espacio...

«¿Se parecen? —escribía debajo de las columnas H. L. Goid, el director—. Claro, porque la segunda no es más que una escena de una novela del oeste trasladada a un planeta desconocido. Si crees que la ciencia ficción se reduce a eso, allá tú, pero... ¡NO LO VERÁS EN GALAXY! En *Galaxy* solo verás la mejor ciencia ficción: auténtica, plausible, inteligente, escrita por autores que no saltan de olas de crímenes a invasiones espaciales como si nada, escrita por amantes y conocedores de la ciencia ficción... y dirigida a amantes y conocedores de la ciencia ficción».

El anuncio apareció en el primer número de *Galaxy*, en septiembre de 1950, y se repitió en muchos más. Por aquel entonces, yo apenas tenía dos años (hay fotos que lo verifican) y hasta *Rocky Jones* pertenecía aún al futuro (seguro que Rocky y Bat se hicieron amigos en la escuela de cadetes espaciales), al igual que Heinlein, Howard, Tolkien, Lovecraft y *Los 4 Fantásticos*.

Cuando me llegó el momento de escribir ciencia ficción, la época dorada de *Galaxy* había quedado atrás. Gold dejó las riendas (¿el timón?, ¿los controles?) en 1961, tras un accidente de coche, y empezó entonces la excelente etapa de Frederik Pohl como director. Ejler Jakobsson lo sucedió al final de la década y contrató a Gardner Dozois para leer manuscritos de la pila. El resto, como sabrán ya por otros de mis comentarios, es historia.

Durante la etapa de Jakobsson como director no conseguí vender ningún relato a *Galaxy*, aunque estuve a punto en un par de ocasiones. Ted White sí me los

compraba, pero, tras «La salida a San Breta», casi todos mis relatos aparecieron en *Amazing*, no en *Fantastic*. Pero lo cierto es que la revista que me permitió labrarme la reputación, acceder por primera vez a las listas de finalistas y ganar mi primer Hugo fue *Analog*, la revista líder del sector que durante décadas había sido el epítome de la ciencia ficción dura bajo la batuta de su director más legendario, John W. Campbell Jr.

J. W. C. murió cuando yo empezaba a escribir y Ben Bova heredó su puesto. La reputación de Campbell como director era más que merecida: redefinió el género cuando se puso al frente de *Astounding* en los años treinta, y llevó la ciencia ficción a su época dorada. También era famoso por haber impulsado la carrera de numerosos escritores noveles, pero no sé yo si habría respondido tan bien como respondió Bova a las historias melancólicas, románticas y descorazonadoras que escribía yo a principios de los setenta. Si Campbell hubiera vivido diez años más, sospecho que mi carrera y la de muchos otros habrían seguido rumbos muy diferentes.

Cuando Bova ocupó el cargo era un autor de ciencia ficción consagrado. Lo suyo era la ciencia ficción dura, la de verdad, cosa de mucha relevancia en aquellos tiempos, con la guerra entre Vieja Ola y Nueva Ola viva y coleando. Pero Ben tenía una actitud abierta y, desde el momento en que tomó el mando, en las sacrosantas páginas de *Analog* empezaron a aparecer relatos que jamás se habrían publicado en la época de J. W. C., entre ellos los míos.

La transición no fue indolora, como puede apreciarse con un mero vistazo al correo de los lectores de los números de la época. Siempre había una o dos cartas de las de «Cancelo mi suscripción» de lectores de la vieja guardia enfadados por la publicación de un taco, una escena de sexo o con un protagonista atormentado. Pero eran una minoría: la nueva *Analog* se convirtió en el muestrario de relatos más destacado de los años setenta y Ben Bova ganó el Hugo al mejor editor cinco años consecutivos, de 1973 a 1977, y de nuevo en 1979.

El primer texto que le vendí a Bova —mi tercera venta, y la primera que no se extravió durante el proceso— fue en realidad un artículo divulgativo sobre ajedrez para ordenadores. Había sido capitán del equipo de ajedrez de la universidad de Northwestern, donde unos amigos escribieron un programa de jugar al ajedrez para el ordenador del campus, un gigantesco CDC 6400 que había en un edificio estanco a temperatura controlada. Cuando el *Chess 4.0* derrotó a programas rivales de media docena de universidades y ganó el primer campeonato mundial de ajedrez informático, supe que tenía un filón del que sacar un artículo.

Fue el único artículo de divulgación que vendí a *Analogy*, el único que escribí en toda mi vida; yo era periodista, no científico. Pero una vez hube publicado en *Analog* ya nadie volvería a cuestionar mis credenciales, no como se cuestionaban las de esos escritores *soji* que colocaban relatos en *Orbity New Dimensions*... Bova logró expandir las fronteras de *Analog*, pero la revista conservaba una reputación intachable de rigor científico, duro, acerado... y hasta un poco puritano si me apuran.

En cierta ocasión, Gardner Dozois le dijo a una mujer a la que yo andaba tirando los tejos que no se fuera a la cama conmigo, que no valía la pena, porque cuando uno publicaba en *Analog*, una furgoneta blanca iba a buscarlo a su casa y de ella bajaban dos hombres vestidos con monos plateados para confiscarle el pene. (No pienso hacer el menor comentario sobre la veracidad de semejante afirmación; me limitaré a señalar que, tiempo después, Gardner también vendió un relato a *Analog*, y sé que mientras escribo estas líneas comparte despacho con su director. Nunca he querido saber qué hay en el armario de detrás del escritorio de Stan Schmidt, pero está siempre cerrado con llave).

Después de «The Computer Was a Fish». («El ordenador era un pez»), mi artículo científico sobre David Slate y su programa campeón de ajedrez, no tardé en publicar «Cuando llega la brumabaja», «Esa otra clase de soledad», «Una canción para Lya» y todo lo demás. *Analog* no era mi único cliente, claro. Ted White me compró tantos relatos como Bova: bajo la batuta de *White, Amazing y Fantastic* fueron dos revistas sensacionales. También publiqué en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* y conseguí colarme en muchas antologías de la época.

Pero no me faltaron rechazos. Aunque sean gajes del oficio, a ningún escritor le gusta que rechacen su obra, pero hay que hacerse a la idea. Algunos fueron particularmente dolorosos, como cuando en una revista no tenían nada en contra del argumento, los personajes o el estilo, y hasta llegaban a decirme que se lo habían pasado muy bien leyendo el relato, pero lo rechazaban porque no era ciencia ficción de verdad.

«Night Shift» hablaba de los trabajadores nocturnos de un espaciopuerto muy transitado, entre despegues y aterrizajes de naves. En una revista me dijeron que tanto habría dado que fueran camiones. En otra me comentaron que «Cuando llega la brumabaja» recordaba un intento de dar con el monstruo del lago Ness. Incluso «Esa otra clase de soledad» se encontró con obstáculos en el camino. Una de las cartas de rechazo decía que podría haber sido la historia de un farero, pues el relato no iba tanto del anillo estelar o del vórtice de espacionulo como de su «patético» protagonista, sus sueños, esperanzas y temores.

Pero... Pero ¿qué me estaba diciendo aquella gente? Yo, que había publicado un artículo divulgativo en *Analog*... ¡Se atrevían a acusarme a mí de escribir historias de Bat Durston!

Es cierto que me había inspirado en las vivencias de estibador de mi padre y en las pocas semanas que pasé trabajando en las oficinas de una empresa de transporte para escribir «Night Shift». Y también es cierto que la semilla de «Cuando llega la brumabaja» germinó tras leer un artículo sobre un científico que iba a llevar una flotilla de barcos equipados con sonares al lago Ness para demostrar o refutar la existencia de Nessie.

Y también es verdad que en «Esa otra clase de soledad» palpitaban mis demonios personales y que se basa en incidentes y personajes de mi vida, igual que «Una

canción para Lya».

Incluso «Los reyes de la arena», una historia que escribiría años después, surgió de conocer a un tío que tenía un acuario de pirañas en la universidad.

¿Y qué? Había ambientado las historias en otros planetas y les había metido extraterrestres y naves espaciales. ¿Qué más ciencia ficción querían?

Llevaba leyendo fantasía, terror y ciencia ficción desde niño, y nunca me había preguntado en qué categoría encajaba todo lo que leía, dónde estaban las fronteras, si un relato era «auténtica» ciencia ficción, «auténtica» fantasía o «auténtico» terror. En los años cincuenta me alimenté básicamente de tebeos y libros de bolsillo. De niño sabía que existían las revistas de ciencia ficción, pero raramente pescaba alguna, así que nunca supe de Bat Durston ni de las invectivas que Horace Gold lanzaba contra él. Tampoco tenía ni idea de cómo se llamaba cada género y subgénero: para mí todo eran historias de monstruos, relatos del espacio o espada y brujería. O «cosas raras», que era el nombre genérico que daba mi padre a todo el lote. A él le gustaban las novelas del oeste, pero a su hijo le iban más las «cosas raras».

Pero, como autor profesional y escritor que había publicado en *Analog* (con pene, por favor), era mi deber averiguar en qué consistía la «auténtica» ciencia ficción, así que me empapé de *In Search of Wonder*, de Damon Knight; *The Issue At Hand*, de James Blish, y *Science Fiction Handbook*, de L. Sprague de Camp, y permanecía atento a *Locus* y *Science-Fiction Review*. Seguí con especial atención la columna de Alexei Panshin «SF in Dimension», en *Amazing*, y atendí con interés el debate entre la Vieja Ola y la Nueva Ola, ya que los de la Vieja decían que las chorradas que escribían los de la Nueva no eran verdadera ciencia ficción. Y, obviamente, me estudié al detalle todas las definiciones de *cienciaficción*.

Las había a montones, y muchas se contradecían. L. Sprague de Camp definía la ciencia ficción de un modo en *Science-Fiction Handbook*; Kingsley Amis daba otra definición en *New Maps of Hell*; Ted Sturgeon tenía la suya propia; Fred Pohl tenía otra; Reginald Bretnor, otra; David G. Hartwell, otra; Alexei Panshin, otra, y en un rincón del cuadrilátero Damon Knight decía no sé qué. La Vieja Ola defendía una visión de lo que debía ser el género, y la Nueva Ola, otra, claro. Seguro que H. L. Gold también tenía su propia definición, y Bat Durston no encajaba en ella.

Intenté asimilarlo todo como buenamente pude y, al final, me pareció vislumbrar un modelo de relato de ciencia ficción «auténtica», muy distinto de esas cosas tan poco auténticas que escribía.

El paradigma de Auténtico Relato de Ciencia Ficción era la ópera prima de Isaac Asimov, «Varados frente a Vesta^[7]» (*Amazing*, 1939). Más adelante, Asimov escribiría cuentos mucho mejores y más conocidos (seamos sinceros: casi todo lo que escribió después fue mejor), pero «Varados frente a Vesta» debía de ser sin duda la quintaesencia de la ciencia ficción, ya que todo el relato giraba en torno al hecho de que el agua hierve a una temperatura más baja en el vacío.

Fue un jarro de agua fría. Tenía páginas y páginas con notas sobre historias que

me habría gustado escribir con los años, pero ninguna que tuviera nada que ver con la temperatura de ebullición del agua. A decir verdad, me parecía que Asimov había dicho todo lo que podía decirse sobre el tema, así que a los demás solo nos quedaba..., en fin, Bat Durston.

Pero cuanto más pensaba en el bueno de Bat, y en Asimov, en Heinlein y Campbell, en Wells y Verne, en Vanee y Anderson, en Le Guin, en Brackett, en Williamson y en De Camp, en Kuttner, en Moore, en Cordwainer Smith, en Doc Smith, en George O. Smith, en Northwest Smith, en el resto de los Smith y también de los Jones, más me daba cuenta de algo que H. L. Gold no había sabido ver.

Señoras y señores: todo son historias de Bat Durston.

Todo lo que he escrito, todo lo que hayan escrito ustedes, todas las que escriban estos y aquellos. *Mercaderes del espacio*^[8] (que Gold publicó por entregas en *Galaxy* con el título de «Gravy Planet») habla de la avenida Madison en los años cincuenta. *La guerra interminable*^[9] trata sobre Vietnam; *Neuromante*^[10] es una novela negra arropada con prosa elegante, y el Imperio Galáctico de Asimov se parece sospechosamente al de los romanos de hace unos cuantos años. Si no, ¿por qué Bel Rióse nos recuerda tanto a un tal Belisario? Y, pensándolo bien, «Varados frente a Vesta» no va del punto de ebullición del agua, sino de unos hombres desesperados que intentan sobrevivir.

Volvamos atrás un momento y echemos de nuevo un vistazo a la contraportada de aquel primer número de *Galaxy*. Fíjense en qué fácil habría sido invertir las columnas. El mismo anuncio con apenas unos retoques podría haberse publicado en una revista de relatos del oeste. «NO LO VERÁS EN COLT —habría proclamado el director—. ¿Se parecen? Claro, porque la segunda no es más que una escena de una novela de ciencia ficción trasladada al Salvaje Oeste. Si crees que un relato del oeste se reduce a eso, allá tú, pero... ¡NO LO VERÁS EN COLT! En *Colt* solo verás la mejor literatura del oeste: auténtica, plausible, inteligente, escrita por amantes y conocedores del Viejo Oeste... y dirigida a amantes y conocedores del Viejo Oeste».

Así que veo su Bat Durston, señor Gold, y le subo un William Faulkner, *Casablanca* y el Bardo.

En *La chica del adiós*, Richard Dreyfuss hace el papel de un actor obligado por un director «genial» a interpretar un Ricardo III afeminado que cecea. Hoy en día ya no parece una parodia tan delirante como lo fue entonces. En los teatros londinenses se estrenó una versión con vestuario moderno del *Eduardo II* de Marlowe, a cargo de Derek Jarman, en la que la prenda principal de Piers Gaveston era un tanga de cuero claveteado. La última vez que pasé por el West End se estaba representando un *Coriolano* ambientado en el Terror de la Francia revolucionaria. La última versión de *Romeo y Julieta* para la gran pantalla transformaba la obra en una guerra urbana de pandillas, con coches, helicópteros y reporteros televisivos. Y si no han visto el *Ricardo III* de Ian McKellen, ambientado en los años treinta de una Inglaterra fascista, se han perdido una dirección artística y cinematográfica fabulosa y una

actuación impresionante de McKellen, cuyo rey jorobado puede competir sobradamente con el de Olivier.

Se podría argüir que *Ricardo III* trata en realidad de la guerra de las Dos Rosas y no de los movimientos fascistas de los años treinta. O señalar que la trama de *Coriolano* se desarrolla en Roma y no en París. Y podría afirmarse categóricamente que el verdadero Mercutio no era una *drag-queen* negra. Todo eso es cierto, no me cabe duda.

Sin embargo, muchas veces, o casi siempre, las obras del Bardo funcionan, por muchas y extrañas vueltas de tuerca que les den los directores pasados de genio. Y a veces, como en el caso de la película *Ricardo III* de Ian McKellen, funcionan de manera magistral.

Y, ya que estamos, mi película de ciencia ficción favorita de todos los tiempos no es *2001: Una odisea del espacio*, ni *Alien*, ni *La guerra de las galaxias*, ni *Blade Runner*, ni (ay). *Matrix*, sino *Planeta prohibido*, más conocida entre nosotros, los entendidos, como *Tempestad en Altair-4*, con Leslie Nielsen, Anne Francis, Walter Pidgeon y Bat Durston.

¿Cómo es posible? ¿Qué ha pasado para que los críticos, los aficionados al teatro y hasta los más shakespearianos aplaudan producciones con Bat Durston despojadas de su apropiado entorno natural?

Es muy sencillo. Tanto da que haya automóviles o caballos, togas o tricornos, pistolas de rayos o revólveres de seis balas: lo que cuenta son las personas. A veces nos obcecamos tanto definiendo fronteras y poniendo etiquetas que se nos escapan verdades tan sencillas y evidentes como esta.

En *Casablanca* lo decían de manera sucinta (en la letra de «As Time Goes By»): «Es la historia de siempre, la lucha por el amor y la gloria. Hay que seguir o morir».

Algo por el estilo dijo William Faulkner cuando recogió el Nobel de literatura, al hablar de «las viejas verdades y certidumbres del corazón, las verdades universales sin las cuales una historia es efímera y está condenada a morir: amor y honor, compasión y orgullo, generosidad y sacrificio». También dijo que «los conflictos de un corazón atribulado son lo único que confiere valor a un texto, son lo único sobre lo que vale la pena escribir».

Podemos inventar tantas definiciones como queramos para la ciencia ficción, la fantasía y el terror. Podemos trazar fronteras y poner etiquetas hasta hartarnos, pero la historia al final es siempre la misma: la de los conflictos de un corazón atribulado.

El resto, amigos míos, es puro mobiliario.

La mansión de la fantasía es de piedra y madera, con muebles de la Alta Edad Media. Sus habitantes viajan a caballo o en galeras, luchan con espadas, hachas y hechizos, se comunican con un palantir o con cuervos y comparten el pan con elfos y a veces hasta con dragones.

La mansión de la ciencia ficción es de plástico y acero, con muebles estilo Faux Future. Sus habitantes viajan en naves espaciales y coches voladores, combaten con

armas nucleares y microorganismos genéticamente modificados, se comunican mediante ansible y láser y comparten barras de proteínas con extraterrestres.

La mansión del terror está hecha con huesos y telarañas, con muebles estilo Gótico Fúnebre. Sus habitantes solo viajan de noche, matan a cosas a las que se les desparraman las entrañas, se comunican con gritos, gemidos y aullidos, y comparten copas de sangre con vampiros y hombres lobo.

Es lo que llamo «la regla del mobiliario».

Así que basta de definiciones: el mobiliario manda.

Que se lo pregunten si no a Phyllis Eisenstein, que ha escrito una secuencia de historias excelentes sobre Alaric, un trovador que viaja por un mundo medieval al que la autora nunca ha puesto nombre. Pero si en alguna convención te la llevas a un rincón y le tiras de la lengua, te dirá al oído que el nombre de ese reino mágico es Alemania. El único elemento fantástico de los cuentos de Alaric es la teleportación, una habilidad psíquica clásica del repertorio de la ciencia ficción. Ah, pero no. Alaric toca el laúd, duerme en castillos y está rodeado de grandes señores con espadas al cinto, así que el noventa y nueve por ciento de los lectores y la mayor parte de los editores la consideran una serie de fantasía. El mobiliario manda.

Que se lo pregunten a Walter Jon Williams. En *Metropol*^[11] y *City on Fire* nos presenta un mundo tan imaginativo y completo como la Tierra Media de Tolkien; un mundo alimentado por la magia, a la que Walter llama «plasma». Pero como ese mundo es una única ciudad gigantesca y decadente en la que abundan los políticos corruptos y las tensiones raciales, como el plasma se distribuye por cañerías y está controlado por las autoridades, como los hechiceros viven en rascacielos y no en castillos, académicos, críticos y lectores insisten en considerarlas novelas de ciencia ficción. El mobiliario manda.

Como explica Peter Nicholls: «La ciencia ficción y la fantasía son géneros impuros, si es que podemos siquiera considerarlos géneros. Si la ciencia ficción fuera un fruto, las raíces de ese árbol serían de fantasía, y sus flores y hojas podrían ser otra cosa muy distinta». No creo que Nicholls vaya muy desencaminado; todo lo contrario. Los relatos del oeste, los policíacos, los románticos y los históricos también son impuros. Lo único que puede afirmarse con rotundidad de todos ellos es que, en el fondo, son historias. Nada más que eso: historias.

Y eso es lo que he incluido en esta última parte del libro: algunas de las historias que he escrito. Un poco de esto, un poco de aquello... Cosas raras, amigos. Simplemente cosas raras.

«Asedio», por ejemplo, es una historia de viajes en el tiempo. Atendiendo a la definición básica, debería considerarse ciencia ficción (aunque ¿no les parece que los viajes en el tiempo son una fantasía muy poco científica?), pese a que mi intención fue escribir una narración histórica. Si el lector ha venido leyendo esta autobiografía literaria desde el primer volumen (como corresponde) y no se saltó mis obras de juventud, algunos aspectos de este relato le resultarán familiares. Sí, se trata de

nuestra vieja amiga «La fortaleza», con la que me gané un sobresaliente y el primer rechazo, cortesía de Franklin D. Scott y Erik J. Friis. En 1968 puse «La fortaleza» a hibernar en un cajón... del que lo rescaté en 1984. Le añadí un enano, viajes en el tiempo, le puse de título «Asedio» y se lo vendí a Ellen Datlow para *Omni* (no se tira nada).

Luego viene «Tráfico de piel», primer (y único) relato de mi serie dedicada a la detective privada Randi Wade y a Willie, el hombre lobo de la empresa de cobro de morosos. La escribí para las antologías anuales de terror de Dark Harvest en 1988, mientras trabajaba en *La bella y la bestia* en Los Angeles. Iba a compartir las páginas de *Night Visions* 5 con Stephen King y Dan Simmons, así que, si quería estar a la altura, sabía que tenía que sacar toda la artillería. Cuando se marchaba todo el mundo, me quedaba en las viejas oficinas de *La bella y la bestia* de la calle Seward aporreando el teclado y bebiendo cafeteras enteras para no dormirme; al final llegaba a casa tan pasado de revoluciones que me derrumbaba sobre la cama, pero no conseguía dormir. Me sorprende que Willie Flambeaux no acabara hablando como Vincent, o viceversa. La fecha de entrega llegó, King y Simmons entregaron sus relatos... y yo seguí escribiendo el mío durante meses. Estoy convencido de que Paul Mikol, de Dark Harvest, estuvo tentado más de una vez de pedirle el relato a alguien más rápido. Pero, cuando por fin entregué, Paul contestó por correo: «Vale, me jode decirlo, pero la espera ha valido la pena». En 1989, «Tráfico de piel» ganó el World Fantasy a la mejor novela corta. Me llevé a casa uno de esos maravillosos bustos de Gahan Wilson y desde entonces un hosco H. P. Lovecraft adorna la repisa de la chimenea. A veces le pongo un gorro.

«Variantes sin salida» es mi relato ajedrecístico. También tiene viajes en el tiempo, pero va sobre todo de ajedrez. Al poco de mudarme a Santa Fe se me ocurrió preparar una antología de relatos de fantasía y ciencia ficción relacionados con el ajedrez. Podría reimprimir «Midnight by the Morphy Watch», de Fritz Leiber; «The Marvelous Brass Chessplaying Automaton», de Gene Wolfe, y «El gambito de Von Goom^[12]», un relato corto lovecraftiano, maravilloso, publicado originalmente en *Chess Review*. Para el resto del libro tenía pensado encargar relatos originales, ya que conocía a muchos escritores enamorados del ajedrez.

Uno de ellos era Fred Saberhagen. Por desgracia, cuando le escribí para exponerle la idea, me respondió que acababa de vender a Ace una antología sobre ajedrez en la que incluía «Midnight by the Morphy Watch», «The Marvelous Brass Chessplaying Automaton» y «El gambito de Von Goom». Así que, en vez de que él escribiera un relato para mi antología, fui yo quien acabó escribiendo uno para la suya, *Pawn to Infinity* echando mano de mi experiencia como capitán del equipo de ajedrez de la Northwestern. Es pura ficción, claro, así que cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia... Pero no voy a desaprovechar la ocasión y me permitiré señalar que logré la clasificación de seis equipos en el campeonato interuniversitario panamericano, un récord que conservé cerca de treinta años.

«La flor de cristal» ostenta galones más tristes. Fue la última incursión en mi antigua historia del futuro. Kleronomas es uno de sus pilares, al igual que Esteban Cobalto Estrella del Norte, Erika Stormjones, Tomo y Walberg. Se me ocurrió que ya era hora de que una de mis figuras míticas regresara a escena. «La flor de cristal» se publicó en *Asimovs*, en septiembre de 1986, y salvo por la excepción de *Avalon*, la novela que empecé a escribir antes de que me atrapara la vorágine de *Juego de tronos* y *Puertas* y no he vuelto a visitar ninguno de mis mil mundos. ¿Volveré a ellos alguna vez? No prometo nada. Es posible. Eso es todo lo que puedo decir: que es posible.

«El caballero errante» comparte escenario con mi serie de fantasía épica *Canción de hielo y fuego* y se desarrolla en los Siete Reinos de Poniente noventa años antes de los acontecimientos de *Juego de tronos*. Cuando lo escribí, a la saga le faltaba muchísimo para concluir, así que ni se me habría pasado por la cabeza escribir nada relacionado con ella si no hubiese sido porque Robert Silverberg me invitó a escribir una historia para *Legends*^[13], su nueva y descomunal antología de fantasía. No era la primera vez que se publicaba una antología de fantasía de gran calibre, pero Silverberg había conseguido reunir a todos los grandes: Stephen King, Terry Pratchett, Ursula K. Le Guin y otros muchos autores punteros. Saltaba a la vista que sería un libro importante, y yo quería formar parte de él. No me interesaba desvelar nada relativo al final de *Canción de hielo y fuego* ni sobre el destino de ninguno de los personajes, así que solo me quedaba la opción de contar una historia anterior. (Luego resultó que otros autores que participaron en *Leyendas negras* optaron por hacer lo mismo).

«El caballero errante» es fantasía, salta a la vista. ¿O no? Porque la fantasía requiere que haya... magia, ¿verdad? En «El caballero errante» hay dragones, sí, pero en los ornamentos de los yelmos y en los estandartes. También hay uno de trapo relleno de serrín que está suspendido de cordeles. Ah, sí, y Dunk recuerda que el viejo ser Arlan le dijo haber visto una vez un dragón de verdad. ¿Con eso basta? Si no basta, podrá alegarse que «El caballero errante» tiene más de novela histórica que de fantasía; pero, claro, todos sus acontecimientos son imaginarios. Y entonces, ¿qué sería? A mí que me registren; yo solo lo escribí. Y más tarde escribí una continuación, «La espada leal», que aparecerá en *Legends II*^[14], de Silverberg. Si no se me lleva por delante un autobús o una idea mejor, en años venideros habrá más historias de Dunk y Egg^[15].

El último relato del libro es «Retratos de sus hijos», un cuento largo con el que gané el Nébula y perdí el Hugo en 1986. Habla del hecho de escribir y del precio que pagamos los escritores por hurgar en nuestros propios sueños, temores y recuerdos en busca de inspiración. Ya entonces, cuando «Retratos de sus hijos» se clasificó como finalista en ambos premios, se discutió largo y tendido sobre si debería o no estar allí. ¿Es un relato fantástico o la historia de un loco? ¿Ninguna de las dos cosas? ¿Las dos? Les corresponderá a otros decidir. Por lo que a mí respecta, me conformo con

que sea una buena historia.

Las historias sobre corazones atribulados trascienden tiempo, lugar y contextos. Mientras haya amor, honor, compasión, orgullo, generosidad y sacrificio, no importará que el desconocido alto y delgado lleve una pistola de protones, un revólver de seis balas o una espada...

Al compás del tintineo metálico de su armadura, lord Durston cabalgó hacia el ruinoso castillo que se alzaba a orillas del lago Terror, en una tierra lóbrega situada a miles de leguas de los reinos de los hombres. Tiró de las riendas al acercarse y..., en aquel momento, un elfo alto y delgado salió de una cueva con una espada deslumbrante en la mano blanca como la luna.

—Bajad del caballo, lord Durston —dijo el desconocido con voz sibilante—. Aún no lo sabéis, pero es la última vez que profanáis la tierra de las hadas.

¿Fantasía? ¿Ciencia ficción? ¿Terror?

Tan solo es un cuento. Que se dejen ya de cuentos.

ASEDIO

A solas en la alta muralla de Vargön, el coronel Bengt Anttonen observaba los fantasmas que corrían por el hielo.

La nieve, el viento y un frío glacial y abrasador se habían apoderado del mundo. El invierno había congelado el mar que rodeaba Helsinki, y su helado abrazo abarcaba las seis islas amuralladas de la gran fortaleza que era Sveaborg. El viento era un cuchillo salido de una vaina de hielo que cortaba el uniforme de Anttonen, le laceraba las mejillas y le llenaba los ojos de lágrimas que se cristalizaban al resbalarle por el rostro; aullaba en las imponentes murallas de granito gris; se abría camino a través de puertas, grietas y troneras; se hacía sentir en todas partes. Se lanzaba vociferando sobre el mar congelado contra la artillería rusa y arrancaba nubes blancas de los montones de nieve que se arremolinaban y se movían en la superficie helada, a semejanza de bestias extrañas, animales blancos, centelleantes y fantasmagóricos que adoptaban una forma y luego otra, que mutaban sin cesar mientras corrían.

Eran criaturas tan dúctiles como los pensamientos de Anttonen. Se preguntó qué forma tomarían a continuación y dónde irían tan aprisa esos vástagos nebulosos del viento y la nieve. ¿Y si pudieran adiestrarlos para atacar a los rusos? Sonrió, fantaseando con soltar a las bestias niveas contra el enemigo. Era un pensamiento extraño y descabellado. El coronel Bengt Anttonen no destacaba por su imaginación, pero, en los últimos tiempos, su mente se dejaba llevar a menudo por extravagancias parecidas.

Anttonen se puso otra vez de cara al viento, agradeciendo el frío entumecedor. Quería que le apaciguase la furia, que penetrase en él y atemperase las pasiones que bullían en su corazón. Quería estar entumecido. Si el frío había sometido hasta el turbulento mar dejando solo la calma y el silencio del hielo, también podía domar las turbulencias que se agitaban dentro de él. Abrió la boca, exhaló, y el aliento le subió por las mejillas enrojecidas en una columna de vaho; luego inhaló una bocanada de aire gélido que entró en él como oxígeno líquido.

Aquella idea desencadenó en él una oleada de pánico. Otra vez, le estaba ocurriendo otra vez. ¿Qué era el oxígeno líquido? De algún modo sabía que era frío, más que el hielo, más que aquel viento. El oxígeno líquido era blanco y gélido, acuoso y humeante. Lo sabía perfectamente, como que se llamaba Bengt Anttonen. Pero ¿cómo?

El coronel se alejó de la muralla a zancadas rápidas, con la mano en la empuñadura de la espada, como si el arma pudiese protegerlo de los demonios que le habían invadido la mente. Los demás oficiales estaban en lo cierto: estaba volviéndose loco. Lo había demostrado aquella misma tarde.

La reunión había ido tan mal como las anteriores. Como siempre, Anttonen había sido lo bastante necio como para llevarles la contraria. Era inútil. Por mucha razón que tuviera, y la tenía, sabía que no lograría convencerlos, y que con cada palabra socavaba aún más su posición y perjudicaba aún más su carrera.

De nuevo había sido culpa de Jágerhom. El coronel F. A. Jágerhom tenía todo lo que le faltaba a Anttonen: era apuesto y moreno, refinado y diplomático, un aristócrata con un aristocrático dominio de sí mismo. Jágerhom tenía contactos, familiares influyentes y una brillante carrera militar. Y, por encima de todo, contaba con la confianza del vicealmirante Cari Olof Cronstedt, comandante de Sveaborg.

Jágerhom había presentado un fajo de informes.

—¡Son erróneos! —porfió Anttonen—. Los rusos no nos superan en número y tienen apenas cuarenta cañones, señor: diez veces menos que Sveaborg.

Su tono sobresaltó a Cronstedt, al igual que su insistencia y su seguridad. Jágerhom se limitó a sonreír.

—¿Puedo preguntarle de dónde saca esa información, coronel Anttonen? —inquirió este.

—Lo sé —dijo Bengt Anttonen con obstinación, a falta de mejor respuesta.

—Pues la mía proviene del teniente Klick, que está en Helsinki y tiene acceso a informes fidedignos sobre los planes del enemigo, sus movimientos y los efectivos de que dispone —repuso Jágerhom, agitando los papeles que tenía en la mano. Después se dirigió al vicealmirante Cronstedt—. A mi juicio, señor, esta información es bastante más verosímil que la misteriosa certidumbre del coronel Anttonen. Según Klick, los rusos ya cuentan con más hombres que nosotros, y el general Suchtelen espera suficientes refuerzos para lanzar un ataque a gran escala. Por si fuera poco, disponen de muchísima artillería, sin duda más que las cuarenta piezas que el coronel Anttonen pretende hacemos creer que componen todo su armamento.

Anttonen vio que Cronstedt asentía para indicar que estaba de acuerdo, pero ni aun así fue capaz de cerrar la boca.

—Señor —insistió—, no podemos apoyarnos en los informes de Klick. Ese hombre no es de fiar. O está a sueldo del enemigo, o están engañándolo.

—Esa acusación es grave, coronel —le advirtió Cronstedt con el ceño fruncido.

—¡Klick es un imbécil y un traidor de Anjala!

Jágerhom se irritó, y Cronstedt y varios oficiales de menor rango se quedaron estupefactos.

—Coronel —dijo el comandante—, es bien sabido que el coronel Jágerhom tiene parientes en la Liga Anjala. Sus comentarios son una ofensa. La situación aquí ya es bastante peligrosa para que mis oficiales se dediquen a pelearse entre sí por vanas diferencias políticas. Discúlpese ahora mismo.

Anttonen no tuvo más remedio que ofrecer una excusa desmañada. Jágerhom la aceptó inclinando la cabeza con condescendencia.

—Muy convincente, e igual de alarmante —opinó Cronstedt, que había vuelto la

atención a los papeles—. Justo lo que me temía. Estamos en apuros.

Cronstedt estaba tan convencido que era inútil seguir discutiendo. En momentos como ese, Bengt Anttonen se preguntaba con más insistencia que nunca qué locura lo había poseído. Siempre acudía a las reuniones dispuesto a actuar con cautela y diplomacia, pero en cuanto se sentaba se apoderaba de él una extraña arrogancia. Llevaba las discusiones mucho más allá de lo prudente; negaba hechos evidentes, confirmados por escrito y de fuentes dignas de crédito; hablaba cuando no le correspondía y se granjeaba enemistades por todas partes.

—No, señor; le ruego que no preste atención a los informes de Klick. Sveaborg es vital para la contraofensiva de primavera. Si aguantamos hasta el deshielo, no tendremos nada que temer. Cuando se abran las vías marítimas, Suecia nos enviará ayuda.

—¿No se cansa de repetirlo? —El vicealmirante Cronstedt tenía el rostro exhausto y demacrado; parecía un anciano—. Estoy harto de su actitud contestataria, y no necesito que nadie me recuerde la importancia de Sveaborg para la contraofensiva de primavera. La situación está bien clara. Nuestras defensas son vulnerables, y nuestras murallas, accesibles por todas partes por culpa del hielo. El Ejército sueco sufre una derrota tras otra y...

—Eso es lo que dicen los periódicos que los rusos nos permiten leer, señor —le espetó Anttonen—. Los periódicos rusos y franceses. No tienen credibilidad.

—¡Cállese! —Cronstedt dio un manotazo en la mesa. Se le había agotado la paciencia—. Ya estoy harto de su intransigencia, coronel Anttonen. Respeto su fervor patriótico, pero no sus opiniones. De ahora en adelante, cuando quiera conocer su punto de vista, se lo preguntaré. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—¿Puedo continuar? —preguntó Jágerhom con una sonrisa.

La reprimenda tuvo el efecto de un jarro de agua tan fría como el viento invernal. No era de extrañar que Anttonen hubiera buscado refugio en la gélida soledad de las almenas.

Cuando volvió a sus dependencias estaba confuso y deprimido. Sabía que la oscuridad se cernía sobre ellos: sobre el mar helado, sobre Sveaborg, sobre Suecia y Finlandia. Y sobre los Estados Unidos, aunque al pensar esto último se le revolvió el estómago. Se sentó pesadamente en el camastro y hundió la cabeza en las manos. Estados Unidos... ¿Qué locura era esa? ¿Qué importancia podía tener la guerra entre Suecia y Rusia para esa joven nación tan lejana?

Se levantó y encendió una lámpara, como para ahuyentar sus preocupaciones con la luz, y se acercó a la sencilla cómoda para mojarse la cara con el agua rancia de la jofaina. Detrás de la palangana tenía un espejo para afeitarse; estaba ligeramente deformado y deslucido por la corrosión, pero servía. Mientras se secaba las manos grandes y huesudas, se estudió el rostro, esos rasgos tan familiares y al mismo tiempo tan desconocidos que le producían desasosiego. Tenía el pelo rebelde y encanecido,

los ojos de color gris oscuro, la nariz recta y fina, las mejillas algo hundidas y el mentón cuadrado. Estaba muy delgado, casi escuálido. Era el suyo un rostro vulgar, con expresión terca; el mismo que había tenido toda la vida. Ya hacía mucho que Bengt Anttonen se había resignado a su aspecto y apenas le prestaba atención. Pero últimamente se quedaba mirando su reflejo, sin pestañear, y sentía que se apoderaba de él una fascinación perturbadora, un placer inquietante que le proporcionaba una extraña satisfacción.

Era una vanidad enfermiza, impropia de un hombre viril; otro indicio de locura. Anttonen apartó la vista del espejo y se tumbó en la cama resueltamente.

Tardó mucho en quedarse dormido. Tras los párpados cerrados bailaban quimeras y visiones tan ilusorias como los animales fantasmagóricos creados por el viento: banderas que no conocía, paredes de metal pulido, grandes tormentas de fuego, hombres y mujeres repugnantes como demonios que dormían en camas de líquido hirviente. Y, de pronto, esos pensamientos lo abandonaron igual que se desprende una capa de piel quemada. Bengt Anttonen suspiró inquieto mientras daba vueltas en sueños...

... pero antes de la consciencia llega siempre el dolor. El dolor es lo primero, la única realidad en un mundo silencioso y vacío, más allá de las sensaciones. Durante un segundo, o quizás una hora, no sé dónde estoy y tengo miedo. Y entonces lo recuerdo: estoy regresando, y el regreso siempre es doloroso; no quiero volver, pero es necesario. Quiero quedarme con la pureza dulce y límpida del hielo y la nieve, el roce vigorizante del viento invernal, los rasgos saludables del semblante de Bengt; pero todo se difumina, por mucho que grite y me aferre a ello entre lágrimas y gemidos. Se difumina, se difumina y desaparece.

Percibo movimiento, agitación; es el fluido en el que estoy sumergido, que se retira. Lo primero que me queda al descubierto es la cara, y aspiro por las anchas fosas nasales y escupo los tubos que tengo metidos en la boca ensangrentada. Cuando el nivel desciende por debajo de las orejas, oigo un gorgoteo ávido de succión. Las máquinas vampíricas se alimentan de mi líquido amniótico, la sangre negra de mi segunda vida. El aire frío me hiere la piel. Intento no gritar; me las arreglo para solo gemir.

Una fina película negra como el ébano ha cubierto la tapa de metal pulido del tanque en que me encuentro. Me veo reflejado. Soy todo un espectáculo, con el vello que me asoma tembloroso por los orificios nasales del rostro sin nariz, y el bulto verdoso que me deforma la mejilla derecha. Qué diablillo más guapo. Sonrío, dejando al descubierto una triple hilera de dientes podridos entre los que asoman los nuevos incisivos, que parecen estacas afiladas en un campo de setas amarillas. Espero a que vengan a sacarme. El maldito tanque es demasiado pequeño, como un ataúd. Estoy enterrado vivo y el miedo me aplasta como una losa. No me tienen aprecio. ¿Y si me dejan aquí hasta que me asfixie?

—¡Sacadme! —susurro, pero nadie me oye.

Por fin se abre la tapa y veo a los celadores: Rafael y Slim. Son unos tipos grandes y fornidos, colosos blancos y borrosos con banderas cosidas encima del bolsillo del uniforme. No consigo enfocar las caras. No tengo buena vista y veo todavía peor cuando acabo de regresar. Sé que el moreno, el que se agacha para quitarme los tubos intravenosos y los sensores telemétricos, es Rafe, mientras que Slim es el que me pone la inyección. ¡Aaah! Bien. El dolor remite. Me agarro con dificultad a los bordes del tanque. El tacto del metal me resulta extraño. Mis movimientos son torpes y forzados, y mi cuerpo tarda en responder.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunto.

—Una emergencia —explica Slim—. Rollins.

Es un hombre irritable y lacónico, y no le caigo bien. Si quiero más detalles, tendré que arrancárselos con sacacorchos, pero no tengo fuerzas; las pocas que me quedan las dedico a incorporarme hasta sentarme. La fuerte luz de los fluorescentes de color blanco azulado que inunda la estancia me hace lagrimear; llevo mucho tiempo en la oscuridad. Quizá los celadores piensen que lloro de alegría por haber vuelto. Son grandes, pero no muy listos. Invaden la atmósfera un olor acre a desinfectante y el frío desagradable del aire acondicionado. Rafe me saca del ataúd plateado, que ocupa el quinto lugar en la fila de seis. Todos están conectados a las hileras de ordenadores que nos rodean, pero vacíos. «¿Soy el último vampiro en levantarme esta noche?», pienso; pero entonces lo recuerdo: cuatro se han ido; hace mucho tiempo que nos dejaron. Solo quedábamos Rollins y yo, y algo le ha pasado a Rollins.

Me ponen en la silla de ruedas y Slim la empuja. Pasamos junto a los féretros vacíos y subimos las rampas. Tengo que ir a presentar mi informe.

—¿Rollins? —pregunto.

—Lo hemos perdido.

Rollins no me gustaba. Era todavía más feo que yo: un homúnculo arrugado con un cráneo gigantesco y un torso deforme, sin brazos ni piernas. Tenía unos ojos enormes, siempre abiertos porque carecía de párpados. Parecía mirar fijamente incluso cuando dormía. Además, no tenía sentido del humor; ni una miaja. Cuando eres un corregallos, más te vale tener sentido del humor. Pero, por muchos que fueran los defectos de Rollins, era el único que quedaba aparte de mí. Y ahora se ha ido. No estoy triste, solo aturdido.

En la sala de informes reina el desorden, pero es un desorden en cierto modo impersonal. Están sentados a la mesa, los dos en el mismo lado, esperándome. Los celadores me dejan frente a ellos y se van. La larga mesa de fórmica se interpone como una barrera entre mis superiores y yo, tal vez a modo de cordón sanitario. Después de todo, no pueden permitir que me acerque: a lo mejor les contagio algo. Ellos son normales y yo... ¿Qué soy yo? Cuando me reclutaron, estaba clasificado como HM3, humano mutante de tercera categoría, coloquialmente más conocido

como *humante*. Los de primera categoría son los inviábiles: han muerto antes de nacer o durante la infancia, o son vegetales. Los hay a millones. Los de segunda categoría son viables pero inservibles; son los que tienen dedos de más, manos palmeadas y ojos raros. De esos hay millares. Pero los humantes, los de tercera categoría, somos la puta élite, o eso dicen cuando nos reclutan. Aquí abajo, en el búnker del Proyecto Graham, nos cambian el nombre. El viejo Charlie Graham nos llamaba «los jinetes del tiempo» antes de diñarla, pero eso es demasiado romántico para el coronel Salazar. Prefiere el término oficial del Gobierno: C.G., siglas de Crononautas de Graham. Los celadores y demás currantes nos pusieron de mote *corregallos*, y nosotros, Tata, el Coco y yo, adoptamos ese nombre cuando estábamos todos. Ellos sí que tenían sentido del humor. Nos hacíamos llamar «los corregallos asesino». Seis monstruitos asesinos que cabalgan la corriente del tiempo persiguiendo a los pollos de la probabilidad para arrancarles la cabeza. Ea.

Pero ahora solo queda uno.

Salazar está revolviendo los papeles que hay en la mesa. Parece encontrarse mal. Su piel morena ha adquirido un matiz verdoso nada saludable y tiene la nariz llena de venitas reventadas. No es que los demás estemos como una rosa, pero Salazar tiene peor aspecto que la mayoría. Está engordando, y no le sienta nada bien. Todos los uniformes se le han quedado pequeños y no va a conseguir otros nuevos. Han cerrado el servicio de intendencia y las fábricas y, dentro de unos años, todos vestiremos con harapos. Le he dicho a Salazar que se ponga a régimen, pero nadie escucha a un *corregallos*, salvo cuando habla de cazar pollos.

—¿Y bien? —me dice Salazar de sopetón. Menuda manera de empezar el informe. Hace tres años, al principio, el tontonel era muy formal y estirado, todo corrección y marcialidad, pero ya ni siquiera él tiene tiempo para el decoro.

—¿Qué le ha pasado a Rollins? —pregunto.

—Muerte por traumatismo. —La doctora Verónica Jacobi, sentada al lado de Salazar, habla en un tono puramente profesional. Antes era la jefa de loqueros, pero cuando murió Graham el Chalado se puso a la cabeza de la parte científica del numerito—. Lo más probable es que su huésped haya muerto en acto de servicio.

Asiento. Lo de siempre. A veces, los pollos devuelven los picotazos.

—¿Consiguió algo? —inquiero.

—Nada de lo que nos hayamos enterado —responde Salazar, sombrío.

No esperaba otra respuesta. A Rollins le había tocado vincularse a un ignorante soldado de infantería del Ejército de Carlos XII. Resultaba cómico imaginarlo llevando a su huésped ante ese lerdo de monarca adolescente para tratar de convencerlo de que no se acercase a Poltava. Lo más probable era que Carlos lo hubiese ahorcado allí mismo. Aunque, pensándolo bien, tenía que haber sido una muerte más rápida, porque, si no, Rollins habría tenido tiempo de romper el vínculo.

—Su informe —apremia Salazar.

—De acuerdo, tontonel —digo, perezoso. Odia que lo llamen «tontonel», pero no

tanto como odiaba lo de «Sally», que es como lo llamaba el Coco. Los corregallos asesinos somos una panda de insolentes—. No hay buenas noticias. Cronstedt va a reunirse con el general Suchtelen para negociar la rendición, sin hacer ni puñetero caso de nada de lo que Bengt le ha dicho. He estado presionando tanto a Bengt que cree que está volviéndose loco. Me da miedo que no aguante.

—Todos los jinetes del tiempo corren ese riesgo —interviene Jacobi—. Cuanto más tiempo dura el vínculo, más crece tu influencia en el huésped y más probabilidades hay de que detecte tu presencia. Pocos huéspedes saben sobrellevarlo.

Verónica tiene una voz agradable y siempre me trata con cortesía. Es alta y siempre va bien arreglada; es tranquila, incluso amable, pero por encima de todo es increíblemente educada. Me pregunto si sería tan educada si supiera el papel tan importante que ha desempeñado en mis fantasías masturbatorias desde que llegué a este lugar. En el chiringuito de Graham solo hay cinco mujeres frente a treinta y dos hombres y seis corregallos, y ella es, con diferencia, la más agradable a la vista.

También el Coco disfrutaba mirándola, hasta el punto de espiarla en su cuarto para verla en acción. Ella nunca llegó a enterarse. Al Coco se le daban bien estas cosas: él mismo fabricó los diminutos micrófonos y cámaras que luego colocó por todas partes. Decía que ya que no podía vivir la vida, qué menos que mirarla. Una noche me invitó a su habitación mientras Ronnie entretenía al capitán Halliburton, un grandullón pelirrojo que era el jefe de seguridad de la base y su novio por aquel entonces. Y confieso que miré, ¡vaya si miré!, pero después me enfadé y le dije al Coco que no tenía derecho a espiar a Ronnie ni a nadie.

—Ellos nos hacen espiar a nuestros huéspedes —repuso—, ¡desde dentro de su cabeza! Así que podemos pagarles con la misma moneda.

Le contesté que no era lo mismo, pero estaba tan enfadado que no logré explicarle la diferencia.

Fue la única vez que discutimos y, a la larga, no tuvo trascendencia. Siguió espionando por su cuenta, y nunca lo pillaron, al muy figón. ¿Y qué? Un buen día se fue a cabalgar en el tiempo y no regresó. El fortachón del capitán Halliburton también murió, supongo que por empacho de radiación en los barridos de seguridad. Por lo que yo sé, las cámaras del Coco siguen donde estaban. A veces se me pasa por la cabeza ir a ver si Ronnie se ha agenciado un nuevo amante, pero no lo hago. La verdad es que no quiero saberlo. Me quedo con mis fantasías y mis sueños húmedos. Son mucho mejores.

—Queremos un informe completo de sus actividades —dice secamente Salazar mientras tamborilea con los rollizos dedos en la mesa.

Suspiro y les digo todo lo que quieren oír, hasta los detalles más aburridos.

—Jägerhom es la clave del problema —añado al final—. Cronstedt le hace caso a él, no a Anttonen.

—Ojalá pudiese vincularse a Jägerhom —rezonga ceñudo ese quejica inútil de Salazar; sabe de sobra que es imposible.

—Esto es lo que hay —respondo—. Puestos a desear imposibles, ¿por qué conformamos con Jágerhom? ¿Por qué no Cronstedt? ¡Joder! ¿Por qué no el puto zar?

—Tiene razón, coronel —señala Verónica—. Deberíamos estar agradecidos por haberle echado el lazo a Anttonen. Por lo menos es coronel. Mejor que lo que hemos conseguido en otros periodos estratégicos.

Salazar no está satisfecho. Es historiador militar. Cuando lo trasladaron de West Point, o de lo que quedaba de West Point, pensó que las cosas serían más fáciles aquí.

—Anttonen es un personaje secundario —objeta—. Tenemos que llegar a las figuras clave. Los crononautas solo han establecido contacto con personajes intrascendentes, meros espectadores, hombres que estuvieron en el lugar equivocado en el momento menos indicado. Así es imposible.

—«Sabías que el trabajo era peligroso cuando lo aceptaste» —declaro. Un corregallos asesino citando a Super Chicken. Si se enteran, me expulsan del gremio—. No nos dan a elegir.

El tontonel me observa con el ceño fruncido, y yo bostezo.

—Estoy cansado —digo—. Y tengo hambre. Quiero un helado. Sorbete de camino de piedras. ¿A que tiene gracia? Todo ese puto hielo, y ahora que estoy de vuelta, lo que me apetece es un helado.

Por supuesto, no tenemos helado. Hace media generación que no hay helados en esta mina dejada de la mano de Dios que llaman mundo. Pero Tata sí que hablaba de ellos. Tata era la más veterana de los corregallos, la única nacida antes de la gran crisis, y contaba muchas historias de cómo eran las cosas antes. Lo que más me gustaba era oírla hablar de helados. Decía que eran ricos, fríos y dulces, que se derretían en la lengua y te dejaban la boca llena de un frío líquido y delicioso. A veces nos enumeraba los sabores con la misma solemnidad con que Todd el capellán leía la Biblia: vainilla, fresa y chocolate; combinado de tofe y praliné; ron con pasas; sorbete de plátano y naranja; menta con pepitas de chocolate; pistacho, caramelo, café, canela, pacana. El Coco inventaba más sabores para tomarle el pelo, pero Tata ni se inmutaba; simplemente incorporaba sus invenciones a la lista, y en la siguiente ocasión hablaba con el mismo entusiasmo del helado de almendra con anchoas, el de pepitas de hígado y el de onda radiactiva, y yo ya no sabía cuáles eran de verdad y cuáles inventados. Tampoco es que me importara.

Tata fue la primera que perdimos. ¿Habría helados en San Petersburgo en 1917? Espero que sí. Espero que tuviera ocasión de comerse un par antes de morir.

—... es nuestra última oportunidad —dice el coronel Salazar. Acabo de darme cuenta de que sigue hablando. Está parloteando sobre Sveaborg y la importancia de lo que hacemos, sobre la necesidad perentoria de cambiar algo, sea como sea, para impedir que la Unión Soviética llegue a existir, y así evitar la guerra que ha echado a perder el mundo. Ya lo he oído tantas veces que me lo sé de memoria. El tontonel padece diarrea verbal aguda, y yo no soy tan tonto como parezco.

Todo este tinglado fue idea de Charlie Graham: una última oportunidad de ganar

la guerra o, por lo menos, de salvamos de las plagas, las bombas y el viento tóxico. Pero fue al tontonel, como historiador, a quien correspondió escoger los objetivos después de que los ordenadores realizaran el cálculo de probabilidades. Tenía seis corregallos, por tanto, seis oportunidades, así que eligió seis momentos cruciales de la historia, o convergencias, como él las llamaba. Por supuesto, había unas mejores que otras. A Rollins le tocó la Gran Guerra del Norte; a Tata, la Revolución; el Coco tuvo que viajar hasta los tiempos de Iván el Terrible, y a mí me correspondió Sveaborg. La inexpugnable, invencible Sveaborg, el Gibraltar del Norte.

—No hay motivo para rendir Sveaborg —continúa el tontonel. Es su letanía particular del helado. La historia y la táctica le proporcionan el mismo consuelo que a Tata las bolas de vainilla—. La guarnición está compuesta por siete mil hombres, muchos más que los asediados rusos. La artillería de la fortaleza es muy superior. Tienen provisiones y munición de sobra. Si Sveaborg aguanta hasta que se abran las vías marítimas, Suecia lanzará la contraofensiva y romperá el asedio sin dificultad. ¡Podría cambiar el curso de la guerra! Es necesario que Cronstedt atienda a razones.

—Si pudiera llevarle un libro de historia para enseñarle lo que se dice de él, estoy seguro de que movería cielo y tierra. Bueno, ya basta de hablar. Estoy cansado y quiero comer algo. —De pronto, sin motivo aparente, me entran ganas de llorar—. Mierda, quiero comer; estoy harto de hablar, ¿me oye? ¡Tengo hambre!

Salazar me fulmina con la mirada, pero Verónica, al percibir la tensión de mi voz, se levanta y rodea la mesa.

—Eso tiene solución —me dice. Luego se dirige al tontonel—: Esto es todo cuanto conseguiremos por el momento. Permítame llevarlo a comer.

Salazar refunfuña, pero no se atreve a negarse.

Verónica me lleva en la silla al comedor y trata de consolarme mientras me como un plato de carne de origen desconocido con verdura recocida, acompañado de café de anteayer. No se le da mal; al fin y al cabo, es su profesión. Puede que en los viejos tiempos nadie la hubiese considerado nada del otro mundo. He visto revistas viejas; incluso aquí tenemos algunas *Playboy* y cintas de vídeo, novelas, discos, tebeos... Todo viejo, claro, no hay nada nuevo, solo montones y montones de porquería del año de la nana. Y yo lo devoro todo; prácticamente me lo chuto. Cuando no estoy revolviendo en el cerebro de Bengt, estoy delante de la tele viendo programas antiguos o películas, a veces leyendo un libro al mismo tiempo, para tratar de imaginar cómo habría sido vivir en aquellos tiempos, antes de que lo mandaran todo a tomar por culo. Por eso sé muy bien lo que gustaba entonces, y es cierto que Ronnie no es Bo, ni Marilyn, ni Brigitte, ni Garbo, pero es más agradable a la vista que cualquier otra persona de esta maldita fosa séptica. Y no es que los demás seamos gran cosa. El Coco no se parecía a Groucho, por mucho que lo intentara; yo soy igualito que Jimmy Cagney, solo que el bulto verdoso, la falta de nariz y todo este excedente de dientes amarillos estropean un pelín el efecto, pero solo un pelín, ¿eh?

—No sabe a nada. Antes, la comida tenía sabor —protesto al tiempo que dejo el

tenedor en el plato a medias.

—Tiene suerte de haberla probado —dice Verónica, riéndose—. Los demás tenemos que conformarnos con esto.

—¿Suerte? ¡Ja! Usted no aprecia la diferencia, Ronnie; yo, sí. No se echa de menos lo que no se ha probado. —Estoy harto de hablar de lo mismo; estoy harto de todo—. ¿Le apetece jugar una partida de ajedrez?

Sonríe y va por el tablero. Una hora después ya me ha ganado una partida y estamos empezando la segunda. En el chiringuito de Graham hay más o menos una docena de jugadores de ajedrez, pero, ahora que Graham y el Coco no están, los gana a todos menos a Ronnie. Lo gracioso es que en 1808 seguramente podría haber sido el campeón mundial. El ajedrez ha evolucionado mucho en los últimos doscientos años, y me sé algunas aperturas que a ellos jamás se les pasarían por la cabeza.

—Memorizar las aperturas que salen en los libros no lo es todo en este juego —afirma Verónica, y me doy cuenta de que he estado pensando en voz alta.

—Ganaría de todas formas —insisto—. Qué coño, esos tíos llevan siglos muertos, ¿cómo van a defenderse? —Ella sonríe y mueve un caballo.

—Jaque —dice, y comprendo que he vuelto a perder.

—Un día de estos aprenderé a jugar. Seré el campeón mundial.

—Lo de Sveaborg es también una especie de partida de ajedrez —comenta mientras guarda las piezas—. Una partida a través del tiempo, donde jugamos con los suecos contra los rusos y los nacionalistas finlandeses. ¿Qué pieza movería para derrotar a Cronstedt?

—Estaba seguro de que la conversación volvería a tomar estos derroteros. No tengo ni puta idea, pero me imagino que el tontonel habrá pensado en algo.

Ella asiente. Su rostro terso y pálido, enmarcado por el cabello oscuro, se ha puesto serio.

—Una idea desesperada. Son tiempos desesperados —dice.

Me pregunto qué ocurriría si tuviese éxito, si consiguiera cambiar algo. ¿Qué sería de Verónica y del tontonel? ¿Y de Rafe, Slim y los otros? ¿Qué me pasaría a mí, envasado en conserva en la oscuridad de mi ataúd? Existen teorías, por supuesto, pero nadie lo sabe con certeza.

—Y yo soy un hombre desesperado, mi señora; estoy listo para tomar medidas desesperadas. Con sutilezas no hemos llegado a ninguna parte. Cuéntemelo. ¿Qué tengo que conseguir que haga Bengt? ¿Inventar la metralleta? ¿Desertar y unirse a los rusos? ¿Enseñar sus partes desde la muralla? ¿Qué?

Cuando me lo dice, reacciono con escepticismo.

—Podría funcionar, pero lo más probable es que Bengt dé con sus huesos en el calabozo más profundo que tengan. Lo tomarán por chiflado. A lo mejor Jágerhom hasta le pega un tiro.

—No —dice ella—. Jágerhom es un idealista, a su manera. Una persona de principios. Estoy de acuerdo en que es una jugada arriesgada, pero no se gana al

ajedrez sin arriesgarse. ¿Está dispuesto a hacerlo?

Tiene una sonrisa preciosa. Creo que le gusto.

—¿Por qué no? —respondo encogiéndome de hombros—. Total, no tengo nada mejor que hacer...

—«Y se permitirá el envío de dos mensajeros al rey, uno por el camino del norte y otro por el del sur. Se les proporcionarán pasaportes y salvoconductos, y se les facilitará el viaje en todo lo posible. Firmado en la isla de Lonan, a 6 de abril de 1808».

La voz monótona del oficial que leía el acuerdo se interrumpió de repente, y los allí reunidos se sumieron en un silencio sepulcral. Algunos oficiales suecos se movieron incómodos en la silla, pero nadie dijo nada. El vicealmirante Cronstedt se levantó muy despacio.

—Este es el acuerdo —dijo—. Mucho mejor de lo que esperábamos, dado lo peligroso de nuestra situación. Ya hemos gastado un tercio de la pólvora. Por culpa del hielo, nuestras defensas están expuestas a ataques desde todos los flancos. Nuestro contingente es muy inferior y tenemos que mantener a un gran número de refugiados, lo que está agotando nuestras provisiones. El general Suchtelen podría haber exigido una rendición inmediata. En lugar de eso, gracias a Dios, nos ha permitido conservar tres de las seis islas de Sveaborg, y recuperaremos otras dos si antes del 3 de mayo vienen a socorrernos cinco buques de guerra suecos. Si Suecia nos falla, tendremos que rendimos, pero los suecos podrán recuperar sus barcos cuando termine la guerra, y la firma de esta tregua evitará que sigan perdiéndose vidas.

Cronstedt se sentó. El coronel Jágerhom, que estaba a su lado, se puso en pie resueltamente y tomó la palabra.

—Si los buques suecos no llegan a tiempo, deberemos estar preparados para una rendición pacífica.

Mientras Jágerhom exponía los detalles, Bengt Anttonen permaneció en silencio. Era la noticia que esperaba. Lo había sabido, de alguna manera, pero la certidumbre no lo hacía más digerible. Cronstedt y Jágerhom habían negociado un desastre. Era estúpido. Cobarde. Estaban condenados sin esperanza. Iban a rendir inmediatamente Wester-Svartó, Langom y Oster-Lilla-Svartó, y detrás iría el resto de la guarnición; solo habían retrasado la capitulación un mes. La historia los vilipendiaría. Los niños maldecirían sus nombres en la escuela. Y él no podía hacer nada.

Al terminar la reunión, los demás asistentes se levantaron y se fueron. Anttonen se puso de pie también, decidido a guardar silencio, a abandonar la sala en paz por una vez, y que vendieran Sveaborg por treinta monedas de plata si les venía en gana. Pero, antes de marcharse, algo lo empujó a acercarse a Cronstedt y a Jágerhom. Lo miraron, y Anttonen creyó leer en sus ojos cansancio y resignación.

—No deben aceptarlo —dijo con un hilo de voz.

—Ya está hecho. No quiero hablar más del asunto, coronel. Ya lo he avisado. Vaya a atender sus obligaciones —replicó Cronstedt mientras se ponía en pie, dispuesto a irse.

—Están dejándose engañar por los rusos —le espetó Anttonen. Cronstedt se detuvo y lo miró—. Por favor, almirante, escúcheme: esta medida, este acuerdo que estipula que conservaremos la fortaleza en caso de que acudan cinco buques de guerra antes del 3 de mayo, es un fraude. El hielo todavía no se habrá derretido en esa fecha. No podrán llegar hasta nosotros. El armisticio exige que los barcos arriben al puerto de Sveaborg antes del mediodía del día fijado. El general Suchtelen empleará el tiempo que le concede la tregua en trasladar la artillería y apoderarse de los accesos marítimos. Cualquier barco que trate de llegar a Sveaborg tendrá que presentar batalla. Y eso no es todo, señor: los mensajeros que piensa enviar al rey...

Cronstedt levantó la mano. Su cara parecía tallada en granito.

—Es suficiente. Coronel Jágerhom, arreste a este loco. —Recogió sus papeles sin dignarse a mirar a Anttonen a la cara y salió furioso de la habitación.

—Coronel Anttonen, queda arrestado —dijo Jágerhom con sorprendente delicadeza—. Le advierto que, si se resiste, solo empeorará su situación.

—¿Por qué no me escuchan? —Anttonen se volvió hacia el otro coronel con el corazón en un puño—. Nadie está dispuesto a escuchar. ¿Son conscientes de lo que están haciendo?

—Yo diría que sí —repuso Jágerhom.

—¡No, de ningún modo! —Anttonen lo agarró por la pechera del uniforme—. Cree que no sé quién es, ¿verdad, Jágerhom? Es un nacionalista, maldita sea. Es la época dorada de los nacionalismos, y usted y su Liga Anjala, esos condenados nobles, son nacionalistas finlandeses. Rechazan el dominio sueco, y el zar les ha prometido declarar Finlandia un Estado independiente bajo su protección, por eso han quebrantado su lealtad a la corona sueca.

El coronel F. A. Jágerhom parpadeó y una extraña expresión le demudó el rostro antes de que lograra recuperar la compostura.

—Usted no puede saber eso —dijo—. Nadie conoce las condiciones. Yo...

—La historia se reirá de usted, Jágerhom —le aseguró Anttonen, sacudiéndolo—. Suecia perderá la guerra por culpa de la rendición de Sveaborg y usted conseguirá lo que se propone: Finlandia se convertirá en un Estado autónomo sometido al zar. Pero no será más libre que bajo dominación sueca. Está a punto de vender a su rey a los carniceros de la Gran Guerra del Norte como si fuera una silla vieja que se lleva al rastrillo, y no obtendrá ningún beneficio.

—Pero ¿qué dice? ¿Y qué quiere hacerle a una silla con un rastrillo?

—No me refiero a ese tipo de rastrillo. Un rastrillo es... —Anttonen frunció el ceño, soltó a Jágerhom y le dio la espalda—. Dios bendito, no lo sé. Es un sitio donde... se compran y se venden cosas. Una feria. No tiene nada que ver con la herramienta; está lleno de máquinas extrañas, olores raros... —Se pasó los dedos por

el pelo, intentando reprimir un grito—. Jágerhom, tengo la cabeza llena de demonios. Santo cielo, debo confesarlo. Oigo voces, de día y de noche, igual que esa francesa, Juana, la doncella guerrera. Sé cosas que van a suceder. —Miró a Jágerhom a los ojos y vio que tenía miedo, así que levantó las manos en ademán suplicante—. Por favor, créame. Yo no lo he elegido. Rezo para que se callen, para que me liberen, pero los susurros no cesan y me dan extraños ataques. No soy yo quien los provoca, pero debe haber una razón; tiene que ser cierto. En caso contrario, ¿por qué iba Dios a torturarme de esta manera? Compadézcase de mí, Jágerhom. En nombre de la piedad, ¡escúcheme!

—Claro. —El coronel Jágerhom desvió la vista de Anttonen, como buscando ayuda, pero estaban solos—. Voces, como la francesa. No lo había comprendido.

—Me escucha, pero no me cree. —Anttonen sacudió la cabeza—. Usted es un patriota que sueña con convertirse en un héroe, pero no lo será. Las gentes de Finlandia no comparten su sueño. Se acuerdan de la Gran Guerra del Norte y odian a los rusos, el enemigo ancestral. También lo odiarán a usted. Y Cronstedt, el infeliz almirante Cronstedt, sufrirá el vilipendio de todas las generaciones venideras de suecos y finlandeses. Vivirá en ese Gran Ducado de Finlandia con un estipendio ruso y morirá atormentado el 7 de abril de 1820, doce años y un día después de reunirse con Suchtelen en Lonan para entregar Sveaborg a Rusia. Años más tarde, un tal Runeberg escribirá una serie de poemas sobre esta guerra. ¿Sabe qué dirá de Cronstedt?

—No —respondió Jágerhom, sonriendo con inquietud—. ¿Se lo han dicho las voces?

—Me han hecho aprendérmelo de memoria.

Bengt Anttonen recitó:

Sea por la mano de un necio
retirada en premura,
bien Culpa, Aflicción o Desprecio,
por Muerte o Amargura,
no vuelvas a mentar su nombre
si ha de avergonzar a otros hombres.

—Esa es la gloria que les espera a usted y a Cronstedt, Jágerhom —dijo amargamente Anttonen—. He ahí el lugar que ocuparán en la historia. ¿Le gusta?

El coronel Jágerhom había rodeado lentamente a Anttonen. El camino a la puerta estaba despejado, pero dudó.

—Lo que dice es demencial. Sin embargo... ¿Cómo es posible que esté enterado de las promesas del zar? He estado a punto de creerlo. ¿Voces, como la francesa? ¿Y afirma que es la voz de Dios?

—¿Dios? —Anttonen suspiró—. No lo sé. Oigo voces, Jágerhom; eso es todo. Quizá me haya vuelto loco.

Jágerhom hizo una mueca.

—Así que nos vilipendiarán. Nos llamarán traidores y nos condenarán en poemas. —Anttonen no dijo nada. Su locura se había desvanecido, dejando solo un desesperado sentimiento de impotencia. Jagerhom prosiguió—: No, es demasiado tarde. El acuerdo está firmado. Hemos comprometido nuestro honor. Y el vicealmirante Cronstedt está en un mar de dudas: teme por su familia, que se encuentra aquí. Suchtelen lo ha manipulado con gran habilidad, y nosotros hemos colaborado. No podemos volver atrás. No me creo esta locura de usted, pero, aunque la creyera, no podría hacer nada para evitar lo irremediable. Los buques no llegarán a tiempo. Sveaborg tendrá que rendirse y Suecia perderá la guerra. ¿Cómo iba a ser de otra manera? El zar se ha aliado con el mismísimo Bonaparte y no hay defensa posible.

—La alianza no durará —señaló Anttonen con una sonrisa triste—. Los franceses marcharán sobre Moscú y eso los destruirá, igual que a Carlos XII. El invierno será su Poltava. Pero será demasiado tarde para Finlandia. Y demasiado tarde para Sveaborg.

—No podemos hacer nada para remediarlo —afirmó Jagerhom—. Incluso ahora ya es tarde.

—No, no lo es —repuso Anttonen, atisbando por primera vez un resquicio de esperanza.

—En tal caso, ¿qué plan de acción propone? Cronstedt ya está decidido. ¿Pretende que nos amotinemos?

—Habrá un motín en Sveaborg, tanto si nos unimos a él como si no, pero fracasará.

—Entonces, ¿qué?

Bengt Anttonen irguió la cabeza y miró a Jágerhom a los ojos.

—El acuerdo estipula que podemos enviar dos mensajeros al rey para informarle de las condiciones, a fin de que los barcos zarpen a tiempo.

—Sí. Cronstedt designará a los mensajeros esta noche, y partirán mañana con los documentos y los salvoconductos que les proporcionará Suchtelen.

—Cronstedt confía en usted. Consiga que me elija como mensajero.

—¿A usted? ¿De qué serviría? —Jágerhom frunció el ceño, indeciso—. Tal vez esa voz que oye sea la de su propio miedo. Quizá tanto tiempo de asedio le haya destrozado los nervios y solo piense en escapar.

—Puedo demostrar que las voces dicen la verdad —aseguró Anttonen.

—¿Cómo? —preguntó bruscamente Jágerhom.

—Nos encontraremos mañana al amanecer junto a la tumba de Ehrensvard y le diré quiénes son los mensajeros elegidos por Cronstedt. Si digo los nombres correctos, lo convencerá para que me envíe en lugar de uno de ellos. No pondrá pegos: está deseando librarse de mí.

El coronel Jágerhom se frotó la mandíbula mientras reflexionaba.

—Nadie aparte de Cronstedt podría saber los nombres de los mensajeros. Es una

prueba justa. —Le tendió la mano—. Hecho.

Se dieron la mano y Jágerhom hizo ademán de irse, pero al llegar a la puerta se volvió.

—Coronel Anttonen, casi olvido mi deber. Está bajo mi custodia. Vaya a sus dependencias y no salga de ahí hasta el amanecer.

—Con mucho gusto —respondió Anttonen—. Al alba sabrá que tengo razón.

—Tal vez —dijo Jágerhom—. Pero, por el bien de todos, espero con toda mi alma que se equivoque.

... las máquinas absorben la noche líquida que me envuelve y yo grito, grito tan alto que Slim se aparta con expresión recelosa. Le dedico una amplia sonrisa de corregallos, con filas y filas de dientes amarillos y podridos.

—Sácame de aquí, inútil —le chillo.

El dolor me atrapa como una red, pero en esta ocasión no es tan terrible. Es casi soportable. Esta vez, el dolor tiene un propósito. Me ponen la inyección, me incorporan y me sientan en mi silla. Por una vez estoy deseando dar el parte, así que me quito a Rafe de encima y empujo las ruedas yo mismo. Avanzo por el pasillo como en los viejos tiempos, cuando hacía carreras con el Coco, pero me quedo atascado en una rampa y me dan alcance los celadores fornidos y silenciosos, vestidos con trajes de helado (eso decía Tata). Les grito que me dejen en paz y, para mi sorpresa, me hacen caso.

El tontonel se queda desconcertado cuando entro en la sala yo solito y hace ademán de ponerse de pie.

—¿Se ha vuelto...?

—Siéntese, Sally. Tengo buenas noticias. Bengt le ha comido el coco a Jágerhom. Un poco más y se mea en los pantalones. Juraría que lo tenemos en el bolsillo. Mañana cuando amanezca me reuniré con él para rematar el negocio. —Sonríó al oírme. Mañana... ¡Ja! Estoy hablando de 1808, pero para mí es mañana—. Ahora viene la pregunta del millón: necesito saber el nombre de los tíos que pretende enviar Cronstedt al rey sueco. Pruebas, ya sabe. Jágerhom dice que me enviará a mí en lugar de uno de ellos si lo convengo, así que búsqieme esos nombres, tontonel, y en cuanto diga las palabras mágicas, sacaré las llaves de Sveaborg de la chistera.

—La información que tenemos es incierta —se queja Salazar—. Los mensajeros estuvieron semanas retenidos y no llegaron a Estocolmo hasta el día estipulado para la rendición. Es improbable que sus nombres hayan pasado a la historia.

Menudo quejica. Este hombre nunca está contento. Por suerte, Ronnie se pone de mi parte.

—Coronel Salazar, más nos vale que la historia recuerde esos nombres o, por lo menos, recordarlos nosotros. Usted fue nuestro historiador militar; era su trabajo investigar concienzudamente los periodos estratégicos. —Por la forma en que se dirige a él, nadie adivinaría quién es el jefe—. El Proyecto Graham tiene la máxima

prioridad. Usted dispone de nuestros registros informáticos y de los expedientes del personal de Sveaborg, y también tiene acceso a la academia militar de Nuevo West Point. A lo mejor hasta logra ponerse en contacto con alguien que viva en lo que queda de Suecia. No me importa cómo lo haga, pero hágalo. El proyecto entero podría depender de esta información. El mundo entero. Nuestro pasado y nuestro futuro. No debería tener que recordárselo. —Se vuelve hacia mí y sonrío cuando le dedico un aplauso—. Lo ha hecho muy bien —me felicita—. Cuéntenos los detalles, por favor.

—Claro. Ha sido tan fácil como robarle un caramelo a un niño. O un helado. ¿Cómo se llamaba la tarta con helado?

—*A la mode*.

—Sveaborg *á la mode* —digo, y les sirvo su ración, hablando sin dejarles meter baza. Cuando termino de contarle todo, hasta el tontonel parece satisfecho, aunque a regañadientes. No está mal para ser obra de un corregallos—. Muy bien, y ahora ¿qué? A Bengt lo mandan de mensajero, y yo hago llegar el mensaje como sea. Tengo que esquivar a Suchtelen e impedir que me retengan para que los suecos manden la caballería, ¿no es así?

—¿Qué caballería? —pregunta Sally, confuso.

—Es una forma de hablar —explico, con más paciencia de la acostumbrada, y él asiente antes de responder.

—Es cierto que el general Suchtelen mintió y retuvo a los mensajeros para asegurarse de que los buques no pudieran arribar a tiempo aunque el hielo se derritiese, pero fue una precaución innecesaria. Aquel año, el hielo que aislaba Helsinki no se derritió hasta mucho después de la fecha prevista. —Clava una mirada solemne en mí. Parece más enfermo que nunca y el matiz verdoso de la piel echa a perder el efecto que pretende conseguir—. Tenemos que apostar fuerte. Saldrá como mensajero, tal como estipula la tregua. Se presentará ante el general Suchtelen junto con el otro enviado para recoger los salvoconductos que les permitirán atravesar las líneas rusas. Y entonces atacará. Hay un acuerdo, y en aquellos tiempos la guerra era una cuestión de honor. Nadie se esperará la traición.

—¿Traición? —No me gusta nada como suena.

La sonrisa del tontonel parece auténtica, al menos por un instante. Por fin está haciendo algo que lo satisface.

—Mate a Suchtelen —me ordena.

—¿Cómo que mate a Suchtelen?

—Utilice a Anttonen. Encolerícelo hasta que saque el arma y lo mate.

Entiendo. Una nueva jugada en el ajedrez del tiempo. El gambito del corregallos.

—Bengt morirá.

—Puede romper el vínculo —dice Salazar.

—Tal vez lo maten demasiado rápido —señaló—. Allí mismo, en el acto.

—Es un riesgo que debe correr. No sería el primero que diese la vida por nuestra

nación. Es la guerra. —El tontonel frunce el ceño—. Si tiene éxito, tal vez nos condene a todos. Cuando cambie el pasado, el presente que conocemos podría desaparecer, sin más, y nosotros con él. Pero nuestra nación sobrevivirá y recuperaremos a muchos que habíamos perdido. Unas versiones más sanas y felices de nosotros mismos disfrutarán de la vida plena que nos fue negada. Usted nacerá entero, sin enfermedades ni deformidades.

—Ni talento. En cuyo caso, no podré volver atrás en el tiempo para cambiar el pasado.

—No sufriremos los efectos de la paradoja. Ya se lo han explicado. El pasado, el presente y el futuro no coexisten. Los cambios afectarán a Anttonen, que pertenece a esa época, pero a usted no. —El tontonel está impaciente. Repiquetea en la mesa con los gruesos dedos morenos—. ¿Es un cobarde?

—Que le jodan —digo—. No lo entiende. Me importa una mierda lo que me pase. Más me valdría estar muerto. Pero van a matar a Bengt.

—¿Y qué? —pregunta, más ceñudo que antes.

Verónica, que ha estado escuchando con suma atención, se inclina sobre la mesa y me toca la mano con suavidad.

—Yo sí lo comprendo. Se siente identificado con él, ¿verdad?

—Es un buen hombre. —¿Hablo como si estuviera a la defensiva? Pues será que lo estoy. Me da igual—. Ya me siento bastante mal por estar volviéndolo loco como para encima hacer que lo maten. Soy un bicho raro, un corregallos, he vivido toda la vida en un asedio y voy a morir aquí, pero Bengt tiene una vida por delante y a personas que lo quieren. Cuando salga de Sveaborg, habrá un mundo esperándolo.

—Lleva casi dos siglos muerto —contesta Salazar.

—He estado en su cabeza esta tarde —replico.

—Será una baja más —insiste el tontonel—. En la guerra mueren soldados. Es ley de vida, ahora y en tiempos de Bengt.

Hay otra cosa que me molesta.

—Sí, es un soldado. Lo admito. Sabía que era un trabajo peligroso cuando lo aceptó. Pero estamos olvidando un pequeño detalle, Sally: lo mucho que le importa el honor. ¿Que muere en combate? Ningún problema. Pero lo que usted pretende es que lo convierta en un magnicida desgraciado, que viole la bandera blanca. Es un hombre honorable, y el oprobio caerá sobre él.

—El fin justifica los medios —dice Salazar sin tapujos—. Sí, llevará la bandera blanca, matará a Suchtelen y será el fin de la tregua. El oficial que sigue a Suchtelen en el mando carece de su astucia, es más propenso a perder los nervios y se muere de ganas de lograr una victoria espectacular. Usted le dirá que ha liquidado a su general por orden de Cronstedt; él romperá la tregua y atacará la fortaleza con toda su furia, pero Sveaborg, inexpugnable como es, resistirá el ataque y los rusos sufrirán cuantiosas bajas. Los suecos lo interpretarán como una traición de los rusos, y eso los espoleará. Jagerhom caerá rendido ante la evidencia de que las promesas rusas no

tienen ningún valor y cambiará de bando. Cronstedt, el héroe de Ruotsinsalmi, se convertirá también en el héroe de Sveaborg. La fortaleza resistirá. Cuando llegue la primavera, la flota sueca atravesará las líneas rusas transportando tropas a Sveaborg mientras un segundo ejército ataca desde el norte. El curso de la guerra dará un giro. Cuando Napoleón marche sobre Moscú, el Ejército sueco ya se habrá apoderado de San Petersburgo. Los franceses acorrarán al zar, para después deponerlo y ejecutarlo. Napoleón pondrá un títere al frente del Gobierno y, cuando se retire, se dirigirá al norte para unirse a sus aliados suecos en San Petersburgo. El nuevo régimen ruso no sobrevivirá a la caída de Bonaparte, pero la restauración zarista será tan efímera como lo fue la francesa, y Rusia acabará convirtiéndose en una democracia parlamentaria liberal. Nunca existirá una Unión Soviética que declare la guerra a los Estados Unidos. —Enfatiza las últimas palabras golpeando la mesa de conferencias con el puño.

—Eso lo dice usted —contesto suavemente.

—¡Es lo que han previsto los ordenadores! —insiste, con la cara como la grana, pero rehúye mi mirada. Es un movimiento fugaz, pero lo pillo. Qué curioso: no se atreve a mirarme a los ojos.

Verónica me aprieta la mano.

—Las previsiones pueden fallar —admite—. Pero, se equivoquen poco o mucho, son todo lo que tenemos. Es nuestra última oportunidad. Entiendo su preocupación por Anttonen, se lo aseguro. Es natural, puesto que ha formado parte de él durante meses, ha vivido su vida y ha compartido sus pensamientos, sus sentimientos. Su reticencia lo honra. Pero son millones de vidas las que están en juego, contra la de un solo hombre. Un hombre que ya está muerto. Es su decisión; probablemente, la decisión más importante de la historia de la humanidad, pero le corresponde solo a usted. —Sonríe—. Al menos, piénselo bien.

Si me lo dice así, con estas palabras, cogiéndome la mano, soy incapaz de resistirme. Pobre Bengt. Miro hacia otro lado y suspiro.

—Traiga aquí la bebida —le digo a Salazar con voz cansada—. Esta noche quiero echarle la mano a esa reserva que guarda de antes de la guerra.

El tontonel parece desconcertado. Lo he pillado por sorpresa. El muy capullo creía que su pequeño alijo de Glenlivet, Irish Mist y Rémy Martin era un secreto bien guardado. Y lo era, hasta que lo descubrieron las cámaras del Coco, ea.

—No creo que sea momento de emborracharse —dice Sally, intentando defender su tesoro. Es feo, mezquino y encima egoísta.

—Cállese y tráigame lo que le pido. —Esta noche nadie puede negarme nada. Si yo voy a entregar a Bengt, el tontonel puede desprenderse de un poquito de alcohol—. Quiero ponerme ciego. Es hora de beber por los muertos y de brindar por los vivos del presente y del pasado. Son las normas, joder: el corregallos tiene derecho a una botella antes de ir a cazar pollos.

Bengt Anttonen esperaba en el patio central de la fortaleza de Vargön, envuelto en el frío que precede al amanecer. Detrás de él se encontraba la tumba de Ehrensvard, la última morada del hombre que había erigido Sveaborg y que descansaba en el seno de su creación, custodiados sus huesos por los cañones y los gruesos muros de granito de la titánica construcción. Él la había hecho inexpugnable, y así permanecía, para que nadie perturbara su reposo. Pero pretendían entregarla.

El viento que arreciaba en el cielo negro y despejado agitaba las ramas desnudas de los árboles que crecían en el solitario patio y atravesaba el mejor abrigo de Anttonen. O quizá fuese otro tipo de frío el que sentía: el frío del miedo. Ya casi había amanecido. Las estrellas estaban apagándose; en su cabeza vacía resonaban ecos y burlas. Pronto despuntaría el alba en el horizonte y con ella llegaría el coronel Jágerhom, con su rostro duro, autoritario, exigente, y Anttonen no tendría nada que decirle.

Sonaron pisadas de botas en el suelo empedrado y Anttonen se volvió para mirar a Jágerhom, que subía los peldaños del monumento a Ehrensvard. Quedaron a un paso de distancia, como conspiradores reunidos en la fría oscuridad. Jágerhom lo saludó con una inclinación de cabeza breve y seca.

—He visto a Cronstedt.

Anttonen abrió la boca y el aliento humeó en el aire gélido. Y cuando estaba a punto de sucumbir al vacío, de admitir que las voces le habían fallado, oyó un susurro en lo más profundo de su ser y pronunció dos nombres.

El silencio que siguió fue tan largo que el miedo volvió a apoderarse de Anttonen. ¿Y si, después de todo, lo que tomaba por la voz de Dios no era más que locura? ¿Se habría equivocado? Pero Jágerhom bajó la mirada, frunció el ceño y dio una palmada con las manos enguantadas, como si eso zanjara la cuestión.

—Que el cielo nos ampare. Le creo.

—¿Me enviarán de mensajero?

—Ya se lo he propuesto al vicealmirante Cronstedt. Le he recordado sus años de servicio y su excelente historial. Es usted un buen soldado y un hombre de honor; si algo empaña sus méritos es precisamente su patriotismo y la presión del asedio. Es la clase de guerrero que no puede soportar la inactividad, que necesita estar en movimiento. Le he dicho que se merece algo mejor que el arresto y la deshonra, y que estoy seguro de que podrá redimirse con esta misión. Además, alejándolo de Sveaborg nos libramos de una fuente de conflicto y discrepancia que podría desembocar en motín. El vicealmirante es muy consciente de que muchos rechazan este pacto con Suchtelen. Lo he convencido. —Jágerhom sonrió débilmente—. Si algo puede decirse de mí, Anttonen, es que soy persuasivo. Soy tan hábil en esgrimir un argumento como Bonaparte en dirigir sus ejércitos, de modo que la victoria es nuestra. Partirá como mensajero.

—Bien —dijo Anttonen. ¿Por qué se sentía tan angustiado? Debería estar dando

saltos de alegría.

—¿Qué se propone? —preguntó Jágerhom—. ¿Cuál es el objetivo de nuestra conspiración?

—Prefiero no cargarle con ese peso —respondió Anttonen.

Ni siquiera él conocía el propósito. Sabía desde el día anterior que tenía que llevar el mensaje, pero ignoraba el motivo, y el futuro se le antojaba tan frío como la lápida de Ehrensvard y tan nebuloso como el aliento de Jágerhom. Estaba dominado por un extraño presentimiento, por una sensación de fatalidad.

—Está bien —aceptó Jágerhom—. Ruego por que estemos actuando con sensatez. —Se quitó un guante y le tendió la mano—. Confío en usted, en su prudencia y en su honor.

—Honor —repitió Bengt. Despacio, muy despacio, se quitó también un guante para estrechar la mano del muerto que tenía ante sí. ¿Muerto? No estaba muerto; estaba lleno de calor, de vida. Pero hacía frío bajo aquellos árboles desnudos, y cuando se estrecharon la mano, la de Jágerhom le pareció helada.

—Hemos tenido nuestras diferencias —señaló Jágerhom—, pero seguimos siendo finlandeses, patriotas y hombres de honor. Y ahora, además, somos amigos.

—Amigos —reiteró Anttonen. Y en su cabeza, más alto que nunca, y tan claro y preciso como si alguien hablase a su espalda, oyó un susurro triste y amargo. «Venga, pollo —decía—, dale la mano a tu amiguito el corregallos».

Coged el Four Roses mientras podáis; veloz el tiempo vuela. El mismo corregallos que hoy admiráis, mañana estará muerto, ea. Borracho estoy; con esta noche ya van dos. Voy a ventilarme toda la priva del tontonel, pero qué más da. Ya no la necesitará. Un último viajecito en el tiempo y ni siquiera existirá, o eso es lo que dicen. En realidad, no habrá existido nunca. Qué idea más rara. El viejo coronel Sally Salazar, con sus dedazos, su piel verdosa y esa forma tan entrañable de quejarse y refunfuñar, parecía muy real esta tarde, cuando le he dado el parte final, pero ahora resulta que nunca ha existido. Ni tampoco el Coco, ni Rafe, ni Slim. Tata nunca nos habrá soltado sus retahílas de sabores de helados; el sorbete de fresas al vino desaparecerá como Nínive y Tiro, ea. No sucedió, no señor, y yo estoy solo en mi habitación, en mi cubículo, echándome otro trago, cual salvador en la última cena líquida. ¿Dónde coño están mis apóstoles? Ah, bebiendo, bebiendo, pero no conmigo.

Se suponía que era un secreto que solo conocíamos el tontonel, Ronnie y yo, pero ha corrido la voz y se ha montado una juerga en los pasillos. La gente bebe, canta y se pelea. Los afortunados que tienen pareja follan, pero yo no me cuento entre ellos, por desgracia. Me gustaría salir y unirme a la parranda para animarme, pero no: el tontonel dice que es demasiado peligroso, que alguien podría decidir que incluso esta vida es mejor que no haber vivido, tomarla con el corregallos y echar a perder los planes hasta vete a saber cuándo. De modo que aquí estoy, en el corredor de los corregallos, bebiendo a solas en mi pequeña habitación, rodeada por otras cinco igual

de pequeñas, y el tipo que monta guardia al final del pasillo está muy cabreado porque no puede echar un último traguito, porque tiene que impedir que yo salga o que entre alguien.

En el fondo espero que Ronnie se pase por aquí para tomarse una copa de despedida y ganarme por última vez al ajedrez, quizá incluso para besuquearme un poco, aunque, desde luego, es una fantasía de lo más absurda, vista la pinta que tengo, pero no quisiera morir virgen. Pero, claro, no voy a morir, puesto que, una vez resuelto el problema, ni siquiera habré vivido. Si me preguntas, y a quién si no le vas a preguntar, si no hay nadie más aquí para preguntar, es la hostia de noble por mi parte. Otro trago. Vaya, la botella está casi vacía. Habrá que llamar al tontonel para pedirle otra. ¿Por qué no viene Ronnie? No volveré a verla a partir de mañana, de mañana de ahora y de mañana de hace doscientos años. Podría negarme a ir. Podría quedarme y dejar que esta familia feliz siguiese con su vida, pero creo que a ella no le gustaría. Tiene las cosas mucho más claras que yo. Le he preguntado esta tarde si las previsiones de Sally mencionaban los daños colaterales. Estamos cambiando esta guerra, vamos a conservar Sveaborg, (esperamos) librarnos del zar, (esperamos) librarnos de la Unión Soviética y (esperamos por encima de todo) librarnos de esta cacho guerra y todo lo que trae consigo: las bombas, la radiación, las plagas y las cosas buenas, hasta el helado de onda radiactiva, el sabor favorito del Coco. Pero ¿y si nos quedamos sin otras cosas? Es decir, con Rusia tan cambiada, ¿perderemos Alaska? ¿Perderemos el vodka? ¿Perderemos a George Orwell? ¿Perderemos a Karl Marx? En realidad, ya intentamos librarnos de Karl: otro corregallos, Jeffrey el Ciego, fue a encargarse de él, pero no lo consiguió. A lo mejor no pudo soportar la visión. Así que tuvimos que aguantar a Karl. Y ahora que lo pienso, ¿a quién le importa Karl Marx? ¿Vamos a quedarnos sin Groucho? ¿Nunca habrá existido Groucho? No me gusta la idea. Anoche maté a un corregallos en pijama. Cómo se puso mi pijama, no tengo ni idea. Yo qué sé cómo los corregallos nos ponemos el pijama de otros. Las putas fichas del dominó caen en todas direcciones, tumbando otras filas de fichas. Nunca me ha gustado el dominó: lo mío es el ajedrez. Soy el campeón mundial de ajedrez en el exilio temporal; ese soy yo. El dominó es un juego estúpido. Le he preguntado a Ronnie qué pasará si no funciona, si nos libramos de Rusia solo para que Hitler gane la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, y acabamos intercambiando misiles, gérmenes y biotoxinas con la Alemania nazi. O con el Reino Unido. O con la puta Austria-Hungría, ¿quién sabe? La superpotencia austrohúngara, menuda ocurrencia: ayer maté a un Habsburgo en pijama. Los corregallos le pusieron mi pijama, ea.

Ronnie no me prometió nada, niños. Todo lo que hizo fue encogerse de hombros y contarme una historia de un caballo. Erase una vez un tipo a quien el rey quería decapitar, y se pone a discurrir y le dice al rey que, si le concede un año de vida, le enseñaría a su caballo a hablar. Al rey le gusta la idea, a saber por qué. A lo mejor es fan de Mister Ed. El caso es que le concede el año. Más tarde, los amigos del tipo le

preguntan: «¿En qué estabas pensando? Los caballos no hablan». Y él responde: «Bueno, dispongo de un año. En ese tiempo puede pasar cualquier cosa: que se muera el rey, que se muera el caballo o que me muera yo. O que el caballo aprenda a hablar».

Estoy como una cuba. Ya lo creo. Tengo la cabeza llena de corregallos, caballos parlantes, fichas de dominó y amor no correspondido, y de repente necesito verla. Dejo la botella con muchísimo cuidado, aunque está vacía, porque no quiero cristales rotos en el corredor de los corregallos. Me empujo con la silla por el pasillo, despacito porque ya no coordino muy bien. El vigilante está al final, con cara de melancolía. No lo conozco mucho. Es un negro grandullón que se llama Dex.

—Hola, Dex —saludo al llegar a su lado—. Esto es una mierda, vámonos de fiesta. Quiero ver a Ronnie. —Me mira y niega con la cabeza. Yo insisto haciendo ojitos—. Venga, hombre.

¿Me dejará pasar? ¿La mierda flota? Ah, no, de ninguna manera. Me dice que tiene orden de no dejarme salir de aquí. Me pillo un cabreo enorme. No es justo. Quiero ver a Ronnie. Hago acopio de todas mis fuerzas y trato de esquivarlo, pero fallo por los pelos. Dex me corta el paso, agarra la silla de ruedas y la empuja. Salgo rodando marcha atrás hasta que una rueda se bloquea, se vuelca la silla y me caigo. Duele. Joder si duele. Si tuviera nariz, seguro que estaría sangrando.

—Quédate donde estás, puto engendro —me dice Dex.

Me echo a llorar. Que le jodan. Levanto la silla, me las arreglo para sentarme y me quedo mirándolo, igual que él está plantado mirándome a mí.

—Por favor —suplico, pero vuelve a negar con la cabeza—. Pues entonces ve a buscarla. Dile que quiero verla.

—Ella no quiere verte a ti —me dice sonriendo—. Está ocupada. Con el coronel Salazar.

Lo fulmino con la mirada, tratando de intimidarlo, pero no parece ni intimidado ni fulminado en lo más mínimo. No puede ser verdad. ¿Con el tontonel? ¿Con el viejo Sally Caraverde? Ni hablar, no es su tipo, estoy seguro de que no tiene tan mal gusto. Dime que no. Doy media vuelta como si volviera a mi cubículo, y Dex mira para otro lado. Lo he despistado, ea.

La habitación del Coco está al final del pasillo, después de la mía. Sigue todo como lo dejó. Enciendo el equipo y empiezo a apretar botones tratando de averiguar cómo funciona. Digamos que en este preciso momento no tengo la mente muy despejada, así que tardo un poco, pero lo consigo, y voy saltando por el chiringuito de Graham, de escena en escena, deleitándome con esas pequeñas estampas de la vida en los Estados Unidos, cortesía del ingenioso fantasma del Coco. Todas tienen su encanto. Hay una orgía en el comedor, encima de la mesa en la que Ronnie y yo solemos jugar al ajedrez. En la zona de la esclusa están peleándose dos vigilantes. Se ve que llevan un buen rato, porque tienen la cara tan ensangrentada que ni siquiera los reconozco; pero no paran, gruñendo y asestándose puñetazos con torpeza, ciegos,

espoleados por los que los rodean. Slim y Rafe están fumándose un porro apoyados en mi ataúd. Slim opina que deberían arrancar los cables y cargárselo todo para que no pueda irme a cabalgar en el tiempo. Rafe dice que sería más fácil reventarme la cabeza. Tengo la impresión de que ya no me quiere. Pues va a quedarse sin postal de Navidad. Por suerte para el corregallos, están demasiado colocados para hacer nada de nada. Después de mirar media docena de escenas más, busco la habitación de Ronnie a regañadientes. Y ahí está, follándose al coronel Salazar.

Como diría el Coco: ea. ¿Y qué esperabas?

No podría quererte tanto, amada, si no amase más el honor. Camina bella, como la noche. Pero no es tan bella, qué va. En 1808 había mujeres más guapas, y Bengt seguro que se las llevaba de calle, aunque apuesto a que Jágerhom le daba cien vueltas. Mi Verónica es solo la abeja reina de una colmena corrupta y envenenada. Ya han terminado. Están hablando, o más bien está hablando el tontonel, bendito sea. Está soltando su letanía del helado. Acaba de hacer el amor con Ronnie y ahora le habla de Sveaborg en la cama, el muy cabrón. «Hay un treinta por ciento de probabilidades de que acabe en matanza —dice—. Sveaborg es tremendamente fuerte, pero los rusos los superan en número. Si consiguen suficientes refuerzos, puede que los temores de Cronstedt se hagan realidad. Pero aun así funcionará. El magnicidio romperá todas las reglas; matarán a cuantos encuentren dentro, pero Sveaborg se convertirá en el Álamo sueco, y las bifurcaciones deberían converger otra vez. Es una gran oportunidad. El resultado será el mismo». Ronnie no lo escucha. Tiene una expresión que no le había visto nunca; está borracha, hambrienta y asustada. Se mueve, va bajando y se pone a hacerle una cosa que yo solo había visto en mis fantasías. No quiero seguir mirando; no, no, no.

El general Suchtelen, en una de sus inteligentes maniobras, había establecido su puesto de mando a las afueras de Helsinki. Cuando Sveaborg lo apuntó con sus cañones, uno de cada tres disparos cayó en la ciudad que la fortaleza debía proteger, hasta que Cronstedt ordenó el alto el fuego. Suchtelen se aprovechó de esa ventaja, como de todas las demás. Sus aposentos eran cómodos y espaciosos, y desde las ventanas se veía la imponente mole gris de Sveaborg, más allá de la blanca planicie de hielo y nieve. El coronel Bengt Anttonen la contempló taciturno mientras esperaba en la antesala con el otro mensajero de Cronstedt y los rusos que los habían llevado ante Suchtelen. Al cabo de un rato se abrieron las puertas para dar paso a un capitán ruso de tez morena.

—El general los recibirá ahora —anunció.

El guardia de la puerta se apartó para que entraran el capitán y los mensajeros suecos. El general Suchtelen estaba sentado detrás de un amplio escritorio de madera, con un edecán de pie a su derecha. Sobre el ancho y despejado tablero del escritorio había un tintero, un secante y los dos salvoconductos firmados que les permitirían atravesar las líneas rusas para llegar a Estocolmo y presentarse ante el rey de Suecia,

uno por el norte y el otro por el sur. Suchtelen dijo algo en ruso y el edecán lo tradujo. Se había dado orden de que les proporcionasen caballos, y tendrían monturas de refresco a lo largo del camino. Anttonen escuchó con una extraña sensación de vacío y desconcierto. Suchtelen iba a dejarlos partir. ¿De qué se sorprendía? Después de todo, era lo pactado. Esas eran las condiciones de la tregua. Mientras el intérprete hablaba, Anttonen se sentía cada vez más perdido y apático. Había conspirado para estar en ese lugar porque las voces se lo habían dicho, pero no sabía por qué ni qué tenía que hacer.

Le pusieron un salvoconducto en la mano. No supo si se debió al tacto del papel o a otro motivo, pero de pronto se encendió de furia, con una rabia tan feroz, ciega y arrolladora que el mundo pareció parpadear fugazmente y desaparecer, y se encontró en otro lugar, mirando unos cuerpos desnudos entrelazados en una habitación con paredes de bloques verde pálido. Al cabo de un instante volvía a estar allí, todavía lleno de rabia, aunque notaba que se iba calmando rápidamente, que recobraba la compostura. Todos estaban mirándolo. Sobresaltado, se dio cuenta de que había soltado el salvoconducto, se había llevado la mano a la empuñadura de la espada y tenía la hoja medio desenvainada. La luz que entraba por la ventana arrancaba un brillo pálido al metal. Los había cogido tan por sorpresa que no habían sido lo bastante rápidos para detenerlo. Suchtelen empezó a levantarse de la silla, moviéndose como a cámara lenta. Cámara lenta, pensó fugazmente Bengt, ¿qué era eso? Pero lo sabía, claro que lo sabía. La espada ya estaba completamente desenvainada. Oyó gritar al capitán a su espalda. El edecán comenzó a desenfundar la pistola, pero no era precisamente Tiro Loco McGraw. Bengt les llevaba la delantera, ea.

Sonrió, le dio la vuelta a la espada y se la ofreció, con la empuñadura por delante, al general Suchtelen.

—Mi espada, señor, y un cordial saludo del coronel Jägerhom —se oyó decir Bengt Anttonen casi con asombro—. Tiene la fortaleza en sus manos. El coronel propone que retrase un mes nuestra partida, y yo estoy de acuerdo. Si nos retiene aquí, tendrá la victoria asegurada. Si nos deja partir, ¿quién sabe qué desgraciado azar podría favorecer la llegada de la flota sueca? Falta mucho para el 3 de mayo. En ese tiempo, el rey puede morir, o puede morir su caballo, o tal vez muramos usted o yo. O quizá el caballo aprenda a hablar.

El intérprete guardó la pistola y tradujo; el otro mensajero protestó, pero fue en vano. Bengt Anttonen se encontraba poseído de una elocuencia que le habría dado envidia hasta a su buen amigo. Hablaba sin cesar. Tuvo un momento de extraña debilidad, cuando se le revolvió el estómago y la cabeza le dio vueltas, pero en el fondo sabía que no era nada alarmante, solo el efecto de las pastillas. Un monstruo estaba muriéndose muy lejos de allí, en un ataúd metálico lleno de noche, y ya no queda ninguno, ea. Un asedio llega a su fin mientras que otro seguiría y seguiría, pero ¿qué más le daba a Bengt? El mundo era una ostra grande, apetitosa, fría y llena de

perlas. Presintió que aquel era el comienzo de una hermosa amistad, y qué demonios, puede que al final les salvase el pellejo, si le apetecía, pero lo haría a su manera.

Al cabo de un momento, el general Suchtelen asintió y tendió la mano para coger la espada que le ofrecía.

El coronel Bengt Anttonen llegó a Estocolmo el tres de mayo del año de Nuestro Señor mil ochocientos ocho, con un mensaje para Gustavo IV Adolfo, rey de Suecia. Aquel mismo día, Sveaborg, la inexpugnable Sveaborg, el Gibraltar del Norte, se rindió al enemigo pese a la inferioridad rusa.

Al cese de las hostilidades, el coronel Anttonen renunció a su cargo en el Ejército sueco y se exilió, primero a Inglaterra y más tarde a los Estados Unidos. Se afincó en Nueva York, se casó, tuvo nueve hijos y se convirtió en un periodista famoso e influyente, muy respetado por su sagacidad para anticipar las tendencias futuras. Cuando no sucedía lo que había predicho, cosa que ocurría rara vez, Anttonen se quedaba muy sorprendido. Fue uno de los fundadores del Partido Republicano y sus escritos desempeñaron un papel decisivo en la elección de John Charles Fremont como presidente en 1856.

En 1857, un año antes de morir, Anttonen jugó contra Paul Morphy en un torneo de ajedrez en Nueva York y perdió, en una partida que pasaría a la posteridad. Su único comentario ulterior fue: «Podría haberle ganado al dominó», una frase que a los biógrafos de Morphy les encanta citar.

TRÁFICO DE PIEL

Willie percibió el olor de sangre a una manzana del piso de su amiga.

Titubeó y olfateo de nuevo el aire frío de la noche. Era otoño, el viento soplaba del río y olía a lluvia, pero el rastro, aquel rastro de olor de cobre, especias y fuego, era inconfundible. Conocía bien el olor de la sangre humana.

Un tipo pasó haciendo footing junto a él con una sudadera naranja que brillaba a la luz de la luna llena. Willie se internó aún más en las sombras. Había que ser idiota para correr a esas horas de la noche.

«Gilipollas», dijo para sus adentros, y el pensamiento se le escapó en forma de gruñido ronco. El deportista miró a su alrededor, sobresaltado. Willie se hundió más en la espesura. Tras unos segundos que parecieron horas, el corredor reanudó la marcha por el carril bici, aunque bastante más deprisa.

Willie se arriesgó y se aproximó más a la linde del parque, desde donde podría observar la calle de su amiga desde arriba, siempre al abrigo de los arbustos. Delante del edificio había dos coches patrulla con las luces centelleando. ¿En qué diantres se habría metido esta mujer?

Cuando oyó el sonido lejano de las sirenas y vio acercarse más luces rojas y azules, Willie estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico. El olor de la sangre lo impregnaba todo y le martilleaba la cabeza. Aquello era demasiado. Dio media vuelta y se adentró de nuevo en el parque a toda velocidad, sin importarle si lo veían o no: solo quería alejarse de allí. Corrió hacia el sur, rápido y silencioso, hasta que le faltó el aliento y jadeó con la lengua fuera. No estaba en forma. ¡Cómo añoraba la seguridad de su piso, su sofá favorito y un buen chute de inhalador para el asma!

No se detuvo hasta que llegó cerca del río, entre jadeos entrecortados, tembloroso, medio borracho de sangre y miedo. Se agazapó junto a un estribo del puente, observó los faros de los coches y escuchó los sonidos del tráfico para calmarse los nervios destrozados.

Por fin, cuando consiguió recuperarse, cazó una ardilla. La sangre caliente le supo deliciosa, y la carne hizo que se sintiera más fuerte, pero luego tuvo que vomitar una bola de pelo del puñetero animal.

—Como sea un truco para acostarte conmigo, te la cargas, Willie —le dijo Randi Wade con desconfianza.

El hombrecillo se miró en el espejo antiguo ovalado que colgaba sobre el sofá de Randi, ensayó unas cuantas caras y al final dio con una expresión ofendida que le pareció idónea. Se volvió para que la viera.

—¿Te parece que haría una cosa así? ¿Te parece que yo haría una cosa así?

Acudo a ti a pedirte ayuda y mira lo que me encuentro: insinuaciones sexuales de segunda. A estas alturas ya tendrías que conocerme mejor, Wade. Por Dios santo, ¿cuánto hace que somos amigos?

—El mismo tiempo que hace que intentas follarme —replicó Randi—. Reconócelo, Flambeaux, eres un salido de mierda.

—Oye, trabajar donde vives es de aficionados. —Willy tenía una gran habilidad para cambiar de tema. Se sentó en uno de los sillones orejeros de terciopelo rojo—. A ver, no me mal interpretes, tienes una casa preciosa. Me encantan todos estos muebles Victorianos y me muero por ver el dormitorio, pero una detective privada tiene que tener un despacho cochambroso en un barrio de mala muerte. Ya sabes, con puerta de cristal esmerilado, una botella en el cajón del escritorio, archivadores llenos de polvo...

—¿Tienes idea de lo que te cobran por uno de esos despachos cochambrosos en un barrio de mala muerte? —Randi sonrió—. Tengo contestador automático, estoy en las páginas amarillas...

—AAA-Wade, Investigaciones —señaló Willie con desdén—. ¿Cómo va a localizarte nadie? Te apellidas Wade, deberías estar en la W. Si Dios hubiera querido que estuviéramos todos en la A no habría inventado el resto de las letras. —Empezó a toser—. He pillado algo —se quejó como si fuera culpa de Randi—. ¿Vas a ayudarme o no?

—Hasta que no me digas qué pasa, no. —Pero ya había decidido ayudarlo. Willie le caía bien y estaba en deuda con él. Le había proporcionado trabajo cuando lo necesitaba y, de propina, su amistad. Hasta aquellos intentos constantes e inútiles de llevársela a la cama le parecían encantadores, aunque eso no lo reconocería nunca delante de él—. ¿Te detallo mis honorarios?

—¿Qué honorarios? —se ofendió Willie—. Y la amistad, ¿qué? ¿Y el recuerdo de los viejos tiempos? Esos tiempos en los que te pagaba las cenas...

—En tu vida me has pagado una cena.

—Ahora tendré yo la culpa de que rechazaras mis invitaciones.

—Para mí, dos raciones de pollo frito y un polvo rápido en un motel no es una invitación a cenar —replicó Randi.

Willie tenía el rostro alargado, lúgubre, capaz de una variadísima gama de expresiones. En aquel momento parecía como si acabaran de atropellar a su perrito.

—No habría sido un polvo rápido —repuso, herido en lo más profundo de su dignidad. Tosió otra vez y volvió a retrepase en el sillón. Entre los cojines rojos, tenía un aire ingenuo que resultaba extraño—. Esto va en serio, Randi. —De repente, sonó asustado.

Se habían conocido cuando la empresa de cobro de morosos de Willie Flambeaux tuvo que actuar contra ella por culpa de las facturas impagadas de su ex. En aquellos momentos no tenía ni trabajo, ni dinero, ni esperanza, y Willie se compadeció de ella y la contrató. Por mucho que detestara acosar a la gente para sacarle dinero, aquel

empleo le vino caído del cielo, y lo conservó el tiempo que tardó en pagar las deudas. La sonrisa torcida de Willie, sus constantes proposiciones y la inteligencia aguda de que hacía gala contribuyeron a mantenerla cuerda. Cuando Randi dejó los sabuesos del infierno, como Willie llamaba a los de la empresa de cobro, siguieron en contacto, aunque de manera esporádica.

En todo ese tiempo, Randi nunca lo había visto asustado, ni siquiera cuando largaba sus peroratas sobre la muerte inminente a la que estaba abocado por alguna de sus numerosas y atroces enfermedades sin diagnosticar. Se sentó en el sofá.

—Cuéntame qué pasa.

—¿Has visto en el *Courier* de esta mañana lo de la mujer asesinada en Parkway?

—Por encima, sí.

—Era amiga mía.

—Ay, Dios. —De pronto, Randi se sintió culpable por haberle hecho pasar un mal rato—. Lo siento mucho, Willie.

—Era una cría. Veintitrés años. Te habría caído bien, era un torbellino, y lista como ella sola. Llevaba en silla de ruedas desde el instituto. La noche del baile de promoción, su pareja se pasó con la bebida y se cabreó porque ella no quiso llegar hasta el final. En el camino de vuelta, pisó a fondo y se estrelló contra un camión. El muy imbécil murió en el acto. Joanie sobrevivió, pero con lesiones en la columna, y quedó paralizada de cintura para abajo. Nunca permitió que eso la detuviera; fue a la universidad, se licenció con matrícula de honor y consiguió un buen empleo.

—¿Ya la conocías cuando le pasó aquello?

—Qué va. —Willie negó con la cabeza—. Nuestros caminos se cruzaron hace un año. Había utilizado demasiado alegremente las tarjetas de crédito, ya sabes, esas cosas. Así que un día fui a su casa, le presenté a la señorita Tijeras, una cosa llevó a la otra y acabamos siendo amigos. Como tú y yo, más o menos. —La miró a los ojos—. El cadáver estaba mutilado. ¿Quién ha podido hacer una cosa así? Como si fuera poco matarla, encima... —Willie volvía a respirar con dificultad por culpa del asma. Hizo una pausa e inspiró hondo—. ¿Y qué coño significa eso? ¡Mutilada! Qué horror de palabra... Pero mutilada, ¿en qué sentido? ¿Qué pasa? ¿Ha vuelto Jack el Destripador?

—No lo sé. ¿Es importante?

—Para mí, sí. —Se pasó la lengua por los labios—. Hoy he llamado a la policía, y la cosa ha acabado en tablas. Yo me he negado a decirles mi nombre y ellos se han negado a darme información de ningún tipo. Luego he probado con la funeraria: velatorio con el ataúd cerrado, y luego al crematorio. A mí me parece que están ocultando algo.

—¿Como qué?

—Esto igual te parece raro, pero... —Se detuvo un instante y se pasó los dedos por el pelo. Estaba muy nervioso—. ¿Y si a Joanie la destrozó..., la mutiló..., quizá hasta la devoró en parte..., yo qué sé, una especie de animal?

Willie seguía hablando, pero Randi ya no escuchaba. La había invadido un frío antiguo y gris, lleno de miedo. De pronto, volvía a tener doce años y estaba en la puerta de la cocina mientras su madre emitía aquel sonido, aquel espantoso gemido agudo, aquel aullido. Los hombres seguían intentando decirle algo, hacerle comprender... «Una especie de animal», dijo uno. Su madre no parecía oír, no parecía entender, pero Randi sí. Cuando repitió aquellas mismas palabras en voz alta, todas las miradas se volvieron hacia ella y uno de los polis dijo: «Dios, la cría». Todos se quedaron mirándola hasta que por fin su madre se levantó y la llevó a la cama. Se echó a llorar sin control mientras la arropaba... Su madre, su madre lloraba. Randi no. No lloró entonces, ni en el funeral, ni en todos los años que siguieron.

—Oye, ¿te encuentras bien? —le estaba preguntando Willie.

—Perfectamente —replicó con brusquedad.

—Joder, no me pegues esos sustos, que bastantes problemas tengo ya, por si no te has dado cuenta. Tenías una cara que... Uf, no sé qué cara tenías, pero no me gustaría encontrármela de noche en un callejón oscuro.

—El periódico decía que a Joan Sorenson la asesinaron. —Clavó en él una mirada severa—. El ataque de un animal no es un asesinato.

—No me vengas con tecnicismos, Wade. No sé nada, no sé si había un animal de por medio. Igual lo que pasa es que estoy loco, o paranoico, o lo que te dé la gana. En el periódico no mencionan los detalles macabros. En el puto periódico no mencionan muchas cosas. —Willie respiraba muy deprisa, y no paraba de removerse en el sillón ni dejaba de tamborilear en el brazo con los dedos.

—Haré lo que pueda, pero, con un caso así, la policía irá a saco. No creo que yo pueda aportar mucho más.

—La policía —repitió, hosco—. No me fío de la policía. —Negó con la cabeza—. Randi, si escarban en su vida, mi nombre saldrá a relucir. Seguro que tiene mi número o lo que sea.

—Así que lo que te da miedo es que te consideren sospechoso, ¿no?

—Yo qué sé, podría ser.

—¿Tienes coartada?

—No. —Willie se quedó mustio—. La verdad es que no. O sea, nada que se pueda presentar en un tribunal. Tenía... Tenía que verme con ella esa noche. Mierda, igual hasta lo puso en la agenda. El caso es que no quiero que empiecen a indagar.

—¿Por qué no?

—Hasta los saqueadores profesionales como yo guardamos algún que otro secreto. Imagínate que encuentran esas fotos que tengo en las que sales desnuda. —No consiguió arrancarle una sonrisa. Willie sacudió la cabeza—. De verdad, parece que la policía no tenga nada mejor que hacer que ir por ahí investigando asesinatos. Hace más de un año que no me ponen una multa de tráfico. ¿Adonde va a ir a parar esta ciudad? —Volvía a respirar con dificultad—. Ya estoy acelerándome otra vez. Coño, Wade, es por tu culpa, seguro que llevas bragas con agujero, se nota hasta con

los vaqueros. —Willie la miró con gesto acusador. Sacó el inhalador del bolsillo de la chaqueta, se metió la cánula de plástico en la boca, lo apretó y respiró con ansia.

—¿Estás mejor?

—Oye, lo de hacer lo que puedas ¿incluye quitarte la ropa?

—No —replicó Randi con firmeza—, pero voy a aceptar el caso.

La calle River no era una de las mejores de la ciudad, pero a Willie le gustaba. Los señores de dinero de los riscos disfrutaban de las «vistas al río» desde las buhardillas y las azoteas de sus antiguas mansiones victorianas, pero a Willie el río le pasaba justo por debajo de las ventanas. Tenía su rumor día y noche. Tenía el batir del agua contra los pilares de madera, las sirenas cuando espesaba la niebla, los gritos alegres procedentes de las embarcaciones de recreo durante las tardes soleadas de domingo. Tenía la luz de la luna reflejada en las aguas negras y hasta su atracadero privado, medio podrido, donde se sentaba cuando le apetecía estar a solas a medianoche. Tenía once habitaciones que antes habían sido despachos, un aseo para caballeros (con urinario) y un aseo para señoras (con dispensador de tampones), suelos de madera noble, hermosas claraboyas antiguas, y si algún día conseguía que le aprobaran el préstamo, pondría una cocina sí o sí. También tenía una fábrica de cerveza abandonada en la planta baja, por si alguna vez le daba por producir la suya propia. El edificio de ladrillo rojo, plagado de corrientes, había cumplido un siglo, el mismo tiempo que hacía que la plana se consideraba un barrio poco recomendable. Lo que no estaba clausurado con tablones se había dedicado a uso industrial, así que Willie no tenía muchos vecinos, y eso era para él la mayor ventaja del lugar.

Tampoco existían problemas de aparcamiento. Willie conducía un gigantesco Cadillac antiguo de color verde lima cromado, todo alerones, que dejó junto al atracadero, en la puerta de casa. Tardó cinco minutos en abrir todos los cerrojos. Willie creía que los cerrojos eran necesarios, sobre todo en la calle River. La fábrica de cerveza estaba oscura, en silencio. Volvió a cerrar y a atrancar la puerta y subió al piso donde vivía.

Estaba más asustado de lo que le había dicho a Randi. Ya se había alarmado la noche anterior cuando captó el olor a sangre y se imaginó que Joanie había hecho una estupidez, pero al leer el periódico del día siguiente y enterarse de que su amiga era la víctima, de que la habían torturado, asesinado y mutilado... Por el amor de Dios, ¡mutilada! ¿Qué diantres querían decir con eso? ¿Acaso uno de los otros había...? No, no quería ni pensarlo, le entraban náuseas.

En los tiempos en que la fábrica de cerveza aún estaba operativa y producía beneficios, su sala de estar era el despacho del presidente de la compañía. Estaba orientada al río y, en opinión de Willie, dadas las circunstancias, el mobiliario era bonito. No había dos piezas que combinaran, pero eso daba igual. Había ido eligiendo los muebles uno a uno a lo largo de los años: los nuevos procedían de embargos; los antiguos saldaban deudas antiguas e imposibles de cobrar. Willie siempre se las arreglaba para sacar algún beneficio, lo que fuera, incluso de clientes y cuentas que

cualquier otro habría anotado como pérdidas. Si se trataba de algo que le gustaba, pagaba al cliente de su bolsillo aunque fueran diez o veinte centavos por dólar y se quedaba los muebles. Así había conseguido algunas gangas sensacionales.

Acababa de poner agua a hervir en el hornillo cuando sonó el teléfono.

Willie se dio la vuelta y lo miró con el ceño fruncido. Casi le daba miedo responder. Podía ser la policía... Pero también podía ser Randi o cualquier otro amigo, alguien del todo ajeno al asunto. Apretó los labios y descolgó.

—Buenas tardes, William. —Willie sintió como si alguien le pasara un dedo helado por la columna. La voz de Jonathan Harmon era sonora y melosa, y le ponía los pelos de punta—. Hemos estado tratando de localizarte.

«Ya me lo imaginaba», pensó Willie.

—Bueno, sí, es que he estado fuera.

—Te habrás enterado de lo de la minusválida, ¿no?

—Joan —replicó Willie con tono brusco—. Se llamaba Joan. Sí, me he enterado. Lo único que sé es lo que he leído en el periódico.

—El dueño del periódico soy yo —le recordó Jonathan—. Nos hemos reunido en Rocanegra para hablar de esto, William. Zoé y Amy ya están aquí, y Michael llegará en cualquier momento. Steven ha ido a recoger a Lawrence. Si te parece bien, pasará también por tu casa.

—No, gracias —rechazó Willie—. Me parece fatal. —Soltó una carcajada teñida de pánico.

—Puede que estés en peligro, Willie.

—Ya, claro. ¡Serás cabrón! ¿Me estás amenazando o qué? Para que lo sepas: he dejado por escrito todo lo que sé, todo, y he entregado copias a un par de buenos amigos. —No era cierto, pero de repente le pareció una idea excelente—. Si acabo como Joanie, entregarán esas cartas a la policía, ¿entendido?

Casi se esperaba que Jonathan le dijera con toda tranquilidad «El dueño de la policía soy yo», pero al otro lado de la línea se hizo el silencio, seguido de un suspiro.

—Entiendo que estés disgustado por lo de Joan...

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre con tu sucia boca —lo interrumpió Willie—. No tienes derecho a decir una puta mierda de ella. Ya sé qué opinabas de ella, así que escúchame bien, Harmon. Si resulta que tú o el cabrón de tu hijo tenéis algo que ver con lo que le ha pasado, una noche de estas voy a subir a Rocanegra y os voy a matar con mis propias manos, te lo juro. Era una chica estupenda, era..., era...

De pronto, por primera vez desde lo sucedido, tenía la mente llena de ella: su cara, su risa, su olor cuando se excitaba, el movimiento elegante de sus músculos cuando corría junto a él, los sonidos que emitía cuando se unían sus cuerpos... Todo se le agolpó en la cabeza, y Willie notó que las lágrimas le corrían por la cara. Sentía una opresión en el pecho, como si le estuvieran estrujando los pulmones con abrazaderas de hierro. Jonathan estaba diciendo algo, pero Willie colgó bruscamente sin prestarle atención y arrancó el cable de la pared. El agua que había puesto a hervir

borboteaba alegremente. Rebuscó en el bolsillo, se administró una buena dosis del inhalador y luego metió la cabeza en el vapor hasta que consiguió volver a respirar. Las lágrimas se le secaron; la pena, no.

Un poco más tarde recordó las cosas que había dicho y las amenazas que había proferido y le entró tal ataque de pánico que tuvo que bajar a comprobar de nuevo todos los cerrojos.

La plaza Courier era un lugar sumido en la decadencia. Los grandes almacenes se habían trasladado a las afueras; los grandiosos cines antiguos se habían convertido en multicines o salas porno; los antes modernísimos escaparates albergaban librerías para adultos y consultas de videntes. Si Randi hubiera querido un despacho sórdido en un barrio poco recomendable, sin duda lo habría encontrado en la plaza Courier. La poca vitalidad que quedaba allí se la daba el periódico.

El edificio del *Courier* era una herencia del pasado, de cuando aquella zona todavía era el corazón de la ciudad, y el periódico, su alma. El viejo Douglas Harmon, que siempre decía, viniera a cuento o no, que estaba hecho de la misma pasta que Hearst y Pulitzer, veía el periodismo casi como una vocación religiosa, y el edificio neogótico que erigió para albergar su diario parecía el resultado de un malhadado cruce entre el edificio Chrysler y una catedral abominable. Cinco décadas de contaminación habían ennegrecido la fachada de granito, a lo que contribuyó la lluvia ácida corroyendo las gárgolas en forma de cabeza de lobo que gruñían amenazadoras en las paredes. Sin embargo, las monstruosas prensas antiguas del sótano seguían funcionando con la precisión de un reloj y Harmon seguía contemplando la ciudad desde el despacho del editor, en la cúspide del Chapitel de Hierro. Proporcionaba a la plaza, y también a la ciudad, cierta sensación de continuidad.

Randi entró en el vestíbulo en pleno chaparrón. El suelo de mármol negro estaba húmedo y resbaladizo. Llevaba una gabardina Burberry que le quedaba enorme, recuerdo de la última pelea con su exmarido: la había pagado, así que por sus muertos que iba a usarla. Había un guardia de seguridad sentado tras el gran mostrador de recepción en forma de herradura, bajo una pared llena de relojes que tiempo atrás habían marcado la hora de mil lugares del mundo. La mayoría estaban averiados; las manecillas congeladas provocaban un efecto de disonancia cronológica. La tarde era oscura; el vestíbulo, sombrío, ventoso, tan frío como la expresión del guardia. Randi se quitó el sombrero, se sacudió la cabellera y le dedicó una sonrisa encantadora.

—Vengo a ver a Barry Schumacher.

—Redacción. Segunda planta.

El guardia apenas le dedicó una mirada antes de volver a concentrarse en la revista de *bondage* que tenía en el regazo. Randi arrugó la nariz y se alejó, envuelta en el sonido de sus tacones repiqueteando en el mármol.

El ascensor era una jaula de hierro negro forjado que, entre traqueteos y

sacudidas, tardó una eternidad en llegar a la segunda planta, la de noticias locales. Schumacher estaba solo, sentado a su mesa, fumando mientras contemplaba las calles lluviosas desde la ventana.

—No te pierdas esto —dijo cuando Randi llegó junto a él. Una prostituta con minifalda de cuero se resguardaba bajo la marquesina ennegrecida del Castillo. La lluvia le había empapado la fina blusa blanca, que se le pegaba a los pechos—. Tanto daría que llevara las tetas al aire. Y tenía que ponerse ahí, delante del Castillo? El primer cine del estado donde se proyectó *Lo que el viento se llevó*, ¿a que no lo sabías? Todas las películas importantes se estrenaban ahí. —Apretó los labios, giró la silla y apagó el cigarrillo—. Qué mierda.

—Yo lloré cuando murió la madre de Bambi —apuntó Randi.

—¿En el Castillo?

—Mi padre me llevó a verla, pero él no lloró. Solo lo vi llorar una vez, mucho más adelante, y no fue por culpa de una peli.

—Frank era un gran tipo —dijo Schumacher, casi por obligación.

Schumacher rondaba ya la edad de la jubilación, le sobraba peso y le faltaba pelo, pero seguía vistiendo de manera impecable, y Randi recordó al joven reportero que, en sus tiempos, había sido todo un calavera. Durante años no se perdió ni una de las partidas de póquer que organizaba su padre los miércoles por la noche. Siempre hacía ver que Randi era su novia, que estaba esperando a que creciera para casarse. Ella se partía de risa. Pero ese había sido otro Barry Schumacher; el que tenía delante parecía no haber reído desde los tiempos de Kennedy.

—¿Qué se te ofrece?

—Un poco de información: la que no habéis publicado sobre el asesinato de Parkway. —Se sentó frente a él.

Barry apenas reaccionó. Tras la muerte de su padre casi no lo había visto, y en cada ocasión lo había encontrado más macilento, más agotado, como si por cada poro se le estuviera escapando la pasión, la risa, la rabia, todo.

—¿Qué te hace pensar que hay algo que no hemos publicado?

—Por si no te acuerdas, mi padre era poli. Ya sé cómo van las cosas en esta ciudad: a veces la policía te pide que no publiques algo.

—Nos lo piden —corroboró Barry—. Pero una cosa es que nos lo pidan y otra que lo hagamos. A veces no mencionamos un dato clave para ayudarlos a descartar las confesiones falsas, ya sabes. —Hizo una pausa para encender otro cigarrillo.

—¿Y esta vez?

—Un caso de mierda. —Barry se encogió de hombros—. De lo más feo. Pero hemos informado, ¿no?

—El artículo decía que la víctima fue mutilada. ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Hay un diccionario allí, en el escritorio del corrector, por si quieres consultarlo.

—No quiero consultarlo —replicó Randi con más brusquedad de la necesaria.

Barry se estaba comportando como un idiota; no se lo esperaba de él—. Sé muy bien qué significa.

—Entonces lo que dices es que deberíamos haber publicado todos los detalles jugosos. —Barry se retrepó en la silla y dio una larga calada al cigarrillo—. ¿Sabes lo que le hizo Jack el Destripador a su última víctima? Entre otras cosas, le cortó los pechos a rebanadas, como si estuviera trinchando un pavo, y las dispuso una encima de otra al lado de la cama con la mayor pulcritud, rematadas por los pezones. —Expulsó una bocanada de humo—. ¿Esos detalles quieres? ¿Sabes cuántos críos leen el *Courier* a diario?

—Me importa un rábano lo que pongas en el *Courier* —replicó Randi—. Lo que necesito es saber la verdad. ¿Estás diciéndome que a Joan Sorenson le cortaron los pechos?

—No he dicho eso.

—No, porque no has dicho nada. ¿La mató una especie de animal?

Aquello sí que pinchó en nervio. Schumacher alzó la vista como un resorte; sus miradas se cruzaron, y por un instante Randi vio en aquellos ojos cansados, tras las gafas de montura metálica, un atisbo del amigo que había sido.

—¿Un animal? —preguntó en voz baja—. ¿Eso crees? Así que no se trata de Joan Sorenson, ¿verdad? Es por tu padre. —Barry se levantó y rodeó el escritorio. Le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos—. Déjalo ya, Randi, cariño. Yo también quería a Frank, pero está muerto, lleva muerto..., coño, casi veinte años. El forense dijo que lo había matado un perro rabioso o algo así. Fin de la historia.

—No encontraron rastros de rabia; lo sabes tan bien como yo. Mi padre vació el cargador. ¿Sabes de muchos perros rabiosos que reciban seis balazos de un 38 y sigan mordiendo?

—Puede que fallara —apuntó Barry.

—¡No falló! —le espetó Randi. Se apartó de él—. Ni siquiera pudo tener un funeral con el ataúd abierto, porque el cuerpo estaba casi... —Pese al tiempo transcurrido, le seguía costando decirlo sin sentir arcadas, pero ya era mayorcita, así que hizo acopio de fuerzas—. Devorado —terminó en voz baja—. Y nunca encontraron ningún animal.

—Seguro que Frank le metió un par de balazos; después de matarlo, el bicho de mierda se arrastraría por ahí hasta morir. —En la voz de Barry había un atisbo de dulzura. De nuevo cogió a Randi y la volvió hacia sí—. Puede que sucediera así y puede que no. Fue una mierda, cariño, pero han pasado dieciocho años, y no tiene nada que ver con lo de Joan Sorenson.

—Entonces dime qué le ha pasado.

—Mira, no debería... —Titubeó un instante y se humedeció los labios, nervioso—. La mataron con un cuchillo; lo dice el informe policial. Fue un loco con un cuchillo. —Se sentó en el borde del escritorio y el tono cínico de siempre volvió a aparecer en su voz—. Ha debido de ser un pirado que ha visto demasiadas películas

de fiestas. Ya sabes, *Halloween*, *Viernes 13*... No hay fecha señalada que no tenga su peli.

—Vale. —Randi supo al instante que ya no le sacaría nada más—. Gracias.

El periodista asintió, pero no la miró.

—No sé de dónde salen esos rumores. Lo que nos faltaba: que la gente empiece a creer que hay un animal salvaje suelto que va por ahí matando gente. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Oye, y a ver si nos vemos más, ¿eh? Ven a cenar a casa cuando quieras. Adele siempre pregunta por ti.

—Dale recuerdos. —Se detuvo en la puerta—. Barry... —Él alzó la vista y esbozó una sonrisa forzada—. Cuando encontraron el cadáver, ¿no faltaba nada?

—No —respondió tras un instante de vacilación.

Barry siempre perdía en las timbas de póquer. No es que jugara mal, decía su padre, pero los ojos lo delataban cada vez que iba de farol.

Igual que lo habían delatado en ese momento. Barry Schumacher estaba mintiendo.

El timbre estaba averiado, por lo que tuvo que llamar con los nudillos. No obtuvo respuesta, pero Willie no se dejó engañar.

—Sé que está en casa, señora Juddiker —gritó por la ventana—. La tele se oye a una manzana de distancia. La ha apagado al verme llegar. No lo ponga más difícil, ¿vale? —Golpeó la puerta otra vez—. No pienso marcharme, así que abra.

Dentro de la casa, un niño empezó a decir algo, pero lo hicieron callar rápidamente. Willie suspiró. Aquello era lo que menos le gustaba. ¿Por qué siempre tenían que hacerle pasar por lo mismo? Sacó una tarjeta de crédito, abrió la puerta y entró en la penumbra de la sala de estar, casi imaginando los gritos con los que iban a recibirlo. Pero en lugar de eso se encontró con un silencio perplejo.

Los tres, una mujer y dos niños, lo miraban. Las persianas estaban bajadas, y las cortinas, corridas. La mujer llevaba puesto un albornoz blanco y parecía aún más joven de lo que había sugerido su voz al teléfono.

—No puede entrar así —le dijo.

—Pues es lo que acabo de hacer. —Al cerrar la puerta, la estancia había quedado completamente a oscuras, y se puso nervioso—. ¿Le importa si enciendo la luz?

Nadie respondió, así que apretó el interruptor. El mobiliario destartado parecía proceder del Ejército de Salvación, a excepción del gigantesco televisor que ocupaba el rincón opuesto de la estancia. La hija mayor, una chiquilla de unos cuatro años, se había puesto delante de él como si quisiera protegerlo. Willie le sonrió, pero la niña no le correspondió.

Willie se volvió hacia la madre, una joven con la nariz salpicada de pecas que aparentaba veinte años o menos. Era morena y guapa, a pesar de sus kilillos de más.

—Tiene que ponerle una cadena a la puerta —le dijo—. Y no sirve de nada jugar con nosotros, los sabuesos del infierno, a «no hay nadie en casa», ¿sabe? —Se sentó

en un sillón reclinable de polipiel negra, que mantenía su integridad gracias a una tonelada de cinta aislante—. ¿Tiene algo de beber? Coca-Cola, zumo, leche, lo que sea. Es que llevo un día... —Nadie hizo el menor ademán; nadie dijo nada—. Jo, ya le vale. No voy a obligarla a vender a los niños para hacer experimentos médicos; solo quiero hablar del dinero que debe, ¿de acuerdo?

—Se va a llevar la televisión —replicó la madre.

Willie echó un vistazo a la monstruosa pantalla y se estremeció.

—Está usada y pesa un quintal. ¿Cómo voy a mover semejante trasto, con mis problemas de espalda? Además, tengo asma. —Sacó el inhalador del bolsillo y se lo enseñó—. Si lo que quiere es matarme, oblígueme a llevarme esa tele.

Con aquello, la tensión se relajó un poco.

—Bobby, ve por una lata de refresco —ordenó la madre. El niño corrió a buscarla mientras ella se sentaba en el sofá sujetándose el albornoz por delante para que no se le abriera. Willie advirtió que no llevaba nada debajo. ¿Tendría pecas también en los pechos? Era algo muy habitual—. Ya se lo dije por teléfono: no tenemos dinero. Mi marido se ha largado. Estaba sin trabajo desde que cerró la planta.

—Ya lo sé. —Con «la planta» se refería a la planta de cárnicos, que era como todos preferían llamar al matadero de la zona sur, la mayor fuente de empleo de la ciudad hasta que cerró hacía ya dos años. Willie sacó una libreta del bolsillo y pasó unas hojas—. A ver. Usted compró la televisión a crédito, pagó dos plazos y luego se mudó sin dar la nueva dirección. Todavía debe dos mil ochocientos dieciséis dólares con treinta y un centavos. Nos vamos a olvidar de los intereses y los recargos, ¿vale?

Bobby volvió con una lata de refresco *light* de jengibre al chocolate. Willie reprimió un escalofrío y la abrió.

—Salid a jugar al patio —ordenó la mujer a los niños—. Los mayores tenemos que hablar. —Pero, en cuanto salieron, dejó de parecer mayor; Willie temió que se echara a llorar. No soportaba que lloraran—. Ed fue quien compró la tele —le dijo con voz trémula—. No fue culpa suya, le llegó la tarjeta por correo...

La cantinela de siempre: reciben una tarjeta de crédito por correo y al día siguiente corren a comprar lo más grande que encuentran.

—Mire, es obvio que ya tiene bastantes problemas. Dígame dónde puedo localizar a Ed y le sacaré el dinero.

—Usted no conoce a Ed. —Soltó una risotada amarga—. En la planta llevaba a cuestras media vaca, ¡no se imagina los brazos que tiene! Como le toque las narices, le arrancará la cabeza y se la meterá por el culo.

—Qué imagen tan encantadora. Me muero por conocerlo.

—¿Y no le contará que he sido yo quien le ha dicho dónde encontrarlo? —inquirió, nerviosa.

—Palabra de boy scout. —Willie alzó la mano derecha en un vago ademán de explorador, aunque la lata de refresco de jengibre le estropeó bastante el efecto.

—¿Usted fue boy scout?

—No —reconoció—, pero había unos que siempre me pegaban cuando era pequeño.

Con aquello consiguió hacerla sonreír.

—Como quiera, pero va a cavarse su propia tumba. Ahora vive con una zorra, no sé dónde, pero los fines de semana trabaja en un bar, el Squeaky.

—Lo conozco.

—No es un empleo serio —añadió, pensativa—. No lo declara ni nada, así sigue cobrando el paro. ¿Y cree que alguna vez me manda algo para los niños? ¡Claro que no!

—¿Cuánto calcula que le debe?

—Mucho.

—Mire, no me gusta meterme donde no me llaman, pero ya estoy metido. —Willie se levantó—. Si quiere, cuando hable con Ed del televisor, veré qué puedo conseguir para usted. Todo muy profesional, no vaya a pensar. Me llevo un porcentaje de lo que consiga y le doy el resto. Puede que no sea gran cosa, pero menos da una piedra, ¿no?

—¿De verdad? —Se quedó mirándolo, atónita.

—Claro, mujer, ¿por qué no? —Abrió la cartera y sacó un billete de veinte dólares—. Tenga, un anticipo. Ya me lo devolverá Ed. —La mujer lo miró, incrédula, pero no rechazó el dinero. Willie se metió la mano en el bolsillo del abrigo—. Quiero presentarle a alguien. —Siempre llevaba encima varios pares de tijeras baratas. Sacó un par y se lo puso en la mano—. Esta es la señorita Tijeras. De ahora en adelante será su mejor amiga. —La mujer lo miró como si se hubiera vuelto loco—. La próxima vez que le llegue una tarjeta de crédito por correo, preséntele a la señorita Tijeras, y así no tendrá que vérselas con gilipollas como yo nunca más.

Ya estaba abriendo la puerta cuando la muchacha lo alcanzó.

—Oiga, no me ha dicho cómo se llama.

—Willie.

—Yo soy Betsy. —Se echó hacia delante para darle un beso en la mejilla y el albornoz se le abrió un poco, lo justo para permitirle atisbar los pechos menudos que había debajo. Tenía pecas, sí, y los pezones grandes y oscuros. Betsy se lo cerró al tiempo que retrocedía—. No eres ningún gilipollas, Willie —le dijo mientras cerraba la puerta.

Willie bajó las escaleras sintiéndose casi humano, mejor que en ningún momento desde la muerte de Joanie. El Caddy lo aguardaba aparcado junto al bordillo, con la capota echada para resguardarlo de la lluvia intermitente que lo había perseguido por la ciudad toda la mañana. Subió al coche, arrancó y echó un vistazo al retrovisor, y justo en ese momento vio que se incorporaba un hombre en el asiento trasero.

Los ojos del espejo eran de un azul muy claro. A veces, cuando el río volvía a su cauce tras las crecidas primaverales, a lo largo de las riberas quedaban charcos de agua estancada, maloliente y fría, y quien los veía no podía evitar preguntarse cuán

profundos serían y si habría algo vivo en aquella oscuridad. Así eran aquellos ojos, hundidos en un rostro sombrío y demacrado, enmarcados por un cabello castaño lacio que le llegaba a los hombros. Willie se dio la vuelta.

—¿Qué coño hacías ahí? ¿Echarte una siesta? Me sabe mal decírtelo, Steven, pero este vehículo es una de las pocas cosas de esta ciudad que no pertenece a los Harmon. Me parece que has sido víctima de una pequeña confusión. ¿O te has creído que es un banco del parque? Mira, sin acritud: si quieres, te llevo de vuelta al parque y te compro un periódico para que te abrigues.

—Jonathan quiere verte —replicó Steven con esa voz monótona, fría, tan inexpresiva y muerta como su semblante.

—Qué bien, me alegro por él, pero igual a mí no me apetece verlo. ¿Te lo has planteado? —Estaba jodido y lo sabía. Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no salir corriendo.

—Jonathan quiere verte —repitió Steven, como si Willie no le hubiera entendido.

Le puso una mano en el hombro. Tenía dedos de mujer, largos y delicados, y la piel fina y blanca, pero en la palma lucía un laberinto de cicatrices de quemaduras, como marcas de hierro al rojo vivo, y las yemas estaban en carne viva, llenas de sangre y costras. Clavó aquellos dedos en el hombro de Willie con una fuerza salvaje, inhumana.

—Arranca —dijo, y Willie arrancó.

—Lo siento —dijo la recepcionista de la policía—. El jefe tiene la agenda completa hoy. Le puedo dar cita para el jueves.

—No quiero hablar con él el jueves. Quiero hablar con él ahora.

Randi no soportaba la comisaría; estaba llena de polis. En su opinión, los había de tres tipos: los que veían a una mujer guapa a la que tirar los tejos, los que veían a una detective privada que los incordiaba y los viejos que veían a la hijita de Frank Wade y sentían pena por ella. Los primeros y los segundos la molestaban; los terceros la cabreaban hasta límites insospechados.

—Ya se lo he dicho, no es posible. —La recepcionista apretó los labios con gesto reprobatorio.

—Usted dígame que estoy aquí, y ya verá como me recibe.

—Ahora mismo está reunido y le aseguro que no quiere que lo interrumpan.

Randi ya estaba más que harta. Llevaba todo el día trabajando y todavía no había conseguido nada.

—Voy a ver si es verdad —respondió con su voz más dulce. Rodeó rápidamente el mostrador y empujó la portezuela de madera.

—¡Eh, no puede pasar! —chilló con rabia la recepcionista.

Pero Randi ya estaba abriendo la puerta. El jefe de policía Joseph Urquhart estaba sentado a un escritorio antiguo de madera abarrotado de carpetas, hablando con la forense. Los dos alzaron la vista cuando se abrió la puerta. Urquhart era un hombre

alto, fuerte, de sesenta y pocos años. El poco pelo que le quedaba era aún rojo, pero ya tenía las cejas blancas.

—¿Qué coño...?

—Siento entrar así, pero Miss Simpatía se ha puesto un poco borde —replicó Randi, con la recepcionista pisándole los talones.

—Señorita, esto es una comisaría y la voy a echar de aquí de una patada en el culo —gruñó Urquhart al tiempo que se levantaba—, a menos que le des ahora mismo un abrazo a tu tío Joe, claro.

Randi se le acercó sonriente por la alfombra de piel de oso. Lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho, y él la estrujó. La puerta se cerró a sus espaldas, quizá con demasiado estrépito. Randi se separó.

—Te he echado mucho de menos —dijo.

—Seguro —replicó él con tono desaprobatorio—. Por eso vienes tan a menudo.

Joe Urquhart había sido el compañero de su padre muchos años, en los viejos tiempos, cuando los dos iban de uniforme. Siempre estuvieron muy unidos, tanto que los Urquhart eran como tíos para Randi. Su hija mayor le había hecho de canguro, y Randi devolvió el favor cuidando de la hermana pequeña. A la muerte de su padre, Joe veló por su madre y por ella. Ayudó en todo lo relativo al funeral y al papeleo, y se encargó de gestionar el fondo de pensiones para pagarle la universidad a Randi. Pero, aun así, nunca volvió a ser lo mismo, y las familias se fueron distanciando, sobre todo cuando falleció su madre. Randi ya solo lo veía un par de veces al año, lo que la hacía sentirse culpable.

—Lo siento. Ya sabes que me gustaría veros más, pero...

—Nunca tienes tiempo para nada, ¿verdad?

La forense carraspeó. Sylvia Cooney era toda una institución: una mujer corpulenta y brusca de edad indeterminada, con la constitución de una hormigonera, el cabello de color acero recogido en un moño prieto y el rostro cuadrado sin arrugas. Era la forense desde que Randi recordaba.

—Si molesto... —dijo.

—No, no —la detuvo Randi—. Quería preguntarle sobre Joan Sorenson. ¿Cuándo tendrá los resultados de la autopsia?

Cooney echó una mirada rápida al jefe y luego volvió a posarla en Randi.

—No puedo decirle nada. —Salió del despacho y cerró la puerta con delicadeza.

—Aún no se han hecho públicos —le explicó Joe Urquhart. Volvió a sentarse al escritorio y le hizo un gesto—. Ponte cómoda.

Randi se acomodó en una silla y dejó vagar la mirada por el despacho. Una pared estaba cubierta de diplomas, certificados y fotografías enmarcadas. Allí estaba su padre con Joe, los dos tan jóvenes que daban ganas de llorar; dos críos de uniforme sonriendo delante del coche patrulla. Sobre las fotografías destacaba una cabeza de alce que la miraba con ojos vidriosos. En las otras paredes había más trofeos.

—¿Todavía cazas? —le preguntó.

—Hace años que no —suspiró Urquhart—. Nunca tengo tiempo. Tu padre no paraba de meterse conmigo; decía que, si alguna vez mataba a alguien estando de servicio, pondría la cabeza disecada en la pared. Pero un día tuve que matar, y el chiste dejó de tener gracia. —Frunció el ceño—. ¿Por qué te interesa Joan Sorenson?

—Por trabajo.

—¿No se sale un poco de lo tuyo?

—No elijo los casos. —Randi se encogió de hombros.

—Vales demasiado para malgastar la vida husmeando en moteles —replicó Urquhart. En aquel tema, siempre chocaban—. No es tarde para que entres en la policía.

—No —replicó. No intentó explicárselo: sabía por experiencia que no había forma de hacérselo entender—. Esta mañana he ido a los archivos para ver el informe de Sorenson. Ha desaparecido y nadie sabe dónde está. Tengo los nombres de los polis que acudieron al lugar de los hechos, pero por lo visto están tan ocupados que no pueden hablar conmigo. Ahora me entero de que los resultados de la autopsia tampoco van a hacerse públicos. ¿Te importaría decirme qué está pasando?

Joe echó un vistazo hacia la ventana, a su espalda. La lluvia seguía deslizándose por los cristales.

—Es un caso muy delicado, y no quiero que los medios de comunicación saquen las cosas de quicio.

—Yo no soy un medio de comunicación —apuntó Randi.

Urquhart se giró en la silla.

—Tampoco eres policía, pero porque no te ha dado la gana. No quiero que te metas en esto, Randi, ¿entendido?

—Te guste o no, ya estoy metida —replicó. No le dejó tiempo para discutir—. ¿Cómo murió Joan Sorenson? ¿La atacó un animal?

—No, no fue un animal, y es la última pregunta que respondo. —Suspiró—. Ya sé que la muerte de Frank te afectó mucho, Randi. Para mí tampoco fue fácil, por si no te acuerdas. Me llamó porque necesitaba refuerzos, y no llegué a tiempo. Eso no se me olvidará jamás. —Sacudió la cabeza—. Tienes que pasar página y dejar de imaginarte cosas.

—No estoy imaginándome nada —estalló Randi—. Ya casi ni me acuerdo de aquello. Esto es otra cosa.

—Como quieras —replicó Joe. Había un montoncito de carpetas en una punta del escritorio, cerca de Randi. Urquhart las cogió y les dio unos golpecitos para alinearlas—. Ojalá pudiera ayudarte. —Abrió un cajón para guardar las carpetas y Randi atisbo el nombre de la que estaba encima de todo: Helander—. Lo siento mucho. —Hizo ademán de levantarse—. Ahora, si me disculpas...

—¿Estás repasando el informe de Helander para recordar viejos tiempos o porque hay alguna conexión con Sorenson? —preguntó Randi.

Urquhart se dejó caer de nuevo en la silla.

—Mierda.

—Perdona, a lo mejor es que me he imaginado ver el nombre en la carpeta...

—Tenemos motivos para pensar que aquel chico, Helander, ha vuelto a la ciudad.

—De chico ya debe de tener poco —comentó Randi—. Era tres años mayor que yo. ¿Lo buscáis por lo de Sorenson?

—Con su historial, no nos queda otra. Resulta que lo soltaron hace dos meses; según los loqueros, está curado. —Urquhart hizo una mueca—. Puede que sea verdad, puede que no... De todos modos, solo es un nombre más. Estamos investigando cientos.

—¿Dónde está?

—No te lo diría aunque lo supiera. Es un mal bicho, igual que toda su familia. No quiero que te mezcles con esa chusma, Randi, y tu padre tampoco lo habría querido.

—Mi padre está muerto. —Se levantó—. Y ya soy mayorcita.

Willie aparcó el coche al fondo del callejón sin salida que era la Calle 13, al pie de los riscos. Rocanegra se erguía dominante sobre el río, rodeada de una verja de hierro forjado de tres metros de altura rematada en amenazadoras púas. Se podía llegar en coche hasta la puerta, pero llevaba un buen rato: había que bajar hasta Central, cruzar el corazón de la ciudad, bordear por Grandview y el camino de Harmon, subir y bajar colinas, por los riscos donde antiguas mansiones góticas de la época del vapor contemplaban la plana y el río como viejas viudas que rememorasen tiempos mejores. Era un trayecto largo y agotador.

Antaño, cuando no había automóviles, era mucho más largo y agotador. Ante la perspectiva de ir todos los días a la plaza Courier, Douglas Harmon optó por simplificarse la vida y se hizo construir un funicular privado: dos vagones que subían por la pared de roca gris de los riscos, desde la Calle 13 hasta Rocanegra.

La combustión interna, las limusinas, los chóferes y las carreteras asfaltadas se habían confabulado para que los Harmon renunciasen a la locura de Douglas, con lo que el funicular pasó a ser una especie de puerta trasera. Por lo demás, a Willie ya le iba bien: fuera como fuera, Jonathan Harmon siempre le hacía sentir como si debiera entrar por la puerta de servicio.

Salió del Caddy, se metió las manos en los bolsillos deformados de la gabardina y alzó la vista. La pendiente era abrupta; la roca, húmeda y oscura. Steven lo agarró por el codo sin miramientos y lo empujó. El vagón del funicular era de madera, con un banco de seis plazas, y le hacía mucha falta una mano de pintura. Steven tiró del cordón de la campana y, con una sacudida, el vagón inició el ascenso. El segundo vagón bajó a su encuentro y se cruzaron a medio camino. El traqueteo era tremendo y los raíles estaban oxidados. Todo se caía a pedazos también allí, en la entrada de Rocanegra.

Justo antes de llegar a la cima atravesaron la verja de hierro forjado por una abertura y apareció ante ellos la Casa Nueva, toda gabletes, torreones y demás

parafernalia victoriana. Los Harmon llevaban casi un siglo viviendo allí, pero para todos aún era la Casa Nueva y lo sería siempre. Detrás del edificio se extendía un bosque espeso, y un angosto sendero serpenteaba por la maleza. Tiempo atrás, otras familias fundadoras de la ciudad habían vendido sus tierras a constructores, enteras o por parcelas, pero los Harmon se mantuvieron firmes y conservaron íntegro Rocanegra, como un fragmento de bosque primigenio en el centro de la ciudad.

Contra el cielo vespertino, Willie divisó la silueta irregular de la torre. Era parte de la Casa Vieja, cuyos muros negros como el carbón habían dado nombre a Rocanegra. Entre los árboles quedaba oculta la mansión, con su césped descuidado y los patios cubiertos de maleza, pero aun sin verla se percibía su presencia. La torre era un cuchillo serrado, amenazador, deforme e imponente, recortado sobre el gris del horizonte que empezaba a teñirse de rojo. Fue Douglas Harmon, periodista y constructor de funiculares, quien erigió la Casa Nueva y cerró la Vieja, inmensa y sombría hasta para los gustos Victorianos, pero ni Douglas, ni su hijo Thomas, ni tampoco su nieto Jonathan tuvieron el valor de derribarla. Las leyendas decían que la Casa Vieja estaba encantada, y Willie estaba por darles crédito. Rocanegra le ponía los pelos de punta, igual que su dueño.

El funicular se detuvo con un último estremecimiento y salieron a una plataforma de madera con la pintura descolorida y descascarillada, frente a una gran puerta acristalada por donde se entraba a la Casa Nueva. Allí los esperaba Jonathan Harmon, apoyado en el bastón, con su silueta demacrada recortada por la luz que se derramaba por la puerta.

—Hola, William —saludó. Harmon tenía sesenta y pocos años, pero aparentaba más edad por el pelo largo blanco como la nieve y el cuerpo destrozado por la artritis—. Cuánto me alegro de que hayas venido a vemos.

—Sí, bueno, pasaba por aquí y he pensado: «Mira, voy a acercarme un momento»... Oh, vaya, acabo de acordarme de que me he dejado las ventanas abiertas del sótano. Voy a tener que irme corriendo, porque si no las cierro se me van a empapar las pelusas del suelo.

—No lo creo —replicó Jonathan Harmon.

Willie sintió la presión de las abrazaderas de hierro en el pecho. Jadeó, sacó el inhalador y se metió dos chutes, que buena falta le hacían.

—Vale, vale, me has convencido, me quedo. Al menos me darás algo de beber, ¿no?, que aún tengo el regusto del jengibre al chocolate.

—Steven, ten la amabilidad de traerle a nuestro amigo William una copita de Rémy Martin. Y otra para mí; este frío se me ha metido en los huesos. —Steven, silencioso como siempre, entró en la casa. Willie hizo ademán de ir tras él, pero Jonathan le tocó suavemente en el brazo—. Un momento. —Señaló—. Mira.

Willie se volvió para mirar. Ya no tenía tanto miedo; si Jonathan lo hubiera querido muerto, Steven ya habría intentado matarlo, y probablemente lo habría conseguido. Desde el punto de vista de su padre, Steven era un error colosal, pero

aquellas manos llenas de cicatrices tenían una fuerza monstruosa. No, allí se cocía algo diferente.

Miraron hacia el este, hacia la ciudad y el río. El crepúsculo se imponía y las farolas del pie del risco empezaban a encenderse, como sartas de perlas luminiscentes que se dispersaban en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, y atravesaban el río por los tres grandes puentes. Las nubes se habían alejado hacia oriente y el horizonte era de un azul cobalto oscuro. La luna ya asomaba.

—Cuando se levantaron los cimientos de la Casa Vieja, no había luces allá abajo —empezó Jonathan Harmon—. Todo esto eran tierras vírgenes. Un río indómito corría por el bosque primigenio, y desde aquí, al anochecer, debía de parecer como si la oscuridad no tuviera fin. El agua era pura; el aire, limpio; en los bosques abundaba la caza: ciervos, castores, osos... Pero no había rastro de hombres, o al menos de hombres blancos. Tanto John Harmon como su hijo James dejaron escrito que, desde la torre, a veces se veían fuegos de campamentos indios, pero las tribus no se acercaban por aquí, y menos cuando John empezó a construir la Casa Vieja.

—Puede que los indios no fueran tan tontos —señaló Willie.

Jonathan lo miró y torció los labios en una mueca.

—Construimos esta ciudad de la nada. La sangre y el hierro erigieron esta ciudad, la sangre y el hierro la hicieron crecer y alimentaron a sus gentes. Las antiguas familias conocían el poder de la sangre y del hierro, sabían cómo engrandecer la ciudad. Los Rochmont batieron el metal y lo moldearon en forjas y fundiciones. Los Anders lo transportaron en barcazas, vapores y trenes. Tu linaje lo buscó y lo arrancó de la tierra. Vienes de la estirpe del hierro, William Flambeaux, pero nosotros, los Harmon, siempre hemos sido de la sangre. Teníamos los corrales y el matadero, pero mucho antes, antes de que existiera esta ciudad o esta nación, la Casa Vieja era el centro del tráfico de piel. Cada temporada, los tramperos y cazadores venían con pieles y con pellejos de castor para venderlos a los Harmon, y desde aquí las pieles iban río abajo, al principio en balsas y luego en barcazas. Los vapores llegaron mucho más tarde.

—¿Esto entrará en el examen? —preguntó Willie.

—Las cosas han cambiado mucho. —Clavó la vista en Willie—. Debemos recordar cómo empezó todo. Hierro negro y sangre roja, muy roja. Tienes que recordarlo. Por las venas de tu abuelo corría sangre Flambeaux, la raza antigua y pura.

Willie sabía cuándo lo estaban insultando.

—Y mi madre se apellidaba Pankowski, con lo que yo soy medio franchute, medio polaco y cien por cien mestizo. Me importa un carajo. A ver, mola cantidad que mi bisabuelo fuera el dueño de medio estado, pero las minas se agotaron a principios de siglo, la Depresión arrasó con lo que quedaba, mi padre era un borracho y yo me dedico a cobrar a morosos, si el señor Harmon me lo permite. —Estaba empezando a cabrearse—. ¿Mandaste a Steven a secuestrarme por algún motivo en

concreto o solo porque tienes unas ganas locas de hablar de la guerra franco-india?

—Ven —dijo Jonathan—. Dentro estaremos mejor; el viento es frío. —Las palabras eran corteses, pero el tono había perdido todo atisbo de calidez. Condujo a Willie hacia el interior, pero caminaba con paso lento y pesado, apoyándose en el bastón—. Por favor, discúlpame, es la humedad. Me agrava la artritis y me irrita las viejas heridas de guerra. —Se volvió para mirarlo—. Lo de colgarme el teléfono fue una grosería imperdonable. Entiendo que tengamos nuestras diferencias, pero aunque fuera por respeto a mi posición...

—No sé qué le pasa al teléfono últimamente —replicó Willie—. El servicio es una mierda desde que lo privatizaron.

Jonathan lo llevó a una sala acogida, con la chimenea encendida. Aquel calor era muy de agradecer tras un largo día pateando las calles bajo la fría lluvia. Los muebles eran antiguos, o quizá solo viejos; Willie no tenía muy clara la diferencia.

Steven se les había adelantado. En la mesa de centro había dejado dos copitas medio llenas de un líquido ambarino. Estaba acuclillado ante el fuego y, en esa postura, su cuerpo enjuto parecía una navaja plegada. Levantó los ojos cuando entraron y clavó en Willie una mirada que duró más de lo debido, como si se hubiera olvidado de quién era o qué hacía allí. Luego dirigió los ojos azules e inexpresivos al fuego y no volvió a prestarles atención, ni a ellos ni a lo que decían.

Willie eligió el sillón más cómodo y se dejó caer en él. El estilo de la salita le recordó a Randi Wade, lo que hizo que se sintiera culpable. Cogió el coñac. Tenía modales y sabía que debía beberlo a sorbitos, pero estaba cansado y congelado, y todo le importaba una mierda, así que se bebió la copa de un trago, la dejó en el suelo, se arrellanó en el sillón y dejó que la oleada de calor le inundara el pecho.

Jonathan se sentó con evidente esfuerzo en el borde del sofá y apoyó las manos en la cabeza del bastón. Willie se quedó mirando el objeto, y el anciano se dio cuenta.

—Es una cabeza de lobo —dijo.

Apartó las manos para que pudiera verlo bien. La luz del fuego se reflejaba en el suntuoso metal amarillo. La fiera tenía las fauces abiertas, como si gruñera, y los ojos rojos.

—¿Son granates? —aventuró.

Jonathan le dedicó la misma sonrisa que se dedica a un niño cortito.

—Son rubíes, incrustados en oro de dieciocho quilates. —Volvió a cerrar las enormes manos, de venas gruesas y dedos retorcidos por la artritis, en torno a la cabeza de lobo.

—Qué idiotez. En esta ciudad hay tíos que te matarían por ese bastón nada más verte.

—No será el oro lo que me mate, William. —La sonrisa de Jonathan no tenía nada de alegre. Miró hacia la ventana, a la luna que brillaba muy alta ya—. La luna del cazador. —Volvió a mirar a Willie y adoptó un tono peligrosamente amable—. Anoche prácticamente me acusaste de complicidad en la muerte de la chica tullida.

¿Qué te hace pensar semejante cosa?

—Ni idea —replicó Willie. Estaba un poco mareado, y de repente volvió a sentir el sabor del coñac en la boca—. Puede que sea porque no eres capaz de recordar cómo se llamaba. O porque lo tuyo con Joanie fue odio a primera vista. La llamaste «patética putilla mestiza». Es curioso cómo se le quedan a uno grabadas ciertas expresiones, ¿no? No sé, igual eran cosas mías, pero me pareció que no le deseabas lo mejor. Y aún no he mencionado a Steven.

—Ni falta que hace. —El tono de Jonathan era gélido—. Ya has dicho suficiente. Mírame bien, William, y dime qué ves.

—A ti. —No estaba de humor para chorradas, pero Jonathan Harmon hacía las cosas a su ritmo.

—Ves a un anciano —le corrigió—. Puede que tenga menos años de los que aparento, pero soy un anciano. Cada año la artritis me va a peor, y hay días que me duele tanto que no puedo ni moverme. No me queda más familia que Steven, y Steven, seamos sinceros, no es precisamente el hijo que habría querido. —Hablaba con tono firme y claro, pero el aludido ni siquiera alzó la vista de las llamas—. Estoy cansado, William. Es cierto que la tullida no contaba con mi aprobación, pero tú tampoco. Vivimos en tiempos de corrupción, de degeneración, y las antiguas verdades de la sangre y el hierro han caído en el olvido. Pero, por mucho que despreciara a tu Joan Sorenson y todo lo que representaba, no probé su sangre. Lo único que quiero es vivir en paz los años que me quedan.

—Por favor, no me vengas con el numerito del viejo enfermo. —Willie se levantó—. Sí, ya sé que tienes artritis, ya sé que tienes heridas de guerra. También sé qué eres y de qué eres capaz. Vale, no mataste a Joanie. Entonces, ¿quién fue? ¿Ese? —Señaló a Steven con el pulgar.

—Steven estaba aquí, conmigo.

—Puede que sí o puede que no.

—No tengas tantos humos, Flambeaux, no eres tan importante como para que te mienta. Aunque tus sospechas fueran fundadas, mi hijo no es capaz de semejante cosa. ¿O ya no recuerdas que, a su manera, Steven también es un tullido?

Willie lanzó una mirada rápida a Steven.

—Recuerdo una vez que mi padre vino a verte y me trajo con él; yo era un crío y me encantaba el funicular. Os fuisteis adentro a hablar, pero hacía muy buen día, así que me dejasteis jugando fuera. Me encontré con Steven entre los árboles: estaba entretenido con un pobre chucho enfermo que se había colado por debajo de la verja. Lo tenía inmovilizado con un pie contra el suelo y le iba arrancando las patas una a una, igual que un niño normal arrancarían los pétalos de una flor. Cuando llegué adonde estaba, ya le había quitado dos y estaba con la tercera, y tenía sangre por toda la cara. Tendría ocho años como mucho.

—Mi hijo tiene un... trastorno. —Jonathan Harmon suspiró—. Los dos estamos al tanto, así que no tiene sentido que lo niegue. Además, es deficiente, cosa que

también sabes. No es responsable de sus actos, y la poca fuerza que le queda la tiene controlada con la medicación. Hace años que no tiene episodios violentos, violentos de verdad. ¿A que no, Steven?

Steven Harmon los miró. El silencio se prolongó demasiado mientras miraba fijamente a Willie, sin parpadear.

—No —dijo al final.

Jonathan asintió satisfecho, como si hubiera zanjado el asunto.

—Así que ya ves, William, has sido enormemente injusto con nosotros. Lo que tomas como una amenaza no es más que una oferta de protección: iba a proponerte que, al menos por un tiempo, te quedaras en una de las habitaciones de invitados. Les he propuesto lo mismo a Zoé y a Amy.

—Me lo creo, me lo creo. —Willie soltó una carcajada—. ¿Yo también tengo que follarme a Steven o eso se lo dejas a las chicas?

Jonathan se ruborizó, pero consiguió dominarse. Había intentado sin éxito casar a Steven con una de las hermanas Anders, y el fracaso aún le dolía.

—Por desgracia, no han aceptado mi proposición. Espero que tú no hagas la misma tontería. Rocanegra puede ofrecer cierto grado de... protección, pero, más allá de estas paredes, no garantizo que estés a salvo.

—¿A salvo? ¿De qué?

—No lo sé, pero hay algo que tengo claro: en la oscuridad de la noche, hay seres que cazan a los cazadores.

—Seres que cazan a los cazadores —repitió Willie—. No está mal, tiene ritmo, pero ¿cómo se baila? —Ya estaba más que harto y se dirigió a la puerta—. Gracias, pero no, gracias. Prefiero enfrentarme al peligro entre mis propias paredes.

Steven no hizo ademán de detenerlo. Jonathan Harmon se apoyó aún más en el bastón.

—Puedo contarte cómo murió la chica —dijo sin alzar la voz.

Willie se detuvo en seco y miró al anciano a los ojos. Volvió a sentarse.

La casa estaba al sur de la ciudad, en un barrio que hacía que la plana pasara por un lugar con clase, en un recodo de tierra entre el río y el viejo canal que corría por detrás de la planta. El canal estaba casi atascado por las algas y los residuos, y el hedor llegaba a varias manzanas de distancia. Las casas eran bajas, de tablones, poco más que chabolas. Randi no había ido por allí desde el cierre de la planta. Una casa de cada tres tenía un cartel en el césped que anunciaba que se vendía o se alquilaba, y de esas, al menos la mitad estaban a oscuras. Los buzones destartados estaban rodeados de hierbajos que llegaban a la cintura, y en dos solares aún se veían los rastros de un incendio.

Habían pasado muchos años y Randi no recordaba el número de la casa, pero era la última de la izquierda, de eso estaba segura, la contigua a la gasolinera de la esquina. El taxista recorrió la calle con lentitud hasta que dieron con ella. La

gasolinera estaba condenada con tablas y hasta los surtidores habían desaparecido, pero la casa seguía allí, tal como la recordaba. En el césped había un cartel de «Se alquila», pero Randi vio una luz que se movía por el interior. ¿Tal vez una linterna? Se apagó antes de que pudiera saberlo.

—No —le dijo al taxista cuando este se ofreció a esperarla—. No sé cuánto voy a tardar.

El coche se fue y ella se quedó un buen rato en el césped seco, mirando la puerta, hasta que por fin echó a andar por el sendero.

Había decidido no llamar, pero la puerta se abrió justo cuando iba a agarrar el picaporte.

—¿Qué desea, señorita?

Un hombretón corpulento, pero musculoso, apareció imponente ante ella. La cara no le sonaba, aunque seguro que no era un Helander. Los Helander eran bajos y nervudos, todos con el mismo pelo rubio lacio y sucio, mientras que el del tipo de la puerta era negro como el hierro forjado, mucho más greñudo de lo que le gustaba al cuerpo de policía. La barba de tres días le teñía la mandíbula de un matiz negro azulado. Las manos eran grandes, de dedos cortos y fuertes. Saltaba a la vista que era poli.

—Busco a la gente que vivía antes aquí.

—Aquella familia se mudó cuando cerró la planta —le respondió—. ¿Quiere pasar? —Le abrió un poco más la puerta, con lo que Randi alcanzó a ver los suelos sin alfombras y al compañero del greñudo, un negro con barriga cervecera que estaba en la puerta de la cocina.

—No, gracias —respondió.

—Insisto. —Le mostró la placa dorada que llevaba prendida por dentro de la chaqueta del traje gris barato.

—¿Me está arrestando?

—No, claro que no. —Puso cara de sorpresa—. Solo queremos hacerle unas preguntas. —Trató de poner voz más amable—. Me llamo Rogoff.

—De homicidios —apuntó Randi.

—¿Cómo...? —empezó a decir, entrecerrando los ojos.

—Lleva la investigación del caso Sorenson. —Le habían dicho el nombre en la comisaría esa misma mañana—. No debe de haber progresado mucho si no tiene otra cosa que hacer que quedarse aquí por si aparece Roy Helander.

—Precisamente nos íbamos ahora. Se nos ocurrió que igual le entraba nostalgia y decidía esconderse en su antigua casa, pero ni rastro de él. —La miró con el ceño fruncido—. ¿Le importaría decirme cómo se llama?

—¿Por qué? ¿Va a arrestarme o es que quiere ligar conmigo?

—Aún no lo he decidido —dijo con una sonrisa.

—Soy Randi Wade. —Le mostró la licencia.

—Detective privada. —Trató que sonara lo más neutro posible y le devolvió la

licencia—. ¿Ha venido aquí por trabajo? —Randi asintió—. Qué interesante. Me imagino que no querrá decirme quién es su cliente.

—No.

—Podría llevarla ante los tribunales y obligarla a que se lo dijera al juez. ¿Sabe que pueden quitarle la licencia? Por obstruir una investigación policial y ocultar pruebas.

—Secreto profesional.

—Los detectives privados no tienen la obligación de respetarlo —replicó Rogoff—. En este estado, no.

—No me ha entendido. Me refería al secreto profesional entre abogado y cliente. También tengo la carrera de derecho. —Le dedicó una sonrisa encantadora—. No metamos a mi cliente en esto. Sin embargo, sé unas cuantas cosas sobre Roy Helander que no me importaría compartir con usted.

Rogoff encajó el golpe.

—Soy todo oídos.

—Aquí no. —Randi sacudió la cabeza—. ¿Conoce la cafetería de la plaza Courier? —El policía asintió—. A las ocho. Venga solo y traiga una copia del informe de la forense sobre Sorenson.

—Por lo general llevo flores o bombones.

—El informe de la forense —repitió con firmeza—. ¿Todavía conservan los informes de los casos antiguos, allá en el centro de la ciudad?

—Sí, en los sótanos de los juzgados.

—Perfecto. Pues dese un paseíto por allí y póngase al día. Fue hace dieciocho años. Desaparecieron unos cuantos niños. Uno fue la hermana pequeña de Roy, pero hubo otros: Stanski, Jones... No recuerdo todos los nombres. Al mando de la investigación estaba un policía llamado Frank Wade. Llevaba placa dorada, igual que usted. Y murió.

—¿Insinúa que hay alguna relación?

—El poli es usted, así que decida. —Lo dejó plantado en la puerta y se alejó de allí a toda prisa.

Steven no se molestó en acompañarlo hasta el pie de los riscos, de modo que Willie bajó solo en el pequeño funicular, taciturno y perdido en sus pensamientos. Le dolían a rabiar las articulaciones y la nariz le goteaba sin cesar. Siempre que recibía un disgusto acababa hecho polvo, y Jonathan Harmon le había dado un sobresalto de marca mayor. Por supuesto, habría sido peor que lo matara, que era lo que se había temido cuando había visto a Steven en el coche.

Mientras conducía hacia casa por la Calle 13 vio las luces de neón de un bar a la derecha. Casi sin pensar se detuvo y aparcó. Tal vez Harmon tenía razón o tal vez pensaba con el culo, pero de todos modos Willie tenía que ganarse la vida. Cerró el Caddy y entró en el local.

Las noches de los martes no eran muy animadas, y el Squeaky estaba vacío. Se trataba de una taberna con dos billares, una mesa de jugar al tejo al fondo y mesas a lo largo de una pared. Willie se sentó en un taburete de la barra. El camarero era viejo, seco y antipático como un palo. A Willie se le pasó por la cabeza pedirle un daiquiri de plátano solo para ver qué decía, pero se le quitaron las ganas al verle la cara amargada, así que optó por una cerveza con un chupito de whisky.

—¿No está Ed esta noche? —le preguntó al camarero cuando le trajo las bebidas.

—Solo trabaja los fines de semana, pero viene casi todas las noches a jugar al billar.

—Vale, pues espero.

El chupito le arrancó las lágrimas, así que lo suavizó con un buen trago de cerveza. Junto al aseo de caballeros había un teléfono. Cuando el camarero le dio el cambio, se acercó, metió una moneda y marcó el número de Randi. No estaba en casa; saltó el puñetero contestador. Willie detestaba los contestadores: les hacían la vida imposible a los cobradores de morosos. Esperó a oír la señal, dejó un mensaje obsceno y colgó.

El aseo de caballeros tenía un dispensador de condones colgado sobre los urinarios. Willie leyó las instrucciones mientras meaba. Los condones debían utilizarse solamente para prevenir enfermedades, por supuesto, aunque los que dispensaba la ranura izquierda tenían estrías y protuberancias. Rumió la posibilidad de instalar una máquina de esas en casa mientras se subía la bragueta, tiraba de la cisterna y se lavaba las manos.

Cuando volvió se encontró con dos parroquianos nuevos entizando los tacos junto a una mesa de billar. Willie miró al camarero, que asintió.

—¿Quién de vosotros es Ed Juddiker? —quiso saber.

Ed no era el más corpulento (su amigo era tan grande y pálido como Moby Dick), pero tenía un tamaño considerable y una cara de idiota cruel que no podía con ella.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar de un dinero que debes. —Willie le tendió su tarjeta.

Ed la miró, pero no hizo ademán de cogerla. En lugar de eso, se echó a reír.

—Anda y piérdete —le dijo.

Se volvió hacia la mesa de billar. Moby Dick dispuso las bolas y Ed empezó la partida.

Si eso era lo que quería, de acuerdo. Willie se sentó en el taburete y pidió otra cerveza. Ya conseguiría el dinero de una manera u otra. Ed tendría que salir de allí tarde o temprano, y entonces le tocaría a él.

Willie seguía sin coger el teléfono. Randi colgó y recuperó la moneda con el ceño fruncido. Encima, no tenía contestador automático. Oh, no, eso no sería propio de Willie Flambeaux, tanta sensatez podría matarlo. Sin embargo, Randi sabía que no debía preocuparse: los sabuesos del infierno no fichan en el trabajo, como él mismo

le había dicho más de una vez. Seguro que estaba tras las huellas de algún pringado. Volvería a llamarle cuando llegara a casa, y si seguía sin responder, entonces empezaría a preocuparse.

La cafetería estaba casi desierta. El choque de sus tacones contra el linóleo la acompañó hasta que volvió a su mesa y se sentó. Se le había enfriado el café. Miró distraída por la ventana y vio que el reloj digital del State National Bank marcaba las 08:13. Randi decidió darle diez minutos más de margen.

El escay rojo de los asientos era viejo y estaba agrietado, pero aquel lugar, aunque fuera un autoservicio, le resultaba acogedor. Se sentía cómoda allí, con el café frío, contemplando el Chapitel de Hierro al otro lado de la plaza. De pequeña había sido su restaurante favorito. Todos los años pedía para su cumpleaños ir a ver una película en el Castillo y cenar en la cafetería, y todos los años su padre se reía y accedía. A Randi le encantaba meter las monedas en las ranuras para que se abrieran las ventaneas y llenarle la taza de café a su padre en la vieja cafetera de latón, llena de botones y palancas.

A veces surgían manos sin dueño al otro lado del cristal, como salidas de una película de terror, que colocaban un bocadillo o un trozo de pastel detrás de las ventanitas. Nunca se veía a los trabajadores, solo manos sueltas: manos de personas que no habían pagado las facturas, según le dijo en broma su padre en cierta ocasión. Aquello le dio escalofríos, pero en cierto modo convirtió las visitas anuales en algo aún más divertido por lo terrorífico de la idea. Cuando descubrió la verdad, le pareció mucho menos interesante, como pasa con casi todo en la vida.

La cafetería apenas tenía clientela, así que Randi no entendía cómo era posible que el suelo estuviera tan sucio y que, en vez de cinco centavos, hubiera que meter veinticinco en las ranuras. Pero la tarta de crema de plátano seguía siendo la mejor que había probado en su vida, y el café que salía por los viejos grifos de latón, mucho mejor que el que se preparaba en casa.

Se estaba planteando ir por otra taza cuando se abrió la puerta y por fin entró Rogoff, calado por la lluvia. Llevaba un grueso abrigo de lana y tenía el pelo chorreando. Mientras se acercaba, Randi volvió a mirar el reloj. Eran las 08:17.

—Llega tarde —le dijo.

—Es que leo despacio.

Rogoff fue a buscarse algo para comer y Randi lo observó mientras metía unos billetes de dólar en la máquina de cambio. No carecía de atractivo, pero era poli de la cabeza a los pies. Regresó con una taza de café, un sándwich caliente de carne con guarnición de puré de patatas, salsa y zanahorias recocidas, y una porción grande de tarta de manzana.

—La de crema de plátano está mejor —le dijo Randi cuando se sentó frente a ella.

—Me gusta la manzana —respondió mientras sacudía una servilleta de papel.

—¿Ha traído el informe de la forense?

—Lo tengo en el bolsillo. —Empezó a cortar el sándwich metódicamente en pedacitos antes de llevarse el primero a la boca—. Siento lo de su padre.

—Yo también lo sentí. Fue hace mucho. ¿Me da el informe?

—Puede. Dígame algo que no sepa sobre Roy Helander.

Randi volvió a acomodarse en el asiento.

—Íbamos juntos de pequeños; era mayor que yo, pero repitió curso un par de veces y al final acabó en mi clase. Era el típico chico malo de los barrios bajos, y yo, la hija de un poli, así que nunca tuvimos gran cosa en común... hasta que desapareció su hermana pequeña.

—Estando con él —apuntó Rogoff.

—Sí, eso no lo discutió nadie, y mucho menos Roy. Tenía quince años, y ella ocho. Iban caminando por las vías del tren. Salieron juntos, pero Roy volvió solo, con los pantalones y las manos llenos de sangre. Sangre de su hermana.

—Todo eso está en el informe —dijo Rogoff—. También había sangre en las vías.

—Para entonces ya habían desaparecido tres niños, y Jessie Helander fue la cuarta. Casi todo el mundo veía a Roy como un poco raro, un chico solitario y silencioso. Hacía pellas y se refugiaba en un escondite secreto en el bosque, y encima prefería jugar con chicos más pequeños que con los de su edad. Enseguida le colgaron el sambenito de degenerado de mala familia que abusaba de los niños y que había violado y matado a su propia hermana. Le hicieron pruebas y más pruebas, decidieron que estaba perturbado y lo metieron en un manicomio para críos. Al fin y al cabo, aún era menor. Caso cerrado, y la ciudad respiró aliviada.

—Como no me cuente algo más que eso, el informe forense no sale de mi bolsillo.

—Roy siempre sostuvo que no había sido él. Lloró y chilló, y lo que contó era incoherente, pero en ningún momento cambió de versión. Dijo que iba por las vías intentando mantener el equilibrio, a unos tres metros detrás de su hermana y atento por si oía algún tren cuando, de repente, un monstruo salió de una alcantarilla y se lanzó sobre ella.

—Un monstruo —repitió Rogoff.

—Una especie de perro grande, muy peludo, según dijo Roy. Todo el mundo se dio cuenta de que era la descripción de un lobo.

—Hace más de un siglo que no hay lobos en esta parte del país.

—También describió los gritos de Jessie cuando aquel ser empezó a despedazarla. Dijo que la había agarrado por una pierna para tratar de arrancársela de las fauces, lo que habría explicado por qué estaba cubierto de sangre. El lobo se volvió hacia él y le gruñó. Tenía los ojos rojos como llamas, según Roy. Le dio tanto miedo que soltó a su hermana. Para entonces, Jessie ya debía de estar muerta. La fiera le lanzó un gruñido y huyó con el cadáver. —Randi hizo una pausa y bebió un sorbo de café—. Eso fue lo que contó, y lo contó una y otra vez, a su madre, a la policía, a los psicólogos, al juez, a todo el mundo. Nadie le creyó.

—¿Usted tampoco?

—Yo tampoco. Todos nos dedicamos a murmurar sobre Roy en el colegio, sobre lo que le había hecho a su hermana y a los otros críos. No podíamos ni imaginárnoslo, pero sabíamos que había sido algo espantoso. Pero... mi padre nunca se lo tragó.

—¿Por qué?

—Supongo que por instinto. —Se encogió de hombros—. Siempre decía que un poli tenía que dejarse guiar por el instinto. Era su caso y pasó más tiempo que nadie con Roy, y debía de haber algo en sus palabras o en la manera de contarle que lo impresionó. Pero no pudo demostrar nada, y las pruebas en contra eran abrumadoras, así que Roy acabó encerrado. —Miró a los ojos al policía—. Un mes más tarde desapareció Eileen Stanski. Tenía seis años.

Rogoff se detuvo con el tenedor en el aire y le devolvió la mirada, pensativo.

—Qué inoportuno.

—Mi padre quería que soltaran a Roy, pero nadie lo apoyó. Según la versión oficial, el caso de la pequeña Stanski no estaba relacionado con los demás. Roy había matado a cuatro, y otro pervertido, a la quinta.

—Es posible.

—Y una mierda. Mi padre lo tenía bien claro y lo dijo. Eso le valió muchas enemistades en el cuerpo, pero a él no le importó; era muy testardo. ¿Ha leído el informe sobre su muerte? —Rogoff asintió, incómodo—. Fue un animal salvaje. Un perro, según el forense. Si quiere creérselo, adelante. —Aquello era lo más difícil. Se había pasado años levantándose la costra de la herida una y otra vez, luego había tratado de olvidarlo, pero nunca encontraba alivio—. En plena noche le llamaron por teléfono diciendo que tenían una pista sobre los niños desaparecidos. Antes de salir, telefoneó a Joe Urquhart para pedir refuerzos.

—¿Al jefe Urquhart?

—Por aquel entonces no era el jefe. Joe había sido su compañero cuando iban de uniforme. Luego nos contó que mi padre le había dicho que tenía una buena pista, pero sin darle más detalles, ni siquiera el nombre del informador.

—Puede que no lo supiera.

—Claro que lo sabía. Mi padre no era un poli que saliera solo en plena noche por un soplo anónimo. Cogió el coche y fue a los corrales, y allí lo esperaba el monstruo. Le pegó seis tiros, pero como si nada; la cosa se le tiró encima, le desgarró el cuello y luego, cuando ya estaba muerto, empezó a devorarlo. Poco quedaba de él para cuando llegó Urquhart... Joe dijo que, cuando encontró el cadáver, ni siquiera estaba seguro de que fuera humano.

Relató la historia con voz fría, serena, pero tenía el estómago revuelto. Rogoff no dejó de mirarla y, cuando terminó, dejó el tenedor y apartó el plato a un lado.

—Se me ha quitado el apetito.

Randi forzó una sonrisa.

—Adoro la prensa local. Hace unos años, una banda mantuvo secuestrada a una mujer durante dos semanas. La golpearon, la torturaron, la sodomizaron y la violaron cientos de veces. Cuando la noticia se hizo pública, el periódico dijo, textualmente, que la habían atacado. Del cadáver de mi padre dijo que había aparecido mutilado. Lo mismo que en el caso de Joan Sorenson. Me han dicho que el cuerpo estaba intacto.—Se inclinó hacia delante y lo miró directamente a los ojos oscuros—. Es mentira.

—Sí —reconoció el policía. Sacó un papel del bolsillo interior del abrigo, lo desdobló y se lo tendió—. Pero no en el sentido que cree.

Randi le arrancó el informe forense de la mano, lo miró por encima y fue directamente al final. Las palabras se le emborronaron, como si no quisieran entrarle por los ojos. No era lo que esperaba.

«Causa de la muerte: desangramiento».

Muy lejos de allí, Rogoff seguía hablando.

—Vivía en la planta decimotercera de un edificio con sistemas de seguridad, sin balcones ni escaleras de incendios. El portero no vio nada. La puerta estaba cerrada. Tenía una sencilla cerradura de golpe, fácil de abrir con un pie de cabra, pero no la habían forzado.

«El arma empleada fue una hoja cortante de al menos treinta centímetros de longitud, muy afilada, fina y flexible; tal vez un instrumento quirúrgico».

—Su ropa estaba desperdigada por toda la casa, hecha jirones. Dada su minusvalía, nadie habría dicho que pudiera defenderse demasiado, pero parece que fue todo lo contrario. Los vecinos no oyeron nada, por supuesto. El asesino la encadenó desnuda a la cama y se puso a trabajar. Fue rápido, porque sabía lo que hacía, pero aun así la chica tardó mucho en morir. La cama estaba empapada de sangre: las sábanas, el colchón, hasta el somier.

Randi alzó la vista y el informe forense se le cayó de las manos a la mesa de fórmica. Rogoff le cogió la mano.

—A Joan Sorenson no la devoró ningún animal, señorita Wade. La desollaron viva y murió desangrada. Y sí, el asesino se llevó algo: su piel.

Cuando Willie llegó a casa ya pasaban quince minutos de la medianoche. Aparcó el Caddy junto al atracadero y cogió la cartera de Ed Juddiker, que había dejado en el asiento del copiloto. Sacó el dinero y lo contó: setenta y nueve pavos. Poca cosa, pero por algo había que empezar. De aquella primera vez, le daría la mitad a Betsy y pondría el resto a cuenta de Ed. Se metió el dinero en el bolsillo y guardó la cartera en la guantera. Tal vez Ed necesitara el carné de conducir, así que se lo llevaría al Squeaky el fin de semana y negociaría con él un calendario de pagos.

Willie cerró el coche y recorrió con paso cansado el camino de piedras resbaladizas por la lluvia hasta la entrada de la casa. Sobre el río se cernía un cielo oscuro y sin estrellas. Sabía que ya había salido la luna, aunque estuviera oculta tras las nubes de algodón negro. Buscó las llaves, sepultadas entre el inhalador, el

pastillero, media docena de tijeras, un pañuelo y otros chismes variados que le deformaban el abrigo. Tras un minuto largo, se palpó los bolsillos del pantalón, dio con ellas y fue a abrir los cerrojos. Metió la primera llave en la cerradura de seguridad.

La puerta se abrió despacio, silenciosa.

La luz amarillenta de una farola se colaba por las ventanas altas y polvorientas de la fábrica de cerveza y dibujaba en el suelo cuadrados borrosos y líneas torcidas. Las moles de las máquinas oxidadas acechaban en la oscuridad como gigantescas bestias oscuras. Willie se quedó ante la puerta con las llaves en la mano y el corazón como un martinete. Volvió a guardarse las llaves, sacó el inhalador y aspiró una bocanada. En medio del silencio, el sonido del inhalador le pareció estrepitoso.

Recordó a Joanie y lo que le había pasado.

Podía echar a correr. El Cadillac estaba a unos pocos metros, no más que a unos pasos. Fuera lo que fuera lo que aguardaba dentro, no sería tan rápido como para atraparlo antes de que llegara al coche. Eso: pisaría a fondo y conduciría toda la noche; tenía gasolina como para llegar a Chicago, y hasta allí no lo seguiría. Willie retrocedió un paso, pero se detuvo y soltó una risita nerviosa. De repente, se imaginó tras el volante del coche verde lima, tratando de arrancar una vez, y otra, y otra, ahogando el motor, mientras algo enorme, oscuro y espantoso salía de la fábrica de cerveza y se acercaba a él. Qué tontería, ¿no? Eso de que el coche no arrancara sucedía solo en las pelis malas de terror, ¿verdad? ¿Verdad?

Tal vez se le hubiera olvidado cerrar con llave al salir por la mañana. Estaba muy distraído, pensando en el día de trabajo que tenía por delante y la noche de pesadillas que dejaba atrás. Era posible que hubiera cerrado la puerta de golpe sin acordarse de echar los cerrojos.

Nunca se olvidaba de los cerrojos.

Pero quizá, solo por una vez...

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de transformarse, pero luego se acordó de Joanie y descartó la idea. Se quitó un zapato, luego el otro, y el agua le empapó los calcetines. Respiró hondo y penetró en la oscuridad tan silenciosamente como pudo, al tiempo que cerraba la puerta a su espalda. Nada se movía. Willie sacó a la señorita Tijeras del bolsillo. No era gran cosa, pero más valía eso que nada. Se pegó a las sombras impenetrables de la pared hasta llegar a la escalera y subió, descalzo y sigiloso.

La luz de las farolas callejeras entraba por la ventana del final del pasillo. Willie se detuvo en las escaleras para asomar la cabeza y escudriñar el pasillo del primer piso. Las puertas de todos los despachos estaban cerradas, y ni un hilo de luz se filtraba por los cristales esmerilados. Lo que aguardara, aguardaba en la oscuridad.

Empezaba a notar otra vez la opresión en el pecho; pronto necesitaría el inhalador. De golpe, lo que más deseó era que todo acabara de una vez. Subió los últimos peldaños, recorrió el pasillo con dos zancadas, abrió de golpe la puerta de la

sala de estar y encendió las luces.

Randi Wade estaba sentada en un puf y levantó la cabeza guiñando los ojos, deslumbrada.

—Me has asustado —dijo.

—¿Que yo te he asustado? —Willie atravesó la estancia y se dejó caer en la butaca reclinable. Las tijeras le resbalaron de la mano sudorosa y rebotaron en el suelo de madera—. La madre que te parió, poco más y pierdo el control de mis funciones fisiológicas. ¿Qué coño haces aquí? ¿Es que me he dejado la puerta abierta?

—Te has dejado la puerta cerrada, luego la has cerrado de nuevo y la has vuelto a cerrar. Eres un hacha cerrando puertas, Flambeaux. He tardado veinte minutos en entrar.

Willie se masajeó las sienes palpitantes.

—Bueno, ya sabes, con tanta mujer loca por mí, tengo que tomar precauciones. —Se fijó en que llevaba los calcetines empapados y se quitó uno con una mueca—. Qué horror. He dejado los zapatos en la calle, bajo la lluvia, y tengo los pies calados. Como pille una neumonía, te mando las facturas del médico, Wade. Ya podías haber esperado fuera.

—Es que estaba lloviendo. No te convenía, Willie. Me habría puesto de bastante más mala leche de la que ya estoy.

Algo en su tono de voz hizo que Willie dejara de frotarse los dedos de los pies y levantara la cabeza. Randi tenía el pelo castaño claro empapado por la lluvia y pegado a la frente, y la expresión de sus ojos era sombría.

—Estás hecha un asco —reconoció.

—He ido a ponerme presentable, pero en el aseo de señoras no hay espejo.

—Porque se rompió. Hay uno en el de caballeros.

—Yo no soy de esas. —Tenía la voz tensa, monótona—. A tu amiga no la mató ningún animal, Willie. La desollaron. Y el asesino se llevó la piel.

—Ya lo sé —replicó sin pensar.

Randi entrecerró los ojos. Eran de color verde grisáceo, grandes y hermosos, pero en aquel momento parecían fríos como canicas.

—¿Cómo que ya lo sabes? —De repente hablaba muy bajo, casi en susurros, y Willie supo que se había metido en un buen lío—. Me vienes con un cuento de mierda, me haces husmear por toda la ciudad, ¿y resulta que ya lo sabes? ¿Qué pasa? ¿También sabes qué le sucedió a mi padre? ¿Ha sido una treta ingeniosa para que te haga caso?

Willie se quedó mirándola. Tenía el segundo calcetín en la mano y lo soltó.

—Joder, Randi, cómo te pasas. No ha sido eso. Me he enterado hace unas horas, te lo juro. ¿Cómo iba a saberlo? Yo no estaba allí, y en el periódico no decían nada. —Estaba confuso y se sentía culpable—. ¿Y qué coño quieres que sepa de tu padre? No sé ni cómo se llama. En todo el tiempo que estuviste trabajando para mí

mencionaste a tu familia dos veces contadas.

Ella le escudriñó el rostro para averiguar si mentía. Cuando Willie trató de exhibir una sonrisa cálida y digna de confianza, Randi puso cara de asco.

—Para ya —dijo, cansada—. Pareces un vendedor de coches de segunda mano. Vale, no sabes nada de mi padre, lo siento. Estoy un poco nerviosa y me parecía que... —Se quedó pensativa un instante—. ¿Quién te ha contado lo de Sorenson?

Willie vaciló un instante.

—No puedo decírtelo. Ojalá pudiera, pero no puedo, y además, no me creerías. —Randi puso cara de disgusto—. ¿Has averiguado si soy sospechoso? La policía no me ha llamado.

—Seguro que te han estado llamando todo el día y tienes una orden de busca y captura. Ya que te niegas a comprarte un contestador, al menos pásate por aquí de vez en cuando. —Frunció el ceño—. He hablado con Rogoff, de Homicidios. —A Willie le dio un vuelco el corazón, pero Randi le vio la cara y alzó una mano—. No, tu nombre no ha salido en la conversación. Ninguno de los dos lo hemos mencionado. Van a llamar a todos los que la conocían, pero es un interrogatorio rutinario. No creo que tengan un interés especial en ti.

—Menos mal. Oye, te debo una, pero ya no tienes por qué seguir con esto. No te da dinero, así que...

—¿Así que qué? —Randi lo miró con desconfianza—. ¿Ahora quieres librarte de mí? ¿Después de meterme en esto? ¿Me estás ocultando algo?

—No, al revés —replicó Willie con tono humorístico; igual podía salir del atolladero a golpe de chistes—. Eres tú la que se quiere librar de mi cada vez que me ofrezco a acompañarte a comprar lencería.

—Déjate de hostias —le espetó Randi. Obviamente, no le había hecho gracia—. Estamos hablando de la tortura y el asesinato de una chica que supuestamente era tu amiga. ¿Ya te has olvidado?

—No. —Willie estaba avergonzado y se sentía muy incómodo. Se levantó y fue a encender el hornillo—. Oye, ¿quieres una taza de té? Tengo Earl Grey, Red Zinger, Moming Thunder...

—La policía cree que tiene un sospechoso.

Willie se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Quién?

—Roy Helander.

—Ay, Dios. —Cuando salió a la luz el caso Helander, Willie estaba destinado en Hamburgo como soldado raso, pero seguía suscrito al *Courier* para no perder el contacto con el terruño, y ya solo los titulares lo habían puesto malo—. ¿Estás segura?

—No. Están pasando lista a los sospechosos habituales, nada más. La última vez, Roy les vino de maravilla como chivo expiatorio; ¿por qué no van a tirar de él ahora? Pero, claro, antes tienen que encontrarlo. Nadie sabe a ciencia cierta si se encuentra

en el estado; ya ni te cuento en la ciudad.

Willie le dio la espalda para concentrarse en el hornillo y el hervidor. No podía mirar a Randi a los ojos.

—¿No crees que Helander se llevara a aquellos niños?

—¿A su hermana incluida? No, claro que no. Jamás le habría hecho daño a Jessie; esa cría lo adoraba. Por no mencionar que, cuando desapareció la quinta víctima, estaba encerrado. Mira, yo conocía a Roy Helander. Tenía los dientes hechos un asco y no se duchaba, pero eso no quiere decir que fuera por ahí abusando de niños. Se juntaba con los pequeños porque los mayores se reían de él. No creo que tuviera amigos. Cuando las cosas se ponían feas, se escondía en un refugio secreto que tenía en el bosque y...

Se detuvo en seco y Willie se volvió con una bolsita de té colgando de los dedos.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

El hervidor empezó a silbar.

Randi se pasó una hora dando vueltas en la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos veía la cara de su padre o se imaginaba a la pobre Joan Sorenson atada a la cama mientras el asesino se le acercaba, cuchillo en mano. Pero su mente siempre volvía a Roy Helander, a él y a su refugio secreto. Para ella, Roy seguía siendo el adolescente desgarbado que recordaba, con el pelo rubio lacio y sucio, los ojos llenos de miedo y confusión mientras le hacían repetir una y otra vez lo que había sucedido. ¿Qué habría sido del refugio secreto durante todos los años que se había pasado encerrado y drogado en la institución mental? ¿Habría soñado con él en su celda? Tal vez. Si era cierto que Roy Helander había regresado, Randi creía saber dónde estaba.

Pero saberlo y dar con él eran dos cosas muy diferentes. Willie y ella habían discutido sin parar sobre el tema, sin llegar a ninguna conclusión. Randi trató de recordar, pero había pasado demasiado tiempo, una conversación en susurros en el patio del colegio. Un refugio secreto en el bosque, le había dicho, un lugar adonde no iba nadie, un lugar todo suyo, oculto y lleno de magia. Con esa descripción podía ser cualquier cosa: una cueva junto al río, una casa en un árbol o algo tan sencillo como una choza de cartón. Pero ¿dónde estaba ese bosque? En las afueras de la ciudad había barrios residenciales, polígonos industriales y granjas. El bosque más cercano estaba a sesenta kilómetros al norte por la carretera del río. Si el famoso lugar secreto estaba en uno de los parques urbanos, ya lo habrían encontrado años atrás. Randi no tenía la menor probabilidad de dar con él si no conseguía más información, pero aun así no podía dejar de darle vueltas al tema.

Por fin, cuando el reloj digital marcaba las 02:13, Randi se dio por vencida: no iba a conciliar el sueño. Se levantó, encendió la luz y fue a la cocina. La nevera ofrecía un panorama desolador, pero al menos había un par de botellas de Pabst. Tal vez la cerveza la ayudaría a dormir. Abrió una y se la llevó a la cama.

El dormitorio era un batiburrillo: la alfombra era un retal; la cómoda de madera

clara, sosa y funcional; la cama de matrimonio de cuatro postes, una imitación. Pero poseía unas cuantas antigüedades auténticas, como el enorme armario de roble, el espejo de cuerpo entero con el ornamentado marco de madera y el arcón de cedro que tenía al pie de la cama. Su madre lo llamaba «el baúl de los deseos». Pero ¿qué clase de deseos podrían tener las niñas de aquella zona? Tal vez hubiera lugares donde la perspectiva de una vida mejor no sonara tan irreal, pero aquella ciudad no era uno de ellos.

Randi se sentó en el suelo, dejó la cerveza sobre la alfombra y abrió el baúl.

El baúl de los deseos era donde uno guardaba el futuro, las cosas que formaban parte de los sueños que le enseñaban a uno a soñar en la infancia. Ella había dejado de ser una niña a los doce años, la noche en que su madre la despertó con aquel alarido inhumano. Con el tiempo, el baúl de los deseos se había convertido en el baúl de los recuerdos.

Los fue sacando de uno en uno: álbumes del instituto y de la universidad; cartas de amor de antiguos novios y hasta del cretino con el que se había casado; el anillo de su graduación, la alianza, diplomas, premios ganados en competiciones de atletismo y fútbol; una foto enmarcada en la que aparecía con su pareja en el baile de promoción...

Muy al fondo, enterrada bajo las demás capas de su vida, había una pistola reglamentaria del calibre 38: el arma de su padre, la que había disparado hasta vaciarla la noche en que murió. Randi la sacó con cuidado y la dejó a un lado. Debajo estaba la carpeta, un archivador de tres anillas con tapas azules. Se lo puso sobre el regazo y lo abrió.

En la primera hoja, pegado con cinta adhesiva, estaba el recorte amarillento del *Courier* con la noticia de la muerte de su padre. Randi contempló la foto que tan bien conocía durante un buen rato antes de pasar la página. Había otros recortes: artículos sobre los niños desaparecidos que había arrancado a escondidas de los ejemplares atrasados del *Courier* de la biblioteca; reportajes sacados de revistas sobre ataques de animales, asesinos en serie y monstruos..., todo apretujado entre las hojas pautadas que había llenado con la caligrafía meticulosa de una niña de doce años. A medida que pasaba las páginas, la letra se hacía más grande y descuidada. Había dedicado años a aquella carpeta, hasta que se fue a la universidad y trató de olvidar. Creía que lo había conseguido, pero al ver aquellas hojas se dio cuenta de que era mentira. Nunca se olvida. Le bastó con leer los titulares para que todo le volviera a la mente como una oleada de náuseas.

Eileen Stanski, Jessie Helander, Diane Jones, Gregory Torio, Erwin Weiss. No habían encontrado a ninguno, ni siquiera un hueso ni una prenda de vestir. Según la policía, la muerte de su padre había sido un accidente sin relación alguna con el caso que estaba investigando. Todos habían dado la explicación por buena: el jefe de policía, el alcalde, el periódico y hasta su madre, que lo único que quería era pasar página y seguir adelante. Barry Schumacher y Joe Urquhart fueron los últimos en

ceder, pero al final se unieron a la mayoría. Solo quedó Randi. La simple mención del tema alteraba tanto a su madre que al final dejó de hablar de ello, pero no olvidó: se limitó a indagar con discreción y a tomar notas y guardarlas en la carpeta que escondía cada noche en el baúl de los deseos.

No le había servido de nada.

En las veintitantas páginas del final no había ninguna anotación, solo las líneas azules de las páginas desvaídas por los años. Notó el papel rígido al pasar las hojas. Al llegar a la última, titubeó. Pensó que tal vez no estaría allí, que se lo había imaginado. Fuera como fuera, no tenía sentido. El debía de saber lo de su padre, seguro, pero les censuraban el correo, ¿no? No le habrían permitido enviar semejante cosa.

Randi pasó la última página, y allí estaba, como siempre había estado.

Lo recibió en primero de carrera, cuando ya había decidido hacer borrón y cuenta nueva. Su padre llevaba siete años muerto, y ella no había abierto la carpeta en tres. Estaba muy ocupada con las clases, la hermandad y los ligues, y a veces tenía pesadillas, pero era soportable. Había madurado, tenía los pies sobre la tierra. Cuando pensaba en el tema, llegaba a la conclusión de que probablemente los adultos habían tenido razón desde el principio al decir que fue una especie de animal.

«... una especie de animal...».

Y un buen día llegó la carta. La abrió de camino a clase y la leyó mientras sus amigas parloteaban a su alrededor, así que se rio, hizo un chiste al respecto y se la guardó, todo muy adulto y maduro. Pero esa noche, cuando su compañera de cuarto ya se había dormido, volvió a leerla a la luz del flexo y le entraron ganas de vomitar. Recordó haber estado a punto de tirar la nota. No era más que basura, el fruto retorcido de una mente enferma.

Pero lo que hizo fue guardarla en la carpeta de anillas.

La cinta adhesiva se había vuelto amarilla y quebradiza, pero el sobre seguía blanco, con el nombre del psiquiátrico impreso en letra elegante en una esquina. Seguro que él se lo había dado a alguien para que lo sacara a escondidas. La carta en sí estaba garabateada en una hoja de papel barato, en mayúsculas. No llevaba firma, pero Randi sabía quién la enviaba.

Sacó la carta del sobre, titubeó un instante y la desdobló.

FUE UN HOMBRE LOBO

La leyó una y otra vez, una y otra vez, y de repente ya no se sintió tan adulta. El timbre del teléfono le dio tal susto que estuvo a punto de ponerse en pie de un salto.

El corazón le latía a toda velocidad. Dobló la carta y se quedó mirando el teléfono con una extraña sensación de culpa, como si la hubieran pillado haciendo algo reprobable. Eran las 02:53 de la madrugada, ¿quién diantres la llamaba? Si era Roy Helander, se pondría a gritar. Dejó que el teléfono siguiera sonando.

El contestador automático saltó al cuarto timbrazo.

—Ha llamado a AAA-Wade, Investigaciones. Soy Randi Wade. Ahora mismo no puedo atenderle, pero deje un mensaje cuando suene la señal y le llamaré.

—Ah... Hola —dijo tras la señal una voz grave, masculina, que sin lugar a dudas no era la de Roy Helander.

Randi soltó el cuaderno y cogió el teléfono.

—¿Rogoff? ¿Eres tú?

—Sí, perdona si te he despertado. Mira, esto se sale de las normas y ni siquiera sabría decir por qué te estoy llamando. La única excusa que se me ocurre es que creo que debes saberlo.

Randi sintió un escalofrío por toda la espalda.

—¿Saber qué?

—Ha aparecido otro.

Willie se despertó bañado en sudor frío.

«¿Qué ha sido eso?».

Un ruido, pensó. Al final del pasillo.

¿O tal vez lo había soñado? Se incorporó en la cama y trató de controlarse. Siempre se oía algún ruido por la noche. Un remolcador en el río, un coche que pasaba bajo la ventana, cualquier cosa. Todavía se sentía ridículo por haberse dejado llevar por el pánico al encontrar la puerta abierta; menos mal que no le había clavado las tijeras a Randi. No podía dejar que su imaginación lo volviera loco, así que volvió a meterse bajo las mantas, se tumbó boca abajo y cerró los ojos.

En el pasillo, una puerta se abrió y se cerró.

Se quedó muy quieto con los ojos desorbitados, a la escucha. Había echado todos los cerrojos, estaba seguro: tras acompañar a Randi a la puerta, cerró con el candado, la cadena y la cerradura de seguridad, y hasta la había atrancado con la barra. Solo se podía desatranca desde dentro, y la puerta era de acero macizo. En cuanto a la puerta trasera, estaba tan oxidada que era como si estuviera soldada. Y si hubieran roto una ventana, el ruido lo habría alertado, así que era imposible, absolutamente imposible. Había sido un sueño, seguro.

El pomo de la puerta de su dormitorio giró lentamente e hizo un clic. Se oyó un tintineo metálico cuando empujaron la puerta, pero el pestillo aguantó. El segundo empujón fue más brusco; el sonido, más fuerte.

Pero Willie ya no estaba en la cama. La noche era fría, y los calzoncillos y la camiseta no abrigan mucho, la verdad, pero en aquel momento no estaba para detalles sin importancia. La llave seguía en la cerradura, una llave vieja de una cerradura centenaria. Los ojos de las cerraduras de los despachos eran tan grandes que se podía ver a través de ellos. Willie siempre dejaba las llaves puestas para evitar las corrientes de aire, pero no solía cerrar... excepto aquella noche. No sabía por qué había echado la llave antes de acostarse, y el sonido lo había tranquilizado. Y, qué

cosas, en aquel momento era lo único que se interponía entre él y lo que fuera que estuviera en el pasillo.

Retrocedió hasta la ventana y echó un vistazo al callejón empedrado de la parte trasera. Abajo, la oscuridad era negra y densa. Si no le fallaba la memoria, justo debajo de la ventana había un enorme contenedor de basura verde, de los metálicos, pero no se veía nada.

Empujaron la puerta con tanta violencia que la habitación entera se estremeció.

Willie no podía respirar. El inhalador estaba sobre la cómoda, al otro lado del cuarto, junto a la puerta. Se sentía atrapado en un puño gigante que lo dejaba sin aire. Desesperado, trató de aspirar.

Lo que hubiera en el pasillo golpeó la puerta de nuevo y la madera empezó a astillarse. Era madera maciza de más cien años, pero estaba haciéndose pedazos como una de esas puertas modernas, baratas y huecas.

Willie empezó a marearse. Aturdido, pensó en lo mucho que iba a cabrearse el monstruo cuando por fin consiguiera entrar en la habitación y se encontrara con que ya se había muerto de asma. Se quitó la camiseta, la tiró al suelo y se metió el pulgar por la goma de los calzoncillos.

La puerta se estremeció, cedió y se desprendió de las bisagras. El siguiente golpe la partió en dos. A Willie le daba vueltas la cabeza por falta de oxígeno. Se olvidó de los calzoncillos y se transformó.

Los huesos, la carne, los músculos aullaron en el dolor terrible de la transformación, pero el oxígeno fresco y delicioso le hinchó los pulmones, y de nuevo pudo respirar. Lo recorrió una oleada de alivio, y echó hacia atrás la cabeza para dar voz a esa sensación. Fue un sonido que le helaría la sangre a cualquiera, pero la forma oscura que se abría paso entre los pedazos de puerta no titubeó ni un instante. Willie tampoco. Flexionó las patas y saltó. El cristal saltó en mil pedazos a su alrededor cuando se tiró por la ventana, y la oscuridad se tragó las esquirlas. Willie no aterrizó en el contenedor, sino que cayó sobre las cuatro patas, trastabilló y patinó un metro sobre el empedrado. Miró hacia arriba y vio la silueta que se recortaba en el vano de la ventana. Movié las manos y Willie distinguió el brillo amenazador de la plata. No le hizo falta ver más. Se puso en pie y corrió calle abajo como nunca en la vida.

El taxi la dejó a dos casas de distancia. Las barreras de la policía rodeaban toda la vivienda, una majestuosa mansión victoriana que necesitaba una buena mano de pintura desde hacía tiempo. Algunos vecinos curiosos, arrebuados en un abrigo encima del pijama o la bata, habían acudido a Grandview y hablaban en susurros sin dejar de mirar a la casa. Las luces de colores de los coches de policía imprimían a los rostros una expresión de morbosa avidez.

Randi se abrió paso entre ellos con decisión. Un policía al que nunca había visto la detuvo en la barrera.

—Soy Randi Wade. Me ha llamado Rogoff.

—Ah. Está dentro —apuntó con el pulgar a la casa—, hablando con la hermana.

Randi los encontró en la sala de estar. En cuanto la vio, Rogoff la saludó con un gesto y prosiguió con el interrogatorio.

Los demás polis la miraron con curiosidad, pero ninguno dijo nada. La hermana era una cuarentona de aspecto juvenil, esbelta, de piel blanca y una indómita mata de pelo negro que le caía en cascada por la espalda. Estaba sentada al borde del sofá, vestida con un camisoncito de seda blanco que dejaba bien poco a la imaginación, tan indiferente al aire frío que se colaba por la puerta abierta como a las miradas prolongadas de los policías.

Un poli estaba tomando huellas en un piano de cola negro y brillante que se encontraba en un rincón del salón. Randi se acercó a él cuando acabó. La parte superior del piano estaba llena de fotos enmarcadas. Una era de una escena veraniega: una instantánea tomada a la orilla del río, con dos chicas muy bonitas con bikinis a juego, una a cada lado de un joven serio. Las chicas tenían el cuerpo cubierto de gotitas de agua y reían; la cabellera larga, negra y mojada les enmarcaba la amplia sonrisa. El hombre, o el muchacho, o lo que fuera, también iba en bañador, pero saltaba a la vista que estaba en los huesos. Era flaco y cetrino, y miraba a la cámara con unos ojos azules de una vacuidad inquietante. Las chicas tendrían entre dieciocho y veinte años. Una era la que estaba interrogando Rogoff, pero Randi no supo decir cuál. Gemelas. Examinó las otras fotos, temiendo encontrarse una de Willie. No reconoció casi ningún rostro, pero aún no había terminado de mirarlas cuando Rogoff se le acercó.

—La forense está arriba, con el cadáver. Puedes subir si no tienes el estómago delicado.

Randi asintió y se apartó del piano.

—¿Te ha dicho algo la hermana?

—Tenía una pesadilla. —Empezó a subir por la estrecha escalera con Randi detrás—. Dice que, desde que era pequeña, siempre que tenía una pesadilla iba al cuarto de Zoé y se metía en su cama. —Llegaron al rellano y Rogoff puso la mano en el pomo de cristal de la puerta—. Lo que se ha encontrado en la cama va a darle pesadillas muchos años.

Abrió la puerta y Randi entró tras él.

Solo había una luz, procedente de la lámpara de la mesilla de noche. El fotógrafo de la policía daba vueltas por la habitación para tomar fotos de aquel revoltijo rojo que yacía en la cama. Los fogonazos del flash hacían saltar y retorcerse las sombras, y el estómago de Randi se retorció con ellas. El olor a sangre era abrumador. Le recordó los días calurosos de julio de muchos años atrás, cuando soplaba el viento del sur y el hedor del matadero invadía la ciudad. Pero eso era mil veces peor.

El fotógrafo se movía, disparaba el flash, se movía de nuevo, volvía a disparar. El mundo pasaba del gris al rojo y otra vez al gris. La forense estaba inclinada sobre el

cadáver y sus movimientos parecían convulsos e irreales a la luz de los fogonazos. El techo devolvía la luz del flash; Randi levantó la cabeza y vio que había un gran espejo. La boca de la mujer muerta estaba muy abierta, en un grito silencioso. Le habían quitado los labios junto con la piel, y el interior de la boca no era más rojo que el exterior. No quedaba nada del rostro, solo los músculos brillantes y húmedos, y la blancura de un hueso aquí y allá. Los ojos seguían en las cuencas, grandes, oscuros, hermosos y sensuales, como los de su hermana. Estaban abiertos como platos, miraban aterrorizados el espejo del techo. Había visto todo lo que le habían hecho, hasta el último detalle. ¿Qué habría descubierto en el reflejo de sus ojos? ¿Dolor, pánico, desesperación? Por su condición de gemela, tal vez encontrara un extraño consuelo en la imagen del espejo cuando le estaban arrebatando la cara, la carne, la humanidad.

El flash iluminó de nuevo la habitación y Randi vio unos destellos metálicos en las muñecas y los tobillos. Cerró los ojos un instante, trató de respirar con normalidad y se acercó a los pies de la cama, donde Rogoff estaba hablando con la forense.

—¿El mismo tipo de cadenas? —preguntaba en aquel momento.

—Exacto. Y no te pierdas esto. —La forense Cooney se sacó de la boca el puro apagado y señaló.

Los tobillos de la víctima estaban firmemente sujetos con cadenas. Cuando el flash centelleó de nuevo, Randi se fijó en unos círculos negros que surcaban la carne y los nervios. Dolía solo con mirarlos.

—Se ha resistido —sugirió Rogoff—. La cadena le ha lacerado la carne.

—Las laceraciones perforan la piel y causan sangrado —replicó Cooney—. Con lo que le han hecho, una laceración ni se notaría. Esto son quemaduras, Rogoff. De tercer grado. En las muñecas, en los tobillos, allí donde la rozaba el metal. Sorenson tenía las mismas marcas. Es como si el asesino hubiera calentado las cadenas al rojo, aunque ya están frías. Toca, toca.

—No, gracias, te creo.

—Un momento —intervino Randi.

Fue como si la forense acabara de advertir su presencia.

—¿Qué hace aquí? —quiso saber.

—Es una larga historia —replicó Rogoff—. Esto es cosa de la policía, Randi; será mejor que...

—¿Joan Sorenson tenía las mismas marcas de quemaduras? —preguntó a Cooney, sin hacerle caso—. ¿En las muñecas y en los tobillos, donde le tocaban las cadenas?

—Exacto. ¿Por qué?

—¿Qué pasa? —inquirió Rogoff.

—Joan Sorenson era minusválida. No podía mover las piernas, no sentía nada de cintura para abajo. ¿Por qué se molestaron en encadenarle los tobillos?

Rogoff se quedó mirándola un largo momento antes de sacudir la cabeza y

volverse hacia Cooney. La forense se encogió de hombros.

—Ya. Sí. Es un detalle interesante, pero ¿qué quiere decir?

A eso no supo responder Randi. Volvió a mirar a la cama, a aquella cosa desollada, retorcida y mutilada que horas antes había sido una mujer hermosa.

El fotógrafo cambió de ángulo y tomó otra foto. El flash saltó de nuevo. La cadena brilló a la luz y Randi pasó un dedo por el metal. No sintió calor alguno, solo el tacto frío y suave de la plata.

La noche estaba llena de sonidos y olores.

Willie había corrido enloquecido, a ciegas, como una sombra gris que enfilaba como una flecha las calles oscuras y resbaladizas por la lluvia, forzándose hasta límites impensables, sin saber hacia dónde iba. A cualquier parte, a ninguna parte, a todas partes... Todo con tal de alejarse de su hogar y de aquello que lo aguardaba allí, con la muerte brillándole en la mano. Corrió por callejones mugrientos, por muelles de carga, saltó alambradas... Una pared de hormigón estuvo a punto de detenerlo. No la pudo salvar al primer salto, ni al segundo, ni al tercero; al cuarto consiguió colgarse del borde con las patas delanteras, y rascó y trepó con las traseras para auparse. Cayó sobre hierba húmeda, rodó por el barro y volvió a levantarse de inmediato para seguir corriendo. Apenas había tráfico, pero, al cruzar una avenida, una camioneta surgió de la nada a toda velocidad y las luces lo atraparon de lleno. El fulgor repentino lo deslumbró y se quedó paralizado en medio de la calle el tiempo suficiente para ver la sorpresa y el terror pintados en el rostro del conductor. El claxon sonó al mismo tiempo que el frenazo, y la camioneta derrapó por la mediana.

Para entonces, Willie ya había desaparecido.

Se adentró en una zona residencial, por calles tranquilas, entre pulcras casitas de dos pisos. Había coches aparcados en los caminos de acceso, carteles de inmobiliarias ondeando al viento, pero las únicas luces procedían de las farolas y a veces, cuando las nubes se abrían por un momento, de la pálida luna. Captó olor de perro en algunos patios y de cuando en cuando oyó ladridos salvajes y frenéticos, y supo que ellos también percibían su olor. En algunas ocasiones, los ladridos despertaban a los dueños y a los vecinos, y entonces se encendían las luces en las casas silenciosas y se abrían las puertas de los patios, pero para entonces Willie ya estaba a varias manzanas de allí y seguía corriendo.

Por fin, cuando ya le dolían las patas, el corazón le retumbaba en el pecho y la lengua le colgaba un palmo, Willie cruzó las vías, subió por un terraplén y se dio de bruces con una valla de tres metros coronada con un alambre de púas. Al otro lado, la luz de la luna iluminaba un patio desierto y un edificio bajo y extenso de ladrillo sin ventanas. El olor de sangre vieja era tenue, pero inconfundible, y de repente Willie supo dónde se encontraba.

En el antiguo matadero. La planta, como lo llamaba todo el mundo, arruinada y abandonada desde hacía casi dos años. Había corrido un buen trecho. Por fin, se permitió detenerse y recobrar el aliento. Estaba jadeando, y cuando se dejó caer junto

a la valla empezó a tiritar de frío pese a su pelambre desgredada.

Tras descansar un momento, se dio cuenta de que aún llevaba los calzoncillos puestos. Si la garganta se lo hubiera permitido, habría soltado una carcajada. Recordó al conductor de la camioneta; ¿qué habría pensado al ver ante los faros a Willie, un escuálido espectro gris de ojos rojos como el infierno y calzones blancos?

Willie se alcanzó los calzoncillos con las fauces y tiró, peleándose con la goma, gruñendo, hasta que los rompió y los tiró a un lado. Se tumbó en la tierra húmeda, erguido, con la boca entreabierta y los ojos alerta, cautelosos, y descansó un poco. Le llegaba el ruido del tráfico a lo lejos; a un kilómetro de allí, un perro ladraba con furia. Notaba olor de óxido y moho, del humo de los coches, del metal. Pero por debajo persistía el hedor del matadero, tenue pero presente, que le hablaba de muerte y sangre. Despertaba en su interior cosas que deberían seguir dormidas, y Willie notó cómo el hambre le retorció las entrañas.

No podía hacer como si no existiera, al menos no del todo, pero aquella noche tenía otras preocupaciones, temores más importantes que el hambre. Solo faltaban unas horas para el amanecer y no tenía adonde ir. No podía volver a casa sin saber si era un lugar seguro; antes debía tomar precauciones. No tenía llaves, ropa ni dinero, así que tampoco podía entrar en la agencia. Pero en algún lugar había que meterse. Tenía que confiar en alguien.

Pensó en Rocanegra, en Jonathan Harmon sentado junto a la chimenea, en los ojos azules muertos de Steven, en sus manos llenas de cicatrices, en la vieja torre que se alzaba como una estaca negra podrida. Tal vez Jonathan pudiera darle protección: Jonathan con sus muros altos, su verja de púas, su cháchara incesante sobre sangre y hierro.

Pero en cuanto se imaginó a Jonathan con el largo pelo blanco, el bastón con cabeza de lobo y las manos artríticas de gruesas venas, no pudo contener un gruñido, y supo que Rocanegra no era la solución.

Joanie estaba muerta, y a los demás no los conocía apenas, casi ni sabía sus nombres; tampoco quería conocerlos mejor.

Así que, le gustara o no, solo le quedaba Randi.

Willie se levantó, agotado y vacilante. El viento cambió, barrió los patios y los corrales, y le susurró palabras de sangre hasta que le temblaron las fosas nasales. Echó la cabeza hacia atrás y emitió un aullido largo, estremecedor, solitario, que ascendió, descendió y flotó en el aire frío de la noche hasta que los perros del vecindario empezaron a ladrar. Después, una vez más, echó a correr.

Rogoff la llevó a casa. Amanecía ya cuando detuvo el viejo Ford negro ante el edificio de seis plantas donde vivía. Randi estaba abriendo la puerta del coche, pero él puso punto muerto y se la quedó mirando.

—No voy a insistir ahora —le dijo con voz neutra—, pero tal vez necesite el nombre de tu cliente. Consúltalo con la almohada; puede que te parezca conveniente decírmelo.

—Tal vez no pueda —replicó—. Secreto profesional, ¿recuerdas?

—Cuando me pediste que fuera a los juzgados, eché un vistazo a tu ficha. —
Sonrió, cansado—. No estudiaste derecho.

—¿No? —Le devolvió la sonrisa—. Vale, pero tuve la intención, ¿eso no cuenta?
—Se encogió de hombros—. Lo consultaré con la almohada, de acuerdo. Ya
hablaremos mañana. —Se apeó, cerró la puerta y se alejó del coche. Rogoff arrancó,
pero Randi se giró antes de que arrancara—. Eh, Rogoff, ¿tienes nombre de pila?

—Mike.

—Pues hasta mañana, Mike.

El policía asintió y se marchó en el momento en que las farolas empezaban a
apagarse. Randi subió la escalera de la entrada y se puso a buscar la llave.

—¡Randi! —susurró una voz.

Se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Quién está ahí?

—Soy Willie. —En esta ocasión, habló más alto—. Aquí abajo, entre los cubos
de basura.

Ella se asomó y lo vio. Estaba en cuclillas, rodeado de desperdicios, y tiritaba por
el frío de la mañana.

—Estás desnudo —señaló.

—Han intentado matarme. He conseguido escapar, pero mi ropa, no. Llevo aquí
una hora. No es que me queje, tú ya me entiendes, pero me parece que he pillado una
pulmonía y se me han congelado los huevos. Ya no podré tener hijos. ¿Dónde cojones
estabas?

—Ha habido otro asesinato con el mismo modus operandi.

Willie se estremeció con tal violencia que entrechocaron los cubos de basura.

—Dios. —Se había quedado casi sin voz—. ¿Quién ha muerto?

—Una tal Zoé Anders.

—Mierda, mierda, mierda. —Willie dio un respingo y miró a Randi. El miedo se
reflejaba en sus ojos, pero aun así se atrevió a preguntar—: ¿Y Amy?

—¿La hermana? —preguntó Randi. Willie asintió—. Conmocionada, pero bien.
Tuvo una pesadilla. —Hizo una pausa—. Así que también conocías a Zoé, igual que
a Sorenson.

—No. Igual que a Joanie, no. —La miró, agotado—. ¿Podemos entrar en tu casa?

Randi asintió y abrió la puerta. La expresión de gratitud de Willie fue tal que
pensó que le iba a lamer la mano.

La ropa interior era de su ex y le quedaba grande. El albornoz rosa era de Randi y
le quedaba pequeño. Pero el café era perfecto y se estaba calentito dentro del piso.
Estaba muerto de cansancio y de miedo, aunque satisfecho de seguir con vida, más
aún cuando Randi le puso un plato delante. Le había preparado huevos revueltos con
cheddar y cebolla, acompañados de unas lonchas de beicon, y aquello olía como el

paraíso. Se abalanzó sobre la comida con ansia.

—Creo que ya sé lo que ha pasado. —Randi se sentó frente a él.

—De maravilla —respondió—. Los huevos, que están de maravilla, digo. La conclusión a la que has llegado tú seguro que es estupenda también, pero ni te imaginas la falta que me hacían estos huevos. Siempre me entra un hambre espantosa cuando... —Se detuvo en seco, clavó la mirada en los huevos revueltos y se llamó idiota para sus adentros, pero Randi no se había dado cuenta. Cogió una loncha de beicon y mordió la punta—. Qué crujiente. Está buenísimo.

—Voy a contártelo —prosiguió Randi como si Willie no hubiera dicho nada—. Tengo que decírselo a alguien, y me conoces desde hace tiempo, así que me imagino que no me meterás en un manicomio. Pero no te rías. —Lo miró con el ceño fruncido—. Si te ríes, te pongo de patitas en la calle sin los calzoncillos ni el albornoz.

—No me reiré. —No le costaría demasiado, porque empezaba a inquietarse. Hasta dejó de comer.

Randi respiró hondo y lo miró a la cara. Willie pensó que tenía unos ojos preciosos.

—Creo que a mi padre lo mató un hombre lobo —dijo muy seria, sin pestañear.

—Ay, Dios. —No se rio. Una anaconda enorme, invisible, se le enroscó en torno al pecho y empezó a apretar—. Ah... —empezó a decir—. Ah... ah... ah...

No le salía nada. Se apartó de la mesa, derribó la silla y salió corriendo al baño. Se encerró dentro y abrió a tope el grifo del agua caliente de la ducha. El baño empezó a llenarse de vapor. No se parecía ni de lejos a un buen chute del inhalador, pero combatía el ahogo. Para cuando el vapor fue lo suficientemente denso, Willie estaba a cuatro patas y respiraba como si intentara sorber a un elefante con una pajita. Al final pudo volver a respirar.

Se quedó de rodillas un buen rato, hasta que el agua que salía salpicando de la ducha le empapó el albornoz y la ropa interior, y la cara se le congestionó. Luego se arrastró por los baldosines, cerró el grifo y se puso de pie tambaleándose. El espejo del lavabo estaba empañado. Willie lo limpió con una toalla y se miró. Estaba hecho una mierda. Una mierda mojada. Una mierda mojada y achicharrada. Se sintió aún peor. Trató de secarse, pero el vapor y las salpicaduras habían llegado a todas partes, y las toallas estaban tan empapadas como él. Oyó a Randi al otro lado de la puerta; le parecía que estaba abriendo y cerrando cajones. Habría querido salir y mirarla a la cara, pero no con aquella pinta. Era un hombre, tenía orgullo. Por un instante, deseó estar en casa, en la cama, con el inhalador en la mesilla, hasta que recordó que la última vez que había estado en su dormitorio no había estado solo.

—¿Vas a salir de una vez? —preguntó Randi.

—Sí —dijo con voz tan débil que probablemente ella no le oyó.

Se irguió y se colocó bien el albornoz rosa con volantes. Sin él, parecía como si hubiera estado en un concurso de camisetas mojadas. Dejó escapar un suspiro, abrió la puerta y salió. El aire fresco le puso la carne de gallina. Randi estaba otra vez

sentada a la mesa; Willie volvió a su silla.

—Lo siento. Me ha dado un ataque de asma.

—Ya lo he visto —replicó Randi—. Te dan cuando te alteras, ¿no?

—A veces.

—Termínate los huevos, que se te están enfriando.

—Sí, claro. —Al menos eso le daría algo que hacer mientras pensaba qué decirle.

Willie cogió el tenedor. Fue como una vez que agarró un cazo sucio que había dejado sobre el hornillo la noche anterior y se había olvidado de apagarlo. Willie soltó un aullido. El tenedor cayó en la mesa, rebotó una, dos, tres veces y fue a parar delante de Randi mientras él se lamía los dedos, que ya se le estaban poniendo rojos. Randi lo miró tranquilísima y cogió el tenedor. Lo acarició con el pulgar y se pinchó suavemente los labios con las púas, pensativa.

—He sacado la cubertería buena mientras estabas en el baño —le dijo—. Es de plata maciza. Lleva generaciones en la familia.

Los dedos le dolían a rabiar.

—Ay, Dios, ¿tienes mantequilla? O aceite, o manteca, lo que sea, cualquier cosa que... —Se interrumpió cuando ella sacó un revólver de debajo de la mesa. A Willie le pareció un arma muy muy grande.

—Escúchame bien, Willie. Los dedos son el menor de tus problemas. Soy consciente de que te duele, así que te doy un par de minutos para que te ordenes las ideas y me convenzas de que no te vuele la puta cabeza aquí mismo. —Amartilló el revólver con el pulgar.

Willie se quedó mirándola. Tenía una pinta lastimosa, como un cachorrillo medio ahogado. Por un momento, un momento terrible, Randi pensó que iba a sufrir otro ataque de asma. Era curioso lo tranquila que estaba: ni enfadada, ni asustada, ni siquiera nerviosa, pero no se creía capaz de dispararle a alguien por la espalda si echaba a correr hacia el baño, aunque fuera un hombre lobo. Por suerte, Willie no la obligó a decidir.

—No veo por qué deberías pegarme un tiro —dijo con un aplomo notable, dadas las circunstancias—. Es de mala educación disparar a los amigos. Y te quedaría un agujero en el albornoz.

—Nunca me gustó ese albornoz. No soporto el rosa.

—Si de verdad quieres matarme, el tenedor te dará mejor resultado.

—Entonces, ¿reconoces que eres un hombre lobo?

—Un licántropo —corrigió Willie. Volvió a lamerse los dedos quemados y la miró de reajo—. ¿Qué culpa tengo yo? Es una enfermedad. Sufro de alergias, sufro de asma, sufro de dolores de espalda, sufro de licantropía... Yo no maté a tu padre. Nunca he matado a nadie. Una vez me comí medio pit bull, pero no es para tanto. Si quieres pegarme un tiro, venga —prosiguió, quejumbroso—. Por cierto, ¿desde cuándo vas armada? Creía que eso de los detectives privados que iban por ahí con una piña era cosa de la tele.

—Se dice *pipa*. Y sí, es cosa de la tele. Solo saco la mía en ocasiones especiales. Es la que llevaba mi padre cuando murió.

—No le sirvió de gran cosa —apuntó Willie con voz amable.

Randi pensó un momento en aquellas palabras.

—¿Qué pasaría si apretara el gatillo? —El arma empezaba a pesarle, pero aún tenía la mano firme.

—Que intentaría transformarme. Creo que no me daría tiempo, pero tendría que intentarlo. Si me metes un par de balas en la cabeza cuando aún soy humano y a esta distancia, seguro que la palmo. Pero no debes fallar ni, sobre todo, dejarme herido. Una vez me transformo, la cosa cambia.

—Mi padre vació el cargador la noche en que lo mataron —dijo Randi, pensativa. Willie se examinó la mano e hizo una mueca de dolor.

—Mierda. Me está saliendo una ampolla.

Randi dejó el arma sobre la mesa, fue a la cocina y volvió con una pastilla de mantequilla. Willie la cogió con gratitud y se untó las quemaduras.

—Es de día —observó ella, mirando por la ventana—. Creía que los hombres lobo solo se transformaban en noches de luna llena.

—Licántropos —insistió Willie. Dobló los dedos y suspiró—. Esa gilipollez de la luna llena debió de inventársela algún guionista de la Universal. Infórmate bien. Nos transformamos cuando queremos: de día, de noche, con luna llena, con luna nueva... Nos da igual. A veces me apetece más transformarme cuando hay luna llena, pero es algo hormonal, más parecido a excitarse que a tener la regla, no sé si me explico. —El café ya se había enfriado, pero de todos modos se lo bebió de un trago—. Joder, no debería contarte todo esto, Randi. Me caes bien, eres mi amiga y me importas mucho. Créeme, lo mejor para ti sería que olvidaras todo lo que acaba de pasar.

—¿Por qué? —preguntó con tono brusco. No tenía la menor intención de olvidar nada—. ¿Qué va a pasarme si no? ¿Vas a destrozarme el cuello de un zarpazo? ¿Tengo que olvidarme también de Joan Sorenson y de Zoé Anders? ¿Qué pasa con Roy Helander y con los niños que desaparecieron? ¿Quieres que me olvide de lo que le sucedió a mi padre? ¿Eh? —Se detuvo un instante y volvió a bajar la voz—. Fuiste tú quien me pidió ayuda, Willie, y perdona que te lo diga, pero estoy segurísima de que sigues necesiéndola.

Willie se quedó mirándola con una expresión sombría y avergonzada.

—No sé si darte un beso o una torta —reconoció al final—. Mierda, tienes razón, ya sabes demasiadas cosas. —Se levantó—. Necesito mi ropa, que con esta me va a dar una neumonía. Pide un taxi, así vamos a mi casa, vemos qué ha pasado y hablamos. ¿Tienes un abrigo?

—Hay una gabardina en el armario.

Le quedaba aún más grande que a ella, pero era mejor que salir con un albornoz rosa. Cuando se abrochó el cinturón, parecía casi humano. Randi estaba rebuscando en el cajón de la cubertería de plata, y al final sacó un gran cuchillo de trinchar, el que

siempre usaba su abuelo en Acción de Gracias. Se lo metió entre el cinturón y los téjanos bajo la mirada nerviosa de Willie.

—Buena idea —le dijo al final—, pero lleva también el revólver.

El taxista era de los que no daban conversación, y cruzaron la ciudad en un silencio incómodo. Randi le pagó mientras Willie bajaba a examinar las puertas. Era un día nublado y tempestuoso, y el río grisáceo batía contra el atracadero.

Willie dio una patada a la puerta, furioso, y se metió por el callejón que daba a la parte trasera. Randi lo esperó en el atracadero, observando el taxi que se marchaba. Volvió muy enfadado a los pocos minutos.

—Esto es ridículo. Hace años que la puerta de atrás no se abre; tiene tanto óxido que harían falta un martillo y un cincel. Los muelles de carga están atornillados y asegurados con cadenas, y encima tienen un candado descomunal. Y la puerta delantera... Tengo una copia de las llaves en el coche, pero aunque las coja, la barra que la atranca solo se puede levantar desde dentro. Así que ¿cómo demonios entró?

Randi observó las paredes de ladrillo erosionado de la fábrica de cerveza. Parecían muy sólidas, y las ventanas del segundo piso estaban a unos seis metros del suelo.

—Hay una ventana rota —señaló.

—Eso lo hice yo al salir, no mi visitante nocturno al entrar.

Randi ya se lo había imaginado al ver los cristales rotos en el empedrado.

—Ahora mismo lo que me preocupa es cómo vamos a entrar nosotros. —Señaló al contenedor de basura—. Podemos moverlo a la izquierda, nos subimos encima, y luego tú te subes a mis hombros. Y alcanzas la ventana.

Willie lo pensó un instante.

—¿Y si sigue dentro?

—¿El qué?

—Lo que me atacó anoche. Si no llego a saltar por la ventana, esta mañana me habrías visto sin piel, y te aseguro que así ya tengo bastante frío. —Miró la ventana, luego el contenedor, luego la ventana otra vez—. A la mierda, no podemos quedarnos aquí todo el día. Tengo una idea mejor. Ayúdame a apartar el contenedor de la pared.

Randi no lo entendió, pero le hizo caso. Entre los dos movieron el contenedor hasta el centro del callejón, justo frente a la ventana. Willie asintió con aprobación y empezó a desabrocharse el cinturón de la gabardina.

—Date la vuelta, no quiero que te asustes. Tengo que desnudarme, y seguro que te dejás arrastrar por tus apetitos carnales.

Randi se dio media vuelta, pero la tentación de girar la cabeza era irresistible. Oyó como la gabardina caía al suelo y luego otra cosa... Unas pisadas amortiguadas, como las de un perro. Se giró. Willie se había alejado hasta la entrada del callejón. La ropa interior vieja de su exmarido estaba en el suelo, encima de la gabardina. Entonces Willie regresó corriendo a toda velocidad hacia la fábrica de cerveza, y Randi no pudo menos que reconocer que, como lobo, no era muy atractivo. Tenía el

pelaje de un color sucio, entre pardo y gris, tirando a sarnoso, el trasero demasiado grande y las patas demasiado flacas, y corría de una forma francamente desgarrada. Con un último acelerón, saltó encima del contenedor, se dio impulso en la tapa metálica y entró por la ventana, rompiendo a su paso más cristales. Randi oyó un golpe sordo en el dormitorio y fue a la parte delantera.

Al poco rato, las cerraduras se fueron abriendo una tras otra, hasta que Willie apareció por fin al otro lado de la pesada puerta de acero. Llevaba una bata, esa vez la suya, de franela roja a cuadros escoceses, y un manojo de llaves.

—Pasa, no hay rastro de la visita nocturna. He puesto a calentar agua para el té.

—Como ese hijoputa no haya salido del retrete, no se me ocurre otra cosa —dijo Willie.

Randi estaba ante los restos de la puerta del dormitorio. Examinó la madera destrozada y pasó los dedos por una larga astilla puntiaguda antes de arrodillarse para observar el suelo.

—Sea lo que sea, es fuerte. Mira estas marcas en la madera, tan definidas y profundas. Esto no se hace con los puños. Tal vez con zarpas, pero lo más probable es que fuera con un cuchillo. Y no te pierdas esto. —Le señaló el pomo de latón de la puerta, que yacía en el suelo entre las astillas. Willie hizo ademán de recogerlo—. No lo toques. —Lo agarró por el brazo—. Míralo, nada más.

El se apoyó sobre una rodilla. Al principio no vio nada, pero al mirar más de cerca advirtió que el metal estaba marcado, como arañado.

—Algo afilado y duro. —Randi se levantó—. ¿De dónde procedía el mido la primera vez que lo oíste?

—No sabría decirte. —Willie intentó recordar—. De la parte trasera, creo.

Randi echó a andar por el pasillo y se encontró con todas las puertas cerradas. Examinó el pasamanos en la parte superior de las escaleras y luego siguió abriendo y cerrando puertas.

—Ven aquí —dijo al llegar a la cuarta.

Willie se acercó. Randi tenía la puerta entreabierta: el pomo estaba en perfectas condiciones por el lado del pasillo, pero por dentro presentaba las mismas marcas que el del dormitorio. Se quedó boquiabierto.

—¡Es el aseo de caballeros! ¿Quieres decir que de verdad salió del retrete? No vuelvo a cagar en lo que me queda de vida.

—Salió de este cuarto; no sé si del retrete.

Randi entró y miró a su alrededor, aunque no había gran cosa que ver. Dos excusados, dos urinarios, dos lavabos con un espejo alargado en la pared, un rollo de toallas de papel y dispensadores de jabón antiguos, de latón, junto a los grifos, además de los artículos de higiene personal de Willie. No había ventanas, ni siquiera un ventanuco de cristal esmerilado. Nada.

Abajo empezó a silbar la tetera y volvieron a la sala de estar. Randi parecía

pensativa.

—Joan Sorenson murió tras una puerta cerrada con llave, y el asesino llegó hasta Zoé Anders sin despertar a su hermana, que dormía al otro lado del pasillo.

—Ese hijoputa viene y va como le da la gana —comentó Willie. La idea le daba escalofríos. Miró nervioso a su alrededor al tiempo que sacaba las bolsitas de té, pero Randi y él estaban solos.

—Tanto como eso, no —replicó Randi—. En los casos de Sorenson y Anders no hubo daños ni indicios de allanamiento; solo encontraron el cadáver. Pero, en tu caso, una sencilla puerta cerrada bastó para detener al asesino.

—Para detenerlo, no. Para entorpecerlo un poco, y gracias. —Contuvo un escalofrío y llevó los té a la mesita.

—¿No se equivocaría de hermana?

Willie se quedó parado un instante con cara de idiota y la tetera en la mano, a punto de echar el agua en las tazas.

—¿Qué quieres decir?

—Eran dos gemelas idénticas que vivían juntas... Vamos a suponer que el asesino no conocía la casa por dentro. No sabemos cómo, pero consigue entrar y encadena, asesina y desuella a una sin despertar a la otra. —Randi le dedicó una sonrisa que rezumaba dulzura—. Nada las diferencia a simple vista; seguramente no sabía en qué dormitorio estaba cada una, así que la cuestión es: ¿mató a la mujer lobo?

Era un alivio comprobar que Randi no era infalible.

—Sí y no. Eran gemelas, las dos licántropos. —La cara de sorpresa de Randi fue genuina—. ¿Cómo lo has sabido?

—Ah, por las cadenas —respondió distraída. Estaba concentrada en el enigma—. Eran de plata, y la quemaron en todos los puntos donde la tocaron. Y Joan Sorenson también era una mujer lobo, claro. Era minusválida, pero solo cuando era humana, no cuando se transformaba. Por eso le encadenó las piernas, para sujetarla si cambiaba. —Miró a Willie, todavía desconcertada—. Pero no tiene lógica, ¿por qué matar a una y ni siquiera molestar a la otra? ¿Estás seguro de que Amy Anders también es una mujer lobo?

—Licántropo. Sí, sin duda. Era incluso más difícil diferenciarlas cuando se transformaban. Al menos de humanas se vestían con ropa diferente. A Amy le gustan los encajes, los volantes y esas cosas, y a Zoé le iba más el cuero. —En el centro de la mesita había un cenicero de cristal tallado con un surtido de pastillas: aspirinas, antiácidos y antihistamínicos. Willie cogió un puñado y se las tragó.

—Mira, antes de seguir adelante quiero que pongas las cartas boca arriba —dijo Randi.

Por una vez, Willie se le adelantó.

—Si supiera quién mató a tu padre, te lo diría, pero no tengo ni idea. Yo estaba de servicio en Europa. Recuerdo vagamente haber leído algo en el *Courier*, pero, si te soy sincero, lo había olvidado por completo hasta que me lo echaste en cara anoche.

¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros.

—No me jodas, Willie. A mi padre lo mató un hombre lobo y tú eres un hombre lobo. Algo sabrás.

—Mira, coge la frase y sustituye «hombre lobo» por «judío», «diabético» o «calvo», a ver si te parece que tiene sentido. No digo que te equivoques con lo de tu padre, porque no te equivocas. Todo encaja, desde el estado del cadáver hasta el revólver descargado, pero aún te queda la gran pregunta: ¿qué hombre lobo?

—¿Cuántos sois? —preguntó Randi, incrédula.

—Ni puñetera idea. ¿Qué pasa? ¿Crees que nos juntamos cada vez que hay luna llena y organizamos una fiesta? Los purasangre no son muchos, cada vez quedan menos; la manada ha ido reduciéndose en estas últimas generaciones. Pero hay muchos mestizos como yo: mediolobos, cuartolobos... Las antiguas familias no se cortaban a la hora de engendrar bastardos. Unos pueden transformarse y otros no. He oído que algunos se transforman una vez y ya no pueden volver a su estado humano. Y eso si hablamos de las estirpes con solera; ya ni te cuento los que son como Joanie.

—¿En qué era diferente?

Willie meneó la cabeza de mala gana.

—Ya lo habrás visto en las películas. Si te muerde un hombre lobo, te conviertes en uno, siempre y cuando no te transformes antes en cadáver, claro. —Ella asintió y Willie continuó—. Bueno, eso es verdad en parte, porque ya no sucede tan a menudo como antes. Hoy en día te pegan un mordisco y vas al médico. Te limpian la herida, te tratan con antisépticos, te dan antibióticos, te ponen la vacuna de la rabia, la antitetánica y cincuenta mil mandangas, y aquí no ha pasado nada. Maravillas de la medicina moderna. —Willie titubeó un instante y la miró a los ojos, a aquellos ojos tan hermosos, sin saber si entendería lo que iba a contarle. Al final, se lanzó a la piscina—. Joanie era un encanto de chica y me partía el corazón verla en aquella silla. Una noche me dijo que lo peor era que nunca sabría lo que era hacer el amor. Era virgen cuando se estrellaron contra aquel camión. Nos habíamos tomado unas copas, la pobre estaba llorando y... no lo pude soportar. Le conté qué era yo y qué podía hacer por ella, pero no me creyó, así que se lo demostré. La mordí en una pierna, porque total ahí no sentía nada. La mordí a base de bien. Luego la curé yo mismo: nada de médicos, nada de antisépticos ni vacunas. Fue una infección de primera, y hubo un par de días en que tuvo tanta fiebre que pensé que la había matado. La pierna se le había puesto casi negra. Se veía perfectamente cómo la cosa aquella le subía por las venas; daba asquito, lo reconozco, y no me quedaron ganas de volver a intentarlo. Pero funcionó: la fiebre bajó y Joanie cambió.

—No erais amigos —afirmó Randi—. Erais amantes.

—Como lobos, sí. Qué le voy a hacer, a cuatro patas estoy más bueno. Pero no podía seguirle el ritmo, era una loba muy activa. Y lo era casi cada noche.

—Como humana, seguía inválida.

Willie asintió y levantó la mano.

—Mira. —Allí seguían las quemaduras, y en el índice se le había formado una ampolla de sangre—. Ha habido un par de veces en que transformarme me ha salvado el pellejo, cuando he tenido ataques de asma tan brutales que pensaba que me iba a asfixiar. Esas cosas no te las llevas cuando te transformas, pero te están esperando a la vuelta. A veces hasta te dan sorpresas desagradables. Si te meten un balazo cuando eres lobo no pasa nada, es como un pinchacito que se cura enseguida, pero cuando vuelves a ser humano lo pagas caro, sobre todo si te transformas demasiado pronto y la herida se infecta. Y la plata quema de cojones, estés en la forma en que estés. Menos mal que retiraron de la circulación las monedas antiguas.

—Esto es un poco apabullante. —Se levantó—. ¿Te gusta ser hombre lobo?

—Licántropo. —Willie se encogió de hombros—. No lo sé, ¿te gusta ser mujer? Es lo que soy.

Randi se acercó a la ventana y contempló el río.

—Estoy hecha un lío —reconoció—. Te miro y veo a mi amigo Willie, al que conozco desde hace años. Pero resulta que también eres un hombre lobo. Desde que tenía doce años me he dicho una y otra vez que los hombres lobo no existen, y ahora me entero de que la ciudad está llena de ellos. Pero algo o alguien los está matando; los desuella, nada menos. ¿Debería importarme? ¿Por qué? —Se pasó una mano por el pelo revuelto—. Tú y yo sabemos que Roy Helander no mató a aquellos niños, y mi padre también lo sabía. No paró de investigar hasta que una noche lo hicieron ir a los corrales y una especie de animal le destrozó el cuello. Cada vez que lo pienso, me digo que debería buscar a este asesino de hombres lobo y echarle una mano. Pero luego te veo a ti. —Se volvió y clavó los ojos en él—. Joder, sigues siendo mi amigo.

Parecía al borde de las lágrimas. Willie no la había visto llorar nunca, y no quería verla. No soportaba que la gente llorara.

—¿Recuerdas que la primera vez que te ofrecí un empleo no lo aceptaste porque pensabas que los cobradores de morosos eran unos gilipollas? —Ella asintió—. Pues los licántropos cambiamos de piel. Nos convertimos en lobos. Es cierto, somos carnívoros; en la manada no encontrarás muchos vegetarianos, pero hay carne y carne. No sé si te has dado cuenta, pero en esta ciudad no hay tantas ratas como en otras. Lo que quiero decirte es que puedes cambiar de piel, pero tus actos solo dependen de ti. Así que deja de pensar en términos de hombres lobo y asesinos de hombres lobo y empieza a pensar simplemente en asesinos, porque de eso es de lo que se trata.

Randi volvió a sentarse...

—No me hace gracia reconocerlo, pero tienes razón.

—También soy bueno en la cama —replicó Willie con una mueca burlona. Casi consiguió hacerla sonreír.

—Que te follen.

—A eso me refería, más o menos. ¿Cómo es tu ropa interior?

—Deja en paz mi ropa interior. ¿Tienes alguna teoría sobre estos asesinatos? ¿Los

del pasado o los del presente?

Willie pensó que a veces Randi se obsesionaba con un tema, pero por desgracia entre sus temas nunca se encontraba el sexo.

—Jonathan me habló de una antigua leyenda —dijo.

—¿Jonathan?

—Jonathan Harmon, sí, el mismo. El de la sangre y el hierro. El *Courier*. Rocanegra. La planta. La familia fundadora. Ese.

—¡Alto ahí! ¿Es un hom..., digo, un licántropo?

—Sí, es el jefe de la manada, y...

—¿Es hereditario?

Willie adivinó lo que Randi estaba pensando.

—Sí, pero...

—Steven Harmon es un perturbado mental —lo interrumpió de nuevo—. Su familia lo mantiene en secreto, pero no pueden acallar los rumores. Episodios de violencia, médicos extraños que entran y salen de Rocanegra, terapias de choque... Le va el dolor, ¿no?

—Sí. —Willie suspiró—. ¿Le has visto las manos alguna vez? Tiene las palmas y los dedos llenos de quemaduras. Una vez le vi coger una moneda de plata antigua y apretarla con tanta fuerza que le salió humo de entre los dedos. Le hizo un buen agujero en la mano. —Se estremeció—. Sí, Steven está pirado, y con la fuerza que tiene podría arrancarte un brazo y usarlo para matarte a golpes, pero no se cargó a tu padre. No habría podido.

—Eso lo dices tú.

—Tampoco mató a Joanie o a Zoé. No se limitaron a asesinarlas, Randi: las desollaron. Aquí es donde entran en juego las leyendas. Nos llaman cambiapielos, ¿recuerdas? ¿Y si el poder estuviera en la piel? ¿Y si pudieras cazar a un hombre lobo, desollarlo, meterte en su piel ensangrentada... y transformarte?

Randi lo miraba con la cara descompuesta.

—¿De verdad funciona?

—Alguien cree que sí.

—¿Quién?

—Alguien que lleva mucho tiempo pensando en hombres lobo. Alguien que ha convertido una obsesión en una psicopatía con todas las de la ley. Alguien que cree haber visto a un hombre lobo, que cree que los hombres lobo le han hecho daño, que los odia, que quiere destruirlos, que quiere vengarse... Pero también, en el fondo, alguien que quiere saber lo que se siente al ser uno de ellos.

—Roy Helander —concluyó ella.

—Si diéramos con ese puñetero escondite secreto en el bosque, lo sabríamos a ciencia cierta.

—Estuve horas devanándome los sesos. —Randi se levantó—. Podemos ir a echar un vistazo por los parques de la ciudad, pero no creo que tengamos suerte. No.

Quiero saber más sobre esas leyendas y quiero ver a Steven con mis propios ojos. Coge las llaves del coche, Willie, nos vamos de visita a Rocanegra.

Se había temido que dijera algo por el estilo. Cogió otro puñado del cóctel de pastillas.

—Ay, Dios —dijo con la boca llena—. No es la familia Addams. Jonathan es de verdad, ¿sabes?

—Yo también. —Y por el tono de Randi, Willie supo que la batalla estaba perdida.

Cuando llegaron a la plaza Courier estaba lloviendo otra vez. Willie aguardó en el coche mientras Randi entraba en la armería. Cuando salió, veinte minutos después, se lo encontró roncando encima del volante. Por lo menos había tenido las luces de cerrar con seguro las puertas del viejo Cadillac. Dio unos golpecitos en el cristal; Willie se incorporó de inmediato y la miró un instante sin reconocerla. Luego se despabiló de golpe y abrió la puerta del copiloto. Randi se sentó.

—¿Qué tal ha ido?

—No tienen mucha demanda de balas de plata, pero me han dado un contacto en las afueras que hace trabajos por encargo para coleccionistas —respondió Randi de mal humor.

—No parece que te alegres mucho.

—No me alegro. No te imaginas lo que van a cobrarme por una caja de balas de plata, y encima van a tardar dos semanas. Al principio iba a ser un mes, pero he puesto más dinero sobre la mesa.

Contempló con gesto sombrío las gotas de lluvia que resbalaban por la ventana. Un torrente de aguar sucia irrumpía en la alcantarilla y arrastraba a su paso una flota de colillas y jirones del periódico del día anterior.

—¿Dos semanas? —Willie arrancó y metió la marcha del mastodóntico automóvil—. En fin, para entonces estaremos muertos. Casi mejor, que lo de las balas de plata me pone nervioso.

Cruzaron la plaza, pasaron ante la marquesina del Castillo y el edificio del Courier, y se dirigieron hacia Central al compás de los limpiaparabrisas. Willie dobló a la izquierda en la Calle 13 y se dirigió hacia los riscos, mientras Randi comprobaba que el revólver de su padre estuviera cargado. Él la miró por el rabillo del ojo.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo—. Con un revólver no matas a un hombre lobo. A un hombre lobo solo lo mata otro hombre lobo.

—Licántropo —le recordó Randi.

Willie sonrió, y por un momento volvió a ser el tipo con el que había compartido despacho hacía ya tanto tiempo.

El Cadillac recorría la Calle 13 pisando charcos con las grandes ruedas. A medida que avanzaban se iban poniendo más taciturnos. Estaban todavía a una manzana de distancia cuando Randi divisó el vagón del funicular que descendía por los riscos,

blanco sobre la piedra oscura. Un segundo después vio unos centelleos azules y rojos.

Willie también los vio. Pisó el freno de golpe, derrapó y tuvo que dar un volantazo para no chocar contra un coche aparcado. Cuando por fin consiguió detener el coche, tenía la frente perlada de sudor, aunque Randi no creyó que fuera por el miedo a chocar.

—Ay, Dios, no. No, no, no, Harmon no, no me lo creo. —Willie empezó a respirar con dificultad y rebuscó en el bolsillo el inhalador.

—Espera aquí, iré a ver —le dijo Randi. Bajó del coche, se subió el cuello del abrigo y recorrió a pie el trecho que quedaba hasta el final de la 13, donde los riscos empezaban el abrupto ascenso. La furgoneta de la forense estaba aparcada entre tres coches de policía. Randi llegó al mismo tiempo que el vagón del funicular, a tiempo para ver salir a Rogoff en primer lugar. Después se apeó Cooney, el fotógrafo de la policía y dos agentes que transportaban una bolsa para cadáveres. Debían de haber bajado como sardinas en lata.

—¿Tú por aquí? —Rogoff se sorprendió al verja allí. La lluvia le pegaba el pelo a la frente.

—Ya ves —respondió Randi. La bolsa para cadáveres estaba mojada y a los polis les costaba manejarla. Uno resbaló al bajar y a Randi le pareció ver algo en el interior —. No encaja —dijo a Rogoff—. Los otros asesinatos tuvieron lugar por la noche.

Él la cogió por el brazo y se la llevó aparte, con amabilidad pero con firmeza.

—Es mejor que este no lo veas.

El tono de voz hizo que lo mirase con atención.

—¿Por qué no? ¿Cómo puede ser peor que lo de Zoé Anders? ¿A quién lleváis en la bolsa, al padre o al hijo?

—A ninguno de los dos —replicó. Miró hacia atrás, hacia la cima de los riscos, y Randi siguió la dirección de su mirada. Lo único que se veía de Rocanegra era la alta verja de hierro forjado que rodeaba los terrenos—. Esta vez lo ha abandonado la suerte. Los perros lo han visto primero. Dice Cooney que el olor a sangre de... lo que llevaba puesto... los ha vuelto locos. Lo han despedazado, Randi. —Le puso la mano en el hombro como si quisiera consolarla.

—No. —Estaba aturdida, desconcertada.

—Sí —insistió él—. Se acabó. Créeme, es mejor que no lo veas.

Randi se apartó de él. Estaban cargando el cuerpo en la furgoneta bajo la atenta supervisión de Sylvia Cooney, que fumaba su habitual puro bajo la lluvia. Rogoff hizo ademán de tocarla otra vez, pero ella se giró y corrió hacia el vehículo.

—¡Eh! —exclamó Cooney.

Estaban metiendo el cadáver por la puerta trasera. Randi dio con la cremallera de la bolsa. Un policía la agarró del brazo, pero ella lo empujó a un lado y bajó la cremallera.

Le había desaparecido media cara. Le faltaban la mejilla y la oreja derechas, y parte de la mandíbula estaba devorada hasta el hueso. La sangre ocultaba lo poco que

quedaba de las facciones.

Alguien trató de apartarla de la furgoneta. Randi se volvió y le dio una patada en los huevos, luego agarró el cadáver por las axilas y lo bajó. El interior de la bolsa estaba empapado de sangre y resbalaba. El cuerpo se escurrió de la funda de plástico, como un plátano que sale disparado de la piel, y aterrizó en el asfalto. La lluvia lo bañó de inmediato, y el agua que iba a parar a la alcantarilla se tiñó primero de rosa y después de rojo. De la bolsa cayó una mano, o parte de una mano, como si no quisiera quedarse atrás. Al cadáver le faltaba casi todo un brazo, y Randi vio huesos que asomaban y zonas donde faltaban grandes porciones de carne, en el muslo, el hombro y el torso. Estaba desnudo, pero entre las piernas, donde deberían estar los genitales, no tenía más que una herida roja.

Llevaba algo anudado bajo la barbilla. Randi se inclinó para tocarlo, pero retrocedió cuando le vio la cara. La lluvia se la había limpiado. Le quedaba solo un ojo, un ojo abierta, verde, penetrante. El agua se le acumulaba en la otra cuenca y le corría mejilla abajo. Roy había adelgazado tanto que estaba escuálido y llevaba barba de una semana, pero el pelo largo seguía siendo del mismo color de siempre, ese rubio sucio de los Helander.

Lo que tenía anudado al cuello era una especie de capa larga y retorcida que se había liado al caer el cadáver. Randi estaba tratando de alisarla cuando la agarraron por los brazos y la apartaron por la fuerza.

—¡No! —gritó—. ¿Qué lleva puesto? Mierda, ¿qué lleva puesto? ¡Tengo que verlo!

Nadie le respondió. Rogoff le tenía agarrado el brazo derecho con puño de hierro. Randi le pegó, gritó y le dio patadas, pero él la sujetó hasta que se le pasó el ataque de histeria y luego la estrechó contra su pecho cuando empezó a sollozar.

No se enteró de cuándo llegó Willie, pero de repente estaba a su lado. La apartó de Rogoff y se la llevó al Cadillac, y allí se quedaron sentados, en silencio, hasta que se marchó la furgoneta de la forense, seguida por los coches patrulla. Randi estaba cubierta de sangre. Willie le dio un par de pastillas de un frasco que llevaba en la guantera. Intentó tragarlas, pero tenía la garganta seca y acabó por escupirlas.

—Tranquila, tranquila —le repetía Willie una y otra vez—. No era tu padre, Randi. Escúchame, por favor, ¡no era tu padre!

—Era Roy Helander —consiguió decir Randi por fin—. Y llevaba puesta la piel de Joanie.

Willie la llevó a casa, porque no la vio en condiciones de enfrentarse a Jonathan Harmon ni a nadie. Se había tranquilizado un poco, pero seguía con los nervios a flor de piel; se le notaba en los ojos y en la voz. Por si fuera poco, no paraba de repetir lo mismo.

—Era Roy Helander —insistía, como si él no lo supiera ya— y llevaba puesta la piel de Joanie.

Willie le cogió las llaves y la acompañó escaleras arriba. La obligó a tomar un par de somníferos procedentes de la surtida farmacia que llevaba en la guantera. Después apartó la colcha de la cama y la desnudó. Suponía que, si había algo capaz de hacer que Randi volviera en sí, era sentir cómo le desabotonaba la blusa, pero ella se limitó a dedicarle una sonrisa ausente, distraída, y a decirle que era Roy Helander y que llevaba puesta la piel de Joanie. El cuchillo de plata que llevaba al cinturón hizo que Willie se detuviera un instante, pero acabó por bajarle la cremallera, desabrocharle la hebilla y quitarle los pantalones con cuchillo y todo. No llevaba bragas, tal como siempre había sospechado.

Cuando por fin la metió en la cama y la dejó allí durmiendo, fue al cuarto de baño y vomitó.

Después se preparó un gintonic para quitarse el mal sabor de boca y se sentó en la sala de estar, en uno de los sillones de terciopelo rojo. En las últimas noches había dormido aún menos que Randi y sentía que los párpados se le iban a cerrar de un momento a otro, pero tenía la sensación de que no podía permitírselo. Era Roy Helander y llevaba puesta la piel de Joanie. Así que todo había terminado. Estaba a salvo.

Recordó cómo se había estremecido la puerta de su dormitorio la noche anterior: una puerta de madera maciza que se rompió como si fuera de contrachapado barato. Al otro lado había algo oscuro y poderoso, algo que dejaba marcas en los pomos metálicos y surgía de la nada. Willie no sabía qué era, pero tenía la sensación de que no se trataba de aquella caricatura de hombre flaco, sucio y a medio devorar que había visto en la Calle 13. Estaba tan dispuesto a creer que su visitante nocturno era Roy Helander, con la piel de Joanie o sin ella, como a creer que lo habían devorado los perros. Sí, los perros, seguro. ¿De verdad pensaba Jonathan que iban a tragarse esa trola? Pero, claro, después de lo de Zoé y Joanie, motivos no le faltaban, y si Helander se había colado en Rocanegra vestido con una piel humana...

«... hay seres que dan caza a los cazadores».

Willie cogió el teléfono y marcó el número de Rocanegra.

—Diga. —La voz era monótona, carente de toda emoción, la de alguien a quien no le importaba nada ni nadie, ni siquiera él mismo.

—Hola, Steven —saludó Willie con voz sosegada. Estaba a punto de pedirle que le pasara a Jonathan cuando una idea loca se apoderó de él, y no se pudo contener—. ¿Lo has visto? ¿Has visto lo que le ha hecho Jonathan? ¿Te has puesto cachondo?

Al otro lado de la línea, el silencio duró siglos. En ocasiones, Steven Harmon se olvidaba de cómo hablar. Pero esa vez no fue así.

—Jonathan no le ha hecho nada. He sido yo. Ha sido fácil. Lo he olido cuando venía por el bosque. Él no me vio. Le he saltado encima por detrás y le he arrancado una oreja. No era nada fuerte. Luego se ha transformado en hombre y estaba todo resbaladizo, pero daba igual, y...

Le arrebataron el teléfono a Steven.

—¿Diga? ¿Quién es? —inquirió la voz de Jonathan.

Willie colgó. Ya llamaría más tarde: que Jonathan se comiera el coco un rato.

—Luego se ha transformado en hombre —repitió en voz alta. Había sido Steven. Pero Steven no podía solo, ¿o sí?—. Ay, Dios.

Lejos, muy lejos, el teléfono sonaba una y otra vez.

Randi se dio la vuelta.

—La piel de Joanie —susurró entre dientes, adormilada. Estaba desnuda, envuelta en las mantas, y en la habitación reinaba la oscuridad. El teléfono volvió a sonar. Randi se incorporó con la sábana enredada al cuello. Hacía frío y le dolía la cabeza. Se liberó de la sábana y la echó a un lado. ¿Por qué estaba desnuda? ¿Qué coño estaba pasando? El teléfono sonó de nuevo y saltó el contestador.

—Ha llamado a AAA-Wade, Investigaciones. Soy Randi Wade. Ahora mismo no puedo atenderle, pero deje un mensaje cuando suene la señal y le llamaré.

Llegó a tiempo de cogerlo, pero el pitido le sonó en el oído y le retumbó en la cabeza.

—¿Sí? —dijo—. ¿Diga? ¿Qué hora es? ¿Quién llama?

—¿Estás bien, Randi? Soy el tío Joe. —Fue un alivio oír la voz ronca de Joe Urquhart—. Rogoff me ha contado lo que ha pasado y estaba muy preocupado por ti. Llevo horas intentando hablar contigo.

—¿Horas? —Echó un vistazo al reloj: pasaban de las doce de la noche—. He dormido mucho. Creo. —Solo recordaba que aún era de día y Willie y ella iban por la Calle 13 a Rocanegra para...

«Era Roy Helander y llevaba puesta la piel de Joanie».

—¿Qué pasa, Randi? ¿Seguro que estás bien? ¿Te ha pasado algo? ¡Di algo, mujer!

—Sí, sí. —Se apartó el pelo de los ojos. La ventana estaba abierta y notaba el aire gélido en la piel desnuda—. No pasa nada... Es que estaba durmiendo. Me he sobresaltado, nada más. Estoy bien.

—Si tú lo dices... —Urquhart no parecía convencido.

Willie debía de haberla llevado a casa y la había metido en la cama. Pero ¿dónde estaba? Dejarla allí y largarse no era propio de él.

—Haz el favor de prestar atención —gruñó Urquhart—. ¿Has oído lo que te acabo de decir?

Randi no lo había oído.

—Perdona, estoy un poco desorientada, nada más. Ha sido un día muy raro.

—Tengo que verte —repitió Urquhart. De repente había algo apremiante en su voz—. Ahora mismo. He estado repasando los expedientes de Roy Helander y sus víctimas, pero hay una cosa que no encaja. Cuanto más los miro y cuanto más leo el informe de la autopsia de Cooney, más pienso en Frank y en lo que pasó aquella noche. —Titubeó un momento—. No sé cómo decírtelo. Todos estos años... Mira, yo

solo quería lo mejor para ti, pero... Lo cierto es que no te dije toda la verdad.

—¿En qué sentido? —Randi se había espabilado de repente.

—Por teléfono, no. Tengo que verte cara a cara y enseñártelo. Paso a recogerte. ¿Puedes estar lista en quince minutos?

—Que sean diez.

Colgó, saltó de la cama y abrió la puerta del dormitorio.

—¿Willie? —lo llamó, pero no obtuvo respuesta—. ¡Willie! —repitió más alto. Nada.

Encendió las luces y recorrió el pasillo descalza pensando que se lo encontraría roncando en el sofá, pero no había nadie en la sala de estar.

Tenía las manos ásperas como la lija, y al mirárselas descubrió que estaban cubiertas de sangre seca. Se le revolvió el estómago. La ropa que había llevado puesta estaba amontonada en el suelo del dormitorio, toda sucia y endurecida por la sangre. Randi abrió la ducha y permaneció sus buenos cinco minutos bajo el chorro de agua, tan caliente que le quemó la piel, como el tenedor de plata debía de haber quemado la mano de Willie. La sangre desapareció desagüe abajo y el agua fue tornándose de un rosa cada vez más claro. Luego se secó a conciencia, se puso una camisa gruesa de franela y unos téjanos limpios y se dejó el pelo húmedo. Total, con la lluvia se le empaparía de nuevo. Lo que sí hizo fue coger el revólver de su padre y meterse otra vez el cuchillo de plata en el cinturón.

Al agacharse para recoger el cuchillo, Randi vio un papel en el suelo, junto a la mesilla de noche. Debía de haberlo tirado al coger el teléfono.

Desdobló las hojas y se encontró con la caligrafía prieta y apresurada de Willie.

«Tengo que irme, y tú no estás para tonterías —decía—. No vayas a ninguna parte, no hables con nadie. Roy Helander no había ido allí para matar a Harmon. Por fin lo he entendido. Es todo por el puñetero secreto de esa familia, que no es ningún secreto. Me tendría que haber dado cuenta antes. Steven...».

Hasta ahí había leído cuando sonó el timbre de la puerta.

Willie ya había ascendido los dos tercios del risco bajo la lluvia incesante, agarrándose a los raíles con todas sus fuerzas mientras el corazón le latía desbocado. La pendiente le había parecido mucho menos empinada cuando viajaba en el funicular. Miró hacia atrás y al divisar la Calle 13 a lo lejos le entró vértigo. No habría llegado tan lejos de no ser por los raíles. En los puntos donde la ladera era casi vertical había tenido que agarrarse a los travesaños como si fueran los peldaños de una escalera de mano. Las astillas se le clavaban en los dedos, pero cualquier cosa antes que escalar directamente la roca húmeda con los helechos como único asidero.

Claro que podría haberse transformado, así habría subido en un momento. Pero algo le decía que no era lo más conveniente. «Lo he olido cuando venía», había dicho Steven. En una ciudad atestada de gente, el olor humano era más tenue. Solo le cabía esperar que Steven y Jonathan estuvieran en la Casa Nueva, pero si habían decidido

rondar por los terrenos, como humano al menos tenía una remota posibilidad.

Ya había descansado suficiente. Estiró el cuello para ver la verja de hierro negro que recorría la parte superior de los riscos y calcular cuánto le quedaba. Luego se llevó el inhalador a la boca, se pegó un buen chute, apretó los dientes y palpó en busca del siguiente travesaño.

El largo coche oscuro surcaba la noche. Los limpiaparabrisas retiraban la lluvia casi en silencio. Los cristales eran tintados, de un gris tan oscuro que casi parecía negro. Urquhart iba de paisano, con una camisa de leñador roja y negra, pantalones oscuros de lana y un grueso plumífero. Del uniforme solo conservaba la gorra de policía. Conducía con la mirada fija al frente.

—Tienes una pinta horrible —le dijo Randi.

—Pues me siento aún peor. —Cruzaron un paso elevado y rodearon una rampa para enfilarse la carretera del río—. Me siento viejo, Randi. Igual que esta ciudad. Esta ciudad de mierda está vieja y podrida.

—¿Adonde vamos? —le preguntó.

A aquellas horas de la noche no había tráfico. El río era un vacío negro a su izquierda, y a la derecha, las luces de las farolas flotaban rodeadas de halos de lluvia. Iban dejando atrás un edificio desierto tras otro en dirección a los riscos.

—A la planta —respondió Urquhart—. Al lugar donde pasó aquello.

La calefacción del coche estaba muy fuerte, pero de pronto Randi sintió un frío mortal. Se metió la mano bajo el abrigo y agarró el mango del cuchillo. El tacto de la plata la tranquilizó.

—Vale.

Sacó el cuchillo y lo puso entre ellos. Urquhart le echó un vistazo. Ella lo observó atentamente.

—¿Qué es eso?

—Plata —respondió Randi—. Cógelo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Que lo cojas. —Urquhart la miró y volvió a clavar los ojos en la carretera, pero no hizo ademán de tocar el cuchillo—. Lo digo en serio. —Se apartó de él todo lo que pudo, hasta el extremo del asiento, con la espalda contra la puerta. Cuando la volvió a mirar, Randi había sacado el arma y le apuntaba entre los ojos—. Cógelo —dijo, casi silabeando.

Se puso blanco e intentó decir algo, pero ella hizo un movimiento seco con la cabeza. Urquhart se humedeció los labios, apartó una mano del volante y cogió el cuchillo.

—Ya está. —Lo agarró con una mano mientras conducía con la otra—. Ya lo he cogido. ¿Qué quieres que haga con él?

Randi se dejó caer contra el respaldo.

—Suéltalo —dijo, aliviada.

Joe se quedó mirándola.

Hizo un largo descanso cuando llegó a los arbustos de la cima, escuchando la lluvia, muerto de miedo por si oía cualquier otra cosa. No paraba de imaginarse que unas pisadas amortiguadas se le acercaban sigilosas por detrás y hasta le pareció oír un gruñido ronco a su derecha. Sintió que se le erizaban los pelos del cogote; de hecho, hasta ese momento ni siquiera se había dado cuenta de que tenía pelos en el cogote. Al final no era nada, solo sus nervios, que le jugaban otra mala pasada. Willie siempre había estado fatal de los nervios.

La noche era fría, oscura y solitaria. Cuando consiguió recuperar el aliento, empezó a bordear con cautela la Casa Nueva, entre los arbustos siempre que le era posible, sin acercarse nunca a las ventanas. Había unas cuantas luces encendidas, pero aquella era la única señal de vida. Tal vez se hubieran acostado ya. Ojalá.

Se movía con tanto sigilo como podía, siempre vigilando por dónde pisaba; se detenía a los pocos pasos, miraba a su alrededor, escuchaba. Podría transformarse en un instante si oía que alguien... o algo... se acercaba a él. Lo que no sabía era si le serviría de algo, pero al menos tenía que jugársela.

La gabardina lo entorpecía: era como una segunda piel empapada de agua y pesada como el plomo. También tenía calados los zapatos y los pies le chapoteaban dentro del cuero a cada paso. Willie se alejó de la casa y avanzó entre los árboles, hasta que una curva del camino ocultó las luces. Solo entonces, tras mirar con precaución a un lado y al otro para asegurarse de que no se acercaba nada ni nadie, se atrevió a cruzar.

En cuanto estuvo al otro lado se adentró en la espesura, ya más deprisa, con menos cautela. ¿Dónde habría estado Roy Helander cuando Steven lo atrapó? Por allí, seguro, en alguna parte de aquel oscuro bosque virgen, rodeado de maleza, pisando sobre una alfombra centenaria de hojas, musgo y organismos putrefactos.

A medida que se alejaba de los riscos y de la ciudad, el bosque se iba haciendo más denso, hasta que al final ya no se veía el cielo y dejaron de caerle gotas de lluvia. Aquella zona estaba casi seca. En lo alto, la lluvia tamborileaba implacable sobre el dosel de hojas. Tenía la piel pegajosa, y por un momento le pareció que se había perdido, como si se hubiera metido en una cueva espantosa bajo tierra, en un lugar frío y tétrico donde la luz no llegaba jamás.

Pero entonces pasó entre dos gigantes robles viejos y retorcidos, y el aire y la lluvia volvieron a golpearle el rostro. Alzó la vista; allí estaba, ante él, con sus ventanas rotas como ojos ciegos tallados en la roca, que brillaba como la medianoche y parecía engullir toda luz, toda esperanza. La torre, con aquella inclinación demencial hacia la derecha, hendía los nubarrones como un falo monstruoso.

Willie dejó de respirar. Se palpó en busca del inhalador, lo sacó, se le cayó, lo recogió. La cánula estaba pringada de mantillo; la limpió con la manga, se la metió en la boca y presionó una, dos, tres veces, hasta que por fin la garganta se le volvió a

abrir.

Miró a su alrededor y no vio nada; solo se oía la lluvia. Avanzó hacia la torre, el refugio secreto de Roy Helander.

La gigantesca puerta de la alambrada llevaba dos años cerrada con candado, pero aquella noche estaba abierta, y Urquhart entró con el coche. ¿Su padre se la habría encontrado también abierta? Randi sospechaba que sí.

Joe se detuvo junto a un muelle de carga, a la sombra del antiguo edificio de ladrillo del matadero. La pared los protegía un poco de la lluvia, pero Randi temblaba como una hoja al salir del automóvil.

—¿Aquí fue donde lo encontraste? —preguntó.

Urquhart miraba en dirección a los corrales. Era un recinto enorme, dividido en una docena de rediles que se extendían a lo largo de las vías muertas. Entre el matadero y los rediles había un laberinto de vallas de metro y medio de altura, llamadas *callejones*, que obligaban a las vacas a avanzar en fila india hacia el interior, donde un hombre con un delantal salpicado de sangre las esperaba, martillo en mano.

—Aquí —respondió Joe sin mirarla.

Se hizo un largo silencio. A Randi le pareció oír a lo lejos un aullido quedo, salvaje, pero quizá fuera el viento o la lluvia.

—¿Crees en los fantasmas? —le preguntó a Joe.

—¿En los fantasmas? —El jefe parecía distraído.

—Es que... —Se estremeció—. Es que casi me parece sentirlo, Joe. Como si aún estuviera aquí, como si aún siguiera cuidando de mí.

Joe Urquhart se volvió y la miró. Las gotas de lluvia le corrían por la cara, o tal vez fueran lágrimas.

—Yo te he cuidado. Me pidió que te cuidara y te he cuidado lo mejor que he podido.

Un sonido rasgó la noche. Randi se giró con el ceño fruncido y prestó atención. Unos neumáticos pisaban la gravilla y, al otro lado de la valla, apareció la luz de unos faros. Se acercaba otro coche.

—Te pareces mucho a tu padre —prosiguió Joe, cansado—. Eres cabezota y no haces caso a nadie. He cuidado de ti, no me digas que no. Tenía a mis propios hijos, bien lo sabes, pero nunca quisiste nada. ¿Por qué no me hiciste caso? ¿Por qué?

Y Randi entendió. No estaba sorprendida: era como si lo hubiera sabido desde hacía mucho.

—Aquella noche solo hubo una llamada —dijo—. Fuiste tú quien llamó pidiendo refuerzos, no mi padre.

Urquhart asintió. Las luces del coche que se aproximaba lo iluminaron un instante y Randi vio que le temblaba la mandíbula al intentar hablar.

—Mira en la guantera —consiguió decir.

Randi abrió la puerta del coche, se sentó al borde del asiento y la abrió. No estaba

cerrada con llave. Dentro había un frasco de aspirinas, un manómetro para las ruedas, varios mapas y una caja de cartuchos. Randi la abrió y se echó unas balas en la palma de la mano; brillaron blancas y frías a la tenue luz interior del coche. Dejó la caja en el asiento, se bajó y cerró la puerta con el pie.

—Mis balas de plata. Qué rápido las han hecho.

—Estas son las que encargó Frank hace dieciocho años —replicó Joe—. Después del entierro fui a ver al armero para recogerlas. Ya te lo he dicho: te pareces mucho a él.

El segundo coche se detuvo y la iluminó con las luces largas. Randi se protegió los ojos con una mano y oyó cómo se abría y se cerraba la puerta del vehículo.

—Maldita sea, te dije que te mantuvieras al margen de esto, ¡te lo dije! —Urquhart parecía angustiada—. ¿Es que no lo entiendes? ¡La ciudad les pertenece!

—Es verdad. Tendrías que haberle hecho caso —convino Rogoff al tiempo que se metía en el haz de luz.

Willie avanzó a tientas por el largo pasillo oscuro, sin dejar de tocar la pared y vigilando dónde ponía los pies a cada paso. La piedra era tan gruesa que no le llegaba el sonido de la lluvia. Solo oía el eco de sus pisadas cautelosas y su torrente sanguíneo en los oídos. Dentro de la Casa Vieja, el silencio era profundo, inquietante, y las paredes tenían algo que lo perturbaba. Hacía frío, pero la piedra que Willie notaba en las yemas de los dedos estaba húmeda y resultaba extrañamente cálida al tacto, y se alegró de encontrarse a oscuras.

Por fin llegó al pie de la torre, donde unos rayos de luz tenue caían sobre los peldaños de piedra estrechos e irregulares que ascendían en espiral. Willie empezó a subir. Al principio iba contando los escalones, pero en torno a los doscientos perdió la cuenta y sobrellevó lo que quedaba de suplicio en silencio. Más de una vez le dieron ganas de transformarse, pero no cedió al impulso.

Cuando llegó a la cima le dolían las piernas. Se sentó un momento en los peldaños y apoyó la espalda en la pared de piedra húmeda. Le costaba respirar, así que echó mano del inhalador, pero no lo encontró. Lo habría perdido en el bosque. Notó que el pánico le atenazaba los pulmones, pero no podía hacer nada.

Se levantó.

La estancia olía a sangre y a orina, y había otro olor más que no conseguía identificar, pero le daba escalofríos. No quedaba ni rastro del techo y Willie advirtió que la lluvia había cesado. Alzó la vista hacia las nubes que se dispersaban y la luna blanca le devolvió la mirada.

Y de repente, a su alrededor, otras lunas cobraron vida en los espejos que cubrían las paredes de la habitación. Reflejaban el cielo y se reflejaban entre sí, una luna tras otra, hasta que el lugar quedó bañado en una luz plateada, inundado de reflejos de reflejos de reflejos.

Willie dio media vuelta muy despacio y una docena de Willies giraron con él. Los

espejos estaban llenos de chorretones de sangre seca. Encima de ellos había un anillo de crueles ganchos de hierro curvados hacia arriba, clavados en los muros de piedra. De uno colgaba una piel humana que oscilaba lentamente al compás de una brisa que a él no le llegaba, y parecía cambiar con cada movimiento, de mujer a loba, de loba a mujer, ambas cosas y ninguna de ellas.

Entonces oyó pisadas en la escalera.

—Lo de las balas de plata fue un error —dijo Rogoff—. Hay una ordenanza local, y la policía recibe un aviso de inmediato cuando alguien encarga munición inhabitual. Tu padre cometió el mismo error. A la manada no le hacen gracia las balas de plata.

Randi sintió un extraño alivio. Por un momento había temido que Willie la hubiera traicionado, que fuera uno de ellos, y la sola idea le emponzoñaba el alma. Aún tenía un puñado de balas en la mano y las miró. Estaban tan cerca y a la vez tan lejos...

—Aunque sigan en buen estado, no te dará tiempo a cargarlas —advirtió Rogoff.

—Esas balas no te hacen ninguna falta —intervino Urquhart—. Solo quiere hablar, cariño, me lo ha prometido. Nadie resultará herido.

Randi abrió la mano y las balas cayeron al suelo. Se volvió hacia Joe Urquhart.

—Eras el mejor amigo de mi padre; siempre decía que no había conocido a nadie tan valiente como tú.

—No te dejan elección. Yo también tenía hijos. Me dijeron que, si Roy Helander cargaba con aquello, no desaparecerían más niños. Me prometieron que se ocuparían del asunto, pero, si seguíamos presionando, uno de mis chavales sería el siguiente. Así van las cosas en esta ciudad. Todo habría salido bien, pero Frank se empeñó en seguir.

—Solo matamos en defensa propia —intervino Rogoff—. La carne humana tiene un dulzor especial, sí, un poder innegable, pero el riesgo no vale la pena.

—¿Y los niños? —preguntó Randi—. ¿También los matasteis en defensa propia?

—Eso fue hace mucho —replicó Rogoff.

Joe había agachado la cabeza, derrotado. Randi comprendió que llevaba derrotado mucho tiempo. Los trofeos seguían en las paredes, pero en aquel momento supo que había dejado de cazar la noche en que murió su padre.

—Fue su hijo —susurró Joe, avergonzado—. Steven siempre estuvo mal de la cabeza, lo sabe todo el mundo; fue él quien mató a los niños, quien los devoró. Fue espantoso. Me lo dijo el propio Harmon, pero aun así no nos entregó a Steven. Dijo que... controlaría los... apetitos... de Steven, siempre que cerráramos el caso. Y cumplió su palabra: empezó a medicar a Steven y no hubo más asesinatos.

Randi sabía que debería odiar a Joe Urquhart, pero en realidad le daba pena. Habían pasado muchos años, pero él seguía sin entenderlo.

—Te mintió, Joe. No fue Steven.

—Claro que fue Steven. ¿Quién, si no? Estaba loco. Los demás son diferentes;

con ellos se puede tratar, Randi, de verdad, se puede hablar con ellos.

—Como hiciste tú —dijo—. Como Barry Schumacher.

—Exacto —afirmó Urquhart—. Son como nosotros. Alguno que otro está chalado, pero no todos son malos. Y es normal que cuiden unos de otros; nosotros hacemos lo mismo, ¿no? Mira a Mike. Es un buen poli.

—Un buen poli que va a convertirse en lobo de un momento a otro y va a despedazarme —replicó Randi.

—Randi, cariño, hazme caso —insistió—. No tiene por qué ser así. Puedes salir de esta, solo tienes que ser sensata. Te conseguiré un puesto en el cuerpo, trabajarás con nosotros, nos ayudarás a... mantener la paz. Tu padre murió y nada de lo que hagas va a devolvértelo, y Helander se merecía lo que le pasó. Estaba matándolos, estaba desollándolos vivos. Fue en defensa propia. Steven está enfermo, siempre ha estado enfermo...

Rogoff la miraba bajo la mata de pelo negro enmarañado.

—No lo entiende —le dijo Randi. Se dirigió de nuevo a Joe—. Steven está más enfermo de lo que te imaginas. Le falla algo. Puede que sea el exceso de endogamia. Los Anders, los Rochmont, los Flambeaux, los Harmon, las cuatro familias fundadoras, las cuatro de hombres lobos, llevan generaciones, siglos, casándose entre sí para mantener la pureza de la estirpe. Y vaya si la han mantenido. Steven fue el resultado. Él no mató a esos niños: Roy Helander vio que un lobo se llevaba a su hermana, y Steven no puede transformarse en lobo. Tiene el deseo de matar, tiene la fuerza sobrehumana, la plata le produce quemaduras, pero nada más. ¡El último de los purasangre no puede transformarse!

—Es verdad —corroboró Rogoff con voz queda.

—¿Por qué crees que nunca encontrasteis restos? —siguió Randi—. Steven no mató a aquellos niños: su padre se los subió a Rocanegra.

—El viejo creía que Steven se curaría si comía mucha carne humana, que conseguiría lo que le faltaba —explicó Rogoff.

—Pero no sirvió de nada.

Randi se sacó del bolsillo la carta de Willie y dejó caer las hojas. Estaba todo allí. Había terminado de leerla antes de bajar a reunirse con Joe. Nadie tomaba por idiota a la hija de Frank Wade.

—No sirvió de nada —repitió Rogoff—, pero para entonces Jonathan ya le había cogido el gusto. Cuando empiezas, cuesta dejarlo. —Miró a Randi largo rato, como si sopesara posibilidades, y empezó a...

... transformarse. El aire fresco y delicioso le inundó los pulmones, y los músculos y los huesos se le llenaron de fuego a medida que tenía lugar la metamorfosis. Se había quitado el abrigo y los pantalones, y oyó como el resto de la ropa se desgarraba mientras el cuerpo se retorció y la carne fluía como cera caliente y cobraba nueva forma, nueva vida.

Ya podía ver, oír, oler. La habitación de la torre brillaba a la luz de la luna y cada detalle era tan nítido como si fuera mediodía. La noche vibraba con mil sonidos: el viento, la lluvia, el revoloteo de los murciélagos entre los árboles, el tráfico y las sirenas de la ciudad... Se sentía vivo y poderoso.

Algo subía por las escaleras. Ascendía con paso lento, incansable, y su olor impregnaba el aire. Iba envuelto en aroma de sangre; después percibió el de loción para después del afeitado que enmascaraba la suciedad, el sudor y el semen seco sobre la piel. El pelo desprendía un olor penetrante de leña quemada y, por debajo de todo, el hedor dulzón de la enfermedad y de la podredumbre, como una tumba.

Willie retrocedió hasta un rincón de la habitación sin dejar de mirar el arco de la puerta, con un gruñido en vilo en la garganta. Mostró los colmillos amarillentos, unidos por hilos de saliva.

Steven se detuvo en el umbral y lo miró. Estaba desnudo. Los ojos rojos y abrasadores del lobo se enfrentaron a los del recién llegado, azules y gélidos; habría sido difícil decir cuáles eran menos humanos. Por un momento Willie pensó que Steven no entendía la situación, pero luego sonrió y alargó el brazo para coger la piel que ondeaba en el gancho, junto a él.

Willie saltó.

Alcanzó a Steven entre los hombros y lo derribó cuando ya había cogido la piel de Zoé. Willie tuvo el cuello a su alcance, pero titubeó y perdió la oportunidad. Steven lo agarró por la pata delantera con la mano blanca llena de cicatrices y se la partió en dos con tanta facilidad como si quebrara una ramita. El dolor fue atroz. Luego lo levantó y lo lanzó por los aires. Fue a chocar contra un espejo, que se hizo pedazos con el impacto; las esquirlas de cristal volaron como cuchillos y una se le clavó en el costado.

Willie rodó por el suelo y la punta de cristal se quebró bajo su peso. Soltó un gemido. Al otro lado de la estancia, Steven estaba poniéndose en pie con un brazo extendido para recuperar el equilibrio.

Willie se levantó como pudo. La pata rota ya se le estaba soldando, pero aún le dolía si la apoyaba. A cada paso se le clavaban fragmentos de cristal. Casi no podía moverse. Menuda mierda de hombre lobo que era.

Steven se colocó la espantosa capa y se cubrió la cara con colgajos de piel. «Tráfico de piel», pensó Willie mareado. Sí, eso era. Steven estaba a punto de utilizar aquella piel ensangrentada para hacer lo que jamás podría conseguir por sí mismo: transformarse. Y entonces Willie podría darse por muerto.

Willie se lanzó contra él con las fauces abiertas, pero fue demasiado lento. Con un solo pie, Steven lo aplastó con tal fuerza que lo dejó inmovilizado contra el suelo, sin respiración. Trató de liberarse, pero su rival era fuerte y lo pisaba cada vez con más fuerza. Iba a destrozarlo. De pronto, Willie se acordó de aquel perro, hacía ya tantos años. Se dobló sobre sí mismo y mordió a Steven en la pantorrilla.

La sangre le inundó la boca y estalló en su interior. Steven retrocedió. Willie se

levantó de un salto, se abalanzó sobre él y lo mordió de nuevo. En esta ocasión le clavó bien los dientes y sacudió la cabeza sin soltarlo. Sentía unos latidos atronadores en la cabeza; estaba lleno de poder, notaba cómo le crecía por dentro, y de pronto supo que podía despedazar a Steven. Saboreaba la deliciosa carne pegada al hueso, oía la música de sus gritos, se imaginaba la sensación de sacudirlo entre las fauces como un muñeco de trapo mientras la vida se le escapaba a borbotones. Willie se dejó llevar y mordió, mordió y mordió, arrancando pedazos de carne, embriagado de sangre.

Pero entonces, a lo lejos, oyó los gritos de Steven, una vocecita aguda de niño pequeño.

—No, papi, no —gimoteaba sin cesar—. Por favor, papi, no me muerdas más, no, no.

Willie lo soltó y retrocedió.

Steven estaba sentado en el suelo sollozando. Cómo sangraba el cabrón. Le faltaban partes del muslo, la pantorrilla, el hombro y el pie. Tenía las piernas y las mejillas cubiertas de sangre y había perdido tres dedos de la mano derecha.

De súbito, Willie se asustó.

Tardó un momento en comprender por qué. Steven estaba derrotado, eso era obvio. Podía destrozarle la garganta a mordiscos o dejarlo vivir, tanto daba: aquello había terminado. Pero allí fallaba algo, fallaba estrepitosamente. Era como si la temperatura hubiera bajado cien grados de golpe; tenía erizado hasta el último pelo. ¿Qué demonios estaba pasando? Gruñó desde lo más hondo de la garganta y retrocedió hacia la puerta sin quitarle el ojo de encima a Steven. Este soltó una risita.

—Ahora te vas a enterar —dijo—. Lo has llamado. Has manchado de sangre los espejos, lo has llamado.

Parecía como si la estancia hubiera empezado a girar. La luz de la luna rebotó de un espejo a otro a una velocidad vertiginosa. O tal vez no fuera la luz de la luna.

Willie miró los espejos. Los reflejos habían desaparecido: el suyo, el de Steven, el de la luna, todos. En ellos solo había sangre y estaban cubiertos de niebla, una niebla blanca y plateada que resplandecía al agitarse.

Algo se movía entre la niebla y pasaba de un espejo a otro, dando vueltas sin descanso. Algo que tenía hambre, que quería salir.

Lo vio, lo perdió de vista, lo volvió a ver. Estaba delante de él, detrás de él, a un lado. Era un sabueso flaco y horripilante, era una serpiente nauseabunda cubierta de escamas, era un hombre con ojos como abismos y cuchillos por dedos. No se quedaba quieto, y cada vez que lo veía tenía una forma distinta, cada una más aterradora que la anterior, más grotesca y obscena. Todo en él era fino y cruel. Tenía los dedos afilados, muy afilados, y al mirarlos sintió sus caricias bajo la piel, que dejaban a su paso un hormigueo en las fibras nerviosas y un rastro de dolor, sangre y fuego. Era negro, más negro que la oscuridad absoluta, de un negro que absorbía la luz para siempre y que al mismo tiempo resplandecía como la plata. Era la pesadilla que

habitaba en las casas de los espejos, lo que cazaba a los cazadores.

Willie sentía el mal palpitando en los cristales.

—¡Desollador! —llamó Steven.

La superficie de los espejos onduló y se encrespó como una ola en un mar de mercurio. Willie constató con espanto que la niebla se disipaba; vio al ser con más claridad y supo que el ser lo veía a él. Y, de pronto, Willie Flambeaux comprendió qué sucedería; comprendió que, cuando la niebla se desvaneciera, los espejos ya no serían espejos, sino puertas. Puertas por las que entraría el desollador con la intención de...

... abrirse paso entre los jirones de ropa, con los ojos encendidos como brasas y el hocico negro como el carbón. Era el doble de grande que Willie y tenía el pelaje espeso, negro y revuelto. Cuando abrió la boca, los colmillos brillaron como dagas de marfil.

Randi retrocedió lentamente, pegada al coche. La luz de la luna recorría la hoja de plata que llevaba en la mano, pero aun así no parecía gran cosa. El enorme lobo negro avanzó con la lengua colgando entre los dientes y Randi se apretó contra el vehículo, a la espera de que saltara sobre ella.

Joe Urquhart se interpuso entre ambos.

—No —dijo—. A ella no. Me lo debes. Habla con ella, dale una oportunidad. Yo haré que lo entienda.

El lobo lanzó un gruñido de advertencia. Urquhart no se movió del sitio. De pronto, había sacado el revólver y lo apuntaba con manos temblorosas.

—Alto ahí. Lo digo en serio. No le ha dado tiempo de cargar las putas balas de plata, pero a mí sí, en dieciocho años. Soy el jefe de policía de esta ciudad, joder. Quedas arrestado.

Randi apoyó la mano en la manilla del coche y la abrió muy despacio. El lobo se quedó inmóvil un instante, con la mirada torva y roja clavada en Joe, y ella creyó que iba a dar resultado. Se acordó de las timbas de póquer de los miércoles por la noche; su padre siempre decía que Joe, a diferencia de Barry Schumacher, sabía ir de farol.

En ese momento, el lobo echó la cabeza atrás y aulló. A Randi se le heló la sangre en las venas. Conocía bien aquel sonido; lo había oído en sueños un millar de veces. Lo llevaba muy dentro, como un eco lejano en el espacio y en el tiempo, de cuando el mundo era un bosque y los humanos corrían desnudos, acosados por la manada. El aullido rebotó en la pared del viejo matadero y reverberó por toda la ciudad. Debía de haberse oído por toda la plana; la gente habría mirado nerviosa por la ventana y habría ido a comprobar que las puertas estuvieran bien cerradas antes de subir el volumen del televisor.

Randi abrió un poco más la portezuela y consiguió meter una pierna dentro del coche mientras saltaba el lobo. Oyó un disparo de Urquhart y luego otro. Randi ya estaba casi dentro cuando el lobo se abalanzó sobre Joe y lo aplastó contra la puerta del coche, y la puerta se cerró con fuerza chafándole a Randi el pie izquierdo. Oyó el

chasquido del hueso y el ramalazo de dolor le arrancó un chillido. Fuera, Urquhart disparó de nuevo, pero enseguida empezaron los gritos. Se oyeron desgarros y más gritos, y notó algo húmedo que le salpicaba el tobillo.

Tenía el pie atrapado y la lucha que se libraba fuera golpeaba la puerta una y otra vez. Cada impacto provocaba un pequeño estallido cuando los huesos destrozados entrechocaban y le rasgaban los nervios. Joe gritaba y gotas de sangre salpicaban la ventana tintada como si fueran lluvia. La cabeza le daba vueltas y pensó que iba a desmayarse de dolor, pero consiguió apoyarse contra la puerta con todas sus fuerzas y abrirla lo justo para meter el pie. El siguiente impacto la cerró de golpe y Randi echó el seguro.

Se dejó caer sobre el volante, a punto de vomitar. Joe había dejado de gritar, pero el lobo seguía destrozándolo, arrancando trozos de carne. «Cuando empiezas, cuesta dejarlo», pensó, histérica. Sacó el 38, lo abrió con manos temblorosas y sacó las balas del tambor. Luego palpó el asiento delantero hasta dar con la caja, la vació y cogió un puñado de balas de plata.

Fuera reinaba el silencio. Randi se detuvo y levantó la vista.

Estaba en el capó del coche.

Willie se transformó.

Actuó por puro instinto, sin saber por qué, pero lo hizo y punto. Como ya se esperaba, al recobrar la forma humana volvió el dolor, que lo recorrió como un torbellino y lo hizo caer al suelo entre gimoteos. Sentía las esquirlas de cristal bajo las costillas, peligrosamente cerca del pulmón, y tenía el brazo izquierdo doblado por un punto que no correspondía. Trató de moverlo y no pudo contener un grito; se mordió la lengua y la boca se le llenó de sangre.

La niebla se había transformado en una neblina clara. El espejo que tenía más cerca estaba abombado hacia fuera y palpitaba como si tuviera vida propia. Steven estaba recostado contra la pared, con los ojos azules brillantes y ávidos, y se lamía la sangre de los muñones de los dedos.

—Da igual que te transformes —comentó con su extraña voz monótona—. Al desollador no le importa. Sabe qué eres. Y si lo llamas, quiere una piel.

A Willie le costaba enfocar a través de las lágrimas, pero volvió a verlo en el espejo que estaba detrás de Steven; empujaba con tenacidad la niebla que se disipaba, intentando abrirse camino.

Se puso en pie, tambaleante, y el dolor le rugió dentro del cráneo. Se sujetó el brazo roto contra el torso, dio un paso hacia la escalera y notó los trozos de cristal bajo los pies descalzos. Miró hacia abajo. Había fragmentos de espejo por todas partes.

Willie levantó la cabeza bruscamente y, como un loco, miró a su alrededor y se puso a contar: seis, siete, ocho, nueve... El décimo estaba roto. Quedaban nueve. Se lanzó con todas sus fuerzas contra el espejo más cercano, que saltó en mil pedazos.

Willie rompió a pisotones los fragmentos más grandes hasta que se le llenaron los talones de sangre. Actuaba sin pensar. Recorrió la estancia usando como arma su propio cuerpo, acompañado por el dulce repiqueteo del cristal al romperse. El mundo se convirtió en una marea de dolor rojo; mil cuchillos se le clavaron por todas partes y hasta llegó a pensar que no notaría la diferencia si el desollador llegaba y la tomaba con él.

Se alejó tambaleándose de otro espejo. A cada paso, se le clavaban agujas incandescentes en los pies y el dolor le subía como fuego por las pantorrillas. Tropezó y cayó pesadamente. Las esquirlas de cristal le habían destrozado la cara; la sangre se le metía en los ojos. Parpadeó y se limpió la cara con la mano sana. Estaba tirado encima de su vieja gabardina, empapada de sangre y cubierta de cristales y trozos de espejo. Steven estaba de pie y lo observaba. Tras él había un espejo. ¿O era la puerta?

—Te has dejado uno —señaló Steven con voz inexpresiva.

Notó que algo duro le rozaba el vientre. Se palpó, metió la mano en el bolsillo de la gabardina y agarró un objeto de metal frío.

—El desollador viene por ti —siguió Steven.

Willie no veía nada, porque los ojos se le habían llenado de sangre otra vez. Pero conservaba el sentido del tacto. Veloz como el rayo, sacó la mano del bolsillo y, con todas las fuerzas que le quedaban, clavó a la señorita Tijeras en la entrepierna de Steven.

Lo último que oyó fue un grito y el sonido de cristales rotos.

«Tranquila, tranquila», pensó Randi, pero el terror que sentía iba más allá del simple miedo. El lobo tenía las fauces llenas de sangre y los ojos que la miraban a través del parabrisas brillaban con un rojo malévolos. Apartó la vista a toda prisa y trató de cargar una bala. Las manos le temblaban tanto que se le cayó rodando por el suelo del coche. Probó con otra.

El lobo aulló, dio media vuelta y salió corriendo. Por un momento, Randi lo perdió de vista. Miró nerviosa a su alrededor y escudriñó la oscuridad. Echó un vistazo al retrovisor, pero estaba empañado. Temblaba de frío y de miedo.

«¿Dónde está?», pensó, enloquecida.

Y entonces lo vio correr hacia el coche.

Randi bajó la vista, consiguió meter una bala. Ya tenía la segunda en la mano cuando el lobo saltó sobre el capó y se estrelló contra el cristal. Una telaraña de grietas lo cubrió. El lobo gruñó y el cristal roto se tiñó de saliva y sangre. Volvió a golpearlo otra vez, y otra, y otra. Randi pegaba un salto con cada impacto. Las grietas del cristal eran cada vez más grandes, y de repente, el centro se tomó blanquecino y opaco.

Ya tenía dos balas en el tambor, y metió otra. Le temblaban las manos de frío y

miedo. El coche estaba helado. Miró a la oscuridad a través del laberinto de grietas y manchas de sangre, cargó una cuarta bala, y estaba cerrando el tambor cuando el lobo golpeó por última vez el parabrisas, que se desplomó sobre ella.

Tenía el revólver en la mano, y de pronto desapareció. Sintió un peso sobre el pecho, y el cristal del parabrisas, como un rompecabezas de un millón de piezas blancas aún íntegro, le cayó en la cara como una mortaja. La fiera lo desgarró y Randi se encontró frente a los ojos al rojo vivo y las mandíbulas ensangrentadas. El lobo abrió las fauces y Randi sintió su aliento caliente como un homo y el espantoso hedor carnívoro.

—¡Hijo de puta! —gritó, y estuvo a punto de echarse a reír, porque no le parecían unas últimas palabras memorables.

Algo afilado, plateado y brillante atravesó el pescuezo del lobo por detrás.

Todo sucedió tan deprisa que Randi no comprendió qué pasaba, ni tampoco la fiera. De pronto, la sed de sangre le desapareció de los ojos rojos, que se llenaron de dolor, sorpresa y, por último, miedo. Más cuchillos de plata le atravesaron el cuello hasta que la boca se le llenó de sangre. El enorme cuerpo peludo se estremeció y se sacudió como si alguien tirara de él hacia atrás, como si se lo estuvieran quitando a Randi de encima. Rasgó el asiento con las patas delanteras y el aire se impregnó de olor a pelo quemado. Cuando el lobo empezó a gritar, casi parecía humano.

Randi se tragó el dolor, abrió la puerta con el hombro y apartó a un lado lo que quedaba de Joe Urquhart. Ya con medio cuerpo fuera del coche, se volvió para mirar.

La mano, retorcida y cruel, tenía por dedos largas cuchillas articuladas de plata brillante, pálidas, frías y afiladas. Estaban clavadas en el cuello del lobo por la nuca, lo sujetaban e intentaban arrastrarlo. El lobo sangraba a borbotones por la boca y apenas movía las patas. De pronto, la mano dio un tirón y Randi oyó un crujido repugnante, húmedo, cuando empezó a llevárselo a través del espejo retrovisor con una fuerza inexorable e inimaginable, hacia lo que fuera que hubiera al otro lado. Hubo un momento en que el enorme cuerpo peludo pareció transformarse y la cabeza del lobo adquirió un aspecto casi humano. Su mirada se cruzó con la de Randi: la mirada roja le había desaparecido de los ojos y en ellos solo quedaba un dolor suplicante.

«Se llamaba Mike», recordó.

Miró hacia abajo y vio el revólver en el suelo. Lo recogió, comprobó el tambor, le puso el cañón contra la cabeza y disparó cuatro veces.

Cuando salió del coche y cargó el peso sobre el tobillo, la recorrió una oleada de dolor y cayó a cuatro patas. Cuando le llegó el sonido de las sirenas, estaba vomitando.

—... una especie de animal —dijo.

El detective le lanzó una mirada asesina y cerró la libreta.

—¿Eso es todo lo que puede decirme? ¿Que al jefe Urquhart lo ha matado una

especie de animal?

Randi habría querido responder algo mordaz, pero la habían dopado con analgésicos. Le habían tenido que poner dos inyecciones y aun así le seguía doliendo una barbaridad. Según los médicos, tendría que estar ingresada una semana más.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió con voz débil—. Es lo único que vi, una especie de animal. Un lobo.

—Vale. —El detective sacudió la cabeza—. Así que al jefe lo mató una especie de animal, probablemente un lobo. ¿Y dónde está Rogoff? Su coche estaba allí y el coche del jefe estaba todo manchado con sangre suya, así que dígame: ¿dónde coño está Rogoff?

Randi cerró los ojos y fingió que era por el dolor.

—No lo sé.

—Volveré —amenazó el detective al tiempo que salía.

Sin abrir los ojos, pensó que tal vez podría volver a dormirse, pero oyó que la puerta se abría y se cerraba.

—No volverá —le dijo una voz queda—. Ya nos encargaremos de eso. —Randi abrió los ojos. A los pies de la cama vio a un anciano de pelo blanco, largo hasta los hombros, apoyado en un bastón con puño de oro en forma de cabeza de lobo. Llevaba un traje negro, obviamente de luto—. Soy Jonathan Harmon.

—Ya lo he visto en fotos, sé quién es. Y lo que es. —Tenía la voz ronca—. Un licántropo.

—Por favor. Hombre lobo.

—¿Qué le ha pasado a Willie?

—Steven ha muerto —respondió Jonathan Harmon.

—Mejor —espetó Randi—. Willie me dijo que Steven y Roy estaban compinchados. Para conseguir pieles. Steven detestaba a los otros porque podían transformarse y él no, pero cuando obtuvo la piel dejó de necesitar a Helander, ¿verdad?

—Seré sincero: no voy a llorarlo demasiado. Steven no fue nunca el heredero que yo habría deseado. —Se dirigió a la ventana, apartó las cortinas y miró afuera—. Hubo una época en que esta ciudad era magnífica, ¿sabe? Una ciudad de sangre y hierro. Ahora es un montón de chatarra.

—Que le den a la ciudad. ¿Qué le ha pasado a Willie?

—Lo de Zoé fue una lástima, pero cuando se invoca al desollador, no deja de cazar hasta que consigue una piel, saltando de espejo en espejo. Conoce nuestro olor, pero no le gusta alejarse de sus puertas. No sé cómo se las arregló su amigo mestizo para esquivarlo dos veces, pero lo logró... para desgracia de Zoé y de Michael. —Se volvió y la miró—. Usted no tendrá tanta suerte. No se congratule aún, niña. La manada cuida de los suyos. El médico que le extienda la próxima receta, el farmacéutico que le prepare la medicina, el mensajero que se la lleve... Cualquiera puede ser uno de los nuestros. No olvidamos a nuestros enemigos, señorita Wade. Su

familia haría bien en recordarlo.

—Fue usted —afirmó con seguridad—. En los corrales, aquella noche, cuando mi padre...

—Tenía una puntería excelente, debo reconocerlo. —Jonathan asintió brevemente—. Me metió seis balazos. Son mis heridas de guerra. Aún salen en los rayos X, pero mis médicos han aprendido a dominar su curiosidad.

—Lo mataré.

—No me parece probable. —Se inclinó sobre la cama—. Puede que vaya por usted una noche de estas. Tendría que verme, señorita Wade. Ahora tengo el pelaje blanco como la nieve, pero el porte, la majestuosidad y la fuerza no me han abandonado. Michael era mestizo, y su amigo Willie, poco más que un chucho. Los purasangre somos mejores. Somos los lobos primigenios, las pesadillas que pueblan vuestra memoria racial, las formas oscuras que acechan más allá de la luz de vuestras hogueras. —Le dedicó una sonrisa, se dio la vuelta y se alejó, pero antes de salir se detuvo en la puerta—. Que duerma bien.

Randi no pegó ojo, ni siquiera cuando llegó la noche y, a pesar de las súplicas, la enfermera apagó las luces. Se quedó a oscuras, con los ojos clavados en el techo, más sola de lo que había estado en toda su vida. Seguro que había muerto, pensó. Willie estaba muerto, más le valía hacerse a la idea. A solas en la oscuridad de la habitación, muy bajito, Randi empezó a llorar.

Lloró un buen rato por Willie, por Joan Sorenson, por Joe Urquhart y, al fin, tras tantos años, por Frank Wade. Se quedó sin lágrimas, pero siguió llorando, sacudiendo el cuerpo con sollozos secos. Aún temblaba, cuando la puerta se abrió muy despacio y entró una rendija de luz del pasillo.

—¿Quién es? —preguntó con voz ronca—. ¡Responda o empiezo a gritar!

La puerta se cerró sin hacer ruido.

—¡Chsss! Calle, que nos van a oír. —Era una voz femenina, joven, algo asustada—. La enfermera no me dejaba entrar, que ya no era hora de visita, pero él me ha dicho que viniera a verla cuanto antes. —Se acercó a la cama. Randi encendió la luz de la cabecera y su visitante lanzó una mirada nerviosa en dirección a la puerta. Era una mujer morena y bonita de no más de veinte años, con la nariz llena de pecas—. Soy Betsy Juddiker —le susurró—. Willie me ha dicho que tenía que darle un mensaje, pero es una locura...

A Randi le dio un vuelco el corazón.

—Willie... ¡Dígamelo! ¡Aunque le parezca una locura, diga!

—Me dijo que no podía llamarla porque la manada estaría escuchando. Que lo hirieron gravemente, pero que está bien, que ha ido al norte y está con un veterinario que lo cuida. Ya sé que suena raro, pero dijo eso: un veterinario.

—Siga.

—Por su voz parecía que le dolía todo, y ha dicho que... que de momento no podía transformarse más que unos minutos para hacer la llamada, porque estaba

herido y el dolor siempre lo esperaba al otro lado, pero que el veterinario le había sacado casi todos los cristales y le había arreglado la pata, y que se pondrá bien. También me ha dicho que la noche que se marchó pasó por mi casa para dejar una cosa para usted, y yo tenía que encontrarlo y traérselo. —Abrió el bolso y rebuscó dentro—. Estaba entre los arbustos, junto al buzón. Lo encontré mi hijo pequeño. —Se lo entregó.

Era un trozo de espejo roto del tamaño de un dedo, largo y afilado. Le dio vueltas en la mano, confusa e insegura. El cristal estaba muy frío y, cuanto más lo sostenía, más frío parecía.

—Tenga cuidado, que corta mucho —prosiguió Betsy—. Una cosa más: yo no lo entendí, pero Willie dijo que era importante. Me ha pedido que le diga que en el lugar donde está no hay espejos, ni uno, pero que en Rocanegra había muchos.

Randi asintió sin entender del todo, por el momento. Pensativa, pasó un dedo por el filo del cristal.

—Ay, ya se lo había dicho —dijo Betsy—. Mire, se ha cortado.

VARIANTES SIN SALIDA

Cuando salieron de la autovía, la carretera se convirtió en un tramo tortuoso y estrecho de dos carriles que atravesaba las montañas, curva tras curva, cada cual más cerrada que la anterior, entre cumbres imponentes tapizadas de pinos y coronadas de nieve y hielo. Aquí y allá, a ambos lados, centelleaban cascadas apenas vislumbradas, y el cielo era azul radiante. El paisaje vivificaba, pero no conseguía arrancar a Peter de su mal humor. Estaba absorto en la carretera, perdido en el automatismo de la conducción.

Cuanto más altas eran las montañas, peor se oía la radio; las emisoras iban y venían con las curvas hasta que se perdieron por completo. Kathy recorría el dial de cabo a rabo buscando alguna estable. Irritada, terminó por apagarla de un manotazo.

—Supongo que no te queda ningún otro remedio que hablar conmigo —dijo.

A Peter no le hizo falta mirarla. Percibió su tono cortante, el deje amargo de sarcasmo que había sustituido a la ternura hacía ya tanto tiempo. Sabía que estaba buscando cualquier excusa para discutir. Estaba enfadada por lo de la radio, le echaba en cara que la hubiera arrastrado a aquella excursión, pero sobre todo le echaba en cara estar casada con él. A veces, cuando sentía infinita lástima de sí mismo, ni siquiera se lo reprochaba. Como marido no había resultado ser ninguna joya: un escritor fracasado, un periodista fracasado y un emprendedor fracasado, depresivo y deprimente. Sin embargo, seguía siendo un magnífico adversario en las discusiones. Tal vez por eso Kathy las provocaba tan a menudo. Cuando ya habían soltado todo el veneno, uno de los dos rompía a llorar, o ambos. Después hacían el amor y la vida era bonita durante un par de horas. Era cuanto les quedaba.

Pero no aquel día. Peter no tenía fuerzas y estaba con la cabeza en otra parte.

—¿De qué quieres hablar? —le preguntó, todavía con afabilidad, sin apartar los ojos de la carretera.

—Cuéntame de esos payasos a los que vamos a ver.

—Ya te lo he dicho. Eran mis compañeros del equipo de ajedrez en la Northwestern.

—¿Desde cuándo el ajedrez es un deporte de equipo? ¿Qué hacéis? ¿Votar para decidir cada movimiento?

—No. En el ajedrez, una partida en equipo es en realidad un conjunto de partidas individuales. Suele haber cuatro o cinco tableros, al menos en las competiciones universitarias. No hay consultas entre los jugadores ni nada. El equipo que gana más partidas individuales gana la competición. Se trata de...

—Ya lo he entendido —lo cortó ella—. No sé jugar al ajedrez, pero no soy tonta. ¿Así que esos tres y tú formabais el equipo de la Universidad Northwestern?

—Sí y no.

Al Toyota le costaba subir las cuestas; no estaba acostumbrado a tanto desnivel, y no habían preparado el motor para esa altitud antes de salir de Chicago. Condujo con cuidado. Estaban tan arriba que de vez en cuando pasaban por placas de hielo y nieve acumulada.

—Sí y no —se burló Kathy—. ¿Y eso qué quiere decir?

—En aquel entonces, la Northwestern tenía un club de ajedrez muy importante. Participábamos en muchísimos torneos, tanto locales como estatales y nacionales, a veces con más de un equipo, de forma que la alineación era distinta cada vez. Dependía de quién estaba disponible y quién no, quién estaba de exámenes, quién había jugado en la última partida..., de un montón de cosas. Nosotros cuatro fuimos los integrantes del equipo B de la Northwestern en los Torneos Interuniversitarios Norteamericanos. Esta semana hace diez años de aquello. La Northwestern fue la sede del torneo, y yo lo organicé, además de participar en él.

—¿Qué quiere decir «equipo B»?

Peter se aclaró la garganta y redujo la marcha para coger una curva muy cerrada. Una rueda pisó el arcén y la gravilla repiqueteó contra los bajos del coche.

—Las universidades podían presentar más de un equipo —le explicó—. Si tenían dinero y un buen puñado de gente dispuesta a jugar, podían inscribir varios. Los cuatro mejores ajedrecistas formaban el equipo A, el verdadero aspirante al título; los cuatro siguientes, el equipo B, y así sucesivamente. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió con una ligera nota de orgullo—. El torneo nacional de la Northwestern fue el más grande celebrado hasta entonces, aunque después otros batieron aquel récord. Sin embargo, la otra marca que logramos sigue vigente: como jugábamos en casa, teníamos un montón de ajedrecistas a nuestra disposición, e inscribimos seis equipos. Ninguna universidad ha inscrito más de cuatro en un torneo nacional, ni antes ni después de nosotros.

Aquel récord todavía le arrancaba una sonrisa. Tal vez no fuera gran cosa, pero era el único que tenía, y era suyo y de nadie más. Algunas personas viven y mueren sin haber conseguido ninguno. Pensó que quizá debía decirle a Kathy que grabara en su lápida: «AQUÍ YACE PETER K. NORTEN, QUIEN INSCRIBIÓ SEIS EQUIPOS». Se le escapó una risita.

—¿De qué te ríes?

—De nada.

Kathy no insistió.

—Así que organizaste aquel torneo.

—Era presidente del club y del comité local. No lo dirigí, pero hice la solicitud para que el torneo se disputara en Evanston y me encargué del resto de papeleo y los preparativos. Monté los seis equipos, decidí quién jugaría en cada uno y designé a los capitanes. Pero durante el torneo solo fui capitán del equipo B.

—O sea que eras el número uno... de los segundones —dijo Kathy riendo—. No

podía ser de otra manera. Siempre la misma historia.

Peter se mordió la lengua y no respondió. El Toyota tomó otra curva, y el amplio paisaje de las montañas de Colorado se desplegó ante ellos. Curiosamente, no le suscitó la menor emoción.

—¿Cuándo dejaste de jugar al ajedrez? —le preguntó Kathy al cabo de un rato.

—No he vuelto a jugar desde que terminé la universidad. No fue una decisión consciente. Simplemente me alejé de aquel mundo. Llevo sin participar en un torneo casi nueve años. Seguro que estoy muy oxidado, pero antes era bastante bueno.

—¿Cómo de bueno?

—Me clasificaron como jugador de clase A, como a todos los integrantes del equipo B.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que, según la Federación de Ajedrez de Estados Unidos, mis aptitudes son bastante más altas que las de la mayoría de los jugadores de torneos del país. Y los jugadores de torneos suelen ser mucho mejores que los parroquianos de los bares que echan la tarde empujando trebejos. La competencia de cada uno se cuenta por puntos y las categorías van hasta la clase E. Por encima de la clase A hay expertos, maestros y, en lo más alto de la clasificación, grandes maestros, pero de esos no había muchos.

—¿Había tres categorías por encima de la tuya?

—Sí.

—Así que como mucho puedes decir que eras un jugador de ajedrez de cuarta categoría.

Peter la miró. Estaba recostada en el asiento con una sonrisita de superioridad en la cara.

—Bruja —le dijo, repentinamente enfadado.

—¡Mira la carretera! —replicó Kathy.

Tomó la siguiente curva con mucha brusquedad y pisó el acelerador. Kathy detestaba que condujera deprisa.

—No sé por qué coño intento mantener una conversación contigo —dijo Peter.

—Me he casado con una eminencia —dijo Kathy, y se rio—. Un ajedrecista de cuarta categoría que juega en el equipo juvenil de la universidad. Y un conductor de quinta.

—Cállate. —Peter estaba furioso—. No tienes ni idea de lo que dices. Vale, no éramos más que el equipo B, pero éramos buenos. Acabamos con un resultado que nadie esperaba: quedamos solo medio punto por detrás del equipo A. Y casi le damos la vuelta al marcador y conseguimos una de las victorias más espectaculares de la historia.

—Cuenta, cuenta.

Peter vaciló, casi arrepintiéndose de sus palabras. Aquel recuerdo era muy importante para él, casi tanto como su estúpido récord. Sabía cuánto significaba y lo cerca que habían estado de la gloria. Pero ella no lo entendería y no sería más que

otro fracaso del que reírse. No debería haberlo mencionado.

—Bueno, ¿qué? —lo azuzó—. ¿Qué pasó con aquella victoria espectacular? Venga, dime.

Demasiado tarde. Peter se dio cuenta de que Kathy sería implacable. Insistiría e insistiría hasta que lo soltara. Suspiró.

—Esta semana hace diez años. El torneo nacional se celebraba entre Navidad y Año Nuevo, cuando teníamos vacaciones. Ocho rondas, dos al día. Todos nuestros equipos obtuvieron resultados muy dignos. Nuestro equipo A terminó séptimo.

—Tú estabas en el B, amorcito.

—Sí. —Peter torció el gesto—. Y jugamos mejor que los demás... hasta cierto momento. Conseguimos un par de victorias inesperadas de última hora, lo que nos colocó en una posición un tanto curiosa. En la última ronda, la Universidad de Chicago, que defendía el título nacional, encabezaba la clasificación en solitario con seis triunfos y una derrota. Una de sus numerosas víctimas había sido nuestro equipo A. Por detrás de la de Chicago había otras tres universidades con cinco puntos y medio a favor y medio en contra: Berkeley, Massachusetts y no recuerdo qué otra; da igual, lo importante era que las tres ya se habían enfrentado a Chicago. Después había un montón de equipos con cinco puntos a favor y dos en contra, entre ellos los equipos A y B de Northwestern. Uno de esos tenía que jugar la última ronda contra Chicago. Y la casualidad quiso que fuera el nuestro. Todo el mundo pensó que ya tenían el torneo ganado.

»Era un emparejamiento muy desequilibrado. Ellos defendían el título nacional y tenían un equipo estupendo: tres maestros y un experto, si mal no recuerdo, que nos superaban por cientos de puntos. Deberían haberlo tenido fácil, pero no.

»En los enfrentamientos entre la Universidad de Chicago y la Northwestern nunca había que dar nada por sentado. Durante mis años de universidad, fuimos las dos potencias ajedrecistas del Medio Oeste, y éramos archienemigos. El capitán de Chicago, Hal Winslow, y yo nos hicimos buenos amigos, pero eso no quitó que le provocara unos cuantos quebraderos de cabeza. Chicago siempre tenía equipos mejores que los nuestros, pero nosotros éramos como una piedra en su zapato. Hal y yo nos encontramos en la Liga Interuniversitaria de Chicago, en torneos estatales, en torneos regionales y varias veces en los nacionales. Chicago ganaba la mayoría, pero no todos. Les arrebatamos el campeonato de la ciudad una vez, en otra ocasión obtuvimos otro par de victorias inesperadas y, aquel año, en el nacional, estuvimos así de cerca de llevamos la gran victoria. —Juntó el pulgar y el índice.

—Sigue. Estoy ansiosa por saber qué pasó.

Peter no hizo caso del sarcasmo.

—Llevábamos una hora de partida, y medio torneo estaba alrededor de nuestros tableros, pendiente. Todo el mundo veía que Chicago las pasaba canutas. Le sacábamos ventaja en dos tableros e íbamos empatados en los otros dos.

»El viento sopló a su favor. Yo jugaba contra Hal Winslow en el tablero tres. Nos

habíamos quedado estancados los dos y decidimos dejarlo en tablas. En el tablero cuatro, E. C. fue perdiendo la ventaja poco a poco y, al final, tuvo que aceptar que se encontraba en posición muerta.

—¿E.C.?

—Edward Colín Stuart. Lo llamábamos E.C. Todo un personaje. Ya lo conocerás en casa de Bunnish.

—¿Perdió?

—Pues no suena precisamente a un espectacular vuelco del marcador —dijo secamente—. Aunque igual para ti eso ya es un triunfo.

—E. C. perdió, pero Delmario machacó a su contrincante en él tablero dos. Le costó lo suyo, la partida fue larga, pero al final conseguimos el punto, con lo que el marcador quedó empatado a uno y medio, y con una partida aún en marcha. Y la íbamos ganando. Era increíble. Bruce Bunnish estaba en el tablero uno. Un capullo, pero un jugador bastante decente. Era de clase A y tenía una memoria prodigiosa, fotográfica. Se sabía todas las aperturas al dedillo. Su adversario era el pez gordo de Chicago. —Peter sonrió con soma—. Gordo en más de un sentido. Robinson Vesselere era un maestro, un jugador muy fuerte que debía de pesar ciento ochenta kilos. Se sentaba y no se movía ni un pelo durante toda la partida, con las manos entrelazadas encima del barrigón y los ojillos medio cerrados, observando el tablero. Y te machacaba. Tendría que haberse comido a Bunnish con patatas. ¡Le sacaba cuatrocientos puntos en la clasificación! Pero las cosas no salieron según se esperaba. Con aquella memoria prodigiosa, yo qué sé cómo, Bunnish le había sacado una buena ventaja a Vesselere con una extraña variante de la siciliana. Lo tenía acorralado; estaba ejecutando un ataque impresionante. Jamás había visto posición más complicada; era de una agudeza táctica espectacular. Vesselere contraatacaba por el flanco de la reina, ejerciendo cierta presión, pero ni punto de comparación con los ataques que lanzaba Bunnish por el flanco del rey. La partida estaba ganada. Estábamos todos seguros.

—Así que casi ganáis el torneo.

—No, no, qué va. Si hubiéramos ganado aquella ronda, habríamos dejado a Chicago en seis a dos, junto con unos pocos equipos más, pero el torneo habría ido a parar a manos de otro equipo, uno que hubiera conseguido seis puntos y medio a favor; Berkeley, quizá, o Massachusetts. No, a nosotros lo único que nos interesaba era darle la vuelta al marcador. Habría sido increíble. Era el mejor equipo universitario de ajedrez del país, mientras que nosotros ni siquiera éramos el mejor de la nuestra. Si los hubiéramos derrotado, habríamos dejado boquiabierto a todo el mundo. Estuvimos tan cerca...

—¿Qué pasó?

—Bunnish la cagó —dijo Peter con amargura—. Estaban en una posición crítica. Bunnish tenía que hacer un sacrificio, ¿sabes?, dejarse comer una pieza a cambio de otra. Un sacrificio doble. Era muy arriesgado, pero habría destrozado el flanco del rey

de Vesselere y lo habría dejado al descubierto. Pero Bunnish era demasiado inseguro, así que, en lugar de eso, se centró en el ataque contra el flanco de su reina e hizo una maniobra defensiva muy tímida. Vesselere movió otra pieza hacia el flanco de la reina y Bunnish volvió a defenderse. En vez de sacar partido a su ventaja, hizo una serie de maniobras para protegerse y su ataque quedó en nada. Por supuesto, a Vesselere le faltó tiempo para imponerse. —A pesar de que habían transcurrido diez años, Peter sintió la decepción crecer en su interior a medida que relataba el suceso—. Perdimos la ronda por dos puntos y medio a uno y medio, y Chicago ganó otro torneo nacional. Más tarde, el propio Vesselere reconoció que habría perdido si Brucie le hubiera comido el peón con el caballo en la posición crítica. Maldita sea.

—En resumen, que perdisteis. Ni más ni menos.

—Estuvimos muy cerca de ganar.

—Cerca solo cuenta para la petanca y las granadas —repuso Kathy—. Perdisteis. Ya entonces eras un perdedor, cariño. Ojalá lo hubiera sabido.

—¡Fue Bunnish quien perdió, maldita sea! Siempre hacía lo mismo. Tenía una calificación de jugador A y una memoria fotográfica increíble, pero no valía un pimiento como jugador de equipo. No te imaginas cuántas partidas mandó al garete. Cuando estábamos bajo presión, nadie dudaba que Bunnish fallaría. Pero aquella vez fue la peor. En aquella partida contra Vesselere... Por poco lo mato. Encima era un gilipollas arrogante.

Kathy se rio.

—¿No es a ese gilipollas arrogante a quien vamos a ver con tanta prisa?

—Han pasado diez años. Puede que haya cambiado. Y si no, bueno, ahora es un gilipollas multimillonario. Es ingeniero electrónico. Además, tengo ganas de volver a ver a E. C. y a Steve, y Bunnish dijo que también irían.

—¡Qué bien! —dijo Kathy—. Date prisa, pues. No me perdería esto por nada del mundo. Tal vez sea la única oportunidad de mi vida de pasar cuatro días con un gilipollas multimillonario y tres fracasados.

Peter no dijo nada y pisó el acelerador. El Toyota se lanzó montaña abajo, embalado, traqueteando cada vez más a medida que cogía velocidad. «Hacia abajo —pensó—, hacia abajo. Igual que mi puñetera vida».

Tras recorrer seis kilómetros y pico por un camino privado vieron por fin la mansión de Bunnish. Peter, quien aún soñaba con comprarse una casa después de vivir diez años de alquiler en pisos baratos, supo al primer vistazo que se encontraban ante una propiedad de tres millones de dólares. Estaba tan integrada en la ladera que casi no se veían los tres pisos de los que se componía, contruidos con madera, piedra de la región y cristal tintado. Un enorme invernadero era el elemento más llamativo. Debajo de la casa había un garaje de cuatro plazas excavado directamente en la montaña.

Peter aparcó en el único hueco libre, entre un Cadillac Seville gris plata nuevecito, que obviamente era de Bunnish, y un viejo y oxidado Volkswagen

Escarabajo, que obviamente no lo era. Cuando sacó la llave del contacto, la puerta del garaje bajó automáticamente, ocultando la luz del sol y las maravillosas vistas, hasta cerrarse con un chasquido metálico.

—Ya saben que hemos llegado —observó Kathy.

—Coge las maletas —replicó Peter.

Al fondo del garaje estaba el ascensor, con dos botones. Peter apretó el de arriba. Cuando se abrieron las puertas, se encontraron en un espacioso salón. Peter salió y se quedó embobado ante la jungla de plantas en macetas, la bóveda de cristal, las mullidas alfombras marrones, el revestimiento de madera de las paredes, las estanterías repletas de libros encuadernados en cuero y la inmensa chimenea. Edward Colín Stuart se levantó de un sillón de piel del extremo opuesto de la sala en cuanto vio que se abría el ascensor.

—Hola, E. C. —lo saludó Peter con una sonrisa mientras dejaba la maleta en el suelo.

—¿Qué tal, Peter? —respondió E.C., acercándose rápidamente. Se dieron un apretón de manos.

—Estás igual que hace diez años —dijo Peter, y era cierto. E. C. seguía siendo delgado y fuerte, y todavía tenía la misma mata de pelo rubio y el espléndido bigote retorcido. Vestía tejanos y una camisa violeta entallada debajo de un chaleco negro, y tenía el mismo aspecto que hacía una década: enérgico, atildado y eficiente—. Igualito.

—Mal negocio —dijo E. C.—. Se supone que la gente debe cambiar, ¿no? —Sus ojos azules seguían igual de inescrutables que siempre. Se volvió hacia Kathy—. Soy E. C. Stuart.

—Ay, perdón —se disculpó Peter—. Esta es mi mujer, Kathy.

—Encantada. —Kathy le estrechó la mano con una sonrisa.

—¿Dónde está Steve? —preguntó Peter—. Me he quedado boquiabierto cuando he visto su Escarabajo en el garaje. ¿Cuántos años lleva conduciendo ese trasto? ¿Quince?

—No tanto. Está por aquí, seguramente echándose un trago. —E. C. torció la boca en una mueca casi imperceptible que le dijo a Peter mucho más que mil palabras.

—¿Y Bunnish?

—Bruce todavía no ha hecho acto de presencia. Creo que estaba esperando a que llegais. Supongo que querréis instalaros en vuestra habitación.

—¿Y cómo sabremos dónde está, si nuestro anfitrión no nos lo dice? —terció Kathy secamente.

—Oh —respondió E. C.—. Aún no habéis tenido el placer de disfrutar de las maravillas de Bunnishlandia. Mirad. —Señaló a la chimenea.

Peter habría jurado que, al entrar, en la chimenea había un cuadro con una especie de paisaje surrealista. Lo que veía, sin embargo, era una pantalla enorme donde unas

palabras de color rojo vivo destacaban sobre el fondo negro: «BIENVENIDO, PETER. BIENVENIDA, KATHY. VUESTRA HABITACIÓN ES LA PRIMERA DEL PISO DE ARRIBA. POR FAVOR, PONEOS CÓMODOS».

Peter se volvió.

—¿Cómo...?

—Diría que se ha activado con el ascensor —repuso E. C.—. A mí me ha recibido de la misma manera. Ya sabes que Brucie es un genio de la electrónica. La casa está llena de cachivaches y juguetitos. He estado curioseando un poco. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué no vais a dejar las maletas? Os espero aquí.

Encontraron la habitación sin dificultad: el enorme cuarto de baño alicatado tenía terraza con jacuzzi; contaba con su propia sala de estar, equipada con chimenea, encima de la cual había una pintura abstracta que, en cuanto Kathy cerró la puerta, se transformó en un nuevo mensaje: «ESPERO QUE SEA DE VUESTRO AGRADO».

—Qué majo, nuestro anfitrión —comentó Kathy, sentándose en el borde de la cama—. Espero que estas teles o como se llamen no vayan en ambos sentidos. No me apetece ofrecer un espectáculo a ningún voyeur cerebritito de la electrónica.

—No me extrañaría que la casa estuviera llena de cámaras y micrófonos —dijo Peter con el ceño fruncido—. Bunnish siempre fue un poco raro.

—¿Cómo de raro?

—No caía bien. Era un chulo, siempre estaba presumiendo de lo bien que jugaba al ajedrez, de lo listo que era... Esas cosas. Todo el mundo pasaba de él. Sacaba buenas notas, pero para lo demás era bastante lerdo. E. C. siempre ha sido muy dado a las burlas y las bromas pesadas, y Bunnish era su víctima favorita. Nos reíamos muchas veces a su costa. Además, físicamente también parecía un cretino. Era bajito y gordo, con la cara redonda, los mofletes hinchados como una ardilla y el pelo cortado al rape. Estaba en el Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva. Nunca he visto a nadie más ridículo vestido de uniforme. Jamás salió con ninguna chica.

—¿Le iban los tíos?

—No, no creo. Más bien era asexual. —Peter miró a su alrededor y meneó la cabeza—. No llego a entender cómo ha conseguido todo esto. Precisamente él. —Suspiró, abrió la maleta y empezó a deshacerla—. Antes lo habría dicho de Steve Delmario. Steve y Bunnish estudiaban ingeniería, pero Steve era más brillante, con diferencia. Lo teníamos por un niño prodigio, y a Bunnish por un mediocre arrogante.

—Pues te engañó bien. —Kathy sonrió con dulzura—. Claro que no ha sido el único en engañarte, ¿verdad? Aunque puede que fuera el primero.

—Ya está bien —la cortó Peter, colgando la última camisa en el armario—. Venga, vamos abajo. Tengo ganas de charlar con E. C.

Nada más salir de la habitación los detuvo una voz.

—¿Pete?

Peter se volvió, y el voluminoso tipo que estaba en la puerta del final del pasillo

les dedicó una sonrisa desdibujada.

—¿No me conoces o qué?

—¿Steve?

—Pues claro, ¿quién si no? —Salió de su habitación con pasos ligeramente vacilantes y la cerró—. Esta debe de ser tu mujer, ¿no? ¿Verdad que sí?

—Sí —corroboró Peter—. Kathy, este es Steve Delmario. Steve, Kathy.

Delmario se acercó, le dio una palmada enérgica a Peter en la espalda y sacudió arriba y abajo la mano de Kathy con entusiasmo. Peter no podía quitarle los ojos de encima. Delmario había cambiado todo lo que no había cambiado E. C. en aquellos diez años. Si se lo hubiera encontrado por la calle, no lo habría reconocido.

De joven, Steve Delmario vivía para el ajedrez y la electrónica. Era un adversario temible y le encantaba montar artilugios, pero, para frustración de sus compañeros, nada le interesaba aparte de aquellas limitadas pasiones. Era un chico alto y flaco de mirada increíblemente intensa, atrapada detrás de unas gafas de culo de vaso con montura negra de pasta. Llevaba el alborotado pelo negro muy descuidado o, cuando se lo cortaba él mismo, a cómicos trasquilones. Tampoco era muy presumido con la ropa, gran parte de la cual provenía del elegantísimo Ejército de Salvación: pantalones marrones anchos con el dobladillo vuelto, camisas pasadas de moda con el cuello deshilachado, y un jersey gris con cremallera que parecía un saco y que no se quitaba ni para dormir. En una ocasión, E.C. había dicho de Steve Delmario que parecía el último superviviente de la Tierra tras una catástrofe nuclear, y todo el club se pasó el semestre llamándolo «el último hombre sobre la Tierra». Él se lo tomaba con buen humor. Pese a sus rarezas, Delmario caía bien.

Sin embargo, los años le habían pasado factura. Las gafas de culo de vaso y montura negra eran las mismas e iba tan desastrado como antes: con unos pantalones marrones de pana muy gastados, camisa blanca de manga corta con tres rotuladores en el bolsillo, un raído chaleco de lana con todos los botones abrochados y unos zapatones viejos. Pero en todo lo demás había cambiado por completo. Había engordado más de veinte kilos y estaba fofo, casi completamente calvo, sin rastro de su abundante pelo negro a excepción de unos ralos mechones encima de las orejas. La intensidad febril de su mirada se había convertido en una turbieza que incomodaba sobremanera a Peter. Lo más chocante era que el aliento le apestaba a alcohol. E. C. lo había insinuado, pero le costaba aceptarlo. En la universidad, Delmario no bebía más que alguna cerveza de tarde en tarde.

—Me alegro de verte —dijo Peter, aunque ya no estaba seguro de que fuera cierto—. ¿Vamos abajo? E. C. nos está esperando.

—Claro, claro, vamos —dijo Delmario, asintiendo, y volvió a dar una palmada a Peter en la espalda—. ¿Ya has visto a Bunnish? Menuda choza tiene el tío, ¿eh? ¿Has visto las pantallas con mensajes? Qué inteligente. Jamás habría dicho que nuestro Bugs Bunny llegaría tan lejos, ¿eh? —Se rio—. He seguido sus patentes estos años, ¿sabes? Son muy ingeniosas, unos trabajos excelentes. ¡Vaya con Bunnish! Supongo

que la vida es una caja de sorpresas, ¿eh?

Cuando llegaron al final de la escalera de caracol, la música clásica inundaba la sala de estar. Peter no reconoció la melodía; a él siempre le había gustado más el rock. Pero la música clásica era una de las pasiones de E. C., que estaba en una butaca, con los ojos cerrados, escuchando.

—Vamos a tomar algo —propuso Delmario—. Prepararé unas copas. Seguro que os apetece. Bunny tiene una barra de bar aquí, detrás de la escalera. ¿Qué queréis?

—¿Qué hay? —preguntó Kathy.

—Caray, todo lo que puedas imaginar y más —respondió Delmario.

—Entonces, un martini seco con Beefeater. Muy seco.

Delmario asintió.

—Pete, ¿y tú?

—Oh. —Peter se encogió de hombros—. Pues... una cerveza.

Mientras Delmario se metía detrás de la escalera para preparar las bebidas, Kathy enarcó las cejas y miró a su marido.

—¡Qué gusto tan refinado! Una cerveza.

Peter no le hizo caso y fue a sentarse junto a E. C. Stuart.

—¿Dónde está la cadena de música? —le preguntó—. No la veo por ninguna parte.

La música parecía emanar de las paredes. E. C. abrió los ojos, esbozó una sonrisa misteriosa y se atusó una punta del bigote con el dedo.

—Me lo ha chivado la pantalla. Los mandos están empotrados en esa pared y toda la instalación está oculta. Funciona con la voz. Todo informatizado. Simplemente, he pedido el disco que quería escuchar.

—Impresionante —reconoció Peter. Se rascó la cabeza—. Cuando estábamos en la universidad, ¿no montó Steve un aparato de música que se activaba con la voz?

—La cerveza —dijo Delmario. Estaba de pie frente a ellos, ofreciéndole una botella fría de Heineken a Peter, que la cogió. Con su vaso en la mano, él se sentó en una mesita de mosaico—. Tenía un equipo de sonido. Muy rudimentario, creo. Os reíais de mí por eso, ¿no os acordáis?

—Me acuerdo de que compraste una cápsula fonocaptora muy buena —dijo E. C.—, pero la sujetaste a un brazo hecho con una percha doblada.

—Funcionaba —protestó Delmario—. Y también funcionaba con la voz, como dices, pero era un sistema muy primitivo. Solo podía encenderse y apagarse, y había que hablarle muy alto. Tenía intención de mejorarlo cuando acabara la universidad, pero no llegué a hacer nada. —Se encogió de hombros—. No se parecía a esto ni de lejos. Esto es sofisticado de verdad.

—Ya lo veo —dijo E. C. Estiró un poco el cuello y dijo en voz alta y clara—: Ya no me apetece escuchar más música, gracias.

El silencio que siguió los sobresaltó un poco. Peter se quedó sin palabras.

—¿Cómo te ha arrastrado Bunnish hasta aquí? —le preguntó muy en serio E. C.

al cabo de un momento. Peter se quedó perplejo.

—¿Arrastrarme? Nos ha invitado, ¿no? No te entiendo.

—A Steve le ha pagado el viaje —repuso E. C.—. Yo rechacé la invitación. Bruce nunca fue uno de mis compañeros predilectos, ya lo sabes. Pero tocó las teclas adecuadas para hacerme cambiar de idea. Trabajo para una agencia publicitaria de Nueva York. Hizo a mis jefes una succulenta oferta, y ellos me dijeron que o venía aquí o me quedaba sin trabajo. ¿No te parece curioso?

Kathy, sentada en el sofá, estaba tomándose el combinado con cara de aburrimiento.

—Por lo visto este reencuentro es muy importante para él —comentó.

—Venid conmigo —dijo E.C., levantándose—. Voy a enseñaros una cosa.

Todos se levantaron, obedientes, y cruzaron el salón detrás de él. En un rincón oscuro forrado de estanterías había un tablero de ajedrez meticulosamente taraceado en una magnífica mesa victoriana, con una partida a medias. Los escaques eran de dos tipos de madera, oscura y clara, y los trebejos, de marfil y ónice.

—Mirad —señaló E. C.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Peter, admirado. Se inclinó para coger la reina negra y gruñó de sorpresa. La pieza no se movió.

—Tira, tira —lo invitó E. C.—. No servirá de nada. Yo también lo he intentado. Las piezas están pegadas, todas.

Steve Delmario rodeó el tablero con los párpados entrecerrados detrás de los gruesos cristales. Puso el vaso en la mesa y se dejó caer en la silla de las blancas.

—La posición —musitó, arrastrando las palabras por culpa de la bebida—. Me suena.

—Peter, mírala bien —dijo E. C., que sonrió apenas y se atusó el bigote, señalando con la cabeza el tablero.

Peter se fijó, y de repente cayó en la cuenta de que la colocación de las piezas en el tablero le resultaba tan familiar como sus rasgos en el espejo.

—Es la partida del torneo nacional. La posición crítica de Bunnish contra Vesselere.

—Eso me ha parecido, pero no estaba seguro —repuso E. C.

—¡Yo sí que lo estoy! —exclamó Delmario—. ¡Como para no estarlo! Fue en esta jugada que Bunnish la cagó, ¿no os acordáis? Movié el rey a caballo uno en lugar del sacrificio. Eso nos costó la partida. Estaba sentado justo a su lado, jugando la mejor partida de ajedrez de mi vida. Le gané a un maestro, ¿y de qué sirvió? De una mierda sirvió. ¡Gracias, Bunnish! —Miró el tablero con rabia—. Caballo come peón: eso era todo lo que tenía que hacer para dejar a Vesselere desprotegido. Jaque, jaque, jaque, jaque, y el mate tenía que estar ahí mismo.

—Sin embargo, nunca fuiste capaz de encontrarlo, Delmario —dijo Bruce Bunnish a su espalda.

Ninguno lo había oído entrar. Peter se sobresaltó como un ladrón al que pillan

robando la plata de la familia.

Su anfitrión estaba en el umbral, en el otro extremo del salón. Él también había cambiado. Había adelgazado; estaba fuerte y en forma, aunque seguía teniendo los mofletes carnosos que recordaba Peter. El corte de pelo al rape se había transformado en una sana cabellera castaña cortada a la moda y peinada con secador. Llevaba grandes gafas con los cristales tintados y ropa cara; pero seguía siendo el de siempre, con la misma voz chillona y desagradable que Peter recordaba. Se acercó al tablero como quien no quiere la cosa.

—Te pasaste semanas analizando la posición, Delmario. Nunca encontraste el mate.

Delmario se levantó.

—Encontré una docena de mates.

—Sí —dijo Bunnish—, pero ninguno definitivo. Vesselere era un maestro. No se habría dejado cazar en ninguna de tus supuestas líneas de mate.

Delmario frunció el ceño y echó un trago. Peter vio que buscaba las palabras para decir algo más, pero E. C. se levantó y se le adelantó.

—Hola, Bruce. —Le tendió la mano—. Me alegro de verte. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Bunnish se volvió hacia él y le sonrió con desdén.

—¿Es otra bromita de las tuyas? Sabes perfectamente cuánto tiempo ha pasado, y yo también lo sé, así que ¿por qué lo preguntas? Nortén lo sabe; Delmario lo sabe. Ah, tal vez sea por deferencia hacia la señora Nortén. —Miró a Kathy—. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado?

Ella se rio.

—Algo he oído.

—¡Ah! —Bunnish le dio la espalda para encararse con E. C.—. Como todos lo sabemos, tiene que ser otra de tus bromas, de modo que no voy a contestar. ¿Te acuerdas de cuando me llamabas a las tres de la mañana y me preguntabas la hora? Yo te la daba, y tú me preguntabas que por qué te llamaba a esas horas. —E. C. perdió la sonrisa y apartó la mano—. Bueno —continuó Bunnish, rompiendo el silencio incómodo que se había instalado entre ellos—, no vamos a quedarnos todo el día mirando este estúpido tablero, ¿verdad? ¿Por qué no nos sentamos a charlar junto a la chimenea? —Los invitó con un gesto—. Por favor.

Pero cuando estuvieron sentados volvió a hacerse el silencio. Tras beber un trago de cerveza, Peter se dio cuenta de que no era únicamente incomodidad lo que sentía; la tensión podía cortarse con cuchillo.

—Tienes una casa preciosa, Bruce —dijo, intentando romper el hielo.

Bunnish miró a su alrededor con suficiencia.

—Ya lo sé. Me lo he montado muy bien. Pero que muy bien. No os podéis ni imaginar cuánto dinero tengo. Tanto que no sé qué hacer con él. —Sonrió de oreja a oreja con fatuidad—. Pero ¿qué hay de vosotros, amigos míos? Ya estoy otra vez

pavoneándome, cuando debería estar escuchando el relato de vuestros logros. — Bunnish miró a Peter—. Tú primero, Nortén. Por algo eres el capitán. ¿Qué tal te va?

—Bastante bien —dijo Peter, violento—. Me las arreglo bien. Tengo una librería.

—¡Una librería! ¡Qué maravilla! Recuerdo que siempre decías que querías entrar en el mundillo editorial, aunque pensaba que acabarías dedicándote a escribir libros en lugar de venderlos. ¿Qué ha pasado con todas esas novelas que ibas a escribir? ¿Qué ha sido de tu carrera literaria?

—Bueno... —Peter se notaba la boca muy seca—. Las cosas cambian. No he tenido mucho tiempo para escribir... —«Qué poco convincente», pensó Peter. De repente tenía ganas de que se lo tragara la tierra.

—No has tenido tiempo para escribir —repitió Bunnish—. ¡Qué lástima! Prometías tanto...

—Y sigue prometiendo —intervino Kathy con acritud—. Tendrías que oírlo prometer. Ha estado prometiendo desde que lo conozco. Nunca escribe, pero promete mucho.

Bunnish soltó una carcajada.

—Qué aguda es tu mujer —dijo—. Es casi tan graciosa como E. C. en la universidad. Seguro que te lo pasas en grande casado con ella. Me acuerdo muy bien de cuánto te gustaban los chistes de E.C. —Miró a este—. ¿Todavía eres tan gracioso, Stuart?

—Soy la monda —respondió E. C. con frialdad, visiblemente molesto.

—Perfecto. —Se volvió a Kathy—. No sé si Peter te habrá contado anécdotas de E. C., pero gastaba unas bromas para partirse de risa. Un tipo gracioso donde los haya, el querido Stuart. Una vez, cuando nuestro equipo de ajedrez ganó el torneo de la ciudad, hizo que una amiga suya llamara a Peter haciéndose pasar por periodista de la Associated Press. Estuvo una hora entrevistándolo hasta que Peter se dio cuenta del engaño.

—Peter es a veces un poquito lento —dijo Kathy, riéndose.

—¡Ah, eso no fue nada! El blanco de las bromas de E.C. solía ser yo. No salía mucho, ¿sabes? Las chicas me daban pavor. Pero E. C. tenía un montón de amigas, todas ellas guapísimas. Una vez tuvo lástima de mí y se ofreció a organizarme una cita a ciegas. Yo acepté entusiasmado, pero cuando la chica llegó a la esquina donde habíamos quedado, vi que llevaba gafas oscuras y un bastón con el que tentaba el suelo. ¿Entiendes?

Steve Delmario soltó una sonora carcajada, y casi se atraganta con la bebida al intentar dominarse.

—Perdón, perdón —dijo resollando.

—Venga, no te cortes —lo invitó Bunnish con un gesto—. Ríete. Fue muy gracioso. La chica no era ciega de verdad, ¿sabes? Era una estudiante de teatro que estaba ensayando para una obra. Pero tardé toda la noche en descubrirlo. Quedé como un idiota... Y esa fue solo una broma de las cientos que me gastó.

—Eso pasó hace mucho tiempo —dijo E. C., sombrío—. Éramos unos críos. Todo eso ha quedado atrás, Bruce.

—¿Bruce? —Bunnish pareció sorprenderse—. ¿Y eso? Es la primera vez en la vida que me llamas Bruce. Pues sí que has cambiado. Fuiste tú quien empezó a llamarme Brucie. ¡Madre mía, cuánto aborrecía ese nombre! Brucie, Brucie, Brucie. Lo odiaba. ¿Cuántas veces te pedí que me llamaras Bruce? ¿Cuántas? Bah, no me acuerdo. De lo que sí me acuerdo es de que al cabo de tres años me dijiste que lo habías estado pensando, que estabas de acuerdo conmigo, que Brucie no era un nombre apropiado para un tipo de veinte años, ajedrecista de clase A y miembro del Cuerpo de Oficiales para la Reserva. Esas fueron tus palabras exactas. Recuerdo perfectamente tu discursito. Me cogió tan de improviso que no supe qué decir, y solo se me ocurrió: «¡Bueno, ya era hora!». Y entonces sonreíste y dijiste que se había terminado lo de Brucie, que ya no volverías a llamarme así. Desde entonces, dijiste, me llamarías Bunny.

Kathy se rio y Demario reprimió una carcajada, pero Peter se quedó paralizado. La sonrisa de Bunnish seguía siendo afable, pero el relato de la anécdota destilaba puro veneno helado. A E. C. tampoco parecía haberle hecho demasiada gracia. Peter tomó otro sorbo de cerveza, devanándose los sesos por encontrar algo que llevara la conversación por otros derroteros.

—¿Todavía jugáis, alguno de vosotros? —se oyó preguntar.

Todos lo miraron. Delmario se quedó totalmente aturdido.

—¿Jugar? —dijo, y bajó los ojos a su vaso vacío.

—Sírvete otro —lo invitó Bunnish—. Ya sabes dónde está. —Sonrió a Peter mientras Delmario iba al bar—. Te refieres al ajedrez, supongo.

—Al ajedrez, claro. Te acuerdas, ¿no? Ese pasatiempo tan curioso al que se juega con piezas blancas y negras y un montón de relojes de dos esferas. —Miró a su alrededor—. No me digáis que lo hemos dejado todos.

—Yo estoy muy ocupado —dijo E. C., encogiéndose de hombros—. No he jugado una partida reglada desde la universidad.

Delmario volvió con un vaso hasta arriba de bourbon y los cubitos tintineando.

—Yo jugué un poco después de la universidad, pero hace cinco años que ya no. —Se sentó pesadamente y clavó la vista en la chimenea fría—. Tuve una mala racha. Mi mujer me dejó, perdí varios trabajos... Bunny siempre iba por delante de mí. Si se me ocurría una idea genial, descubría que Bunny ya tenía la patente. Todo lo que hacía era inútil. Fue entonces cuando empecé a beber. —Sonrió y tomó un sorbo—. Sí. Fue entonces. Y dejé de jugar al ajedrez. Todo se refleja en el tablero, ¿sabéis?, todo lo que eres. Perdía, no hacía más que perder. Contra todos aquellos ineptos... ¡Santo Dios, no podía soportarlo! Bajé a la clase B. —Delmario bebió un poco más y miró a Peter—. Se necesita algo para jugar bien al ajedrez, ¿sabéis a qué me refiero? Una especie de... Joder, yo qué sé. Una especie de arrogancia, seguridad en uno mismo...; está relacionado con el ego. Sea lo que sea, yo ya no lo tenía. Antes sí,

pero lo perdí. Tenía mala suerte, y un buen día me paré a pensar y vi que había desaparecido, llevándose consigo mi talento para jugar al ajedrez. Así que lo dejé. — Se acercó el vaso a los labios, dudó, y apuró de golpe el contenido. Luego les dedicó una sonrisa—. Lo dejé. No jugué más. Pasé del ajedrez. Lo abandoné. —Soltó una risita y se levantó para ir de nuevo al bar.

—Yo sí que juego —dijo Bunnish con aplomo—. Ahora soy maestro.

Delmario se quedó petrificado a media zancada. Clavó en Bunnish una mirada tan fulminante que podría haberlo matado. Peter vio que le temblaba la mano.

—Me alegro mucho por ti, Bruce —dijo E. C. Stuart—. Disfruta todo lo que puedas de tu maestría, de tu dinero y de Bunnishlandia. —Se levantó y se alisó el chaleco con el ceño fruncido—. Yo me marcho.

—¿Te vas? —preguntó Bunnish—. ¿De verdad tienes que irte? ¿Tan pronto?

—Puedes pasarte estos cuatro días haciendo gala de tus jueguecitos egocéntricos con Steve y Peter, si tanto gusto te da; pero me temo que a mí no me divierten. Tu cabeza siempre ha sido como un grano lleno de pus, y yo tengo cosas mucho mejores que hacer que estar aquí sentado mirando cómo te lo aprietas para que salga la mierda que has acumulado durante diez años. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Oh, de sobra —respondió Bunnish.

—Muy bien. —E. C. miró a los demás—. Kathy, ha sido un placer conocerte. Siento que haya sido en estas circunstancias. Peter, Steve, si venís algún día por Nueva York, espero que me busquéis. Estoy en la guía.

—No te... —empezó Peter, pero sabía que era inútil. E. C. era un tipo testarudo. Cuando se le metía algo en la cabeza, era imposible hacerle cambiar de opinión.

—Adiós —dijo, y se dirigió con paso enérgico al ascensor.

Los demás vieron cerrarse los paneles de madera a su espalda.

—Volverá —dijo Bunnish cuando hubo desaparecido.

—No lo creo —repuso Peter.

Bunnish se levantó sonriendo de oreja a oreja, y unos hoyuelos profundos se le formaron en los mofletes carnosos.

—Sí que volverá, Nortén. ¿Sabes? Ahora me toca a mí gastar las bromas, y E. C. está a punto de descubrirlo.

—¿Cómo? —intervino Delmario.

—No seas impaciente, enseguida lo entenderás. Mientras, disculpadme un momento. Debo ocuparme de la cena. Seguro que estáis muertos de hambre. Esta vez cocino yo. He dado el día libre al personal para que disfrutemos de una agradable reunión íntima. —Consultó el reloj de pulsera, suizo de oro macizo—. ¿Os parece que nos reunamos en el comedor, digamos, dentro de una hora? Ya lo tendré todo listo para entonces, espero. Podemos seguir hablando. De la vida. De ajedrez. — Sonrió y se fue.

Kathy también sonreía.

—Bueno —le dijo a Peter—. Esto es infinitamente más divertido de lo que había

imaginado. Me parece estar dentro de una obra de Harold Pinter.

—¿Y ese quién es? —preguntó Delmario, regresando a su asiento.

—No me gusta nada todo esto —dijo Peter, ignorando la pregunta de Delmario—. ¿Qué ha querido decir con eso de que ahora le toca a él gastar las bromas?

No tuvieron que esperar mucho para averiguarlo. Mientras Kathy se servía otro martini seco, oyeron el ascensor y se volvieron expectantes hacia la puerta por la que E. C. salió con cara de pocos amigos.

—¿Dónde está? —preguntó con brusquedad.

—Ha ido a preparar la cena —respondió Peter—. ¿Qué ha pasado? Ha dicho algo de una broma...

—Las puertas del garaje no se abren. No puedo sacar el coche. Y sin coche no puedo ir a ninguna parte. Debemos de estar a ochenta kilómetros de la civilización.

—Bajo y derribo la puerta con mi Escarabajo —se ofreció Delmario—. Como en las películas.

—No digas tonterías. Esa puerta es de acero. No hay manera humana de echarla abajo. —E. C. se acarició una punta del bigote con el ceño fruncido—. Derribar a tortazos a Brucie, en cambio, es mucho más factible. ¿Dónde coño está la cocina?

—Yo de ti no lo haría —dijo Peter, suspirando—. A juzgar por su comportamiento, le encantaría tener la oportunidad de denunciarte y que te metieran entre rejas. Si lo tocas, es agresión, ya lo sabes.

—Llama a la policía —propuso Kathy.

Peter miró a su alrededor.

—Ahora que lo dices, no veo ningún teléfono en esta habitación. ¿Y vosotros? —Nadie contestó—. En nuestra habitación tampoco hay teléfono, si no me equivoco.

—¡Eh! —exclamó Delmario—. Es cierto, Pete. Tienes razón.

—Parece que nos tiene en jaque —dijo E. C., sentándose.

—Esa es la palabra exacta —convino Peter—. Bunnish está jugando con nosotros. De hecho, él mismo lo ha dicho. Es una broma.

—Ja, ja —se mofó E. C.—. ¿Qué se te ocurre que hagamos? ¿Reírnos?

Peter se encogió de hombros.

—Cenar, hablar e intentar descubrir qué coño quiere de nosotros.

—Ganar la partida, chicos. Eso es lo que vamos a hacer —añadió Delmario. E. C. se quedó mirándolo.

—¿Qué narices quieres decir?

Delmario tomó otro trago de bourbon y sonrió.

—Peter dice que Bunny está jugando con nosotros, ¿no? Muy bien, fantástico. Juguemos. Vamos a ganarle en este maldito juego, sea cual sea. —Se rio—. Joder, chicos, estamos jugando contra Bugs Bunny. Puede que sea un maestro, pero me importa una mierda. Seguro que al final acaba cagándola, como siempre. Ya sabéis cómo era. Bunnish siempre perdía las partidas importantes. Y también perderá esta.

—Ya lo veremos —repuso Peter—. Ya lo veremos.

Peter se llevó una botella de Heineken a la habitación y se sentó en una tumbona, en la terraza, a bebérsela, mientras Kathy probaba el jacuzzi.

—Qué agradable —dijo desde el agua—. Qué relajante y sensual. ¿Por qué no vienes?

—No, gracias.

—Tendríamos que compramos uno.

—Ajá. Y lo ponemos en el salón. Los vecinos de abajo estarán encantados. —
Bebió y meneó la cabeza.

—¿En qué piensas? —le preguntó Kathy.

Peter forzó una sonrisa.

—En el ajedrez, aunque te parezca mentira.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—La vida se parece mucho al ajedrez.

—¿En serio? —Kathy soltó una carcajada—. Pues nunca me había dado cuenta.

Peter no dejó que empezara a chincharlo.

—Todo es cuestión de decisiones. Para efectuar un movimiento debes tomar una serie de decisiones, y cada una lleva a una variante distinta. Hay una bifurcación, y luego otra, y a veces la variante que has escogido no resulta tan buena como parecía al principio; no es la acertada, pero no lo sabes hasta que la partida ha terminado.

—¿Me lo repetirás cuando salga del jacuzzi? Quiero ponerlo todo por escrito para la posteridad.

—Recuerdo, cuando estaba en la universidad, la cantidad de posibilidades que parecía ofrecerme la vida, todas las variantes. Sabía, por supuesto, que solo viviría una de las muchas vidas que poblaban mi imaginación, pero durante unos años ahí estuvieron todas ellas, todas las bifurcaciones, todas las variantes. Un día soñaba con ser novelista; otro era un periodista que cubría las noticias de Washington; al otro, yo qué sé, político, profesor... Las vidas de mi fantasía estaban llenas de riqueza y mujeres, de todas las cosas que haría, todos los lugares donde viviría. Eran mutuamente excluyentes, por supuesto, pero como no tenía ninguna, en cierta manera las tenía todas; como cuando uno se sienta delante del tablero para jugar y no sabe con qué apertura comenzar la partida. Tal vez con una defensa siciliana, una francesa, una española. Todas las variantes coexisten hasta el momento en que se mueve la primera pieza. Escoja la opción que escoja, uno siempre sueña con ganar, pero las variantes siguen siendo... distintas. —Tomó un poco más de cerveza—. En cuanto empieza el juego, las posibilidades se van reduciendo cada vez más, las otras variantes desaparecen y uno se queda con lo que tiene delante: en una posición que es en parte fruto de uno mismo y en parte fruto del azar, personificada en el desconocido que está sentado enfrente. Puede que uno esté jugando una buena partida o que las pase canutas, pero, en cualquier caso, solo dispone de un planteamiento a partir del cual actuar. Los «podría haber sido» se han esfumado.

Kathy salió del jacuzzi y se secó. El vapor que desprendía el agua la envolvía y la

acariciaba. Peter se descubrió mirándola casi con ternura, sentimiento que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Sin embargo, en cuanto ella abrió la boca, todo se fue al traste.

—Parece que has equivocado la vocación —se frotaba enérgicamente con la toalla—. Tendrías que haberte dedicado a escribir textos para carteles. Se te daría bien componer mensajes profundos. Algo así como: «No estoy en este mundo para satisfacer tus expect...».

—Ya está bien —la cortó Peter—. ¿Cuánto daño tienes que hacerme para quedar satisfecha?

Kathy dejó de secarse y lo miró seria.

—Sí que estás de capa caída, ¿no?

Peter paseó la vista por las montañas, sin molestarse en contestar.

—¿Otra vez deprimido? —La preocupación abandonó la voz de Kathy con la misma rapidez con la que había aparecido—. ¿Por qué no te tomas otra cerveza? Compadécete de ti mismo un poco más. Venga, a ver si para la noche ya te has pegado un buen hartón de llorar.

—No dejo de pensar en aquella partida —dijo Peter.

—¿Qué partida?

—La del torneo nacional, contra Chicago. Es curioso, pero tengo la sensación de que..., de que todo empezó a ir mal justo entonces. Tuvimos la oportunidad de hacer algo importante, algo especial; pero se nos escabulló de las manos y, desde entonces, nada ha ido bien. Una variante perdedora. Escogimos una variante perdedora y desde entonces hemos perdido siempre. Todos nosotros.

—¿Todos? —inquirió Kathy, sentándose en el borde del jacuzzi.

Peter asintió.

—Fíjate. Yo fracasé como novelista, fracasé como periodista y ahora estoy fracasando como librero. Por no mencionar que mi mujer es una bruja. Steve es un alcohólico que no tiene dinero suficiente ni para venir aquí. E. C. es un ejecutivo con un currículum insulso que se está haciendo viejo y no va a ninguna parte. Somos unos perdedores. Tú misma lo has dicho en el coche.

—Ah, pero ¿qué me dices de nuestro anfitrión? —le preguntó Kathy con una sonrisa—. Bunnish fue quien más perdió de los cuatro, pero parece que no ha dejado de ganar desde entonces.

—Hum... —Peter reflexionó mientras echaba un trago de cerveza—. No sé. Es muy rico, eso es cierto. Pero tiene un ajedrez en el salón con las piezas pegadas en la posición crítica, para ver todos los días el momento en que se torció una partida que jugó hace diez años. A mí eso no me parece propio de un ganador.

Kathy se levantó y se sacudió la larga melena caoba, que le cayó con esplendor sobre los hombros. Peter recordó a la preciosa mujer con la que se había casado ocho años antes, cuando era un joven y brillante escritor que trabajaba sin descanso en su primera novela. Sonrió.

—Qué guapa eres.

Kathy se sobresaltó.

—Está claro que te encuentras mal. ¿Seguro que no tienes fiebre?

—No, no tengo fiebre: solo recuerdos y un montón de penas.

—Ah. —Kathy se dirigió al dormitorio y lo azotó con la toalla al pasar—. Venga, capitán. Tu equipo debe de estar esperándonos, y tanto filosofar me ha dado hambre.

Los platos eran excelentes, pero la cena fue un infierno.

Tomaron chuletón con guarnición de patatas asadas y verdura. El vino tenía pinta de caro y estaba riquísimo. Después les dio a escoger entre tres postres, y tomaron café recién molido y varias clases de licores. Sin embargo, Peter notaba la atmósfera tensa y desagradable. Steve Delmario ya estaba bastante borracho antes de sentarse a la mesa y se pasó la cena bebiendo vino como si fuera agua; cada vez armaba más escándalo y farfullaba más. E. C. Stuart, callado como un muerto, contenía a duras penas la cólera tras una expresión gélida y distante. Bunnish, por su parte, se dedicaba a desbaratar todos y cada uno de los intentos de Peter por llevar la conversación a un terreno seguro y neutral.

Su aparente simpatía no conseguía enmascarar su presuntuosidad y se empeñó en reabrir viejas heridas de sus años de estudiante. Cada vez que Peter contaba una anécdota divertida o inofensiva, Bunnish sonreía y contraatacaba con otra que rezumaba dolor y rechazo. Cuando iban por el café, E. C. ya no pudo más.

—Pus —exclamó, interrumpiendo a Bunnish. Era la tercera palabra que pronunciaba en toda la cena—. Pus y más pus. Bunnish, ¿a qué viene todo esto? Nos has traído aquí. Nos tienes atrapados. ¿Para qué? ¿Para demostramos lo mal que te tratamos en la universidad? ¿Ese es el objetivo? Entonces, enhorabuena. Lo has conseguido. Te tratamos fatal. Estoy avergonzado. Soy culpable. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*. Venga, vale ya, ¿podemos terminar con esto de una vez? Ya está bien.

—¿Cómo que ya está bien? —inquirió Bunnish con una sonrisa—. Puede que sí... Ah, cuánto has cambiado, E.C. Antes, cuando me gastabas una broma, te recreabas en ella durante semanas. El asunto no se zanjaba tan pronto, ¿verdad? ¿Y qué hay de la partida contra Vesselere, en el torneo nacional? Cuando se acabó, ¿la olvidamos? ¡Oh, no, claro que no! El torneo fue en diciembre, como bien recordarás, pero me estuvisteis machacando con la historia hasta que me licencié, en mayo. Siempre que nos juntábamos la sacabais a colación. Aquella partida nunca acabó para mí. Delmario tenía a bien mostrarme un jaque mate distinto cada vez que lo veía. Nuestro querido capitán decidió no dejarme jugar más partidas de liga en lo que quedaba de año. Y tú, E. C., a ti te encantaba saludarme con un: «Hombre, Bunny, ¿qué tal? ¿Has perdido algún torneo últimamente?». No contento con eso, publicaste la partida en el boletín del club y la enviaste a *Chess Life*. Todo esto debe de parecerte más lejano que la Prehistoria. Pero yo tengo memoria fotográfica; no olvido

las cosas tan fácilmente. Me acuerdo de todo. Me acuerdo de cómo estaba sentado Vesselere enfrente de mí, con las manos entrelazadas encima de la panza, inmóvil como una estatua, mirándome con esos ojillos diminutos. Me acuerdo de cómo movía las piezas, con mucho cuidado y delicadeza, cogiéndolas con el índice y el pulgar. Me acuerdo de ir por los pasillos entre movimiento y movimiento para beber agua y de ver a Nortén junto a la pared de los gráficos hablando con Mavora, del equipo A. ¿Sabéis qué le decía? Gesticulaba, hecho un manojo de nervios, y le decía: «¡Va a cagarla, maldita sea, va a cagarla!». ¿No es cierto, Peter? Luego les me miró de arriba abajo cuando pasé por su lado y me dijo: «Pierde esta partida y eres hombre muerto, Bunny». ¡Ah, otro tipo encantador! Me acuerdo de toda la gente que se acercaba para ver la partida. Recuerdo a Nortén en un rincón con Hal Winslow, los dos grandes capitanes, hablando acaloradamente. Winslow iba despeinado y sin afeitarse, con su carpeta en la mano, haciendo sus cálculos de cómo quedaría la clasificación si ganábamos, perdíamos o empatábamos. Recuerdo cómo me sentí cuando tumbé mi rey. Recuerdo que Delmario empezó a dar patadas a la pared, que E. C. se encogió de hombros y miró al techo, y que Peter se acercó y me dijo, meneando la cabeza: «¡Bunnish!». ¿Lo veis? Mi memoria sigue siendo igual de fotográfica que siempre, y no he olvidado absolutamente nada. Y lo que menos he olvidado es esa partida. Me sé de memoria todos y cada uno de los movimientos; os los puedo recitar si queréis.

—Joder —espetó Steve Delmario—. Solo había un movimiento que tenías que saberte de memoria. Caballo come peón, ese era el movimiento importante, el que no hiciste. El sacrificio, el sacrificio de la victoria. Ya se me ha olvidado qué imbecilidad hiciste en lugar de eso.

—Moví el rey a caballo uno —dijo, sonriendo—. Para proteger el peón de torre. Había hecho un enroque largo y Vesselere amenazaba con cargárselo.

—Qué peón ni que mandangas —replicó Delmario—. Ya era tuyo. El sacrificio habría destrozado a la ballena esa. Cómo nos habríamos reído. El conejito machaca a la ballena. Hal Winslow se habría quedado tan de piedra que hasta se le habría caído la carpeta. Pero la cagaste para proteger a una mierdecilla de peón. La cagaste.

—Eso me dijisteis. Me lo dijisteis una y otra vez.

—Oye —intervino Peter—, no entiendo qué sentido tiene remover estas cosas. Steve está borracho, Bruce. Es bastante evidente. No sabe lo que dice.

—Sabe perfectamente lo que dice —respondió Bunnish. Sonrió con frialdad y se quitó las gafas.

Peter se sobresaltó. El odio que desprendían sus ojos era casi tangible, pero su mirada encerraba algo más, algo viejo y amargo. Aquellos ojos pasaron de largo sobre Kathy, sentada en silencio en medio de la vieja hostilidad, y se detuvieron primero en Steve Delmario, después en Peter Nortén y, por último, en E. C. Stuart, con tremenda aversión y tremenda satisfacción.

—Ya es suficiente —le suplicó prácticamente Peter.

—¡No! —gritó Delmario. El alcohol lo había vuelto agresivo—. No es suficiente.

Nunca lo será, maldita sea. ¡Saca un juego! ¡Te desafío! Vamos a analizarlo ahora mismo, vamos a repetirlo. Te voy a enseñar cómo la cagaste. —Se levantó con ímpetu.

—Tengo una idea mejor —dijo Bunnish—. Siéntate.

Delmario parpadeó, desconcertado, y volvió a hundirse en la silla.

—Bien —continuó Bunnish—. Os expondré mi idea enseguida, pero antes voy a contaros una historia. Como dijo una vez Archie Bunker, la venganza es la mejor manera de desquitarse. Pero no vale de nada si la víctima no sabe que se trata de una venganza. De modo que os lo voy a contar. Os voy a contar con todo detalle cómo os he arruinado la vida.

—¡Venga, hombre, y qué más! —le espetó E. C.

—Nunca te han gustado los relatos, E.C. —prosiguió Bunnish—. ¿Sabes por qué? Porque cuando alguien cuenta algo se convierte en el centro de atención. Y tú siempre tenías que ser el centro de atención dondequiera que estuvieras. Pero ahora no eres el centro de nada. ¿Qué se siente al ser insignificante?

E. C. sacudió la cabeza, disgustado, y se sirvió más café.

—Muy bien —dijo—. Cuéntanos tu historia. No nos queda otra que escuchar.

—Ya lo sé. —Bunnish sonrió—. Bien. Todo empezó en aquella partida, la que jugué contra Vesselere. Yo no la cagué. No había manera de ganarla. —Delmario emitió un sonido desagradable, pero Bunnish no le hizo caso—. Lo sé ahora, pero entonces no lo sabía. Pensaba que teníais razón. Creía que lo había echado todo por tierra. Me reconcomía. Esa partida me estuvo reconcomiendo durante muchos años, muchos más de los que podéis imaginar. Todas las noches, cuando me acostaba, repetía mentalmente los movimientos. Aquella partida me destrozó la vida. Se convirtió en una obsesión. Solo deseaba una cosa: otra oportunidad. Quería volver atrás, no sé cómo, para tomar otra línea de acción, para mover las piezas de otra manera, para ganar. Lo que había pasado era que había escogido la variante equivocada; sabía que si se me daba otra oportunidad lo haría mejor. Durante cincuenta años no he tenido en la mente otra cosa que ese objetivo, y he trabajado para conseguirlo.

Peter se tragó de golpe un sorbo de café frío.

—¿Qué? ¿Cincuenta años? Querrás decir cinco.

—Cincuenta.

—Estás loco —dijo E. C.

—No —repuso Bunnish—. Soy un genio. ¿Habéis oído hablar de los viajes en el tiempo?

—No existen —respondió Peter—. Las paradojas...

—En parte tienes razón, y en parte no —Bunnish lo hizo callar con un gesto—. Existen, pero de una manera muy limitada. Sin embargo, con eso es suficiente. No os aburriré con cálculos que ninguno de vosotros sois capaces de comprender. Es más fácil con una analogía. Dicen que el tiempo es la cuarta dimensión, pero se diferencia

de las otras tres en un aspecto evidente: nuestra consciencia se mueve en él, aunque, por desgracia, solo de pasado a presente. El tiempo en sí no fluye, no más que, digamos por ejemplo, la anchura. Nuestra mente va de un instante al siguiente. Esta analogía fue el punto de partida. Pensé que si la consciencia se mueve en un sentido, también podría moverse en el contrario. Me llevó cincuenta años resolver los detalles, pero al final conseguí hacer real lo que llamo «un salto al pasado».

»Eso fue en mi primera vida, caballeros, una vida de fracasos, burlas y pobreza. Cultivé mi obsesión y me limité a hacer lo necesario para mantenerme con vida. Y no hubo un momento en aquellos cincuenta años en que no os odiara, a todos y cada uno de vosotros. Mi amargura crecía con cada éxito vuestro, mientras que yo luchaba y fracasaba. Me encontré una vez con Norton, veinte años después de la universidad, en una firma de libros. Fuiste tan condescendiente... Fue entonces cuando decidí que os arruinaría la vida a todos.

»Y lo conseguí. ¿Cómo lo diría? Perfeccioné mi invento a los setenta y un años. Es imposible mover la materia a través del tiempo, pero la mente... La mente es otra cosa. Mi invento enviaría mi mente a cualquier instante de mi vida, el que yo escogiera, e impondría mi consciencia y todos mis recuerdos presentes en la consciencia de mi yo anterior. No podía llevar nada conmigo, claro. —Bunnish sonrió y se dio unos golpecitos en la sien—. Pero tenía mi memoria fotográfica. Era más que suficiente. Memoriqué las cosas que necesitaría saber para mi nueva vida y regresé a mi juventud. Tuve otra oportunidad, una oportunidad para hacer algunos movimientos distintos en el juego de la vida, y los hice.

—¿Y tu cuerpo? —preguntó Steve Delmario con los ojos entrecerrados—. ¿Qué le pasó a tu cuerpo, eh?

—Interesante pregunta. El impacto del salto mata al viajero del tiempo, es decir, el cuerpo. No obstante, la línea del tiempo continúa. Por lo menos, eso indican mis ecuaciones. No estuve allí para atestiguarlo. Mientras tanto, los cambios del pasado crean una nueva variante de la línea temporal.

—Ah, una ruta alternativa —dijo Delmario, y asintió—. Sí.

Kathy se rio.

—No me puedo creer que esté aquí sentada escuchando esto. —Señaló a Delmario—. Y que él se lo tome en serio.

E. C. Stuart había estado todo el rato mirando al techo con una sonrisa desdeñosa y condescendiente. De repente se irguió.

—Estoy de acuerdo —le dijo a Kathy, y luego se volvió a Bunnish—. No tengo tantas tragaderas como tú antes, Bruce, y si lo que pretendes es reírte a costa de nosotros haciéndonos creer esta gilipollez, lo tienes claro.

—Capitán, ¿tú que votas? —le preguntó Bunnish a Peter.

—Bueno —respondió Peter con cautela—, todo esto es un poco increíble. Has dicho que la partida se volvió una obsesión para ti, y creo que es cierto. Me parece que deberías estar contándoselo a un profesional, no a nosotros.

—¿Un profesional de qué?

—Ya sabes... —Peter se removió en la silla, incómodo—. A un psicólogo o un terapeuta.

Bunnish soltó una carcajada.

—El fracaso no te ha hecho menos condescendiente. Eres igual de malo ahora que el día de la librería, en la línea temporal en la que eras un novelista de éxito.

Peter suspiró.

—Bruce, ¿no te das cuenta de lo patéticos que resultan estos delirios tuyos? A ver, has tenido mucho éxito, eso es indiscutible, y a ninguno de nosotros nos ha ido ni la mitad de bien; pero con eso no te basta, de modo que has creado esta fantasía retorcida en las que eres tú el causante de nuestros respectivos fracasos. Es una venganza imaginaria, un sucedáneo.

—No es ni imaginaria ni es un sucedáneo, Nortén —replicó Bunnish—. Puedo contaros con pelos y señales cómo lo hice.

—Déjalo que cuente sus historietas, Peter —terció E.C.—. Quizá así nos deje salir antes de este manicomio.

—Vaya, muchas gracias, E. C. —Bunnish miró a su alrededor satisfecho, con engreimiento, como quien está a punto de hacer realidad el sueño que ha acariciado durante largo tiempo. Por fin se detuvo en Steve Delmario—. Empezaré contigo, porque, de hecho, empecé contigo. Fuiste muy fácil de destruir, porque fuiste siempre muy mediocre. En la línea del tiempo original eras tan rico como yo en esta. Mientras yo dedicaba mis horas a construir mi invento, tú amasabas una enorme fortuna. Primero, con juegos electrónicos; después, con los aparatos más demandados, como ordenadores y cosas similares. Naciste para eso y eras el mejor de tu campo, ingenioso y creativo.

»Cuando volví atrás en el tiempo, simplemente ocupé tu lugar. Antes de utilizar mi invento, estudié todos los juegos que creaste al principio, tus ideas más brillantes, las patentes más importantes que llegaron después y que te hicieron rico. Memorice todas esas cosas, junto con las fechas en que ibas a inventarlas. De vuelta al pasado, armado con todo ese conocimiento del futuro, fue un juego de niños ganarte por la mano una vez tras otra. En aquellos primeros años, ¿no te sorprendía la manera en que me anticipaba a todas y cada una de tus ideas? Estoy viviendo tu vida, Delmario.

A Delmario habían empezado a temblarle las manos y estaba pálido como un muerto.

—Maldito seas. Maldito seas mil veces.

—No caigas en su trampa, Steve —dijo E. C.—. Lo está haciendo para vemos sufrir. No hay palabras para describir lo absurdo que es todo esto.

—¡Pero es verdad! —se lamentó Delmario, mirando primero a E.C., luego a Bunnish y al final, impotente, a Peter. El fuego de sus ojos se veía incluso a través de las gruesas lentes—. Peter, es tal como lo ha dicho. Todas mis ideas... Siempre iba un paso por delante de mí, siempre. Te lo he dicho antes...

—Sí —corroboró Peter con firmeza—, y también se lo has dicho a él, cuando estábamos charlando. Se limita a usar tus miedos contra ti.

Delmario abrió la boca, pero no le salió ningún sonido.

—Tómate otra copa —lo invitó Bunnish.

Delmario lo miró como si fuera a saltarle a la yugular. Peter se dispuso a intervenir, pero al fin Delmario cogió la botella medio llena de vino y se llenó la copa, salpicando el mantel.

—Esto que haces es despreciable, Bruce —dijo E. C.

Bunnish lo miró.

—Arruinar la vida de Delmario fue fácil y rápido. Contigo fue más difícil, Stuart. El trabajo lo era todo para él, ¿sabes?, y cuando se lo quité, se derrumbó sin más. Solo tuve que anticiparme media docena de veces para que perdiera por completo la fe en sí mismo. Lo demás lo hizo él solito. Pero tú tenías más recursos.

—Sigue, sigue con tu cuento de hadas, Bunnish —lo invitó E. C. con superioridad.

—Las ideas de Delmario me hicieron rico, y usé el dinero para hundirte. Tu caída fue menos placentera y menos sonada que la de Delmario. Él cayó de la cumbre al abismo. Tú solo tenías un éxito moderado, de forma que me las ingenié para que tuvieras un fracaso moderado. Pero lo conseguí. Moví los hilos para fastidiarte unos cuantos negocios. Cuando estabas en Foote, me aseguré de que otra agencia contratara a un publicista vuestro, Allerd, justo antes de que sacara una campaña que os hubiera reportado muchos beneficios. Y ¿te acuerdas de cuando dejaste aquel trabajo para irte a una agencia recién creada porque te pagaban mejor? ¿Recuerdas lo deprisa que quebró, dejándote sin ingresos? Fui yo. Le he dado a tu carrera veinte o treinta patadas similares. ¿Nunca te ha extrañado que casi todas tus decisiones profesionales hayan resultado infaliblemente erróneas? ¿Nunca te ha sorprendido tu mala suerte?

—No. Me va bastante bien, gracias.

—No fueron las únicas bromas que te gasté —continuó Bunnish con una sonrisa—. Puedes darme las gracias por el herpes que cogiste el año pasado. La dama que te lo contagió estaba bien pagada. Me pasé años buscando hasta que encontré la combinación perfecta: una actriz en paro, joven y guapa, justo de tu tipo, pero tan desesperada que era capaz de hacer cualquier cosa, y además dotada de una enfermedad venérea incurable. ¿Te gustó, Stuart? Fue culpa tuya, y lo sabes. Yo no hice más que ponerla en tu camino; el resto lo hiciste tú solito. Pensé que era una broma bastante apropiada, después de lo de la cita a ciegas y lo demás...

—Si crees que así vas a hundirme o que voy a creerte —dijo E. C., imperturbable—, estás muy equivocado. Lo único que demuestra todo esto es que me has investigado y has desenterrado un poco de mierda de mi vida.

—¡Oh, siempre tan escéptico! Tienes miedo de quedar como un idiota si te lo crees. —Bunnish chasqueó la lengua y se volvió hacia Peter—. Y tú, Nortén. Tú,

nuestro intrépido líder, fuiste el más difícil de todos.

Peter miró a Bunnish a los ojos sin decir nada.

—Leí tu novela, ¿sabes? —soltó Bunnish, como si tal cosa.

—Nunca he publicado una novela.

—¡Claro que sí! En la línea temporal original, me refiero. Tuviste bastante éxito. A los críticos les encantó, e incluso apareció una breve temporada al final de la lista del *Times* de los más vendidos.

A Peter no le hizo puñetera gracia.

—Qué obvio y qué patético.

—Se titulaba *Bestias enjauladas*, me parece.

Peter había estado escuchando con displicencia y actitud indulgente a un hombre enfermo y dolido, pero de repente se incorporó en la silla como si le hubieran pegado un bofetón, y oyó que Kathy daba un respingo.

—Dios mío... —dijo ella.

E. C. estaba desconcertado.

—Peter, ¿qué pasa? Pareces...

—Nadie conoce la existencia de ese libro —dijo Peter—. ¿Cómo coño lo has descubierto? Ha sido mi antiguo agente literario quien te lo ha dicho, ¿verdad? ¿A que sí?

—No —repuso Bunnish con una sonrisa de autocomplacencia.

—¡Estás mintiendo!

—Peter, ¿qué sucede? —le preguntó E. C.—. ¿Por qué te alteras tanto?

Peter lo miró.

—Mi libro. *Bestias enjauladas* era...

—Ah, pero ¿existía el libro?

—Sí. —Peter tragó saliva, ansioso, confuso y enfadado—. Sí, sí que existía. Después de la universidad... Era mi primera novela... —Soltó una carcajada nerviosa—. Pensaba que sería la primera. Tenía... muchas ilusiones. Era un libro ambicioso, serio, pero pensaba que también tendría salida comercial. Sobre el circo. Iba sobre el circo; ya sabes lo fascinado que me tenía el circo. Una metáfora de la vida, pensaba; un estilo de vida muy original pero en decadencia, una profesión en vía de desaparición. Creí que podía escribir la gran novela circense. Cuando terminé la universidad, viajé con el circo de los hermanos Ringling durante un año, recopilando información. Era taquillera de caseta. Me pasé un año reuniendo material y dos escribiendo la novela. El protagonista era un chico que trabajaba con los grandes felinos. Cuando por fin la terminé, se la mandé a mi agente. No habían pasado ni tres semanas cuando..., cuando... —No pudo terminar la frase.

E.C. comprendió a qué se refería y frunció el entrecejo.

—¿Te refieres a que salió aquel superventas del circo? ¿Cómo se llamaba?

—*Triste espectáculo* —respondió Peter con tremenda amargura—, de Donald Hastings Sullivan, un escritorzuelo que había publicado bajo seudónimo cincuenta

novelas góticas y una docena de novelas del oeste sin nada de particular. ¿Semejante libro de semejante autor? Nadie se lo creía. E. C., yo no me lo creí. Era mi obra con otro título. De acuerdo, no era la mía al pie de la letra. *Bestias enjauladas* estaba mucho mejor escrita; pero la historia, la ambientación, las peripecias, incluso los nombres de algunos personajes... Era escalofriante. Mi agente no quiso intentar venderla; decía que se parecía demasiado a *Triste espectáculo* para que alguien se decidiera a publicarla, que nadie la querría. Además, aunque me la publicaran, me advirtió, podrían acusarme en el mejor de los casos de haberme inspirado en ella y, en el peor, de haberla fusilado. Parecía un plagio, me dijo. Tres años de mi vida, y la llamó plagio. Nos peleamos. Me echó, y nunca conseguí otro agente. No volví a escribir más. Me había volcado demasiado en el primer libro. —Peter se volvió hacia Bunnish—. Destruí el manuscrito, quemé todas las copias. Nadie estaba al corriente de la existencia de ese libro excepto mi agente, Kathy y yo —¿Cómo lo descubriste?

—Ya te lo he dicho —dijo Bunnish—. Lo leí.

—¡Mentiroso de mierda!

Loco de rabia, Peter cogió un vaso y se lo arrojó a la cara sonriente, al otro lado de la mesa, queriendo borrar todo rastro de aquella sonrisa soberbia, que se diluyera en sangre y despojos. Sin embargo, Bunnish lo esquivó y el vaso se estrelló contra la pared.

—Tranquilo, Peter —dijo E. C.

Delmario estaba sumido en un sopor alcohólico y parpadeaba con estúpida solemnidad. Kathy se agarraba al borde de la mesa con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Hacéis gala de desmedidos aspavientos, mi capitán. —A Bunnish se le marcaban los hoyuelos de las mejillas—. Sabes que digo la verdad. Leí tu novela. Si no te lo crees, puedo narrarte el argumento entero. —Se encogió de hombros—. De hecho, se lo narré a Donald Hastings Sullivan, a quien pagué para que escribiera *Triste espectáculo*. Podría haberlo hecho yo mismo, pero mis aptitudes para la escritura son pésimas. Sully se puso muy contento. Cobró un buen pico por el encargo y nos repartimos las regalías de los derechos de autor, que fueron considerables.

—Hijo de puta —dijo Peter, pero ya sin fuerza. La rabia cedió, dejándole una sensación asquerosa y la certeza de la derrota. Se sintió engañado e impotente, y de golpe se dio cuenta de que creía a Bunnish, de que creía hasta la última palabra de su ridícula historia—. Es cierto, ¿no es así? Es todo verdad. Fuiste tú. Tú. Tú me robaste mis palabras, mis sueños, todo.

Bunnish no dijo nada.

—Y todo lo demás. También los otros fracasos corrieron de tu cuenta, ¿verdad? Después de *Triste espectáculo*, cuando me metí en el periodismo... Aquella historia que se evaporó como si nada; todas mis fuentes empezaron a negarlo todo de golpe o a desaparecer, de modo que parecía que me lo había inventado todo. Los encargos se

convertían en humo; todos aquellos pleitos, las acusaciones de plagio, violación de la intimidad, difamación... Daba una patada a una piedra y me encontraba con diez demandas. Al cabo de dos años me obligaron a dejar la profesión. Pero no fue mala suerte, ¿verdad? Fuiste tú. Me robaste la vida.

—Hay que reconocerte el mérito, Nortén. Tuve que hundirte dos veces. La primera conseguí acabar con tu carrera literaria con *Triste espectáculo*, pero en cuanto me di la vuelta te convertiste en un periodista muy popular. Ganaste un premio, eras famoso; para entonces ya era tarde para hacer nada. Tuve que volver al pasado una vez más y empezar de nuevo.

—Debería matarte —se oyó decir Peter.

—Peter... —intervino E.C., meneando la cabeza, con el tono de un gran hombre que le explica algo a un completo estúpido—, todo esto es una broma elaborada hasta el último detalle. No te tomes en serio a Bunny.

Peter miró fijamente a su antiguo compañero de ajedrez.

—No. Es verdad. Es todo verdad. Deja de preocuparte por si estás siendo víctima de una broma y piénsalo. Tiene sentido. Explica todo lo que nos ha pasado.

E. C. Stuart emitió un sonido desagradable, puso mala cara y se retorció el extremo del bigote.

—Hazle caso a tu capitán, Stuart —intervino Bunnish.

—¿Por qué? —le preguntó entonces Peter—. Eso es lo que quisiera saber. ¿Por qué? ¿Porque te gastábamos bromas? ¿Porque nos reíamos de ti? Puede que fuéramos despreciables, no lo sé, pero entonces no parecía tan terrible. Muchas veces te lo ganaste a pulso. Pero, por mucho que te hiciéramos, no nos merecíamos esto. Éramos tus compañeros de equipo, tus amigos.

A Bunnish se le congeló la sonrisa y le desaparecieron los hoyuelos.

—Jamás fuisteis mis amigos.

Steve Delmario asintió con vehemencia.

—Amigo mío no eres, Bugs Bunny, te lo digo así de claro. ¿Sabes lo que eres? Eres un pringado. Siempre has sido un pringado de mierda, por eso no le caías bien a nadie; eras un pringado y un fracasado con el pelo cortado al rape. Joder, ¿crees que eres la única persona del mundo de quien se han burlado? ¿No te acuerdas de mí, el último hombre sobre la Tierra? ¿Y de las putadas que les hacía E.C. a Pete, a Les y a los demás? —Tomó un trago—. Traernos aquí de esta manera... ¡Oh! Otra cosa propia de un pringado de mierda. Eres el mismo Bunny de siempre. No te bastaba con hacer algo; tenías que jactarte de ello para que todo el mundo se enterase. Y si algo salía mal, nunca era culpa tuya, ¿verdad? Perdías porque en la sala había demasiado ruido o mala iluminación, qué sé yo. —Delmario se levantó—. Me das asco. Muy bien, puede que nos hayas jodido la vida y hayas tenido que decírnoslo. Me alegro por ti. Ya has tenido tu dosis de diversión para pringados de mierda. Ahora, déjanos marchar.

—Secundo la moción —lo apoyó E. C.

—¡Ah, no...! Ni soñarlo —replicó Bunnish—. Todavía no. Aún no hemos echado ninguna partida de ajedrez. Vamos a jugar un poquito, por los viejos tiempos.

Delmario se agarró al respaldo de la silla y parpadeó, tambaleándose ligeramente.

—La partida. —De repente recordó el desafío que le había lanzado a Bunnish hacía un rato—. Tenemos que volver a jugar aquella partida.

Frente a él, al otro lado de la mesa, Bunnish entrelazó las manos con calma.

—Podemos hacer algo mejor. Soy un hombre justo, ¿sabes? Ninguno de vosotros me dio jamás la menor oportunidad, pero yo os daré una a vosotros, a cada uno de vosotros. Os he robado la vida; ¿no han sido esas tus palabras, Nortén? Muy bien, amigos míos, dejaré que intentéis recuperarla. Vamos a echar una partidita. Volveremos a jugar desde la posición crítica. Yo ocuparé el lugar de Vesselere y vosotros el mío. Podéis consultaros si queréis, o jugar individualmente. Me da igual. Lo único que tenéis que hacer es ganarme. Si ganáis la partida que decís que tendría que haber ganado, os dejaré ir y os daré lo que deseáis: dinero, propiedades, trabajo, lo que sea.

—Vete a la mierda, pringado —dijo Delmario—. Me importa un carajo tu dinero.

Bunnish cogió sus gafas de la mesa y se las puso, sonriendo de oreja a oreja.

—O, si lo preferís, dejaré que utilicéis mi aparato para volver al pasado. Podéis regresar, anticiparos a mí, rehacerlo todo desde el principio, vivir la vida a la que estabais destinados antes de que yo me inmiscuyera. Pensáoslo. Es la mejor oportunidad que tendréis jamás los tres, y os la estoy sirviendo en bandeja. Basta con que ganéis una partida ya ganada.

—Ganar una partida ganada es una de las cosas más difíciles que hay en ajedrez —dijo Peter con rencor, pero la cabeza le iba a mil por hora y sentía que el nerviosismo le bullía en el estómago.

Era una oportunidad, pensaba; la oportunidad de reconstruir las ruinas de su vida, de conseguir que le saliera bien. De borrar los giros equivocados, de probar las mieles del éxito en lugar de las hieles del fracaso, de evitar la farsa en la que se había convertido su matrimonio con Kathy. Sus esperanzas muertas se levantaron como fantasmas y bailaron en el cementerio de sus sueños. Tenía que aceptar el reto. Lo sabía. Sabía que debía.

—Claro que puedo ganar esa partida de mierda —tronó Steve Delmario con voz de borracho, adelantándose a Peter—. Podría ganarla con los ojos cerrados. ¿Qué te apuestas, Bunny? ¡Saca un tablero!

Bunnish soltó una carcajada y se levantó apoyándose con las manos en la mesa.

—Oh, no, Delmario. No quiero que cuando pierdas tengas la excusa de que estabas borracho. Te voy a machacar cuando estés sobrio como una piedra. Mañana. Jugaré contigo mañana.

—Mañana —repitió Delmario, parpadeando frenéticamente.

—Vámonos de aquí, Peter —le dijo Kathy más tarde, cuando estaban en su

habitación—. Esta noche. Ahora mismo.

Peter estaba sentado delante del fuego. Había encontrado un ajedrez en el cajón de la mesita de noche y colocado los trebejos en la posición crítica para estudiarla. Frunció el ceño cuando Kathy lo distrajo.

—¿Irnos? ¿Cómo demonios propones que salgamos de aquí, si tenemos el coche encerrado en el garaje?

—Tiene que haber un teléfono en alguna parte. Podríamos buscarlo y llamar para que vengan a ayudarnos. O echar a andar.

—Es diciembre y estamos en las montañas, a muchos kilómetros de cualquier sitio. Si nos vamos a pie, moriremos congelados. No. —Devolvió la atención al tablero e intentó concentrarse.

—¿Peter! —exclamó ella, enfadada.

—¿Qué? —le espetó, levantando la vista—. ¿No ves que estoy ocupado?

—Tenemos que hacer algo. Esto es de locos. Bunnish está para que lo encierren.

—Ha dicho la verdad.

La expresión de Kathy se ablandó y, por un momento, asomó a su mirada un atisbo de lo que parecía pena.

—Ya lo sé —convino suavemente.

—Ya lo sabes —la imitó Peter con furia—. Ya lo sabes, ¿eh? Vale, ¿y sabes cómo me siento? Ese cabrón me las va a pagar. Tiene la culpa de todas y cada una de las desgracias que me han pasado. Y me da la impresión de que tú también eres culpa suya.

Kathy movió los labios casi imperceptiblemente, pero sus ojos permanecieron inmóviles y el dolor y la compasión desaparecieron de su rostro. Peter detectó en ella la lástima de siempre y aquel desprecio afilado como un cuchillo.

—Va a destrozarte otra vez —le dijo con frialdad—. Quiere ponerte el caramelo en la boca para después quitártelo. Va a ganarte, Peter. ¿Cómo vas a encajarlo? ¿Cómo vas a vivir después, con eso auestas?

Peter bajó la mirada al tablero.

—Eso es lo que quiere, sí. Pero es imbécil. Es una partida ganada. Solo es cuestión de encontrar la línea vencedora, la variante correcta. Tenemos tres oportunidades. Steve juega primero. Si pierde, E. C. y yo aprenderemos de sus errores. No voy a perder. Puede que lo haya perdido todo, pero no perderé en esto. Esta vez ganaré. Ya lo verás.

—Ya lo veré —dijo Kathy—. Eres un gilipollas patético.

Peter, sin hacerle caso, movió una pieza. Caballo come peón.

A la mañana siguiente, Kathy se quedó en la habitación.

—Corre a jugar tu estúpida partida —le dijo—. Yo voy a remojarme en el jacuzzi y a leer. No quiero saber nada de esto.

—Haz lo que te dé la gana. —Peter cerró de un portazo y pensó por enésima vez

que se había casado con una bruja.

Abajo, en el descomunal salón, Bunnish estaba preparando el tablero. Había sacado un juego no tan caro ni vistoso como el del rincón, el de las piezas pegadas. Los conjuntos de ese estilo eran muy decorativos, pero incómodos para jugar en serio, así que Bunnish había dispuesto una sencilla mesa de madera en el centro de la sala y escogido un juego de los que se usaban en los torneos: un tablero de vinilo verde y blanco que desenrolló con cuidado y unos gastados trebejos de Drueke modelo Staunton, blancos y negros, de plástico y con un plomo en la base, debajo del fieltro, para darles peso. Colocó cada uno en la casilla correspondiente hasta formar la posición crítica sin mirar ni una sola vez la partida congelada en el lujoso tablero del rincón. Después sacó un reloj de dos esferas.

—No puedo jugar sin reloj, ¿sabes? —dijo con una sonrisa—. Lo pongo exactamente igual que estaba en Evanston.

Cuando todo estuvo listo, Bunnish contempló el tablero con satisfacción y se sentó para jugar con las piezas negras de Vesselere.

—¿Preparado?

Steve Delmario se sentó frente a él, pálido y con una resaca tremenda. En la mano llevaba un vaso grande de zumo de naranja y movía nerviosamente los ojos detrás de las gruesas gafas.

—Sí. Venga.

Bunnish apretó el botón que ponía en marcha el reloj de Delmario.

De inmediato, este se comió el peón con el caballo. Las piezas entrecucharon con suavidad y usó el peón para detener su reloj y poner en marcha el de Bunnish.

—El sacrificio —dijo Bunnish—. Qué sorpresa. —Cogió el caballo.

Delmario se comió otro peón con el alfil para sacrificarlo inmediatamente después, porque Bunnish se vio obligado a comérselo con el rey. No parecía preocupado. Una sonrisa le bailaba en el rostro; los hoyuelos se le marcaban levemente en las mejillas carnosas y los ojos le brillaban alegres detrás de las gafas tintadas.

Steve Delmario estaba inclinado sobre el tablero. Sus ojos oscuros iban y venían estudiando la colocación de las piezas una y otra vez, como si quisiera asegurarse de que cada una estaba realmente donde se suponía que estaba. Cruzaba y descruzaba las piernas. Peter, de pie detrás de él, casi podía palpar las oleadas de tensión que lo sacudían y crispaban. E. C. Stuart, sentado unos pasos más allá, en un sillón comodísimo, tampoco apartaba la mirada de la partida. El reloj susurraba su tictac. Delmario levantó la mano para coger la reina, pero dudó en cuanto posó los dedos en ella. Le temblaba la mano.

—¿Qué pasa, Steve? —le preguntó Bunnish. Apoyó la barbilla en la punta de los dedos rígidos y sonrió cuando Delmario lo miró—. Estás dudando. Ya lo sabes, ¿no? Si dudas, es que has perdido. ¿De repente no estás seguro? Increíble. Has estado siempre tan seguro... ¿Cuántos mates me enseñaste? ¿Cuántos?

Delmario entrecerró los ojos.

—Voy a enseñarte otro, Bunny —dijo, iracundo, y desplazó la reina por el tablero—. Jaque.

—¡Ah! —dijo Bunnish.

Peter estudió la posición. El doble sacrificio había barrido los peones que estaban frente al rey negro, y el jaque de la reina no permitía la retirada. Bunnish hizo avanzar el rey una casilla hacia el centro del tablero, hacia el ejército blanco que lo esperaba. Sin duda, ya estaba perdido.

Su defensa estaba concentrada en el flanco de la reina, y el enemigo lo rodeaba, pero no parecía preocupado.

Sonaba el tictac del reloj de Delmario, que estudiaba la posición. Bebió un poco de zumo y se removió inquieto en el asiento. Bunnish bostezó y sonrió con soma.

—Aquel día fuiste el campeón, Delmario. Ganaste a un maestro. El único vencedor. ¿Y ahora no encuentras la manera de ganar? ¿Dónde están todos aquellos mates?

—Hay tantos que no sé cuál escoger, Bunny —respondió Steve—. Y cállate ya, joder. Estoy intentando pensar.

—Ah, perdón —se disculpó Bunnish.

Pasaron diez minutos de su reloj antes de que moviera el caballo que le quedaba.

—Jaque.

Bunnish adelantó el rey de nuevo.

Delmario se pasó la lengua por los labios y desplazó la reina una casilla hacia delante.

—Jaque.

Bunnish movió a un lado el rey, hacia la seguridad del flanco de la reina. Delmario adelantó un peón.

—Jaque.

Bunnish tuvo que comérselo. Retiró el insolente peón con el rey y una sonrisa de suficiencia.

Delmario ya tenía la vía libre para mover las torres. Desplazó una.

—Jaque.

Bunnish volvió a mover el acosado rey.

Delmario desplazó la torre hasta la fila del rey negro y se enfrentó a él cara a cara.

—¡Jaque! —exclamó.

Peter dio un respingo sin querer. ¡La torre estaba al descubierto! Bunnish podía comérsela tranquilamente. Estudió la posición, de pie junto a Delmario. Bunnish podía comerse la torre con el rey, de acuerdo, pero la otra torre atacaría después, el rey tendría que retroceder y, si la reina se movía solo una casilla... Había demasiadas posibilidades de mate en aquella variante. Las negras tenían muchas opciones, pero todas terminarían en desastre. Aunque, si Bunnish comía con el caballo en lugar de con el rey, dejaría la casilla sin defensa... Hum. Jaque con la reina, el rey avanza,

entra el alfil... No, el mate era aún más rápido por aquella vía.

Delmario apuró el vaso de zumo y lo dejó en la mesa con firmeza y satisfacción.

Bunnish adelantó el rey en diagonal. «El único movimiento posible», pensó Peter. Delmario se inclinó hacia delante y, detrás de él, Peter también. Las blancas se arremolinaban en torno al rey negro, aislado, pero ¿cómo lograría estrechar la red de mate? Peter se dijo que Steve tenía tres jaques posibles. No, cuatro; también podía hacer otra cosa. Observó y analizó en silencio. El jaque con la torre no era bueno; el rey retrocedería, y los jaques siguientes lo llevarían a una zona más segura. ¿Con el alfil? No, Bunnish podría compensarlo comiéndoselo con la torre; tenía dos piezas más, al fin y al cabo. Los dos jaques con la reina originaban distintas subvariantes. Peter seguía cavilando dónde llevarían cuando, de repente, Delmario levantó la mano, cogió el peón de delante de su rey y lo adelantó dos casillas. Lo dejó en el tablero con un golpe contundente y pulsó el reloj. Después se reclinó y cruzó los brazos.

—Te toca, Bunny.

Peter escrutó el tablero. El último movimiento de Delmario no era de jaque, pero el peón que había avanzado cortaba una importante vía de escape. El jaque con la torre amenazada había dejado de ser inofensivo. En lugar de perseguir al rey y empujarlo a la zona segura, le haría mate en tres jugadas. Por supuesto, era el turno de Bunnish y podía poner alguna pieza a defender. Su reina podía... No, jaque con la reina, el rey retrocede, jaque con la torre, cae la reina negra... El alfil tal vez... No, jaque y mate en una jugada, implacable. Cuanto más observaba la posición, menos defensas veía Peter para las negras. Bunnish podía retrasar la derrota, pero no evitarla. ¡Estaba acabado!

Sin embargo no parecía acabado. Con toda tranquilidad, cogió un caballo y lo movió a caballo de reina seis.

—Jaque —dijo en voz baja.

Delmario se quedó mirando el tablero. Peter también. E. C. Stuart se levantó del sillón y se acercó, retorciéndose la punta del bigote, caviloso. El jaque no era más que una distracción, pensó Peter. Delmario podía comerse el caballo con dos peones, o simplemente mover el rey. Pero... Frunció el ceño. Si el peón de alfil se comía el caballo, la reina daba jaque; el rey se movía a la segunda fila, la reina se comía el peón de torre y daba jaque, el rey... No, eso no iba bien. Las blancas acababan sufriendo el mate de forma inevitable. De la otra manera, el mate parecía llegar aún antes, después de que la reina hiciera jaque desde la octava fila.

Delmario adelantó el rey una casilla.

Bunnish sacó un alfil de la retaguardia.

—Jaque.

Solo había un movimiento posible. Steve adelantó el rey otra casilla. Estaba acosado, pero su red de mate seguía intacta, y así seguiría cuando se agotaran los jaques.

Bunnish movió el caballo hacia atrás. Otro jaque.

Delmario parpadeaba velozmente y no dejaba de mover las piernas debajo de la mesa. Peter se dio cuenta de que, si hacía retroceder al rey, se vería hostigado por una serie de jaques que acabarían en mate. No obstante, el caballo negro había quedado al descubierto ante la torre y la reina, y Delmario se lo comió con la torre.

Bunnish se comió con la reina el peón blanco que Delmario había adelantado antes, derribando un pilar de la red de mate. Delmario podía comerse la reina con la suya, pero luego la perdería en un tenedor, y tras los intercambios siguientes no habría esperanza de escapar. En su lugar, hizo retroceder al rey.

Bunnish chasqueó la lengua y se comió el caballo blanco con la reina, volviendo a tentar a Delmario para que se la comiera. Sin el caballo ni el peón, la red de mate de Delmario se había desvanecido. Si las blancas se comían la reina negra, habría un jaque, un clavado, captura, captura, captura y... Peter rechinó los dientes. Las blancas llegarían al final de la partida con desventaja de material, vencidas sin remedio. No. Tenía que haber un opción mejor. La posición aún daba mucho de sí. Peter siguió analizando.

Steve Delmario también observaba. El reloj emitía su tictac. Era un artefacto sofisticado, con un contador de movimientos. Indicaba que le quedaban siete movimientos antes de que se le acabara el tiempo. Tenía menos de quince minutos: un poco de presión, pero no exagerada. Sin embargo, no hacía más que recorrer el tablero con los ojos. Se quitó las gruesas gafas y las limpió meticulosamente con el faldón de la camisa. Cuando volvió a ponérselas, la posición seguía siendo la misma. Clavó los ojos en el rey negro como si quisiera tumbarlo con la mirada. Por fin hizo ademán de levantarse.

—Necesito un trago.

—Ya voy yo —le dijo bruscamente Peter—. Siéntate. Solo te quedan ocho minutos.

—Vale —dijo Delmario, y volvió a sentarse.

Peter fue al bar y le preparó un destornillador. Steve vació medio vaso de golpe sin despegar ni un instante los ojos del tablero. Peter miró por casualidad a E.C. Stuart, quien sacudió la cabeza y levantó los ojos al techo. Ninguno dijo palabra, pero Peter captó el mensaje: «Olvídalo».

Steve Delmario seguía sentado, cada vez más nervioso. Cuando le quedaban tres minutos, acercó la mano al tablero, titubeó y la apartó. Se rebulló en la silla, se sentó sobre las piernas, se inclinó hacia el tablero hasta casi tocar las piezas con la nariz. El tictac del reloj no dejaba de sonar.

—Ya puedes tirar la toalla —le dijo Bunnish con una sonrisa. El absorto Delmario levantó la cabeza. Tenía la boca abierta.

—Necesito tiempo —dijo, apremiante—. Solo un poco de tiempo para encontrar el mate. Tiene que estar aquí, en algún sitio; todos esos jaques...

Bunnish se levantó.

—El tiempo se ha acabado. En realidad, tampoco importa. Has perdido.

—¡No! ¡No he perdido! ¡Maldita sea, tiene que haber una manera...!

—Cálmate —le dijo Peter, poniéndole una mano en el hombro—. Lo siento. Bruce tiene razón. No tienes nada que hacer.

—No —insistió Steve—. Sé que hay una combinación para ganar. Solo tengo que... Solo... —La mano derecha, que tenía sobre el tablero, empezó a temblarle. Tumbó de un golpe a su rey.

—Escucha a tu capitán, ganador de pacotilla —le dijo Bunnish, con los hoyuelos marcados. Después desvió la vista hacia E. C., que estaba un poco apartado, de pie, con cara de pocos amigos—. Eres el siguiente, Stuart. Mañana a la misma hora y en el mismo sitio.

—¿Y si no quiero jugar? —le preguntó E.C., con desdén.

—Tú mismo —respondió Bunnish, encogiéndose de hombros—. Yo estaré aquí y el ajedrez también. Pondré en marcha tu reloj a la hora convenida. Puedes perder jugando o por abandono. Perderás de todas formas.

—¿Y yo? —preguntó Peter.

—Bueno, capitán. A ti te reservo para el final.

Steve Delmario estaba hundido. Se negaba a separarse del tablero, a menos que fuera para rellenar el vaso. Permaneció pegado a la silla el resto de la mañana y buena parte de la tarde, bebiendo como una esponja y moviendo las piezas como un poseso, jugando la partida una y otra vez. Engulló dos bocadillos que Peter le preparó para comer, pero no hubo manera de hablar con él ni de tranquilizarlo. Peter lo intentó. Una hora después, Delmario llevaba tanta cantidad de alcohol en el cuerpo que perdió el conocimiento.

Al final, E. C. y Peter lo dejaron allí y subieron a la habitación de este último, que llamó a la puerta.

—¿Estás presentable, Kathy? Viene E.C. conmigo.

Kathy abrió la puerta. Iba en téjanos y camiseta.

—Todo lo presentable que puedo estar. Pasad. ¿Cómo ha acabado el gran duelo?

—Delmario ha perdido —respondió Peter—. Pero ha estado muy cerca. Ha habido un momento en que pensaba que ya era nuestro.

Kathy resopló.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó E. C.

—¿Vas a jugar contra él mañana?

—¿Por qué no? —E. C. se encogió de hombros—. No tengo nada que perder.

—Bien —dijo Peter—. Puedes ganarle. Steve casi lo ha logrado, y ya hemos visto en qué condiciones estaba. Tenemos que analizar el juego y descubrir dónde se ha equivocado.

E.C. se retorció el bigote. Parecía despejado y reflexivo.

—El movimiento del peón —dijo—. El que no ha dado jaque. Ha dejado el campo libre a las blancas para el contraataque.

—Pero también ha contribuido a crear la red de mate —objetó Peter. Se volvió y vio a Kathy plantada detrás de él con los brazos cruzados—. ¿Puedes traernos el ajedrez del dormitorio? —le pidió. Cuando ella se fue, volvió a dirigirse a E. C.—. Creo que el juego ya estaba perdido cuando Steve ha movido el peón. Ha sido su mejor jugada. Se enfrentaba a un montón de amenazas y todas se han esfumado después de unos cuantos jaques. Creo que el fallo lo ha cometido antes.

—Todos esos jaques... —dijo E.C.—. ¿Demasiados, tal vez?

—Exacto. En lugar de llevarlo a un mate, Steve lo ha llevado a la salvación. Hay que cambiar algo ahí.

—De acuerdo.

Kathy llegó con el ajedrez y lo dejó en la mesita baja que tenían delante. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, mientras Peter colocaba rápidamente las piezas en la posición crítica, pero no tardó en aburrirse cuando se pusieron a analizar la partida, y al cabo de poco se levantó con un gruñido de disgusto.

—Estáis locos los dos. Me voy a ver si encuentro algo para comer.

—Tráenos algo, por favor —le pidió Peter—. Y un par de cervezas.

Pero cuando Kathy volvió y les dejó una bandeja al lado, casi ni se enteró.

Estuvieron concentrados en la partida hasta bien entrada la noche. Kathy fue la única que bajó a cenar con Bunnish.

—Ese tío es repugnante —soltó cuando subió, con tanto asco que incluso consiguió distraer a Peter del juego, aunque solo un momento.

—Mira, prueba esto —dijo E. C. moviendo un caballo, y Peter se concentró en las piezas de inmediato.

—Vaya, así que te has decidido a jugar, ¿eh, Stuart? —dijo Bunnish a la mañana siguiente.

E.C., fresco y aseado, con el pelo rubio cepillado y peinado con esmero y una taza de café humeante en la mano, asintió vivamente.

—Tan agudo como siempre, Brucie.

Bunnish se rio.

—Una cosa —apuntó E. C., levantando un dedo—. No pienses que me creo el cuento chino ese del viaje en el tiempo. Vamos a jugar esta partida, pero por dinero, no por un regreso al pasado. ¿Está claro?

—Los bromistas sois unos tipos tan desconfiados... —Bunnish suspiró—. Lo que tú digas. ¿Quieres dinero? Ningún problema.

—Un millón de dólares.

—Qué miseria. —Bunnish sonrió de oreja a oreja—. Muy bien. Si me ganas, saldrás de aquí con un millón de dólares. Aceptarás un cheque, supongo.

—Un cheque conformado. —E. C. se volvió hacia Peter—. Eres testigo.

Peter asintió.

Solo estaban ellos tres aquella mañana. Kathy seguía empeñada en no mostrar

interés y Delmario estaba en su habitación, durmiendo la mona.

—¿Listo? —preguntó Bunnish.

—Adelante.

Bunnish puso en marcha el reloj. E.C. realizó el sacrificio: el caballo se come al peón. Se movía lo imprescindible, pero con energía. Bunnish se comió su caballo y E. C. siguió con el sacrificio del alfil sin dudarle un instante. Bunnish se lo comió y pulsó el reloj. E. C. se retorció el bigote y movió un peón. No hizo jaque.

—Ah. Una mejora —comentó Bunnish—. Tienes algo en la manga, ¿eh? Claro que sí. E. C. Stuart siempre tiene algo en la manga. El gracioso e impredecible E. C. Stuart. Qué bromista. Qué ingenioso.

—Juega al ajedrez, Brucie —le espetó E. C.

—Claro, claro.

Peter se acercó al tablero mientras Bunnish estudiaba la posición. Habían practicado mil veces la noche anterior hasta llegar a la conclusión de que, para el jaque de la reina que había hecho Delmario después del doble sacrificio, no había salida. Había otros jaques posibles en aquella posición, todos tentadores, pero después de horas analizando la partida, E.C. y Peter también los habían descartado. Todos possibilitaban un montón de trampas y mates si las negras se equivocaban, pero ninguno parecía tener éxito si se jugaba correctamente, y debían suponer que Bunnish iba a jugar bien.

El movimiento del peón de E. C. era más prometedor. Más sutil. Tenía más sentido. Abría líneas para las blancas e interponía una nueva barrera entre el rey negro y la seguridad que ofrecía el flanco de la reina. De repente, las blancas amenazaban por todas partes. Bunnish tenía serios problemas para salir del atolladero.

Sin embargo, no tardó tanto como Peter esperaba. Después de estudiar la posición un par de minutos, cogió su reina y se comió el peón de torre de la reina blanca, que estaba desprotegido. Sostuvo el peón en la palma de la mano, bostezó y se arrellanó en la silla, lánguido e impasible.

E.C. Stuart observó el tablero, sin permitirse más que un ligero fruncido de ceño. Peter también se intranquilizó. Aquel movimiento debería haber inquietado más a Bunnish, pensaba. Las blancas lo amenazaban por tantos sitios... La noche anterior habían analizado exhaustivamente todas las posibilidades, probado una y mil veces todas las variantes y subvariantes, hasta que quedaron convencidos de que habían encontrado la fórmula ganadora. Peter se había metido en la cama casi exultante. Bunnish tenía una docena de posibles defensas contra el ataque del peón. No sabían cuál escogería, pero se habían quedado tranquilos porque todas y cada una terminaban en derrota.

Pero Bunnish los había dejado perplejos. No había llevado a cabo ninguna de las defensas que habían contemplado. Se había limitado a obviar la amenaza de mate de E. C. y se había comido el primer peón que tenía a tiro, como un principiante.

¿Habían pasado algo por alto? Mientras E.C. cavilaba sobre cuál sería la mejor respuesta, Peter acercó una silla al tablero para analizar la situación más cómodamente.

No había nada. Nada. Bunnish podía hacer un jaque a la jugada siguiente si quería, moviendo la reina a la octava fila. Pero eso no llevaba a ningún lado. E.C. no había cometido el mismo error que Steve el día anterior, cuando desatendió el flanco de la reina, ansioso por encontrar un mate. Si Bunnish daba jaque, todo lo que E. C. tenía que hacer era mover el rey a reina dos, y la reina negra quedaría a merced de la torre, lo que la obligaría a retroceder o a comerse otro peón sin valor. Mientras tanto, E.C. prepararía el jaque mate en el centro del tablero. Cuantas más vueltas daba Peter a las variantes, más convencido estaba de que Bunnish sería incapaz de reproducir la clase de contraataque con el que había derrotado a Steve Delmario.

Después de observar larga y reflexivamente el tablero, E. C. pareció llegar a la misma conclusión. Cogió su caballo con frialdad y asedió definitivamente al solitario rey negro. Bunnish podía comerse el peligroso caballo, pero E. C. se comería a su vez la torre y el jaque mate sería inminente, por mucho que Bunnish coleara e intentara soltarse del anzuelo.

Bunnish sonrió a su oponente y arrastró la reina con indolencia, adelantándola una casilla, hasta la última fila.

—Jaque.

E. C. se retorció el bigote, se encogió de hombros y empujó el rey a la fila siguiente. Después pulsó el reloj con un gesto ampuloso.

—Estás perdido —sentenció.

Peter estaba de acuerdo. El último jaque no había servido para nada; en realidad, parecía haber empeorado el trance. Las amenazas de mate seguían ahí, intactas, y además la reina negra también peligraba. Podía hacerla retroceder, pero no llegaría a tiempo para contribuir a la defensa.

Bunnish tendría que haber estado frenético. Sin embargo, su sonrisa era tan amplia que las mejillas amenazaban con partirsele en dos.

—¿Perdido? Ah, Stuart, ¡quien ríe el último, ríe mejor! —Soltó una risita de adolescente y deslizó su reina por la fila para comerse la torre blanca—. ¡Jaque!

Peter Nortén llevaba mucho tiempo sin participar en un torneo, pero aún recordaba la sensación de cuando un oponente hacía un movimiento inesperado que le daba la vuelta a la partida: la breve confusión inicial, el desconcierto de no saber qué está pasando, el pánico al darse cuenta del poder de la jugada imprevista y la horrible y vertiginosa ofuscación que crecía y crecía mientras la cabeza recorría de principio a fin una variante perdedora tras otra. No había peor momento en una partida de ajedrez.

Así se sentía Peter.

Se les había pasado completamente por alto. Bunnish sacrificaba su reina por la torre, una jugada demencial, pero no en aquella situación. E. C. debía comerse a la

reina. Sin embargo, Peter vio con claridad meridiana que si se la comía con el rey, las negras tenían una combinación que se llevaría el gato al agua, de modo que E. C. se vería obligado a usar la otra torre, que era la que protegía el caballo del centro del tablero, y entonces... ¡Mierda, no!

E. C. buscó una alternativa durante más de quince minutos, pero no había nada que rascar. Se comió la reina con la torre y, de inmediato, Bunnish cogió su torre y se comió el caballo que tan amenazadoramente había apostado solo dos jugadas antes. Con implacable precisión, forzó el intercambio de una pieza tras otra, neutralizando todos los peligros que le acechaban. De repente estaban en la recta final de la partida. E. C. tenía la reina y cinco peones; Bunnish disponía de una torre, los dos alfiles, un caballo y cuatro peones. Además, ironías del destino, su antes intimidado rey ocupaba una posición dominante en el centro del tablero.

La partida prosiguió durante horas, con jaques heroicos y deportivos de la intrépida reina de E.C., que luchaba por comerse piezas indefensas o buscaba las tablas por repetición de jugadas. Pero Bunnish era demasiado diestro para ceder a esa táctica desesperada. No era más que una cuestión de técnica. Al final, E. C. tumbó su rey.

—Creía que habíamos contemplado todas las defensas posibles —dijo Peter, ofuscado.

—Vaya, capitán —repuso alegremente Bunnish—. Todos los intentos de defender fracasan. Las piezas defensivas impiden las rutas de escape o se interponen en ellas. ¿Qué sentido tiene que me facilite el mate a mí mismo? Prefiero dejar que lo intentes tú.

—Lo conseguiré —prometió Peter, furioso—. Mañana.

—¡Cuento las horas! —exclamó Bunnish, frotándose las manos.

Aquella noche, la autopsia se llevó a cabo en la habitación de E. C. Kathy, que había recibido la triste noticia con un «ya os lo dije» y una sonrisa desdeñosa, se plantó y le dijo a Peter que ni hablar de tenerlos toda la noche despiertos delante de un tablero en su habitación. También le dijo que se estaba comportando como un crío, y se pelearon antes de que él se marchara dando un portazo.

Steve Delmario estaba con E.C. repasando la derrota cuando Peter se unió a ellos. Aunque tenía los ojos inyectados en sangre y estaba exhausto, parecía sobrio y tenía una taza de café en la mano.

—¿Qué tal pinta? —preguntó Peter, cogiendo una silla para sentarse.

—Mal —respondió E. C.

—Joder, peor que mal —convino Delmario, asintiendo—. Me está empezando a parecer que esa mierda de sacrificio no sirve de nada, al fin y al cabo. No puedo creérmelo, es que no puedo. Parece tan prometedor... Tiene que haber algo por narices. Pero maldita sea mi estampa si lo encuentro.

—Lo que se ha sacado hoy de la manga está plagado de variantes peligrosísimas

—añadió E.C.—. No olvidéis que hemos sacrificado dos piezas para llegar a esa posición. Por desgracia, eso significa que Brucie puede permitirse renunciar a cierta ventaja de material para salir del apuro airoso y ganando la partida. Hemos encontrado algunas mejoras para la partida de esta mañana...

—Ese caballo no tiene que caer —lo interrumpió Delmario.

—... por nada del otro mundo —terminó E. C.

—¿Os habéis planteado que puede que Bugs Bunny tuviese razón? —dijo Delmario—. ¿Que tal vez ese sacrificio no hubiese valido para nada, que la partida nunca estuvo ganada? —Su voz estaba teñida de incredulidad y abatimiento.

—Hay una cosa que no encaja en lo que dices —afirmó Peter.

—¿El qué?

—Hace diez años, después de que Bunnish malograra la partida y el torneo, Robinson Vesselere reconoció que hubo un momento en que estuvo perdido.

E. C. se quedó pensativo.

—Es cierto. No me acordaba.

—Vesselere era casi un gran maestro. Sabía lo que se decía. La victoria está ahí, y voy a encontrarla.

—¡Claro que sí, Pete! ¡Tienes razón, joder! —exclamó Delmario, contento y aplaudiendo—. ¡Vamos por él!

—Oh, el esposo pródigo ha regresado —dijo Kathy, mordaz, a modo de saludo—. ¿Tienes idea de la hora que es?

Estaba sentada en una silla junto a la chimenea, pero el fuego ya se había reducido a brasas y cenizas. Llevaba una bata oscura, y el extremo del cigarrillo que fumaba era un punto brillante en la penumbra. Peter, que había entrado sonriente, se puso ceñudo de inmediato. Tiempo atrás, Kathy fumaba mucho, pero lo había dejado hacía unos años. Solo fumaba cuando estaba muy enfadada, y el hecho de que encendiera un cigarrillo solía equivaler a una agria pelea.

—Es tarde —repuso Peter—. No sé qué hora es. ¿Qué más da? —Había pasado muchas horas con E. C. y Steve, pero había valido la pena. Habían encontrado lo que buscaban. Peter estaba cansado pero eufórico, y esperaba encontrar a su mujer durmiendo. No tenía ganas de guerra—. No te preocupes por la hora —dijo, intentando apaciguarla—. Ya lo tenemos.

Kathy apagó metódicamente el cigarrillo.

—¿Tenemos qué? ¿Una nueva jugada que creéis que derrotará al psicópata de nuestro anfitrión? ¿No entiendes que me importa un pepino esta estupidez de juego? ¿Es que no me escuchas? Te he estado esperando toda la noche, Peter. Son casi las tres de la madrugada. Quiero que hablemos.

—Ah, ¿sí? —El tono de su mujer había conseguido irritarlo—. ¿Y a ti no se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor yo no quiero hablar? Vamos a ver, mañana tengo una partida muy importante. Necesito descansar. No puedo permitirme pasarme la

noche en vela gritándote hasta el amanecer. ¿Lo entiendes? ¿Por qué coño tienes tantas ganas de hablar? ¿Es que vas a decirme algo que no haya oído antes?

Kathy soltó una carcajada llena de maldad.

—Podría contarte unas cuantas cosas de tu viejo amigo Bunnish que no has oído antes.

—Lo dudo mucho.

—¿Sí? Entonces, ¿sabías que lleva dos días intentando acostarse conmigo? —Lo soltó en tono de mofa, y para Peter fue como un bofetón.

—¿Qué?

—Siéntate y escucha.

Peter obedeció, aturdido.

—¿Te has acostado con él? —le preguntó, mirando su silueta en la oscuridad, una forma vagamente ominosa.

—Pero ¿qué dices? ¿Acostarme con él? Por amor de Dios, Peter, ¿cómo puedes siquiera preguntármelo? ¿Tanto me detestas? Antes me acuesto con una cucaracha. A fin de cuentas, a eso me recuerda. —Se rio sin ganas—. De todas formas, no es lo que se dice un seductor muy refinado. En realidad me ha ofrecido dinero.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—¡Para ver si te entra un poco de sentido común en la cabeza! ¿Es que no ves que Bunnish está intentando destruirnos, a todos vosotros, por todos los medios? No me quiere a mí. Lo único que quiere es herirte. Y tú y tus amigos idiotas estáis haciendo exactamente lo que él quiere. Os estáis obsesionando con esa maldita partida, igual que él. —Kathy se inclinó hacia delante, y Peter distinguió sus rasgos—. Peter —le suplicó—, no juegues contra él. Va a ganarte, cariño, igual que ha ganado a los otros dos.

—No lo creo, cariño —le espetó él con los dientes apretados. El término afectuoso se convirtió casi en un insulto—. ¿Por qué coño estás siempre tan dispuesta a predecir mi derrota, eh? ¿Es que nunca puedes apoyarme, ni siquiera un mísero minuto? Si no eres capaz de ayudarme, ¿por qué no me dejas en paz? Ya no aguanto más. Siempre despreciándome, riéndote de mí. Nunca has creído en mí. No sé por qué te casaste conmigo, si todo lo que querías era hacer de mi vida un infierno. ¡Déjame en paz de una puta vez!

Se hizo un largo silencio después del exabrupto de Peter. Sentado en la habitación a oscuras, casi podía sentir cómo crecía la rabia de Kathy. Esperaba que empezara a chillar en cualquier momento. Después él también chillaría, y ella se levantaría y cogería algo y lo estrellaría contra el suelo, y luego él la sujetaría y sacarían las uñas y se ensañarían el uno con el otro. Cerró los ojos, temblando, a punto de romper a llorar. No quería eso, pensó. No quería eso.

Pero Kathy lo desconcertó.

—Oh, Peter —dijo con una voz sorprendentemente dulce—. No quiero hacerte daño, nunca he querido. Por favor. Te quiero.

Peter se quedó de piedra.

—¿Que me quieres? —preguntó, sin dar crédito a sus oídos.

—Escucha, por favor. Si aún queda algo entre nosotros, escúchame un momento. Por favor.

—De acuerdo.

—Peter, antes creía en ti. Seguro que te acuerdas de lo bien que iban las cosas al principio. Yo te apoyaba, ¿verdad? Durante los primeros años, cuando estuviste escribiendo tu novela. Yo trabajaba, ponía la comida en la mesa y te daba tiempo para escribir.

—Ah, sí. —La rabia rebrotó en su voz. No era la primera vez que Kathy se lo echaba en cara y le recordaba cómo lo había mantenido durante dos años mientras escribía un libro que había acabado en la basura—. Ahórrate los reproches, ¿quieres? No fue culpa mía si no pude vender el libro. Ya has oído a Bunnish.

—¡No te estoy reprochando nada, maldita sea! ¿Por qué estás siempre tan dispuesto a ver una crítica en cada una de mis palabras? —Meneó la cabeza y dominó la voz—. Por favor, Peter, no lo hagas más difícil de lo que ya es. Tenemos que superar muchos años de dolor, tenemos que curamos muchas heridas. Haz el favor de escuchar.

»Estoy intentando decirte que yo creía en ti. Incluso después de lo del libro, después de que lo quemaras, incluso entonces. Y eso que me lo pusiste muy difícil. Yo no pensaba que fueras un fracasado, pero tú sí que lo pensabas, y eso te hizo cambiar. Dejaste que la idea te dominara y abandonaste la escritura, en lugar de hacer de tripas corazón y escribir otro libro.

—No fui lo bastante fuerte, ya lo sé. El perdedor. El debilucho.

—¡Cállate! —Kathy estaba exasperada—. ¡No he sido yo quien ha dicho eso, sino tú! Después te dedicaste al periodismo. Yo seguía creyendo en ti, pero las cosas no podían ir peor. Te echaron, te demandaron, te convertiste en la deshonra de la profesión. Nuestros amigos empezaron a alejarse. Y todo el tiempo decías que no era culpa tuya. Perdiste la poca confianza que te quedaba en ti mismo y dejaste de soñar. No hacías más que quejarte constantemente, amargamente, de tu mala suerte.

—Tampoco es que me ayudaras mucho.

—Puede que no —reconoció Kathy—. Lo intenté, al principio, pero las cosas se pusieron cada vez más feas, y no supe lidiar con ello. Ya no eras el soñador con el que me había casado. Era muy duro recordar cuánto te había admirado, cuánto respeto había sentido por ti. Te odiabas tanto que no había manera de que ese odio no se me contagiara, Peter.

—Bueno, ¿y qué? ¿Adonde quieres ir a parar?

—No te he dejado, Peter. Podría, ya lo sabes. He querido hacerlo. Pero he permanecido a tu lado, me he quedado contigo, con tus fracasos y tu autocompasión. ¿Eso no te dice nada?

—¿Que eres una masoquista? —le espetó—. ¿O una sádica?

Eso fue demasiado para Kathy. Quiso responder, pero se le quebró la voz y se echó a llorar. Peter no se movió de la silla y escuchó su llanto hasta que se le terminaron las lágrimas.

—Maldito seas. Maldito seas. Te odio —susurró.

—Has dicho que me querías. A ver si te aclaras.

—Gilipollas. Cabrón insensible. ¿Es que no entiendes nada?

—¿Qué tengo que entender? —preguntó, impaciente—. Me has dicho que escuche, y ya te he escuchado, y todo lo que has hecho ha sido sacar a relucir la mierda de siempre y enumerar todos mis defectos. Como si fuera la primera vez que me lo dices.

—Peter, ¿no te das cuenta de que esta semana todo ha cambiado? Si fueras capaz de dejar de odiar, de detestarme a mí y detestarte, tal vez lo comprendieras. Tenemos una nueva oportunidad si lo intentamos. Por favor.

—No veo que nada haya cambiado. Mañana voy a jugar una partida muy importante; sabes lo mucho que significa para mí y para mi autoestima, pero te da exactamente igual. Te resbala si gano o pierdo; no haces más que decirme que voy a perder. Estás ayudándome a perder con tanta discusión cuando debería estar durmiendo. ¿Qué coño ha cambiado? Eres la misma bruja que has sido todos estos años.

—Voy a decirte qué ha cambiado. Hasta hace un par de días, los dos pensábamos que eras un fracasado. ¡Pero no lo eres! No ha sido culpa tuya. Nada de lo que ha pasado. No ha sido mala suerte, como has dicho siempre, ni ineptitud, como pensabas en realidad. Ha sido Bunnish el causante de todo. ¿No ves que eso lo cambia todo? Nunca has tenido una oportunidad, Peter, pero ahora la tienes. No existe ningún motivo por el que no debas creer en ti mismo. Tú y yo sabemos que puedes hacer grandes cosas. Bunnish lo ha reconocido. Podemos marcharnos de aquí, tú y yo, y volver a empezar de cero. Puedes escribir otro libro, obras de teatro; puedes hacer lo que te dé la gana. Tienes talento, nunca te ha faltado. Podemos volver a soñar, recuperar la confianza, amarnos de nuevo. ¿Es que no lo ves? Bunnish tenía que vanagloriarse para completar su venganza, ¡pero vanagloriándose te ha liberado!

Peter estaba muy quieto en la oscuridad, apretando y soltando el brazo de la silla mientras asimilaba las palabras de Kathy. Había estado tan inmerso en la partida de ajedrez, tan obsesionado con la obsesión de Bunnish, que no se había dado cuenta de aquello, no se había parado a pensarlo. «No he sido yo —se dijo, maravillado—. Todos estos años, y no he sido yo».

—Es verdad —musitó.

—¿Peter? —dijo Kathy, preocupada.

Peter oyó preocupación; mucho más que eso: oyó amor en su voz. «Tanta gente promete tantas cosas —pensó—. Prometen estar en las alegrías y en las penas, en la prosperidad y en la adversidad, y se largan en cuanto las cosas empiezan a ponerse crudas en una relación». Pero ella se había quedado, había estado ahí en los fracasos,

en la deshonra, en las palabras crueles y los pensamientos venenosos, en las peleas semanales, en la pobreza. Se había quedado.

—Kathy... —Las siguientes palabras fueron muy difíciles—. Yo también te quiero.

Se levantó, se acercó a ella y se puso a llorar.

A la mañana siguiente llegaron tarde. Se ducharon juntos y Peter se vistió con esmero, cosa inhabitual en él. No sabía por qué, pero creía que era muy importante presentarse con un aspecto impecable. Al fin y al cabo, era un nuevo comienzo. Kathy lo acompañaba. Entraron en el salón cogidos de la mano. Bunnish ya estaba sentado al tablero, y el reloj de Peter ya emitía su tictac. Los demás también estaban allí: E.C. sentado en una silla, armado de paciencia, y Delmario caminando de un lado a otro.

—Venga —dijo cuando vio a Peter bajando la escalera—. Ya has perdido cinco minutos.

—Tranquilo, Steve.

Peter se sentó para jugar con las blancas. Kathy se quedó de pie detrás de él. Estaba preciosa aquella mañana, pensó.

—Te toca, capitán —dijo Bunnish con una sonrisa desagradable.

—Ya —repuso Peter, pero no hizo ademán de mover; ni siquiera miró el tablero—. Bruce, ¿por qué me odias? He estado dándole vueltas y no le encuentro explicación. Puedo entenderlo en el caso de E. C. o de Steve. Steve presumía de haber ganado cuando tú perdiste y te restregó la derrota por la cara todo lo que quiso. E. C. te convirtió en el blanco de sus bromas. Pero yo, ¿por qué? ¿Qué te hice yo?

Bunnish se quedó momentáneamente desconcertado, y luego su rostro se endureció.

—Tú. Tú eras el peor de todos.

—Pero si nunca... —se defendió Peter, sobresaltado.

—El gran capitán —prosiguió Bunnish con sarcasmo—. Aquel día de hace diez años ni siquiera lo intentaste. Tu amigo Hal Winslow y tú acordasteis unas tablas en un periquete, como grandes maestros. Podrías haber intentado ganar, podrías haber luchado, pero no. ¡Ah, no! ¿Qué te importaba a ti el enorme peso que nos cargabas encima? Y, cuando perdimos, no asumiste ninguna culpa, ni una pizca, y eso que le habías regalado medio punto a Chicago. No, todo había sido culpa mía. No solo es eso. ¿Por qué estaba yo en el tablero uno? Todos los del equipo B teníamos más o menos la misma calificación. ¿Por qué me correspondió precisamente a mí el honor de jugar en el tablero uno?

Peter se quedó un momento pensando, intentando recordar qué había motivado la estrategia seguida diez años atrás, y al final asintió.

—Siempre perdías las partidas importantes. Lo más lógico era ponerte en el tablero uno, donde te enfrentarías a los mejores de los otros equipos, los que ganarían

a cualquiera que tuvieran delante. De ese modo, los tableros más flojos los llevarían jugadores más fiables, que dieran la talla en situaciones críticas.

—En otras palabras —dijo Bunnish—: era un cero a la izquierda. Esperabas que perdiera mientras tú ganabas en los tableros menores.

—Sí —reconoció Peter—. Lo siento.

—Lo sientes —se burló Bunnish—. Me hiciste perder, esperabas que perdiera, luego me atormentaste por haber perdido, y ahora lo sientes. Tú no jugaste al ajedrez aquel día. Nunca jugaste al ajedrez. Estabas metido en una partida más grande, una que duró años, una que disputabais Winslow y tú. Y los jugadores del equipo eran tus trebejos y tus peones. Yo fui un sacrificio. Un gambito. Nada más. Y ni siquiera funcionó. Winslow te ganó. Y tú perdiste.

—Tienes razón. Perdí. Creo que por fin lo entiendo. Ya sé por qué has hecho todo lo que has hecho.

—Y ahora vas a perder otra vez. Mueve antes de que se te acabe el tiempo.

Con la cabeza, Bunnish indicó el erial cuadrículado que los separaba, el embrollo de piezas blancas y negras. Peter lo miró sin interés.

—Anoche estuvimos hasta las tres de la madrugada analizando la posición. Tengo una nueva variante. Un único sacrificio, en lugar del doble. Caballo come peón, pero no sacrifico el alfil, y muevo a un lado la reina. Esa era la idea. Parecía bastante buena. Pero no lleva a ninguna parte, ¿verdad?

Bunnish se quedó mirándolo.

—¡Juega y lo veremos!

—No. No quiero jugar.

—¡Pete! —exclamó Steve, horrorizado—. ¡Tienes que jugar! Pero ¿qué estás diciendo? ¡Machaca a este cabrón!

—No hay nada que hacer, Steve —le dijo Peter, y se hizo el silencio.

—Eres un cobarde, Norton —le espetó Bunnish—. Un cobarde, un fracasado, un debilucho. Acaba la partida.

—El juego no me importa en absoluto. Dímelo. La variante no tiene salida.

Bunnish soltó un bufido de fastidio.

—Vale, vale —admitió—. No tiene salida. Hay un sacrificio por parte de las negras: entrego una torre para desmontar tus amenazas de mate, pero saco ventaja unas pocas jugadas después.

—Ninguna variante tiene salida, ¿verdad? —preguntó Peter, y Bunnish sonrió fríamente—. Las blancas no pueden ganar. Hemos estado equivocados todos estos años. No la cagaste, porque nunca tuviste la posibilidad de ganar la partida. No era más que una posición que parecía buena a primera vista, pero no llevaba a ningún sitio.

—Ah, por fin brilla la sabiduría —dijo Bunnish—. He calculado todas las variantes posibles por ordenador. Es una tarea infinita, pero he tenido varias vidas para llevarla a cabo. Cada vez que he vuelto al pasado (no tenéis ni idea de la

cantidad de veces que he regresado para probar una idea tras otra), siempre ha sido al mismo punto, a aquel día en Evanston, durante la partida con Vesselere. He probado todas las maniobras habidas y por haber que parten de esa posición, he probado las ideas más descabelladas. Pero nada. Vesselere siempre me gana. Ninguna variante tiene salida.

—¡Pero Vesselere dijo que estaba perdido! —exclamó Delmario, confundido—. ¡Lo dijo él!

—Lo hice sudar muchísimo en una partida que debería haber sido un paseo para él —aclaró Bunnish, mirándolo con desprecio—. Me la estaba devolviendo. Era un tipo vengativo y sabía que, diciendo eso, la derrota era aún más dolorosa. —Sonrió con suficiencia—. También me he ocupado de él, ¿sabes?

E. C. Stuart se levantó de la silla y se alisó el chaleco.

—Pues si ya hemos terminado, Brucie, ¿serías tan amable de dejarnos salir de Bunnishlandia?

—Tú puedes irte. Y ese borracho también. Pero Peter no. —Los hoyuelos volvieron a marcársele—. Bueno, en cierto modo, Peter casi ha ganado, así que seré generoso. ¿Sabes qué voy a hacer por ti, capitán? Dejaré que uses mi aparato para regresar al pasado.

—No, gracias —repuso Peter.

—¿Cómo que no? —Bunnish estaba perplejo—. Pero ¿es que no entiendes qué estoy ofreciéndote? Tienes la oportunidad de borrar de un plumazo tus fracasos, de volver a intentarlo, de tomar otras decisiones. Puedes ser una persona de éxito en otra línea temporal.

—Ya lo sé. Cosa que dejaría a Kathy con un cadáver por marido en esta línea temporal, ¿no? Y a ti, con la satisfacción de llevarme a una circunstancia que se parece asombrosamente al suicidio. No. Voy a jugar mis cartas en el futuro, no en el pasado. Con Kathy.

Bunnish se quedó boquiabierto.

—¿Y qué te importa ella? Te odia. Estará mucho mejor si te mueres. Se quedará con el dinero del seguro y tú conocerás a alguien mejor, alguien que se preocupe por ti.

—Yo ya me preocupo por él —intervino Kathy, y puso la mano en el hombro de Peter. Él la cubrió con la suya, sonriente.

—¡Entonces tú también eres imbécil! —exclamó Bunnish—. No es nada, nunca será nada. Ya me ocuparé yo de eso.

Peter se levantó.

—No sé por qué, pero no lo creo. No creo que puedas hacer más daño. A ninguno de nosotros. —Miró a los demás—. ¿Qué decís, chicos?

E. C. inclinó la cabeza, meditabundo, y se acarició el borde inferior del bigote.

—¿Sabes? Me parece que tienes razón.

Delmario parecía desconcertado, pero de repente se le iluminó la cara y sonrió

ampliamente.

—No puedes robarme las ideas que todavía no se me han ocurrido, ¿verdad? —le dijo a Bunnish—. En esta línea temporal, no, desde luego. —Soltó un grito de alegría y se subió al tablero de ajedrez. Luego se agachó y apagó el reloj—. Jaque mate. ¡Jaque mate, jaque mate, jaque mate!

Menos de dos semanas después, Kathy llamó suavemente a la puerta del estudio de Peter.

—¡Un momento! —gritó Peter. Escribió una frase, apagó la máquina de escribir y giró en la silla—. Pasa.

Kathy abrió la puerta con una sonrisa.

—He preparado ensalada de atún, por si quieres hacer un descanso para comer. ¿Qué tal el libro?

—Bien. Si no pasa nada y me lo propongo, hoy termino el segundo capítulo. —Vio que llevaba un periódico en la mano—. ¿Y eso?

—He pensado que tenías que ver esto. —Kathy se lo tendió.

Estaba abierto por la página de las necrológicas. Peter lo cogió y leyó. Habían encontrado muerto al millonario genio de la electrónica Bruce Bunnish en su mansión de Colorado, conectado a un extraño aparato que, al parecer, lo había electrocutado. Peter suspiró.

—Vuelve a las andadas, ¿no? —dijo Kathy.

Peter dejó el periódico.

—Pobre desgraciado. No es capaz de entenderlo.

—¿Entender qué?

Peter le cogió la mano y se la apretó.

—Que ninguna variante tiene salida.

Decir aquello lo dejó triste, pero después de comer olvidó el asunto y siguió trabajando.

LA FLOR DE CRISTAL

Hace mucho tiempo, cuando no era más que una chiquilla a punto de entrar en mi verdadera adolescencia, un muchacho me dio una flor de cristal en prenda de su amor.

Era un chico peculiar, extraordinario, aunque confieso que hace mucho que olvidé su nombre. Así era también la flor que me regaló. En los mundos de acero y plástico donde han transcurrido mis vidas, el antiguo oficio de soplar el vidrio se ha perdido y olvidado, pero el anónimo artesano que modeló esa flor lo recordaba bien. Tiene un tallo largo y delicado de cristal fino, elegantemente arqueado, y sobre ese frágil soporte estalla la flor, grande como un puño, tan perfecta que parece imposible, con todos los detalles atrapados y congelados en el cristal para toda la eternidad. Los pétalos, unos grandes y otros pequeños, se agolpan entre sí; surgen del centro en profusión transparente, rodeados por una corona de seis hojas anchas que penden, cada una con su nervadura, cada una única. Da la impresión de que un alquimista, mientras paseaba por un jardín, en un momento de inocente diversión, hubiera transmutado en cristal una flor particularmente grande y bella.

Le falta la vida. Solo eso.

La flor me ha acompañado durante casi doscientos años, mucho tiempo después de que abandonara al muchacho que me la regaló y dejara el mundo donde me la regaló. A lo largo de los variopintos episodios de mis vidas, la flor de cristal siempre ha estado a mi lado. Me gustaba tenerla en un jarrón de madera pulida, junto a la ventana. A veces, cuando le daba el sol, las hojas y los pétalos centelleaban un instante; otras filtraban los rayos, los descomponían y esparcían difusos arcoíris por el suelo. Hacia el crepúsculo, cuando se oscurecía el mundo, la flor desaparecía por completo de la vista; lo mismo habría dado si me hubiera sentado a contemplar un jarrón vacío. Sin embargo, por la mañana resurgía en su lugar habitual. Nunca me falló.

Aunque la flor de cristal era muy frágil, jamás sufrió daño alguno. Yo la cuidaba, seguramente más de lo que nunca haya cuidado algo o a alguien. Sobrevivió a una docena de amantes, a más de una docena de trabajos y a más mundos y amigos de los que puedo enumerar. Estuvo conmigo mientras fui adolescente, en Ceniza, Erikania y Shamdizar; más tarde, en Esperanza del Bribón y Vagabundo; después, cuando envejecí, en Dam Tullían, Lilith y Gulliver. Y cuando por fin abandoné el espacio humano, cuando di la espalda a todas mis vidas y a todos los mundos de los hombres y volví a ser joven, la flor de cristal siguió conmigo.

Y al final del camino, en mi castillo construido sobre pilares, en mi casa de dolor y renacimiento, donde tiene lugar el juego de la mente, en medio de la ciénaga y la

pestilencia de Croan'dhenni, lejos de cualquier traza de humanidad a excepción de aquellas pocas almas que llegan en nuestra búsqueda, mi flor de cristal también estaba presente. El día que llegó Kleronomas.

—Joachim Kleronomas —dije.

—Sí.

Hay cíborgs y cíborgs. Tantos mundos, tantas culturas y tan distintas, tantos sistemas de valores y grados de desarrollo tecnológico... Hay cíborgs semiorgánicos; unos más, otros menos. Los hay con una mano de metal al descubierto y la parte cíborg hábilmente oculta bajo la piel. Unos son de seudocame, que es indistinguible de la carne humana, aunque eso no constituye un gran logro dada la cantidad de tipos de piel que se ven en los mil mundos. Unos esconden el metal y presumen de carne; otros prefieren lo contrario.

El hombre que se hacía llamar Kleronomas no tenía carne que esconder ni de la que presumir. Decía ser un cíborg y como a tal se lo consideraba en las leyendas forjadas en torno a su nombre, pero a mis ojos era más bien un robot tan poco orgánico que ni siquiera pasaba por androide.

Estaba desnudo, si es que puede hablarse de desnudez con referencia a un ser de metal y plástico. Tenía el pecho negro azabache, brillante, quizá de alguna aleación o de plástico fino, no sabría precisarlo. Las piernas y los brazos eran de plástiacero transparente; bajo aquella piel falsa se adivinaban el oscuro metal de los huesos de duraleación, las barras y los flexores que constituían los músculos y tendones, los micromotores y los sensores, la intrincada disposición de luces que parpadeaban a lo largo y a lo ancho de su sistema neuronal superconductor. Tenía los dedos de acero, y unas elegantes garras largas de plata le nacían de los nudillos de la mano derecha cuando la cerraba en un puño.

Me miraba. Sus ojos eran lentes cristalinas insertadas en cuencas metálicas que se movían adelante y atrás en un gel traslúcido. No se le veían las pupilas, y tras el iris, de un carmesí implacable, resplandecía una débil luz que daba a su mirada un inquietante brillo rojo.

—¿Tan fascinante soy? —me preguntó con una voz sorprendentemente natural, profunda y sonora, sin ecos metálicos que oxidaran lo humano de las inflexiones.

—Kleronomas —dije—. Tu nombre es fascinante, en efecto. Así se llamaba también un hombre que hubo hace mucho tiempo; un cíborg, una leyenda. Seguro que ya lo sabes. El del Proyecto Kleronomas, el fundador de la Academia del Conocimiento Humano de Avalón. ¿Era antepasado tuyo? Tal vez el metal corra por las venas de tu familia.

—No —dijo el cíborg—. Soy yo. Yo soy Joachim Kleronomas.

Le sonreí.

—Claro, y yo soy Jesucristo. ¿Te gustaría conocer a mis apóstoles?

—¿Dudas de mis palabras, Sabiduría?

—Kleronomas murió en Avalón hace mil años.

—No. Lo tienes frente a ti.

—Cíborg, esto es Croan'dhenni. No habrías venido aquí si no persiguieras la resurrección, si no buscaras ganar una vida en el juego de la mente. Te lo advierto: en el juego de la mente te despojaremos de tus mentiras. Te lo quitaremos todo: la carne, el metal, las quimeras; al final únicamente quedarás tú, más desnudo y solo de lo que hayas podido imaginar. Así que no me hagas perder el tiempo; es lo más precioso que tengo, lo más precioso que tenemos todos. ¿Quién eres, cíborg?

—Kleronomas. —¿Realmente había sarcasmo en sus palabras? No podía asegurarlo. Su cara no estaba hecha para sonreír—. ¿Tú tienes nombre? —me preguntó.

—Varios —respondí.

—¿Cuál usas normalmente?

—Los jugadores me llaman Sabiduría.

—Eso es un tratamiento, no un nombre.

—Has viajado mucho —dije con una sonrisa—, como el verdadero Kleronomas. Muy bien. Mi nombre de pila es Cyrain. Supongo que, de todos mis nombres, es el que me resulta más familiar. Así me llamé durante los primeros cincuenta años de mi vida, hasta que llegué a Dam Tullían y me preparé para ser sabiduría. Luego adopté mi título como nombre.

—Cyrain —repitió—. ¿Qué más?

—Nada más.

—Entonces, ¿en qué mundo naciste?

—En Ceniza.

—Cyrain de Ceniza. ¿Cuántos años tienes?

—¿En años estándar?

—Claro.

—Unos doscientos —respondí, encogiéndome de hombros—. He perdido la cuenta.

—Pareces una muchacha, una cría a punto de alcanzar la pubertad, no más.

—Soy mucho más vieja que mi cuerpo.

—Como yo. Sabiduría, la maldición de los cíborgs es que existe repuesto para todas las partes de nuestro cuerpo.

—Así pues, ¿eres inmortal? —lo desafié.

—Podría decirse que sí.

—Qué interesante. Y contradictorio. Vienes a mí, a Croan'dhenni y a su Artefacto, al juego de la mente, ¿para qué? Quienes se acercan hasta aquí son los moribundos, con la esperanza de ganar vida. No suelen venir a vemos muchos inmortales.

—Yo busco un trofeo distinto.

—¿Sí?

- La muerte. La vida, la muerte, la vida.
- Son dos cosas diferentes. Son opuestas, antagónicas.
- No —dijo el cibernético—. Son lo mismo.

Hace seiscientos años estándar, una criatura conocida en las leyendas como el Blanco aterrizó entre los croan'díes en la primera nave que habían visto en su vida. Si damos crédito a las descripciones de la tradición popular croan'dhí, el Blanco no era de ninguna especie que yo conozca ni de la que haya oído hablar, y eso que he viajado mucho. Pero tampoco me sorprende. El reino humano y sus mil mundos (tal vez sean el doble, tal vez la mitad; es imposible contabilizarlos), los diseminados imperios de los fyndii, los damoosh, los g'vhem, los ñor t'alush y demás seres inteligentes de quienes tenemos noticia cierta o conocemos rumores, todo el conjunto, todos esos territorios, esas estrellas y esas vidas teñidas de pasión, sangre e historia que se extienden con dignidad a lo largo de los años luz, de los abismos negros que solo conocen los volcryn; todo eso no es más que nuestro pequeño universo, una isla de luz rodeada por un área en penumbra muchísimo mayor, que se difumina a lo lejos en la negrura de la ignorancia. Todo eso se encuentra en una pequeña galaxia cuyos límites nunca llegaríamos a conocer ni aunque perviviéramos mil millones de años. Al final nos vencerá la medida de las cosas, simple y llanamente, por mucho que nos esforcemos y gritemos. Tengo esa certeza.

Pero no me rindo con facilidad. Me siento orgullosa de eso; es lo único de lo que me siento orgullosa. No es mucho para enfrentarse a la oscuridad, pero menos es nada. Cuando llegue el final, lo recibiré con coraje.

En eso, el Blanco era como yo. Era una rana de una charca más lejana que la nuestra, un lugar perdido en las tinieblas, en cuyas aguas oscuras aún no brillan nuestras insignificantes luces. No sé qué clase de criatura era, no sé qué peso tenían en sus genes la historia y la evolución, pero era como yo. Ambos éramos efímeras rabiosas que no cesaban de moverse de estrella en estrella, porque solo nosotros de entre todos nuestros congéneres sabíamos lo corto que era nuestro día. Ambos encontramos un destino similar en esta ciénaga de Croan'dhenni.

El Blanco llegó aquí completamente solo, aterrizó en su pequeña nave (he visto los restos: parecía de juguete, una baratija de un diseño desconocido para mí, escalofriante y deliciosa a la vez), se puso a explorar y encontró una cosa.

Una cosa más vieja que él y aún más extraña.

El Artefacto.

No sabemos qué instrumentos extravagantes empleaba, qué conocimiento secreto de otro mundo poseía o qué instinto lo invitó a entrar, pero ya no importa: todo se ha perdido. El Blanco sabía cosas que los nativos ni siquiera habían llegado a imaginar: para qué servía el Artefacto y cómo se ponía en marcha. Después de... ¿mil, un millón de años?; después de mucho mucho tiempo, tuvo lugar el juego de la mente. Y el Blanco cambió. Cuando salió del Artefacto ya no era el mismo: era el primero. El

primer señor de la mente. El primer amo de la vida y la muerte. El primer señor del dolor. El primer señor de la vida. Los títulos se crean, se ostentan, se desechan y se olvidan; no tienen ninguna importancia.

Sea yo lo que sea, el Blanco fue el primero.

Si el cibernético hubiera querido conocer a mis apóstoles, no lo habrían decepcionado. Los convoqué después de su marcha.

—El nuevo jugador se hace llamar Kleronomas —les dije—. Quiero saber quién es, qué es y qué desea ganar. Averiguadlo.

Sentí su avidez y su miedo. Los apóstoles son instrumentos muy útiles, pero la lealtad no es su fuerte. Me había rodeado de doce Judas Iscariote, todos deseosos de dar el beso del traidor.

—Le haré un escáner completo —propuso el doctor Lyman, estudiándome con sus ojos pálidos y débiles y una sonrisa temblorosa de adulador.

—¿Aceptaré someterse a una interfaz? —preguntó Deish Verde-9, mi propio cibernético. La mano derecha, de carne roja y negra quemada por el sol, la tenía cerrada en un puño, y la izquierda era una bola plateada entreabierta de la que salía una madeja enmarañada de hilos de metal. Bajo la frente abultada, donde debería haber tenido los ojos, llevaba pegada una tira de espejo. Se había cromado los dientes; su sonrisa deslumbraba.

—Lo averiguaremos —dije.

Sebastian Gayle flotaba en su tanque. Era un embrión retorcido de cabeza enorme, monstruosa, que movía las aletas perezosamente. Sus grandes ojos ciegos me observaban a través de fluidos verdosos que burbujeaban alrededor de su cuerpo pálido y desnudo.

—*Es un mentiroso* —le oí susurrar en mi cabeza—. *Yo descubriré la verdad para ti, Sabiduría.*

—Muy bien —le dije.

Tr'k'nn'r, mi mutimental fyndii, me cantó con una voz aguda que rozaba los límites de la percepción humana. Sobresalía por encima de los demás como un dibujo garabateado por un niño torpe, como un muñeco de tres metros de altura con demasiadas articulaciones que se doblaban por sitios insólitos en ángulos insólitos, un machihembrado de viejos huesos que se hubieran vuelto de color ceniciento a causa de un fuego ancestral. Pero, bajo las cejas prominentes, los ojos cristalinos se le llenaron de emoción al cantar, y unos fluidos negros y fragantes manaron de su boca vertical sin labios. La canción era dolor, gritos y emociones encendidas, secretos revelados, verdad hirviente en carne viva, arrancada de sus escondrijos ocultos.

—No —lo rebatí—. Es un cibernético. Si siente dolor es solo porque quiere. Podría apagar sus receptores y dejar de oírte, cantor solitario, y tu canción se convertiría en silencio.

La neuroprostituta Shayalla Loethen sonrió con resignación.

—Entonces, ¿no hay ningún aspecto de él que pueda trabajar, Sabiduría?

—No estoy segura —reconocí—. A juzgar por las apariencias, no tiene genitales, pero, si le quedara algo orgánico, podría ser que sus centros de placer estuvieran intactos. Dice haber sido un hombre; sus instintos podrían seguir vivos. Averígualo.

Shayalla asintió. Tenía la piel suave y blanca como la nieve, a veces también fría, cuando así lo decidía, a veces de ardoroso blanco, cuando así lo deseaba. Las comisuras de sus labios color carmesí, elevadas, denotaban que saboreaba el placer por anticipado. Su ropa ondeaba y mudaba de color y de forma, y las puntas de sus dedos empezaron a desprender chispas que formaban arcos entre las uñas largas y pintadas.

—¿Drogas? —preguntó Braje, biomédica, ingeniera genética y envenenadora, de cuerpo tan húmedo y blando como la ciénaga del exterior. Mascaba pensativamente un tranquilizante de su propia invención—. ¿Diverdad? ¿Agonina? ¿Ésperon?

—Lo dudo —respondí.

—Una enfermedad —ofreció—. Mántrax o gangrena. La peste lenta. ¿Quién tiene el remedio? —Se rio.

—No —atajé.

Y así actuaron uno tras otro. Todos tenían propuestas, todos ofrecían su propia manera de averiguar las cosas que yo quería saber, de mostrarse útiles, de merecer mi gratitud. Así son mis apóstoles. Los escuché, me dejé arrastrar por el murmullo de voces, ponderé, reflexioné, di órdenes y los despaché a todos menos a uno.

Khar Dorian será quien me bese cuando llegue el momento. No hace falta ser sabiduría para conocer esa verdad.

Los demás se irán cuando consigan lo que quieren de mí. Pero Khar ha visto satisfecho su deseo hace mucho tiempo y regresa una vez tras otra a mi mundo y a mi cama. No es el amor lo que le hace volver, ni la belleza del cuerpo joven que me viste, ni nada tan simple como la riqueza que obtiene. Tiene cosas más importantes en mente.

—Ha viajado contigo todo el camino desde Liliih —le dije—. ¿Quién es?

—Un jugador —me respondió con una sonrisa torcida y provocativa.

Quita el aliento de tan hermoso que es. Delgado, fuerte, bien proporcionado, con la arrogancia y la rudeza lascivas del treintañero, rebosante de salud, poder y hormonas. Lleva el pelo rubio largo y despeinado. Tiene la mandíbula marcada y fuerte, la nariz recta y perfecta, los ojos de un azul vibrante y lleno de vida. Pero algo antiguo habita en el fondo de esos ojos: algo viejo, calculador y siniestro.

—Dorian, las cosas, claras —le advertí—. Es más que un simple jugador. ¿Quién es?

Khar Dorian se levantó, se desperezó, bostezó y sonrió.

—Es quien dice ser —me dijo mi esclavo—. Kleronomas.

La moralidad es una prenda tupida y ajustada de la que resulta difícil desprenderse una vez puesta, pero la vastedad que separa las estrellas tiende a

destejerla, a separarla en hebras sueltas de distintos colores y dejarla sin forma reconocible. El moderno vagabundiano es un ramplón sensacional en Cathaday; el ymirés se asa de calor en Vess; el vesniano se hiela en Ymir; las luces cambiantes que llevan los fellaneos a modo de ropa son causa de violaciones, disturbios y asesinatos en media docena de mundos. Lo mismo pasa con la moral. Nada diferencia al bien del corte de una solapa; la decisión de llevar una existencia responsable no tiene más repercusión que la de enseñar los pechos o cubríselos.

Hay mundos en los que soy un monstruo. Hace tiempo que dejó de importarme. Llegué a Croan'dhenni con mi propio sentido estético y poco me afectan las opiniones de los demás.

Khar Dorian se considera un tratante de esclavos y dice que, en realidad, nos dedicamos a comerciar con carne humana. Que se autodefina como más le guste, pero yo no trato con nada; la denominación me ofende. Un tratante condena a aquellos con quienes comercia al cautiverio y a la servidumbre; los priva de libertad, movilidad y tiempo, todos ellos bienes preciosos. Yo no hago eso. Yo no soy más que una ladrona. Khar y sus subordinados me los traen de las ciudades superpobladas de Lilith, de las agrestes montañas y los fríos yermos de Dam Tullían, de las chabolas pútridas que flanquean los canales de Vess, de los bares de los espacio-puertos de Fellanora, Cymeranth y Alcaudón. Allá donde los encuentran, los cogen y me los traen. Luego yo les robo y los dejo libres.

Pero muchos no quieren marcharse.

Se apiñan extramuros de mi castillo, en la ciudad que han construido; cuando paso junto a ellos, me abruma con regalos, me llaman, me piden favores. Derrochan la libertad, la movilidad y el tiempo que les he concedido en cosas fútiles, anhelando recuperar lo único de lo que les he privado.

Yo les robo el cuerpo, pero pierden por sí mismos el alma.

Tal vez me juzgo con demasiada dureza al considerarme una ladrona. Las víctimas que me trae Khar participan a la fuerza en el juego de la mente, pero al fin y al cabo participan. Otros pagan de muy buen grado y arriesgan mucho por disfrutar de ese privilegio. A unos los llamamos jugadores y a otros trofeos, pero cuando llega el dolor y comienza el juego de la mente, todos nos igualamos, todos estamos desnudos, solos, sin riqueza, sin salud, sin posición social; nuestra única arma es la fuerza interior. Ganar o perder, vivir o morir, depende exclusivamente de nosotros. De nadie más.

Yo les concedo una oportunidad. Unos cuantos han ganado. Muy pocos, es cierto, pero ¿cuántos ladrones dan una oportunidad a sus víctimas?

Los Angeles de Acero, cuyos mundos perviven en el otro extremo del espacio humano, enseñan a sus hijos que la fuerza es la única virtud y la debilidad el único pecado, y predicán que la verdad de su fe está escrita con mayúsculas en el propio universo. Cuesta rebatir una afirmación así. Según su credo, tengo derecho moral sobre los cuerpos que tomo porque soy más fuerte que ellos y, por tanto, mejor y más

sagrada que los nacidos en aquella carne.

La niña que nació en mi cuerpo actual no era un ángel de acero, por desgracia.

—Y con el bebé somos tres —dije—, aunque el bebé sea de metal y plástico, y asegure ser una leyenda.

—¿Eh?

Rannar me miró perplejo. Como no ha viajado tanto como yo, una referencia como esa se le escapa: es una frase desenterrada de mi infancia olvidada, que transcurrió en un mundo que nunca ha pisado. Una expresión de asombro resignado se le reflejó en el rostro alargado y agrio.

—Tenemos tres jugadores —le expliqué con delicadeza—. Ya podemos empezar el juego de la mente.

—Ah, sí, claro. —Rannar comprendió—. Me encargo de inmediato, Sabiduría.

Craimur Delhune era el primero. Un ser antiguo, casi tan viejo como yo, pero que había vivido siempre en el mismo cuerpecillo. Eso explicaba que estuviera tan ajado. No tenía pelo y era todo arrugas; una especie de parodia sibilante, medio ciega, con la carne repleta de injertos e implantes de metal que funcionaban día y noche para mantenerlo con vida. No durarían mucho más, pero Craimur Delhune todavía no había tenido bastante y quería seguir viviendo. Por eso había llegado a Croan'dhenni, para pagar por la carne y empezar de nuevo. Llevaba esperando casi medio año estándar.

El de Rieseen Jay era un caso curioso. Tenía menos de cincuenta años y buena salud, pero sus cicatrices eran de distinta naturaleza. Rieseen estaba hastiada. Había probado todos los placeres que ofrece Lilith, que son muchos y sublimes. Había catado todos los manjares, probado todo tipo de drogas, sexeadado con hombres, mujeres, alienígenas y animales; había arriesgado su vida hasta el límite esquiando en glaciares, hostigando dragones de pelea, luchando en las competiciones aéreas que se emitían en todas partes por holo para deleite de los fans. Y se le había ocurrido que un cuerpo nuevo sería la solución ideal para experimentar nuevas sensaciones. Tal vez un cuerpo de hombre, o el de un alienígena de color chillón. No nos llegan muchos como ella.

Joachim Kleronomas era el tercero.

En el juego de la mente hay asientos para siete: tres jugadores, tres trofeos y yo.

Rannar me entregó una carpeta gruesa llena de fotografías e informes de los trofeos recién llegados en las naves de Khar Dorian: la *Fénix Brillante*, la *Segunda Oportunidad*, la *Nuevo Pacto* y la *Antro Camal* (Khar siempre ha sido muy dado al humor negro). El mayordomo se quedó pegado a mí, solícito y atento, mientras yo hojeaba los documentos y escogía.

—Qué preciosidad —dijo al ver la fotografía de una vesniana esbelta de asustados ojos amarillos que delataban su condición de híbrido, resultado de la mezcla de genes—. Este es muy fuerte y sano —comentó cuando yo estudiaba a un

joven musculoso de ojos verdes con una trenza morena hasta la cintura. No le hice caso. Nunca se lo hago.

—Este —dije, separando un informe del resto.

Pertenecía a un chico esbelto como un estilete, con la piel sonrosada llena de tatuajes. Khar lo había comprado a las autoridades de Alcaudón, donde lo habían acusado de asesinar a otro joven de dieciséis años. En muchos mundos, Khar Dorian, el infame mercader, contrabandista, saqueador y traficante de esclavos, era sinónimo del mal; los padres empleaban su mero nombre para amenazar a sus hijos. Pero en Alcaudón era un buen ciudadano que rendía un gran servicio a la ciudad comprando la escoria de las prisiones.

—Esta.

La segunda fotografía que extraje era la de una joven bajita y rechoncha que rondaba la treintena, con unos grandes ojos verdes de mirada vacua; de Cymeranth, según el informe. Khar había dejado a uno de sus saqueadores en un centro de hibernación para enfermos mentales y se había procurado unos cuantos cuerpos jóvenes, sanos y atractivos. Aquel, de carnes suaves y mullidas, cambiaría en cuanto una mente activa lo vistiera. La propietaria anterior se había metido demasiado polvo de sueños.

—Y esto.

El tercer informe era el de un g'vhem recién salido del cascarón: un ser lúgubre con amenazadoras crestas oculares color magenta, y enormes y correosas alas de murciélago que brillaban con aceites iridiscentes. Era para Rieseem Jay, que fantaseaba con la sensación de probar un cuerpo que no fuera humano. Si lograba ganarlo, claro.

—Excelentes elecciones, Sabiduría —aprobó Rannar, que siempre daba por bueno todo lo que yo hacía.

El cuerpo de Rannar a su llegada a Croan'dhenni era grotesco. Lo habían pillado en la cama con la hija de su jefe, un caballero de la sangre v'lador, algo que se castigaba con la mutilación ritual completa. No consiguió un trofeo. Yo tenía dos jugadores, uno de ellos agonizante de mántrax, que llevaban esperando casi un año. Sin embargo, acepté el ofrecimiento de Rannar de servirme fielmente durante diez años a cambio de un cuerpo nuevo.

A veces me arrepentía de esa decisión, como cuando sentía sus ojos en mi cuerpo, cuando sentía cómo con la mente me arrancaba la débil protección de la ropa y se aferraba como una sanguijuela a mis pechos incipientes. La chica con la que lo habían encontrado no era mucho más joven que mi cuerpo.

Mi castillo es de obsidiana.

Al norte, muy lejos de aquí, en los páramos polares y brumosos donde los fuegos eternos arden en un cielo violeta, el negro cristal volcánico cubre la tierra como piedra común. Fueron necesarios miles de mineros croan'dhíes y nueve años estándar

para conseguir piedra suficiente para mis propósitos y llevarla hasta la ciénaga a través del interminable desierto. Hicieron falta cientos de artesanos y otros seis años más para tallar y pulir la piedra y construir el mosaico de oscuros reflejos titilantes que es mi casa. Considero que mereció la pena todo ese esfuerzo.

El castillo se asienta sobre cuatro pilares toscos y gigantescos que lo elevan muy por encima de los olores y la humedad de la ciénaga de Croan'dhenni, que centellea con luces de colores cuyos reflejos fantasmales danzan sobre el cristal negro. Mi castillo reluce. Es bello, austero y prohibido, soberbio y alejado de las chabolas que han crecido en torno a él, donde perdedores, repudiados y desposeídos sin esperanza se apiñan en cabañas flotantes de junco, infectas chozas en árboles y casuchas sostenidas sobre pilotes de madera medio podridos. La obsidiana me proporciona placer estético y su simbolismo me parece idóneo para esta casa de dolor y renacimiento. Así como la obsidiana nace del fuego volcánico, la vida nace del ardor de la pasión sexual. A veces la limpia verdad de la luz atraviesa su negrura; la belleza se atisba apenas en la oscuridad y, como la vida, es tremendamente frágil y de bordes muy afilados.

Dentro del castillo hay infinidad de habitaciones: unas están recubiertas de maderas fragantes de la región, tapizadas de pieles y alfombras mullidas; otras, desnudas y negras, son salas de ceremonias donde los reflejos oscuros reptan por las paredes de vidrio y los pasos resuenan agudos y quebradizos en el suelo, también de vidrio. En el centro, en la alta cúspide, se eleva una torre rematada en forma de bulbo, de obsidiana engarzada en acero. Dentro hay una única habitación.

Hice construir el castillo en el lugar que ocupaba un edificio viejo y destartalado, y en esa habitación de la torre empecé el Artefacto.

Es allí donde tiene lugar el juego de la mente.

También por motivos simbólicos, mis aposentos están en la base de la torre. Nadie renace sin pasar antes por mí.

Estaba en la cama tomando un desayuno a base de aguacate, pescado crudo y café solo, con Khar Dorian tumbado a mi lado, lánguido e insolente, cuando mi apóstol erudita, Alta-k-Nhar, se presentó con su informe.

Se quedó a los pies de la cama. Tenía la espalda curvada como un gran signo de interrogación por culpa de su enfermedad, una permanente mueca de pesadumbre le atravesaba las facciones alargadas y las venas hinchadas como largos gusanos azules le surcaban la piel. Con voz innecesariamente suave me habló de su investigación sobre el Kleronomas histórico.

—Su nombre completo era Joachim Charle Kleronomas y nació en Nueva Alejandría, una colonia de primera generación situada a menos de setenta años luz de la Vieja Tierra. La información sobre su fecha de nacimiento, su infancia y su adolescencia es fragmentaria y contradictoria. Según las leyendas más extendidas, su madre era una oficial de alto rango en una nave de guerra de la 13.ª Flota Humana, a

las órdenes de Esteban Cobalto Estrella del Norte, y al parecer Kleronomas solo la vio dos veces en su vida. Se gestó en una madre huésped de alquiler y después lo crio su padre, un estudioso de una biblioteca de Nueva Alejandría. En mi opinión, la historia de sus orígenes documenta, tal vez con demasiada claridad, cómo Kleronomas sintetiza las tradiciones escolástica y marcial, motivo por el cual dudo de su veracidad.

»Más verosímil es el hecho de que se unió al Ejército a edad muy temprana, durante los últimos días de la guerra de los Mil Años. Empezó sirviendo como técnico de sistemas en un caza aullador de la 17.a Flota Humana, luego destacó en acciones en el espacio profundo, más allá de El Dorado y Arturius, así como en los saqueos de Hrag Druun. Después lo promocionaron a cadete y lo entrenaron para el mando. Para cuando la 17.a se trasladó de su base de Fenris a un planeta menor de la zona llamado Avalón, Kleronomas había continuado su ascenso y era el tercero al mando de la nave mayorista *Aníbal*. Pero en los saqueos de Hruun Catorce, los defensores hranganos ocasionaron graves daños a la *Aníbal* y hubo que abandonarla. El aullador en el que escapó Kleronomas fue neutralizado por el fuego enemigo y se estrelló contra un planeta. Murieron todos los tripulantes excepto él. Otro aullador lo recogió, pero estaba tan mutilado y tan cerca de la muerte que lo criogenizaron de inmediato. Aunque lo llevaron de vuelta a Avalón, los recursos eran muy pocos y la demanda muy alta, de manera que, entre unas cosas y otras, se quedó en aquel estado, sin que lo revivieran, durante años.

»Mientras tanto tuvo lugar el Colapso. En realidad, llevaba teniendo lugar durante toda la vida de Kleronomas, pero las comunicaciones a lo largo y ancho del Imperio federal eran tan lentas que nadie conocía qué estaba sucediendo. Sin embargo, en un solo decenio se produjeron la revuelta de Thor, la desintegración absoluta de la 15.a Flota Humana y el intento de la Vieja Tierra de relevar a Esteban Cobalto Estrella del Norte del mando de la 13.a. Todo esto condujo inevitablemente a la secesión de Nueva ínsula y de la mayoría de las colonias de primera generación, a que Estrella del Norte aniquilara Wellington, a la guerra civil, a la disidencia de algunas colonias, a la pérdida de ciertos mundos, a la cuarta gran expansión, a la leyenda de la flota del infierno y, en última instancia, al aislamiento de la Vieja Tierra y el cese efectivo de los vuelos estelares comerciales, durante una generación entera y muchísimo más tiempo, a otros mundos más remotos, un gran número de los cuales degeneraron a estadios primitivos semisalvajes o desarrollaron extrañas variantes culturales.

»En el frente, Avalón experimentó el Colapso en carne propia cuando Rajeen Tober, al mando de la 17.a Flota, se negó a someterse a las autoridades civiles y se llevó sus naves a las profundidades del Velo del Tentador para fundar su propio imperio, a suficiente distancia para evitar las represalias tanto hranganas como humanas. El abandono de la 17.a Flota dejó a Avalón totalmente indefenso. Las únicas naves de guerra que quedaban en la región eran los viejos armatostes de la 5.a Flota, que habían librado sus últimos combates setecientos años antes, cuando Avalón

era una base de ataque muy lejana en la guerra contra los hranganos. Más o menos una docena de naves de primera clase y treinta y tantas más pequeñas de la 5.a Flota seguían orbitando alrededor de Avalón. La mayoría necesitaban reparaciones costosas y todas estaban obsoletas, pero eran lo más parecido a una defensa con la que contaba aquel mundo atemorizado, de modo que decidieron repararlas y acondicionarlas. Al pensar en la tripulación de aquellas piezas de museo, Avalón dirigió la vista a las salas de criogenización y descongeló a todos los veteranos de guerra de los que disponía, entre los que se encontraba Joachim Kleronomas. Aunque los daños que había sufrido eran graves, Avalón necesitaba todos y cada uno de los cuerpos disponibles. Cuando Kleronomas volvió a la vida tenía más de máquina que de hombre: era un cibernético.

Me incorporé para interrumpir el discurso de Alta.

—¿Hay fotografías tuyas de aquella época?

—Sí. De entonces y también anteriores. Kleronomas era corpulento, negro como el azabache, de mandíbula cuadrada y prominente, ojos grises, pelo largo blanquísimo. La operación lo dejó sin mandíbula; en realidad, sin la mitad inferior de la cara, que sustituyeron por una pieza de acero. Se quedó sin nariz y sin boca; tenía que alimentarse por vía intravenosa. Perdió un ojo, que reemplazaron por un sensor de cristal de espectro ir/uv. En la mitad derecha le pusieron el brazo y el tórax de acero, malla de duraleación y plástico. Un tercio de sus órganos son artificiales. Le colocaron una brigantina que, por supuesto, tenía incorporado un pequeño ordenador en su interior. Ya desde el principio Kleronomas renunció a maquillar su aspecto: era exactamente lo que aparentaba ser.

—Pero tenía más carne que nuestro invitado actual, ¿verdad? —dije, sonriendo.

—Así es —respondió la erudita—. El resto de la historia es más conocido. No había muchos oficiales entre los revividos. A Kleronomas lo pusieron al mando de una nave, una pequeña mensajera. Sirvió durante diez años, fiel a su pasión, los estudios de historia y antropología, y sin dejar de ascender de rango, mientras Avalón esperaba unas naves que nunca llegaron y continuaba construyendo muchas más por su cuenta. No había comercio ni ataques. Había llegado el Interregno.

»Al cabo de un tiempo, un gobierno más valiente se aventuró a enviar un puñado de naves para saber cómo le iba al resto de la humanidad. Equiparon seis acorazados de la antigua 5.a Flota como naves sonda con fines científicos. Pusieron a Kleronomas al mando de una. De las seis naves, dos se perdieron y otras tres regresaron al cabo de dos años con información escasa e intrascendente sobre los sistemas más cercanos, cosa que incitó a los valonenses a reemprender los vuelos estelares siguiendo una ruta local y muy limitada. A Kleronomas lo dieron por desaparecido.

»Pero no lo estaba. Cuando cumplió los modestos y limitados objetivos de la misión original, decidió continuar en lugar de regresar a Avalón. Se obsesionó con la siguiente estrella, después con la de más allá, y así sucesivamente. Condujo su nave

cada vez más lejos. Tuvo que hacer frente a motines y deserciones, fue necesario afrontar y combatir peligros, pero Kleronomas salió airoso de todo. Su condición de cibernético le proporcionaba longevidad. Según las leyendas, su naturaleza metálica aumentó a medida que avanzaba el viaje, y en Eris descubrió el cristal matriz, gracias al cual desarrolló sus capacidades intelectuales en varios órdenes de magnitud mediante la incorporación del primer ordenador de ese material. Este episodio encaja bien con el personaje: no solo estaba obsesionado con la adquisición de conocimiento, sino también con la capacidad de retenerlo. Con el cuerpo así modificado, nunca olvidaría nada.

»Cuando regresó a Avalón, habían pasado más de cien años estándar. De los hombres y mujeres que habían partido de Avalón, él era el único que seguía vivo. Los tripulantes de la nave eran los descendientes de aquellos, además de otros que había reclutado en los mundos visitados. Había estudiado cuatrocientos cuarenta y nueve planetas, y más asteroides, cometas y satélites de los que nadie hubiese podido soñar. Toda aquella información constituyó la base sobre la que se construyó la Academia del Conocimiento Humano, y las muestras de cristal que llevó, incorporadas a los sistemas ya existentes, se convirtieron en el soporte de almacenamiento del saber, que evolucionó hasta transformarse en lo que ahora son las inmensas inteligencias artificiales de la Academia y las famosas torres de cristal de Avalón. La reanudación de los vuelos estelares a gran escala, poco después, puso fin al Interregno. Kleronomas dirigió la Academia hasta su muerte, hecho que supuestamente tuvo lugar en Avalón, en di-42, es decir, cuarenta y dos años después de su regreso.

—¡Excelente! —Me reí—. Entonces es un farsante. Lleva muerto por lo menos setecientos años. —Miré a Khar Dorian, que mordisqueaba un cuscurro de pan de aguamiel, con la melena lisa desparramada sobre la almohada—. Estás perdiendo facultades, Khar. Te ha tomado el pelo.

Khar tragó y me obsequió con una sonrisa torcida.

—Lo que tú digas, Sabiduría. —Desde luego, estaba muy lejos de expresar pesar—. ¿Deseas que lo mate?

—No. Es un jugador. En el juego de la mente no hay impostores. Dejemos que juegue. Dejemos que juegue...

Días después, cuando ya se había determinado cuándo se celebraría el juego, llamé al cibernético. Lo recibí en mi despacho, una sala inmensa con alfombras de intenso color escarlata. Es allí donde tengo mi flor de cristal, junto a la ventana que domina las almenas y la ciudad de la ciénaga, a mis pies.

Su rostro no reflejaba ninguna emoción. Evidentemente.

—Me has llamado, Cyrain de Ceniza.

—Ya se ha fijado la fecha para el juego. Será dentro de cuatro días.

—Me alegro.

—¿Te gustaría ver los trofeos?

Le mostré los informes del chico, de la chica y de la cría alienígena. Les echó un

vistazo rápido e indiferente.

—Me han dicho que estos días has pasado mucho tiempo paseando —continué—, tanto por el castillo como por fuera, por la ciudad y la ciénaga.

—Es cierto. No duermo. El conocimiento es mi distracción y mi adicción. Tenía curiosidad por saber cómo es este lugar.

—¿Y cómo es, cíborg? —le pregunté con una sonrisa. Él, sin embargo, no podía sonreír; tampoco poner mala cara.

—Es inhumano —respondió con voz neutra y educada—. Es un lugar de desesperación y degradación.

—Un lugar de esperanza eterna, que nunca muere —añadí.

—Un lugar de enfermedades tanto del cuerpo como del alma.

—Un lugar donde los enfermos mejoran —objeté.

—Y donde los sanos enferman. Un lugar de muerte.

—Un lugar de vida. ¿No has venido precisamente por eso? ¿No ha sido la vida lo que te ha traído aquí?

—Y la muerte. Ya te dije que eran lo mismo.

—Y yo te dije —le repetí, inclinándome hacia delante— que son cosas muy distintas. Eres demasiado severo en tus juicios, cíborg. De una máquina cabe esperar inflexibilidad, pero no esta refinada sensibilidad moral.

—Solo mi cuerpo es mecánico.

Cogí su informe.

—No es eso lo que tengo entendido. ¿Dónde está tu moralidad a la hora de mentir? Además, ante un embuste tan evidente... —Abrí el informe encima de la mesa—. Mis apóstoles han realizado una serie de interesantes averiguaciones. Te has mostrado muy cooperativo.

—Si deseas participar en el juego de la muerte, no debes contrariar al señor del dolor —dijo.

—No me irrito con tanta facilidad como supones —repose con una sonrisa, y busqué entre los papeles—. El doctor Lyman te hizo un escáner completo. Dice que eres un artificio muy ingenioso, completamente de metal y plástico. No queda nada orgánico en tu interior, cíborg, ¿o debería llamarte robot? Me pregunto si los ordenadores pueden participar en el juego de la mente. No tardaremos en saberlo. Por lo que veo, tienes tres: uno pequeño en lo que debe de ser el cerebro, puesto que controla las funciones motrices, los estímulos sensoriales y la monitorización interna; una unidad mucho más grande donde están los programas, que ocupa la mayor parte del abdomen, y un cristal matriz en el pecho. —Lo miré—. ¿Es tu corazón, cíborg?

—Es mi mente. Pregúntale a tu doctor Lyman; él debe de conocer otros casos como el mío. ¿Qué es la mente humana? Recuerdos. Los recuerdos son datos. El carácter, la personalidad, la voluntad individual son programas. Es posible grabar una mente humana entera en un ordenador de cristal matriz.

—¿Y encerrar el alma en un cristal? ¿Crees en la existencia del alma?

—¿Y tú?

—No me queda más remedio. Soy la señora del juego de la mente. Es lo que se espera de mi. —Volví a dirigir la atención al resto de los informes que me habían preparado mis apóstoles acerca de aquel artificio que se hacía llamar Kleronomas—. Deish Verde-9 se ha conectado contigo y dice que tu sistema es increíblemente sofisticado, que la velocidad de tus circuitos supera con creces la del pensamiento humano, que tu banco de datos contiene mucha más información accesible que la que un cerebro orgánico sería capaz de retener, incluso si fuera capaz de usar todo su potencial, y que la mente y los recuerdos encerrados en ese cristal matriz son los de Joachim Kleronomas. A ese respecto pone la mano en el fuego. —El cibernético no dijo nada. De haber podido, tal vez hubiese sonreído—. Por otra parte, mi erudita Alta-k-Nahr asegura que Kleronomas murió hace setecientos años. ¿A quién debo creer?

—A quien quieras —dijo con total indiferencia.

—Podría retenerte aquí y enviar a alguien a Avalón para que lo confirme. —Hice una mueca—. Treinta años de viaje de ida y treinta más de vuelta. Más un año, por ejemplo, para encontrar la respuesta. ¿Podrías esperar sesenta y un años para jugar, cibernético?

—Todo el tiempo que haga falta.

—Shayalla dice que eres absolutamente asexual.

—Perdí esa capacidad el día en que me remodelaron. El interés por el sexo persistió unos cuantos siglos más, pero también acabó por desaparecer. Si lo deseo, puedo tener acceso a un abanico muy amplio de recuerdos eróticos, los que conservo de los días en que estaba en un cuerpo orgánico. Siguen igual de vivos que el día en que los grabé en mi ordenador. En cuanto se encierran en el cristal, los recuerdos no pueden desvanecerse, al contrario de lo que ocurre en el cerebro humano. Están ahí, esperando a que la persona los evoque. Pero ya hace siglos que no me apetece traerlos a la memoria.

—No puedes olvidar —apunté, intrigada.

—Puedo borrar los recuerdos. Puedo decidir no recordar.

—Si te encuentras entre los ganadores del juego de la mente, recuperarás tu sexualidad.

—Lo sé. Será una experiencia interesante. Puede que entonces decida evocar esos antiguos recuerdos.

—Sí —dije, jovial—. Empezarás a utilizarlos y, justo en ese momento, también a olvidarlos. La pérdida será tan grande como la ganancia, cibernético.

—Ganancia y pérdida. Vida y muerte. Ya te lo he dicho, Cyrain: son inseparables.

—No estoy de acuerdo. —Aquello entraba en conflicto con todo en lo que creía, con todo lo que yo era. La repetición de aquella mentira me molestaba—. Braje dice que ni las drogas ni la enfermedad pueden afectarte. Es obvio. Sin embargo, puedes ser aniquilado. Algunos apóstoles se han ofrecido a destruirte si yo lo ordeno. Por lo visto, mis alienígenas son particularmente sanguinarios.

—No tengo sangre. —¿Era ironía? ¿O no era más que producto de la sugestión?

—Supongo que se contentarán con tus lubricantes —repuse secamente—. Tr'k'nn'r comprobaría tu capacidad de resistencia al dolor. AanTerg Ganalunas, mi acróbata g'vhem, estaría encantado de arrojarte desde una altura impensable.

—Eso sería un crimen inconcebible para los estándares del nido.

—Sí y no —puntalicé—. A un g'vhem nacido en un nido lo escandalizaría la sola insinuación de que el vuelo se envileciera de esa manera. A mi apóstol, en cambio, lo escandalizaría más la insinuación de que se controlara la natalidad. Esas alas grasientas y correosas las bate la mente de un tullido medio loco de Nueva Roma. Esto es Croan'dhenni. Aquí nada es lo que parece.

—Ya veo.

—Joñas también se ha ofrecido a destruirte, de un modo menos espectacular pero igualmente eficaz. Es mi apóstol más grande, deforme por culpa de la disfunción de sus glándulas. Es el santo patrón del armamento automático más avanzado, y mi jefe de seguridad.

—Evidentemente, has rechazado todas esas ofertas —dijo el cíborg.

—Evidentemente. —Me arrellané en la silla—. Sin embargo, me reservo el derecho de cambiar de opinión.

—Soy un jugador. He pagado a Khar Dorian, he sobornado a los guardas del puerto de Croan'dhenni y os he pagado a tu mayordomo y a ti. En el interior, en Lilith, Cymeranth, Alcaudón y otros mundos donde se habla de este palacio negro y de su dueña semimítica, se dice que tratas a tus jugadores de manera justa.

—No es cierto. No siempre soy justa, cíborg. Solo a veces, cuando se me antoja.

—¿Sueles amenazar a tus jugadores como me has amenazado a mí?

—No —reconocí—. Contigo estoy haciendo una excepción.

—¿Por qué?

—Porque eres peligroso. —Sonreí. Por fin habíamos llegado al quid de la cuestión. Me salté toda la paja que me habían proporcionado los apóstoles y saqué el último informe, el más importante—. Hay un apóstol a quien no conoces; sin embargo, él te conoce a ti, y mucho mejor de lo que puedas imaginar. —El cíborg guardó silencio—. Mi querido telépata, Sebastian Cayle. Es ciego y deforme, y lo guardo en un tarro grande. Tiene su utilidad. Tiene el don de atravesar las paredes. Ha acariciado los cristales de tu mente y se ha adentrado en las sinapsis de tu inconsciente. Su informe es un tanto críptico, pero admirablemente preciso. —Se lo alargué por encima de la mesa para que lo leyera.

«Un embrujado laberinto de pensamiento. El fantasma de acero. La verdad en la mentira, la vida en la muerte y la muerte en la vida. Te dejará sin nada, si tiene oportunidad. Mátalo ahora mismo».

—No estás haciendo caso de su consejo —dijo el cíborg.

—En efecto.

—¿Por qué?

—Porque eres un misterio, y he decidido resolverlo cuando juguemos a la mente. Porque supones un reto, y hace mucho tiempo que nadie me reta. Porque te atreves a juzgarme y sueñas con destruirme, y hace mucho tiempo que nadie reunía el valor para hacer ni una cosa ni la otra.

La obsidiana es un espejo oscuro que distorsiona, pero a mí me conviene. Toda la vida damos por hecho que nuestro reflejo estará ahí, que es como creemos que es, hasta que llega el día en que nuestros ojos buscan los rasgos familiares y obtienen en su lugar la imagen de alguien desconocido. Uno no sabe lo que realmente es el horror o la fascinación hasta que contempla en un espejo, por primera vez, los ojos de un desconocido, hasta que levanta una mano ajena para tocar la mejilla de esa otra persona y siente cómo esos dedos livianos, fríos y asustados le rozan la piel.

Yo era una desconocida cuando llegué a Croan'dhenni hace más de un siglo. Antes conocía mi rostro, tal como debe ser, pues me había pertenecido casi noventa años. Era el rostro de una mujer dura y fuerte, con marcadas arrugas alrededor de los ojos grises de tanto mirar soles alienígenas; la boca grande, no privada de generosidad; la nariz rota hacía tiempo, que se había soldado torcida, y el pelo corto castaño siempre alborotado. Me sentía cómoda con ese rostro y le había tomado cariño. Pero lo perdí, no sé dónde, tal vez en los años que pasé en Gulliver; lo perdí, y estaba tan ocupada que no me di cuenta. Cuando llegué a Lilith, la primera desconocida empezó a habitar en mis espejos. Era una vieja arrugada con los ojos grises legañosos, ya sin el brillo de antaño; de pelo blanco y fino, con alguna que otra calva rosada; le temblaban las comisuras de los labios; tenía rotos algunos capilares de la nariz, y le colgaban bajo el mentón varios pliegues parduzcos y blandengues como las barbas de una gallina. Tenía la piel flácida, a diferencia de la mía, que siempre había estado tersa y rebosante de salud. Había algo más que el espejo no podía reflejar: un olor acre que la envolvía como el perfume barato de una cortesana vieja, una feromona que atraía la muerte.

No la conocía, no conocía a esa vieja enferma ni tampoco apreciaba su compañía. Dicen que la vejez y la enfermedad llegan despacio en mundos como Avalón, Nueva ínsula o Prometeo; hay leyendas que aseguran que la muerte ya no visita jamás la Vieja Tierra detrás de sus muros resplandecientes. Pero Avalón, Nueva ínsula y Prometeo estaban muy lejos; la Vieja Tierra, aislada y fuera de nuestro alcance, y yo, sola en Lilith con una extraña en mi espejo. De modo que abandoné el reino humano, escapé de los brazos más remotos de la humanidad y aparecí en la penumbra húmeda de Croan'dhenni, donde se rumoreaba que era posible obtener una nueva vida. Deseaba mirarme en el espejo una vez más y encontrarme con aquella antigua amiga que había perdido.

Sin embargo, solo encontré a otros desconocidos.

El primero, el señor del dolor; el señor de la mente y de la vida, el amo de la vida y la muerte. Oriundo de Croan'dhenni, llevaba gobernándola cuarenta y tantos años. Era un ser bulboso de ojos saltones y piel azul verdosa moteada, como la parodia

grotesca de un sapo. Sus brazos delgados estaban provistos de dos articulaciones y tenía tres fauces largas y verticales, semejantes a heridas negras y húmedas abiertas en la carne apestosa. Al contemplarlo, percibí su debilidad. Era tremendamente gordo, un mar de sebo que apestaba a huevos podridos. A diferencia de él, los guardias y sirvientes croan'dhíes eran musculosos y firmes. Como para derrocar al señor de la mente hay que convertirse en él, cuando nos enfrentamos en el juego, me apropié de su vida y desperté en aquel cuerpo repugnante.

No es tarea fácil para una mente humana estar en un cuerpo alienígena. Pasé un día y una noche perdida en aquella carne espantosa, discerniendo imágenes, sonidos y olores tan absurdos como las visiones de una pesadilla, gritando, intentando desesperadamente mantener el control y la cordura. Sobreviví. Fue el triunfo del espíritu sobre la carne. Cuando estuve preparada, se convocó otro juego de la mente, y aquella vez salí con el cuerpo que había escogido.

Era humana, de treinta y nueve años según su cómputo, sana, de cara vulgar pero de cuerpo robusto, una profesional del juego que había venido a Croan'dhenni a jugar la última partida. Tenía el pelo largo, caoba, y los ojos de un azul verdoso que evocaban los mares de Gulliver. Tenía fuerza, pero no la suficiente. En aquellos tiempos, antes de la llegada de Khar Dorian y su flota de traficantes de esclavos, eran pocos los humanos que alcanzaban Croan'dhenni. No había mucho donde escoger, así que me conformé con ella.

Aquella noche volví a mirarme al espejo. La mía seguía siendo una cara extraña, con el pelo demasiado largo, los ojos de un color distinto, una nariz recta como el filo de una navaja, una boca prudente que había sonreído poco a lo largo de su vida.

Años después, cuando aquel cuerpo empezó a toser sangre por culpa de una dolencia infernal de la ciénaga croan'dhí, construí una sala de espejos de obsidiana para recibir a los desconocidos que llegaran. La sala permanece cerrada, sin que nadie acceda a ella en mucho tiempo, años que pasan demasiado deprisa como para tener conciencia de su paso. Pero siempre acaba por llegar el día en que tengo que entrar de nuevo. Entonces mis sirvientes suben la escalera y limpian los cristales negros hasta conseguir su brillo oscuro y delicado y, cuando termina el juego de la mente, subo sola y me quito la ropa y doy vueltas y vueltas, a solas, en una lenta danza con reflejos ajenos.

Pómulos altos y marcados, ojos oscuros y hundidos bajo las cejas. Una cara acorazonada enmarcada por un nimbo de pelo negro indómito. Pechos generosos y blancos de pezones oscuros.

Músculos fuertes y tensos bajo la piel aceitosa del color de la tierra rojiza. Uñas largas y duras como garras. Barbilla afilada. Una cresta de pelo castaño alta e hirsuta como un cepillo de púas que le cae hasta media espalda. El intenso olor del celo entre sus piernas. ¿Entre las mías? En mil mundos, la humanidad adopta mil formas distintas.

Una cabeza gigantesca y huesuda que mira al mundo desde una altura de tres

metros. Barba y cabellos fundidos en una melena leonina reluciente como pan de oro. La fuerza escrita en cada hueso y en cada tendón. El pecho ancho y liso, con inútiles pezones rojos. Un asombroso pene largo y blando entre mis piernas. Demasiado extraño para mí; el miembro permaneció flácido durante los meses que usé aquel cuerpo, y aquel año abrí dos veces la sala de los espejos.

Un rostro muy parecido al que recuerdo. Pero ¿hasta qué punto es fiel mi memoria? Un siglo se convirtió en polvo, y no conservé ningún retrato de las caras que había llevado. De mi primera juventud, que hace tanto que quedó atrás, ya solo permanece la flor de cristal. Aquella chica tenía el pelo corto y castaño, y los ojos de un gris verdoso, y sonreía. Tal vez tuviera el cuello demasiado largo y los pechos demasiado pequeños, pero era lo más parecido que había podido encontrar. Hasta que envejeció, y llegó el día en que vi a otra desconocida caminando a mi lado dentro de las paredes del castillo.

Y ahora, la niña encantada. Los espejos la muestran como la hija soñada, la que podría haber tenido de haber sido mucho más hermosa de lo que nunca fui. Khar me la había traído. Era un regalo, dijo, un regalo maravilloso en compensación por haber convertido al hombre gris e impotente que era, de voz desagradable y rostro surcado por cicatrices, en un joven apuesto.

Tiene unos once años, doce a lo sumo. Es flacucha y desgarbada, pero se adivina la belleza que encierra en su interior, a punto de romper. Tiene los pechos incipientes y hace menos de un año que tuvo el primer periodo. El cabello, liso y largo, de un tono intermedio entre el oro y la plata, le cae en resplandeciente cascada casi hasta los pies. Tiene unos ojos del violeta más puro e intenso en la cara menuda de rasgos esculturales. Fue engendrada para ser así, sin duda. Gracias a la confección genética, los comerciantes alcaudenses y los ricos de Lilith y Fellanora son gente increíblemente hermosa.

Cuando Khar me la trajo, aún no había cumplido los siete años. Ya no estaba en sus cabales. Era un animalito que sollozaba y gritaba encerrado en una celda oscura de la prisión de su cerebro. Según Khar ya estaba así cuando la compró. Era la hija desposeída de un barón ladrón de Fellanora, derrocado y ejecutado por delitos políticos. A su familia, sus amigos y sus adeptos los asesinaron junto con él o los convirtieron en juguetes sexuales privados de mente para los enemigos vencedores. Eso es lo que dice Khar. Y hay veces en que incluso lo creo.

Es más joven y más guapa que lo que recuerdo haber sido yo jamás, incluso en mi juventud perdida de Ceniza, cuando un chico sin nombre me regaló una flor de cristal. Me gustaría llevar esta preciosa carne tantos años como llevé el cuerpo en el que nací. Si permanezco en ella el tiempo suficiente, es posible que llegue el día en que pueda mirarme en un espejo negro y ver mi propia cara de nuevo.

Uno a uno subieron hasta mí, para renacer a través de Sabiduría; al menos, eso era lo que anhelaban.

Con la ciénaga a mis pies, encerrada en mi torre, severa en mi trono sobrio, me preparé para ellos en la sala de muda. El Artefacto no impresiona. Es una especie de cuenco tosco de cierta aleación blanda alienígena, de color gris oscuro y cálido al tacto, con seis huecos distribuidos regularmente a lo largo del borde. Son asientos estrechos, duros, muy incómodos, diseñados sin duda para complexiones no humanas, pero asientos al fin y al cabo. Desde el fondo del cuenco se eleva una columna esbelta que florece en otro asiento, el antiestético cáliz que entroniza al... Escoged lo que más os guste: señor del dolor, de la mente, de la vida; el que da y el que quita; el que hace y deshace; el que determina; el amo. Todos son yo. Y también lo fueron otros antes que yo. La cadena se remonta hasta el Blanco, o tal vez antes, hasta los creadores, los desconocidos que diseñaron esta máquina en las tinieblas de eones distantes.

El resto del escenario es obra mía. Las paredes y el techo de la sala son curvos y se componen de mil piezas de obsidiana pulida que forman un conjunto elaborado. Unos fragmentos son muy finos, tanto como para dejar pasar la luz gris del sol croan'dhí; otros, muy gruesos, resultan prácticamente opacos. La sala es de un solo color pero de mil sombras, y quienes posean la perspicacia necesaria podrán ver un gran mosaico de vida y muerte, de sueños y pesadillas, de dolor y éxtasis, de exceso y vacío, de todo y de nada, de piezas que se penetran y se funden, que giran y giran hasta el infinito; un círculo, un ciclo, el gusano que se come eternamente la cola. Cada pieza individual, frágil y afilada, forma parte de un conjunto más grande, vasto, negro y centelleante.

Me quité la ropa y se la tendí a Rannar, que dobló cada prenda con pulcritud. El cáliz tiene forma de huevo. Me metí dentro, me senté y crucé las piernas en la posición de loto, el mejor equilibrio posible entre las líneas del Artefacto y la psique humana. Las paredes internas de la máquina empezaron a sangrar; se formaron gotas densas y brillantes de color rojo oscuro en el metal gris del huevo. Se hinchaban, gruesas, pesadas, hasta que resbalaban en regueros por la pared lisa y curva. El líquido se acumulaba en el fondo y la piel desnuda me ardía allí donde me rozaba. Cada vez fluía más deprisa y en más cantidad; el fuego me envolvió hasta que quedé medio sumergida en él.

—Diles que entren —ordené a Rannar.

¿Cuántas veces habré pronunciado esas palabras? He perdido la cuenta.

Primero entraron los trofeos. Khar Dorian traía al chico de los tatuajes.

—Ahí —le dijo Khar un poco bruscamente, indicándole un asiento mientras me sonreía con lascivia.

Y aquel chico duro, aquel asesino, aquel chulo bestia y sanguinario, se escurrió de las manos de su acompañante y ocupó el lugar que se le había asignado.

Braje, la biomédico, traía a la mujer. Guardaban algún parecido; las dos eran pálidas, fofas y obesas. Braje se reía con simpleza mientras ajustaba las esposas a su dócil prisionera.

La cría alienígena se debatía, retorciendo los miembros delgados y fuertes, batiendo las alas con un estruendo tan dramático como inútil, mientras el enorme Joñas, brillante de sudor, y sus hombres, la metían a la fuerza en su hueco y la esposaban. Khar Dorian le sonrió con malicia y el g'vhem emitió un silbido tan agudo que a todos les dolieron los oídos.

A Craimur Delhune tuvieron que traerlo sus asistentes y sus empleados.

—Ahí —les dije, indicándoles su lugar, y lo dejaron con torpeza en un hueco.

Tenia el rostro enjuto y marchito. Me miró con aquellos ojos casi ciegos, similares a bestezuelas salvajes que luego soltó por la habitación. Babeaba con codicia, como si ya se hubiera producido el renacimiento y buscara el pecho de la madre. No podía ver el mosaico; para él la habitación no era más que un lugar oscuro de paredes de cristal negro.

Rieseen Jay entró con aires de superioridad. Mi habitación ya la aburría antes de verla y no le dedicó más que una mirada somera, como si no fuera merecedora de su atención y le diera pereza observarla. En cambio, estudió detenidamente los huecos y a los trofeos, como un carnicero examina las piezas de carne. Al que más tiempo dedicó fue al alienígena. Parecía deleitarse en su lucha, en su evidente miedo, en cómo siseaba y silbaba mirándola con aquellos ojos brillantes y feroces. Acercó la mano para tocarle un ala y retrocedió de un salto, riendo, cuando la criatura la mordió. Después se sentó y se arrellanó con languidez a la espera de que comenzara el juego.

Por último entró Kleronomas.

Vio el mosaico de inmediato, se detuvo y levantó la cabeza. Recorrió la sala muy despacio con sus ojos cristalinos, fijándose aquí y allá en algún detalle. Su parsimonia consiguió alterar a Rieseen Jay, que le ladró que se sentara de una vez. El cibernético se volvió hacia ella, pero en su rostro metálico era imposible leer nada.

—Silencio —dije yo.

Kleronomas se tomó su tiempo para estudiar la cúpula y, cuando terminó, fue a sentarse en el hueco que le correspondía. Aunque era el único que quedaba libre, se acercó hasta él como si el resto de los asientos también estuvieran desocupados y hubiera elegido libremente su lugar.

—Salid de la sala —ordené.

Rannar se inclinó e hizo una señal a Joñas, Braje y el resto para que salieran. Khar Dorian fue el último, y me saludó como si se despidiera de mí. ¿Con qué intención? ¿Desearme buena suerte? Tal vez. Después oí a Rannar cerrar la puerta por fuera.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Rieseen Jay.

La hice callar con la mirada.

—Estáis sentados en el Asedio del Peligro. —Utilicé las palabras que siempre empleaba en esa situación y que nadie había entendido jamás. Pensé que quizá esta vez Kleronomas las comprendiera. Observé aquella máscara que tenía por rostro y,

tras el cristal de sus ojos, detecté un ligero movimiento al que intenté encontrar significado—. El juego de la mente carece de normas, pero yo tengo unas para cuando haya concluido, para cuando volváis a mis dominios.

»A aquellos que estáis aquí en contra de vuestra voluntad: si sois lo bastante fuertes para conservar el cuerpo, será vuestro para siempre. Os lo daré sin pedir nada a cambio. Ningún trofeo participa en el juego más de una vez. Agarraos a la carne en la que nacisteis y, cuando hayamos terminado, Khar Dorian os llevará de vuelta a vuestro mundo y os dejará marchar, dueños de vuestra libertad y con mil estándares en el bolsillo.

»A aquellos jugadores que renazcan en el día de hoy: cuando haya acabado el juego y os levantéis en un cuerpo ajeno, recordad que tanto lo que hayáis ganado como lo que hayáis perdido habrá sido obra vuestra. Ahorradme las quejas y las recriminaciones. Si quedáis descontentos con el resultado del juego, podéis volver a jugar, desde luego, siempre que estéis en condiciones de pagar el precio que pido.

»Una última advertencia para todos. Duele. Esto os dolerá más que nada en el mundo.

Tras pronunciar aquellas palabras, di comienzo al juego de la mente.

Una vez más.

¿Qué puede decirse del dolor?

Las palabras no son más que la sombra del objeto en sí. La realidad del dolor físico, del terrible y agudo dolor físico, no se parece a nada y queda fuera del alcance del lenguaje. El mundo está omnipresente en nuestra vida, día y noche, pero cuando sufrimos dolor, cuando sufrimos auténtico dolor, el mundo se diluye, se desdibuja, se convierte en algo fantasmagórico, en un recuerdo vago, en algo nimio y necio. Ideales, sueños, amores, temores y pensamientos, todo lo que teníamos pierde su valor. Estamos solos con nuestro dolor; es la única fuerza del cosmos, la única sustancia, lo único que importa, y si es lo bastante intenso y prolongado, si la tortura es interminable, entonces desaparece todo lo que nos convierte en humanos, y ese ordenador orgulloso y sofisticado que es nuestro cerebro solo es capaz de formular un único pensamiento: «¡Basta, basta, basta!».

Y si finalmente el dolor cesa, después, con el paso del tiempo, ni siquiera la mente que lo ha experimentado es capaz de comprenderlo, ni de recordar lo terrible que fue, ni de describirlo de forma que se aproxime siquiera remotamente a la horrorosa verdad de las sensaciones sufridas.

En el juego de la mente, el sufrimiento del campo de dolor no es comparable a ningún otro. No se asemeja a nada de lo que he experimentado.

El campo de dolor no daña el cuerpo. No deja marcas, ni cicatrices, ni heridas, ningún indicio del sufrimiento. Solo afecta a la mente, pero con un dolor tan agudo que no es posible expresarlo con palabras. ¿Cuánto dura? Es muy relativo. Dura menos que un microsegundo y perdura para siempre.

Las sabidurías de Dam Tullían dominan cientos de disciplinas tanto del cuerpo como de la mente y enseñan a sus discípulos técnicas para aislarse del dolor, para disociarse de él, apartarlo de sí y trascenderlo. Yo había sido sabiduría durante media vida cuando participé por primera vez en el juego de la mente. Utilicé todo lo que me habían transmitido, todos los trucos y verdades que había aprendido a dominar y en los cuales confiaba. No me sirvieron de nada. Aquel dolor no afectaba al cuerpo ni se propagaba por las fibras nerviosas, sino que invadía la mente con tal violencia que no dejaba ni un resquicio para pensar, discurrir ni meditar. El dolor era yo y yo era el dolor. No había disociación posible, no había ningún remanso en el que pudiera refugiar y aliviar el pensamiento.

El campo de dolor era infinito y eterno, y solo había una manera de salir de aquel sufrimiento incesante e inimaginable. La antigua manera, la auténtica, el mismo bálsamo que ha confortado a millones de hombres y mujeres, así como a las criaturas más ínfimas del campo, desde el principio de los tiempos: la señora oscura del dolor, mi enemiga y mi amada. De nuevo, una vez más, anhelando solamente el fin del sufrimiento, corrí a su negro abrazo.

La muerte me llevó y el dolor cesó.

En una llanura infinita y reverberante, más allá de la vida, los esperé.

Unas sombras vagas empiezan a conformarse en la bruma. Cuatro, cinco, sí. ¿Hemos perdido a alguien? No sería raro. En tres de cada cuatro juegos, un participante encuentra su verdad en la muerte y deja de buscar. ¿Y esta vez? No. Veo salir a la sexta figura de entre los jirones de niebla. Ya estamos todos. De nuevo miro a mi alrededor y cuento tres, cuatro, cinco, seis, siete, y yo. Conmigo, ocho.

¿Ocho?

¿Qué sucede? Algo falla. Estoy desorientada y confundida. A mi lado alguien grita: una niña de rostro angelical, inocente, vestida con ropa de tonos pastel y adornada con pedrería. No sabe cómo ha llegado aquí, no entiende nada; mira perpleja con sus ojos infantiles y demasiado confiados. El dolor la ha despertado de un letargo de polvo de sueños y la ha trasladado a una tierra extraña y llena de miedo.

Levanto una mano pequeña pero fuerte y me miro los dedos gruesos y morenos de uñas anchas mal cortadas. Tengo una dureza en el pulgar. Cierro el puño en un gesto familiar y surge un espejo, fruto del hierro de mi voluntad y el mercurio de mi deseo. Veo un rostro en sus profundidades centelleantes. Es el de una mujer dura y fuerte, con los ojos grises rodeados de profundas arrugas de tanto mirar soles alienígenas, la boca grande no privada de generosidad, la nariz rota que se ha soldado torcida, el pelo castaño alborotado. Una cara agradable. Me reconforta.

El espejo se convierte en humo. La tierra, el cielo, todo cambia, nada es estable. La niña grita llamando a su papá. Algunos de los otros me miran, confusos. Hay un hombre joven, no muy agraciado, con el pelo negro peinado hacia atrás y con mechas, al estilo de la moda de Gulliver de hace un siglo. No da la impresión de tener

un cuerpo fuerte, pero veo en sus ojos un atisbo de dureza que me recuerda a Khar Dorian. Riesen Jay parece aturdida y asustada; está en guardia, pero sigue siendo reconocible. Pueden decirse muchas cosas de ella, pero no cabe duda de que sabe muy bien quién es. Es posible que eso solo baste. El g'vhem está a su lado, imponente, mucho más grande que antes. El cuerpo aceitoso le brilla. Extiende las alas diabólicas y rasga la niebla convirtiéndola en largas cintas grises. En el juego de la mente ya no está esposado. Riesen Jay lo observa largamente y se aparta amedrentada. Lo mismo hace otro jugador, una escuálida sombra gris cubierta de llamativos tatuajes, con la cara pálida y borrosa, sin determinación ni definición. La niña sigue gritando. Les doy la espalda, los dejo a su merced y me enfrento al último jugador.

Es un hombre robusto, negro como el ébano pulido, con un matiz azulado. Se despereza y se le activan los grandes músculos. Está desnudo. Tiene la mandíbula cuadrada y fuerte, muy prominente. Una larga melena le cae por la espalda, una melena blanca y limpia como unas sábanas recién cambiadas, blanca como la nieve virgen de un mundo nunca explorado por el hombre. Lo contemplo, y el grueso y largo pene se le despierta entre las piernas, se le hincha, erecto. Me sonrío.

—Sabiduría —me dice.

De repente, yo también estoy desnuda.

Tuerzo el gesto. Enseguida visto una armadura dorada de muchas capas de duraleación con filigranas de runas arcanas y llevo bajo el brazo un casco antiguo del mismo material coronado por un penacho de vivos colores.

—Joachim Kleronomas —digo.

El pene se le agranda hasta convertirse en una vara desmesurada que se le aprieta contra el vientre plano. Se lo cubro y lo cubro a él también con un uniforme sacado de un libro de historia, negro y plateado, con el globo azul y verde de la Vieja Tierra cosido en la manga derecha y dos galaxias gemelas plateadas que giran en el cuello de la chaqueta.

—No —dice, divertido—. Nunca alcancé ese rango. —Las galaxias desaparecen, y un círculo de seis estrellas de plata ocupa su lugar—. Además, casi toda la vida he servido a Avalón, no a la Tierra. —El uniforme pierde su aire militar y se vuelve más funcional: un sencillo mono gris y verde con cinturón negro de tela y un bolsillo lleno de bolígrafos. El círculo de seis estrellas continúa ahí—. Así mejor.

—No —le digo—. Sigue sin estar bien.

Cuando termino la frase no queda más que el uniforme. Debajo de la tela ya no hay carne; solo una carcasa brillante y hueca de plata falsa con una tostadora por cabeza. El cambio es fugaz, no dura más que un instante. El hombre recupera su forma con el ceño fruncido, disgustado.

—Qué cruel eres —me dice.

Su pene tensa la tela de la entrepierna.

Detrás de él, el octavo hombre, el fantasma que no debería estar aquí, el espectro

que ha aparecido en el lugar equivocado, emite un sonido suave y susurrante, parecido al de las hojas secas arrastradas por el viento frío del otoño.

Este ser, este intruso, es apenas una sombra. Tengo que aguzar mucho la vista para distinguirlo. Mucho más menudo que Kleronomas, parece viejo y débil, pero es tan insustancial que no podría asegurarlo. Tal vez esa visión sea producto del azaroso movimiento de la niebla, un eco blanco desvaído, pero sus ojos brillan, centellean y dicen que está atrapado y asustado. Tiende un brazo hacia mí. La carne de su mano, traslúcida, se tensa sobre los muy viejos huesos grisáceos.

Retrocedo, insegura. En el juego de la mente, el rocé más leve puede convertirse en una terrible realidad.

A mi espalda siguen los gritos espeluznantes de la víctima de un ataque de pánico. Me vuelvo.

El juego ya va en serio. Los participantes quieren atrapar su presa. Craimur Delhune, joven, lleno de vida y muchísimo más musculoso que un rato antes, maneja una espada de fuego con una sola mano y ha sometido al chico tatuado, que está de rodillas, sollozando, encogido, protegiéndose con las manos. La espada ardiente atraviesa sin dificultad la sombra en que se ha convertido su cuerpo y le rebana los vistosos tatuajes, que secciona con precisión de cirujano. Uno a uno revolotean libres en el aire espeso, como resplandecientes imágenes de vida liberadas de la piel gris que las apresaba. Delhune los atrapa en el aire y se los traga. Le sale humo por la boca abierta y la nariz. El chico grita y se encoge cada vez más. Pronto no quedará de él ni la sombra.

La criatura ha levantado el vuelo. Nos sobrevuela en círculos y nos amenaza con graznidos agudos y el estruendo de las alas.

Rieseen Jay parece haber cambiado de opinión. Está junto a la niña llorona, que crece a ojos vistas. Jay está transformándola. Se ha hecho mayor, más gorda; conserva la mirada asustada, pero mucho más vacía. Allá donde mira, aparecen espejos con labios gruesos y húmedos que se mofan de ella. Se le hincha el cuerpo hasta desgarrarle la ropa raída de pobre, de la cual se libera. Por la barbilla le resbalan hilillos de saliva; se los limpia, llorando, pero babea cada vez más y la sangre tiñe de rosa las babas. Es enorme, gordísima, repulsiva.

—Esta eres tú —le dicen los espejos—. No mires hacia otro lado. Mírate bien. No eres una niña pequeña. Mira, mira, mira. ¿No eres hermosa? ¿No eres encantadora? Mírate, mírate.

Con los brazos cruzados, Rieseen Jay sonríe satisfecha.

Kleronomas me mira con una expresión de fría desaprobación. Una venda de color negro me cubre los ojos, y yo parpadeo y la hago desaparecer.

—No estoy ciega —le digo, mirándolo—. Los veo. No es mi lucha.

La mujer gorda es ya tan grande como un camión, y blanca y fofa como una larva. Va desnuda, y con cada parpadeo de Jay se vuelve más monstruosa. Empiezan a brotarle enormes pechos blancos en la cara, las manos y los muslos, cuyos pezones,

pardos y carnosos, se abren como bocas y se ponen a cantar. Un pene grueso y verde le crece por encima de la vagina, se curva y la penetra. Le estallan tumores en la piel y la cubren como un campo de flores oscuras. Por todas partes hay espejos que aparecen y desaparecen, que la reflejan y distorsionan, que la amplían y le muestran implacablemente todo lo que es, que registran cada grotesco capricho que le inflige Jay. Ya apenas es humana. Con la boca del tamaño de una cabeza, sin encías, sangrante, emite un sonido semejante al lamento de un condenado. Su carne empieza a humear y a temblar.

El cíborg apunta con el dedo y los espejos estallan.

La neblina se llena de esquirlas, de puñales de cristal que vuelan por todas partes. Hago desaparecer uno que viene derecho hacia mí. Pero los demás... Los demás se agrupan como flotillas de misiles y atacan. Se le clavan a Riesen Jay en mil sitios; la sangre le mana de los ojos, de los pechos, de la boca abierta. El monstruo vuelve a ser una niña pequeña que llora.

—Un moralista —le digo a Kleronomas.

Sin hacerme caso, se gira hacia Craimur Delhune y el chico. La piel del joven vuelve a cubrirse de tatuajes que cobran vida y en la mano le aparece una espada que se inflama. Delhune retrocede un paso, desconcertado. El chico se palpa, musita un juramento y se levanta con cautela.

—Un altruista —le digo—. Auxilia a los débiles.

Kleronomas se vuelve.

—Nunca he estado a favor de las matanzas.

Me río.

—A no ser que quieras reservártelos para ti, cíborg, más vale que te crezcan alas enseguida, antes de que tu trofeo huya volando.

—Mi trofeo está delante de mí —me dice con frialdad.

—No sé por qué, pero lo sabía —respondo, poniéndome el casco emplumado. Mi armadura reluce con destellos de oro y mi espada es una lanza de luz.

De repente, mi armadura es negra como la pez, y los grabados que la recubren, negro sobre negro, son de arañas y serpientes y calaveras y rostros crispados de dolor. Mi larga espada de plata se vuelve de obsidiana y se retuerce, convertida en una rama llena de púas, anzuelos y crueles espinas. Es muy teatral este maldito cíborg.

—No —le digo—. No vas a disfrazarme del mal. —Y vuelvo a ser de oro y plata, reluciente, con las plumas rojas y azules—. Ponte tú ese traje si tanto te gusta.

Se queda frente a mí, negro, espantoso; bajo la visera levantada del casco se adivina una calavera sonriente. Pero Kleronomas elimina el atuendo de un plumazo.

—No necesito utilería.

Junto a él revolotea su fantasma blanco y gris, que le tira de la ropa. «¿Quién es?», me pregunto una vez más.

—Muy bien —digo—. Entonces, deshagámonos de la simbología. —Me desaparece la armadura y le tiendo la mano, abierta y desnuda—. Tócame. Tócame,

cíborg.

Cuando su mano toca la mía, el metal reptaba por sus largos dedos negros.

En el juego de la mente, incluso más que en la vida, la imagen y la metáfora lo son todo.

Incluso el lugar situado más allá del tiempo, la llanura infinita amortajada de niebla con el cielo helado y la tierra incierta bajo los pies es una ilusión. Es mía, todo lo es; un escenario poco terrenal, surrealista, en el que los jugadores pueden representar sus fantasías de dominación y sumisión, conquista y derrota, muerte y renacimiento, violación del cuerpo y de la mente. Si yo no creara esa atmósfera, si los anteriores señores del dolor no hubieran proporcionado tales visiones a lo largo de los eones, los jugadores no tendrían un cielo sobre la cabeza ni tierra donde apoyar los pies; ni siquiera tendrían pies. La realidad no es capaz de ofrecerles ni siquiera el pobre soporte del paisaje yermo que yo les doy. La realidad es un caos insoportable, está fuera del espacio y del tiempo, y carece de materia y energía. No tiene medida y, por tanto, resulta a la vez infinita y aterradora, y sofocante y claustrofóbica; eterna y terrible, y breve y angustiosa. Los jugadores están atrapados en esa realidad; son siete mentes encerradas en una gestalt telepática, tan juntas que apenas logran soportarlo. Retroceden, se achican. Y lo primero que creamos en un lugar donde somos dioses o demonios, o ambas cosas a la vez, es el cuerpo que hemos dejado atrás. Nos refugiábamos dentro de esas paredes de carne e intentamos poner orden en el caos.

La sangre sabe a sal. Pero no hay sangre: solo es una ilusión. El cáliz contiene un líquido negro y amargo. Pero no hay cáliz: solo es una imagen. Las heridas acaban de abrirse y rezuman padecimiento. Pero no hay heridas, ni cuerpo al que infligírselas: solo metáforas, símbolos, conjuros. Nada es real, pero todo es capaz de herir, de matar, de causar un delirio permanente.

Para sobrevivir, los jugadores deben ser fuertes, estables, disciplinados y despiadados; deben poseer una imaginación despierta, un amplio conocimiento de la simbología y cierto grado de intuición psicológica. Tienen que detectar las debilidades de su oponente y ocultar al máximo sus propios temores. Las reglas son sencillas: créetelo todo y no te creas nada. Aférrate a ti mismo y a tu cordura.

Ni siquiera tiene importancia que te maten, a no ser que creas que estás muerto.

En esta llanura ilusoria donde los cuerpos demasiado mudables dan vueltas y amagan al danzar la trillada pavana que ya he visto tantas veces, arrebatándole al aire espadas, espejos y monstruos para arrojárselos entre sí como malabaristas enloquecidos, lo más aterrador es un simple roce.

El simbolismo es evidente, el significado es claro: carne sobre carne. Sin metáforas, sin protección, sin máscaras: mente sobre mente. Nos tocamos y los muros se derrumban.

Incluso el tiempo es una ilusión en el juego de la mente. Transcurre tan deprisa o tan despacio como queramos.

«Soy Cyrain —me digo—, nacida en Ceniza, mujer de mucho mundo, sabiduría de Dam Tullían, ama del juego de la mente, señora del castillo de obsidiana, gobernadora de Croan'dhenni, señora de la mente, del dolor y de la vida, íntegra, inmortal e invulnerable. Entra en mí».

Tiene los dedos fríos y duros.

No es la primera vez que juego a la mente ni que estrecho la mano de otros que se creían fuertes. He atisbado en su mente, en su alma, en su interior. He seguido las muescas pintadas en las paredes de oscuros túneles que llevan hasta las cicatrices más antiguas. Sus inseguridades se han aferrado a mis botas como arenas movedizas. He aspirado el hedor agrio de sus miedos, de esas bestias hinchadas que moran en una oscuridad palpable y viviente. Me he quemado los dedos en la carne ardiente de los deseos impronunciados. He arrancado la capa de sus secretos silentes. Y me lo he llevado todo de ellos, he sido ellos, he vivido sus vidas, me he bebido la cerveza helada y espumosa de su conocimiento, he hurgado en sus recuerdos. He nacido una docena de veces, he mamado de una docena de tetas, he perdido una docena de virginidades, como hombre y como mujer.

Kleronomas era distinto.

Yo estaba en una gran caverna muy iluminada. Las paredes, el techo y el suelo eran de cristal traslúcido. A mi alrededor, agujas, formas cónicas y cintas ensortijadas se erguían rojas, duras y brillantes, frías al tacto pero vivas, con almachispas moviéndose entre ellas por todas partes. Era una ciudad cristalina de hadas dentro de una cueva. Toqué el afloramiento más cercano y el recuerdo fluyó en mi interior tan nítido y distinto, tan cierto como el día en que quedó grabado en él. Me volví, miré a mi alrededor con ojos nuevos y distinguí un orden rígido donde antes solo había percibido belleza caótica. Era limpio. Me quedé sin respiración. Busqué por todas partes la vulnerabilidad, la puerta de la carne gangrenada, el charco de sangre, el rincón de llorar, el lugar sucio y miserable que debía existir en lo más profundo de su ser, y no encontré nada, nada, nada, solo perfección, solo el cristal limpio y afilado, rojísimo, que irradiaba desde dentro, crecía, cambiaba y era asimismo eterno. Volví a tocar el afloramiento que se erguía frente a mí como una estalagmita y lo envolví con la mano. Había hecho mío el conocimiento. Eché a andar, tocándolo todo, empapándome de todo. Había flores de cristal por doquier, frágiles y preciosas, coronadas con pétalos de un fantástico rojo escarlata. Cogí una y la olí, pero no desprendía aroma. Era todo tan perfecto que asustaba. ¿Dónde estaba su debilidad? ¿Dónde se escondía la tara de aquel diamante, la que me permitiera destrozarlo con un simple y único golpe?

Dentro de él nada se pudría.

No había espacio para la muerte.

Nada estaba vivo.

Me sentí como en casa.

Entonces cobró forma ante mí el fantasma gris, flaco y vacilante. De sus pies descalzos ascendían finas volutas de humo cuando pisaba con delicadeza los cristales relucientes. Noté el olor de la carne quemada. Sonreí. El espectro moraba en el laberinto de cristal, pero cada roce significaba dolor y destrucción.

—Ven —le dije.

Me miró. A través de la neblina de su carne incierta podían verse las luces del otro extremo de la caverna. Cuando se acercó a mí, abrí los brazos, entré en él, lo poseí.

Me senté en un balcón de la torre más alta de mi castillo para tomarme una tacita de café fuerte con un chorrito de coñac. Recorrí con la mirada el lugar que antes ocupaba la ciénaga; a mi alrededor había unas montañas agrestes, frías y limpias, blanquiazules, y del pico más alto se elevaba una columna de copos de nieve atrapados en un viento invariable e incesante. Me azotó una ráfaga que apenas sentí. Estaba sola y en paz; el café estaba rico, y la muerte, lejos.

Subió al balcón y se sentó en la barandilla en una postura informal, insolente y confiada.

—Te conozco —me dijo. Era la última amenaza.

—Te conozco —le dije. No estaba asustada—. ¿Quieres que invoque a tu fantasma?

—No tardará en llegar. Nunca se separa mucho de mí.

—No. —Tomé un sorbo de café y esperamos—. Soy más fuerte que tú —le dije al fin—. Puedo ganar el juego, cíborg. Cometiste un error al desafiarme.

No dijo nada.

Apoyé la taza vacía, la acaricié y sonreí al ver que mi flor de cristal crecía y desplegaba sus pétalos de cristal transparente. Un arcoíris descompuesto surcó la mesa.

El frunció el ceño. La flor tomó color. Se volvió mustia y se inclinó; el arcoíris desapareció.

—La otra no era real —dijo—. Una flor de cristal no está viva.

Sostuve su rosa y señalé el tallo doblado.

—Se muere —dije. En mis manos volvió a convertirse en cristal—. Una flor de cristal dura eternamente.

Volvió a transformar el cristal en tejido vivo. Era testarudo, de eso no cabía duda.

—Incluso cuando muere, está viva.

—Fíjate en sus imperfecciones. —Se las enumeré—. Aquí la ha mordido un insecto. Este pétalo tiene una malformación. Estas manchas oscuras indican que está enferma. Aquí la ha doblado el viento. Y observa lo que puedo hacer. —Cogí el pétalo más bello y más grande entre el pulgar y el índice, lo arranqué y lo lancé al viento—. La belleza no protege. La vida es tremendamente vulnerable. Y al final siempre acaba así. —En mi mano, la flor se oscureció, se marchitó y empezó a

descomponerse. Por un momento se llenó de gusanos, supuró un líquido negro y apestoso, y luego se convirtió en polvo. La estrujé en el puño, lo abrí, soplé para que se perdiera en el viento y saqué otra flor de detrás de su oreja. De cristal.

—El cristal es duro y frío —dijo él.

—El calor es un derivado de la putrefacción, el hijastro de la entropía —rebatí.

Puede que me hubiera respondido, pero ya no estábamos solos. El fantasma accedió al antepecho almenado, trepando con dificultad. Las frágiles manos grisáceas le sangraban y manchaban la piedra pura. Se quedó mirándonos en silencio. Parecía un susurro blanco, casi transparente. Kleronomas evitó sus ojos.

—¿Quién es? —le pregunté, pero no pudo contestar—. ¿Recuerdas al menos su nombre? —Su respuesta fue el silencio, y me reí de ambos—. Cíborg, tú me juzgaste, tachaste de dudosa mi moral y de venenosos mis actos; pero, sea lo que sea yo, no soy nada en comparación contigo. Yo les robo el cuerpo. Tú te has quedado con su mente. ¿No es así? Dime, ¿no es así?

—No era mi intención.

—Joachim Kleronomas murió en Avalón hace setecientos años, tal como me contaron. Aun recubierto de acero y plástico, por dentro seguía siendo de carne perecedera, incluso al final, y ya se sabe qué ocurre con la carne: llega un momento en que las células mueren; queda una línea recta en una máquina que brilla en la oscuridad y una carcasa metálica vacía. Es el fin de una leyenda. ¿Qué hicieron entonces? ¿Extraerle el cerebro y enterrarlo a los pies de un monumento colosal? Sin duda. —El café estaba fuerte y dulce. Allí nunca se enfriaba, porque no lo permitía mi voluntad—. Pero no enterraron la máquina, ¿verdad? Ese organismo tan costoso y sofisticado, esa biblioteca computarizada con semejante riqueza de conocimiento, ese cristal matriz con sus recuerdos congelados..., todo eso era demasiado valioso para desperdiciarlo. Los queridos científicos de Avalón lo mantuvieron en una interfaz con el sistema principal de la Academia, ¿verdad? ¿Cuántos siglos pasaron hasta que uno de ellos decidió vestir ese cuerpo de cíborg y de este modo mantener a raya su propia muerte?

—Menos de uno —respondió el cíborg—. Menos de cincuenta años estándar.

—Debería haberte borrado. Pero ¿por qué? Al fin y al cabo, sería su cerebro el que manejaría la máquina. ¿Por qué renunciar a todo aquel conocimiento maravilloso? ¿Por qué destruir todos aquellos recuerdos cristalizados? ¿Por qué, si podía disfrutarlos? ¿No era mucho mejor guardarse en la recámara una segunda vida, toda enterita para él? ¿No era preferible acceder a una sabiduría que nunca había poseído, recordar lugares que nunca había visitado y a personas a las que no había conocido? —Me encogí de hombros y miré al fantasma—. ¡Pobre idiota! Si hubieras jugado a la mente antes, lo habrías sabido.

¿De qué se compone la mente si no de recuerdos? ¿Quiénes somos, a fin de cuentas? Solo quienes creemos ser, ni más ni menos.

Grabar los recuerdos en diamante o en un pedazo de carne rancia, esas son las

opciones. Poco a poco, la carne debe morir y dejar paso al acero y el metal. Solo los recuerdos diamantinos sobreviven para gobernar el cuerpo. Al final no queda carne, y los ecos de los recuerdos perdidos son rasguños espectrales en el cristal.

—Olvidó quién era —dijo el cibernético—. Mejor dicho, olvidé quién era. Empecé a pensar... Empezó a pensar que él era yo. —Levantó la cabeza y clavó sus ojos en los míos. Eran de cristal rojo, fulgurantes por dentro. Su piel iba adquiriendo lustre y se volvía de plata pulida. Y esa vez era él quien estaba produciendo el cambio—. Tú también tienes tus debilidades —dijo, señalándome.

Los dedos con los que sujetaba el asa de la taza se habían ennegrecido y cubierto de manchas de putrefacción. Percibí el pestilente olor de podrido. La piel y la carne se me cayeron a capas y el hueso sanguinolento perdió el color hasta volverse de un siniestro blanco. La muerte trepó inexorable por mi brazo desnudo. Supongo que pretendía que me invadiera el horror, pero solo consiguió que sintiera asco.

—No. —Mi brazo volvía a estar entero y sano—. No —repetí, y me convertí en metal imperecedero y brillante como la plata, con los ojos de ópalo y flores de cristal engarzadas en los cabellos de platino.

El negro azabache de su pecho me devolvió mi imagen resplandeciente. Era hermosa. Tal vez él también se vio reflejado en mi pátina cromada, pero volvió la cabeza. Parecía muy fuerte, pero en Croan'dhenni, en mi castillo de obsidiana, en esta casa de dolor y renacimiento donde tiene lugar el juego de la mente, las cosas no son siempre lo que parecen.

—Cibernético —le dije—, estás perdido.

—Hay otros jugadores... —empezó.

—No. Él se interpondrá entre tú y la víctima que escojas. Tu fantasma. Tu culpa. No te lo permitiré. No te lo permitirás.

El cibernético no podía mirarme a la cara.

—Sí —dijo con una voz contaminada por el metal y corroída por la desesperanza.

—Vivirás para siempre —le dije.

—No. Existiré para siempre. Es distinto, Sabiduría. Puedo decirte la temperatura exacta de cualquier ambiente, pero no siento calor ni frío; veo los infrarrojos y los ultravioleta, puedo aguzar mis sensores y contar los poros de tu piel, pero estoy ciego ante lo que supongo que es tu belleza. Deseo la vida, la vida real, la que tiene la semilla de la muerte creciendo inexorablemente en su interior y que le da sentido.

—Muy bien —dijo, satisfecha.

Por fin me miró. En aquel rostro reluciente de metal estaban atrapados dos ojos perdidos y humanos.

—¿Muy bien?

—Yo doy mi propio sentido a las cosas, cibernético, y la vida es enemiga de la muerte, no su madre. Enhorabuena. Has ganado, yo también.

Me levanté, alargué el brazo por encima de la mesa, le metí la mano en el pecho negro y frío y le arranqué el corazón de cristal. Lo sostuve en alto; brillaba cada vez

con más intensidad, y los rayos escarlata bailaban sobre las montañas oscuras y heladas de mi mente.

Abrí los ojos.

No, incorrecto. Volví a activar mis sensores y percibí la escena de la sala de muda con una claridad y una lucidez que no había experimentado antes. Mi mosaico de obsidiana, negro sobre negro, era un conjunto de cien sombras claramente diferenciadas entre sí. El diseño era nítido. Estaba sentada en un hueco del borde. En el cáliz del centro, la niña mujer se despertó y parpadeó. Tenía unos enormes ojos violetas. La puerta se abrió y se acercaron a ella el solícito Rannar, el distante Khar Dorian, que intentaba ocultar su curiosidad, y Braje, que le ponía inyecciones sin dejar de reírse con su simpleza habitual.

—No —los llamé. Mi voz era demasiado profunda, demasiado masculina. La ajusté—. No, aquí. —Ya sonaba más parecida a la mía.

La mirada que me lanzaron fue como un latigazo.

En el juego de la mente hay ganadores y perdedores.

Tal vez influyó la participación del cibernético, o tal vez no; quizás el resultado ya estuviera decidido antes de que el juego concluyera.

Craimur Delhune murió y anoche arrojaron su cuerpo a la ciénaga. Los ojos de la gordita adicta al polvo de sueños brillan por fin, y se ha puesto a régimen y hace deporte a todas horas; cuando se marche Khar Dorian, se la llevará de vuelta a las fincas de Delhune, en Gulliver.

Rieseen Jay se queja. Se siente engañada. Me da la sensación de que se quedará a vivir aquí fuera, en la ciudad de los malditos. Sin duda, eso la liberará del hastío. El g'vhem intenta hablar y se ha pintado elaborados símbolos en las alas. Unas horas después del regreso, el chico tatuado se arrojó desde las almenas del castillo y se quedó empalado en las lanzas dentadas de obsidiana del pie del castillo, sin dejar de batir los brazos hasta el último momento. Ser fuerte no equivale a tener alas y ojos fieros.

Ha empezado a reinar un nuevo señor de la mente. Ha mandado construir un nuevo castillo, un edificio de madera viva, con los cimientos enraizados en lo más hondo de la ciénaga y los muros recubiertos de enredaderas y flores y otros seres vivos.

—Se infestará de insectos —le he advertido—, de parásitos y de mosquitos. Le saldrán gusanos en la madera, se pudrirán los cimientos, se le caerán las paredes a trozos. Tendrás que dormir con mosquitera. Tendrás que matar constantemente, día y noche. Tu castillo de madera flotará en un miasma de pequeñas muertes; en pocos años los fantasmas de un millón de insectos invadirán al anochecer los pasillos.

—Sin embargo —objeta ella—, mi casa será cálida y estará viva, mientras que la tuya ha sido fría y hostil.

Todos tenemos nuestra propia simbología, supongo.

Y nuestros propios miedos.

—Elimínalo —me ha advertido—. Borra el cristal. De lo contrario, con el tiempo acabaré consumiéndote y te convertirás en otro fantasma dentro de la máquina.

—¿Que lo elimine, dices? —Me habría reído si el mecanismo me lo permitiera. Puedo ver su interior como quien mira a través del agua clara. Lleva el alma pintada en el rostro frágil y suave. Soy capaz de contar los poros de su piel y de percibir cada atisbo de duda en las pupilas de esos ojos color violeta—. Que me elimine, querrás decir. El cristal es el hogar de ambos, niña. Además, él no me asusta. Olvidas que Kleronomas era de cristal, y el fantasma, de carne orgánica; luego, el deterioro era inevitable. En mi caso es distinto. Soy tan transparente como él e igual de eterna.

—Sabiduría... —dijo.

—No.

—Cyrain, si lo prefieres...

—Tampoco. Llámame Kleronomas.

He sido muchas cosas a lo largo de mis singulares vidas, pero nunca había sido una leyenda. Da cierto caché.

—Yo soy Kleronomas —me dice la niña, con una vocecita dulce y aguda, mirándome perpleja.

—Sí y no. Hoy, tanto tú como yo somos Kleronomas. Hemos vivido las mismas vidas, hemos hecho las mismas cosas, hemos almacenado los mismos recuerdos. Pero, de hoy en adelante, seguiremos caminos distintos. Yo soy de acero y cristal, y tú tienes cuerpo de niña. Tú querías vida; eso dijiste. Abrázala, es tuya, y acepta también todo lo que comporta. Tienes un cuerpo joven y sano, a punto de florecer, y los años por venir serán largos y plenos. Hoy todavía crees ser Kleronomas. Pero ¿y mañana?

»Mañana volverás a saber lo que es el deseo y abrirás tus tiernos muslos a Khar Dorian, y temblarás y gemirás cuando te lleve al orgasmo. Mañana darás a luz, con sangre y dolor, y verás a tus hijos crecer, madurar, dar a luz a sus propios hijos y morir. Mañana, cuando recorras la ciénaga, los desposeídos te lanzarán regalos, te maldecirán, te alabarán, te rezarán. Mañana llegarán nuevos jugadores mendigando cuerpos, renacimiento, una oportunidad. Mañana, las naves de Khar aterrizarán con su carga de trofeos nuevos y tus convicciones morales se pondrán a prueba una y otra vez, y cambiarán sin cesar. Mañana, Khar, Joñas o Sebastian Cayle decidirán que ya han esperado suficiente y sentirás el dulce beso de su traición, y quizá ganes o quizá pierdas. No hay nada seguro, pero te garantizo que pasado mañana, dentro de muchos muchos años, aunque creas que solo han transcurrido unos pocos, la muerte empezará a crecer en tu interior. La semilla ya está sembrada. Quizá se desarrolle la enfermedad en uno de esos pequeños y gráciles pechos que Raimar está deseando lamer; quizá te estrangulen con un alambre mientras duermes; quizá una erupción solar consuma este planeta. Sea lo que sea, llegará, y antes de lo que crees.

—Lo acepto —dijo ella, con una sonrisa, y creo que sabía lo que decía—. Acepto todo lo que me cuentas, absolutamente todo: la vida y la muerte. Me ha faltado durante mucho tiempo, Sabid... Kleronomas.

—Ya has empezado a olvidar cosas —observé—. Día a día irás perdiéndolas. Hoy, tanto tú como yo lo recordamos todo. Recordamos las cavernas de cristal de Eris, la primera nave en la que servimos, las facciones de nuestro padre. Recordamos las palabras de Tomas Chung ante nuestra decisión de no regresar a Avalón y las que pronunció en su lecho de muerte. Recordamos la última mujer a la que hicimos el amor, su forma y su olor, el sabor de sus pechos, los sonidos que emitía cuando le dábamos placer. Lleva muerta ochocientos años, pero sigue viva en nuestro recuerdo. Sin embargo, ya se desvanece en tu memoria, ¿verdad? Hoy eres Kleronomas. También yo, y sin embargo también soy Cyrain de Ceniza, y una pequeña parte de mí aún es nuestro fantasma, el pobre infeliz. Pero cuando llegue mañana, me aferraré a lo que soy, y tú, tú serás el señor de la mente, o tal vez una simple esclava sexual en un burdel perfumado de Cymeranth, o un erudito de Avalón; en cualquier caso, no serás la misma persona que eres ahora.

Ella lo comprendió y lo aceptó.

—Así que jugarás al juego de la mente para siempre —dijo—, y yo no moriré nunca.

—Sí que morirás. Es lo más probable. Kleronomas es inmortal.

—Y también Cyrain de Ceniza.

—Ella también, sí.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

Me acerqué a la ventana. Allí estaba la flor de cristal en su tosco jarrón de madera. Los pétalos refractaban la luz. Miré arriba, a la fuente de donde provenía aquella claridad, al brillante sol de Croan'dhenni que ardía en el claro cielo del mediodía. Podía mirarlo directamente, distinguir las manchas solares y sus protuberancias, semejantes a torres en llamas. Ajusté ligeramente las lentes de cristal de mis ojos y el cielo se cubrió de estrellas, más de las que había visto jamás, más de las que nunca había imaginado.

—¿Hacer? —No aparté la vista de aquellos campos secretos de estrellas únicamente visibles para mí. Me recordaban el mosaico de obsidiana—. Hay mundos en los que no he estado nunca —le dije a mi hermana gemela, padre, hija, enemiga, reflejo, lo que quiera que fuese—. Hay cosas que aún no sé, estrellas que no logro ver ni siquiera ahora. ¿Qué voy a hacer? Todo. Para empezar, todo.

Mientras decía eso, entró por la ventana un insecto gordo y rayado cuyas seis alas, finas como la gasa, vibraban a una velocidad imperceptible para la visión humana. A pesar de eso, si hubiera querido, habría podido contar todos y cada uno de sus movimientos. Se posó un instante en mi flor de cristal; al no encontrar ni aroma ni polen, alzó de nuevo el vuelo. Lo observé alejarse y hacerse cada vez más pequeño. Aunque agucé la vista cuanto pude, el diminuto insecto percedero menguó con la

distancia hasta desaparecer entre la ciénaga y las estrellas.

El caballero errante

Una historia de los Siete Reinos

Las lluvias primaverales habían dejado el terreno tan blando que a Dunk no le costó cavar la tumba. Había elegido un punto en la ladera occidental de una colina baja porque al anciano siempre le había gustado ver la puesta de sol.

«Un día más —solía decir con un suspiro—. Quién sabe qué nos traerá la mañana, ¿eh, Dunk?».

Pues bien, una mañana les había traído lluvias que los calaron hasta los huesos; la siguiente, vientos racheados y húmedos; y la siguiente, una helada. Al llegar la cuarta, el anciano estaba tan débil que no podía montar. Y al poco murió. Solo unos días atrás cantaba la vieja canción sobre ir a Puerto Gaviota a ver a una hermosa doncella, pero en vez de «Puerto Gaviota» decía «Vado Ceniza». «Ahí voy, Vado Ceniza, a por la hermosa doncella, ahí voy, ahí voy», pensaba Dunk con tristeza mientras cavaba.

Cuando consideró que el agujero era lo bastante profundo, cogió en brazos el cadáver del anciano y lo llevó allí. En vida había sido un hombre menudo y delgado: sin la cota de malla, el yelmo y el cinto de la espada pesaba menos que un saco de hojarasca. Dunk era altísimo para su edad, un muchacho torpe, desgredado y larguirucho de dieciséis o diecisiete años (nadie lo sabía a ciencia cierta) que medía más de dos varas, pero aún seco de carnes. El anciano solía alabarlo por su fuerza. Siempre fue generoso con los elogios; era lo único que podía ofrecer.

Lo depositó en la tumba y se quedó contemplándolo largo rato. El olor a lluvia volvía a impregnar el aire; sabía que debía llenar el agujero antes de que empezara a llover, pero no se sentía capaz de echar tierra sobre ese rostro viejo y cansado.

«Debería haber un septón aquí para rezar por él, pero solo me tiene a mí». El anciano le había enseñado todo lo que sabía sobre espadas, escudos y lanzas, pero las palabras nunca habían sido su fuerte.

—Os dejaría aquí vuestra espada, pero seguro que se oxida —balbuceó al final a

modo de disculpa—. Seguro que los dioses os dan una nueva. Ojalá no hubierais muerto. —Se detuvo un momento, sin saber si había que decir algo más. No se sabía ninguna plegaria entera; el anciano tampoco había sido hombre de mucho rezar—. Fuisteis un auténtico caballero y solo me pegasteis cuando lo merecí —consiguí formular—. Menos esa vez en Poza de la Doncella. Yo no me comí la empanada de la viuda, fue el chico de la posada, como os conté. Bueno, ya no importa. Los dioses os tengan en su seno, ser Arlan. —Dio una patada al montón de tierra y empezó a llenar el agujero metódicamente, sin mirar lo que yacía en el fondo.

«Ha tenido una vida larga —pensó Dunk—. No le debía de faltar mucho para los sesenta años. ¿Cuántos hombres pueden decir lo mismo?». Al menos vivió para ver una última primavera.

Dio de comer a los caballos mientras el sol avanzaba hacia el oeste. Eran tres: su rocín de lomo ensillado, el palafrén del anciano y Trueno, su caballo de batalla, al que solo montaba en torneo o en combate. El gran semental zaino ya no tenía la fuerza ni la velocidad de antaño, pero conservaba los ojos brillantes y el espíritu indómito, y era con mucho lo más valioso que poseía Dunk.

«Si vendo a Trueno y a la vieja Tostada, y también las sillas y las riendas, juntaré suficiente plata para...». Dunk frunció el ceño. Solo conocía la vida del caballero errante, que cabalgaba de fortaleza en fortaleza para ponerse al servicio de un señor u otro, luchaba en sus batallas y comía en sus salones hasta que terminaba la guerra y volvía a los caminos. De cuando en cuando también había torneos, aunque con menos frecuencia, y sabía que, en lo peor de los inviernos, algunos caballeros errantes se convertían en salteadores. Pero el anciano no había robado jamás.

«Siempre puedo buscarme a otro caballero errante necesitado de un escudero que le cuide los animales y le limpie la cota de malla —pensó—. O también puedo ir a alguna ciudad, a Lannisport o a Desembarco del Rey, y alistarme en la Guardia de la Ciudad. O quizá...».

Había amontonado las posesiones del anciano bajo un roble. La bolsa del dinero contenía tres venados de plata, diecinueve monedas de cobre y un granate mellado; el caballo y las armas constituían el grueso de sus bienes materiales, como les pasaba a casi todos los caballeros errantes. En ese caso, Dunk era dueño de una cota de malla larga a la que había raspado el óxido mil veces, un yelmo cónico de hierro con protector nasal y una abolladura en la sien izquierda; un cinto de espada de cuero marrón agrietado y una espada larga con vaina de piel y madera. Un puñal, una navaja y una piedra de amolar. Grebas, gorjal, una lanza de once palmos con asta de fresno y punta afilada de hierro, y un escudo de roble con el brocal mellado, que lucía el blasón de ser Arlan del Árbol de la Moneda: un cáliz alado, plata sobre leonado.

Dunk miró el escudo, sopesó el cinto de la espada y volvió a observar el escudo. El cinto estaba cortado a la medida de las caderas flacas del anciano y a él no le servía, igual que la cota de malla. Ató la vaina a una tira de cáñamo, se la anudó a la cintura y desenfundó la espada.

La hoja era recta y pesada, de buen acero forjado en castillo; el puño, de madera, estaba envuelto en cuero blando y culminaba en una piedra negra pulida a modo de pomo. Era una espada sencilla, pero le gustaba sentirla en la mano, y Dunk la había reseguido con la piedra de amolar y el paño aceitado muchas noches antes de acostarse, así que sabía lo afilada que estaba.

«Se acopla tan bien a mi mano como se acoplaba a la suya —pensó para sus adentros—. Y en la dehesa de Vado Ceniza hay un torneo».

Aunque Buenpaso tenía mejor trote que la vieja Tostada, Dunk estaba cansado y dolorido cuando divisó la posada, una casa alta de tablones enlucidos que se alzaba junto a un arroyo. La luz cálida y amarillenta que se derramaba de las ventanas era tan acogedora que no pudo resistirse.

«Tengo tres monedas de plata —se dijo—. Lo suficiente para una buena comida y toda la cerveza que me apetezca».

Mientras descabalgaba, un muchachito desnudo salió del arroyo y empezó a secarse con una capa parda de tela basta.

—¿Eres el mozo de cuadra? —le preguntó Dunk. El chaval, pálido y flacucho, no aparentaba más de ocho o nueve años y llevaba los pies embarrados hasta los tobillos. Lo más raro era su pelo: no tenía—. El palafrén necesita un buen cepillado y hay que darles avena a los tres. ¿Puedes ocuparte de ellos?

—Podría. —El crío lo miró con descaro—. Si me diera la gana.

—No pienso tolerar esta clase de respuestas —replicó Dunk con el ceño fruncido—. Para que te enteres, soy un caballero.

—No tenéis pinta de caballero.

—¿Es que todos los caballeros son iguales?

—No, pero no se parecen nada a vos. El cinto de vuestra espada es una cuerda.

—Mientras me sujete la vaina, ya vale. Y ahora encárgate de los caballos. Si lo haces bien, te daré una moneda de cobre. Si no, una colleja. —No se detuvo a ver cómo lo encajaba el mozo de cuadra; se dio media vuelta y entró en la casa.

A esas horas esperaba encontrarse el salón lleno, pero estaba casi desierto. Un joven señor con capa de damasco fino yacía inconsciente en una mesa y roncaba en medio de un charco de vino. No se veía a nadie más. Dunk miró a su alrededor, titubeante, hasta que una mujer bajita y gruesa de piel lechosa salió de las cocinas.

—Sentaos donde queráis —lo invitó—. ¿Qué va a ser? ¿Cerveza o comida?

—Las dos cosas. —Dunk ocupó una silla junto a la ventana, tan lejos como pudo del durmiente.

—Tenemos un cordero muy bueno, asado con hierbas, y unos patos que ha cazado mi hijo. ¿Qué os pongo?

—Las dos cosas. —Hacía más de medio año que no comía en una posada.

—Con vuestro tamaño, no me extraña. —La mujer rio. Le llevó una jarra de cerveza a la mesa—. ¿Querréis también una habitación para esta noche?

—No. —Dunk habría dado cualquier cosa por un blando colchón de paja y un techo sobre la cabeza, pero no podía gastar tanto. Tendría que conformarse con el suelo—. Un poco de comida y cerveza, y rumbo a Vado Ceniza. ¿Queda muy lejos?

—A una jomada a caballo. Donde el camino se bifurca en el molino quemado, torced hacia el norte. ¿Mi chico está ocupándose de vuestros caballos o ya se ha vuelto a escapar?

—No, está fuera. Veo que no tenéis mucha clientela.

—Medio pueblo ha ido a ver el torneo. Hasta los míos estarían allí si se lo hubiera permitido. Cuando muera, heredarán esta posada, pero el crío lo único que quiere es andar con soldados, y la chiquilla se pone todo suspiros y risitas en cuanto ve pasar a un caballero. ¿Y por qué, quisiera yo saber? Los caballeros son como el resto de los hombres, y nunca he visto ninguna justa que cambie el precio de los huevos. —Miró a Dunk con curiosidad: la espada y el escudo le decían una cosa; el cinto de cuerda y la túnica basta, otra muy diferente—. ¿Vais al torneo?

Dunk tomó un sorbo de cerveza antes de responder. Era tostada y espesa, justo como le gustaba.

—Sí. Voy a ser campeón.

—¿De verdad? —inquirió la posadera con cortesía.

Al otro lado de la estancia, el joven señor levantó la cabeza del charco de vino. Bajo la mata alborotada de pelo castaño claro, tenía una tez cetrina, enfermiza, que la barba rubia de dos días no conseguía ocultar. Se limpió la boca con la mano y miró a Dunk.

—He soñado contigo. —Lo señaló con un dedo tembloroso—. Ni te me acerques, ¿entendido? No te atrevas a acercarte.

Dunk se quedó mirándolo, inseguro.

—¿Cómo decís, mi señor?

—No le hagáis caso. —La posadera se inclinó hacia él—. No hace más que beber y hablar de lo que ha soñado. Voy a por la comida. —Y se alejó a toda prisa.

—¿Comida? —repitió el joven caballero. En su boca, la palabra sonó obscena. Se puso en pie tambaleante, pero tuvo que apoyarse en la mesa—. Voy a vomitar. —Tenía la pechera de la sobrevesta llena de manchas resacas de vino—. Venía a por una puta, pero no queda ninguna. Todas se han ido a Vado Ceniza. Por los dioses, necesito más vino. —Salió de la estancia con paso inseguro; Dunk lo oyó subir por las escaleras canturreando entre dientes.

«Qué ser tan patético. ¿Y por qué diantres cree que me conoce?». Meditó sobre ello mientras se bebía la cerveza.

Era el mejor cordero que había comido nunca, y el pato aún estaba más rico, asado con cerezas y limones, casi sin grasa. La posadera le sirvió también guisantes con mantequilla y pan de avena recién horneado.

«¿Así viven los caballeros? —se preguntó al tiempo que mordisqueaba los últimos restos de carne del hueso—. Buena comida, toda la cerveza que les plazca,

nadie que les dé collejas...». Pidió otra jarra de cerveza con la comida, una tercera para pasarla y una cuarta porque no había nadie para decirle que no; cuando acabó, pagó con un venado de plata y la mujer aún le devolvió un puñado de monedas de cobre.

Cuando salió de la posada ya era noche cerrada. Tenía el estómago lleno y el monedero algo aligerado, pero se sintió de maravilla mientras caminaba hacia los establos. Antes de llegar se escapó un relincho de la caballeriza.

—Tranquilo, muchacho —oyó que respondía una voz infantil. Dunk aceleró el paso con el ceño fruncido.

El mozo de cuadra estaba montado en Trueno y llevaba la armadura del anciano. La cota de malla era más larga que él y tenía que inclinarse el yelmo hacia atrás para que no le tapara los ojos. Parecía muy concentrado. Y muy ridículo. Dunk se detuvo en la puerta del establo y se echó a reír. El chico levantó la vista. Se le subieron los colores y saltó del caballo.

—Mi señor, no quería...

—¡Ladrón! —replicó Dunk en un intento de parecer severo—. Quítate esa armadura y da gracias de que Trueno no te haya reventado la cabeza a coces. Es un caballo de batalla, no un poni para mocosos.

El niño se quitó el yelmo y lo tiró a la paja.

—Puedo montarlo tan bien como vos —aseguró, con todo el atrevimiento del mundo.

—Cierra la boca, insolente. Y quítate esa cota de malla. ¿Se puede saber qué hacías?

—¿Cómo os lo voy a decir con la boca cerrada? —El crío se despojó de la cota de malla y la dejó caer al suelo.

—Te doy permiso para abrir la boca y responder. Y haz el favor de recoger esa cota, sacudirle la porquería y volver a ponerla en su sitio. Y el yelmo. ¿Has dado de comer a los caballos, como te he dicho? ¿Has cepillado a Buenpaso?

—Sí. —El chico sacudió la paja de la cota de malla—. Vais a Vado Ceniza, ¿a que sí? Llevadme con vos, señor.

Justo lo que le había dicho la posadera.

—Seguro que a tu madre no le haría ninguna gracia.

—¿Mi madre? —Frunció el ceño—. Mi madre está muerta, ya no le hace gracia nada.

Se sorprendió. Entonces, ¿la posadera no era su madre? Tal vez el chaval estaba allí como aprendiz. Dunk no era capaz de pensar con claridad. Debía de ser por la cerveza.

—¿Eres huérfano? —preguntó, inseguro.

—¿Y vos?

—Lo fui, lo fui. —«Hasta que el anciano me recogió».

—Si me lleváis con vos, seré vuestro escudero.

—No necesito escudero.

—Todo caballero necesita un escudero —replicó el chico—. Y me parece que vos más que ninguno.

Dunk levantó la mano en gesto amenazador.

—Y tú lo que necesitas es una buena colleja. Tráeme una saca de avena. Me voy a Vado Ceniza. Yo solo.

El chico no le tenía el menor miedo, o lo disimulaba muy bien. Se quedó allí, desafiante, cruzado de brazos, y justo cuando Dunk iba a darse por vencido se giró y fue por la avena.

«Es una pena —pensó con alivio—, pero aquí, en la posada, le dan buena vida, mejor que la que tendría como escudero de un caballero errante. No le haría ningún favor si me lo llevo».

Pero la decepción del muchacho saltaba a la vista. Dunk montó a lomos de Buenpaso y cogió las riendas de Trueno, y pensó que tal vez se animaría con una moneda de cobre.

—Toma, por tu ayuda.

Le lanzó la moneda con una sonrisa, pero el mozo de cuadra no intentó atraparla. Cayó entre sus pies descalzos y allí se quedó.

«La recogerá en cuanto me vaya», se dijo Dunk. Dio la vuelta al palafrén y dejó atrás la posada tirando de los otros dos caballos. Los árboles brillaban a la luz de la luna, y las estrellas salpicaban el cielo sin nubes. Pero, mientras se alejaba por el camino, seguía notando en la espalda la mirada hosca y silenciosa del mozo de cuadra.

Las sombras de la tarde empezaban a alargarse cuando Dunk tiró de las riendas frente a la dehesa de Vado Ceniza. Sobre la hierba se alzaban ya unos sesenta pabellones: unos grandes, otros pequeños; unos redondos, otros cuadrados; de lona, de paño o de seda, pero todos de vivos colores y con estandartes que ondeaban en la cima de cada poste central. Resultaban más vistosos que un prado de flores silvestres, con esos rojos intensos y amarillos luminosos, con todas las tonalidades del verde y el azul, con negros profundos, grises y violetas.

El anciano había cabalgado con algunos de esos caballeros; a otros Dunk solo los conocía por las historias que se contaban en las tabernas y en torno a las hogueras de los campamentos. Aunque nunca había aprendido la magia de leer ni de escribir, el anciano le había enseñado a conciencia la heráldica, y a menudo le repetía la retahíla mientras cabalgaban. Los ruseñores eran de lord Carón de las Marcas, tan diestro con el arpa alta como con la lanza. El venado coronado correspondía a ser Lyonel Baratheon, apodado Tormentalegre. Dunk divisó el cazador de los Tarly, el relámpago púrpura de la casa Dondarrion y la manzana roja de los Fossoway. Allí rugía el león de los Lannister, oro sobre gules, y más allá la tortuga marina color verde oscuro de los Estermont nadaba en un campo de sinople. La tienda marrón que había bajo el

semental rojo tenía que ser la de ser Otho Bracken, al que todos llamaban la Bestia de Bracken desde que matara a lord Quentyn Blackwood, hacía ya tres años, en un torneo en Desembarco del Rey. Dunk tenía entendido que ser Otho le asestó tal golpe con el hacha roma de mango largo que le hundió la visera y la cara. Vio también estandartes de los Blackwood en el extremo oeste de la dehesa, lo más lejos posible de ser Otho. Marbrand, Mallister, Cargyll, Westerling, Swann, Mullendore, Hightower, Florent, Frey, Penrose, Stokeworth, Darry, Parren, Wylde... Por lo visto, no había casa señorial del oeste y del sur que no hubiera enviado a Vado Ceniza un caballero o más para ver a la hermosa doncella y justar por ella.

Podía deleitarse contemplando los pabellones, pero sabía que allí no había sitio para él. Esa noche, su único cobijo sería una raída capa de lana.

Se comería una tajada de carne en salazón, seca y correosa, mientras los grandes caballeros cenaban capones y cochinitos. Sabía demasiado bien que, si acampaba en ese alegre mar de tiendas, lo recibirían con un silencio desdeñoso y burlas indisimuladas. Quizá unos cuantos lo tratarían de manera amable, pero en cierto modo eso era aún peor. El caballero errante tenía que aferrarse a su orgullo; sin él no era más que un mercenario.

«Tengo que ganarme un lugar entre ellos. Si lucho bien, puede que algún señor me tome al servicio de su casa, y entonces cabalgaré en compañía noble, cenaré carne fresca en los salones del castillo y tendré un pabellón propio en los torneos. Pero para eso tengo que luchar bien». Muy a su pesar, dio la espalda a los terrenos del torneo y dirigió a los caballos hacia los árboles.

En las afueras de la extensa pradera, a menos de media legua de la ciudad y el castillo, había un arroyo. Dio con un recodo donde la corriente se transformaba en una poza honda y, en la orilla, los juncos crecían a la sombra de un olmo de denso follaje. La hierba primaveral estaba blanda y tan verde como el estandarte de un caballero. Era un rincón hermoso, y nadie se había apoderado de él.

«Este será mi pabellón —se dijo Dunk—, un pabellón con un techo de hojas más verdes que los estandartes de los Tyrell y los Estermont». Primero se encargó de los caballos; después se desnudó y se bañó en la poza para quitarse el polvo del camino. «Un auténtico caballero es tan limpio como piadoso», le había inculcado el anciano para que cada luna se lavaran de la cabeza a los pies, tanto si olían mal como si no. Al fin, Dunk era caballero y se prometió que seguiría con aquel hábito.

Se sentó desnudo bajo el olmo para secarse y disfrutó de la brisa cálida de la primavera mientras contemplaba el movimiento perezoso de una libélula entre los juncos. «¿Por qué en algunos sitios las llaman mariposas dragón? De dragón no tienen nada». De todas formas, Dunk no había visto un dragón en su vida. El anciano ser Arlan, sí, en cambio: le había contado una cincuentena de veces que, cuando era niño, su abuelo lo había llevado a Desembarco del Rey y habían visto al último dragón el año antes de que muriera. Era una hembra verde de alas secas, pequeña y atrofiada; ni uno solo de sus huevos había eclosionado. «Se decía que el rey Aegon la

había envenenado —explicaba el anciano—. Aegon III, no el padre del rey Daeron, sino al que llamaban Veneno de Dragón y también Aegon el Desafortunado. Esas bestias le daban miedo, porque el dragón de su tío había devorado a su madre delante de él. Desde que murió el último dragón, los veranos han sido más cortos y los inviernos, más largos y más duros».

El sol se hundía entre las copas de los árboles y empezaba a refrescar. Cuando se le empezó a poner la carne de gallina, Dunk sacudió la sobrevesta y los calzones contra el tronco del olmo para quitarles el polvo y volvió a ponérselos. Al día siguiente buscaría al maestro de justas para inscribirse, pero esa noche tenía que ocuparse de otros asuntos si quería participar en el desafío.

No le hacía falta examinar su reflejo en el agua para saber que no tenía demasiada pinta de caballero, de modo que se colgó el escudo de ser Arlan a la espalda para lucir el blasón. Ató los caballos, los dejó pastando bajo el olmo y echó a andar hacia los terrenos del torneo.

Cuando no había festejos, la dehesa era terreno comunal para los habitantes de Vado Ceniza, que estaba al otro lado del río, pero en esos momentos nadie lo habría dicho. De la noche a la mañana había brotado una segunda ciudad, una villa de seda en vez de piedra, más grande y hermosa que su hermana mayor. En el lindero, docenas de comerciantes habían montado tenderetes donde vendían fieltros y frutas, cintos y plumas, pieles y mieles, botas, especias, piedras preciosas, cacharros de barro y de peltre y todo tipo de mercancías. Malabaristas, titiriteros y magos se fundían con la multitud para exhibir sus habilidades, al igual que las prostitutas y los rateros. Dunk, siempre cauteloso, no apartaba la mano de la bolsa de monedas.

Le llegó el olor de unas salchichas que chisporroteaban en un fuego humeante y se le hizo la boca agua. Pagó una moneda de cobre por una y un cuerno de cerveza para acompañarla, y cenó mientras veía a un caballero de madera luchar contra un dragón de madera. La marionetista que manejaba el dragón también era digna de admirar: una belleza con la piel aceitunada y el pelo negro típicos de Dome. Era esbelta como una lanza, de pechos casi imperceptibles, pero a Dunk le gustó su rostro y cómo movía los dedos para hacer danzar al dragón al final de los cordeles. Si le hubiera sobrado alguna moneda, se la habría echado, pero en esos momentos necesitaba hasta el último cobre.

Tal como había esperado, también había tenderetes de armeros. Un tyroshi con barba azul de dos puntas vendía yelmos ornamentados: unas obras espléndidas y fantasiosas en forma de aves o bestias, cinceladas en oro y plata. Más allá dio con un forjador de espadas que pregonaba acero barato y, al lado, con otro de labor mucho más habilidosa; pero no era una espada lo que le hacía falta.

El mercader que necesitaba estaba al final de la hilera. Ante él, en la mesa, exhibía una hermosa cota de malla y un par de guanteletes de escamas superpuestas de acero. Dunk los examinó con atención.

—Buen trabajo —comentó.

—No lo encontrarás mejor.

El herrero era un tipo achaparrado que no pasaba de los ocho palmos, pero con el pecho y los brazos tan fuertes como los de Dunk. Tenía la barba negra, las manos enormes y ni rastro de modestia.

—Necesito una armadura para el torneo —dijo Dunk—. Una buena armadura de malla, con gotjal, grebas y yelmo cerrado. —El yelmo cónico del anciano le cabía, pero quería defenderse el rostro con algo más que el protector nasal.

El herrero lo miró de la cabeza a los pies.

—Eres grande, pero he armado a hombres más grandes que tú. —Salió de detrás de la mesa—. Ponte de rodillas, vamos a medirte los hombros. Y también este cuello tan ancho que tienes. —Dunk se arrodilló y el armero le extendió de hombro a hombro una tira de piel con nudos, soltó un gruñido, le rodeó el cuello con la cinta y gruñó otra vez—. Levanta el brazo. No, el derecho. —Tercer gruñido—. Ya te puedes poner de pie. —El largo de pierna interior, el perímetro de la pantorrilla y el tamaño de la cintura suscitaron más gruñidos—. Tengo en el carro unas cuantas piezas que te pueden servir —dijo cuando terminó—. Nada de adornitos de oro y plata, ¿eh? Buen acero, del duro, y ya está. Yo hago yelmos con forma de yelmo, no de cerdos alados ni frutas exóticas. Los míos te protegen si recibes una lanzada en la cara.

—Es lo único que quiero —respondió—. ¿Cuánto?

—Ochocientos venados; hoy me siento generoso.

—¿Ochocientos? —Era más de lo que esperaba—. Eh... Podría pagarte una parte con piezas de armadura viejas, de talla más pequeña: un yelmo cónico, una cota de malla...

—Pate Acero solo vende lo que fabrica —declaró el comerciante—, pero siempre puedo usar el metal. De acuerdo, si no está muy oxidado te lo dejo por seiscientos.

Dunk podría haber suplicado que se la fiara, pero imaginaba cuál habría sido la respuesta. Había viajado mucho con el anciano y sabía bien que los mercaderes desconfiaban de los caballeros errantes, algunos de los cuales eran poco más que ladrones.

—Te doy dos monedas de plata ahora, y mañana, las piezas de armadura y el resto del dinero.

El armero lo miró fijamente.

—Por dos monedas de plata te la reservo un día, pero luego se la vendo al primero que pase.

Dunk sacó los venados de la bolsa y los depositó en la mano encallecida del armero.

—Hecho. Voy a ser el campeón de este torneo.

—Claro, claro. —Pate mordió una moneda—. Imagino que toda esta gente ha venido para animarte a ti, ¿verdad?

La luna ya brillaba alta en el cielo cuando se encaminó de nuevo hacia el olmo. Detrás, la dehesa de Vado Ceniza resplandecía a la luz de las antorchas. Le llegaban los sonidos de risas y canciones, volando sobre la hierba, pero él estaba de un humor sombrío. Solo se le ocurría una manera de reunir el dinero para la armadura, y si salía derrotado...

—Solo me hace falta una victoria —masculló en voz alta—. No es mucho pedir.

Pero el anciano ni siquiera habría aspirado a una. Ser Arlan no volvió a ajustar después de que el príncipe de Rocadragón lo descabalgara en un torneo en Bastión de Tormentas, hacía ya muchos años.

«No todo el mundo puede presumir de haber roto siete lanzas contra el mejor caballero de los Siete Reinos —había comentado en más de una ocasión—. Es imposible llegar más alto, así que ¿para qué voy a intentarlo?».

Dunk tenía la sospecha de que la retirada de ser Arlan se debía más a la edad que al príncipe de Rocadragón, pero nunca osó insinuárselo. El anciano, al fin y al cabo, tenía orgullo.

«Soy rápido y fuerte, siempre me lo decía; puede que a mí me vaya mejor que a él», afirmó para sus adentros, testarudo.

Estaba abriéndose paso por un campo de maleza, cavilando sobre sus posibilidades, cuando atisbo la luz de una hoguera entre los arbustos. «¿Qué pasa aquí?». Dunk no se paró a pensar: al instante tenía la espada en la mano y corría por la hierba. Se lanzó hacia el claro entre rugidos y palabrotas, pero se detuvo en seco al ver al niño junto al fuego.

—¡Pero si eres tú! —Bajó la espada—. ¿Qué haces aquí?

—Asar pescado —replicó el crío calvo—. ¿Os apetece?

—Quiero decir que cómo has llegado hasta aquí. ¿Has robado un caballo?

—Me he subido al carro de un hombre que traía corderos al castillo para la mesa del señor de Vado Ceniza.

—Pues si no se ha marchado ya, vuélvete con él o busca otro carro. Aquí no vas a quedarte.

—No podéis obligarme a marcharme —soltó el niño con impertinencia—. Estoy harto de la posada.

—Pues no pienso tolerar más insolencias —amenazó Dunk—. Debería cargarte al caballo ahora mismo y llevarte a casa.

—Tendríais que ir hasta Desembarco del Rey, y os perderíais el torneo.

Desembarco del Rey. Por un momento Dunk pensó que el crío estaba burlándose de él; pero no, no tenía manera de saber que él también había nacido allí. «Otro desgraciado del Lecho de Pulgas, seguro. No me extraña que quisiera salir de ese cubil».

Se sintió muy idiota, plantado con la espada en la mano ante un huérfano de ocho años, así que la devolvió a la vaina, pero siguió con el ceño fruncido, para que al

chico le quedara claro que no iba a tolerarle más tonterías.

«Al menos debería darle una buena tunda», pensó, pero el niño tenía una pinta tan lastimosa que se le pasaron las ganas. Echó un vistazo al campamento. El fuego chisporroteaba alegre en medio de un círculo ordenado de piedras. Los caballos estaban cepillados y la ropa colgaba de las ramas del olmo, secándose sobre las llamas.

—¿Y eso de ahí?

—He lavado la ropa —respondió el niño—. También he cuidado de los caballos, he encendido la hoguera y he pescado. Os habría plantado el pabellón, pero no lo he encontrado.

—Este es mi pabellón. —Dunk describió un arco con la mano para señalar las ramas del olmo que se alzaba sobre ellos.

—Esto es un árbol. —El crío no se dejaba impresionar fácilmente.

—Un caballero de verdad no necesita más pabellón. Prefiero dormir bajo las estrellas que en una tienda llena de humo.

—¿Y si llueve?

—El árbol me dará refugio.

—Debajo del árbol os vais a calar.

—Es verdad. —Dunk no pudo contener la risa—. De acuerdo, si quieres que te diga la verdad, no tengo dinero para un pabellón. Y como no le des la vuelta a ese pescado, se te va a quemar por abajo y quedará crudo por arriba. Así no llegarás nunca a pinche de cocina.

—Llegaría si me diera la gana —replicó el crío, pero le dio la vuelta al pescado.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —quiso saber Dunk.

—Me lo afeitaron los maestros. —Se cubrió con la capucha marrón oscuro de la capa, como si le hubiera entrado vergüenza de repente.

Dunk tenía entendido que a veces los maestros rapaban el pelo para acabar con piojos o larvas, o para tratar algunas enfermedades.

—¿Estás malo?

—No. ¿Cómo os llamáis?

—Dunk.

El condenado mocososo se revolcó de risa como si fuera lo más gracioso que había oído en la vida.

—¿Dunk? ¿Ser Dunk? Ese no es nombre de caballero. ¿Es un diminutivo de Duncan?

¿Sería un diminutivo de Duncan? Desde que le alcanzaba la memoria, el anciano lo había llamado Dunk, y no conservaba demasiados recuerdos de su vida anterior.

—Duncan, sí. Ser Duncan de... —Dunk no tenía ningún otro nombre, ni tampoco casa; ser Arlan lo había recogido cuando vivía entre los burdeles y los callejones del Lecho de Pulgas. Nunca supo quiénes eran sus padres. ¿Qué iba a decir? «Ser Duncan del Lecho de Pulgas» no sonaba muy caballeresco. Podía elegir «el Árbol de

la Moneda», pero ¿y si le preguntaban dónde quedaba? No había estado jamás en el Árbol de la Moneda, y el anciano no le había contado gran cosa del lugar. Frunció el ceño y al final soltó de golpe—: Ser Duncan el Alto.

Era alto, eso nadie se lo iba a discutir, y el nombre tenía gancho. Sin embargo, la sabandija no era del mismo parecer.

—En mi vida he oído hablar de ningún ser Duncan el Alto.

—Ah, ya, así que conoces a todos los caballeros de los Siete Reinos.

—A los buenos, sí —replicó el crío, desafiante.

—Yo soy tan bueno como el que más, y todo el mundo lo sabrá después del torneo. ¿Y tú cómo te llamas, ladronzuelo?

El niño titubeó un instante antes de responder.

—Egg.

Dunk no se rio.

«Es verdad que tiene la cabeza como un huevo. Los niños a veces son muy crueles, y los adultos, también».

—Muy bien, Egg. Pues que sepas que debería darte una buena paliza y mandarte de vuelta a casa, pero lo cierto es que no tengo pabellón ni tampoco escudero. Si me prometes que harás todo lo que te diga, te dejo que me sirvas durante el torneo, y luego ya veremos. Si decido que vale la pena tenerte a mi servicio, tendrás ropa y comida. Puede que la ropa sea de esparto y la comida, carne o pescado en salazón, o venado muy de vez en cuando, siempre que no haya hombres de los bosques a la vista; pero no pasarás hambre. Y te prometo que no te pegaré a menos que te lo merezcas.

—Sí, lord Duncan. —Egg sonrió.

—Llámame ser Duncan —lo corrigió Dunk—. Solo soy un caballero errante.

¿Lo estaría viendo el anciano? «Le enseñaré las artes de la batalla igual que vos me enseñasteis a mí. Parece buen muchacho; tal vez algún día llegue a caballero».

El pescado estaba un poco crudo por dentro y el chico no le había quitado todas las espinas, pero estaba muchísimo más rico que la carne dura en salazón.

Egg se durmió enseguida junto a los rescoldos del fuego; Dunk se tumbó con las enormes manos tras la cabeza, contemplando el cielo nocturno. Desde el lejano recinto del torneo le llegaba la música. Había estrellas a millares, y vio una caer, una estela color verde que surcó la negrura antes de desaparecer.

«Las estrellas fugaces dan buena suerte —pensó Dunk—. Todos los demás están en sus pabellones mirando un techo de seda, no de estrellas, así que la suerte será solo para mí».

Por la mañana se despertó con el cacarear de un gallo. Egg seguía allí, acurrucado bajo la segunda mejor capa del anciano.

«No se ha escapado por la noche, algo es algo».

Le dio una patadita.

—Levanta, tenemos trabajo. —El chico se incorporó de inmediato y se frotó los ojos—. Ayúdame a ensillar a Buenpaso.

—Y de desayunar, ¿qué?

—Carne en salazón. Cuando terminemos.

—Antes me como el caballo..., señor —protestó Egg.

—Lo que vas a comerte es un puño de los míos como no hagas lo que te digo.

»Trae los cepillos, están en la alforja de la silla. Sí, en esa.

Juntos entregaron al palafrén acanelado, lo ensillaron con la mejor montura de ser Arlan y lo cincharon bien. Dunk observó que, cuando ponía empeño, Egg era buen trabajador.

—Estaré fuera casi todo el día —lo informó al tiempo que montaba—. Tú quédate aquí y pon orden en el campamento. Y que no venga ningún otro ladrón.

—¿Me dais una espada para que los espante? —pidió Egg.

Dunk se fijó en que tenía los ojos de un azul muy oscuro, casi violeta, y parecían enormes en esa cabeza pelada.

—No, con un cuchillo basta y sobra. Y más te vale seguir aquí cuando vuelva, ¿entendido? Como se te ocurra robarme y huir, te daré caza, te lo juro. Con perros.

—No tenéis perros —señaló Egg.

—Ya me los buscaré, especiales para ti.

Dunk orientó a Buenpaso hacia la dehesa y partió al trote con la esperanza de que bastara la amenaza para que el chico fuera honrado. Todo lo que poseía en el mundo, aparte de la ropa que llevaba puesta, el caballo que montaba y la armadura que transportaba en las alforjas, estaba en ese campamento.

«Soy idiota, no debería confiar tanto en ese niño, pero es lo mismo que el anciano hizo por mí —reflexionó—. La Madre me lo ha enviado para que pague mi deuda».

Al cruzar el prado, le llegó un repiqueteo de martillazos junto a la ribera, donde los carpinteros clavaban las barreras de las justas y levantaban gradas para los espectadores. También estaban erigiendo nuevos pabellones. Los caballeros que ya habían llegado dormían la borrachera de la noche anterior o empezaban a desayunar. El olor a humo y a beicon flotaba en el aire.

Al norte de la dehesa corría el río Sulcos, afluente del caudaloso Mander, y más allá de las aguas bajas se extendían la ciudad y el castillo. Dunk había visto muchas ciudades de mercado en los viajes con el anciano, y esa le pareció de las bonitas: las casas encaladas con techo de paja le daban un aspecto acogedor. De pequeño, a menudo se había preguntado cómo sería vivir en un hogar así: dormir cada noche a cubierto y despertar todos los días entre las mismas paredes.

«Puede que pronto lo averigüe. Y Egg también lo sabrá. Bien podría ser, sí. Cosas más extrañas suceden a diario».

El castillo de Vado Ceniza era una edificación triangular de piedra con torres redondas en los vértices, de once varas de altura, unidas por gruesas murallas almenadas. En los merlones ondeaban banderolas color anaranjado con el sol y el

cabrio blancos de su señor. Ante las puertas, soldados con librea naranja y blanca montaban guardia con alabardas mientras la gente iba y venía, y parecían más interesados en bromear con una lechera bonita que en impedirle la entrada a nadie. Dunk refrenó a la yegua frente al barbudo de baja estatura al que tomó por el capitán y preguntó por el maestro de justas.

—Tienes que hablar con Plummer, el mayordomo. Espera, te acompaño.

Una vez en el patio, un mozo de cuadra se llevó a Buenpaso. Dunk se colgó del hombro el abollado escudo de ser Arlan y siguió al capitán de la guardia por detrás de los establos hasta una torreta incrustada en un ángulo de la muralla. Los peldaños de piedra que llevaban al adarve eran empinados.

—¿Vienes a inscribir a tu señor en las justas? —le preguntó el capitán mientras subían.

—Vengo a inscribirme yo.

—¿De verdad? —¿Había esbozado una sonrisa burlona? Dunk no lo sabía con certeza—. Es esa puerta. Te dejo, tengo que volver a mi puesto.

Dunk abrió la puerta y se encontró al mayordomo ante una mesa, un simple tablón con caballetes; estaba escribiendo en un pergamino con el cálamo. Tenía el pelo blanco y ralo, y el rostro enjuto, afilado.

—¿Sí? —Levantó la vista—. ¿Qué quieres?

Dunk cerró la puerta.

—¿Eres Plummer, el mayordomo? Vengo a alistarme en las justas.

—El torneo de mi señor es para caballeros. —Plummer apretó los labios—. ¿Tú eres caballero?

Asintió, sin saber si se le estarían poniendo coloradas las orejas.

—¿Caballero con nombre y todo?

—Dunk. —¿Por qué demonios había dicho eso?—. Ser Duncan. El Alto.

—¿Y se puede saber de dónde eres, ser Duncan el Alto?

—De todas partes. He servido como escudero a ser Arlan del Árbol de la Moneda desde que tenía cinco o seis años. Aquí traigo su escudo. —Se lo mostró al mayordomo—. Venía con él al torneo, pero le dio un helor y murió, así que voy a ajustar yo por él. Me armó caballero con su propia espada antes de morir.

Dunk desenvainó la espada larga y la dejó en la mesa de madera estropeada, entre los dos. El maestro de justas dedicó apenas una mirada a la hoja.

—Es una espada, no cabe duda. Pero nunca he oído hablar del tal Arlan del Árbol de la Moneda. Así que eras su escudero...

—Siempre me dijo que quería que yo fuera caballero, como él. Cuando estaba agonizando, me mandó llevarle la espada y me pidió que me arrodillara. Me tocó una vez en el hombro derecho y otra en el izquierdo, dijo unas palabras, y cuando me levanté ya era caballero.

—Ya, claro. —El tal Plummer se frotó la nariz—. Cualquier caballero puede armar caballeros, sí, aunque la costumbre es velar una noche y que un septón te unja

antes de pronunciar los votos. ¿Hubo algún testigo?

—Un petirrojo en un espino. Lo oí piar mientras el anciano decía las palabras. Me encomendó que fuera un buen caballero, obedeciera a los siete dioses, defendiera a los débiles y a los inocentes, sirviera con lealtad a mi señor y defendiera el reino con todas mis fuerzas, y juré que así sería.

—No me cabe duda. —A su pesar, Dunk advirtió que Plummer se negaba a llamarlo ser Duncan—. Tendré que consultarlo con lord Ashford. ¿Alguno de los caballeros que han venido al torneo te conoce, a ti o a tu difunto maestro?

—Hay un pabellón con el blasón de la casa Dondarrion, el negro con el relámpago púrpura, ¿verdad?

—Sí, el de ser Manfred.

—Ser Arlan sirvió a su señor padre en Dome hace tres años. Puede que ser Manfred se acuerde de mí.

—Pues te aconsejo que hables con él. Si te avala, que venga contigo mañana a esta misma hora.

—Así será, mi señor. —Se dirigió a la puerta.

—Ser Duncan —lo detuvo el mayordomo. Dunk se dio la vuelta—. Supongo que serás consciente de que los derrotados en el torneo entregan armas, armadura y caballo a los vencedores, y tienen que pagar rescate para recuperarlo todo.

—Lo sé.

—¿Tienes dinero para pagar ese rescate?

En esa ocasión no tuvo ninguna duda de que se le pusieron rojas las orejas.

—No me hará falta —replicó, rezando para no equivocarse. «Solo necesito una victoria. Si gano la primera justa, tendré la armadura y el caballo del perdedor, o su oro, y estaré en condiciones de afrontar una derrota».

Bajó los escalones despacio, pensando a regañadientes en lo que tenía que hacer a continuación. Una vez en el patio, paró a un mozo de cuadra que pasaba corriendo.

—Tengo que hablar con el caballero mayor de lord Ashford.

—Voy a buscarlo.

Dentro de los establos se estaba fresco y había poca luz. Un indómito semental tordo le lanzó un bocado al pasar junto a él, pero Buenpaso se limitó a soltar un débil relincho y, cuando Dunk le tocó el hocico, se frotó contra él.

—Tú sí que eres buena, ¿a que sí? —murmuró.

El anciano le había dicho muchas veces que un caballero no debía encariñarse con un caballo, porque se le moriría más de uno, pero ni él mismo seguía su propio consejo. En más de una ocasión, Dunk lo había visto gastar la última moneda de cobre en una manzana para la vieja Tostada, o en avena para Trueno y Buenpaso. El palafrén había sido la montura de ser Arlan y lo había transportado incansable miles y miles de leguas, de una punta a otra de los Siete Reinos. Dunk tenía la sensación de estar traicionando a un viejo amigo, pero no le quedaba otra opción. Tostada era tan vieja que no valía casi nada, y necesitaba a Trueno para las justas.

El caballero se hizo esperar. Mientras aguardaba, Dunk oyó un toque de trompetas en las murallas y una voz en el patio. La curiosidad le pudo y condujo a Buenpaso hasta la puerta del establo para ver qué sucedía. Un numeroso grupo de caballeros y arqueros entraba a caballo por las puertas: eran al menos cien, y las monturas eran las más espléndidas que Dunk hubiera visto nunca.

«Ha llegado un gran señor». Agarró por el brazo a un mozo de cuadra que pasaba corriendo a su lado.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—¿No ves los estandartes? —El mozo le lanzó una mirada de extrañeza antes de escabullirse.

«Los estandartes...». Dunk alzó la vista: en ese momento, una ráfaga de viento agitó la seda negra que coronaba la larga asta, y el fiero dragón de tres cabezas de la casa Targaryen pareció desplegar las alas y escupir fuego rojo. El portaestandarte era un caballero alto con loriga de escamas blancas e incrustaciones de oro y una capa nívea que le ondeaba a la espalda. Las armaduras de otros dos jinetes que iban con él también eran totalmente blancas. «Caballeros de la Guardia Real con el estandarte del rey». Claro, por eso lord Ashford y sus hijos habían salido a toda prisa del castillo, y también la hermosa doncella, una chica bajita de pelo rubio y cara redonda y sonrosada. «Pues a mí no me parece tan hermosa», pensó Dunk. La titiritera era más bonita.

—Chaval, suelta ese jamelgo y ocúpate de mi caballo —ordenó un jinete que acababa de desmontar frente a la caballeriza.

«Me lo dice a mí», comprendió Dunk.

—No soy mozo de cuadra, mi señor.

—¿No te da el cerebro para tanto? —El que le hablaba llevaba una capa negra con ribete de seda roja sobre un atuendo brillante como el fuego, todo en rojo, oro y amarillo. Era esbelto como una daga, pero de estatura media, y más o menos de la misma edad que Dunk. Los rizos de oro blanco le enmarcaban el rostro, anguloso y altivo, de frente amplia, pómulos afilados, nariz recta y piel blanca, tersa e inmaculada. Tenía los ojos de color violeta oscuro—. Si no sabes cuidar de un caballo, tráeme vino y una moza bonita.

—Eh... Mi señor..., perdón, pero tampoco soy un criado. Tengo el honor de ser caballero.

—Malos tiempos corren para la caballería —replicó el joven príncipe.

En ese momento se acercó corriendo un mozo de cuadra y el señor se volvió para entregarle las riendas del palafrén, de espléndido pelaje alazán rojizo, y se olvidó al instante de Dunk. Este aprovechó para volver a entrar en el establo, aliviado: no se encontraba a gusto entre los señores de los pabellones y no tenía nada que discutir con príncipes.

Porque no le cabía duda de que el guapo muchacho era un príncipe; por las venas de los Targaryen corría la sangre de la desaparecida Valyria, al otro lado de los mares,

y se distinguían del común de los mortales por el pelo de oro blanco y los ojos violeta. Dunk sabía que el príncipe Baelor era mayor, pero el joven podía ser un hijo suyo: Valarr, al que solían llamar el Príncipe Joven para diferenciarlo de su padre, o Matarys, el Príncipe Aún Más Joven, como lo había apodado en cierta ocasión el bufyn del anciano lord Swann. Había más príncipes, los primos de Valarr y Matarys, porque el bondadoso rey Daeron tenía cuatro hijos adultos, tres de ellos con hijos a su vez. En tiempos de su padre, la estirpe de los reyes dragón había estado a punto de extinguirse, pero, a decir de la gente, Daeron II y sus vástagos habían garantizado el linaje hasta el fin de los tiempos.

—Eh, tú. ¿Has preguntado por mí? —El caballero mayor de lord Ashford tenía la tez congestionada, que parecía aún más roja con aquella librea naranja, y hablaba con brusquedad—. ¿Para qué? No tengo tiempo de...

—Quiero vender este palafrén —lo interrumpió Dunk antes de que pudiera despacharlo—. Es una yegua excelente, de paso seguro...

—Acabo de decirte que no tengo tiempo. —No se dignó mirar dos veces a Buenpaso—. Mi señor de Ashford no necesita más caballos. Llévala a la ciudad, a ver si Henly te da unas monedas. —Y se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias, mi señor. —Dunk se apresuró a detenerlo—. Mi señor, ¿ha venido el rey?

El caballero se rio ante la ocurrencia.

—No, gracias a los dioses; ya tenemos bastante con esta plaga de príncipes. ¿Dónde voy a encontrar yo establo para tanto animal? ¿Y forraje? —Se alejó a grandes zancadas gritando órdenes a los mozos de cuadra.

Lord Ashford se había marchado ya a los salones del castillo con sus principescos invitados cuando Dunk salió del establo, pero dos caballeros de la Guardia Real, con sus armaduras blancas y sus capas niveas, remoloneaban aún por el patio, charlando con el capitán de la guarnición. Dunk se detuvo frente a ellos.

—Mis señores, soy ser Duncan el Alto.

—Bienhadado, ser Duncan —le respondió el caballero blanco más corpulento—. Yo soy ser Roland Crakehall, y este es mi hermano juramentado, ser Donnel del Valle Oscuro.

Los siete campeones de la Guardia Real eran los mejores guerreros de los Siete Reinos, superados solo por el príncipe heredero, el propio Baelor Rompelanzas.

—¿Habéis venido a tomar parte en las justas? —inquirió Dunk, nervioso.

—No estaría bien que cabalgáramos contra los mismos a los que juramos proteger —respondió ser Donnel, de barba y cabellera rojizas.

—El príncipe Valarr tiene el honor de ser uno de los campeones de lady Ashford —le explicó ser Roland— y dos primos suyos quieren participar en los desafíos. Los demás hemos venido solo como espectadores.

Aliviado, Dunk dio las gracias a los caballeros blancos por su amabilidad y salió a caballo por las puertas del castillo antes de que lo abordara algún otro príncipe.

«Tres príncipes jóvenes, tres», pensó mientras guiaba al palafrén hasta las calles de la ciudad de Vado Ceniza. Valarr era el hijo mayor del príncipe Baelor, el segundo en la línea de sucesión al Trono de Hierro, pero Dunk no sabía hasta qué punto habría heredado la legendaria destreza de su padre con la lanza y la espada. Menos aún sabía sobre los otros príncipes Targaryen. «¿Qué hago si tengo que montar contra un príncipe? A lo mejor ni me dejan desafiarse a alguien de tan alta cuna». No tenía ni idea. El anciano solía decirle que tenía el seso de corcho, y en ese momento le daba toda la razón.

A Henly le gustó mucho Buenpaso hasta que Dunk le dijo que quería venderla; a partir de entonces, no le encontró más que defectos y le ofreció trescientas monedas de plata. Dunk replicó que el precio era de tres mil. Tras mucho discutir y maldecir, llegaron a un acuerdo por setecientos cincuenta venados de plata, mucho más cerca del precio de partida de Henly, con lo que Dunk sintió que había perdido ese combate. Pero el comerciante de caballos se negó en redondo a subir la oferta, y no le quedó más remedio que ceder. La segunda parte de la discusión empezó cuando Dunk le dijo que el precio no incluía la silla y Henly se empeñó en que sí.

Al final cerraron el trato y, mientras Henly iba a buscar el dinero, Dunk acarició las crines a Buenpaso y le dijo que fuera valiente.

—Si gano, volveré para comprarte, te lo prometo.

No le cabía duda de que, para entonces, los defectos del palafrén se habrían desvanecido y tendría que pagar el doble por ella.

El comerciante le dio tres piezas de oro y el resto en plata. Dunk mordió una de las de oro y sonrió: era la primera vez que las probaba, que las tenía en la mano. Las llamaban «dragones», porque en una cara estaba acuñado el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. En la otra aparecía el busto del rey. Dos de las monedas que le había dado Henly llevaban el rostro del rey Daeron, pero la tercera, más antigua y desgastada, mostraba a otro hombre. El nombre estaba escrito bajo la cabeza, pero no sabía leer, y también se fijó en que el oro de los cantos estaba limado. Se lo indicó sin reparo alguno a Henly, que protestó, pero al final le ofreció el equivalente en unas pocas monedas de plata y un puñado de las de cobre. Dunk le devolvió algunos cobres y señaló a Buenpaso.

—Para ella —dijo—. Esta noche, dale un poco de avena y una manzana.

Se colgó el escudo de un brazo y se echó al hombro el saco con piezas de armadura para recorrer las calles soleadas de Vado Ceniza. Se sentía raro con tanto dinero en la bolsa: casi embriagado, por una parte, pero también inquieto. El anciano nunca le había confiado más de una moneda o dos. Con lo que llevaba encima podría vivir un año entero. «¿Y luego qué? ¿Vender a Trueno?». Ese camino llevaba a la mendicidad y al bandidaje. «No volveré a tener una oportunidad como esta; debo arriesgarlo todo».

Cuando vadeó el río de regreso a la orilla sur del Sulcos, la mañana casi tocaba a su fin y los terrenos del torneo habían vuelto a cobrar vida. Los vendedores de vino y

los guisanderos de salchichas estaban haciendo negocio; un oso bailaba al ritmo que marcaba su amo mientras un cantante entonaba «El oso y la doncella»; los malabaristas practicaban sus juegos, y los titiriteros acababan de terminar otro combate.

Dunk se detuvo para ver la muerte del dragón de madera. Cuando la marioneta del caballero le cortó la cabeza y el serrín rojo se derramó por la hierba, rio de buena gana y le lanzó a la muchacha un par de monedas de cobre.

—Una va por la de anoche —le dijo.

La chica cazó las monedas en el aire y lo recompensó con la sonrisa más dulce que había visto jamás.

«¿Es a mí a quien sonrías, o a las monedas?». Dunk no había estado nunca con una mujer, y lo ponían nervioso. En cierta ocasión, hacía ya tres años, cuando el anciano tenía la bolsa bien llena tras medio año al servicio del ciego lord Florent, le dijo a Dunk que había llegado la hora de llevarlo a un burdel para hacer de él un hombre. Pero el anciano estaba muy borracho; al recuperar la sobriedad no recordaba nada, y a Dunk le dio vergüenza comentárselo. Además, tampoco le entusiasmaba lo de estar con una prostituta. Si no podía tener a una doncella de noble cuna, como correspondía a un caballero, al menos que fuera una mujer que lo apreciara más que a su plata.

—¿Quieres tomar un cuerno de cerveza? —preguntó a la titiritera, ocupada en recoger la sangre de serrín para volver a meterla en el dragón—. Quiero decir, conmigo. O una salchicha. Anoche me comí una y estaba buena. Creo que son de cerdo.

—Gracias, mi señor, pero tenemos otra función. —La chica se incorporó y corrió hacia la fiera y gorda dorniense que manejaba la marioneta del caballero, y Dunk se quedó allí con cara de idiota. Pero le gustaba su manera de correr.

«Es guapa. Y alta. No tendría que arrodillarme para besarla». Porque besar sí que sabía. Una joven tabernera de Lannisport le había enseñado hacía un año, pero era tan bajita que había tenido que sentarse en la mesa para que ella le alcanzara los labios. El recuerdo provocó que le ardieran las orejas. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Debía concentrarse en las justas, no en los besos.

Los carpinteros de lord Ashford estaban encalando las barreras de madera que separarían a los justadores, altas hasta la cintura, y Dunk se quedó un rato mirándolos trabajar. Había cinco pistas, dispuestas de norte a sur para que a ningún caballero le diera el sol de frente al cabalgar. Al este de la cerca habían erigido una tribuna de tres pisos con un entoldado de color naranja para proteger del sol y la lluvia a las damas y los señores. La mayoría de los asientos eran bancos, pero habían instalado cuatro sillas de respaldo alto en el centro de la grada, sin duda para lord Ashford, la hermosa doncella y los príncipes visitantes.

En el extremo más oriental del prado habían colocado un estafermo, y una docena de caballeros se dedicaban a practicar contra él, haciendo girar el mástil horizontal

cada vez que golpeaban el escudo astillado del extremo. Dunk observó el ataque de la Bestia de Bracken y luego el de lord Carón de las Marcas.

«Tengo el peor caballo de todos», pensó con desasosiego.

Al lado, otros entrenaban a pie y peleaban con espadas de madera mientras los escuderos los azuzaban con groserías. Un joven fornido se defendía de un caballero ágil y rápido como un puma. Ambos lucían en el escudo la manzana roja de los Fossoway, y la del joven no tardó en saltar en mil pedazos.

—Esta manzana aún no está madura —se burló el mayor, al tiempo que lo golpeaba en el yelmo.

Para cuando aceptó la derrota, el Fossoway joven estaba ensangrentado y lleno de magulladuras, mientras que su oponente apenas si había empezado a sudar. Se levantó la visera del yelmo, miró a su alrededor y se fijó en Dunk.

—¡Eh, vos, el grandullón! El caballero del cáliz alado. ¿Qué lleváis ahí? ¿Una espada larga?

—Es mía por derecho —replicó Dunk a la defensiva—. Soy ser Duncan el Alto.

—Y yo, ser Steffon Fossoway. ¿Queréis probar suerte contra mí, ser Duncan el Alto? Me vendría bien alguien diferente con quien cruzar espadas. Como habréis visto, mi primo aún no está maduro.

—Aceptad, ser Duncan —lo apremió el Fossoway derrotado, que estaba quitándose el yelmo—. Yo no estoy maduro, cierto, pero mi querido primo está podrido hasta el corazón. Venga, sacadle las semillas a golpes.

Dunk rehusó. ¿A qué venía que esos jóvenes señores lo enzarzaran en sus disputas? No le interesaba en absoluto.

—Os lo agradezco, pero me reclaman otros asuntos.

Tampoco le gustaba llevar tanto dinero encima; cuanto antes pagara la armadura a Pate Acero, mejor. Pero ser Steffon le lanzó una mirada desdeñosa.

—Al caballero errante lo reclaman unos asuntos. —Miró alrededor y dio con otro posible adversario que deambulaba por allí—. Me alegro de veros, ser Granee. Venid a luchar contra mí. Ya me sé todos los trucos de mi primo Raymun, y por lo visto ser Duncan tiene que irse urgentemente a errar por ahí. Venid, venid.

Dunk se alejó, rojo hasta las orejas. Él no sabía trucos, ni pequeños ni grandes, y no quería que lo vieran pelear antes del torneo. El anciano le había advertido muchas veces que, cuanto más se conocía al rival, más fácil resultaba derrotarlo, y ser Steffon parecía de los que identificaban los puntos débiles del contrario al primer vistazo. Dunk era fuerte y veloz, tenía la ventaja del peso y de la envergadura, pero sabía que no estaba a la altura de los otros caballeros en cuanto a destreza. Ser Arlan le había enseñado tan bien como había podido, pero el anciano no había sido un gran caballero ni en sus tiempos mozos. Los grandes caballeros no erraban por los caminos ni morían en las veredas embarradas.

«Yo no voy a acabar así —se juró Dunk—. Les demostraré que soy mucho más que un caballero errante».

—¡Ser Duncan! —El Fossoway más joven había salido corriendo tras él—. Perdonad que os haya insistido para pelear contra mi primo. Es un arrogante, y al ver vuestra estatura he pensado que... En fin, he obrado mal. No lleváis armadura, y él os habría roto la mano o la rodilla de haber tenido ocasión. Le encanta herir a los posibles rivales durante los entrenamientos; así luego, si se los cruza en las justas, son más vulnerables.

—Pues a vos no os ha herido.

—Porque soy de la familia, aunque la suya sea la rama superior del manzano, como no deja de recordarme. Me llamo Raymun Fossoway.

—Me alegro de conoceros. ¿Vais a tomar parte en el torneo? ¿Y vuestro primo?

—Él sí, claro. En cuanto a mí, ya me gustaría, pero aún soy escudero. Mi primo me ha prometido que me armará caballero, pero siempre dice que no estoy maduro... —Raymun tenía el rostro cuadrado, la nariz chata y el pelo corto y enmarañado, pero su sonrisa era encantadora—. Vos tenéis pinta de desafiante. ¿A quién pensáis enfrentaros?

—A quien sea —replicó Dunk. Esa era la respuesta cortés, aunque si que importaba, y mucho—. No voy a entrar en las justas hasta el tercer día.

—Claro, y para entonces ya habrán caído algunos campeones —convino Raymun—. Bueno, que el Guerrero os sea propicio.

—Lo mismo os deseo.

«¿Y yo soy caballero y él no es más que escudero? Uno de los dos es un imbécil». Las monedas le tintineaban en el bolsillo a cada paso, pero sabía que se arriesgaba a perderlas en cualquier instante. Hasta las normas del torneo jugaban en su contra: sería casi imposible que se enfrentara a un rival novato o débil.

Podían organizarse una docena de clases de torneos; todo dependía de los gustos del señor anfitrión. En algunos se producían enfrentamientos simulados entre equipos de caballeros, y en otros, melés, un todos contra todos en el que ganaba el último que quedaba en pie. Si era un torneo de combates individuales, los emparejamientos se echaban a suertes o los decidía el maestro de justas.

Lord Ashford había convocado el torneo para conmemorar el decimotercer día del nombre de su hija. La hermosa doncella estaría sentada al lado de su padre como reina del amor y la belleza, y cinco caballeros lucirían favores suyos y la defenderían. Los demás estaban obligados a retar a esos campeones, y quien derrotara a uno ocuparía su lugar hasta que otro desafiante lo descabalgara. Cuando atardeciera el tercer día de justas, los cinco caballeros que quedaran decidirían si la hermosa doncella debía conservar la corona del amor y la belleza o si debía llevarla otra en su lugar.

Dunk contempló la hierba de los terrenos y las sillas vacías de la tribuna y reflexionó. Lo único que le hacía falta era una victoria, una nada más, y se labraría un nombre: sería uno de los campeones de la dehesa de Vado Ceniza, aunque solo fuera durante un rato. El anciano había vivido casi sesenta años y nunca había sido

campeón.

«Tampoco es tanto pedir, si los dioses me son propicios».

Se acordó de todas las canciones que se cantaban sobre el ciego Symeon Ojos de Estrella, el noble Serwyn del Escudo Espejo, el príncipe Aemon el Caballero Dragón, ser Ryam Redwyne o Florian el Bufón. Todos habían obtenido grandes victorias contra enemigos mucho más temibles que aquellos a los que él iba a enfrentarse.

«Pero eran grandes héroes, hombres valerosos de noble cuna; menos Florian, claro. ¿Y yo? ¿Qué soy yo? ¿Dunk del Lecho de Pulgas o ser Duncan el Alto?».

No tardaría en averiguarlo. Se echó al hombro la saca con la armadura y se encaminó hacia los tenderetes de los comerciantes en busca de Pate Acero.

Egg había trabajado con esmero en el campamento, como comprobó Dunk, satisfecho. Se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que el escudero hubiera huido de nuevo.

—¿Os han dado mucho por el palafrén? —preguntó el chico.

—¿Cómo sabes que la he vendido?

—Porque os habéis ido a caballo y volvéis a pie, y si os la hubieran robado, no estaríais tan tranquilo.

—Me han dado suficiente para esto. —Dunk le enseñó la armadura nueva—. Para ser caballero tendrás que aprender a distinguir el acero bueno del malo. Mira, este es excelente. Es de malla doble, cada anillo está entrelazado con otros dos, ¿ves? Protege más que la malla simple. En cuanto al yelmo, Pate ha redondeado la parte superior; fíjate en la curva: un hachazo o una espada resbalarán, mientras que en un yelmo plano harían mella. —Dunk se lo puso—. ¿Qué tal me queda?

—No tiene visera —señaló Egg.

—Tiene respiraderos. Las viseras son puntos débiles. —Eso le había dicho Pate Acero—. Si supieras cuántos caballeros se han llevado un flechazo en el ojo porque se han levantado la visera para respirar aire fresco, no te pondrías uno ni loco.

—Ni cimera —insistió Egg—. No tiene nada de nada.

Dunk se quitó el yelmo.

—Exacto, perfecto para mí. Fíjate en el brillo del acero, ¿ves? Pues es tu deber que siga así de reluciente. ¿Sabes cómo se restriega una cota de malla?

—En el barril de arena que no tenéis. ¿Habéis comprado también un pabellón?

—Tanto no me han dado. —«Este crío es más descarado de lo que le conviene; debería quitarle ese vicio a golpes». Pero sabía que no iba a hacerlo: le gustaba el descarado. No le iría mal a él mismo ser un poco más descarado. «Mi escudero tiene más agallas que yo. Y más seso»—. Has hecho un buen trabajo en el campamento, Egg. Mañana me acompañarás a ver los terrenos del torneo. Compraremos avena para los caballos y pan para nosotros, y a lo mejor hasta un trozo de queso. En un tenderete vendían queso del bueno.

—Pero no tendré que entrar en el castillo, ¿no?

—¿Por qué no? Algún día viviré en uno. Mi sueño es presidir la mesa al menos una vez en la vida.

El crío no dijo nada.

«Le debe de dar miedo entrar en los salones de un señor —pensó Dunk—. Es normal, ya se le pasará cuando se haga mayor». Volvió a admirar la armadura nueva. ¿Cuánto tiempo podría lucirla?

Ser Manfred era un hombre flaco de gesto perpetuamente amargado. Llevaba una sobrevesta negra hendida por el relámpago morado de la casa Dondarrion, pero Dunk lo habría reconocido de inmediato solo por la indómita cabellera cobriza.

—Ser Arlan servía a vuestro señor padre cuando lord Carón y él hicieron salir al Rey Buitre de las Montañas Rojas —le dijo, rodilla en tierra—. Yo no era más que un niño por aquel entonces, pero era su escudero. El de ser Arlan del Árbol de la Moneda.

—No caigo. —Ser Manfred frunció el ceño—. Y de ti tampoco me acuerdo, muchacho.

—Este era su emblema. —Dunk le mostró el escudo del anciano—. El cáliz alado.

—Mi señor padre fue a esas montañas con ochocientos caballeros y casi cuatro mil hombres de a pie. No pensarás que me acuerdo de todos, ni del escudo que llevaba cada uno. A lo mejor estabas con nosotros, sí, pero... —Ser Manfred se encogió de hombros.

Dunk se quedó sin palabras.

«Al anciano lo hirieron cuando estaba al servicio de vuestro padre, ¿cómo podéis no acordaros de él?».

—Necesito que un señor o un caballero responda por mí, o no podré tomar parte en los desafíos.

—Y a mí ¿qué? Ya me has hecho perder bastante tiempo —bufó ser Manfred.

Si volvía al castillo sin el apoyo de ser Manfred, estaría perdido. Dunk clavó los ojos en el relámpago morado bordado en lagaña negra de la sobrevesta.

—Me acuerdo de cuando vuestro padre contó a todo el campamento la historia de cómo vuestra casa consiguió ese emblema. Una noche de tormenta, cuando el primero de vuestro linaje llevaba un mensaje por las Marcas de Dome, una flecha mató a su caballo y lo tiró por tierra. Vio salir de la oscuridad a dos dornienses vestidos con cota de malla y yelmos con cimera. La espada se le había roto en la caída, así que se vio perdido. Pero, cuando los dornienses se cernían sobre él para matarlo, cayó un rayo: un relámpago morado de brillo cegador que se partió en dos, alcanzó el acero de los dornienses y los fulminó. El mensaje que llevaba proporcionó al rey de la Tormenta la victoria sobre Dome, y como muestra de gratitud concedió al mensajero el título de señor. Fue el primer lord Dondarrion, y decidió lucir en sus armas un relámpago púrpura hendido sobre campo sable estrellado.

Dunk había albergado la esperanza de conmovier a ser Manfred con aquella

historia. Imposible estar más equivocado.

—No hay limpiaorinales ni mozo de cuadra al servicio de mi padre que no conozca esa historia, y no por eso son caballeros. Puedes retirarte.

Dunk regresó al castillo hundido y derrotado, sin saber qué podía decirle a Plummer para que le permitiera participar en los desafíos. El mayordomo no estaba en las estancias del torreón, pero un guardia le comunicó que se encontraba en el salón principal.

—¿Lo espero aquí? ¿Cuánto va a tardar? —preguntó Dunk.

—¿Y yo qué sé? Haz lo que te dé la gana.

El salón principal no era el más grande de los salones, pero Vado Ceniza tampoco era el más grande de los castillos. Dunk atravesó una puerta lateral y no tardó en divisar al mayordomo, reunido con lord Ashford y una docena de hombres al final de la estancia. Se dirigió hacia ellos sin apartarse de una pared engalanada con tapices de ñutas y flores de lana.

—... seguro que no estarías tan tranquilo si fueran tus hijos —espetó un hombre muy airado mientras Dunk se acercaba a ellos. Tenía el pelo lacio y la barba recortada tan rubios que parecían blancos a la escasa luz de la sala, pero cuando estuvo más cerca vio que eran de color plata claro con destellos dorados.

—No es la primera vez que Daeron hace una cosa así —repuso otro. Dunk no veía quien era porque Plummer estaba en medio—. No deberías haberle ordenado que tomara parte en las justas. Los torneos no son lo suyo, ni lo de Aerys, ni lo de Rhaegel.

—Lo que quieres decir es que prefiere montar a una puta que a caballo —replicó el primero. El príncipe, pues sin duda se trataba de un príncipe, era robusto e imponente, y vestía una brigantina de cuero con tachones de plata bajo una gruesa capa negra ribeteada de armiño. La barba de plata le cubría solo en parte las marcas de viruela de las mejillas—. No necesito que me recuerden los defectos de mi hijo, hermano. Solo tiene dieciocho años, está a tiempo de cambiar. Y cambiará, por los dioses que cambiará, o juro que lo veré muerto.

—No digas tonterías. Daeron será como sea, pero sigue llevando tu sangre y la mía. No me cabe duda de que ser Roland nos lo traerá, y también a Aegon.

—Para entonces el torneo habrá terminado.

—Si el torneo es lo que te preocupa, Aerion está aquí y maneja la lanza mucho mejor que Daeron.

Dunk ya podía ver al segundo hombre. Estaba sentado en el trono con un fajo de pergaminos en la mano, y lord Ashford se encontraba de pie junto a él. A juzgar por las largas piernas, que tenía estiradas, incluso sentado parecía una cabeza más alto que los demás. Las canas le salpicaban el pelo oscuro, cortado al rape; tenía la mandíbula cuadrada e iba bien afeitado, y le habían roto la nariz más de una vez. Aunque vestía con sencillez, con un jubón verde, manto marrón y botas desgastadas,

su presencia era imponente; lo envolvía un aura de poder y seguridad.

Solo entonces se le pasó por la cabeza a Dunk que se había metido en una conversación privada.

«Mejor me voy y vuelvo luego, cuando hayan terminado», pensó. Pero ya era tarde: el príncipe de barba plateada acababa de fijarse en él.

—¿Quién sois y cómo osáis interrumpimos así? —lo interpelló con tono brusco.

—Es el caballero a quien estaba esperando nuestro buen mayordomo. —La sonrisa que le dirigió a Dunk el hombre del trono daba a entender que había advertido su presencia desde el principio—. Aquí los únicos que interrumpimos somos tú y yo, hermano. Acercaos, señor.

Dunk se aproximó sin saber muy bien qué esperaban de él. Lanzó una mirada a Plummer, pero no encontró ayuda en el hosco mayordomo, tan contundente el día anterior y tan callado en ese momento, con la vista clavada en las losas del suelo.

—Mis señores —empezó—, he pedido a ser Manffed Dondarrion que respondiera por mí para poder tomar parte en las justas, pero se ha negado. Dice que no me conoce, pero os juro que ser Arlan sirvió a sus órdenes. Tengo su escudo y su espada, y he...

—Escudo y espada no hacen caballero —lo interrumpió lord Ashford, un hombre calvo y corpulento de rostro redondo congestionado—. Plummer me ha hablado de ti. Aun aceptando que esas armas pertenecieran al tal ser Arlan del Árbol de la Moneda, también podría ser que te lo hubieras encontrado muerto y las hubieras robado. A menos que tengas pruebas mejores de lo que dices, algo escrito o...

—Recuerdo bien a ser Arlan del Árbol de la Moneda —declaró el hombre del trono con voz queda—. Que yo sepa, nunca ganó un torneo, pero tampoco se deshonoró jamás. Hace dieciséis años, en Desembarco del Rey, derribó en la melé a lord Stokeworth y al Bastardo de Harrenhal; muchos años antes, en Lannisport, descabalgó al mismísimo León Gris. El león no estaba tan gris por aquel entonces, claro.

—Me lo contó muchas veces —corroboró Dunk.

El hombre alto clavó los ojos en él.

—En ese caso seguro que recuerdas el verdadero nombre del León Gris, ¿verdad?

Durante un momento Dunk se quedó en blanco.

«El anciano me contó la historia unas mil veces, mil veces; el león, el león, se llamaba... se llamaba...». Ya estaba al borde de la desesperación cuando de repente se le hizo la luz.

—¡Ser Damon Lannister! —gritó—. ¡El León Gris! Ahora es el señor de Roca Casterly.

—Así es —confirmó el hombre alto con parsimonia—. Y mañana tomará parte en las justas. —Agitó los pergaminos que tenía en la mano.

—¿Cómo puedes acordarte de un caballero errante sin importancia que tuvo la suerte de descabalgarse a Damon Lannister hace dieciséis años? —inquirió el príncipe

de la barba plateada con el ceño fruncido.

—Tengo por costumbre averiguar todo lo posible sobre mis adversarios.

—¿Y por qué te dignaste justar contra un caballero errante?

—Fue hace nueve años, en Bastión de Tormentas. Lord Baratheon organizó unos juegos para celebrar el nacimiento de su nieto, y ser Arlan me tocó en suerte para la primera justa. Rompimos cuatro lanzas antes de que pudiera descabalarlo.

—Siete —lo corrigió Dunk—, ¡y fue contra el príncipe de Rocadragón!

Se arrepintió antes de terminar la frase. Casi pudo oír al anciano regañándolo: «Dunk el Tocho, seso de corcho».

—En efecto. —El príncipe de la nariz rota sonrió, amable—. Ya sé que las historias crecen cada vez que se cuentan. No penséis mal de vuestro anciano maestro, pero me temo que solo fueron cuatro lanzas.

Dunk agradeció la penumbra para sus adentros; notaba de nuevo las orejas rojas.

—Mi señor... —«No, no, ya te has vuelto a equivocar»—. Alteza. —Cayó de rodillas y agachó la cabeza—. Fueron cuatro, como vos decís; no pretendía... No era mi intención... El anciano, ser Arlan, siempre decía que tengo el seso de corcho y que soy más lento que un uro.

—Y más fuerte que un uro también, a juzgar por vuestro aspecto —señaló Baelor Rompelanzas—. No hay nada que perdonar. Levantaos.

Dunk se puso en pie sin saber si debía mantener la cabeza gacha o podía mirar al príncipe a los ojos.

«Estoy ante Baelor Targaryen, príncipe de Rocadragón, mano del rey y primero en la línea sucesoria al Trono de Hierro de Aegon el Conquistador. ¿Qué puede decirle un caballero errante a alguien así?».

—Re... recuerdo que le devolvisteis el caballo y la armadura sin pedirle rescate —tartamudeó—. El viejo..., digo, ser Arlan me dijo que erais la personificación de la caballería y que algún día los Siete Reinos estarían a salvo en vuestras manos.

—Recemos para que sea dentro de muchos años —apuntó el príncipe Baelor.

—¡Claro! —se apresuró a añadir Dunk, horrorizado. «No quería decir que el rey debía morir», estuvo a punto de agregar; por suerte se contuvo a tiempo—. Lo siento, mi señor. Digo, alteza.

A buenas horas recordó que el hombre corpulento de la barba plateada había llamado «hermano» al príncipe Baelor.

«¡Seré idiota! Él también es de la sangre del dragón». Sin duda era el príncipe Maekar, el menor de los cuatro hijos del rey Daeron. El príncipe Aerys solo pensaba en sus libros y el príncipe Rhaegel era un demente tímido y enfermizo; ninguno de los dos habría atravesado medio reino para asistir a un torneo. En cambio, de Maekar se decía que era un guerrero formidable, aunque siempre a la sombra de su hermano mayor.

—Así que queréis tomar parte en las justas —siguió el príncipe Baelor—. Es cosa del maestro de justas, pero no veo por qué no.

—Como digáis, mi señor. —El mayordomo inclinó la cabeza.

Dunk balbuceó unas palabras de gratitud, pero el príncipe Maekar lo cortó en seco.

—Entendido, entendido, vuestra gratitud es inmensa. Y ahora, fuera de aquí.

—Por favor, perdonad a mi noble hermano —dijo el príncipe Baelor—. Dos de sus hijos se han extraviado de camino hacia aquí y está preocupado por ellos.

—Con las lluvias de primavera se han desbordado muchos riachuelos —señaló Dunk—. Puede que se hayan retrasado, nada más.

—No he venido aquí a escuchar los consejos de un caballero errante —espetó el príncipe Maekar a su hermano.

—Podéis retiraros —indicó a Dunk con gentileza el príncipe Baelor.

—Sí, mi señor.

Hizo una reverencia y dio media vuelta; pero, antes de que se alejara, el príncipe lo llamó.

—Una última cosa. ¿No sois de la sangre de ser Arlan?

—Sí, mi señor. No, quiero decir, no. No.

El príncipe señaló el escudo abollado de Dunk, que lucía el cáliz alado.

—Por ley, solo el hijo legítimo puede heredar las armas de un caballero. Tendréis que buscaros vuestro propio emblema.

—Lo haré. Gracias otra vez, alteza. Ya veréis, luchare con valentía. —«Tan valiente como Baelor Rompelanzas», solía decir el anciano.

Los comerciantes de vino y salchichas bullían de actividad, y las prostitutas se paseaban sin disimulo entre tenderetes y pabellones. Las había bonitas, sobre todo una pelirroja. Dunk no conseguía apartar la vista de sus pechos, que se mecían a cada paso bajo el vestido suelto. Recordó la plata que llevaba en la bolsa.

«Si quisiera, sería mía. Seguro que le gustaría el sonido de mis monedas. Me la podría llevar al campamento y sería mía, toda la noche si me apeteciera». Nunca se había acostado con una mujer, y a lo mejor moría en el primer lance. El anciano se lo había advertido: los torneos eran peligrosos, pero las mujeres, también. «Podría robármelo todo mientras duermo. ¿Y qué haría yo entonces?». La pelirroja, que había pasado de largo, se volvió para lanzarle una mirada; Dunk negó con la cabeza y se alejó.

Encontró a Egg viendo el espectáculo de marionetas, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la capucha bien encasquetada para ocultar la falta de pelo. El niño no había querido entrar en el castillo, cosa que Dunk atribuía a una mezcla de timidez y vergüenza. «Se cree indigno de relacionarse con damas y señores, o peor, con príncipes». A él le había sucedido lo mismo cuando era pequeño: más allá del Lecho de Pulgas se extendía un mundo tan atrayente como aterrador. «Egg solo necesita un poco de tiempo, eso es todo». Mientras, en vez de obligar al crío a ir al castillo, lo mejor era darle unas pocas monedas de cobre para que se entretuviera entre los

tenderetes.

Esa mañana los titiriteros estaban contando la historia de Florian y Jonquil. La obesa dorniense manejaba los hilos de Florian, vestido con su armadura multicolor, mientras que la joven alta daba vida a Jonquil.

—¡No eres un caballero! —exclamaba, mientras la mandíbula de la marioneta se movía arriba y abajo—. Eres Florian el Bufón.

—Así es, mi señora —respondió la otra marioneta, arrodillándose—. El mayor bufón del mundo, y también el mejor caballero.

—¿Bufón y caballero al mismo tiempo? ¿Dónde se ha visto tal cosa?

—Mi señora —repuso Florian—, cuando hay mía mujer de por medio, todos los hombres son bufones y todos los hombres son caballeros.

Era una buena función, triste y tierna a la vez, con una viva pelea a espada al final y un gigante muy bien pintado. Cuando terminó, la mujer gorda pasó entre los espectadores para recoger monedas mientras la chica guardaba las marionetas.

Dunk fue a buscar a Egg y luego se acercó a ella.

—¿Sí, mi señor? —inquirió la chica con una mirada de reojo y un atisbo de sonrisa. Dunk le sacaba una cabeza, pero aun así era la muchacha más alta que había visto en su vida.

—Ha estado muy bien —comentó Egg con entusiasmo—. Me encanta cómo mueves a Jonquil, al dragón, a todos los que has sacado. El año pasado vi otra función de marionetas, pero se movían como a trompicones. Las tuyas tienen más gracia.

—Eres muy amable —respondió la joven con cortesía.

—Y tus muñecos están muy bien tallados —intervino Dunk—. Sobre todo el dragón: es temible. ¿Los hacéis vosotros?

—Mi tío los talla y yo los pinto —explicó ella.

—¿Podrías pintarme una cosa? Te pagaré. —Se descolgó el escudo del hombro y se lo mostró—. Quiero tapar el cáliz.

La chica examinó el escudo y luego clavó los ojos en él.

—¿Qué quieres que pinte?

Dunk no se había parado a pensarlo. ¿Qué podía lucir en lugar del cáliz alado? No se le ocurría nada. «Dunk el Tocho, seso de corcho».

—Pues... no sé. —Con horror, se dio cuenta de que las orejas se le estaban poniendo coloradas—. Ay, estoy comportándome como un bufón.

—Todos los hombres son bufones y todos los hombres son caballeros. —La muchacha sonrió.

—¿Qué colores tienes? —preguntó, a ver si eso le daba alguna idea.

—Puedo mezclar las pinturas para conseguir el color que quieras.

A Dunk siempre le había parecido tristón el leonado del anciano.

—Me gustaría el campo del color del ocaso —decidió de repente—. Al anciano le gustaban los ocasos. Y la figura...

—Un olmo —intervino Egg—. Un olmo grande, como el de la poza, con el tronco marrón y las ramas verdes.

—Sí, buena idea —corroboró Dunk—. Un olmo... pero con una estrella fugaz encima. ¿Podrías pintarlo?

—Claro. Dame el escudo; esta noche te lo pintaré y así lo tendrás para mañana.

—Me llaman ser Duncan el Alto. —Dunk le entregó el escudo.

—Yo soy Tanselle, y los chicos me llamaban Tanselle la Titana porque soy demasiado alta —explicó entre risas.

—No eres demasiado alta —farfulló Dunk—. Eres perfecta para... —Se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir y se sonrojó aún más—. ¿Para...? —Tanselle ladeó la cabeza, inquisitiva.

—Para las marionetas —terminó con un hilo de voz.

El primer día de torneo amaneció radiante y despejado. Dunk había comprado un saco de provisiones y prepararon huevos de ganso, pan frito y tocino, pero cuando se lo encontró todo listo se dio cuenta de que no tenía apetito. Sentía el estómago duro como una piedra, y eso que sabía que ese día no iba a montar. El derecho al primer desafío era para los caballeros de alta cuna y más renombre, para los señores y sus hijos y para los campeones de torneos anteriores.

Egg se pasó el desayuno parloteando acerca de varios caballeros y prediciendo cómo les iría.

«No mentía al decir que conocía a los mejores caballeros de los Siete Reinos», pensó Dunk algo arrepentido. En cierto modo era humillante tener que escuchar con tanta atención lo que decía un huérfano flacucho, pero, si le tocaba enfrentarse con alguno de esos hombres, lo que sabía Egg podía serle de mucha utilidad.

El prado era un hervidero de gente que trataba de abrirse camino a codazos para ver el torneo más de cerca. Dunk tenía dos codos, como todo el mundo, pero era más alto que la mayoría, y consiguió llegar a una elevación a apenas seis varas del vallado. Egg se quejó de que solo veía culos, así que Dunk se lo aupó a los hombros. Al otro lado de la liza, la tribuna iba llenándose de damas y señores de alta cuna, de unos cuantos ricos de la ciudad y de una veintena de caballeros que por un motivo u otro no pensaban competir el primer día. No vio rastro del príncipe Maekar, pero divisó al príncipe Baelor al lado de lord Ashford. Los rayos de sol arrancaban destellos dorados del broche con que se sujetaba la capa y de la fina corona que le ceñía las sienes, pero por lo demás su atuendo era más sencillo que el de los señores que lo rodeaban.

«Y es tan moreno que no parece un Targaryen». Dunk se lo comentó a Egg.

—Se dice que salió a su madre —le recordó el niño—. Era una princesa dorniense.

Los cinco campeones habían plantado sus pabellones en el extremo norte de la liza, junto al río. Los dos más pequeños eran de color naranja, y los escudos colgados

en la entrada lucían el sol y el cabrío blancos. Debían de pertenecer a los hijos de lord Ashford, Androw y Robert, hermanos de la hermosa doncella. Dunk no había oído a ningún caballero hablar de sus proezas, así que probablemente serían los primeros en caer.

Al lado de los pabellones naranja se erguía otro mucho más grande, de color verde oscuro. Encima de él ondeaba la rosa dorada de Altojardín, y el mismo emblema se veía en el gran escudo sinople colgado en la puerta.

—Ese es Leo Tyrell, señor de Altojardín —apuntó Egg.

—Ya lo sabía —replicó Dunk, molesto—. El anciano y yo servimos en Altojardín antes de que tú nacieras. —Ni él mismo recordaba demasiado aquel año, pero ser Arlan le había hablado a menudo de Leo Largaespina, como a veces lo llamaban. Pese a peinar canas, era imbatible en torneo—. Ese que está junto a la tienda, el hombre delgado de la barba gris con ropa verde y dorada, debe de ser lord Leo.

—Sí —corroboró Egg—. Lo vi una vez en Desembarco del Rey. No os conviene desafiarlo, señor.

—Oye, chico, que nadie te ha preguntado a quién tengo que retar y a quién no.

El cuarto pabellón estaba compuesto de rombos de tela roja y blanca cosidos entre sí. Dunk no conocía esos colores, pero según Egg correspondían a un caballero del Valle de Arryn, un tal ser Humfrey Hardyng.

—El año pasado ganó una gran melé en Poza de la Doncella y derrotó en las justas a ser Donnel del Valle Oscuro, a lord Arryn y a lord Royce.

El último pabellón era el del príncipe Valarr; una línea de gallardetes escarlata ondeaba como llamas sobre la tienda de seda negra. El escudo ostentado en el exterior era negro brillante con el emblema del dragón de tres cabezas de la casa Targaryen. Apostado a su lado se encontraba un caballero de la Guardia Real, cuya deslumbrante armadura blanca destacaba contra el negro del pabellón. Dunk se preguntó si alguien se atrevería a tocar el escudo del dragón: Valarr era el nieto del rey, nada menos, y también hijo de Baelor Rompelanzas.

No tenía por qué preocuparse. Cuando los cuernos sonaron para llamar a los desafiantes, los cinco campeones de la doncella fueron convocados para defenderla. Dunk oyó el murmullo emocionado de la multitud cuando los desafiantes fueron apareciendo uno tras otro en el extremo sur de la liza, a medida que los heraldos vociferaban el nombre de cada uno.

Estos se detuvieron ante la tribuna para bajar las lanzas en gesto de saludo a lord Ashford, el príncipe Baelor y la hermosa doncella, y se dirigieron hasta el extremo norte para elegir adversario. El León Gris de Roca Casterly golpeó el escudo de lord Tyrell, mientras que su heredero de cabellera dorada, ser Tybolt Lannister, retó al hijo mayor de lord Ashford. Lord Tully de Aguasdulces dio un toque en el escudo estampado de rombos de ser Humffey Hardyng; ser Abelar Hightower escogió a Valarr, y el Ashford más joven recibió el desafío de ser Lyonel Baratheon, el caballero al que llamaban Tormentalegre.

Los desafiantes regresaron al trote hasta la linde sur de la liza para esperar a sus oponentes: ser Abelar, vestido con colores plata y humo y un torreón de piedra coronado de fuego en el escudo; los dos Lannister, de escarlata de la cabeza a los pies, con el león dorado de Roca Casterly; Tormentalegre, con ropas de hilo de oro, un venado negro en el pecho y en el escudo y un yelmo con astas de hierro, y lord Tully, que lucía una capa a rayas rojas y azules con un broche de plata en forma de trucha en cada hombro. Todos apuntaron hacia el cielo las lanzas de cuatro varas mientras las ráfagas de viento sacudían los gallardetes.

En el extremo norte de la liza, los escuderos sujetaban los corceles, armados con bardas de vivos colores, para que montaran los campeones. Estos se ciñeron los yelmos y esgrimieron lanzas y escudos de un esplendor que rivalizaba con el de sus adversarios: las ondeantes sedas color naranja de los Ashford; los rombos rojos y blancos de ser Humffey; lord Leo, a lomos de su caballo blanco, que lucía jaeces de un verde satinado con estampas de rosas doradas, y, por supuesto, Valarr Targaryen. El caballo del Príncipe Joven era negro como la noche, igual que la lanza, el escudo, la armadura y los jaeces. Encima del yelmo ostentaba un deslumbrante dragón de tres cabezas con las alas desplegadas, de un esmalte color rojo intenso; otro dragón adornaba la brillante superficie negra del escudo. Cada uno de los defensores llevaba una cinta de seda naranja atada al brazo: el favor de la hermosa doncella.

Los campeones trotaron hasta sus puestos, y sobre la dehesa de Vado Ceniza se cernió el silencio. Entonces sonó un cuerno, y al instante la calma se tomó en clamor. Diez pares de espuelas doradas se clavaron en los flancos de diez grandes caballos, mil voces prorrumpieron en gritos y alaridos, cuarenta herraduras hendieron la hierba, diez lanzas descendieron hasta quedar paralelas al suelo, la tierra pareció temblar, y campeones y desafiantes chocaron en un estallido de acero y madera. Un instante más tarde, los jinetes habían superado la fila del rival y se daban la vuelta para el siguiente embiste. Lord Tully se tambaleó, pero consiguió mantenerse en la silla. Cuando los espectadores se dieron cuenta de que las diez lanzas se habían roto, estallaron en una ovación cerrada: era un augurio inmejorable para el comienzo del torneo y buena prueba de la destreza de los combatientes.

Los justadores arrojaron a un lado las lanzas rotas, cogieron las nuevas que les entregaban los escuderos y picaron espuelas una vez más. El terreno retumbó bajo los pies de Dunk, mientras Egg, sentado en sus hombros, chillaba y agitaba los bracitos. El Príncipe Joven pasó tan cerca de ellos que alcanzaron a ver cómo la punta negra de la lanza besaba la torre del escudo de ser Abelar y se desviaba hacia su pecho al tiempo que la lanza de su rival se astillaba contra la coraza de Valarr. El corcel gris de arreos color plata y humo se encabritó con la fuerza del impacto, y ser Abelar Hightower salió despedido contra el suelo.

Ser Humfrey también consiguió descabalgarse a lord Tully, pero este se puso en pie de un salto y desenvainó la espada larga, y ser Humfrey tiró a un lado la lanza, intacta, para desmontar y seguir la lucha a pie. Ser Abelar no mostró tanta energía. El

escudero corrió hacia él, le quitó el yelmo y pidió ayuda a gritos, y dos criados levantaron por los brazos al aturdido caballero para ayudarlo a volver al pabellón. Mientras, los seis caballeros que permanecían en las monturas ya habían iniciado la tercera ronda. Se quebraron más lanzas, y en esa ocasión lord Leo Tyrell apuntó con tal maestría que le arrancó el yelmo al León Gris. Al verse a rostro descubierto, el señor de Roca Casterly levantó la mano para saludar, desmontó y entregó el escudo a modo de rendición. Para entonces, ser Humfrey también había obligado a lord Tully a rendirse, mostrando tanta habilidad con la espada como con la lanza.

Tybolt Lannister y Androw Ashford se cruzaron tres veces más antes de que ser Androw perdiera escudo, silla y lance, todo a un tiempo. El Ashford más joven resistió aún más y rompió nada menos que nueve lanzas contra ser Lyonel Baratheon, Tormentalegre. Tanto campeón como desafiante quedaron descabalgados en el décimo cruce, pero se levantaron y siguieron luchando espada contra maza. Al final, el magullado ser Robert Ashford tuvo que rendirse, pero la sonrisa de su padre, en la tribuna, reflejaba cualquier cosa menos derrota. Sí, sus dos hijos habían caído de las filas de los campeones, pero no sin desempeñarse con nobleza contra dos de los mejores caballeros de los Siete Reinos.

«Pero a mí no me basta con eso —pensó Dunk mientras vencedor y vencido se abrazaban y salían juntos de la liza—. No puedo permitirme el lujo de luchar bien y no vencer. Tengo que ganar al menos el primer desafío o lo perderé todo».

Ser Tybolt Lannister y Tormentalegre iban a sustituir a los campeones que habían derrotado. Los criados ya estaban desmontando los pabellones color naranja, a pocos pasos de donde descansaba el Príncipe Joven, sentado en una silla elevada ante la gran tienda negra. Se había quitado el yelmo. Tenía el pelo moreno como su padre, pero con un mechón blanco. Un criado le llevó una copa de plata, de la que bebió un sorbo.

«Si es listo, agua. Si no, vino», se dijo Dunk. No habría sabido decir si Valarr había heredado la destreza de su padre en combate o si simplemente le había tocado en suerte un rival débil.

La fanfarria de trompetas anunció que tres nuevos desafiante habían entrado en la liza y los heraldos gritaron los nombres.

—¡Ser Pearse de la casa Carón, señor de las Marcas!

Llevaba un arpa grabada en el escudo y una sobrevesta con bordado de ruseñores.

—¡Ser Joseth de la casa Mallister, de Varamar!

Ser Joseth lucía un yelmo alado y, en el escudo, un águila plateada surcaba un cielo azur.

—¡Ser Gawen de la casa Swann, señor de Yelmo de Piedra, del cabo de la Ira!

En sus armas luchaban dos cisnes, uno blanco y otro negro; la capa, la armadura y las bardas de lord Gawen, y hasta los galones de la vaina y la lanza, eran también un despliegue de blanco y negro.

Lord Carón, renombrado arpista, cantor y caballero, tocó con la punta de la lanza la rosa de lord Tyrell. Ser Joseth golpeó los rombos de ser Humfrey Hardyng, y el caballero de blanco y negro, lord Gawen Swann, desafió al príncipe negro que estaba con el guardia blanco. Dunk se rascó la barbilla. Lord Gawen era aún mayor que el anciano, y el anciano estaba muerto.

—¿Cuál de los desafiantes es el menos peligroso, Egg? —preguntó al niño que llevaba a horcajadas y que tanto parecía saber sobre esos caballeros.

—Lord Gawen, el rival de Valarr —respondió de inmediato.

—Del príncipe Valarr —lo corrigió—. Los escuderos tienen que mostrar más respeto, niño.

Los tres desafiantes ocuparon sus respectivas posiciones mientras los tres campeones volvían a montar. La gente cruzaba apuestas y lanzaba gritos de ánimo a sus favoritos, pero Dunk no apartaba la mirada del príncipe. En el primer embiste asestó una lanzada de refilón al escudo de lord Gawen; la punta roma salió desviada como había sucedido con ser Abelar Hightower, pero esa vez en dirección contraria, con lo que el golpe se perdió en el aire. La lanza de lord Gawen se rompió contra el pecho del príncipe y este pareció a punto de caer, pero recuperó el equilibrio en el último momento.

En el segundo cruce, Valarr apuntó a la izquierda, en busca del pecho del rival, pero le acertó en el hombro. De todos modos, el impacto bastó para que el anciano caballero perdiera la lanza; agitó el brazo intentando recuperar el equilibrio y acabó por caer. El Príncipe Joven descabalgó y desenvainó la espada, pero el caído lo detuvo con un gesto y se levantó la visera.

—Me rindo, alteza. ¡Buena pelea!

—¡Buena pelea! ¡Buena pelea! —aclamaron los nobles de la tribuna mientras Valarr se arrodillaba para ayudar a incorporarse al caballero de pelo cano.

—No ha sido buena —protestó Egg.

—O te callas o te mando al campamento.

Un poco más allá, los criados sacaban de la liza a ser Joseth Mallister, que yacía inconsciente, mientras el señor del arpa y el señor de la rosa se acometían con hachas sin filo para deleite de la enfervorecida multitud. Dunk estaba tan absorto en Valarr Targaryen que apenas si los veía.

«Es buen caballero, pero nada más —pensó—. Contra él tendría una posibilidad. Con la ayuda de los dioses hasta puede que lo descabalgara, y una vez en tierra le ganaría en fuerza y altura».

—¡Dale duro! ¡Dale duro! —gritó Egg con alegría, mientras daba saltitos de emoción sobre los hombros de Dunk—. ¡Eso! ¡Bien! ¡Ya es tuyo, ya es tuyo!

Por lo visto, su favorito era lord Carón; el arpista había elegido otra clase de música para aquel combate y hacía retroceder a lord Leo al ritmo del acero contra el acero. La multitud estaba dividida a partes iguales: la misma cantidad de vítores e insultos se entremezclaban en la brisa matinal. Del escudo de lord Leo saltaban

desconchones de madera y pintura cada vez que el hacha de lord Pearse deshojaba la rosa dorada, arrancándole los pétalos uno a uno hasta que un último golpe partió el escudo en dos. Pero en el instante en que el hacha quedó incrustada en la madera, el hacha de lord Leo cayó sobre el mango de la de su adversario y la partió a un palmo de la mano que la sostenía. Lord Leo arrojó el escudo destrozado y de repente era él quien acometía, y el caballero del arpa no tardó en caer sobre una rodilla para entonar una melodía de rendición.

No hubo grandes novedades durante el resto de la mañana ni hasta bien entrada la tarde. Los desafiantes fueron ocupando la liza de dos en dos o de tres en tres, a veces hasta en grupos de cinco. Las trompetas sonaban, los heraldos anunciaban nombres, los caballos cargaban, el público aplaudía, las lanzas se quebraban como ramitas y las espadas entrechocaban contra yelmos y cotas de malla. Pueblo y nobles coincidieron en que las justas habían sido espléndidas. Ser Humfrey Hardyng y ser Humfrey Beesbury, un caballero joven y osado que lucía franjas negras y amarillas y llevaba tres colmenas en el escudo, partieron nada menos que una docena de lanzas por cabeza en un combate épico que el pueblo no tardó en bautizar como la batalla de los Humfreys. Ser Jon Penrose consiguió descabalar a ser Tybolt Lannister, a quien además se le rompió la espada en la caída, pero este contraatacó solo con el escudo, ganó el lance y no perdió la posición de campeón. Ser Robyn Rhysling, un caballero tuerto de rostro curtido y barba entrecana, perdió el yelmo con una lanzada de lord Leo en el primer cruce, y pese a ello rehusó rendirse. Cabalgaron el uno contra el otro en tres ocasiones más; el viento azotaba la cabellera de ser Robyn y las astillas de lanza le volaban como cuchillos de madera alrededor del rostro desprotegido. Dunk se quedó aún más asombrado al enterarse por Egg de que ser Robyn había perdido el ojo hacía menos de cinco años precisamente por culpa de una astilla. Leo Tyrell era demasiado caballeroso para apuntarle a la cabeza desprotegida, pero la terca valentía (o locura temeraria) del caballero dejó pasmado a Dunk. Al final, el señor de Altojardín acertó a ser Robyn de lleno en el peto, justo encima del corazón, y lo lanzó rodando por tierra.

Ser Lyonel Baratheon protagonizó también varios choques memorables. Solía estallar en estruendosas carcajadas cada vez que un adversario de menor importancia le tocaba el escudo, y mientras cabalgaba contra ellos y los desmontaba no paraba de reír. Si el desafiante llevaba un yelmo con cimera, ser Lyonel se lo arrancaba y lo lanzaba al público. Las cimeras eran adornos de madera tallada o cuero repujado y podían llevar un baño de oro o esmalte; en ocasiones incluso estaban forjadas en plata pura, de modo que semejante costumbre resultaba un tanto enojosa para los caballeros derrotados, pero lo convirtió en el favorito de la plebe. Llegó un momento en que solo lo desafiaban caballeros sin cimera. Sin embargo, Dunk pensó que, por muchas veces que sonara la risotada de ser Lyonel al descabalar a un desafiante, el contendiente del día sería ser Humfrey Hardyng, que había derrotado a catorce caballeros, a cuál más formidable.

Mientras, el Príncipe Joven seguía sentado a la entrada del pabellón negro, bebiendo de la copa de plata, y de vez en cuando se levantaba para montar a caballo y derrotar a otro caballero mediocre. Había obtenido nueve victorias, pero Dunk tenía la sensación de que ninguna suponía un verdadero triunfo.

«Ha derrotado a viejos, a unos pocos caballeros que han sido escuderos hasta ayer y a unos pocos señores con más abolengo que destreza. Los hombres peligrosos de verdad pasan de largo como si no vieran su escudo».

Ese mismo día, ya al anochecer, la fanfarria anunció que entraba en liza otro desafiante. Cabalgaba a lomos de un gran corcel alazán de bardas negras, bajo las que se atisbaba otra tela de destellos anaranjados, amarillos y escarlatas. Al acercarse a la tribuna para presentarse a los nobles, Dunk divisó el rostro bajo la visera alzada y reconoció al príncipe que se había encontrado en los establos de lord Ashford.

—¡Para, que me vas a ahogar! —Dunk tuvo que separar las rodillas de Egg, que de pronto le apretaba las piernas en torno al cuello.

—¡El príncipe Aerion Llamabrillante! —proclamó un heraldo—. ¡De la Fortaleza Roja de Desembarco del Rey! ¡Hijo de Maekar, príncipe de Refugio Estival, de la casa Targaryen! ¡Nieto de Daeron el Bueno, el segundo de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos!

Aerion lucía en el escudo un dragón de tres cabezas, representado con colores mucho más vivos que el de Valarr. Una cabeza era naranja; otra, amarilla; la tercera, roja, y las llamas que escupían tenían el brillo del pan de oro. La sobrevesta era un remolino de humo y fuego, y un penacho de llamas esmaltadas en rojo coronaba el yelmo.

Tras detenerse un instante para bajar la lanza ante el príncipe Baelor, pausa tan breve que quedó en mera formalidad, galopó hasta el norte de la liza y pasó de largo el pabellón de lord Leo y el de Tormentalegre. Solo tiró de las riendas al acercarse a la tienda del príncipe Valarr. El Príncipe Joven se levantó y se quedó rígido junto al escudo; por un instante, Dunk pensó que Aerion iba a escogerlo a él..., pero se echó a reír, pasó de largo y tocó con la punta de la lanza los rombos de ser Humfrey Hardyng.

—¡Sal de ahí, caballerito! —entonó en voz alta y clara—. ¡Es hora de que te enfrentes al dragón!

Ser Humfrey saludó a su oponente con un gesto frío mientras sacaban su corcel. Después, como si aquel no estuviera, montó, se ajustó el yelmo y cogió la lanza y el escudo. Los espectadores aguardaron en silencio mientras los dos caballeros ocupaban sus posiciones. Dunk oyó el sonido metálico de la visera del príncipe Aerion al caer. El toque del cuerno hendió el aire.

Ser Humfrey partió al trote y luego pasó al galope, pero el rival picó espuelas desde el principio. Egg volvió a tensar las piernas.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritó de repente—. ¡Ya es tuyo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —Dunk no sabía a qué caballero jaleaba.

La lanza del príncipe Aerion, con punta de oro y asta a franjas rojas, naranjas y amarillas, cruzó la barrera en trayectoria descendente.

«Está baja, muy baja —pensó Dunk de inmediato—. Así no le dará a ser Humfrey, sino al caballo; tiene que subir la lanza». Y entonces, con creciente horror, empezó a sospechar que Aerion no tenía la menor intención de subir la lanza. «No irá a...».

En el último momento, el corcel de ser Humfrey se encabritó, con los ojos abiertos de pavor, pero era demasiado tarde. La lanza de Aerion alcanzó al animal justo encima de la armadura que le protegía el esternón y salió por la parte de atrás del cuello con un chorro de sangre. El caballo se derrumbó de lado con un relincho de dolor y destrozó la barrera de madera en la caída. Ser Humfrey trató de saltar, pero se le quedó un pie enganchado en el estribo, y en todo el campo se oyó el alarido cuando el peso del caballo le aplastó la pierna contra la valla astillada.

La dehesa de Vado Ceniza era un clamor. Varios hombres corrieron hasta la liza para rescatar a ser Humfrey, pero el caballo agonizante coceaba e impedía que se acercaran. Aerion, que había seguido cabalgando como si tal cosa pese a la carnicería, hizo dar media vuelta a la montura y volvió al galope. Él también gritaba algo, pero las palabras quedaron ahogadas por los alaridos casi humanos del caballo. El príncipe desmontó de un salto, desenvainó la espada y se dirigió hacia el enemigo caído, e hicieron falta sus propios escuderos y uno de ser Humfrey para contenerlo. Egg se retorció en los hombros de Dunk.

—¡Bajadme! —exclamó el chiquillo—. Pobre caballo, ¡bajadme!

Dunk también tenía el estómago revuelto.

«¿Qué haría yo si le hicieran semejante cosa a Trueno?». Un hombre remató al corcel de ser Humfrey con un hacha para poner fin a los atroces relinchos. Dunk se dio la vuelta y se abrió paso entre el gentío para alejarse. Solo cuando llegó a terreno abierto se bajó a Egg de los hombros. Al crío se le había escurrido la capucha y tenía los ojos enrojecidos.

—Ha sido un espectáculo terrible, sí —le dijo—, pero un escudero tiene que ser fuerte. Mucho me temo que en otros torneos verás accidentes aún peores.

—No ha sido un accidente. —A Egg le temblaban los labios—. Aerion lo ha hecho adrede, ya lo habéis visto.

Dunk frunció el ceño. Esa misma impresión le había dado a él, pero le costaba imaginar a un caballero actuando con tan poca nobleza, y menos a uno de la sangre del dragón.

—Yo he visto a un caballero más verde que la hierba de verano que no ha sabido controlar la lanza —replicó, testarudo—, y no se te ocurra decir lo contrario. Me parece que el torneo ha terminado por hoy. Vamos, chico.

Dunk había estado en lo cierto con respecto al fin de las justas del día. Para cuando hubieron despejado la liza, el sol se ponía ya, con lo que lord Ashford decretó

el alto. Las sombras de la noche empezaron a cubrir el prado y un centenar de antorchas iluminó la hilera de tenderetes de los comerciantes. Dunk compró un cuerno de cerveza para él y medio cuerno para el niño, para levantarle la moral, y vagabundearon por el prado para escuchar el son animado de flautas y tambores y ver una función de marionetas sobre Nymeria, la reina guerrera de los diez mil barcos. Los titiriteros solo tenían dos barcos, pero se las arreglaron para montar una batalla naval la mar de emocionante. A Dunk le habría gustado hablar con la muchacha, Tanselle, para preguntarle si había terminado de pintarle el escudo, pero vio que estaba muy ocupada.

«Esperaré a que acabe la jornada —pensó—. A lo mejor entonces tiene sed».

—Ser Duncan —llamó una voz a su espalda—. ¡Ser Duncan! —repitió. Solo entonces Dunk recordó que se trataba de él—. Os he visto hoy entre los espectadores, con este muchachito a hombros. —Raymun Fossoway se acercó a ellos con una sonrisa—. Como para no veros.

—Es mi escudero. Egg, te presento a Raymun Fossoway. —Dunk tuvo que empujar a Egg para que se adelantara, y el chico masculló un saludo con la cabeza gacha y la vista clavada en las botas de Raymun.

—Un placer, muchacho —respondió el hombre con amabilidad—. ¿Por qué no presenciáis el torneo desde la tribuna? Todos los caballeros son bienvenidos.

Dunk se encontraba a sus anchas entre campesinos y criados; la sola idea de sentarse entre damas, señores y caballeros con tierras lo hacía sentir incómodo.

—No habría querido ver mejor la última justa.

—Ni yo. —Raymun esbozó una mueca de disgusto—. Lord Ashford ha declarado vencedor a ser Humfrey y le ha otorgado el corcel del príncipe Aerion, pero no podrá seguir adelante. Tiene la pierna rota por dos partes. El príncipe Baelor le ha enviado a su propio maestro para que lo atienda.

—¿Van a elegir a otro campeón para ocupar el lugar de ser Humfrey?

—Lord Ashford tenía intención de darle su puesto a lord Carón, o tal vez al otro ser Humfrey, el que tan bien ha justado con Hardyng, pero el príncipe Baelor le ha dicho que, dadas las circunstancias, no estaría bien retirar el pabellón y el escudo de ser Humfrey. Creo que van a seguir con cuatro campeones en vez de cinco.

«Cuatro campeones. Leo Tyrell, Lyonel Baratheon, Tybolt Lannister y el príncipe Valarr». Durante el primer día había presenciado lo suficiente como para darse cuenta de lo escaso de sus posibilidades contra cualquiera de los tres primeros, con lo que solo quedaba...

«Un caballero errante no puede desafiar a un príncipe. Valarr es el segundo en la línea sucesoria al Trono de Hierro. Es hijo de Baelor Rompelanzas, de la sangre de Aegon el Conquistador, el Joven Dragón y el príncipe Aemon el Caballero Dragón, y yo no soy más que un mocoso que el anciano sacó del Lecho de Pulgas».

Le dolía la cabeza solo de pensar en ello.

—¿A quién va a retar vuestro primo? —preguntó a Raymun.

—Si nada cambia, a ser Tybolt. Todos están muy igualados. Pero mi primo sigue las justas con atención, así que si mañana algún hombre resulta herido, o muestra signos de fatiga o debilidad, Steffon correrá a tocarle el escudo, os lo aseguro. Nunca lo acusarán de ser demasiado caballeroso. —Soltó una carcajada como para quitar hierro a sus palabras—. ¿Queréis tomar una copa de vino conmigo, ser Duncan?

—Tengo que ocuparme de un asunto —respondió Dunk, incómodo ante la idea de aceptar una invitación que luego no podría devolver.

—Si queréis, me quedo aquí y os llevo el escudo cuando termine la función, señor —intervino Egg—. Luego van a representar Symeon Ojos de Estrella, y el dragón luchará de nuevo.

—Ahí lo tenéis: el chico se ocupa del asunto, y el vino nos espera —dijo Raymun—. Es una cosecha del Rejo, no podéis rechazarlo.

Ya sin excusas, Dunk no tuvo más remedio que seguirlo y dejar a Egg con los titiriteros. La manzana de la casa Fossoway ondeaba sobre el pabellón dorado donde Raymun servía a su primo. Detrás de la tienda, dos criados regaban con miel y hierbas una cabra que estaba asándose en un pequeño fuego.

—También hay comida, si tenéis hambre —comentó Raymun con tono ligero, sujetando la puerta de la tienda para que entrara Dunk. En el interior, un brasero de carbones al rojo proporcionaba luz y una agradable calidez. Raymun llenó dos copas de vino—. Se dice que Aerion está rabioso con lord Ashford por haberle entregado su caballo a ser Humírey —explicó—, pero me juego lo que sea a que fue idea de su tío. —Tendió una copa de vino a Dunk.

—El príncipe Baelor es un hombre de honor.

—Pero el Príncipe Luminoso no, ¿eh? —Raymun se echó a reír—. No pongáis esa cara de susto, ser Duncan, aquí solo estamos nosotros dos. No es ningún secreto que Aerion es mal bicho. Gracias a los dioses está muy abajo en la línea sucesoria.

—¿De verdad creéis que quería matar al caballo?

—¿Os cabe la menor duda? Si el príncipe Maekar estuviera aquí, otro gallo cantaría, creedme. Si es verdad lo que se dice, cuando su padre está mirando, Aerion es todo sonrisas y caballerosidad. Pero cuando no...

—Me he fijado en que la silla del príncipe Maekar estaba vacía.

—Ha salido de Vado Ceniza para buscar a sus hijos, en compañía de Roland Crakehall, de la Guardia Real. Hay rumores de caballeros salteadores en la zona, pero me juego lo que sea a que el príncipe solo está por ahí emborrachándose otra vez.

El vino era delicioso y afrutado, el mejor que había probado en su vida. Lo paladeó antes de tragar.

—¿A qué príncipe os referís ahora?

—Al heredero de Maekar, Daeron. Le pusieron el nombre en honor al rey, pero todo el mundo lo llama Daeron el Borracho, aunque no delante de su padre. Iba con su hermano pequeño. Salieron juntos de Refugio Estival, pero no llegaron a Vado Ceniza. —Raymun apuró la copa y la dejó a un lado—. Pobre Maekar.

—¿Pobre? —Dunk se sobresaltó—. ¿Pobre, el hijo del rey?

—Es hijo del rey, pero el cuarto —puntualizó Raymun—. No es ni tan osado como el príncipe Baelor, ni tan astuto como el príncipe Aerys, ni tan amable como el príncipe Rhaegel. Y ahora pasa por el mal trago de ver a sus propios hijos a la sombra de los de su hermano. Daeron es un borracho, Aerion es cruel y engreído, el tercero prometía tan poco que lo enviaron a la Ciudadela para que se hiciera maestro, y el pequeño...

—¡Ser Duncan! ¡Ser Duncan! —Egg entró jadeante. No llevaba puesta la capucha, y la luz del brasero se le reflejaba en los enormes ojos oscuros—. ¡Venid, señor, deprisa! ¡Le está haciendo daño!

Dunk se puso en pie, confuso.

—¿Quién está haciendo daño a quién?

—¡Aerion! —gritó el niño—. ¡Le está haciendo daño a la chica de las marionetas! ¡Venid, deprisa! —Dio media vuelta y volvió a perderse en la noche.

Dunk hizo ademán de correr tras él, pero Raymun lo agarró del brazo.

—Ser Duncan. Ha dicho que era Aerion. Lleva sangre real. Id con cuidado.

Sabía que era un buen consejo, que el anciano le habría dicho lo mismo, pero no podía atenderlo. Se liberó de la mano de Raymun y salió precipitadamente del pabellón. Llegaban gritos de los puestos de los comerciantes. Egg ya estaba lejos, pero corrió tras él. Tenía las piernas largas y el chiquillo era pequeño, así que no tardó en alcanzarlo.

En torno a los titiriteros se había formado un muro de mirones. Dunk se abrió paso a codazos sin prestar la menor atención a los insultos. Un soldado que lucía los colores de la casa real se adelantó para cerrarle el paso, pero Dunk solo tuvo que ponerle una manaza en el pecho para hacerlo caer de culo.

Habían tirado el tenderete de los titiriteros y la obesa domniense lloraba, echada en el suelo. Un soldado sujetaba las marionetas de Florian y Jonquil mientras otro les prendía fuego con la antorcha. Tres más estaban abriendo los baúles y desparramando las marionetas por el suelo para luego pisotearlas. El dragón estaba completamente despedazado: un ala por un lado, la cabeza por otro, la cola partida en tres trozos... Y, en el centro del caos, se erguía el príncipe Aerion, esplendoroso, con un jubón de terciopelo rojo y mangas largas y amplísimas, retorciéndole el brazo a Tanselle con las dos manos. La muchacha estaba de rodillas y suplicaba, pero Aerion no le hacía caso; le abrió la mano y le agarró un dedo. Dunk se quedó mirando como un idiota, sin creerse lo que estaba viendo. Se oyó un chasquido y Tanselle gritó.

Uno de los hombres de Aerion trató de asirlo y salió volando por los aires. Con tres zancadas, Dunk se plantó al lado del príncipe y lo obligó a volverse. Se olvidó de la espada, del puñal y de todo lo que el anciano le había enseñado. De un puñetazo derribó a Aerion y luego le asestó una patada en el estómago. Cuando el príncipe fue a sacar el cuchillo, Dunk le pisó la muñeca y le dio otra patada, esta en la boca. Lo habría pateado allí mismo hasta matarlo, pero los hombres del príncipe se

abalanzaron sobre él y se encontró con un soldado colgado de cada brazo mientras un tercero le aporreaba la espalda. Se liberó de uno, pero dos más se le echaron encima.

Al fin, entre todos, consiguieron derribarlo y le sujetaron los brazos y las piernas contra el suelo. Aerion se había puesto en pie; tenía la boca llena de sangre y se exploraba una encía con el dedo.

—Me has aflojado un diente, así que para empezar vamos a rompértelos todos. — Se apartó el pelo de los ojos—. Tu cara me suena.

—Me tomasteis por un mozo de cuadra.

—Ya me acuerdo. —Aerion esbozó una sonrisa sanguinolenta—. Te negaste a cogerme el caballo. ¿Por qué has tirado tu vida por la borda? ¿Por esta puta? — Tanselle estaba en el suelo hecha un ovillo, sujetándose la mano herida. El príncipe le dio un puntapié—. No vale la pena, es una traidora. El dragón no puede perder.

«Está loco —pensó Dunk—, pero es un príncipe. Y va a matarme». Casi le entraron ganas de rezar, pero no se sabía entera ninguna plegaria, y además tampoco había tiempo. No había tiempo ni para tener miedo.

—¿Nada más que decir? —bufó Aerion—. Qué aburrimiento. —Volvió a hurgarse la boca ensangrentada—. Sáltale los dientes a martillazos, Wate —ordenó—. Luego lo rajaremos para ver de qué color tiene las tripas.

—¡No! —chilló una voz infantil—. ¡No le hagas daño!

«Por los dioses, el niño, este niño es un valiente y un idiota», pensó Dunk. Se debatió contra los brazos que lo contenían, pero no sirvió de nada.

—¡Cállate, bobo! ¡Vete de aquí! ¡Van a hacerte daño!

—No van a tocarme. —Egg se acercó más—. Y si me tocan tendrán que responder ante mi padre. Y ante mi tío. ¡He dicho que lo sueltes! ¡Wate, Yorkel, ya sabéis quién soy! ¡Obedeced!

Primero lo soltaron las manos que le agarraban el brazo izquierdo; luego, las demás. Dunk no entendía qué estaba pasando. Los soldados retrocedían; uno incluso se arrodilló. En ese momento la multitud congregada abrió paso a Raymun Fossoway, que se había puesto el yelmo y la cota de malla y había echado mano al puño de la espada. Lo seguía su primo, ser Steffon, con la hoja ya desenvainada, y detrás de ellos desfilaba media docena de soldados con el emblema de la manzana roja bordado en el pecho.

El príncipe Aerion no les hizo caso.

—Mocoso insolente. —Escupió un gargajo sanguinolento a los pies del niño—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he cortado, hermano. No quería parecerme a ti.

El segundo día de torneo amaneció encapotado, con un viento racheado que soplaba del oeste.

«Con este tiempo habrá menos gente —pensó Dunk—. Habríamos podido coger sitio en la valla para ver las justas de cerca. Egg se habría sentado en la baranda y yo me habría quedado de pie detrás de él».

Pero no. Egg se sentaría en la tribuna, vestido con sedas y pieles, y las vistas de Dunk se limitarían a las cuatro paredes de la celda de la torre donde lo habían encerrado los hombres de lord Ashford. La estancia tenía una ventana, pero no daba al prado. Pese a ello, Dunk se acomodó como pudo en el poyo para ver amanecer y contempló con ánimo lúgubre el pueblo, los sembrados y, más allá, el bosque. Le habían quitado el cinto de cáñamo con la espada y el puñal, así como el dinero. Ojalá Egg o Raymun se acordaran de Tostada y Trueno.

—Egg —murmuró. Su escudero, un pobre chiquillo de las calles de Desembarco del Rey. ¿Habría habido alguna vez caballero más estúpido? «Dunk el Tocho, seso de corcho, más lento que un uro».

No le habían dejado hablar con Egg después de que los hombres de lord Ashford se los llevaran lejos de los titiriteros. Ni con Raymun, ni con Tanselle, ni con nadie, ni siquiera con lord Ashford. ¿Volvería a verlos alguna vez? Quizá lo tendrían allí encerrado hasta que muriera.

«¿Y qué creía yo que iban a hacerme? He tumbado a un príncipe y le he pateado la cara».

Bajo aquel cielo plumizo, las galas de los señores nobles y los grandes campeones no lucirían con el esplendor del día anterior. Tras el manto de nubes, el sol no encendería los yelmos de acero ni arrancaría destellos a los engastes de oro y plata; aun así, Dunk habría dado cualquier cosa por estar en medio de la multitud y presenciar las justas. Sería buen día para los caballeros errantes, para los hombres de armaduras sencillas y caballos sin bardas.

Lo que sí podía era oír el fragor del torneo. Los cuernos de los heraldos le llegaban con claridad, y de cuando en cuando el clamor de la multitud le indicaba que alguien había caído, o se había levantado, o había sucedido algo notable. También percibía el repiqueteo amortiguado de los cascos de los caballos y, solo muy de vez en cuando, el choque de las espadas o el chasquido de las lanzas al quebrarse. Ese último sonido le hacía mudar el gesto, porque le recordaba el crujido que se oyó cuando Aerion le rompió el dedo a Tanselle. Otros ruidos eran más cercanos: pisadas en el corredor junto a la puerta, cascos de caballos en el patio de abajo, gritos y voces en la muralla del castillo... A veces llegaban a ahogar los del torneo. «Mejor así», pensó Dunk.

«No hay caballero más auténtico que el caballero errante, Dunk —había afirmado el anciano en cierta ocasión, mucho tiempo atrás—. Algunos caballeros sirven al señor que los mantiene, o al que les da las tierras, pero nosotros servimos a quien queremos, a hombres en cuyas causas creemos. Todo caballero jura proteger al débil y al inocente, pero me parece que nosotros somos los que mejor cumplimos el juramento». Era raro que de repente lo recordara con tanta claridad. Dunk casi se había olvidado de aquellas palabras. Tal vez, hacia el final de su vida, el anciano también las hubiera olvidado.

La mañana dejó paso a la tarde, y los sonidos lejanos del torneo se apagaron y

murieron. Las sombras del ocaso se colaron en la celda, pero Dunk siguió sentado en el poyo de la ventana, con la vista clavada en la creciente oscuridad y esforzándose por no escuchar las protestas de su estómago.

En ese momento oyó pisadas y el tintineo de unas llaves de hierro. Se levantó de golpe cuando se abrió la puerta. Entraron dos guardias, uno con una lámpara de aceite, seguido de un criado con una bandeja de comida. Y de Egg.

—Dejad la lámpara y la comida y marchaos —les dijo el niño.

Hicieron tal como les ordenó, aunque Dunk advirtió que dejaban entreabierta la pesada puerta de madera. Con el olor de la comida se dio cuenta de lo hambriento que estaba. En la bandeja había pan caliente y miel, un cuenco de gachas de guisantes y un espetón de cebollas y carne asada, todo bien tostado. Se sentó junto a la bandeja, arrancó un pellizco de pan y se lo metió en la boca.

—No hay cuchillo —señaló—. ¿Qué pasa? ¿Piensan que te voy a apuñalar?

—No suelen decirme lo que piensan. —Egg llevaba un jubón de lana negra ceñido a la cintura, con mangas largas forradas de raso rojo. En el pecho lucía un bordado con el dragón de tres cabezas de la casa Targaryen.

—Mi tío dice que tengo que suplicaros humildemente vuestro perdón por haberos engañado.

—Tu tío. O sea, el príncipe Baelor.

El chico parecía avergonzado.

—No quería mentiros.

—Pues me mentiste. En todo, empezando por tu nombre. Nunca he oído hablar del príncipe Egg.

—Es el diminutivo de Aegon, me lo puso mi hermano Aemon. Ahora está en la Ciudadela, estudiando para maestro. Daeron a veces también me llama Egg, igual que mis hermanas.

Dunk cogió el espetón y le hincó el diente a la carne. Era cabra, con alguna especia de esas que usaban los nobles y que él no había probado nunca. Un churretón de grasa le corrió por la barbilla.

—Aegon —repitió—. Claro, como Aegon el Dragón. ¿Cuántos hombres llamados Aegon han llegado a reyes?

—Cuatro —replicó el niño al instante—. Ha habido cuatro con el nombre de Aegon.

Dunk masticó, tragó y cogió otro trozo de pan.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué fue, una especie de broma para tomarle el pelo a un caballero errante medio idiota?

—No. —Al niño se le llenaron los ojos de lágrimas, pero tuvo la valentía de no moverse de allí—. Iba a ser el escudero de Daeron, mi hermano mayor. Aprendí todo lo que necesitaba para ser un buen escudero, pero es que Daeron no es muy buen caballero. No quería tomar parte en el torneo, así que, cuando salimos de Refugio Estival, dio esquinazo a la escolta, pero en vez de volver sobre sus pasos enfiló hacia

Vado Ceniza porque pensó que nadie nos buscaría por ese camino. Él fue quien me afeitó la cabeza. Sabía que mi padre mandaría a sus hombres a buscarnos. Daeron tiene un pelo corriente, castaño claro, no llama la atención, pero el mío es como el de Aerion y el de mi padre.

—La sangre del dragón. Pelo de oro blanco y ojos color violeta; lo sabe todo el mundo. —«Seso de corcho, Dunk».

—Eso es. Así que Daeron me rapó. Quería que nos escondiéramos hasta que terminara el torneo, pero entonces me tomasteis por un mozo de cuadra y... —Bajó la vista—. Si Daeron no quiere pelear, que no pelee, pero yo quiero ser el escudero de alguien. Lo siento mucho, señor. Lo siento de verdad.

Dunk lo miró, pensativo. Sabía bien cómo era aquello de desear algo con tantas ganas como para mentir de forma descarada con tal de tenerlo un poco más cerca.

—Creí que eras como yo —dijo al final—. Puede que lo seas, pero no de la manera que pensaba.

—Los dos seguimos siendo de Desembarco del Rey —apuntó el chico, esperanzado.

Dunk no pudo contener una carcajada.

—Sí, tú de la parte de arriba de la colina Alta de Aegon y yo de la de abajo.

—No están tan lejos.

Dunk dio un mordisco a una cebolla.

—¿Y tengo que llamarte «mi señor» o «alteza»?

—En la corte, sí —reconoció el niño—, pero el resto del tiempo podéis seguir llamándome Egg, si queréis. Señor.

—¿Qué van a hacer conmigo, Egg?

—Mi tío quiere veros. Cuando acabéis de comer, señor.

Dunk apartó a un lado la bandeja y se levantó.

—En ese caso, ya he terminado. Le he dado una patada en la boca a un príncipe; no voy a hacer esperar a otro.

Lord Ashford había cedido sus habitaciones al príncipe Baelor durante el torneo, así que Egg (no, Aegon; le costaría acostumbrarse) lo acompañó hasta las estancias del señor del castillo. Baelor estaba leyendo a la luz de una vela de cera. Dunk se arrodilló ante él.

—Levantaos —dijo el príncipe—. ¿Os apetece un poco de vino?

—Como vos digáis, alteza.

—Sírvele a ser Duncan una copa de tinto dulce de Dome, Aegon —ordenó el príncipe—. Y no se lo tires encima, que ya le has hecho bastante mal.

—No va a tirarlo, alteza —intervino Dunk—. Es un buen muchacho. Y un buen escudero. Sé que no quería causarme ningún mal.

—Pero lo causó, aunque no quisiera. Cuando vio cómo se estaba portando su hermano con los titiriteros, Aegon tendría que haber acudido a mí, pero os alertó a

vos. Flaco favor os hizo. Vuestra reacción, señor... Bueno, tal vez yo habría hecho lo mismo en vuestro lugar, pero yo soy príncipe de nacimiento, no caballero errante. Sea cual sea el motivo, no es nada recomendable atacar al nieto de un rey.

Dunk asintió, sombrío. Egg le ofreció una copa de plata rebosante de vino. La aceptó y bebió un largo trago.

—Aerion es malo —insistió Egg—. Y tuve que ir a buscar a ser Duncan, tío. El castillo estaba muy lejos.

—Aerion es tu hermano, y los septones dicen que tenemos que amar a nuestros hermanos —replicó el príncipe con firmeza—. Déjanos a solas, Aegon, quiero hablar a solas con ser Duncan.

El niño dejó la frasca de vino en la mesa e hizo una reverencia rígida.

—Como deseas, alteza. —Salió de la estancia y cerró la puerta con suavidad.

Baelor Rompelanzas miró largo rato a Dunk a los ojos.

—Voy a haceros una pregunta, ser Duncan. Sed sincero. ¿Sois buen caballero? ¿Hasta qué punto sois diestro con las armas?

Dunk no supo qué responder.

—Ser Arlan me enseñó a manejar la espalda y el escudo, y he practicado con las anillas y el estafermo.

No era la respuesta que el príncipe Baelor habría querido oír.

—Mi hermano Maekar ha vuelto al castillo hace un rato. Ha encontrado a su heredero borracho en una posada, a un día a caballo hacia el sur. Maekar no lo reconocerá, pero creo que tenía la esperanza de que sus hijos brillaran más que los míos en este torneo. Y en vez de eso lo han avergonzado, pero ¿qué puede hacer? Son sangre de su sangre. Está furioso y necesita alguien en quien descargar la rabia, y os ha tocado a vos.

—¿A mí? —Dunk se quedó helado.

—Aerion ha convencido a su padre, y Daeron tampoco os ha hecho ningún favor. Para ocultar su cobardía, le ha dicho que un caballero salteador muy alto al que se encontraron por casualidad en el camino se llevó a Aegon. Me temo que os ha tocado el papel del caballero salteador, ser Duncan. En la versión de Daeron, se ha pasado todos estos días persiguiéndoos por todas partes para rescatar a su hermano.

—Pero Egg..., digo, Aegon, le dirá la verdad.

—No me cabe duda —respondió el príncipe Baelor—, pero no sería la primera vez que el chico se inventa una mentira, como no tengo necesidad de recordaros. ¿A qué hijo creerá mi hermano? En cuanto a los titiriteros, para cuando Aerion termine de retorcer la historia serán culpables de alta traición. El dragón es el emblema de la casa real, así que representar una función en la que lo matan y le brota del cuello serrín rojo... En fin, seguro que no hubo mala intención, pero tampoco fue lo más inteligente. Aerion dice que es un ataque velado contra la casa Targaryen, una incitación a la revuelta, y Maekar le dará la razón. Mi hermano es susceptible por naturaleza y, tras la decepción de Daeron, todas sus esperanzas están puestas en

Aerion. —El príncipe bebió un poco de vino y dejó la copa—. Al margen de lo que mi hermano crea o deje de creer, hay algo indiscutible: habéis puesto las manos sobre la sangre del dragón, y por ese agravio hay que juzgaros y castigaros.

—¿Castigarme? —Eso no pintaba bien.

—Aerion pide vuestra cabeza, con o sin dientes. No se la daremos, os lo prometo, pero no puedo negarle un juicio. Mi regio padre se encuentra a muchos cientos de leguas de aquí, así que mi hermano y yo seremos los jueces, junto con lord Ashford, ya que estamos en sus tierras, y lord Tyrell de Altojardín, de quien es vasallo. La última vez que se declaró culpable a un hombre por golpear a un miembro de la realeza se decretó que perdiera la mano infractora.

—¿Me quieren cortar la mano? —Dunk se horrorizó.

—Y el pie. Porque también le disteis una patada, ¿no?

Dunk se quedó sin palabras.

—No os quepa duda de que pediré clemencia a los otros jueces. Soy la mano del rey y el heredero del trono, así que mi palabra tiene cierto peso. Pero la de mi hermano también, y ahí está el riesgo.

—No... —farfulló Dunk—. Alteza, no era... —«No cometieron ninguna traición; solo era un dragón de madera, no un príncipe», habría querido decir, pero volvió a quedarse sin palabras. Nunca se le habían dado bien los discursos.

—Tenéis otra salida —planteó el príncipe Baelor con voz pausada—, lo que no sé es si es mejor o peor. Os recuerdo que cualquier caballero acusado de un crimen tiene derecho a pedir un juicio por combate. De modo que os lo preguntaré una vez más, ser Duncan el Alto. ¿Hasta qué punto sois diestro con las armas? Hablad con sinceridad.

—Un juicio a siete —exigió el príncipe Aerion con una sonrisa—. Que yo sepa, estoy en mi derecho.

El príncipe Baelor tamborileó en la mesa con los dedos, frunciendo el ceño. Lord Ashford, a su izquierda, asintió pausadamente.

—¿Por qué? —inquirió el príncipe Maekar al tiempo que se inclinaba hacia su hijo—. ¿Tienes miedo de enfrentarte a solas a este caballero errante y que los dioses decidan si tus acusaciones son ciertas?

—¿Miedo? ¿De un caballero de su ralea? No digas tonterías, padre. Solo pienso en mi querido hermano. Daeron también ha sufrido la afrenta de este tal ser Duncan, y tiene más derecho que yo a pedir su sangre. Un juicio a siete permitirá que los dos nos enfrentemos a él.

—A mí no me hagas favores, hermano —masculló Daeron Targaryen. El hijo mayor del príncipe Maekar tenía un aspecto aún peor que cuando Dunk se lo cruzó en la posada. Parecía sobrio y no llevaba manchas de vino en el jubón rojo y negro, pero tenía los ojos inyectados de sangre y una fina película de sudor le cubría la frente—. Me daré por satisfecho con aplaudirte cuando mates a este bribón.

—Qué bueno eres conmigo, querido hermano —replicó el príncipe Aerion deshaciéndose en sonrisas—, pero sería egoísta por mi parte privarte del derecho de probar con tu persona que dices la verdad. Insisto en que sea un juicio a siete.

Dunk no entendía nada.

—Altezas, señores..., no sé de qué habláis. ¿Qué es un juicio a siete?

El príncipe Baelor, incómodo, cambió de posición en la silla.

—Es otra forma de juicio por combate, muy antigua; rara vez se solicita. Llegó del otro lado del mar Angosto con los ándalos y sus siete dioses. En cualquier juicio por combate, acusador y acusado piden a los dioses que zanjen la cuestión que los enfrenta. Los ándalos creían que, si en cada bando luchaban siete campeones, los dioses, así honrados, serían más propensos a inclinar la balanza hacia el lado de la justicia.

—O a lo mejor es que les gustaban las peleas —comentó lord Leo Tyrell con el atisbo de una sonrisa cínica en los labios—. En todo caso, ser Aerion está en su derecho. Que sea un juicio a siete.

—¿Tengo que luchar contra siete hombres? —preguntó Dunk, acongojado.

—Pero no a solas, ser Duncan —replicó el príncipe Maekar con impaciencia—. No os hagáis el tonto, que no os servirá de nada. El combate es de siete contra siete, así que tenéis que buscar otros seis caballeros que luchen a vuestro lado.

«Seis caballeros». Tanto habría dado que le pidieran que se buscara a seis mil. No tenía hermanos, ni primos, ni viejos camaradas que lo hubieran acompañado en combate. ¿Por qué iban seis desconocidos a arriesgar la vida por un caballero errante contra dos príncipes de sangre real?

—Altezas, señores, ¿y si nadie quiere estar en mi bando?

Maekar Targaryen le lanzó una mirada gélida.

—Si una causa es justa, tendrá hombres buenos que luchen por ella. Si no encontráis campeones, será porque sois culpable, señor. ¿No salta a la vista?

Jamás se había sentido Dunk tan solo como cuando salió por las puertas del castillo de Vado Ceniza y oyó caer el rastrillo a sus espaldas. Caía una llovizna suave, de gotas como el rocío, pero al mero tacto se estremeció. Al otro lado del río, círculos de colores delataban los pocos pabellones donde aún ardían las hogueras. Se dio cuenta de que ya había pasado la mitad de la noche; en pocas horas llegaría el amanecer.

«Y con el amanecer, la muerte».

Le habían devuelto la espada y las monedas, pero sus pensamientos no podían ser más negros. ¿Esperarían que ensillara el caballo y huyera? Nadie se lo impedía, pero, claro, así acabarían sus sueños de una vida de caballero. No sería más que un fugitivo hasta el día en que cualquier señor diera con él y le cortara la cabeza.

«Más vale morir como caballero que vivir así», se dijo con tozudez. Calado hasta las rodillas, pasó junto a la liza desierta. Casi todos los pabellones estaban a oscuras y

sus dueños dormían desde hacía rato, pero en algunos aún ardían las velas. De una tienda escapaban gemidos y grititos de placer, y Dunk se preguntó si moriría sin haber yacido con una mujer.

En ese momento oyó el bufido de un caballo e inmediatamente reconoció a Trueno. Se volvió en esa dirección y echó a correr, y allí estaba, atado junto a Tostada frente a un pabellón del que emanaba una luz dorada y mortecina. El estandarte del poste central estaba empapado, pero Dunk distinguió la curva oscura de la manzana de los Fossoway. Le pareció un buen augurio.

—Juicio por combate —gimió Raymun—. Por todos los dioses, Duncan, eso quiere decir que habrá lanzas de guerra, manguales, hachas de combate... Las espadas tendrán filo, ¿te das cuenta?

—Raymun el Remolón —se burló su primo, ser Steffon. Llevaba la capa, de lana amarilla, sujeta con un broche de oro y granates en forma de manzana—. No tienes nada que temer, primo, es un combate caballeresco. Y como no eres caballero no te juegas la piel. Al írtenos tenéis un Fossoway, ser Duncan. ¡El maduro! Yo también vi lo que les hizo Aerion a los titiriteros. Estoy con vos.

—Yo también —gruñó Raymun—. Lo que quería decir...

—¿Quién más lucha en nuestro bando, ser Duncan? —lo interrumpió su primo. Dunk extendió las manos vacías.

—No conozco a nadie más. Bueno, sí, a ser Manfred Dondarrion, pero, si no quiso ni avalarme como caballero, no va a arriesgar la vida por mí.

Ser Steffon no pareció preocupado en absoluto.

—Entonces nos hacen falta cinco hombres más, de los buenos. Por suerte tengo más de cinco amigos. Leo Largaespina, Tormentalegre, lord Carón, los Lannister, ser Otho Bracken... Sí, y los Blackwood, aunque un Blackwood y un Bracken no van a luchar nunca en el mismo bando en una melé. Iré a hablar con algunos.

—No les va a hacer gracia que los despiertes —objetó su primo.

—Excelente —replicó ser Steffon—. Si están enfadados, lucharán con más fiereza. Confiad en mí, ser Duncan. Primo, si no vuelvo antes del amanecer, tráeme la armadura y asegúrate de que ensillan y ponen las bardas a Rabia. Me reuniré con vosotros en el prado de los desafiantes. —Soltó una carcajada—. Será un día memorable, estoy seguro. —Cuando salió de la tienda casi parecía feliz.

Raymun, no tanto.

—Cinco caballeros —repitió con tono lóbrego cuando estuvieron a solas—. No es que quiera quitaros la esperanza, Duncan, pero...

—Si vuestro primo puede convencer a esos hombres...

—¿A Leo Largaespina? ¿A la Bestia de Bracken? ¿A Tormentalegre? —Raymun se puso en pie—. No me cabe duda de que los conoce; de lo que ya no estoy tan seguro es de que ellos lo conozcan a él. Steffon ve en esto el camino a la gloria, pero para vos es un asunto de vida o muerte. Será mejor que os busquéis a vuestros

propios hombres. Yo os ayudaré... Más vale que sobren campeones, y no que falten. —Se oyó un ruido, y Raymun giró la cabeza—. ¿Quién va? —inquirió al tiempo que un niño se agachaba para pasar bajo la solapa del pabellón, seguido de un hombre flaco envuelto en una capa negra empapada por la lluvia.

—¿Egg? —Dunk se puso en pie de un salto—. ¿Qué haces aquí?

—Soy vuestro escudero —repuso el niño—. Alguien tiene que poner os la armadura, señor.

—¿Sabe tu señor padre que has salido del castillo?

—Por los dioses, espero que no. —Daeron Targaryen se soltó el broche de la capa y la dejó resbalar hasta el suelo.

—¿Vos? ¿Cómo os atrevéis a venir aquí? —Dunk desenvainó el cuchillo—. Debería hundíroslo en la barriga...

—Estoy de acuerdo, pero preferiría una copa de vino; mirad cómo traigo las manos. —Extendió una para que vieran cómo le temblaba.

Dunk dio un paso hacia él, airado.

—¿Y a mí qué me importan vuestras manos? ¡Habéis mentido acerca de mí!

—Algo tenía que decirle a mi padre, no paraba de preguntar por mi hermano pequeño —replicó el príncipe. Se sentó sin hacer caso de Duncan ni del arma—. Si soy sincero, ni me había dado cuenta de que Egg se había ido. No estaba en la copa de vino, que era el único lugar adonde yo miraba, así que... —Dejó escapar un suspiro.

—Señor, mi padre se va a unir a los siete acusadores —interrumpió Egg—. Le he suplicado que no, pero no me hace caso. Dice que solo así puede limpiar el honor de Aerion. Y el de Daeron.

—Yo no le he pedido a nadie que limpie mi honor —señaló el príncipe Daeron con amargura—. Por mí como si se queda en el cesto de la colada para siempre. Pero estamos como estamos. No creo que sirva de gran cosa, ser Duncan, pero no tenéis nada que temer por mi parte. Si hay algo que me guste menos que los caballos son las espadas. Pesan como muertos y están tan afiladas... Haré lo que pueda por no quedar demasiado mal en la primera carga, pero después..., no sé, podríais darme un buen golpe en el yelmo, de lado. Que suene, pero no muy fuerte, ¿eh?, ya me entendéis. Mis hermanos me superan cuando se trata de luchar, bailar, pensar y leer, pero ninguno me iguala en talento para yacer inconsciente en el barro.

Dunk se quedó mirándolo boquiabierto. ¿Acaso el príncipe le estaba tomando el pelo?

—¿Por qué habéis venido?

—Para deciros lo que os vais a encontrar mañana. Mi padre ha ordenado a la Guardia Real que luche con él.

—¿A la Guardia Real? —A Dunk se le cayó el alma a los pies.

—Bueno, a los tres que han venido al torneo. Gracias a los dioses, el tío Baelor dejó a los otros cuatro en Desembarco del Rey con nuestro regio abuelo.

—Ser Roland Crakehall, ser Donnel del Valle Oscuro y ser Willem Wylde — informó Egg.

—No tienen mucho margen de decisión —explicó Daeron—. Han jurado proteger la vida del rey y de la familia real, y bien saben los dioses que mis hermanos y yo somos de la sangre del dragón.

—Con eso son seis —dijo Dunk tras contar con los dedos—. ¿Quién es el séptimo?

El príncipe Daeron se encogió de hombros.

—Aerion se buscará a alguien, o se comprará un campeón si hace falta. No anda escaso de oro.

—¿A quién tenéis vos? —quiso saber Egg.

—Al primo de Raymun, ser Steffon.

—¿Solo a uno? —Daeron esbozó una mueca.

—Ser Steffon ha ido a hablar con algunos amigos.

—Yo puedo traer gente —dijo Egg—. Caballeros, ya veréis.

—¿Te das cuenta de que voy a pelear contra tus hermanos, Egg?

—Pero a Daeron no vais a hacerle daño, ya os ha dicho que se dejará caer. Y en cuanto a Aerion... Cuando yo era pequeño, entraba de noche en mi dormitorio y me ponía el cuchillo entre las piernas. Me decía que tenía demasiados hermanos, que la noche menos pensada iba a convertirme en su hermana para casarse conmigo. Y un día tiró a mi gato a un pozo. Dice que no, pero es un mentiroso.

—Egg tiene razón. —El príncipe Daeron se encogió de hombros con gesto cansado—. Aerion es un monstruo. ¿Sabéis que se cree un dragón con forma humana? Por eso se enfadó tanto al ver el espectáculo de los titiriteros. Lástima que no naciera Fossoway, así se creería manzana y estaríamos todos más tranquilos. En fin, es lo que hay. —Se agachó para recoger la capa y la sacudió para quitarle el agua—. Tengo que volver a colarme en el castillo antes de que a mi padre le extrañe lo mucho que me lleva afilar la espada, pero antes me gustaría hablar un momento con vos, ser Duncan. ¿Os importa venir conmigo?

Dunk miró al príncipe con desconfianza.

—Como deseéis, alteza. —Envainó el puñal—. Además, tengo que ir a recoger el escudo.

—Egg y yo os buscaremos caballeros —prometió Raymun.

El príncipe Daeron se abrochó la capa al cuello y se enfundó la capucha. Dunk salió tras él a la suave lluvia de la noche y se encaminaron hacia los carromatos de los comerciantes.

—He soñado con vos —anunció el príncipe.

—Eso mismo me dijisteis en la posada.

—¿De veras? Ah, vaya. Mis sueños no son como los vuestros, ser Duncan. Los míos son verdad. Me dan miedo. Vos me dais miedo. He soñado con vos y con un dragón muerto, una bestia enorme, con las alas tan grandes como este prado. Se os

había desplomado encima, pero vos seguís con vida y el dragón estaba muerto.

—¿Lo maté yo?

—No sabría decirlo, pero el caso es que estabais ahí, y el dragón también. En otro tiempo, los Targaryen fuimos amos de los dragones. Ahora ya no queda ninguno, pero nosotros seguimos aquí. No quiero morir hoy. Solo los dioses saben por qué, pero no quiero, así que sed bueno conmigo y aseguraos bien de que al que matáis es a mi hermano Aerion.

—Yo tampoco quiero morir —apuntó Dunk.

—No seré yo quien os mate. Voy a retirar mis acusaciones, pero no servirá de nada a menos que Aerion retire las suyas. —Suspiró—. Es posible que ya os haya matado con la mentira que solté. Si es así, lo siento. Sé que estoy condenado a un infierno especial. A un infierno sin vino, probablemente.

Se estremeció, y esas fueron las últimas palabras que cruzaron bajo la suave lluvia fría.

Los comerciantes habían trasladado los carromatos a la linde occidental del prado, bajo un bosquecillo de fresnos y abedules. Entre los árboles, Dunk contempló desolado el lugar que había ocupado el carromato de los titiriteros. Ni rastro de él, como se había temido.

«Yo también habría huido si no tuviera el seso de corcho». ¿Cómo iba a conseguir un escudo? Tenía plata, así que podía comprarlo, siempre que encontrara alguno a la venta...

—Ser Duncan —llamó una voz desde la oscuridad. Dunk se volvió y vio a Pate Acero con una lámpara de hierro en la mano. El armero llevaba una capa corta de cuero, pero por lo demás iba desnudo de cintura para arriba, con el pecho ancho y los gruesos brazos cubiertos de espeso vello negro—. ¿Venís por el escudo? La chica me lo dejó a mí. —Miró a Dunk de arriba abajo—. Dos manos y dos pies, si cuento bien. Así que va a ser juicio por combate, ¿eh?

—Juicio a siete. ¿Cómo lo habéis sabido?

—Bueno, también cabía la posibilidad de que os dieran un besito y os nombraran lord, pero no parecía muy probable, y con la tercera opción no estaríais tan entero. Venid conmigo.

Su carromato se distinguía fácilmente por el dibujo del yunque y la espada en un costado. Dunk entró detrás de Pate. El armero colgó la lámpara de un gancho, se desembarazó de la capa empapada y se puso un jubón de cañamazo. Soltó una tabla sujeta a la pared con bisagras para que hiciera de mesa.

—Sentaos —indicó, y empujó un taburete hacia él.

—¿Adonde se han ido? —preguntó Dunk mientras tomaba asiento.

—Se vuelven a Dome. El tío de la chica tiene dos dedos de frente. Muerto el perro, se acabó la rabia. Si se quedan, los verán, y el dragón se acordará de ellos. Además, prefirió que la chica no os viera morir. —Pate se dirigió al fondo del

carromato, hurgó un momento entre las sombras y regresó con el escudo—. El brocal era de acero viejo y barato, estaba oxidado y a punto de romperse —comentó—. Os lo he puesto nuevo, el doble de grueso y con refuerzos en la parte de atrás. Ahora pesa más, pero también os protegerá mejor. La chica lo pintó.

Era mucho más bonito de lo que se había esperado; incluso a la escasa luz de la lámpara, los colores del ocaso eran vivos, y el árbol se alzaba noble y fuerte. La estrella fugaz era un trazo vibrante contra el cielo de roble. Pero, nada más verlo, se dio cuenta de que algo fallaba. Era una estrella fugaz. ¿Cómo podía lucir un emblema así? ¿No auguraba su propia fugacidad? Y el ocaso era la antesala de la noche.

—Debería haber conservado el cáliz —murmuró con tristeza—. Al menos tenía alas para salir volando, y ser Arlan solía decir que la copa estaba llena de fe, camaradería y buena bebida. Las imágenes de este escudo reflejan muerte.

—El olmo está vivo —señaló Pate—. ¿Veis lo verdes que son las hojas? Hojas de verano, no cabe duda. He visto escudos con blasones de cráneos, de lobos, de cuervos, hasta de ahorcados y cabezas ensangrentadas. Pero protegían a sus dueños, y este os protegerá a vos. ¿Conocéis el antiguo dicho de los escudos? «Guardadme bien, roble y acero...».

—«... o voy al infierno, y eso no quiero» —terminó Dunk. Llevaba años sin acordarse de ese dicho; el anciano se lo había enseñado hacía ya mucho mucho tiempo—. ¿Cuánto os debo por el brocal nuevo y el trabajo? —preguntó a Pate.

—Por ser vos... —Pate se rascó la barba—. Una moneda de cobre.

Cuando las primeras luces del alba tiñeron el cielo oriental, la lluvia casi había cesado, pero había cumplido con su misión. Los hombres de lord Ashford habían retirado la barrera, y el campo de justas era una vasta explanada de lodo oscuro y hierba descuajada. Cuando Dunk volvió a la liza acompañado por Pate Acero, por el suelo reptaban tentáculos de niebla como serpientes blancas.

Las damas y los señores estaban ocupando la tribuna, arrebujados en las capas para protegerse del frío de la mañana. Los espectadores de a pie también iban llegando, y ya había cientos de ellos apostados a lo largo de la valla.

«Cuánta gente viene a verme morir», pensó Dunk con amargura.

Pero estaba juzgándolos mal.

—¡La fortuna sea contigo! —le gritó una mujer a pocos pasos de donde estaba.

Un anciano se acercó para cogerle la mano.

—Los dioses os den fuerza, señor.

Un hermano mendicante de túnica harapienta le bendijo la espada y una doncella le dio un beso en la mejilla.

«Están a mi favor».

—¿Por qué? —preguntó a Pate—. ¿Qué significado yo para ellos?

—Un caballero que recuerda sus votos —explicó el herrero.

Raymun los esperaba al sur de la liza, fuera del prado de los desafiantes, con el

caballo de su primo y el de Dunk. Trueno piafaba inquieto bajo el peso de la testera, la capizana y el pesado manto de malla. Pate inspeccionó la armadura y le dio el visto bueno aunque no la hubiera forjado él. Dunk no sabía de dónde había salido, pero la agradecía de corazón.

Entonces vio a los demás: el hombre tuerto con la barba cana, el caballero joven de la sobrevesta de rayas negras y amarillas con las colmenas en el escudo. «Robyn Rhysling y Humfrey Beesbury. —Estaba atónito—. Y también ser Humfrey Hardyng». Hardyng iba a lomos del corcel alazán de Aerion, cuyas bardas lucían entonces los rombos blancos y negros.

Se dirigió hacia ellos.

—Caballeros, estoy en deuda con vosotros.

—El que está en deuda es Aerion —replicó ser Humfrey Hardyng—, y nos la vamos a cobrar.

—Creía que teníais la pierna rota.

—Creíais bien —confirmó Hardyng—. No puedo andar, pero, mientras sea capaz de montar a caballo, lucharé.

Raymun se llevó aparte a Dunk.

—Pensé que Hardyng querría la revancha contra Aerion, y así es. Resulta que el otro Humfrey es su cuñado. Egg os ha traído a ser Robyn, al que conoce de otros torneos, así que sois cinco.

—Seis. —Dunk, maravillado, señaló al caballero que entraba en el prado, precedido por el escudero, que llevaba las riendas de su corcel—. Tormentalegre. —Ser Lyonel le sacaba una cabeza a Raymun y era casi tan alto como Dunk; vestía una sobrevesta de hilo de oro con el venado coronado de la casa Baratheon y llevaba bajo el brazo el yelmo astado. Dunk le tendió la mano—. Ser Lyonel, no sé cómo daros las gracias por haber venido, y a ser Steffon por haberos traído.

—¿A ser Steffon? —Ser Lyonel lo miró sin entender—. Fue vuestro escudero quien vino por mí; el crío, Aegon. Mi muchacho trató de echarlo, pero se le escurrió entre las piernas y me derramó una frasca de vino en la cabeza. —Soltó una carcajada—. Hace más de cien años que no se celebra un juicio a siete, ¿lo sabíais? Por nada del mundo me perdería la ocasión de pelear contra caballeros de la Guardia Real y, de paso, darle una buena lección al príncipe Maekar.

—Seis —dijo Dunk esperanzado a Raymun Fossoway mientras ser Lyonel se reunía con los demás—. Vuestro primo traerá al último, ¿verdad?

Un rugido se elevó de la multitud. Al norte de la liza, una columna de caballeros emergió al trote de la bruma de la mañana. Al frente, como fantasmas, iban los tres caballeros de la Guardia Real, con las armaduras esmaltadas en blanco y las largas capas níveas al viento. Hasta los escudos eran blancos, limpios y sin figura, como un campo cubierto de nieve recién caída. Detrás cabalgaban el príncipe Maekar y sus hijos. Aerion iba a lomos de un caballo tordo, que a cada paso dejaba entrever destellos de gris, rojo y naranja bajo las rajas de la gualdrapa. El corcel de su

hermano Daeron era canela y más pequeño, con armadura de escamas negras y doradas. Él lucía un crestón con un largo penacho de seda verde. Pero el más imponente era su padre. Llevaba dientes de dragón negros y curvos en los hombros, en el yelmo y en la espalda, y la enorme maza de púas atada a la silla era el arma más mortífera que Dunk había visto jamás.

—¡Seis! —exclamó Raymun de repente—. ¡Solo son seis!

Dunk se dio cuenta de que estaba en lo cierto.

«Tres caballeros blancos y tres negros; a ellos también les falta un hombre». ¿Sería posible que Aerion no hubiera conseguido al séptimo? ¿Qué implicaba eso? Si ningún bando conseguía un luchador más, ¿pelearían seis contra seis?

Mientras intentaba imaginarse los posibles escenarios, Egg se acercó a Dunk.

—Es hora de que os pongáis la armadura, ser.

—Gracias, escudero. Si tienes la bondad...

El herrero echó una mano al chico. Cota de malla y gorjal, canilleras y guanteletes, cofia y bragueta de armar lo transformaron en acero, y ambos revisaron tres veces cada hebilla y cada cierre. Ser Lyonel se dedicó a afilar la espada con una piedra de amolar mientras los Humffveys conversaban en voz baja, ser Robyn rezaba y Raymun Fossoway caminaba de un lado a otro sin dejar de preguntarse dónde se había metido su primo.

Dunk ya iba ataviado con toda la armadura cuando ser Steffon se dignó aparecer.

—¡Mi cota de malla, Raymun, si tienes la bondad! —Se había puesto un jubón acolchado para llevarlo bajo el acero.

—¡Ser Steffon! —saludó Dunk—. ¿Dónde están vuestros amigos? Nos hace falta otro caballero para ser siete.

—Mucho me temo que os hacen falta dos —replicó ser Steffon. Raymun le ató las lazadas de la cota de malla.

—¿Dos? No comprendo, mi señor.

Ser Steffon cogió un guantelete de lamas de acero, se lo enfundó en la mano izquierda y flexionó los dedos.

—No veo más que a cinco aquí —comentó mientras Raymun le abrochaba el cinto de la espada—. Beesbury, Rhysling, Hardyng, Baratheon y vos.

—Y vos —señaló Dunk—. Vos sois el sexto.

—Soy el séptimo —replicó ser Steffon con una sonrisa—, pero del otro bando. Voy a pelear con el príncipe Aerion y los acusadores.

Raymun, que en ese momento iba a entregarle el yelmo a su primo, se detuvo en seco.

—No.

—Sí. —Ser Steffon se encogió de hombros—. Seguro que ser Duncan lo comprende. Tengo un deber para con mi príncipe.

—Le dijiste que confiara en ti. —Raymun se había puesto blanco.

—¿De veras? —Tomó el yelmo de manos de su primo—. Seguro que en ese

momento lo decía con toda sinceridad. Tráeme el caballo.

—Vete tú a buscarlo —replicó Raymun, airado—. Si piensas que voy a ayudarte, es que eres tan idiota como malvado.

—¿Malvado? —Ser Steffon chascó la lengua—. Cuidado con lo que dices, Raymun. Somos manzanas del mismo árbol, y eres mi escudero. ¿O has olvidado tus votos?

—Yo no. Y tú, ¿has olvidado los tuyos? Juraste que serías un caballero.

—Antes de que anochezca habré dejado de ser un simple caballero. Lord Fossoway... Suena bien, ¿eh?

Sin dejar de sonreír, se puso el otro guantelete, dio media vuelta y cruzó el prado en dirección a su caballo. Los otros defensores lo miraron con desprecio, pero no movieron un dedo para detenerlo.

Dunk se quedó mirando a ser Steffon, que se alejaba con el caballo por las riendas. Tenía los puños apretados y la garganta tan seca que no podía formular palabra.

«Da igual; a gente así no hay palabras que la conmuevan».

—Armadme caballero. —Raymun le apoyó la mano en el hombro y le hizo dar media vuelta—. Ocuparé el lugar de mi primo. Armadme caballero, ser Duncan. —Hincó una rodilla en tierra.

Dunk frunció el ceño y se llevó una mano al pomo de la espada larga, pero titubeó.

—No... No puedo, Raymun.

—No os queda más remedio. Sin mí, solo sois cinco.

—El chico está en lo cierto —intervino ser Lyonel Baratheon—. Vamos, ser Duncan. Cualquier caballero puede armar a otro caballero.

—¿Acaso dudáis de mi valor? —insistió Raymun.

—No, claro que no, es que... —Dunk seguía dudando.

Una fanfarria de trompetas rasgó las nieblas de la mañana. Egg llegó corriendo adonde estaban.

—Lord Ashford os llama, señor.

Tormentalegre sacudió la cabeza con impaciencia.

—Id a ver qué quiere, ser Duncan. Yo armaré caballero al escudero Raymun. —Desenvainó la espada y apartó a Dunk a un lado—. Raymun de la casa Fossoway —entonó con solemnidad al tiempo que tocaba con la hoja el hombro derecho del escudero—. En nombre del Guerrero, os encomiendo ser valiente. —La hoja pasó del hombro derecho al izquierdo—. En nombre del Padre, os encomiendo ser justo. —De vuelta al derecho—. En nombre de la Madre, os encomiendo defender a los jóvenes y a los inocentes. —El izquierdo—. En el nombre de la Doncella, os encomiendo proteger a todas las mujeres...

Dunk se alejó con sentimientos encontrados de alivio y culpa.

«Nos sigue faltando uno —pensó mientras Egg sujetaba las riendas de Trueno

para que montara—. ¿Dónde voy a conseguir un hombre más?».

Se dirigió a paso lento hasta la tribuna, donde lord Ashford aguardaba de pie. El príncipe Aerion fue a su encuentro desde el lado norte de la liza.

—Parece que solo tenéis cinco campeones, ser Duncan —comentó con tono alegre.

—Seis —lo corrigió Dunk—. Ser Lyonel está armando caballero a Raymun Fossoway. Seremos seis contra siete. —Batallas más desiguales se habían decantado hacia el lado débil, eso lo sabía bien.

Pero lord Ashford negó con la cabeza.

—Va contra las normas. Si no conseguís a otro caballero para vuestro bando, seréis declarado culpable de los crímenes de los que se os acusa.

«Culpable —pensó Dunk—. Culpable de aflojar un diente, y por ello voy a morir».

—Concededme un momento, mi señor.

—Concedido.

Dunk cabalgó muy despacio a lo largo de la valla. La tribuna estaba abarrotada de caballeros.

—¡Mis señores! —empezó—. ¿Ninguno de vosotros recuerda a ser Arlan del Árbol de la Moneda? Yo fui su escudero. Os servimos a muchos de vosotros. Comimos en vuestras mesas y dormimos en vuestros castillos. —Divisó a Manfred Dondarrion, sentado en la grada superior—. Ser Arlan resultó herido cuando servía a vuestro padre. —El caballero se inclinó para comentarle algo a la dama que tenía al lado, sin prestarle atención. Dunk se vio obligado a seguir—. Lord Lannister, ser Arlan os descabalgó una vez en torneo. —El León Gris se examinó las manos enguantadas sin atreverse a levantar la vista—. Fue un buen hombre y me enseñó a ser caballero. Me dio lecciones de lanza y espada, pero también de honor. Me dijo que el buen caballero defiende al inocente, y eso es lo que hice. Necesito un caballero más que luce a mi lado. Uno, eso es todo. ¿Lord Carón? ¿Lord Swann?

Lord Swann dejó escapar una risita ante algo que lord Carón le susurró al oído. Dunk tiró de las riendas ante ser Otho Bracken y bajó la voz.

—Todo el mundo sabe que sois un gran campeón, ser Otho. Uníos a nosotros, os lo suplico, en nombre de los dioses antiguos y nuevos. Mi causa es justa.

—Puede —replicó la Bestia de Bracken, que al menos tuvo la decencia de responder—, pero es vuestra causa, no la mía. No os conozco de nada, muchacho.

Con el corazón en un puño, Dunk hizo dar la vuelta a Trueno y pasó al galope una y otra vez ante las gradas llenas de hombres fríos y mediocres.

—¿No hay entre vosotros ni un caballero de verdad? —gritó, desesperado.

El silencio fue la única respuesta.

Al otro lado de la liza, el príncipe Aerion se echó a reír.

—¡Nadie se burla del dragón! —gritó.

Pero, en ese momento, otra voz se dejó oír.

—Yo lucharé en el bando de ser Duncan.

Un semental negro salió de la bruma del río montado por un jinete también negro. Dunk divisó el escudo del dragón y la cimera de esmalte rojo con tres cabezas rugientes.

«El Príncipe Joven. Loados sean los dioses, ¿de verdad es él?».

Lord Ashford cometió el mismo error.

—¿Príncipe Valarr?

—No. —El caballero negro se levantó la visera—. No pensaba entrar en la liza de Vado Ceniza, mi señor, así que no he traído armadura. Mi hijo ha tenido la bondad de prestarme la suya. —La sonrisa del príncipe Baelor era casi triste.

La confusión se apoderó del bando de los acusadores. El príncipe Maekar picó espuelas para acercarse a ellos.

—¿Has perdido la cabeza, hermano? —Señaló a Dunk con un dedo enguantado—. ¡Este hombre atacó a mi hijo!

—Este hombre protegió a los débiles, como debería hacer todo buen caballero —replicó el príncipe Baelor—. Que los dioses decidan si hizo bien o no. —Sacudió las riendas y se dirigió al trote al extremo sur de la liza.

Dunk lo siguió con Trueno, y el resto de los defensores se congregaron en torno a ellos: Robyn Rhysling, ser Lyonel y los Humfreys.

«Todos ellos caballeros de gran valía, pero... ¿de valía suficiente?».

—¿Dónde está Raymun?

—Ser Raymun, si no os importa. —Llegó a galope sostenido, esbozando una sonrisa que le iluminó el rostro bajo el yelmo con penacho—. Os pido perdón, ser Duncan, pero tenía que efectuar algunos cambios en mi emblema para que nadie me confunda con mi deshonroso primo. —Les mostró el escudo. Nada había cambiado en el campo de oro, y allí seguía también la manzana de los Fossoway, pero verde en vez de roja—. Aún no estoy maduro, claro..., pero más vale verde que agusanado, ¿no?

Ser Lyonel soltó una carcajada, y el propio Dunk no pudo contener una sonrisa. Hasta el príncipe Baelor pareció complacido.

El septón de lord Ashford se había situado frente la tribuna y levantó el cristal para llamar a la concurrencia a la oración.

—Escuchadme todos bien —pidió Baelor en voz baja—. Para la primera carga, los acusadores irán con lanzas de combate, que son muy pesadas. De fresno, de más de dos varas de largo, con refuerzos para que no se rompan y una punta de acero que basta para perforar la armadura si el atacante va a caballo.

—Pues nosotros también usaremos de esas —propuso ser Humfrey Beesbury.

Detrás de él, el septón pedía a los Siete que emitieran su juicio en la contienda y concedieran la victoria a los defensores de la causa justa.

—No —replicó Baelor—. Llevaremos lanzas de torneo.

—Las lanzas de torneo se rompen al primer golpe —protestó Raymun.

—Sí, pero miden tres varas y media. Si acertamos en el blanco, ellos no podrán tocarnos. Apuntad al yelmo o al pecho. En torneo se considera galante romper la lanza contra el escudo del rival, pero en esta ocasión significa la muerte. Si conseguimos descabalgarlos sin caer, tendremos la ventaja. —Miró a Dunk—. Si matan a ser Duncan, se dictaminará que los dioses lo han declarado culpable y el combate habrá terminado. También concluirá si mueren los dos acusadores o retiran sus acusaciones. Si no es así, los siete de un bando tienen que morir o rendirse para que se dé el juicio por terminado.

—El príncipe Daeron no peleará —señaló Dunk.

—Tampoco habría peleado muy bien. —Ser Lyonel rio—. Pero aun así tendremos que encargarnos de tres espadas blancas.

Eso no parecía preocupar a Baelor.

—Mi hermano cometió un error al ordenar que la Guardia Real luchara por su hijo. Su juramento les prohíbe herir a un príncipe de sangre regia, y da la casualidad de que yo lo soy. —Esbozó una sonrisa—. Si me quitáis de encima a los otros, yo me encargaré de la Guardia Real.

—¿Eso es de buen caballero, mi príncipe? —inquirió ser Lyonel Baratheon al tiempo que el septón terminaba las invocaciones.

—Ya nos lo dirán los dioses —respondió Baelor Rompelanzas.

En la dehesa de Vado Ceniza se formó un silencio profundo y expectante.

A ochenta pasos, el corcel tordo de Aerion resoplaba impaciente y piafaba en el terreno enlodado. En comparación, Tmeno parecía muy tranquilo. Era un caballo más viejo, veterano de medio centenar de batallas, y sabía lo que se esperaba de él. Egg tendió el escudo a Dunk.

—Que los dioses os acompañen, señor.

El olmo y la estrella fugaz le infundieron valor. Dunk pasó el brazo por la correa y cerró los dedos en torno a la empuñadura. «Guardadme bien, roble y acero, o voy al infierno, y eso no quiero». Pate Acero le había llevado la lanza, pero Egg se empeñó en ser él quien se la entregara a Dunk.

Sus compañeros se situaron a ambos lados de él, cada uno con su propia lanza, y se separaron hasta formar una larga línea. El príncipe Baelor estaba a su derecha y ser Lyonel, a su izquierda, pero la estrecha rendija para los ojos del yelmo completo impedía que viera nada que no estuviera justo delante de él. La tribuna había desaparecido, al igual que los espectadores aglomerados contra la valla; solo quedaban la liza embarrada, la neblina serpenteante, el río, el pueblo y el castillo al norte, y el príncipe montado en el caballo tordo con el yelmo en llamas y el dragón en el escudo. Dunk observó como el escudero de Aerion le entregaba la lanza de combate, de más de dos varas de largo y negra como la noche. «Si le dejo, me atravesará el corazón con ella».

El sonido del cuerno rasgó el aire.

Dunk se quedó paralizado un instante como una mosca atrapada en ámbar, pese a que todos los caballos estaban moviéndose. Sintió un aguijonazo de pánico.

«No me acuerdo de nada —pensó, febril—. No me acuerdo de nada, voy a ponerme en ridículo, estoy perdido».

Trueno lo salvó. El enorme semental zaino sabía lo que había que hacer aunque su jinete no estuviese al caso. Empezó a trotar, y el entrenamiento de Dunk acudió al rescate: dio un leve toque de espuelas al caballo de guerra, puso la lanza horizontal y bajó el escudo hasta que le protegió buena parte del costado izquierdo, al tiempo que lo mantenía ladeado para desviar los posibles golpes. «Guardadme bien, roble y acero, o voy al infierno, y eso no quiero».

El griterío de la multitud no era más que el romper de olas lejanas. Trueno pasó al galope, y Dunk apretó los dientes ante la violencia del movimiento. Hundió los talones en los estribos y apretó los muslos con todas sus fuerzas para que su cuerpo fuera uno con el caballo. «Soy Trueno y Trueno es yo, somos una única fiera, estamos unidos, somos uno». Dentro del yelmo, el aire ya estaba tan caliente que le costaba respirar.

En las justas del torneo, el rival estaría a su izquierda, al otro lado de la barrera, con lo que tendría que colocar la lanza por encima del cuello de Trueno. Con el ángulo era más probable que la madera se rompiera en el impacto. Pero ese día el juego era más mortífero: no había barrera que los separase, y los corceles cargaban directamente el uno contra el otro. El caballo negro del príncipe Baelor era más rápido que Trueno, y Dunk advirtió por el rabillo del ojo como lo adelantaba. Más que ver a los otros, los percibía.

«No importan; el único que importa es Aerion, solo Aerion».

Vio acercarse al dragón. Los cascos del caballo gris del príncipe Aerion levantaban salpicaduras de barro; las fosas nasales del animal aleteaban. La lanza negra apuntaba aún arriba. El anciano le había explicado muchas veces que el caballero que mantiene la lanza alta y la nivela en el último momento se arriesga a bajarla demasiado. Dunk apuntó la suya contra el centro del pecho del príncipe. «La lanza es parte de mi brazo —se dijo—. Es un dedo, un dedo de madera. Solo tengo que tocarlo con el dedo de madera».

Trató de no fijarse en la punta afilada de hierro que remataba la lanza negra de Aerion, aunque cada vez era más grande. «El dragón, céntrate en el dragón». La enorme bestia de tres cabezas cubría el escudo del príncipe, todo alas rojas y fuego de oro. «No, mira solo el punto que quieres golpear», recordó de repente; pero la lanza ya se le había desviado. Intentó corregir la trayectoria, pero era tarde. Vio como la punta golpeaba el escudo de Aegon, acertaba entre dos cabezas del dragón y arañaba una llama pintada. Al mismo tiempo que oía el crujido sordo, notó que Trueno retrocedía y respingaba ante la fuerza del impacto, y un instante después sintió un golpe atroz en el costado. Los caballos chocaron con violencia, las armaduras rechinaron; Trueno trastabilló y Dunk dejó caer la lanza. El rival había pasado de

largo, y él se agarraba a la silla afanándose por no caer. Trueno resbaló en el terreno enlodado y Dunk percibió que las patas traseras se deslizaban peligrosamente. Patinó, giró, y los cuartos traseros fueron a dar contra el suelo con un fuerte golpe.

—¡Arriba, Trueno! —rugió, al tiempo que picaba espuelas—. ¡Arriba!

Y, sin saber cómo, el viejo caballo de batalla recuperó el pie.

Dunk notó un dolor agudo bajo las costillas y el brazo izquierdo muy pesado. La lanza de Aerion había traspasado roble, lana y acero, y del costado le brotaba una vara de fresno astillado y hierro cortante. Dunk agarró los restos de lanza con la mano derecha, justo por debajo de la punta, apretó los dientes y se la arrancó de un violento tirón. La arista de hierro salió con un borbotón de sangre, que se filtró entre fes anillas de la cota de malla y le tiñó de rojo la sobrevesta. El mundo empezó a dar vueltas y Dunk estuvo a punto de caer. A través de la cortina de dolor alcanzó a oír voces que clamaban su nombre. El hermoso escudo ya no le servía de nada. Arrojó al suelo olmo, estrella fugaz y lanza rota, todo a la vez, y desenvainó la espada, pero le dolía tanto que no creyó que pudiera blandirla.

Hizo volverse a Trueno y trató de averiguar qué ocurría en la liza. Ser Humfrey Hardyng se aferraba al cuello de la montura, obviamente herido. El otro ser Humfrey yacía inmóvil en un charco de barro manchado de sangre, con una lanza rota clavada en la ingle. Vio pasar al galope al príncipe Baelor, con la lanza aún intacta, y descabalgó a un caballero de la Guardia Real. Otro caballero blanco había caído ya, y a Maekar también lo habían descabalgado. El tercer caballero de la Guardia Real se defendía del ataque de ser Robyn Rhysling.

«¿Y Aerion? ¿Dónde está Aerion?». El tamborileo de unos cascos a su espalda hizo que Dunk girara bruscamente la cabeza. Trueno relinchó, se encabritó y empezó a cocear cuando el corcel tordo de Aerion lo embistió a galope tendido.

En esa ocasión no hubo la menor posibilidad de recuperación. La espada larga salió despedida y el suelo fue a su encuentro. Dunk aterrizó con un golpe lacerante que le sacudió los huesos, y el dolor fue tan agudo que se le escapó un quejido. Durante un momento no pudo hacer más que quedarse allí tendido mientras la boca se le llenaba de sangre.

«Dunk el Tocho, que se creía caballero». Sabía que tenía que levantarse o morir. Con un gemido de dolor, logró ponerse a cuatro patas, pero era incapaz de respirar, incapaz de ver. La hendidura de la visera estaba llena de barro. Se puso en pie a ciegas y se limpió el lodo con la mano enfundada en el guantelete. «Sí, ya está...».

Entre los dedos vislumbró el vuelo del dragón y un mangual dando vueltas. Luego la cabeza pareció estallarle en mil pedazos.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba de nuevo en el suelo, tendido de espaldas. El barro había saltado del yelmo con el golpe, pero en ese momento lo que le cerraba un ojo era la sangre. Lo único que veía era el cielo, gris oscuro. La cara le latía, y el metal frío y húmedo le oprimía la sien y la mejilla. «Me ha roto la cabeza y me estoy muriendo». Lo peor era que los demás iban a morir con él: Raymun, el príncipe

Baelor y todos los demás. «Les he fallado. No soy un campeón. No soy ni siquiera un caballero errante. No soy nada». Recordó cómo había alardeado el príncipe Daeron de que nadie podía igualar su talento para yacer inconsciente en el barro. «Eso es porque no conocía a Dunk el Tocho, ¿eh?». La vergüenza era aún peor que el dolor.

El dragón apareció sobre él.

Tenía tres cabezas y alas brillantes como el fuego, rojas, naranjas y amarillas, y se reía.

—¿Aún no estás muerto, caballero errante? —preguntó—. Suplica piedad y reconoce que eres culpable, y puede que me conforme con cortarte un pie y una mano. Y con saltarte los dientes, claro, pero ¿a quién le importan unos cuantos dientes? Un hombre como tú puede vivir muchos años a base de gachas de guisantes. —El dragón rio de nuevo—. ¿No? Entonces, cómete esto.

La bola de púas giró contra el fondo gris del cielo y descendió hacia su cabeza como una estrella fugaz.

Dunk rodó por el barro.

No supo de dónde sacó las fuerzas, pero las sacó. Rodó hasta meterse entre las piernas de Aerion, le apesó el muslo con el brazo, lo derribó en el barro entre juramentos y se puso encima de él. «¡A ver cómo se las arregla ahora para jugar con el mangual!». El príncipe atizó a Dunk en la cabeza con el brocal del escudo, pero el yelmo abollado absorbió lo peor del impacto. Aerion era fuerte, pero Dunk lo era más, y más corpulento, y más pesado. Le agarró el escudo con ambas manos, lo retorció hasta romper las correas y lo usó para aporrear una vez tras otra las llamas esmaltadas de la cimera del príncipe. El escudo era más grueso que el de Dunk, de roble macizo y refuerzos de hierro. Una llama saltó por los aires. Luego otra. El príncipe se quedó sin llamas mucho antes de que Dunk se quedara sin golpes.

Aerion acabó por soltar el puño del inservible mangual y se palpó la cadera en busca de la daga. Consiguió desenfundarla, pero Dunk le asestó un porrazo con el escudo y el arma se perdió en el barro.

«Tal vez podría derrotar a ser Duncan el Alto, pero no a Dunk del Lecho de Pulgas». El anciano le había enseñado ajustar y a combatir con la espada, pero esa manera de pelear la había aprendido mucho antes, en los recovecos sombríos y los callejones traseros de las tabernas de la ciudad. Dunk lanzó a un lado el escudo abollado y le levantó la visera del yelmo.

«La visera es un punto débil», le había dicho Pate Acero. El príncipe ya no se debatía. Tenía los ojos violeta llenos de terror. Dunk sintió la tentación de agarrarle uno entre dos dedos y reventarlo como una uva, pero eso no sería caballeresco.

—¡Rendíos! —le gritó.

—Me rindo —susurró el dragón sin apenas mover los labios blancos.

Dunk lo miró, desconcertado. Por un momento no dio crédito a sus oídos. «¿Ya está?». Muy despacio, miró a un lado y a otro. La hendidura de la visera estaba cerrada en la izquierda por el golpe que había recibido. Divisó al príncipe Maekar,

que, con la maza en la mano, trataba de acercarse a su hijo, pero Baelor Rompelanzas se lo impedía.

Dunk se puso en pie como pudo y obligó a levantarse al príncipe Aerion. Se desató con dedos torpes las lazadas del yelmo, se lo quitó y lo tiró lejos. Al instante se vio asaltado por una avalancha de imágenes y sonidos: gruñidos y juramentos, el clamor de la multitud, los relinchos de un caballo herido, otro galopando sin jinete por la liza... Por doquier resonaba el entrechocar del acero. Raymun y su primo, los dos a pie, peleaban frente a la tribuna de los nobles. Los escudos de ambos estaban tan astillados que apenas quedaban restos de la manzana verde ni de la roja. Uno de los hombres de la Guardia Real sacaba de la liza a un hermano herido, los dos idénticos con las armaduras y capas blancas. El tercer guardia había caído, y Tormentalegre se había unido al príncipe Baelor para contener al príncipe Maekar. Maza, hacha y espada larga chocaban con fuerza contra yelmos y escudos. Maekar recibía tres golpes por cada uno que asestaba, y Dunk supo que no duraría mucho más. «Tengo que acabar con esto antes de que mueran más hombres».

De pronto, el príncipe Aerion hizo ademán de lanzarse por el mangual. Dunk le dio una patada en la espalda y lo mandó de bruces al suelo, lo agarró por una pierna y lo arrastró por la liza. Para cuando llegaron a la tribuna donde aguardaba lord Ashford, el Príncipe Luminoso estaba más sucio que una letrina. Dunk lo puso en pie y lo sacudió tanto que el barro salpicó a lord Ashford y a la hermosa doncella.

—¡Decídselo!

Aerion Llamabrillante escupió hierba y barro.

—Retiro la acusación.

Más adelante, Dunk no supo decir si salió de la liza por su propio pie o si lo ayudaron. Le dolía todo el cuerpo, unas partes más que otras. Sí recordó haberse hecho preguntas. «¿Ahora ya soy un caballero de verdad? ¿Soy un campeón?».

Egg lo ayudó a quitarse las canilleras y el gorjal. También estaban con él Raymun y Pate Acero, pero se encontraba tan aturdido que no los distinguía. Solo sabía que había manos y voces. Pate era el que se quejaba.

—Mira lo que le ha hecho a mi armadura: toda abollada, mellada, rayada. Tanto trabajo, ¿y para qué? Y encima voy a tener que cortar la cota de malla para quitársela.

—Raymun —balbuceó Dunk, apremiante, al tiempo que le agarraba la mano a su amigo—. Los otros. ¿Cómo están? ¿Cómo les ha ido? —Necesitaba saberlo—. ¿Ha muerto alguien?

—Beesbury —respondió Raymun—. Donnel del Valle Oscuro lo ha matado en la primera carga. Ser Humfrey también está malherido. Los demás tenemos cortes y magulladuras, nada más. Excepto vos.

—¿Y los otros? ¿Los acusadores?

—A ser Willem Wylde, de la Guardia Real, lo han sacado inconsciente de la liza, y creo que a mi primo le he roto unas cuantas costillas. Bueno, eso espero.

—¿Y el príncipe Daeron? —farfulló Dunk—. ¿Ha sobrevivido?

—Ser Robyn lo ha descabalgado y se ha quedado donde ha caído. Puede que tenga un pie roto, porque su caballo le ha pasado por encima mientras corría suelto por la liza.

Pese a lo confuso y atolondrado que estaba, Dunk sintió un alivio inmenso.

—Entonces el sueño estaba equivocado en lo del dragón muerto. A menos que Aerion haya muerto. No ha muerto, ¿verdad?

—No —respondió Egg—. Le perdonasteis la vida, ¿no lo recordáis?

—Ah, claro. —Los recuerdos de la pelea empezaban a tomarse borrosos y lejanos—. A ratos estoy como borracho, y a ratos me duele todo tanto que pienso que voy a morirme.

Lo obligaron a quedarse tumbado y a mirar el cielo plomizo mientras seguían hablando a su lado. A Dunk le pareció que aún era por la mañana. ¿Cuánto había durado la pelea?

—Dioses, la punta de la lanza le ha metido las anillas de la cota en la carne —oyó decir a Raymun—. Se le va a pudrir si no...

—Hay que emborracharlo y echarle aceite hirviendo en la herida —sugirió alguien—. Es lo que hacen los maestros.

—Vino. —Otra voz, esa con un timbre metálico, hueco—. Aceite no, eso lo mataría; vino hirviendo. Mandaré al maestro Yormwell a que le eche un vistazo en cuanto acabe de ocuparse de mi hermano.

Un caballero alto con una armadura negra abollada y cubierta de arañazos miraba a Dunk desde arriba. «El príncipe Baelor». El dragón escarlata del yelmo había perdido la cabeza, las dos alas y buena parte de la cola.

—Alteza, estoy a vuestro servicio —masculló Dunk—. Por favor. Estoy a vuestro servicio.

—A mi servicio. —El caballero negro se apoyó en el hombro de Raymun para sostenerse—. Me hacen falta buenos hombres, ser Duncan. El reino...

La voz sonaba extraña, como si arrastrara las sílabas. Tal vez se había mordido la lengua.

Dunk estaba muy cansado; le costaba mantenerse despierto.

—Estoy a vuestro servicio —murmuró una vez más.

El príncipe movió la cabeza muy despacio, de un lado a otro.

—Ser Raymun... El yelmo, si sois tan amable... La visera está agrietada, y los dedos... No me los siento...

—Cómo no, alteza. —Raymun agarró el yelmo del príncipe con las dos manos y soltó un gruñido—. ¡Uf! Ayúdame, Pate.

Pate Acero acercó un taburete.

—Os lo han aplastado por detrás, alteza, y se ha trabado con el gorjal. Es buen acero, menudo golpe ha parado.

—La maza de mi hermano, seguro. —Las palabras le salían con torpeza—. Es

fuerte. —Hizo una mueca—. Me siento... extraño...

—Ya sale. —Pate le quitó el yelmo abollado—. Dioses. Por todos los dioses. Dioses, dioses, ¡dioses!

Dunk vio caer del yelmo algo rojo y húmedo. Se oyó un alarido agudo y terrible, no supo de quién. Contra el cielo encapotado se tambaleaba un príncipe muy alto, con armadura negra y media cabeza, empapada de sangre roja, y se le veía el hueso blanco y algo más, algo grisáceo y carnoso. Una expresión de desconcierto cruzó el rostro de Baelor Rompelanzas, como una nube pasajera que tapa el sol. Se llevó una mano a la cabeza y se tocó el cogote con dos dedos, ligeramente, apenas un roce. Después cayó. Dunk lo sostuvo al vuelo.

—¡Arriba! —le contaron más adelante que había gritado, como hiciera con Trueno en el combate—. ¡Arriba, arriba!

Pero él nunca llegó a acordarse, y el príncipe no se levantó.

Baelor de la casa Targaryen, príncipe de Rocadragón, mano del rey, protector del reino y heredero al Trono de Hierro de los Siete Reinos de Poniente, ardió en una pira en el patio del castillo de Vado Ceniza, en la orilla norte del río Sulcos. Otras grandes casas preferían enterrar a sus muertos en la negra tierra o que los engullera el frío mar, pero los Targaryen eran de la sangre del dragón, y las llamas marcaban su final.

Había sido el mejor guerrero de su tiempo, y muchos opinaban que debería haber partido hacia la oscuridad ataviado con cota de malla y armadura, espada en mano, pero al final prevalecieron los deseos de su regio padre, Daeron II, de natural pacífico. Al pasar junto a la pira de Baelor, Dunk vio que el príncipe llevaba una túnica de terciopelo negro con el dragón de tres cabezas bordado en el pecho con hilo rojo y una gruesa cadena de oro al cuello. La espada envainada descansaba a su lado, y lucía un yelmo, un casco fino y dorado con la visera levantada para que todos pudieran verle el rostro.

Valarr, el Príncipe Joven, velaba al pie de la pira de su padre. Era igual que su progenitor, solo que más bajo, más delgado, más atractivo, sin la nariz rota en dos ocasiones que en vida diera a Baelor un aspecto más humano que regio. Valarr tenía el pelo castaño, pero surcado por un mechón de oro blanco que a Dunk le recordaba a Aerion. De acuerdo, no era justo: a Egg le estaba creciendo el pelo, también del mismo color que el de su hermano, y era buen chaval para ser un príncipe.

Cuando se detuvo para darle el pésame con torpeza y expresarle su eterna gratitud, el príncipe le lanzó una mirada gélida con sus ojos azules.

—Mi padre solo tenía treinta y nueve años. Habría sido un gran rey, el mejor desde Aegon el Dragón. ¿Por qué se lo han llevado a él los dioses y no a vos? —Sacudió la cabeza—. Fuera de mi presencia, ser Duncan. Fuera.

Dunk se quedó mudo; salió cojeando del castillo y se retiró a su campamento, junto a la poza verde. No tenía respuesta para la pregunta de Valarr, como tampoco para las que él mismo se formulaba. Los maestros y el vino hirviendo habían

cumplido su misión y la herida se estaba curando, aunque le quedaría una cicatriz profunda entre el brazo izquierdo y el pezón. No podría mirarse la herida sin recordar a Baelor.

«Me salvó una vez con la espada y otra con la palabra, aunque para entonces ya era un muerto andante». Un mundo en el que un gran príncipe moría para que un caballero errante pudiera vivir no tenía sentido. Dunk se sentó bajo el olmo y clavó la vista en sus pies.

Unos días después aparecieron en su campamento cuatro guardias vestidos con los colores reales, y pensó que al fin habían decidido matarlo de todas formas. Demasiado débil y cansado para coger la espada, no se movió, recostado contra el olmo.

—El príncipe quiere hablar con vos a solas.

—¿Qué príncipe?

—Este príncipe —intervino una voz brusca antes de que el capitán tuviera tiempo de responder.

Maekar Targaryen salió de detrás del olmo. Dunk se puso en pie despacio. «¿Qué quiere ahora de mí?».

Maekar hizo un gesto y los guardias desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido. El príncipe se quedó mirándolo largo rato, dio media vuelta y se acercó a la poza para contemplar su reflejo en el agua.

—He mandado a Aerion a Lys —anunció bruscamente—. Unos cuantos años en las ciudades libres le sentarán bien.

Dunk no había estado nunca en las ciudades libres, así que no supo qué responder. Se alegró de que Aerion estuviera lejos de los Siete Reinos, y ojalá no volviera jamás, pero eran cosas que no se le podían soltar a un padre acerca de su hijo. Calladito estaría mejor.

El príncipe Maekar se volvió para mirarlo.

—Habrà quien diga que quise matar a mi hermano. Bien saben los dioses que es mentira, pero oiré esas voces hasta el día de mi muerte. Mi maza asestó el golpe fatal, no me cabe duda. Baelor solo se había enfrentado a los tres miembros de la Guardia Real, cuyos votos les impiden hacer nada que no sea defenderse. Así que fui yo. Es raro, pero no recuerdo el golpe que le rompió el cráneo. ¿Es una bendición o una maldición? Las dos cosas, creo.

Miró a Dunk, que comprendió que el príncipe quería una respuesta.

—No sé, alteza. —¿Debía sentir odio hacia Maekar? Tal vez, pero, por el contrario, el hombre le inspiraba una extraña compasión—. Vos blandisteis la maza, pero el príncipe Baelor murió por mí. Así que su sangre también mancha mis manos.

—Sí —reconoció el príncipe—. Vos también escucharéis las voces. El rey es viejo. Cuando muera, Valarr ocupará el Trono de Hierro en vez de su padre. Cada vez que se pierda una batalla o se malogre una cosecha, los bobos dirán: «Esto no habría

pasado con Baelor, pero el caballero errante lo mató».

Dunk sabía que era verdad.

—Si no hubiera peleado, me habríais cortado la mano y el pie. A veces me quedo ahí sentado, bajo el árbol, me miro los pies y pienso: ¿de verdad me hacían falta los dos? ¿Cómo es posible que mi pie valga la vida de un príncipe? Y dos vidas más, las de los Humfreys, que también eran buenos hombres.

Ser Humfrey Hardyng había muerto la noche anterior por las heridas recibidas en la liza.

—¿Y qué os responde el árbol?

—Nada que yo oiga. Pero el anciano, ser Arlan, decía todas las noches: «¿Quién sabe qué nos traerá la mañana?». No lo sabía, igual que nosotros. ¿Es posible que una mañana necesite este pie, que el reino necesite este pie más que la vida de un príncipe?

Maekar se tomó su tiempo antes de contestar, con los labios fruncidos tras la barba color plata que le daba al rostro una forma tan cuadrada.

—Ni por asomo —replicó, sin rastro de amabilidad—. Al reino le sobran caballeros errantes, y todos tienen sus dos pies.

—Si vuestra alteza tiene alguna respuesta mejor, me muero por oírla.

—Puede que a los dioses les gusten las bromas macabras. —Maekar arrugó el ceño—. O puede que no haya ningún dios. Que nada de esto tenga sentido. Se lo preguntaría al septón supremo, pero la última vez que acudí a él me dijo que los hombres no pueden comprender los caminos de los dioses. A ver si un día prueba a dormir bajo un árbol. —Esbozó una sonrisa torcida—. Mi hijo pequeño se ha encariñado con vos, ser Duncan. Ya es hora de que ejerza como escudero, pero dice que no servirá a ningún otro caballero, solo a vos. Es un mocoso desobediente, como ya habréis notado. ¿Queréis tomarlo a vuestro servicio?

—¿Yo? —Dunk abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla—. Egg..., digo, Aegon... es buen chico, pero... Alteza, sé que es un gran honor, pero... yo solo soy un caballero errante.

—Eso tiene remedio —replicó Maekar—. Aegon debe volver a mi castillo en Refugio Estival. Allí hay sitio para vos, si queréis. Seréis un caballero más de mi casa, me juraréis fidelidad, y Aegon os servirá como escudero. Vos lo entrenaréis, y mientras tanto mi maestro de armas terminará de entrenaros a vos. —El príncipe le lanzó una mirada maliciosa—. Ser Arlan hizo cuanto pudo por vos, no me cabe duda, pero aún os queda mucho por aprender.

—Lo sé, mi señor.

Dunk miró a su alrededor: observó la hierba verde, los juncos, el olmo alto, las ondas que danzaban en la poza iluminada por el sol. Otra libélula se movía por el agua, o tal vez fuera la misma que hacía unos días. «¿Qué prefieres, Dunk? ¿Mariposas dragón o dragones?». Unos días atrás habría aceptado sin titubear. Era lo que había soñado toda su vida, pero, cuando al fin lo tenía al alcance de la mano, le

resultaba aterrador.

—Antes de que muriera, prometí al príncipe Baelor que estaría a su servicio.

—Cuánta presunción por vuestra parte —bufó Maekar—. ¿Y qué os respondió?

—Que el reino necesitaba hombres buenos.

—Muy cierto. ¿Qué me decís?

—Tomaré a vuestro hijo como escudero, alteza, pero no en Refugio Estival, al menos no hasta dentro de un par de años. Ya ha visto bastantes castillos. Me lo llevaré, pero para que recorra conmigo los caminos. —Señaló a la vieja Tostada—. Puede montar mi otro caballo, llevar mi capa vieja, afilarme la espada y limpiarme la cota de malla. Dormiremos en establos y posadas, y a veces en el castillo de algún caballero con tierras o de algún señor menor. O al raso, si no hay nada más.

El príncipe lo miró, incrédulo.

—¿Es que el juicio os ha reblandecido los sesos? Aegon es príncipe del reino, es de la sangre del dragón. Los príncipes no están hechos para dormir en los caminos ni comer carne seca. —Vio que Dunk titubeaba—. ¿Qué es eso que no os atrevéis a decirme? Hablad.

—Me imagino que Daeron nunca ha dormido en los caminos —dijo Dunk en voz muy baja— y que toda la carne que ha comido Aerion era fresca y jugosa.

Maekar Targaryen, príncipe de Refugio Estival, contempló largo rato a Dunk del Lecho de Pulgas, moviendo la mandíbula bajo la barba plateada. Sin añadir una palabra más, le dio la espalda y se marchó. Dunk oyó como se alejaba a caballo con sus hombres; cuando desaparecieron, el único sonido que quedó fue el zumbido de las alas de la libélula, que sobrevolaba la superficie del agua.

El niño llegó a la mañana siguiente, cuando salía el sol. Llevaba botas viejas, calzones pardos, sayo de lana del mismo color y una raída capa de viaje.

—Mi señor padre dice que debo serviros.

—Puedes empezar por ensillar los caballos. Tostada es la tuya, así que trátala bien. Y no quiero verte montar a Trueno a menos que yo te lo diga. Y acuérdate de llamarme «señor».

Egg fue por las sillas de montar.

—¿Adonde vamos, señor?

Dunk se paró un momento a pensar.

—Nunca he cruzado las Montañas Rojas. ¿Te gustaría ir a Dome?

Egg sonrió de oreja a oreja.

—Tengo entendido que hacen unas marionetas estupendas.

RETRATOS DE SUS HIJOS

Una noche de finales de octubre, cuando salía de casa para dar su paseo diario, Richard Cantling encontró un paquete apoyado en la puerta de entrada. Aquello lo contrarió. Le tenía dicho al cartero que llamara al timbre cuando le llevara cosas que no cupieran por la ranura del buzón, pero el hombre continuaba dejándole los paquetes en el porche, de donde cualquiera podía llevárselos tranquilamente. Aunque lo cierto era que no pasaba mucha gente por casa de Cantling, pues estaba bastante apartada, al final de una calle sin salida, en lo alto de los barrancos y casi oculta por una cortina de árboles. Aun así, siempre existía la posibilidad de que los estropearan la nieve o el viento.

Pero el enfado le duró poco. Por la forma del paquete, envuelto en basto papel de embalar y cuidadosamente cerrado con cinta aislante, resultaba evidente que se trataba de un cuadro. Y la mano que había escrito su dirección en mayúsculas con grueso rotulador verde era, sin lugar a dudas, la de Michelle. Otro autorretrato. Debía de estar arrepentida.

Estaba más sorprendido de lo que estaba dispuesto a admitir. Siempre había sido muy testarudo. Podía pasar años, incluso decenios, resentido por algo, y le costaba mucho reconocer sus errores. Michelle, su única hija, parecía haber heredado esos rasgos. No esperaba un gesto como aquel por su parte. Era..., en fin, bonito.

Soltó el bastón para poder meter el paquete en casa y abrirlo al abrigo del viento húmedo y tempestuoso de octubre. Medía un metro de alto y era sorprendentemente pesado. Lo arrastró con torpeza, cerró la puerta de una patada y fue empujándolo por el largo vestíbulo hasta el estudio. Las cortinas marrones estaban echadas y la sala estaba a oscuras y olía a polvo. Cantling tuvo que dejar el paquete para buscar a tientas el interruptor de la luz.

No había hecho mucha vida en el estudio desde la noche en que Michelle se había ido dando un portazo, dos meses atrás. Su autorretrato seguía colgado sobre la majestuosa chimenea de pizarra, que pedía a gritos un trapo. En las estanterías empotradas, sus novelas, encuadernadas en hermoso cuero oscuro, estaban desordenadas y polvorientas. Cantling miró el viejo cuadro y sintió una breve oleada de rabia que dejó a su paso una resaca de tristeza. Había sido tan feo por su parte... El retrato era bastante bueno, la verdad; para su gusto, mucho mejor que las atormentadas piezas abstractas que a Michelle tanto le gustaba pintar en sus ratos libres y las trilladas cubiertas de libros de bolsillo con las que se ganaba la vida.

Lo había hecho cuando tenía veinte años, como regalo de cumpleaños para él, y siempre le había tenido mucho cariño. Ninguna fotografía había captado tan bien no solo sus facciones (los pómulos altos y marcados, los ojos azules, el cabello rizado de

color rubio ceniza), sino también su personalidad. ¡Tenía un aspecto tan juvenil, lozano y seguro! Y la sonrisa le recordaba enormemente a la de Helen, sobre todo en el día de su boda... Más de una vez le había dicho a Michelle cuánto le gustaba esa sonrisa.

Por eso había empezado por ella. Michelle cogió un puñal de la colección antigua de su padre y, con saña, arrancó la boca de cuatro puñaladas. Después le sacó los ojos, grandes y azules, como queriendo cegar el retrato. Cuando él entró corriendo en el estudio, ella ya estaba despedazando el lienzo con furiosos tajos, largos y tortuosos. Cantling no podía olvidar aquel terrible momento. ¿Cómo podía hacerle eso a su propia obra? No le cabía en la cabeza. Trató de imaginarse destrozando un libro suyo, de comprender qué podía llevar a alguien a cometer semejante acto, pero no pudo. Le resultaba impensable, inconcebible.

El retrato mutilado seguía en el mismo sitio. Aunque su obcecación le había impedido descolgarlo, tampoco soportaba mirarlo, así que había acabado por no entrar en el estudio. No había resultado tan difícil. La vieja casona, enorme y laberíntica, tenía más habitaciones de las que querría ni necesitaría un hombre que vivía solo. Se decía que unos cuantos capitanes de barcos de vapor habían morado en aquella casa de un siglo de antigüedad, construida en la época en que Perrot era una próspera ciudad fluvial. Su estilo gótico, propio de los vapores, y lo recargado de la ornamentación evocaban los buenos tiempos del río, y desde las ventanas del segundo piso y la azotea se disfrutaba de una vista preciosa del Misisipí. Tras el incidente del retrato, Cantling había trasladado la mesa y la máquina de escribir a un dormitorio de los que no utilizaba y se había instalado allí para trabajar, decidido a que el estudio se quedara tal como Michelle lo había dejado hasta que regresara para disculparse.

No esperaba que esa disculpa llegara tan pronto, ni tampoco de aquella forma. Le habría cuadrado más una llamada plañidera de teléfono, quizá, pero no otro retrato. Bien pensado, aquello era más bonito, más personal. Y era un gesto, un primer paso hacia la reconciliación. Richard Cantling se sabía completamente incapaz de tomar la iniciativa, por muy solo que se sintiera. Al mudarse a aquella ciudad fluvial de Iowa, había dejado a todos sus amigos en Nueva York y no había entablado nuevas relaciones. Nada fuera de la normalidad: nunca había sido una persona muy sociable. Algo parecido a la timidez lo apartaba de los demás, incluso de los pocos amigos que tenía y, de hecho, también de su familia. Helen solía recriminarle que se preocupara más de sus personajes que de los seres de carne y hueso, y Michelle había hecho suya esa recriminación desde la adolescencia. También Helen se había ido. Se habían divorciado hacía diez años, y llevaba muerta cinco. Michelle, por desagradable que fuera, era lo único que le quedaba. La echaba de menos, echaba de menos hasta las discusiones.

Pensó en Michelle mientras rasgaba el basto papel marrón. La llamaría, claro que sí, la llamaría y le diría lo bueno que era el nuevo retrato y cuánto le gustaba. Le diría que la echaba de menos, la invitaría a pasar juntos el día de Acción de Gracias. Sí,

eso sería lo mejor. Ni una palabra de la discusión; no quería volver a ese punto, y ni Michelle ni él eran de los que se apeaban del burro así como así. Aquel orgullo terco, aquella cerrazón, era una marca familiar, tan connatural a ellos como los pómulos altos y la mandíbula cuadrada. La herencia de los Cantling.

Vio que el marco era antiguo y muy pesado, de madera, tallado con esmero, de sus preferidos. Iría de perlas con la decoración victoriana, mucho mejor que el delgado marco de latón del primer retrato. Cantling retiró el envoltorio, ansioso por ver la creación de su hija. Tenía casi treinta años. ¿O ya los había cumplido? Nunca se acordaba de su edad exacta; tampoco de su cumpleaños. En cualquier caso, pintaba mucho mejor que a los veinte, así que el nuevo retrato debía de ser fabuloso. Quitó el último trozo de papel y le dio la vuelta.

Su primera impresión fue la de estar ante una obra excelente, tal vez la mejor de Michelle Cantling.

Luego la admiración fue desvaneciéndose y dejó paso a la ira. No era ella. No era Michelle. Eso significaba que aquel retrato no sustituía al anterior, ultrajado con tanto encono. Era... otra cosa.

Otra persona.

Nunca antes había visto aquel rostro, pero lo reconoció como si lo hubiera visto mil veces. Vaya si lo reconoció.

Aunque el retrato representaba a un joven de unos veinte años o menos, tenía pinceladas grises en el pelo castaño y rizado, revoltoso y despeinado como de recién levantado, que le caía sobre los ojos verdes de mirada perezosa en los que brillaba, sin embargo, la chispa de algún secreto divertido. Los pómulos altos eran de los Cantling; no así la mandíbula. Una sonrisa sarcástica asomaba bajo la nariz ancha y chata, y su pose tenía un aire insolente. Llevaba un peto raído y una sudadera deshilachada de Good Guy de la WMCA, y sostenía una cebolla mordida en una mano. Al fondo se veía una pared de ladrillos cubierta de pintadas.

Era un personaje de Cantling.

Edward Donohue. Dunnahoo, como lo llamaban sus amigos y sus colegas, también personajes de *Pasando el rato*, la primera novela de Richard Cantling. Era el protagonista. Un tipo listo, de lengua afilada, demasiado inteligente para su desgracia. Al verlo en el retrato, le pareció que lo conocía de toda la vida, y así era en cierto modo. Lo conocía bien y también lo quería, claro, de esa forma tan peculiar en la que un escritor quiere a sus personajes.

Michelle había captado su esencia a la perfección. Cantling contempló el cuadro y revivió los recuerdos de aquella época: los acontecimientos sobre los que tanto se había volcado, las personas que había concebido y descrito con tanto esmero y cariño. Se acordó de Jocko, del Calamar, de Nancy, de la pizzería de Ricci (donde transcurría gran parte de la acción; la visualizaba con toda nitidez), el asunto de Arthur y la moto, el momento culminante de la pelea en la pizzería. Y de Dunnahoo. Sobre todo de Dunnahoo. Con sus impertinencias, sus tonterías, su pendoneo, su adolescencia.

«Que se jodan si no saben encajar una broma», repetía una docena de veces como mínimo. Era la última frase del libro.

Richard Cantling sintió un extraño, intenso y profundo afecto, como si acabara de reencontrarse con un viejo amigo al que hubiera perdido la pista hacía mucho tiempo. Pero enseguida le vinieron a la cabeza las duras palabras que había intercambiado con su hija aquella noche, y de repente lo comprendió.

—Zorra —dijo en voz alta, con el gesto endurecido. Se giró iracundo y desesperado por no tener dónde descargar su rabia—. Zorra —repitió mientras salía del estudio y cerraba de un portazo.

—Zorra —le había dicho.

Ella se volvió con el cuchillo en la mano. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar y la sonrisa en la mano. Hizo una bola con ella y se la lanzó.

—Toma, cabronazo, ¿no te gusta tanto la sonrisa? Pues aquí la tienes.

La bola de lienzo le rebotó en la cara, cada vez más roja.

—Eres igual que tu madre. Siempre rompiendo cosas.

—Le dabas buenos motivos, ¿eh?

Cantling pasó por alto el comentario.

—¿Qué coño te pasa? ¿Qué coño crees que vas a conseguir con esta escena estúpida y melodramática? Porque no es más que eso, y lo sabes. Drama barato. ¿Quién coño te crees que eres? ¿Un personaje de Tennessee Williams? Déjalo ya, Michelle. Si escribiera una escena como esta, sería el hazmerreír.

—¡Esto no es uno de tus libros de mierda! —gritó Michelle—. Esto es la vida real. Mi vida. Soy una persona real, grandísimo mamón, no un personaje de un puto libro. —Le dio la espalda, levantó el cuchillo y apuñaló el cuadro una vez, y otra, y otra.

Cantling la observó, cruzado de brazos.

—Espero que estés disfrutando con este absurdo ejercicio.

—¡Me lo estoy pasando de puta madre!

—Perfecto. Sería una pena que no fuera de ninguna utilidad. Es muy significativo, ¿sabes? Estás machacando tu propia cara. No pensaba que te odiaras tanto.

—Los dos sabemos quién me metió dentro todo ese odio, ¿a que sí? —Había terminado. Se volvió y tiró el cuchillo. Lloraba de nuevo y respiraba entrecortadamente—. Me voy. Cabrón. Espero que te pudras aquí dentro. De veras.

—No he hecho nada para merecer esto —dijo Cantling con torpeza. No era precisamente una disculpa ni facilitaba el entendimiento mutuo, pero no era capaz de más. Pedir perdón nunca había sido lo suyo.

—Te mereces esto y mil veces más —le contestó Michelle. Con lo guapísima que era, en ese momento estaba horrorosa. Esa chorrada de que la cólera embellecía era un tópico lamentable, además de falso. Menos mal que nunca lo había usado—. Se

supone qué eres mi padre. Se supone que me quieres. Se supone que eres mi padre, y me violaste, hijo de la gran puta.

Cantling tenía el sueño ligero. Se despertó en plena noche y se quedó sentado en la cama, temblando, con la sensación de que pasaba algo.

La habitación estaba oscura y en silencio. ¿Qué había sido eso? ¿Un ruido? Era muy sensible a los ruidos. Se escurrió de debajo de las mantas y se puso las zapatillas. El fuego del que había disfrutado antes de acostarse se había reducido a cenizas y en la habitación hacía frío. Buscó a tientas la bata de cuadros, que descansaba a los pies de la gran cama con dosel, se la puso, se anudó el cinturón y se acercó con sigilo a la puerta. A veces chirriaba, así que la abrió muy despacito y escuchó.

Había alguien abajo. Se oían ruidos.

El miedo se le concentró en la boca del estómago. No tenía pistola ni ninguna otra arma. No creía que sirvieran de nada. Además, se suponía que vivía en un lugar seguro. Aquello no era Nueva York. En Iowa, en el anticuado Perrot, en teoría estaba a salvo. Pero alguien se había colado en su casa, algo que no había sucedido en todos los años que había vivido en Manhattan. ¿Qué demonios tenía que hacer?

La policía, pensó. Cerraría la puerta de la habitación con llave y llamaría a la policía. Volvió a la cama y alargó la mano al teléfono.

Sonó.

Richard Cantling se quedó mirando el aparato. Tenía dos líneas: una de trabajo, conectada al contestador automático, y un número privado que no aparecía en la guía y que solo tenían sus amigos más íntimos. Las dos luces estaban encendidas y la que sonaba era la privada. Vaciló, pero terminó contestando.

—¿Diga?

—El hombre en persona —dijo una voz—. Que no se te vaya la olla, papá. Ibas a llamar a la poli, ¿no? Qué gilipollez. Soy yo. Baja y hablamos.

Se le secó la boca y sintió un nudo en la garganta. Aunque nunca había oído esa voz, la conocía, la conocía muy bien.

—¿Quién es?

—Qué pregunta más estúpida. Ya sabes quién soy.

—¿Quién? —insistió, aunque lo sabía.

—Dilo tú: Dunnahoo. —Cantling había escrito esa frase.

—No eres real.

—Hubo un par de críticos que dijeron eso mismo. Creo recordar que te cabreó bastante.

—No eres real.

—¡Me duele en el alma que digas eso, joder! Si no soy real, es culpa tuya. Así que deja de darme por saco, ¿vale? Mueve el culo y baja de una puta vez para que

pasemos un ratito juntos. —Colgó.

Las luces del teléfono se apagaron. Richard Cantling se sentó en el borde de la cama, perplejo. ¿Qué era aquello? ¿Un sueño? No lo era. ¿Qué podía hacer?

Bajó.

Dunnahoo había encendido la chimenea del comedor y estaba arrellanado en el sillón reclinable de cuero, tomándose un botellín de Pabst Blue Ribbon. Cuando Cantling apareció por el marco arqueado de la puerta, Dunnahoo le dedicó una sonrisa indolente.

—El hombre —dijo—. ¡Pero bueno! ¡Si pareces más muerto que vivo! ¿Quieres una cerveza?

—¿Quién coño eres?

—Eh, que esta conversación ya la hemos tenido, no me fastidies. Píllate una birra y aposenta el culo cerca del fuego.

—Eres un actor. Eres un actor de mierda. Michelle te ha metido en esto, ¿verdad?

—¿Un actor? —Dunnahoo sonrió—. Bueno, eso es bastante poco probable, ¿no? Anda ya, ¿meterías algo tan chungo en una novela tuya? Ni de coña. Tú jamás lo harías, y si vieras a alguien que lo hace, en un taller de escritura o en un libro que estuvieras revisando, le arrancarías el hígado de cuajo.

Richard Cantling entró despacio en la habitación sin apartar los ojos del joven apoltronado en el sillón. No era ningún actor. Era Dunnahoo, el chaval de su libro, el rostro del retrato. Se sentó en una butaca mullida de respaldo alto sin dejar de observarlo.

—Esto es absurdo. Parece sacado de un relato de Dickens.

Dunnahoo soltó una carcajada.

—Esto no es *Cuento de Navidad*, tío, ni yo soy un puto fantasma navideño.

Cantling frunció el ceño. Quienquiera que fuese ese tipo, la frase era impropia del personaje.

—No cuela —replicó Cantling—. Dunnahoo no leía a Dickens. Batman y Robin, vale, pero a Dickens no.

—He visto la peli, papá. —Dunnahoo se llevó la botella a los labios y bebió.

—¿Por qué me llamas «papá»? Eso tampoco cuadra. Resulta anacrónico. Dunnahoo era un chico de la calle, no un *beatnik*.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Como si no tuviera ni zorra, ¿no? —Volvió a reírse—. Joder, tío, ¿y cómo se supone que debo llamarte? —Se pasó los dedos por el pelo, apartándose de los ojos—. Al fin y al cabo, soy tu puto primogénito.

Helen quería ponerle Edward si era niño.

—No seas ridícula —le dijo él.

—Pensaba que Edward te gustaba.

Y además, ¿qué hacía en su despacho? Estaba trabajando, o más bien, intentando

trabajar. Le tenía dicho que no entrara en el despacho cuando estaba frente a la máquina de escribir. Al principio de la relación, Helen le hacía caso sin rechistar, pero desde que se quedó embarazada no hubo manera de que respetara aquella norma.

—Claro que me gusta Edward —le dijo él, tratando de mantener la calma. Detestaba que lo interrumpieran—. Me encanta Edward. Me chifla el maldito nombre de Edward. Precisamente por eso se lo he puesto a mi protagonista. Se llama Edward. Edward Donohue. No podemos ponérselo al bebé porque ya se lo he puesto a él. ¿Cuántas veces tengo que explicártelo?

—Pero nunca lo llamas Edward en el libro —protestó Helen.

—¿Has estado leyéndolo otra vez? —le preguntó con mala cara—. Joder, Helen, te he dicho mil veces que no toquetees el manuscrito hasta que esté acabado.

Pero ella no pensaba permitir que cambiaran de tema.

—Nunca lo llamas Edward.

—No. Es cierto. Nunca lo llamo Edward. Lo llamo Dunnahoo, porque es un chaval de la calle, porque así lo llaman en la calle y porque no le gusta que le digan Edward. Pero sigue siendo su nombre, mira por dónde. Se llama Edward. No le gusta, pero es su maldito nombre, y al final dice que su nombre es Edward, y eso es muy importante. Así que no podemos ponerle Edward al bebé, porque él se llama Edward. Estoy cansado de esta discusión. Si es un niño, podemos ponerle Lawrence, como mi abuelo.

—Pero yo no quiero ponerle Lawrence —se quejó Helen—. Está muy pasado de moda, y la gente lo llamará Larry, y eso sí que no me gusta nada. ¿Por qué no le pones Larry a tu personaje?

—Porque se llama Edward.

—Lo que llevo aquí dentro es nuestro bebé. —Helen se puso la mano sobre el vientre hinchado como si Cantling necesitara un recordatorio visual.

Estaba cansado de discutir. Estaba cansado de hablar. Estaba cansado de que lo interrumpieran. Se reclinó en la silla.

—¿Cuánto tiempo hace que lo llevas?

Helen se quedó desconcertada.

—Ya lo sabes. Siete meses y una semana.

Cantling se inclinó hacia delante y dio una palmada a la pila de hojas del manuscrito que había junto a la máquina de escribir.

—Muy bien. Yo hace que llevo a este bebé tres años. Esta es la cuarta versión, y será la última. Se llamaba Edward en la primera versión, y en la segunda, y en la tercera, y se va a llamar Edward cuando se publique.

Ya se llamaba Edward muchos años antes de aquella magnífica noche en la que decidiste darme la grata sorpresa de quitarte el diafragma y quedarte preñada.

—No es justo —se lamentó ella—. Solo es un personaje. Este es nuestro hijo.

—¿Justo? ¿Quieres justicia? Muy bien. Pues la vas a tener. Nuestro primogénito

se llamará Edward. ¿Te parece justo?

La expresión de Helen se dulcificó y esbozó una sonrisa tímida. Pero Cantling levantó una mano antes de que ella dijera nada.

—Creo que solo me falta un mes para terminar esta condenada novela; si dejas de interrumpirme, claro. A ti te queda un poquito más. Pero más justo no puedo ser. Si tú pares antes de que yo escriba «FIN», el nombre es tuyo. De lo contrario, este bebé es el primogénito —dijo, dando otra palmada al manuscrito.

—¡No puedes hacer eso!

Cantling reanudó su tarea.

—Mi primogénito —dijo.

—De carne y hueso. —Dunnahoo alzó la cerveza a modo de brindis y prosiguió —: ¡Por los padres y los hijos, ea! —La vació de un largo trago y arrojó a la otra punta de la habitación el botellín, que voló dando vueltas hasta estrellarse en la chimenea.

—Esto es un sueño —dijo Cantling.

Dunnahoo le hizo una pedorreta.

—Oye, carcamal, acéptalo: estoy aquí. —Se levantó de un salto—. Ha vuelto el hijo pródigo. —Hizo una reverencia—. ¿Dónde coño están el ternero engordado y todas esas gilipolleces? Lo menos que podrías hacer es pedir una pizza.

—Te seguiré el juego —anunció Cantling—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Querer? ¿Yo? —Dunnahoo sonrió—. ¿Quién coño lo sabe? Yo nunca sabía qué quería, ¿no te acuerdas? Nadie en todo el puto libro sabía qué quería.

—De eso se trataba.

—Ah, ya lo pillo. No soy imbécil. El niño del querido Dicky Cantling es todo menos imbécil, ¿verdad? —Se dirigió a la cocina tranquilamente—. Hay más cerveza en la nevera. ¿Quieres una?

—¿Por qué no? Mi hijo mayor no viene todos los días a verme. Una Dos Equis con una rodaja de lima, por favor.

—Anda, ¿ahora bebes birra sudaca pija? Vaya. ¿Qué ha sido de la Piéis? Antes mamabas Piéis como Dios.

Desapareció por la puerta de la cocina y regresó con dos botellas de Dos Equis, sujetándolas por el cuello y con los dedos metidos en las bocas. En la otra mano llevaba una cebolla cruda. Las botellas entrechocaban. Le dio una a Cantling.

—Toma. Yo también voy a mamar un poco de cultura.

—Te has olvidado la lima.

—Ve a buscártela tú. ¿Qué?, ¿vas a dejarme sin paga semanal? —Hizo una mueca, lanzó la cebolla al aire, la volvió a coger y le pegó un buen mordisco—. Cebollas. Esta te la tengo guardada, papá. Como si no bastara con tener que comer cebollas crudas, hostia, encima lo montaste de manera que ni siquiera me gustaran.

Hasta lo dices en el puto libro.

—Pues claro. La cebolla tenía una doble función. Por una parte, te las comías para demostrar que eras un tipo duro. Ninguno de los otros que frecuentaban la Ricci era capaz de hacerlo. Te daba prestigio. Pero, en un aspecto más profundo, cada mordisco a una cebolla era una metáfora de tu apetito por la vida, de tu avidez por toda ella, tanto por lo dulce como por lo amargo.

Dunnahoo dio otro mordisco a la cebolla.

—Tu puta madre. Un día te haré comerte una cebolla y ya verás qué gusto te da.

Cantling dio un trago a la cerveza.

—Era joven. Era mi primer libro. En aquel entonces me pareció un detalle acertado.

—Cómetela cruda. —Dunnahoo se terminó la cebolla.

Richard Cantling decidió que aquella escena hogareña tan entrañable ya había durado demasiado.

—¿Sabes, Dunnahoo, o quienquiera que seas? —dijo con familiaridad—. No eres como esperaba.

—¿Y qué esperabas, carcamal?

Cantling se encogió de hombros.

—Te creé con la mente, no con el esperma, así que tienes más de mí de lo que podría tener cualquier hijo de mi sangre. Tú eres yo.

—Eh, eh —dijo Dunnahoo—. Para el carro. Yo no soy tú ni de coña.

—No tienes elección. Tu historia está basada en mi propia adolescencia. Es lo que tienen las primeras novelas. La pizzería Ricci era en realidad la Pompeii Pizza de Newark. Tus amigos eran mis amigos. Y tú eres yo.

—Ah, ¿sí? —Dunnahoo sonrió.

Richard Cantling asintió y Dunnahoo soltó una carcajada.

—Ya te gustaría a ti...

—¿Por qué dices eso? —replicó Cantling.

—¿En qué mundo vives, carcamal? Igual te mola jugar a que eras como yo, pero es una trola como una casa. En la Ricci, yo era el rey. En la Pompeii, tú eras el cuatro ojos colgado que no se separaba de la máquina del millón. Me hiciste pegarme hartones de follar a los dieciséis, pero tú no te bajaste la bragueta hasta pasados los veinte, en la universidad esa a la que fuiste. Te llevaba semanas dar con las ocurrencias que me hacías soltar cada dos por tres. De todas las locuras que hice en ese puto libro, unas las había hecho el Holandés, otras Joey y otras nadie, pero ninguna la hiciste tú, carcamal. No me hagas reír.

Cantling se sonrojó ligeramente.

—Escribía ficción. Bueno, puede que de joven fuera un tanto inadaptado, pero...

—Eras un marginado. No intentes disfrazarlo.

—No era un marginado —replicó Cantling, picado—. *Pasando el rato* solo refleja la verdad. Tenía más sentido poner como protagonista a alguien que tuviera

más peso en la acción del que había tenido yo en la vida real. El arte echa mano de la vida, pero también tiene que darle forma, ordenarla, estructurarla; no puede limitarse a replicarla. Y eso fue lo que hice.

—No. Lo que hiciste fue aprovecharte del Holandés, de Joey y de los demás. Utilizaste todo lo que te dio la gana de sus vidas y luego te colgaste las medallas. ¡Pero si hasta has acabado por creerte esa chaladura de que yo estoy basado en ti! Eres una sanguijuela, papá. Un puto chorizo.

—¡Fuera de aquí! —Richard Cantling estaba muy furioso.

Dunnahoo se levantó y se desperezó.

—Me has herido en lo más hondo, tío. Echar así a tu niño querido, dejarlo tirado en la noche helada de Iowa. ¿Qué pasa? Con lo que me querías cuando estaba en tu libro de mierda, cuando podías controlar todo lo que decía y hacía, ¿eh? Ah, ahora que soy real ya no te gusto tanto. Bueno, es tu problema. La vida real nunca te ha gustado ni la mitad de lo que te gustaban los libros.

—Me gusta mucho la vida, gracias.

Dunnahoo sonrió. De repente parecía desvaído e insustancial.

—¿Sí? —Su voz sonó más débil que antes.

—¡Sí!

Dunnahoo se desvanecía a ojos vistas. Había perdido todo el color y se había vuelto casi transparente.

—Demuéstralo —le dijo—. Ve a la cocina, carcamal, y dale un buen mordisco a tu puta cebolla cruda de la vida.

Se apartó el pelo de los ojos y no dejó de reír hasta que desapareció por completo.

Richard Cantling se quedó mirando el lugar donde había estado Dunnahoo. Al final, muy cansado, subió a acostarse.

A la mañana siguiente se preparó un buen desayuno: zumo de naranja, café recién hecho, panecillos untados generosamente con mantequilla y mermelada de moras, una tortilla de queso y seis lonchas gruesas de beicon. Supuso que se distraería cocinando y comiendo, pero no, no dejó de pensar en Dunnahoo. Había sido un sueño, sí, una especie de alucinación, aunque no podía explicar qué hacían esos cristales rotos junto a la chimenea ni todas esas botellas vacías de cerveza en el comedor. Al fin concluyó que habría sufrido un disparatado episodio de sonambulismo estando borracho, sin duda causado por la tensión del eterno enfrentamiento con Michelle y desencadenado por el retrato que le había enviado. Quizá necesitara que lo viera un médico, un psicólogo o alguien parecido.

Después de desayunar fue derecho al estudio, decidido a afrontar el problema y a resolverlo. El retrato mutilado de Michelle, aún colgado sobre la chimenea, era una herida purulenta que se había infectado, y había llegado el momento de deshacerse de él. Encendió el fuego, y cuando la leña hubo prendido, descolgó el cuadro, le quitó el marco de metal (como buen ahorrador que era) y arrojó el lienzo desgarrado a las

llamas. El humo aceitoso lo hizo sentirse limpio y renovado.

Algo tendría que hacer también con el retrato de Dunnahoo. Cantling reflexionó al tiempo que lo observaba. El valor artístico de la obra era indudable. Michelle había captado la esencia del personaje. Podía quemarlo, pero estaría jugando al mismo juego destructivo que su hija. El arte no debería destruirse jamás. Él había dejado huella en este mundo creando, no destruyendo, y a esas alturas ya no iba a cambiar. Michelle había concebido el retrato de Dunnahoo como una burla cruel, ¿no era así? Pues Cantling le daría la vuelta a la tortilla y lo trataría del mejor modo posible. Lo colgaría, y además en un sitio destacado, en el lugar óptimo.

La escalera terminaba en un rellano alargado con una baranda de madera tallada que dominaba la entrada y el vestíbulo. La pared del fondo, de cuatro metros y medio de largo, estaba totalmente desnuda. La transformaría en una espléndida galería de arte. Cualquiera que entrara en la casa vería el cuadro, y no había más remedio que pasar por delante de él para ir a los dormitorios del piso superior. Cogió un martillo y unos clavos y colgó a Dunnahoo en un lugar de honor. Cuando Michelle regresara para hacer las paces, lo vería allí, y sin lugar a dudas pensaría que Cantling no había captado el mensaje del regalo. Que no se le olvidara darle efusivamente las gracias.

Richard Cantling se encontraba mucho mejor. La conversación de la noche anterior apenas era ya un recuerdo desagradable. Lo desterró con firmeza de su mente y pasó el resto del día escribiendo cartas a su agente y editor. Al caer la tarde, cansado y satisfecho, disfrutó de una taza de café con un trozo de streusel de mantequilla que escondía en el último rincón de la nevera. Después salió a dar su paseo vespertino, del que regresó tras una hora y media larga de caminar por los despeñaderos del río, dejando que el aire frío y húmedo le azotara el rostro.

A la vuelta, un enorme paquete rectangular lo esperaba en el porche.

Lo apoyó en una butaca y se sentó en su sillón reclinable para analizarlo. Lo hacía sentir incómodo. Estaba impresionado, sin duda. Sintió un cosquilleo en el muslo, una erección que le apretaba la tela del pantalón.

El retrato era..., bueno, manifiestamente erótico.

Había una chica en una cama, una antigua con dosel, muy parecida a la suya. Estaba desnuda, con medio cuerpo vuelto, mirando hacia atrás por encima del hombro derecho. Se apreciaban la suave curva de la columna vertebral y la forma del seno derecho, un pecho lindo y generoso, bien torneado, con la areola rosada y grande, y el pezón erecto. Sostenía una sábana arrugada que, aunque llevada hasta la altura de la barbilla, de poco servía para ocultarle el cuerpo. Tenía el pelo rubio cobrizo, los ojos verdes y la sonrisa juguetona. Un ligero rubor cubría su piel joven y sedosa, como si acabara de incorporarse de un duelo amoroso. Llevaba un símbolo de la paz tatuado en la parte superior de la nalga derecha. Era muy joven. Richard Cantling sabía exactamente cuántos años tenía: dieciocho. Apenas una mujer, captada en aquella preciosa época entre la inocencia y la experiencia, cuando el sexo no es

más que un maravilloso juguete nuevo. Oh, sí, sabía mucho de ella. La conocía bien.

Era Cissy.

Colgó su retrato junto al de Dunnahoo.

Flores muertas. Así había titulado Cantling la novela, pero su editor lo había cambiado por *Rosas negras*. Según él, resultaba más sugerente, más romántico, menos triste. Cantling se había opuesto alegando motivos artísticos, sin éxito. Después, cuando la novela se situó en las listas de libros más vendidos, tuvo a bien admitir, aunque a regañadientes, que se había equivocado. Le mandó a Brian una botella de su vino preferido.

Era su cuarta novela; su última oportunidad. *Pasando el rato* había obtenido reseñas excelentes y no se había vendido mal, pero los críticos habían puesto a caldo sus dos libros posteriores, a los que los lectores no habían hecho el menor caso. Tenía que crear algo distinto, y lo consiguió. *Rosas negras* fue una novela muy controvertida, maravillosa para una parte de la crítica, detestable para otra. Pero se vendió, se vendió muchísimo, y la edición de bolsillo y los derechos para filmar la película, que al final no se rodó, lo libraron de preocupaciones económicas por primera vez en su vida. Por fin pudieron pagar la entrada para comprarse una casa y matricular a Michelle en un colegio privado y ponerle ortodoncia. Cantling invirtió el dinero restante de la manera más inteligente que supo. Estaba orgulloso de *Rosas negras* y muy complacido con su éxito. Por fin se había hecho un nombre.

Helen odiaba el libro con todas sus ganas.

El día en que al fin la novela cayó de la última lista de ventas, no pudo ocultar su satisfacción.

—Ya sabía yo que no duraría para siempre.

Cantling dejó el periódico sobre la mesa con violencia.

—Se ha mantenido mucho tiempo. ¿Qué coño te pasa? No estabas contenta, cuando casi no teníamos para vivir. La niña necesita aparatos, la niña tendría que ir a un colegio mejor, no está bien que la niña coma todos los días bocadillos de mantequilla de cacahuete y mermelada. Muy bien, todo eso ha quedado atrás, pero estás más cabreada que nunca. Concédeme algún mérito, ¿no? ¿O es que te gustaba estar casada con un fracasado?

—No me gusta estar casada con un pornógrafo.

—Que te jodan.

Helen lo obsequió con una sonrisa de desprecio.

—¿Cuándo? Llevas semanas sin tocarme. Supongo que preferirías follarte a tu Cissy.

Cantling la miró fijamente.

—¿Estás loca o qué? Es un personaje de un libro que he escrito. Nada más.

—Anda y vete a la mierda —dijo Helen, furiosa—. No me trates como si fuera idiota. Sé leer, ¿sabes? ¿Crees que no me entero? He leído tu mierda de libro. No soy

imbécil. La mujer, Marsha, la aburrida, pesada y estúpida de Marsha, la apocada Marsha, la que no para de dar vueltas a las cosas, esa vaca, ese agobio de mujer, esa gran tocacojones, esa soy yo. ¿Crees que no me doy cuenta? Pues claro que sí, y mis amigos también. Todos lo sienten mucho por mí. Me quieres tanto como Richardson quería a Marsha. Cissy no es más que un personaje, sí, claro. Y una mierda, y una puta mierda. —Helen estaba llorando—. Estás enamorado de ella, cabrón. Es tu fantasía erótica. Si entrara por la puerta ahora mismo, me darías la patada tan deprisa como Richardson se la dio a la pobre Marsha. Niégalo si te atreves. ¡Venga, niégalo! ¡No te atreverás!

Cantling miró a su mujer sin dar crédito a lo que oía.

—Increíble... Estás celosa de un personaje literario. Estás celosa de alguien que no existe.

—Existe en tu cabeza, y eso es lo único que importa. Pues claro que quieres follártela. Pues claro que tu mierda de libro ha sido un superventas. ¿Crees que es porque escribes de maravilla? Es por el sexo, ¡por ella!

—El sexo es una parte muy importante de la vida —dijo Cantling a la defensiva—. Es un tema artístico perfectamente legítimo. ¡Ah, ya entiendo! Tú lo que quieres es que corra una cortina cada vez que mis personajes se meten en la cama, ¿verdad? De aceptar y comprender la sexualidad: de eso trata *Rosas negras*. Pues claro que tuve que ser explícito. Si no fueras tan mojigata, lo habrías entendido así.

—¡No soy una mojigata! —chilló Helen—. No te atrevas a llamarme eso. —Cogió un plato del desayuno y se lo tiró, pero Cantling se agachó para esquivarlo y el plato se estrelló contra la pared—. Que no me guste tu libro asqueroso no quiere decir que sea una mojigata.

—No tiene nada que ver con la novela. —Cantling se cruzó de brazos, pero siguió hablando con calma—. Eres una mojigata por las cosas que haces en la cama. Mejor dicho, por las que no haces. —Sonrió.

Helen se puso roja. «Roja como un tomate», pensó Cantling, pero descartó la expresión: demasiado vieja, demasiado trillada.

—Ah, claro. Ella sí que las haría, ¿verdad? —Su voz era puro ácido corrosivo—. Cissy, tu monísima Cissy. Se haría un tatuaje de lo más sexy en el culo si se lo pidieras, ¿a que sí? Lo haría en la calle, en los sitios más estrambóticos, con gente alrededor. Llevaría ropa interior provocativa porque le encanta. Te dejaría que te corrieras en su boca las veces que te diera la gana. Siempre está dispuesta, no le han salido estrías y tiene tetas de dieciocho años. Siempre las tendrá, ¿verdad? ¿Cómo coño compito yo con eso? ¿Eh? ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Cómo!

Richard Cantling mantenía su ira controlada con sarcástica frialdad. Se levantó, encarándose a la rabia de su mujer, y le sonrió con dulzura.

—Léete el libro. Toma apuntes.

Se despertó de repente en la oscuridad al sentir un leve roce en el pie.

Cissy estaba sentada en el tablero del pie de la cama, envuelta en una sábana de satén rojo, e introducía su pierna larga y esbelta bajo las mantas. Lo acariciaba con el pie, juguetona, y sonreía con picardía.

—Hola, papaíto.

Cantling se lo había temido. Había estado pensando en ello toda la noche y le había costado mucho conciliar el sueño. Apartó el pie y se incorporó a toda prisa. Cissy hizo un mohín.

—¿No quieres jugar un poquito?

—No... Esto no está pasando. No puedo creérmelo.

—Vamos a divertirnos como antes.

—¿Qué coño está haciéndome Michelle? ¿Cómo puede estar ocurriendo esto?

Cissy se encogió de hombros y la sábana se le escurrió. Un pecho perfecto de dieciocho años asomó su corona rosada.

—Sigues teniendo tetas de dieciocho años —dijo Cantling, aturdido—. Siempre las tendrás.

Cissy soltó una carcajada.

—Claro. Si quieres, puedo dejártelas un rato, papaíto. Seguro que se te ocurre algo interesante que hacer con ellas.

—No me llames «papaíto».

—Pero si eres mi papaíto... —dijo Cissy con su voz aniñada.

—¡Basta ya!

—¿Por qué? Pero si te mueres de ganas, papaíto... Te mueres de ganas de jugar con tu niña, ¿verdad que sí? —Le guiñó el ojo—. Cuanto más primo más me arrimo, y si es el papá más gusto me da. Las familias que juegan juntas permanecen juntas. —Miró a su alrededor—. Me gustan las camas con dosel. ¿Por qué no me atas, papaíto? Me encantaría.

—No.

Cantling retiró las mantas, se levantó de la cama y se puso los calzoncillos y la bata. El pene le palpitaba contra la pierna. Tenía que alejarse, tenía que poner distancia entre Cissy y él, porque si no... No quería pensar en lo que podría suceder. Encendió la chimenea para ocuparse en algo.

—Me encanta —dijo Cissy cuando prendió el fuego—. La chimenea es tan romántica...

Cantling se volvió.

—¿Por qué tú? —le preguntó, intentando mantener la calma—. Richardson era el protagonista de *Rosas negras*, no tú. ¿Y por qué hemos saltado directamente al cuatro libro? ¿Por qué no ha venido algún personaje de *Árbol genealógico* o de *Lluvia*?

—¿Esos pavos? No había ninguno auténtico. Además, no habrías querido que viniera Richardson, ¿verdad? Conmigo te lo pasas mejor.

Cissy se levantó y dejó caer la sábana de satén, que le quedó arremolinada en torno a los tobillos y reflejó en sus pliegues las llamas de la chimenea. Su cuerpo era tan suave, tan delicioso, tan joven... Se libró de la sábana de un puntapié y se le acercó con pasos suaves.

—Ya está bien, Cissy —ladró Cantling.

—No muerdo. —Soltó una risita—. A menos que quieras que te muerda. ¡Ah! A lo mejor lo que quieres es que te ate yo... —Lo abrazó, se apretó contra él y levantó la cara para recibir un beso.

—Suéltame —le rogó Cantling con un hilo de voz. ¡Qué agradable era su abrazo! ¡Qué agradable era que lo estrechara! Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido a una mujer entre los brazos, mejor no saber cuánto. Y nunca había estado con una mujer como Cissy, jamás. Sin embargo, tenía miedo—. No puedo, no puedo. No quiero.

Cissy le metió la mano por entre los pliegues de la bata y la deslizó por debajo de los calzoncillos.

—Mentiroso. Me deseas. Siempre me has deseado. Estoy segura de que tenías que dejar de escribir para hacerte una paja cuando tocaban escenas de sexo.

—No. Nunca.

—¿Nunca? —Hizo un puchero y movió la mano arriba y abajo—. Bueno, seguro que te morías de ganas. Seguro que se te ponía dura, eso sí. Seguro que se te ponía dura cada vez que me describías.

—Eh... —No fue capaz de negarlo—. Cissy, por favor...

—Por favor... —murmuró ella, con la mano ocupada—. Sí, por favor. —Tiró de la goma de los calzoncillos, que cayeron al suelo—. Por favor. —Le desabrochó la bata y se la quitó—. Por favor. —Le acarició el costado, jugó con sus pezones y se le acercó más, apretando los senos ligeramente contra su pecho—. Por favor. —Lo miró y se pasó la lengua por los labios.

Richard Cantling gruñó y la abrazó tembloroso.

Nunca había estado con una mujer como ella. Sus caricias eran puro fuego, satinadas, como descargas eléctricas, y sus rincones secretos, dulces como la miel.

Por la mañana ya no estaba.

Cantling se levantó tarde. Estaba tan agotado que no tuvo ni ganas de prepararse el desayuno, así que se vistió y fue al centro. En una pequeña cafetería al pie de los barrancos, ubicada en un centenario edificio de ladrillo, intentó poner orden en aquel desbarajuste con la ayuda de un café y unas tortitas de arándanos.

Nada de aquello tenía sentido. Era imposible que estuviera sucediendo, pero ahí estaba. Era inútil negarlo. Se llevó el tenedor a la boca con un trozo de tortita casera, pero el único sabor que notó fue el del miedo. Temía por su cordura. Tenía miedo porque no entendía nada, ni quería entenderlo.

Pero sentía otro miedo mucho más profundo, más primario. Temía lo que pudiera

venir después. Richard Cantling había publicado nueve novelas.

Pensó en Michelle. Podía llamarla, podía pedirle que lo dejara ya, antes de que se volviera loco. Era su hija, sangre de su sangre; lo tendría en cuenta. Ella lo quería. Claro que sí. Y él también la quería, con independencia de lo que pensara ella. Cantling era consciente de sus propios defectos. Se había analizado muchísimas veces, bajo distintos disfraces, en las páginas de sus libros. No había nadie más testarudo que él, más intransigente, más cerril. Podía ser rígido e inflexible. Podía ser muy frío. Pero se consideraba un hombre intachable. Michelle... había heredado algo de su perversidad, estaba muy enfadada con él, y del amor al odio no hay más que un paso, pero era inconcebible que quisiera herirlo de verdad.

Sí, podría llamar a Michelle y pedirle que se detuviera. Pero ¿le haría caso? Si le suplicaba que lo perdonara, tal vez. Aquel día, aquel funesto día, le había dicho que jamás lo perdonaría, jamás; pero no podía haberlo dicho en serio. Era su única hija, la única hija de su sangre.

Cantling apartó el plato vacío y se reclinó en la silla. La boca se le había petrificado en una mueca. ¿Suplicar perdón? No le hacía la menor gracia. ¿Qué había hecho él, en realidad? ¿Por qué no lo entendían? Helen no lo había comprendido nunca y Michelle estaba tan ciega como su madre. Un escritor vive para su obra. ¿Qué había hecho para ser tan indigno? ¿Qué había hecho para verse obligado a pedir perdón? Debería ser Michelle quien lo llamara.

«A la mierda», pensó Cantling. No pensaba dejarse intimidar. Él tenía razón y ella estaba equivocada. Que lo llamara si quería reconciliarse. No iba a permitir que lo acobardara hasta someterlo. Y además, ¿de qué tenía miedo? Que le mandara retratos si quería, ya podía mandar todos los que le diera la gana. Los colgaría en las paredes, los expondría con orgullo (al fin y al cabo, ¿qué eran sino un homenaje a su obra?), y si esos desgraciados se levantaban por la noche y pululaban por su casa, pues muy bien, disfrutaría de su presencia. Cantling sonrió. Era indudable que había disfrutado con la de Cissy. En parte deseaba que volviera. Y también Dunnahoo; era un chaval impertinente, pero carecía de maldad: simplemente era un bocazas.

Si lo pensaba con detenimiento, las posibilidades que se le abrían eran tremendamente atractivas. Estaba disfrutando de un privilegio exclusivo. Scott Fitzgerald nunca había asistido a una de las fabulosas fiestas de Gatsby; Conan Doyle nunca había tenido la oportunidad de sentarse con Holmes y Watson; tampoco Nabókov se había revolcado nunca con Lolita. ¿Qué les habría parecido la idea?

Cuanto más vueltas le daba, mejor se sentía. Lo que Michelle intentaba era echarle en cara sus actos, atemorizarlo, pero lo que estaba consiguiendo era regalarle una experiencia maravillosa. Podría jugar al ajedrez con Serguéi Tederenko, el cínico emigrante estafador de *Captura al paso*. Podría discutir de política con Frank Corwin, el sindicalista de su novela ambientada en la Gran Depresión, *Tiempos difíciles*. Podría coquetear con la hermosa Beth McKenzie, sacar a bailar a la vieja loca de la señorita Aggie, seducir a las gemelas Danziger y hacer realidad la única

fantasía sexual que Cissy se había reservado. Así pues, ¿de qué demonios había tenido tanto miedo? Todos ellos eran creación suya; eran sus personajes, sus amigos, su familia.

Sin embargo, había que tener en cuenta la última novela. Cantling torció el gesto. La idea lo inquietó. Pero Michelle era su hija, y lo quería; no llegaría tan lejos. No, desde luego que no. Descartó la idea con firmeza y pagó la cuenta.

Ya se lo imaginaba. Casi lo deseaba. Cuando regresó de su paseo vespertino, con las mejillas enrojecidas por el viento y el corazón latiéndole un poco más deprisa por la expectación, el ya familiar paquete marrón estaba esperándolo. Lo llevó adentro con cuidado. Antes de abrirlo, se preparó un café, retrasando a propósito el momento para saborearlo más, recreándose en la satisfacción que sentía por haber dado la vuelta de una forma tan astuta al cruel plan de Michelle.

Apuró el café, se sirvió otra taza y se la tomó. Ahí estaba el paquete, a solo unos pasos. Se entretuvo un ratito intentando adivinar qué personaje sería el retratado. Cissy había dicho que ninguno de *Árbol genealógico* ni de *Lluvia* eran lo bastante auténticos. Cantling repasó su obra intentando dar con sus personajes más reales. Se recreó en la divagación, pero no llegó a ninguna conclusión. Al final apartó la taza y se acercó al paquete para desenvolverlo.

Allí estaba. Barry Leighton.

De nuevo se trataba de una pintura soberbia. Leighton, sentado en la redacción de un periódico con un codo apoyado en la tapa metálica gris de una máquina de escribir antigua, vestía un traje marrón arrugado y una camisa blanca con el cuello desabrochado, tan sudada que se le pegaba al cuerpo. La nariz, que le habían roto en más de una ocasión, parecía desparramarse por el rostro ancho y poco agraciado, pero atractivo a su modo. Tenía los ojos soñolientos. Gordo, con papada, estaba quedándose calvo a marchas forzadas. Aunque ya no fumaba, no se había desprendido de los cigarrillos: un camel sin encender le colgaba de la comisura de los labios. «Mientras no enciendas estas mierdas, estás a salvo», decía repetidas veces en la novela *Ultima crónica*.

No había funcionado muy bien. Era una novela triste acerca de la última semana de un periódico importante venido a menos. Aunque era mucho más que eso. A Cantling le interesaba la gente, no los periódicos; había usado la decadencia del periódico como metáfora de las vidas fracasadas. Su editor había querido que incluyera una subtrama poderosa, apasionante, en la que Leighton y los demás fueran tras una noticia bomba que ofreciera una promesa de redención, pero Cantling había rechazado la idea. Quería contar una historia que tratara de gente sencilla aplastada por la rueda del tiempo y la edad, de la imposibilidad de esquivar la soledad y la derrota. El resultado fue una novela tan gris y perecedera como un periódico. Estaba muy orgulloso de ella.

No la leyó nadie.

Cantling cargó el retrato escaleras arriba para colgarlo junto a los de Dunnahoo y Cissy. La noche prometía. A diferencia de los otros dos, Barry Leighton no era un crío, sino alguien de su misma edad, inteligente y maduro, con un poso de amargura que Cantling conocía bien, decepcionado por lo poco que le había regalado la vida. A pesar de que todos sus artículos y sus crónicas caían en el olvido al día siguiente de su publicación, el periodista no había perdido el sentido del humor y mantenía los demonios a raya con su ingenio mordaz y un camel sin encender. Cantling lo admiraba; sabía que disfrutaría hablando con él. Decidió que ni siquiera se acostaría. Se preparó una taza grande de café, la regó con Seagram's 7 y esperó.

Cantling estaba releendo la edición encuadernada en piel de *Última crónica* cuando, ya pasada la medianoche, oyó el tintineo de los cubitos en un vaso. El sonido procedía de la cocina.

—¡Sírvelo, Barry! —invitó.

Barry apareció por la puerta batiente con un vaso en la mano.

—En ello estaba. —Barry miró a Cantling con sus ojos saltones y resopló—. Eres tan viejo que podrías ser mi padre. No pensaba que alguien pudiera parecer tan viejo.

Cantling cerró el libro y lo dejó.

—Siéntate. Si no recuerdo mal, te duelen los pies.

—Siempre me duelen. —Leighton se acomodó en un sillón y tomó un trago de whisky—. Ah. Mucho mejor.

Cantling dio unos golpecitos al libro con un dedo.

—Mi octava novela. Michelle se ha saltado tres. Qué pena. Me habría gustado charlar con personajes de algunas de ellas.

—Quizá quiera ir directa al grano —conjeturó Leighton.

—¿Y cuál es el grano?

—¡Y yo qué sé! —Leighton se encogió de hombros—. Yo solo soy periodista. Lo mío son las seis preguntas básicas de la noticia. Tú eres el novelista. Dime tú cuál es el grano.

—La novena novela —aventuró Cantling—. La nueva.

—¿La última?

—Claro que no. La más reciente. Ya estoy trabajando en otra.

—Eso no es lo que me comentan mis fuentes —dijo Leighton con una sonrisa.

—Ah, ¿no? ¿Y qué te comentan?

—Que eres un viejo que espera la muerte. Y que morirás solo.

—Tengo cincuenta y dos años —protestó Cantling—. No puede decirse que sea viejo.

—Cuando en la tarta de cumpleaños hay más velas de las que puedes soplar, eres viejo —observó Leighton con indiferencia—. Helen era más joven que tú y murió hace cinco años. La vejez es una cuestión mental, Cantling. He visto octogenarios jóvenes y adolescentes viejos. Tú ya tenías manchas hepáticas en el cerebro antes de

que te salieran pelos en los huevos.

—Eso no es justo —se quejó Cantling.

—¿Justo? —Leighton bebió otro trago—. Eres demasiado viejo para creer en la justicia. Los jóvenes viven la vida. Los viejos se sientan a verla pasar. Naciste viejo. Eres un espectador, no un vividor. —Fruunció el ceño—. Bueno, un vividor, desde luego que no... Aunque supongo que siempre es mejor ser un vividor que un amargado. No, tampoco has sido nunca un amargado. Más que lleno de hiel, has estado toda la vida lleno de mierda.

—Estás desvariando —replicó Cantling—. Soy escritor. Siempre lo he sido. En eso consiste mi vida. Los escritores observan la existencia, informan acerca de ella... Es la esencia de la profesión. Deberías saberlo.

—Y lo sé. Me dedico a informar, ¿o lo has olvidado? Me he pasado largos y tristes años escribiendo historias sobre los demás. No tengo ninguna historia mía, propia. Lo sabes perfectamente, Cantling. Mira qué me hiciste en *Ultima crónica*. El *Courier* se va a hacer puñetas y yo me pongo a escribir mis memorias. ¿Y qué pasa?

Cantling lo recordaba perfectamente.

—Te bloqueaste. Escribiste de nuevo las viejas historias, las de veinte o treinta años atrás. Tenías una memoria prodigiosa. Eras capaz de acordarte de todas las personas sobre las que habías escrito, de las fechas, los detalles, las frases exactas. Eras capaz de reproducir palabra por palabra el primer artículo que publicaste, pero no podías recordar el nombre de la primera chica con la que te acostaste, ni el número de teléfono de tu exmujer, ni..., ni... —Se le quebró la voz.

—El cumpleaños de mi hija —terminó Leighton por él—. ¿De dónde sacas esas ideas tan raras? —Cantling no respondió—. ¿De la vida real? —preguntó Leighton con afabilidad—. Yo era un buen periodista. Eso era todo lo que se podía decir de mí. Bueno, puede que tú seas un buen novelista; esa valoración se la dejo a los críticos. Yo no soy más que un periodista seboso al que le duelen los pies. Pero aunque realmente seas un buen novelista, aunque seas uno de los grandes, has sido un marido desastroso y un padre deplorable.

—No. —La protesta de Cantling sonó muy débil.

Leighton agitó el vaso y los cubitos tintinearón.

—¿Cuándo te dejó Helen?

—No s... Hará unos diez años. Estaba con la última redacción de *Captura al paso*.

—¿Cuándo fue efectivo el divorcio?

—Oh, al cabo de un año. Intentamos volver, pero no funcionó. Michelle iba al colegio, me acuerdo. Estaba escribiendo *Tiempos difíciles*.

—¿Te acuerdas de la función de fin de curso de tercero?

—¿La que me perdí?

—¿La que te perdiste? Pareces Nixon: «¿La vez que mentí?». Fue la función en la que Michelle tenía el papel protagonista.

—No tuve la culpa. Yo quería asistir. Pero iban a entregarme un premio. Uno no puede saltarse la cena de la Liga Literaria Nacional. No puede.

—Claro que no. ¿Y cuándo murió Helen?

—Estaba escribiendo *Última crónica*.

—Qué sistema tan curioso tienes de recordar las fechas... Podrías patentar un calendario. —Bebió un poco más de whisky.

—De acuerdo —admitió Cantling—. No voy a negar que me importa mi trabajo. Tal vez demasiado, quién sabe. Sí, escribir ha sido lo más importante de mi vida. Pero soy un hombre intachable, y siempre he hecho las cosas lo mejor que he podido. No todo fue como estás sugiriendo. Helen y yo tuvimos una época buena. Hubo un tiempo en que nos quisimos. Y Michelle... Yo quería a Michelle. Cuando era pequeña, escribía cuentos solo para ella. Con animales raros, piratas del espacio o poemas tontos... Los escribía en mi tiempo libre y se los leía al acostarla. Eran exclusivamente para ella, y lo hacía por amor.

—Ya —dijo Leighton con retintín—. Y nunca se te pasó por la cabeza publicarlos, ¿verdad?

—Lo... —Cantling torció el gesto—. Lo que insinúas... Estás tergiversando las cosas. A Michelle le gustaban tanto aquellos cuentos que pensé que tal vez podrían gustarles a otros niños. Fue una idea, nada más. Nunca hice nada por hacerla realidad.

—¿Nunca?

Cantling vaciló.

—Bueno, aparte de mi agente, Bert era mi amigo. También tenía una hija pequeña. Le enseñé los cuentos una vez. ¡Una vez!

—¡No puedo estar embarazada! ¡Solo dejé que me follara una vez! ¡Una vez!

—Pero si ni siquiera le gustaron...

—Qué lástima.

—Estás echándome los perros, pero no soy culpable. No he sido el mejor padre del mundo, de acuerdo, pero tampoco he sido un ogro. Le cambié los pañales mil veces. Antes de *Rosas negras*, Helen trabajaba fuera y yo me hacía cargo del bebé todos los días de nueve a cinco.

—Detestabas que se pusiera a llorar y tener que levantarte de la máquina de escribir.

—Pues sí. Sí, detesto que me interrumpen, siempre lo he detestado. Da igual que fuera Helen, Michelle, mi madre o mi compañero de cuarto en la universidad. Cuando escribo no me gusta que me interrumpen. ¿Qué pasa? ¿Es pecado mortal? ¿Eso me hace menos humano? Cuando lloraba iba a ver qué le pasaba. No me gustaba, lo odiaba, me cabreaba, pero iba.

—Si la oías. Si no estabas en la cama con Cissy, o bailando con la señorita Aggie, o dando palizas a esquirolas con Frank Corwin. Cuando no tenías la cabeza llena de sus voces, sí, a veces la oías, y si la oías, ibas. Felicidades, Cantling.

—Le enseñé a leer. Le leí *La isla del tesoro*, *El viento en los sauces*, *El hobbit*,

Tom Sawyer... Le leí un montón de libros.

—Libros que de todas formas querías releer. En realidad aprendió con Helen, con *Diek and Jane*.

—¡*Dick and Jane!* ¡Qué horror! —gritó Cantling.

—¿Y?

—Pues que no tienes ni idea de lo que dices. No estabas allí. Michelle sí que estaba. Me quería, todavía me quiere. Cuando se hacía daño, se hacía un rasguño en una rodilla o le sangraba la nariz, lo que fuera, era a mí a quien venía corriendo, nunca a Helen. Venía llorando y yo la abrazaba, le secaba las lágrimas y le decía... Le decía... —No pudo continuar. Estaba a punto de romper a llorar; notaba como las lágrimas le escocían en las comisuras de los ojos.

—Ya sé lo que le decías —dijo Leighton con voz triste y amable.

—Se acordaba. Nunca lo olvidó. Helen se quedó con la custodia, se mudaron, no la veía mucho, pero no lo olvidó, y ya de mayor, tras la muerte de Helen, cuando Michelle ya vivía sola, cuando pasó eso, cuando le hicieron daño..., y yo... Y...

—Sí —dijo Leighton—. Ya lo sé.

La policía fue quien le avisó. La inspectora Joyce Brennan, así se llamaba; nunca lo olvidaría.

—¿El señor Cantling?

—¿Sí?

—¿El señor Richard Cantling?

—Sí. Richard Cantling, el escritor. —A veces recibía llamadas un poco raras—. ¿Qué desea?

—Debería venir al hospital —dijo tras presentarse—. Se trata de su hija. Lamento decirle que la han atacado.

Cantling aborrecía las evasivas, los eufemismos. Sus personajes nunca pasaban a mejor vida, sino que morían; tampoco tenían flatulencias: se tiraban pedos. Y su hija...

—¿Atacada? ¿Qué quiere decir exactamente? ¿La han atacado o la han violado?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—La han violado —respondió por fin—. La han violado, señor Cantling.

—Voy enseguida.

De hecho, habían violado a Michelle repetidas veces y con brutalidad. Era tan tozuda como Helen, como el propio Cantling, y no había aceptado su dinero, ni sus consejos, ni la ayuda que le había ofrecido de los contactos que tenía en el sector editorial. Decía que ya se las apañaría sola. Trabajaba como camarera en Greenwich Village y vivía en los muelles, en una nave industrial enorme y ruinosa con corrientes de aire. Era un mal barrio, muy peligroso; Cantling se lo había dicho mil veces, pero ella no le hacía el menor caso. Ni siquiera le había permitido que le pagase unas buenas cerraduras y un sistema de seguridad. Había sido espantoso. Un hombre había

entrado en la casa un viernes de madrugada. Michelle estaba sola. Había arrancado el teléfono de la pared y la había tenido secuestrada en su propia casa hasta el lunes por la noche, cuando un friegaplatos de la cafetería, preocupado, se había pasado por su casa. El violador había huido por la escalera de incendios.

Por fin dejaron que Cantling la viera. Su cara era un cardenal inmenso, y tenía el cuerpo lleno de quemaduras de cigarrillo y tres costillas rotas. Sufría algo mucho peor que la histeria. Gritaba cuando intentaban tocarla, ya fuera un médico o una enfermera; chillaba cada vez que alguien se le acercaba. Pero permitió que su padre se sentara en el borde de la cama y la abrazara. Lloró durante horas, lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Una vez lo llamó «Papi» en un sollozo. Fue la única palabra que pronunció; parecía haber perdido la capacidad de hablar. Al final la sedaron para inducirle el sueño.

Michelle pasó dos semanas en el hospital, en un estado de shock profundo. La histeria fue disminuyendo día a día. Por fin se volvió dócil y dejó que le ahuecaran las almohadas y la acompañaran al cuarto de baño. Pero seguía sin poder o sin querer articular palabra. El psicólogo le dijo a Cantling que había la posibilidad de que no volviera a hablar. «Eso no lo acepto de ninguna manera», respondió él. Se ocupó del alta de Michelle, y decidió que ambos se marcharían de aquella sucia ciudad del demonio. Recordó que a ella siempre le habían gustado las mansiones fantasmales, y también el agua, el mar, los ríos, los lagos. Consultó a varios agentes inmobiliarios y, tras descartar un caserón en la costa de Maine, por fin se decantó por una mansión de aires góticos típica del Misisipí situada en la cima de los barrancos de Perrot, en Iowa. Él mismo supervisó los detalles de la mudanza.

Poco a poco, Michelle fue recuperándose.

Era como si hubiera vuelto a la infancia: curiosa, incansable, de pronto repleta de energía. No hablaba, pero lo observaba todo e iba a todas partes. En primavera pasaba horas en la azotea contemplando los gigantescos remolcadores que surcaban el Misisipí. Todos los días, al caer la tarde, padre e hija daban un paseo por los precipicios, cogidos de la mano. Un día se paró y le dio un beso en la mejilla, un beso repentino, impulsivo. «Te quiero, papi», le dijo, y se alejó corriendo. Al observarla, Cantling vio a la encantadora, aunque herida, mujer de veintitantos años en que se había convertido, y también a la chiquilla brutota, desgarrada y juguetona que había sido.

El dique se rompió aquel día. Michelle empezó a hablar de nuevo. Al principio decía frases cortas e infantiles, cargadas de miedos e ingenuidad. Pero maduró deprisa, y en muy poco tiempo ya hablaba con él de política, de libros, de arte. Durante los paseos vespertinos siempre mantenían alguna conversación interesante. De lo que nunca hablaba era de la violación; nunca, ni una sola vez, ni una sola palabra.

Al cabo de seis meses cocinaba, escribía cartas a sus amigos de Nueva York, colaboraba en las tareas de la casa, cuidaba el jardín con esmero. Ocho meses

después empezó a pintar de nuevo, y le hizo mucho bien. Parecía florecer día tras día; cada vez estaba más radiante. Richard Cantling no entendía el arte abstracto que pintaba su hija; prefería el realismo pictórico. El cuadro que más apreciaba era el autorretrato que había hecho para él cuando aún estaba en la universidad. A pesar de eso, percibía el dolor que transmitían aquellas pinturas, y se daba cuenta de que, al pintar, Michelle practicaba una especie de exorcismo, trataba de extraer el pus de una herida muy profunda. Él aprobaba ese procedimiento; de hecho, también la escritura había sido para él su propio bálsamo para las heridas. En cierto sentido, la envidiaba. Richard Cantling llevaba más de tres años sin escribir una sola palabra. El estrepitoso fracaso de ventas de *Última crónica*, su mejor novela, lo había bloqueado y desgastado. Supuso que, tal vez, ese cambio de aires no solo sería bueno para Michelle, sino que también lo ayudaría a él a recuperarse, pero esa esperanza resultó vana. En fin, al menos uno de los dos se mantenía ocupado.

Una noche, cuando Cantling ya llevaba mucho tiempo acostado, la puerta de su habitación se abrió. Michelle entró sigilosamente y se sentó en el borde de la cama. Iba descalza, con un camisón de franela estampado de florecitas rosas.

—Papi —dijo, con la lengua pastosa.

Cantling se había despertado al oír la puerta. Se sentó en la cama y sonrió.

—Hola. Has bebido.

Michelle asintió.

—Tenía que armarme de valor para decirte que me vuelvo.

—¿Que te vuelves? No será a Nueva York, ¿verdad? ¡No lo dirás en serio!

—Tengo que volver. No te enfades. Ya estoy mejor.

—Quédate aquí. Quédate conmigo. Nueva York no es un buen sitio para vivir.

—No es que quiera volver. Me da miedo, pero debo ir. Allí tengo a mis amigos, mi trabajo, mi vida. Jimmy. ¿Te acuerdas de mi amigo Jimmy, el responsable artístico de una editorial pequeña? Me ha escrito. Dice que me encargará cubiertas de libros. Ya no tendré que servir mesas.

—No doy crédito a mis oídos. ¿Cómo puedes querer regresar a esa maldita ciudad después de lo que te pasó allí?

—Precisamente por eso. Ese tío, lo que hizo... Lo que me hizo... —La voz se le quebró. Tragó saliva y recobró la compostura—. Si no volviera, sería como si me hubiera echado de la ciudad, como si me hubiera robado mi vida, a mis amigos, mi arte, todo. No puedo permitirselo, no puedo dejar que me obligue a huir. Tengo que volver, recuperar lo que es mío y demostrar que no tengo miedo.

Richard Cantling la miró con impotencia. Alargó la mano y le acarició el pelo largo y suave. Por fin había dicho algo que se ajustaba a sus propios esquemas. Él habría hecho exactamente lo mismo.

—Te entiendo. Esto se quedará muy triste y solitario sin ti, pero te entiendo. De verdad.

—Tengo miedo. Ya he comprado el billete de avión. Para mañana.

—¿Tan pronto?

—Quiero irme cuanto antes, antes de perder el ánimo. Me parece que nunca había sentido tanto miedo. Ni siquiera... Ni siquiera cuando estaba pasando aquello. Tiene gracia, ¿eh?

—No —respondió Cantling—. Tiene todo el sentido del mundo.

—Papi, abrázame.

Michelle se estrechó contra él y él la abrazó con fuerza.

—Estás temblando.

—¿Te acuerdas de cuando era muy pequeña y tenía pesadillas? —dijo ella, sin apartarse—. Entraba llorando a moco tendido en vuestra habitación en plena noche y me metía en la cama entre mamá y tú.

—Claro que me acuerdo —dijo Cantling con una sonrisa.

—Me gustaría quedarme aquí esta noche. —Michelle lo abrazó con más fuerza—. Mañana estaré allí otra vez, sola. No quiero estar sola esta noche. ¿Me dejas, papi?

Cantling se separó con delicadeza y la miró a los ojos.

—¿Seguro?

Michelle asintió con un golpe de cabeza veloz y tímido, como una niña. Su padre retiró la sábana y ella se metió debajo.

—No te levantes —le pidió—. Ni siquiera para ir al baño, ¿vale? Quédate conmigo todo el rato.

—Estoy aquí.

Cantling la rodeó con los brazos y ella se acomodó apoyando la cabeza en su hombro. Estuvieron un buen rato tumbados en aquella postura. Cantling sentía los latidos del corazón de su hija; era un sonido tranquilizador y el sueño no tardó mucho en arrastrarlo lentamente.

—Papi —susurró Michelle contra su pecho, y él abrió los ojos.

—Dime.

—Papi, tengo que quitármelo de encima. Lo llevo dentro y es veneno puro. No quiero llevármelo de vuelta. Tengo que librarme de esto.

Cantling le acarició el pelo con movimientos prolongados, lentos y regulares, sin decir nada.

—¿Te acuerdas cuando de pequeña me caía o me peleaba y luego corría a ti hecha un mar de lágrimas y te enseñaba dónde tenía pupa? Eso era lo que decía cuando me hacía daño, ¿te acuerdas?, que tenía pupa.

—Claro que me acuerdo.

—Y tú... siempre me abrazabas y me decías: «A ver, enseñame dónde te duele». Y yo te lo enseñaba y tú me dabas un beso y la pupa sanaba, ¿te acuerdas? Enseñame dónde te duele.

—Sí —dijo Cantling flojito, asintiendo.

Michelle lloraba en silencio. Cantling notaba que la humedad le empapaba la chaqueta del pijama.

—No puedo llevármelo de vuelta conmigo. Quiero enseñarte dónde me duele. Por favor. Por favor.

El le besó la frente.

—Venga.

Con susurros vacilantes, Michelle empezó por el principio.

Cuando la luz del alba rozó las ventanas del dormitorio, Michelle aún continuaba hablando. No durmieron. Lloró mucho, gritó un par de veces, y ni siquiera las gruesas mantas impidieron que se estremeciera en numerosas ocasiones. Richard Cantling no la soltó en ningún momento, ni un instante, mientras Michelle le enseñaba dónde le dolía.

Barry Leighton suspiró.

—Eso que hiciste entonces fue mejor, mucho mejor que cuanto hiciste en la vida —dijo—. Ahora bien, si entonces, en aquel preciso momento, hubieras alcanzado el agradable descanso, todo habría estado bien. —Leighton meneó la cabeza—. Nunca has sabido cuándo escribir el punto final, Cantling.

—¿Por qué? —inquirió Cantling—. Eres un buen hombre, Leighton. Dime por qué está ocurriendo esto. ¿Por qué?

El periodista se encogió de hombros. Empezaba a desvanecerse.

—Esa pregunta siempre era la que más me costaba resolver —repuso, cansado—. Dame una historia, déjame suelto, y te diré quién, qué, cuándo, dónde e incluso cómo. Pero por qué... ¡Ay, Cantling! Tú eres el novelista; las razones son cosa tuya, no mía. Las únicas razones con las que no tengo problemas son con las de pie de banco.

Como la del gato de Cheshire, su sonrisa se mantuvo flotando un buen rato después de que su cuerpo desapareciera. Richard Cantling se quedó sentado, contemplando la silla vacía, el vaso abandonado y el lento derretirse de los cubitos de hielo en lo que quedaba de whisky.

No recordaba cuándo se había quedado dormido. Pasó la noche en la silla y se despertó entumecido, dolorido y helado. Tuvo sueños sombríos, imprecisos, espeluznantes. Siguió durmiendo hasta entrada la tarde, y así se le pasó la mitad del día. Se preparó un desayuno insulso inmerso en una suerte de niebla mental. Tenía la sensación de estar separado de su propio cuerpo y se movía con lentitud y torpeza. Cuando estuvo listo el café, se sirvió una taza, pero al cogerla se le cayó de las manos y se hizo añicos. Se quedó embobado mirando cómo los regueros marrones corrían por las juntas de las baldosas. No tuvo fuerzas para limpiarlo. Cogió otra taza, se sirvió más café y se obligó a dar unos cuantos sorbos.

El beicon estaba demasiado salado; los huevos le quedaron medio crudos, repugnantes. Apartó el plato a medio terminar y tomó más café amargo. Se sentía como si tuviera resaca, aunque de sobra sabía que no era por culpa del alcohol.

«Hoy —pensó—. Acabará hoy, de una forma u otra. No se echará atrás».

Última crónica era su octava novela, la penúltima. Ese día llegaría el último retrato. Un personaje de su novena novela, la última. Y entonces todo habría terminado.

O tal vez todo empezaría.

¿Hasta qué punto lo odiaba Michelle? ¿Cuánto daño le había hecho? Le tembló la mano, y el café se derramó por el borde de la taza y le abrasó los dedos. El rostro se le contrajo en una mueca de dolor y gritó. Cuánto costaba expresar el dolor con palabras. Quemaba. Pensó en cigarrillos encendidos, con la punta como un diminuto ojo rojo. Se le revolvió el estómago. Se puso en pie tambaleándose y corrió al baño; llegó justo a tiempo para vomitar el desayuno. Se quedó tan débil que no podía moverse y se desplomó sobre la taza de porcelana blanca. La cabeza le daba vueltas. Se imaginó que alguien se acercaba a él por detrás, lo agarraba del pelo, le metía la cabeza en la taza y tiraba de la cadena una vez tras otra, riéndose a carcajada limpia, mientras le decía: «Guarro, guarro, voy a lavarte bien, eres sucio», y volvía a tirar de la cadena, de modo que el váter no dejaba de echar agua, y le sujetaba la cabeza, y el agua y el vómito le llenaban la boca y la nariz, y casi no podía respirar, casi se ahogaba, y luego volvía a levantarle la cabeza, riéndose mientras él jadeaba, y se la hundía en la taza y tiraba de la cadena otra vez, y otra, y otra... Pero todo eran imaginaciones suyas. Allí no había nadie. Nadie. Cantling estaba solo en el cuarto de baño.

Se levantó como pudo. En el espejo vio su cara envejecida y cenicienta y el pelo sucio y desgredado. Detrás de él, asomando por encima de su hombro, un tipo pálido y demacrado de pelo negro peinado hacia atrás con gomina y raya en medio lo miraba con malicia. Movía sin cesar, frenéticamente, los ojos de color del hielo sucio, agazapados tras unas gafas pequeñas y redondas, semejantes a bestias salvajes cazadas en una trampa, capaces de arrancarse una pata a mordiscos para escapar.

Cantling parpadeó y la cara desapareció. Abrió el grifo del agua fría, puso las manos bajo el chorro y se echó agua en la cara. Sintió el roce de la barba de varios días. Debía afeitarse, pero no había tiempo. ¡Qué más daba la barba! Tenía que... Tenía que...

Tenía que hacer algo. Salir de allí. Huir, ir a un lugar seguro, un lugar donde sus hijos no pudieran encontrarlo.

Pero ese lugar no existía. Lo sabía.

Debía ir a buscar a Michelle, hablar con ella, explicárselo todo, suplicarle. Ella lo quería. Lo perdonaría, debía perdonarlo. Michelle podía detener aquello y decirle qué hacer.

Histérico, Cantling corrió de vuelta al comedor y cogió el teléfono. No se acordaba del número de Michelle. Buscó la agenda telefónica y la hojeó como un poseso. ¡Ah, por fin! Ahí estaba. Pulsó las teclas.

Sonaron cuatro timbrazos antes de que descolgaran.

—Michelle... —empezó.

—Hola. Soy Michelle Cantling, pero ahora mismo no estoy. Si dejas tu nombre y tu teléfono después de la señal, te llamaré, a menos que quieras venderme algo.

Sonó el pitido.

—Michelle, ¿estás ahí? Sé que a veces pones el contestador cuando no quieres hablar. Soy yo. Coge el teléfono, por favor. Por favor. —Nada—. Bueno, pues llámame cuando puedas. —Quería quitárselo de encima cuanto antes; las palabras se atropellaban unas a otras en su ansia por salir—. Yo... Tú... No puedes... Por favor, déjame que te lo explique.

—Nunca pretendí, nunca pretendí... Por favor... —Sonó un segundo pitido. Fin de la llamada.

Cantling se quedó mirando el aparato y colgó despacio. Michelle le devolvería la llamada. Tenía que llamarlo. Era su hija, se querían, le daría la oportunidad de explicarse.

Aunque no era la primera vez que había intentado explicárselo.

El timbre era de los antiguos, una llave de latón que sobresalía de la puerta y que había que girar con la mano. Producía un estridente sonido metálico. En ese momento, alguien lo giraba insistentemente, con impaciencia, una y otra vez. Desconcertado, Cantling corrió a la puerta. Si nunca había tenido facilidad para hacer amigos, menos aún en los últimos tiempos, con lo rígido que se había vuelto en sus costumbres. No tenía amigos en Perrot, apenas algunos conocidos; desde luego, a ninguno de los que vivían allí se le habría ocurrido ir a verlo sin avisar y llamar al timbre con tanta resolución y energía.

Descorrió la cadena y abrió la puerta, arrancando el timbre de la mano de Michelle.

Vestía un impermeable abrochado con cinturón, un gorro de lana y una bufanda a juego que revoloteaba en el viento junto a unos mechones de cabello. Calzaba botas altas a la última moda y llevaba un bolso grande de cuero. Tenía buen aspecto. Hacía casi un año que la había visto por última vez, cuando había ido a visitarla por Navidad a Nueva York, y ya habían pasado dos años desde la mudanza.

—Michelle. No sabía... Qué sorpresa. ¿Vienes desde Nueva York y no me avisas?

—No. —Su voz y su mirada denotaban que algo iba mal—. No quería advertirte, cabrón. Tú tampoco me avisaste.

—Estás enfadada. Entra, vamos a hablar.

—Vaya si voy a entrar. —Michelle lo empujó y cerró la puerta dando tal patada que el timbre tintineó. Al abrigo del viento, el gesto aún se le endureció más—. ¿Quieres saber por qué he venido? Voy a decirte lo que pienso de ti. Luego cogeré esa puerta y me marcharé, voy a salir de esta casa y de tu puta vida, igual que hizo mamá. Ella sí que fue lista, no yo. He sido tan imbécil como para tragarme que me querías,

he estado tan loca como para pensar que te importaba.

—No, Michelle... No lo entiendes. Pues claro que te quiero. Eres mi niña, eres...

—¡Ni te atrevas! —le gritó. Metió la mano en el bolso—. ¿Llamas amor a esto, hijo de puta? —Sacó un objeto y se lo arrojó.

Cantling se agachó, pero ya no tenía tan buenos reflejos como antes y no pudo esquivar el objeto, que lo golpeó en el cuello. Le dolió. Michelle lo había lanzado con fuerza. Era un libro de tapa dura, grande y pesado, no uno endeble de bolsillo. Las páginas aletearon cuando rodó por la alfombra. Cantling se quedó mirando su propia fotografía, en la contraportada.

—Eres igual que tu madre —dijo, frotándose el cuello—. Siempre tirando cosas. Eso sí: tú tienes mejor puntería. —Esbozó una sonrisa débil.

—No he venido para reírte los chistecitos. No te perdonaré nunca. Nunca, jamás. Lo único que quiero es saber cómo has sido capaz de hacerme esto. Nada más. Dímelo. Dímelo ahora mismo.

—Mira... —Cantling levantó las manos, impotente—. Esto... Ahora estás enfadada... ¿Por qué no nos tomamos un café u otra cosa y hablamos cuando te tranquilices un poco? No quiero que nos peleemos.

—¡Me importa una mierda lo que tú quieras! —chilló Michelle—. ¡Quiero hablar ahora! —Le dio una patada al libro.

Richard Cantling notó cómo prendía la ira en él. No estaba bien que le gritase de aquella manera, no se merecía ese ataque, no había hecho nada. Intentó permanecer callado por miedo a decir lo que no debía y agravar la situación. Se arrodilló para recoger el libro. Instintivamente, le quitó las pelusas y le dio la vuelta con cariño. Lo atrapó el título, en letras rojas, retorcidas y crueles sobre el fondo negro, y el rostro deformado de una hermosa joven con la boca abierta en un grito. *Enséñame dónde te duele.*

—Temía que lo interpretaras mal —dijo Cantling.

—¿Interpretarlo mal? —Una sombra de incredulidad le cruzó la cara—. ¿Creías que podía gustarme?

—No estaba seguro... Esperaba... Es decir, no sabía cómo reaccionarías, por eso pensé que sería mejor no decirte que estaba trabajando en ella hasta que..., bueno...

—Hasta que la mierda esta estuviera en los escaparates —terminó Michelle. Cantling pasó la primera página.

—Mira. —Cantling le alargó el libro—. Te lo he dedicado.

«A Michelle, que sabe qué es sufrir».

Michelle tiró el libro al suelo de un manotazo.

—Eres un cabrón. ¿Crees que eso arregla algo? ¿Crees que tu asquerosa dedicatoria excusa lo que has hecho? Nada lo excusa. Nunca te perdonaré.

Cantling retrocedió un paso ante su cólera.

—No he hecho nada malo —insistió, testarudo—. He escrito un libro. Una novela. ¿Es eso un crimen?

—Tú eres mi padre. Tú sabías... Tú sabías, mamón, sabías que ni siquiera podía hablar de lo que me pasó. Ni a mis amantes, ni a mis amigos, ni a mi terapeuta. No puedo, simplemente no puedo. No puedo ni pensar en ello. Y lo sabes. Te lo conté, te lo conté solo a ti porque eres mi padre y confiaba en ti y tenía que quitármelo de encima, y te lo conté. Pero era algo demasiado íntimo, era entre tú y yo, y nadie más, y lo sabías. ¿Y qué hiciste? ¡Lo pusiste todo por escrito en un puto libro y lo publicaste para que millones de personas lo leyeran! Hijo de puta. Maldito seas. ¿Ya lo tenías pensado mientras te lo contaba, cabronazo? ¿Sí? Aquella noche, en la cama, ¿te dedicaste a memorizar palabra por palabra?

—Eh... No. No memoricé nada, bueno, simplemente me acordaba. Estás tomándotelo como lo que no es, Michelle. El libro no trata de lo que te ocurrió a ti. Sí, me inspiré en eso; ese fue el punto de partida, pero es ficción, cambié cosas. No es más que una novela.

—Claro, papi, cambiaste cosas. En lugar de Michelle Cantling, la chica se llama Nicole Mitchell, y es diseñadora de moda en lugar de pintora, pero también es un poco imbécil, ¿no? ¿Eso también es un cambio o es lo que piensas en realidad de mí? Que era imbécil por vivir donde vivía y que fui una imbécil por dejarlo entrar. Oh, sí, todo es ficción. Qué coincidencia: el libro va de una chica a quien secuestran, violan, torturan, aterrizan y vuelven a violar, y tú tienes una hija a quien secuestraron, violaron, torturaron, aterrizaron y volvieron a violar. ¡Claro! ¡Una puta coincidencia!

—No lo entiendes —repitió Cantling, impotente.

—No, eres tú quien no lo entiende. No tienes ni idea. Este es tu mejor libro en años, ¿verdad? Número uno en ventas. Es la primera vez que eres número uno, no habías entrado en las listas de superventas desde *Tiempos difíciles*, ¿o desde *Rosas negras*? Claro, número uno, ¡si lo tiene todo! No es una historia aburrida sobre un periódico venido a menos. Esto va de una violación. ¿Qué hay que ponga más a la gente? Un montón de sexo y violencia y terror, torturar, follar. ¿Y sabes que es lo mejor? Que pasó de verdad. Sí, de verdad. —La boca se le retorció y le tembló—. Fue lo peor que me ha pasado nunca. No existe ni ha existido jamás una pesadilla más terrible. Algunas noches todavía me despierto gritando. Aun así, estaba superándolo, lo había dejado atrás. Y ahora está ahí, en cada puto escaparate de cada puta librería, y todos mis amigos lo saben, todo el mundo lo sabe. En las fiestas se me acerca gente que no conozco a decirme lo mucho que lo sienten. —Se tragó un sollozo; estaba a medio camino entre las lágrimas y la cólera—. Y cojo tu libro, tu maldito y desgraciado libro, y ahí está otra vez, en negro sobre blanco. Está todo escrito. Eres muy buen escritor, papi, muy bueno: todo es tan real... Es un libro que te engancha, no puedes soltarlo. Bueno, yo lo dejé, pero no sirvió de nada. Está todo ahí y seguirá estando siempre. ¿Verdad? No pasará un solo día sin que alguien coja tu libro y lo lea y vuelva a violarme. Eso es lo que has hecho. Has terminado el trabajo por él, papi. Me has violado, me has tomado sin mi consentimiento, igual que él.

¡Eres mi padre y me has violado!

—No eres justa. Nunca he pretendido hacerte daño. El libro... Nicole es fuerte y lista. El hombre es un monstruo. Emplea todos esos nombres distintos porque el miedo tiene mil nombres, pero un único rostro. No es solo un hombre: es la oscuridad hecha carne, es la violencia sin sentido que nos acecha ahí fuera a todos, son los dioses que juegan con nosotros como si fuéramos muñecos, es un símbolo de todo...

—¡Es el hombre que me violó! ¡No es ningún símbolo!

Gritó con tanta fuerza que Cantling retrocedió.

—No —insistió—. Es solo un personaje. Es... Michelle, sé que te duele, pero eso que pasaste es algo que la gente tiene que saber y sobre lo que debería reflexionar. Forma parte de la vida. Contar cosas de la vida, darles sentido: esa es la función de la literatura, esa es mi función. Alguien tenía que contar tu historia. He intentado que parezca real, he intentado hacerlo lo...

La cara de su hija, colorada y arrasada en lágrimas, parecía casi animal, inhumana. Costaba reconocerla. Entonces una extraña calma le suavizó las facciones.

—Una cosa es cierta —dijo—. Nicole no tenía padre. Cuando era pequeña corría llorando a mi padre y él me decía: «Enséñame dónde te duele», y era algo íntimo y especial. Pero en el libro, Nicole no tiene padre. Es él quien lo dice, pusiste la frase en sus labios, es él quien dice: «Enséñame dónde te duele», lo dice constantemente. Qué irónico eres. Qué inteligente. Esa forma de decirlo lo hace real, mucho más real de lo que en verdad era. Y acertaste al escribirlo así: lo dice el monstruo. «Enséñame dónde te duele». Es la frase del monstruo. Nicole no tiene padre, está muerto. Eso también es cierto. No tengo padre. No.

—Ni se te ocurra hablarme así. —Richard Cantling se sentía invadido por el terror y la vergüenza, que empezó a soltar en forma de ira—. No pienso tolerarlo, por muy mal que lo hayas pasado. Soy tu padre.

—No. —Michelle sonrió como una demente y se alejó de él—. No, no tengo padre, y tú no tienes hijos, no; solo los de tus libros. Esos son tus hijos, tus únicos hijos. Tus libros, tus podridos libros, esos son tus hijos, esos son tus hijos, esos son tus hijos.

Michelle le dio la espalda y pasó corriendo junto a él y luego por el largo vestíbulo, pero se detuvo en la puerta del estudio. Cantling temió lo que pudiera hacer y fue tras ella.

Cuando entró, Michelle ya había cogido el cuchillo y se había puesto manos a la obra.

Richard Cantling se sentó al lado del teléfono mudo y contempló las horas pasar en el reloj de su abuelo.

Llamó a Michelle a las tres de la madrugada, a las cuatro, a las cinco. El contestador, siempre el contestador, le respondía con voz burlona. Los mensajes que le dejaba eran cada vez más desesperados. Fuera empezaba a clarear, pero su luz

interior estaba apagándose.

No oyó los pasos en el porche, ni que llamaran a la puerta, ni los timbrazos estridentes del viejo timbre de latón. La tarde transcurrió en un silencio sepulcral. Pero cuando cayó la noche, supo que fuera había un paquete grande y cuadrado envuelto en basto papel marrón con su dirección escrita en una caligrafía que conocía de sobra. Contenía un retrato.

En realidad no lo había entendido, no, y ella se lo estaba explicando.

El reloj seguía con su tictac. La oscuridad se hacía cada vez más intensa. La sensación de que había una presencia esperando al otro lado de la puerta invadió la casa. Su miedo había ido en aumento con el paso de las horas. Se sentó en el sillón con las piernas encogidas, la boca abierta, pensando, recordando. Oyó una carcajada cruel. En la penumbra vio las puntas rojas de los cigarrillos encendidos, moviéndose en círculos. Se imaginó el ardor de sus besos calientes en la piel. Notó el sabor de la orina, la sangre, las lágrimas. Conoció la violencia, conoció la violación en todas sus modalidades. Sus manos, su voz, su cara, su cara, su cara. El personaje tenía una docena de nombres, pero el miedo solo tenía un rostro. Su hijo menor. Su bebé. Su monstruoso bebé.

Cantling pensó en el tiempo que llevaba bloqueado. Si pudiera hacérselo entender... El hecho de no escribir era una especie de impotencia. Había sido escritor, pero se había vaciado. Había sido marido, pero su mujer estaba muerta. Había sido padre, pero su hija se había recuperado y había regresado a Nueva York. Lo había dejado solo. Pero aquella última noche, abrazada a él, le había contado la historia, le había enseñado dónde le dolía, le había entregado todo aquel dolor. ¿Qué se suponía que debía hacer con él?

Después de esa noche no pudo quitárselo de la cabeza. No dejaba de pensar en ello. Empezó a darle forma en su mente, a intuir las palabras, a tantear las escenas, a buscar los símbolos que le dieran sentido. Era abominable, pero era la vida, la vida en estado puro, el grano para el molino de Cantling, precisamente lo que necesitaba. Ella le había señalado dónde le dolía, y él podía mostrárselo al mundo. Al principio se resistió. Empezó a escribir un relato breve, un ensayo, terminó algunas reseñas. Pero la historia lo acechaba, lo acompañaba todas las noches. No podía rechazarla.

Y la escribió.

—Culpable —dijo Cantling en la habitación a oscuras.

Al pronunciar esa palabra, una especie de aceptación se adueñó de él y el pavor se diluyó. Era culpable. Lo había hecho. Por tanto, aceptaría el castigo. Era lo justo.

Richard Cantling se levantó y fue a la puerta.

Allí estaba el paquete.

Lo llevó adentro y lo subió por la escalera sin desenvolverlo. Lo colgaría junto a los otros, al lado de Dunnahoo, Cissy y Barry Leighton, todos en fila. Fue a buscar el martillo y un clavo, calculó bien y lo clavó. Solo entonces abrió el paquete y contempló el rostro del retrato.

Nadie la había plasmado tan fielmente, no solo sus facciones (los pómulos altos y marcados, los ojos azules, el cabello rizado de color rubio ceniza), sino también su personalidad. ¡Tenía un aspecto tan joven, lozano y seguro! La fuerza que poseía, el valor, la obstinación, saltaban a la vista. Pero lo que más le gustaba era la sonrisa, una sonrisa encantadora que le iluminaba la cara. Le recordaba a alguien que conocía, pero no conseguía saber a quién.

Richard Cantling notó una extraña sensación de alivio seguida de una sensación aún más intensa de pérdida, tan terrible, absoluta e irremediable que supo que se encontraba más allá de las palabras que tanto idolatraba.

Entonces, la sensación desapareció.

Cantling dio un paso atrás, se cruzó de brazos y observó los cuatro retratos. ¡Qué obras tan excelentes! Le bastaba mirarlas para sentir la presencia de los retratados en la casa.

Dunnahoo, el primogénito, el chico que habría deseado ser.

Cissy, su verdadero amor.

Barry Leighton, su sabio y cansado álter ego.

Nicole, la hija que nunca había tenido.

Su gente. Sus personajes. Sus hijos.

Una semana más tarde llegó otro paquete, aunque mucho más pequeño. Contenía un ejemplar de cuatro de sus novelas, una factura y una pulcra nota del artista en la que le preguntaba si tenía previsto ofrecerle más encargos.

Richard Cantling respondió que no y pagó la factura con un cheque.



GEORGE R. R. MARTIN. Es licenciado en Periodismo por la Northwestern University en Evanston, obteniendo un master también en Periodismo en la misma universidad, y fue profesor de Periodismo en el Clarke Institute de Iowa. Durante varios años vivió en Hollywood, trabajando como guionista para la CBS en la que fue coproductor. Desde 1996, se dedica en exclusiva a la literatura. Ha recibido en varias ocasiones los premios Hugo, Nebula, Locus e Ignotus, y también el Bram Stoker.

De entre su obra cabría destacar, además de sus relatos cortos y novelas de ciencia ficción y horror, su saga fantástica Canción de Hielo y Fuego, de gran éxito internacional y que ha sido adaptada a la televisión por la productora HBO.

Notas

[1] Barcelona, Ed Pomaire, 1981; Buenos Aires, Ed. Emecé, col. Grandes Novelistas, 1984; Barcelona, Ed Plaza & Janes, col Jet núm. 102,1987; col. Éxitos, 1992; Barcelona, Ed. Orbis, col. Novelas de Cine núm.46, 1996; Barcelona, Ed. Orbis, col. Stephen King, 1997; Barcelona, Ed Plaza & Janés, col. Verano, 1999; Barcelona, Ed. RBA, col. Stephen King, 2003; Barcelona, Ed. DeBolsillo, col. Bestseller núm. 102, 2003; Buenos Aires, Ed. Sudamericana, col. Biblioteca Stephen King núm. 12, 2010.

<<

[2] En castellano se publicaron únicamente las dos primeras: ASPRIN, Roben: (rec.), *El mundo de los ladrones* y Barcelona, Ed. Ultramar, col. Fantasía núm. 1, 1989, y ASPRIN, Robert (rec.), *Historias del vulgar unicornio*, Barcelona, Ed. Ultramar, col. Fantasía núm. 2, 1989. <<

[3] Como «*Juego de manos*» en MARTIN, George R.R. (rec.), *Wild Cards I* [Wild Cards; 1987], Barcelona, Ed. Timun Mas, col. Wild Cards núm. 1, 2013. <<

[4] Martin, George R. R. (rec.), *Wild Cards II. Ases en lo alto* [Wild Cards II: Aces High; 1987], Barcelona, Ed. Timun Mas, col. Wild Cards núm.2, 2013. <<

[5] MARTIN, George R. R. (rec.), Wild Cards III. *Jokers salvajes* [Wild Cards III: Jokers Wild; 1987], Barcelona, Ed. Timun Mas, col. Wild Cards num. 3, 2013. <<

[6] MARTIN, George R. R. (rec.), Wild Cards IV. *El viaje de los Ases* [Wild Cards IV: Aces abroad; 1988], Barcelona, Ed. Timun Mas, col. Wild Cards num. 4, 2013. <<

[7] En *Lo mejor de Isaac Asimov*, Buenos Aires, Ed. Emecé, col. Ciencia Ficción núm. 15, 1975; como «*Aislados en Vesta*», Barcelona, Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 1992; id., Ed. Plaza Janés, col. Jet núm. 136, 1993. <<

[8] Buenos Aires, Ed. Minotauro, col. Ciencia Ficción núm. 3, 1953; La Habana, Instituto del Libro de La Habana, col. El Dragón, 1969; Buenos Aires, Ed. Minotauro, col. Otros Mundos, 1973; Barcelona, Ed. Minotauro, col. Otros Mundos, 1978; Barcelona, Ed. Minotauro, col. Kronos, 2002; Barcelona, Ed. Planeta DeAgostini, col. Biblioteca de CF núm. 19, 2006; Barcelona, Ed. Minotauro, col. Clásicos Minotauro, 2008. <<

[9] Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae II núm. 22,1978; Buenos Aires, Ed. Sudamericana, col. Nebulae núm. 20, 1979; Barcelona, Ed. Edhasa, col. Clásicos Nebulae núm. 15, 1990; Barcelona, Ed. B, col. VIB núm.268, 1998; Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae III, 2002. <<

[10] Barcelona, Ed. Minotauro, 1989; Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, col. Albedo, 1998; Barcelona, Ed. Minotauro, col. Biblioteca William Gibson, 2002; Barcelona, Ed. Minotauro, col. Ciencia Ficción núm. 8010, 2006; Barcelona, Ed. Planeta DeAgostini, col. Biblioteca de CF núm. 9, 2006; Barcelona, Ed. Minotauro, col. Clásicos Minotauro, 2007. <<

[11] Madrid, Ed. Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 37, 2006. <<

[12] En CARR, Terry (rec.), *Nuevos mundos de fantasía 3*, Buenos Aires, Ed. Adiax, col. Fénix, 1980. <<

[13] *Leyendas negras*, Barcelona, Ed. DeBolsillo, col. Jet núm.429 (vols. 1 y 2), 2000; id., Barcelona, Ed. Altaya, col. Terry Pratchett núm. 19, 2008. <<

[14] *Leyendas*, Arganda del Rey (Madrid), Ed. La Factoría de Ideas, col. Solaris Fantasía núm. 55, 2006; publicado en dos tomos en *La espada leal*, Arganda del Rey (Madrid), Ed. La Factoría de Ideas, col. Solaris Fantasía núm. 92, 2012, y *El libro de los cambios*, Arganda del Rey (Madrid), Ed. La Factoría de Ideas, col. Solaris Fantasía núm. 93, 2013. <<

[15] Hasta el momento ha escrito tres relatos dedicados a estos personajes. Se publicarán de forma conjunta en esta colección como El caballero de los Siete Reinos. (N. del E.). <<